

UANI

ACTÓNOMA DE NUEVO

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC

PROUDHON

SISTEMA DE LAS  
CONTRADICCIONES  
ECONOMICAS

1

HB163

P7

v.1

R. C.





1020025396



P.-J. PROUDHON

— TRADUCCION Y PRÓLOGO DE F. PÍ Y MARGALL —

SISTEMA

CONTRADICCIONES  
ECONÓMICAS

FILOSOFÍA DE LA MISERIA

*De forma modificada.*

DEUTERON., c. 32.

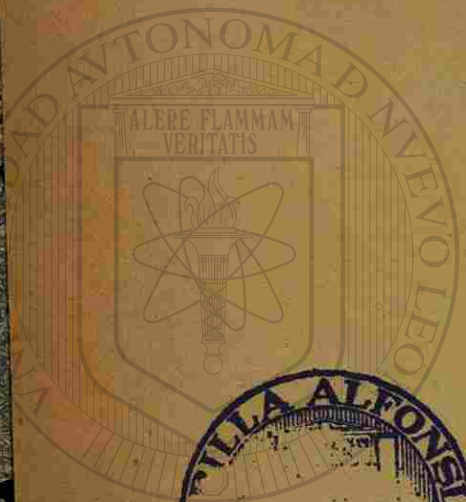
PRIMERA PARTE

LIBRERIA DE ALFONSO DURAN

CARRERA DE S. GERÓNIMO, 2

1870

21289



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



330.9

P.

H B L 63 .

.P7

v.l



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

## PRÓLOGO

Antes de entrar en la materia que constituye el objeto de estas nuevas memorias, necesito dar cuenta de una hipótesis que parecerá sin duda extraña, pero que es de todo punto indispensable para que pueda pasar adelante y ser comprendido: refiérome á la hipótesis de un Dios.

Suponer á Dios, se dirá, es negarle. ¿Por qué no le afirmáis?

¿Tengo yo la culpa de que la fé en la divinidad se haya hecho una opinion sospechosa, de que el simple hecho de sospechar la existencia de un sér supremo esté considerado como señal de debilidad de espíritu, y sea ésta la única de las utopias filosóficas que el mundo no tolera? ¿Tengo yo la culpa de que en todas partes se abriguen bajo este santo rótulo la imbecilidad y la hipocresía?

Viene un doctor, y supone en el universo una fuerza desconocida que arrastra los soles y los átomos, y pone en movimiento la gran máquina; y esta suposicion, aunque del todo gratuita, no parece sino muy natural, tanto que es de todos aceptada y alentada: testigo la atraccion, hipótesis que no llegará jamás á verificarse, y constituye, sin embargo, la gloria de su inventor. Pero cuando para explicar la marcha de las cosas humanas supongo, con todas las re-



servas imaginables, la intervencion de un Dios, estoy seguro de sublevar la gravedad científica y aun de ofender los oídos severos: tanto y tanto ha desacreditado nuestra piedad la Providencia, y tantas truhanerías hace por medio de este dogma ó de esta ficcion el charlatanismo de todos colores. He visto á los deistas de mi tiempo, y he sentido errar por mis labios la blasfemia; he examinado la fé del pueblo, de ese pueblo que Brydaine llamaba el mayor amigo de Dios, y me he estremecido por la negacion que de mis labios iba á escaparse. Atormentado de contrarios sentimientos, he recurrido á la razon, y es la razon la que entre tantas contraposiciones dogmáticas hace que me atenga á la hipótesis. Aplicado á Dios, el dogmatismo *à priori* ha sido estéril; ¿quién sabe á dónde la hipótesis nos conducirá á su vez?

Voy, pues, á decir cómo estudiando en el silencio de mi corazón, y léjos de toda consideracion humana, el misterio de las revoluciones sociales, ha venido Dios, la grande incógnita, á ser para mí una hipótesis, es decir, un instrumento dialéctico necesario.

## I

Si al través de sus trasformaciones sucesivas sigo la idea de Dios, encuentro que esta idea es ante todo social; quiero decir con esto, que es más un acto de fé del pensamiento colectivo que una concepcion del individuo. Ahora bien, ¿cómo y en qué ocasion se verifica este acto de fé? Importa determinarlo.

Bajo el punto de vista moral é intelectual, la sociedad, ó el hombre colectivo, se distingue del individuo principalmente por la espontaneidad de accion, por otro nombre el instinto. Mientras que el indivi-

duo no obedece, ó se figura no obedecer, sino á motivos que conoce plenamente y es árbitro de aceptar ó de rechazar; mientras que, en una palabra, se cree libre, y tanto más libre, cuanto más razonador se siente y más instruido se halla, la sociedad tiene movimientos involuntarios, donde á la primera ojeada no vemos cosa que nos indique deliberacion ni proyecto previos, y poco á poco, sin embargo, nos parece ver la accion de un consejo superior que existe fuera de la sociedad y la empuja con irresistible fuerza hácia un término desconocido. El establecimiento de las monarquías y de las repúblicas, la distincion de castas, las instituciones judiciales, etc., son otras tantas manifestaciones de esa espontaneidad social, cuyos efectos es fácil notar, pero cuyo principio y cuya razon de sér son de difícil descubrimiento. Los esfuerzos de todos los que se han dedicado á la filosofía de la historia, aun de los que lo han hecho despues de Vico, Bossuet, Herder y Hegel, se han reducido hasta aquí á dejar consignada la existencia del destino providencial que dirige y preside todos los movimientos humanos. Y observo, á propósito de esto, que la sociedad ántes de obrar no deja nunca de invocar su genio, como si quisiese hacerse ordenar por el cielo lo que espontáneamente ha resuelto. Los sortilegios, los oráculos, los sacrificios, las aclamaciones populares, las plegarias públicas son la más ordinaria forma de esas deliberaciones ya deliberadas de la sociedad.

Esa facultad misteriosa, toda intuitiva, y por decirlo así sobre-social, que aunque poco ó nada palpable en las personas, se cierne sobre la humanidad como un genio inspirador, es el hecho primordial de toda psicología.

Ahora bien, á diferencia de las demás especies animales, sometidas como él á la vez á apetencias in-



servas imaginables, la intervencion de un Dios, estoy seguro de sublevar la gravedad científica y áun de ofender los oídos severos: tanto y tanto ha desacreditado nuestra piedad la Providencia, y tantas truhanerías hace por medio de este dogma ó de esta ficcion el charlatanismo de todos colores. He visto á los deistas de mi tiempo, y he sentido errar por mis labios la blasfemia; he examinado la fé del pueblo, de ese pueblo que Brydaine llamaba el mayor amigo de Dios, y me he estremecido por la negacion que de mis labios iba á escaparse. Atormentado de contrarios sentimientos, he recurrido á la razon, y es la razon la que entre tantas contraposiciones dogmáticas hace que me atenga á la hipótesis. Aplicado á Dios, el dogmatismo *à priori* ha sido estéril; ¿quién sabe á dónde la hipótesis nos conducirá á su vez?

Voy, pues, á decir cómo estudiando en el silencio de mi corazón, y lejos de toda consideracion humana, el misterio de las revoluciones sociales, ha venido Dios, la grande incógnita, á ser para mí una hipótesis, es decir, un instrumento dialéctico necesario.

## I

Si al través de sus trasformaciones sucesivas sigo la idea de Dios, encuentro que esta idea es ante todo social; quiero decir con esto, que es más un acto de fé del pensamiento colectivo que una concepcion del individuo. Ahora bien, ¿cómo y en qué ocasion se verifica este acto de fé? Importa determinarlo.

Bajo el punto de vista moral é intelectual, la sociedad, ó el hombre colectivo, se distingue del individuo principalmente por la espontaneidad de accion, por otro nombre el instinto. Mientras que el indivi-

duo no obedece, ó se figura no obedecer, sino á motivos que conoce plenamente y es árbitro de aceptar ó de rechazar; mientras que, en una palabra, se cree libre, y tanto más libre, cuanto más razonador se siente y más instruido se halla, la sociedad tiene movimientos involuntarios, donde á la primera ojeada no vemos cosa que nos indique deliberacion ni proyecto previos, y poco á poco, sin embargo, nos parece ver la accion de un consejo superior que existe fuera de la sociedad y la empuja con irresistible fuerza hácia un término desconocido. El establecimiento de las monarquías y de las repúblicas, la distincion de castas, las instituciones judiciales, etc., son otras tantas manifestaciones de esa espontaneidad social, cuyos efectos es fácil notar, pero cuyo principio y cuya razon de ser son de difícil descubrimiento. Los esfuerzos de todos los que se han dedicado á la filosofía de la historia, áun de los que lo han hecho despues de Vico, Bossuet, Herder y Hegel, se han reducido hasta aquí á dejar consignada la existencia del destino providencial que dirige y preside todos los movimientos humanos. Y observo, á propósito de esto, que la sociedad ántes de obrar no deja nunca de invocar su genio, como si quisiese hacerse ordenar por el cielo lo que espontáneamente ha resuelto. Los sortilegios, los oráculos, los sacrificios, las aclamaciones populares, las plegarias públicas son la más ordinaria forma de esas deliberaciones ya deliberadas de la sociedad.

Esa facultad misteriosa, toda intuitiva, y por decirlo así sobre-social, que aunque poco ó nada palpable en las personas, se cierne sobre la humanidad como un genio inspirador, es el hecho primordial de toda psicología.

Ahora bien, á diferencia de las demás especies animales, sometidas como él á la vez á apetencias in-



dividuales y á impulsos colectivos, el hombre tiene el privilegio de percibir é indicar á su propio pensamiento el instinto ó *fatum* que le dirige, y tambien, como veremos más tarde, la facultad de penetrar y hasta de influir en sus decretos. Y el primer movimiento del hombre, embelesado y animado por el entusiasmo (el aliento divino), es adorar la invisible Providencia de que se siente depender; Providencia que llama Dios, es decir, Vida, Sér, Espíritu, ó más simplemente Yo: palabras todas que en las antiguas lenguas son sinónimas y homófonas.

Yo soy YO, dice Dios á Abraham, y yo trato contigo... Y á Moisés: Yo soy el Sér. Hablarás á los hijos de Israel, y les dirás: El Sér me envía á vosotros. Estas dos palabras, el Sér y Yo, tienen en la lengua original, la más religiosa que hayan hablado los hombres, la misma característica (1). En otra ocasión, cuando Jehovah, haciéndose legislador por órgano de Moisés, atestigua su eternidad y jura por su esencia, dice, como fórmula de juramento: Yo; ó bien redoblando la energía: Yo, el Ser. Así el Dios de los hebreos es el más personal y el más voluntarioso de todos los dioses, y nadie mejor que él expresa la intuición de la humanidad.

Dios se presenta por lo tanto al hombre como un yo, como una esencia pura y permanente que se pone ante él como un monarca ante su vasallo, y habla, ya por boca de los poetas, los legisladores y los adivinos, *musa*, *nomos*, *numen*, ya por medio de la aclamación popular: *Vox populi*, *vox Dei*. Esto puede servir, entre otras cosas, para explicar como hay oráculos verdaderos y oráculos falsos; porque los individuos á quienes se aísla desde su nacimiento no llegan por sí solos á la idea de Dios, al paso que se apoderan de ella con avidez en cuanto se la presenta el alma colectiva; como, por fin, las razas es-

tacionarias, tales como la de los chinos, acaban por perderla (2). Por de pronto, respecto de los oráculos, es óbvio que toda su certidumbre nace de la conciencia universal que los inspira; y en cuanto á la idea de Dios, es tambien fácil comprender por qué el aislamiento y el *statu quo* le son igualmente mortales. Por una parte la falta de comunicacion mantiene el alma absorbida en el egoísmo animal; por otra la falta de movimiento, como va cambiando poco á poco la vida social en rutina y mecanismo, elimina al fin la idea de voluntad y de providencia. ¡Cosa extraña! la religion que muere por el progreso, muere tambien por la inmovilidad.

Observemos por lo demás, que con referir á la conciencia vaga y por decirlo así objetivada de una razon universal la primera revelacion de la divinidad, no juzgamos absolutamente nada sobre la realidad ó la no realidad de Dios. Admitamos, en efecto, que Dios no sea otra cosa que la razon universal ó el instinto colectivo: faltará todavia saber lo que esa razon universal sea en sí misma. Porque, como demostraremos más tarde, la razon universal no la encontramos en la razon individual; ó para mejor expresarnos, no es sino enteramente empírico, ni hubiera sido jamás adquirido *à priori* por via de deducción, inducción ni síntesis, el movimiento de las leyes sociales, ó sea la teoría de las ideas colectivas, por más que sea una deducción de los conceptos fundamentales de la razon pura. De donde se sigue que la razon universal á la que referimos esas leyes considerándolas como su propia obra; la razon universal que existe, razona y trabaja en una esfera que le es propia y como una realidad distinta de la razon pura, del mismo modo que el sistema del mundo, por más que esté creado segun el sistema de las matemáticas, es una realidad distinta de las matemáticas, de la cual no habria sido



posible deducir ni la existencia de las matemáticas mismas: la razon universal, digo, es precisamente en lenguaje moderno lo que llamaron Dios los antiguos. La palabra ha cambiado: ¿qué sabemos de la cosa?

Prosigamos ahora las evoluciones de la idea divina.

Una vez sentado el Sér Supremo por un primer juicio místico, el hombre generaliza inmediatamente este tema con otro misticismo, la analogía. Dios, por decirlo así, no es aún más que un punto: llenará dentro de poco el mundo.

Del mismo modo que al sentir su yo social habia el hombre saludado á su autor; así al descubrir deliberacion é intencion en los animales, las plantas, las fuentes, los meteoros y el universo todo, atribuye á cada objeto en particular, y luégo al todo, un alma, espíritu ó genio que los preside, prosiguiendo esa induccion deificante desde la más elevada cima de la naturaleza, que es la sociedad, á las más humildes existencias, á las cosas inanimadas é inorgánicas. Desde su yo colectivo, tomado por polo superior de la creacion, hasta el último átomo de materia, el hombre extiende por lo tanto la idea de Dios, es decir, la idea de personalidad y de inteligencia, como nos cuenta el Génesis que *extendió* el mismo Dios *el cielo*, es decir, creó el espacio y el tiempo, capacidades de todas las cosas.

Así, sin un Dios, artífice supremo, no existirían el universo ni el hombre: tal es la profesion de fé social. Pero tampoco sin el hombre habria sido pensado Dios—saltemos este foso—no sería Dios nada. Si la humanidad necesita de un autor, Dios, los dioses, no necesitan ménos de un revelador: la teogonía, las historias del cielo, del infierno y de sus moradores, esos sueños del pensamiento humano, son el reverso del mundo, que ciertos filósofos han llamado en cambio el sueño de Dios. Y ¡qué de magnificencia en esa

creacion teológica, obra de la sociedad! Quedó eclipsada la creacion del *demiurgos*, vencido el que llamamos el Todopoderoso; y durante siglos dejó de fijarse la encantada imaginacion de los mortales en el espectáculo de la naturaleza por contemplar las maravillas olímpicas.

Bajemos de esta region fantástica. La implacable razon llama á la puerta: es preciso responder á sus formidables preguntas.

¿Qué es Dios? dice; ¿dónde está? ¿cuántos es? ¿qué quiere? ¿qué puede? ¿qué promete? Y hé aquí que ante la antorcha de la análisis, las divinidades todas de la tierra, del cielo y de los infiernos quedan reducidas á un no sé qué incorpóreo, impasible, inmóvil, incomprensible, indefinible, á la negacion, en una palabra, de todos los atributos de la existencia. Y sea, en efecto, que el hombre atribuya á cada objeto un espíritu ó genio especial; sea que conciba el universo como gobernado por un poder único, no hace nunca sino SUPONER una entidad incondicional, es decir, imposible, para deducir de ella una explicacion tal cual de fenómenos que de otro modo le parecen inconcebibles. ¡Misterio de Dios y de la razon! A fin de hacer cada vez más *racional* el objeto de su idolatría, el creyente le vá despojando poco á poco de todo lo que podia hacerle *real*; y despues de prodigios de lógica y de genio, resulta que ha dado al Sér por excelencia los mismos atributos de la nada. Esta evolucion es inevitable y fatal: el ateismo está en el fondo de toda teodicea.

Veamos si podemos hacer comprender ese progreso.

Apenas ha creado nuestra conciencia á Dios, creador de todas las cosas; en otros términos, apenas hemos elevado á Dios de la idea de yo social á la idea de yo cósmico, cuando nuestra reflexion se pone á



demolerle so pretexto de perfeccionarle. ¡Perfeccionar la idea de Dios! ¡Depurar el dogma teológico! Esta fué la segunda alucinacion del género humano.

El espíritu de análisis, Satanás infatigable que interroga y contradice sin cesar, debia tarde ó temprano buscar la prueba del dogmatismo religioso. Ahora bien, determine el filósofo la idea de Dios, ó declárela indeterminable; acérquese á su razon ó aléjese de ella, sostengo que esa idea no deja de sufrir quebranto: y como es de todo punto imposible que la especulacion se detenga, la idea de Dios no puede ménos de desaparecer á la larga. El movimiento ateo es, pues, el segundo acto del drama teológico; y este segundo acto nace del primero, como el efecto de la causa. *Los cielos cuentan la gloria del Eterno*, dice el salmista; añádamos: y su testimonio le destrona.

En efecto, á medida que el hombre observa los fenómenos, cree distinguir cosas intermedias entre la naturaleza y Dios: relaciones de número, de sucesion, de figura; leyes orgánicas, evoluciones, analogías; cierto encadenamiento, por fin, con que se manifiestan ó se provocan unas á otras las manifestaciones de la vida. Observa hasta que en el desarrollo de esa sociedad de que forma parte, entran por algo las voluntades particulares y las deliberaciones comunes; y se dice que el Supremo Espíritu no obra directamente, ni por sí mismo sobre el mundo, ni de un modo arbitrario y por capricho, sino mediatamente, por resortes ú órganos sensibles y en virtud de ciertas y determinadas reglas. Y subiendo mentalmente por la cadena de los efectos y de las causas, coloca en la extremidad, como en un volante, á Dios.

Más allá de los cielos todos,  
El Dios de los cielos mora,

ha dicho un poeta. Así, del primer salto que dá la teoría, queda reducido el Sér Supremo á la función

de fuerza motriz, clavija maestra, clave de bóveda, ó si se me permite una comparacion áun más vulgar, á la función de soberano constitucional que reina, pero no gobierna, jurando obedecer á la ley y nombrar ministros que la ejecuten. Pero impresionadó por la ilusion que le fascina, el deista no vé en ese ridículo sistema más que una nueva prueba de la sublimidad de su ídolo, que hace segun él servir á sus criaturas de instrumentos de su poder, y redundar en su gloria la sabiduría de los mortales.

Pronto, no satisfecho el hombre con limitar el imperio del Eterno, por un respeto cada vez más deicida pide participacion en él.

Si soy un espíritu, un yo sensible que emito ideas, continúa diciendo el deista, yo participo tambien de la existencia absoluta; soy libre, creador, inmortal, igual á Dios. *Cogito, ergo sum*; pienso, luego soy inmortal: este es el corolario, esta la traduccion del *ego sum qui sum*: la filosofia está de acuerdo con la Biblia. La existencia de Dios y la inmortalidad del alma son producto de la conciencia en un solo y mismo juicio; allí habla el mortal en nombre del universo, á cuyo seno trasporta su yo; aquí habla en su propio nombre, sin advertir que en esa ida y venida no hace más que repetirse.

La inmortalidad del alma, verdadera escision de la divinidad, que en el momento de su primera promulgacion, verificada despues de un largo intervalo, se presentó como una herejia á los ojos de los fieles del dogma antiguo, no por esto fué ménos considerada como el complemento de la majestad divina, como el postulado necesario de la bondad y la justicia eterna. Sin la inmortalidad del alma no se comprende á Dios, dicen los deistas, y son en esto parecidos á los teóricos de la política, para los que son condiciones esenciales de la monarquía una repre-



sentacion suprema y funcionarios en todas partes inamovibles. Mas tan exacta es la paridad entre las doctrinas, como flagrante la contradiccion entre las ideas: así el dogma de la inmortalidad del alma fué pronto la piedra de escándalo de los teólogos filósofos, que desde los tiempos de Pitágoras y de Orfeo se esfuerzan inútilmente en armonizar la razon con la fé, y los atributos divinos con la libertad humana. ¡Motivo de triunfo para los impíos!... Pero la ilusion no podia desaparecer tan pronto: el dogma de la inmortalidad del alma, precisamente porque era una limitacion del sér increado, era un progreso. Si el espíritu humano se ilumina con la adquisicion parcial de la verdad, no retrocede jamás, y esta perseverancia en su marcha es la prueba de su infalibilidad. Vamos á adquirir de este aserto una nueva prueba.

Haciéndose el hombre parecido á Dios, hacia á Dios parecido á sí mismo; y esa correlacion, calificada de execrable durante muchos siglos, fué el invisible resorte que determinó el nuevo mito. En tiempo de los patriarcas, Dios celebraba pactos de alianza con el hombre; ahora, y para mejor cimentar el pacto, Dios vá á humanizarse. Tomará nuestra carne, nuestro semblante, nuestras pasiones, nuestras alegrías y nuestras penas; nacerá de una mujer, y morirá como nosotros. Luégo, despues de esa humillacion de lo infinito, pretenderá aún el hombre haber agrandado el ideal de su Dios, haciendo por una conversion lógica del que habia hasta entónces llamado creador, un conservador, un redentor. No dice aún la humanidad: soy yo quien soy Dios, porque se horrorizaria en su piedad de usurpacion tamaño; pero dice ya: Dios está conmigo, EMMANUEL, *nobiscum Deus*. Y en el momento en que la filosofía con orgullo y la conciencia universal con espanto

exclamaban unánimes: los dioses se van, *excedere Deos*, se abria un período de ferviente adoracion y de fé sobrehumana que debia durar diez y ocho siglos.

Pero se acerca el término fatal. Toda monarquía que se deja circunscribir acaba por la demagogia; toda divinidad que se define, es decir, que se determina, vá á perderse en un pandemonio. La cristolatría es el último término de esa larga evolucion del pensamiento humano. Los ángeles, los santos, las vírgenes, reinan con Dios en el cielo, dice el catecismo; los demonios y los réprobos están en los infiernos sufriendo eternos suplicios. La sociedad ultramundana tiene su izquierda y su derecha: es hora ya de que la ecuacion se consuma, es hora ya de que esa jerarquía mística baje á la tierra y se manifieste en toda su realidad.

Cuando Milton representa á la primera mujer mirándose en una fuente y tendiendo con amor los brazos á su propia imágen como para abrazarla, pinta rasgo por rasgo al género humano.— Ese Dios que tu adoras, ¡oh hombre! ese Dios que tú has hecho bueno, justo, todopoderoso, sabio, inmortal y santo, eres tú mismo; ese ideal de perfecciones es tu imágen depurada en el espejo ustorio de tu conciencia. Dios, la naturaleza y el hombre son el triple aspecto del sér uno é idéntico; el hombre es el mismo Dios, que llega por mil evoluciones á adquirir la conciencia de sí mismo; se ha sentido Dios en Jesucristo, y el cristianismo es verdaderamente la religion del Dios-Hombre. No hay otro Dios que el que desde un principio ha dicho: yo; no hay otro Dios que tú.

Tales son las últimas conclusiones de la filosofía, que espira rasgando el velo que cubria el misterio de la religion y el suyo propio.



## II

No parece desde entónces sino que todo haya concluido; no parece sino que cesando la humanidad de adorarse y de mistificarse á sí misma, queda para siempre jamás descartado el problema teológico. Los dioses se han ido; el hombre no tiene ya otra cosa que hacer sino aburrirse y morir en su egoísmo. ¡Qué espantosa soledad no se extiende en torno mio y se abre en el fondo de mi alma! Mi elevacion se parece al aniquilamiento; desde que me he hecho Dios, no me veo ya sino como una sombra. Es posible que sea un yo, pero se me hace difícil tomarme por lo absoluto; y si no soy lo absoluto, no soy más que la mitad de una idea.

Un poco de filosofía aparta de la religion, ha dicho no sé qué razonador irónico, y mucha filosofía nos lleva de nuevo á su seno. Observacion de una verdad que humilla.

Toda ciencia se desarrolla en tres épocas sucesivas, que podemos llamar, comparándolas con las grandes épocas de la civilizacion, época religiosa, época sofística, época científica (\*). Así la alquimia constituye el período religioso de la ciencia llamada más tarde química, cuyo plan definitivo no hemos todavía encontrado; del mismo modo que la astrología forma el período religioso de otra construccion científica, la astronomía.

Y bien; hé aquí que despues de habernos burlado durante sesenta años de la piedra filosofal, llevados de sus experimentos, no se atreven ya los químicos á

(\* Véase entre otros á AUGUSTO COMTE, *Curso de filosofía positiva*, y á P. J. PROUDHON, *Creacion del orden en la humanidad*.

negar la trasmutabilidad de los cuerpos; al paso que los astrónomos se sienten tambien obligados por la mecánica del mundo á sospechar un organismo del mundo, es decir, algo precisamente como la astrología. ¿No se está en el caso de decir, á imitacion del filósofo que hace poco he citado, que si un poco de química aparta de la piedra filosofal, un mucho de química á la piedra filosofal nos vuelve; y si un poco de astronomía nos hace reirnos de los astrólogos, un mucho de astronomía nos haria creer en los astrólogos (3)?

Tengo á buen seguro mucha ménos propension á lo maravilloso que muchos ateos; pero no puedo ménos de pensar que las historias de milagros, de predicciones, de hechizos, etc., no son más que relatos desfigurados de efectos extraordinarios producidos por ciertas fuerzas latentes, ó como se decia en otro tiempo, por potencias ocultas. Nuestra ciencia es aún tan brutal y está tan llena de mala fé; nuestros doctores se muestran tan impertinentes con lo poco que saben, y niegan tan impudentemente los hechos que les estorban, á fin de proteger las opiniones que explotan, que desconfío á la verdad de esos espíritus fuertes, tanto como de los supersticiosos. Sí, tengo esta conviccion; nuestro grosero racionalismo es la inauguracion de un período que á fuerza de ciencia llegará á ser verdaderamente *prodigioso*: el universo no es á mis ojos sino un laboratorio de magia donde es preciso estar preparado para todo..... Dicho esto, vuelvo á entrar en materia.

Grande engaño se padecería, pues, si se fuese á imaginar, despues de la rápida exposicion que llevo hecha de las evoluciones religiosas, que la metafísica ha dicho su última palabra sobre el doble enigma contenido en estas cuatro palabras: existencia de Dios, inmortalidad del alma. Aquí como allí, las con-



clusiones de la razón más adelantadas y mejor establecidas, las que parecen haber cortado para siempre jamás la cuestión teológica, nos retrotraen al misticismo primordial é implican los nuevos elementos de una inevitable filosofía. La crítica de las opiniones religiosas nos hace sonreír hoy de las religiones y de nosotros mismos; y sin embargo, el resumen de esta crítica no es más que una reproducción del problema. El género humano, en el momento en que escribo, está en vísperas de reconocer y afirmar algo que equivaldrá para él á la antigua noción de la divinidad; y esto no ya como en otro tiempo, por un movimiento espontáneo, sino con reflexión y en virtud de una dialéctica invencible.

Voy á ver si en pocas palabras me doy á entender.

Si hay un punto sobre el cual los filósofos, á pesar suyo, hayan concluido por ponerse de acuerdo, es á no dudar la distinción entre la inteligencia y la necesidad, entre el sugeto y el objeto del pensamiento, entre el yo y el no yo; en términos vulgares, entre el espíritu y la materia. Sé bien que esos términos nada significan de real ni de verdadero; que no indica cada uno de ellos sino una escisión de lo absoluto, única cosa verdadera y real; y que tomados separadamente, implican tanta contradicción los unos como los otros. Pero no es tampoco menos cierto que lo absoluto nos es completamente inaccesible, y sólo le conocemos por sus términos contrarios, únicos que caen bajo el dominio de nuestro empirismo; no es menos cierto que si sólo la unidad puede obtener nuestra fé, la dualidad es la primera condición de la ciencia.

Así, ¿quién piensa y quién es pensado? ¿qué es un alma y qué es un cuerpo? Desafío á quien quiera que sea á que salga de ese dualismo. Sucede con las ciencias lo que con las ideas: se presentan las pri-

meras separadas en la naturaleza, como las segundas en el entendimiento; y del mismo modo que las ideas de Dios y de inmortalidad del alma, á pesar de su identidad, se han ido presentando y estableciendo sucesiva y contradictoriamente en la filosofía, así á pesar de su fusión en lo absoluto, el yo y el no yo se van presentando sucesiva y contradictoriamente en la naturaleza, y tenemos á la vez seres que piensan y otros que no piensan.

Ahora bien, cualquiera que se haya tomado el trabajo de reflexionar sobre esto, sabe que una distinción tal, por realizada que esté, es lo más ininteligible, lo más contradictorio y lo más absurdo que puede encontrar la razón humana. No se concibe más el ser sin las propiedades de la materia que sin las del espíritu; de suerte que si se niega el espíritu, porque no entrando en ninguna de las categorías de tiempo, de espacio, de movimiento, de solidez, etc., se nos presenta despojado de todos los atributos que constituyen lo real, negaré á mi vez la materia, que no ofreciéndome de apreciable sino su pasividad, ni de inteligible sino sus formas, no se manifiesta en ninguna parte como causa voluntaria y libre, y se sustrae enteramente á mi vista como sustancia; y llegaremos al idealismo puro, es decir, á la nada. Pero la nada repugna á yo no sé qué cosas que viven y raciocinan, reuniendo en sí mismos en cierto estado, no puedo decir cuál, de síntesis incipiente ó de escisión inminente, todos los atributos antagonistas del ser. Forzoso nos es, pues, empezar por un dualismo cuyos términos nos consta perfectamente que son falsos, pero que siendo para nosotros la condición de la verdad, se nos imponen de una manera irrecusable; forzoso nos es, en una palabra, empezar con Descartes y con el género humano por el yo, es decir, por el espíritu.



Mas despues que las religiones y los sistemas filosóficos, disueltos por la análisis, han venido á fundirse en la teoría de lo absoluto, no sabemos tampoco qué es el espíritu, y no nos diferenciamos en esto de los antiguos sino por la riqueza de lenguaje con que decoramos la oscuridad que nos rodea. No hay sino que al paso que para los hombres de otros tiempos el orden revelaba una inteligencia *fuera* del mundo, á los de ahora les parece que la revela mejor *dentro* del mundo mismo. Póngasela, con todo, dentro ó fuera, desde el momento en que se la reconoce á causa del orden, es preciso admitirla donde quiera que el orden se manifieste, ó no admitirla en ninguna parte. No hay más razon para atribuir inteligencia á la cabeza que produjo la *Iliada*, que para concederla á una masa de materia que cristaliza en forma de octaedros; y recíprocamente, es tan absurdo atribuir el sistema del mundo á leyes físicas, sin tener para nada en cuenta el yo ordenador, como atribuir la victoria de Marengo á combinaciones estratégicas, sin tener para nada en cuenta al primer cónsul. Toda la diferencia que cabria hacer sería la de que en este caso el yo pensante estaria localizado en el cerebro de Bonaparte, mientras que con relacion al universo, el yo no ocuparía un lugar especial y estaria derramado por todas partes.

Los materialistas han creido deshacerse de la opinion contraria, con decir que habiendo el hombre asimilado el universo á su cuerpo, terminó su comparacion dando á ese universo un alma parecida á la que suponía ser el principio de su vida y de su pensamiento; y así todos los argumentos sobre la existencia de Dios estaban reducidos á una analogía tanto más falsa, cuanto que el mismo término de comparacion era hipotético.

No vengo ciertamente á defender el viejo silogismo

de: todo arreglo supone una inteligencia ordenadora; es así que existe en el mundo un orden admirable; luego el mundo es obra de una inteligencia. Este silogismo, tan repetido desde Job y Moisés, léjos de ser una solucion, no es más que la fórmula del enigma que trata de descifrarse. Conocemos perfectamente lo que es el orden; pero ignoramos en absoluto lo que pretendemos decir con la palabra Alma, Espíritu ó Inteligencia: ¿cómo podemos por lo tanto deducir de la presencia del uno la existencia de la otra? Rechazaré, pues, hasta más ámplia instruccion la pretendida prueba de la existencia de Dios, sacada del orden del mundo; y veré á lo más en ella una ecuacion propuesta á la filosofia. De la concepcion del orden á la afirmacion del espíritu hay por cegar todo un abismo de metafísica: no es, repito, mi ánimo tomar por una demostracion el problema mismo.

Pero no se trata de eso en este momento. He querido dejar consignado que la razon humana estaba fatal é inevitablemente condenada á la distincion del ser en yo y no yo, espíritu y materia, alma y cuerpo. ¿Quién no vé ahora que la objecion de los materialistas prueba precisamente lo que tiene por objeto negar? Con distinguir en sí mismo un principio espiritual y un principio material, ¿qué otra cosa es el hombre que la naturaleza misma, proclamando sucesivamente su doble esencia y dando testimonio de sus propias leyes? Y nótese la inconsecuencia del materialismo: niega y se vé forzado á negar que el hombre sea libre, y cuanta ménos libertad tenga el hombre, más importancia ha de tener su palabra, y más debe ser considerada como la expresion de la verdad. Cuando oigo esa máquina que me dice: yo soy alma y soy cuerpo; por más que semejante revelacion me pame y me con-



funda, aparece á mis ojos revestida de una autoridad incomparablemente mayor que la del materialista, que corrigiendo la conciencia y la naturaleza, trata de hacerlas decir: Yo soy materia, y nada más que materia, y la inteligencia no es más que la facultad material de conocer.

¿Qué se diría si, tomando á mi vez la ofensiva, demostrase cuán insostenible es la existencia de los cuerpos, ó en otros términos, la realidad de una naturaleza puramente corpórea? — La materia, se dice, es impenetrable. — Impenetrable ¿para con qué? pregunta. Para consigo misma, sin duda, pues no se atrevería nadie á decir que para con el espíritu, cuando esto sería admitir precisamente lo que se trata de descartar; sobre lo cual yo hago esta doble pregunta: ¿qué sabeis vosotros de esto? ¿ni qué es lo que esto significa?

1.º La impenetrabilidad, por la cual se pretende definir la materia, no es más que una hipótesis de físicos poco observadores, una conclusion grosera deducida de un juicio superficial. Manifiesta la experiencia en la materia una divisibilidad hasta lo infinito, una dilatibilidad hasta lo infinito, una porosidad sin límite asignable, una permeabilidad para con el calor, la electricidad y el magnetismo, y al mismo tiempo una facultad de retenerlos indefinida; afinidades, influencias reciprocas y trasformaciones sin número: cosas todas incompatibles con la existencia de un *aliquid* impenetrable. La elasticidad, que mejor que ninguna otra propiedad de la materia podia conducir por la idea de resorte ó de resistencia á la de impenetrabilidad, varía á merced de mil circunstancias, y depende por completo de la atraccion molecular; y ¿qué más inconciliable con la impenetrabilidad que esa atraccion? Existe por fin una ciencia que se podria definir en rigor diciendo, que

es la *ciencia de la penetrabilidad de la materia*: es la química. ¿En qué difiere efectivamente de una compenetracion lo que se llama una composicion química? (4) Por último, no se conoce de la materia sino sus formas; de su sustancia, nada. ¿Cómo se ha de poder, pues, afirmar la realidad de un sér invisible, impalpable, incoercible, siempre tornadizo, fugitivo siempre, impenetrable sólo para con el pensamiento, para el cual no son visibles sino sus disfraces? ¡Materialistas! os permito que justifiqueis la realidad de vuestras sensaciones: en cuanto á lo que las ocasiona, cuanto digais implica esta reciprocidad: algo (que vosotros llamais materia) es la causa ocasional de las sensaciones que van á otro algo (que yo llamo espíritu).

2.º Mas ¿de dónde procede entónces esa suposicion de impenetrabilidad de la materia que ninguna observacion externa justifica, ni es verdadera? ¿cuál es su significacion, su sentido?

Aquí es visible el triunfo del dualismo. La materia ha sido declarada impenetrable, no, como se figuran los materialistas y el vulgo, por el testimonio de los sentidos, sino por la conciencia. Es el *yo*, naturaleza incomprendible, el que sintiéndose libre, distinto y permanente, y encontrando fuera de sí mismo otra naturaleza igualmente incomprendible, pero distinta tambien y permanente, á pesar de sus metamorfosis, declara en virtud de las sensaciones y de las ideas que esa esencia le sugiere, que el no *yo* es extenso é impenetrable. La impenetrabilidad es una palabra figurada, una imágen bajo la cual el pensamiento, escision de lo absoluto, se representa la realidad material, que es otra escision de lo absoluto; mas esa impenetrabilidad, sin la cual la materia se desvanece, no es en último análisis sino un juicio espontáneo del sentido íntimo, un *à priori*



metafísico, una hipótesis no verificada del espíritu.

Así, sea que la filosofía, despues de haber destruido el dogmatismo teológico, espiritualice la materia ó materialice el pensamiento, idealice el sér ó realice la idea; sea que identificando la *sustancia* y la *causa*, sustituya en todas partes la FUERZA, frases todas que nada explican ni significan, nos vuelve á conducir siempre al eterno dualismo, y requiriéndonos á que creamos en nosotros mismos, nos obliga á creer en Dios, si ya no es en los espíritus. Es verdad que con haber hecho entrar el espíritu en la naturaleza, á diferencia de los antiguos, que le separaban de ella, la filosofía ha venido como por la mano á esa conclusion famosa, que casi resume todo el fruto de sus investigaciones: En el hombre, el espíritu *se sabe*; mientras que en los demás séres nos parece que *no se sabe*.— «Lo que vela en el hombre, dormita en el animal y duerme en la piedra,» ha dicho un filósofo.

La filosofía en su postrera hora no sabe más de lo que sabía al nacer: como si no hubiese venido al mundo más que para hacer buena la palabra de Sócrates, nos dice, envolviéndose solemnemente en su sudario: Sé que no sé nada. ¿Qué digo? La filosofía sabe hoy que todos sus juicios descansan en dos hipótesis igualmente falsas, igualmente imposibles, y, sin embargo, igualmente necesarias: la materia y el espíritu. De suerte que, al paso que en otro tiempo la intolerancia religiosa y las discordias filosóficas, deramando por todas partes las tinieblas, permitian la duda y hasta cierta voluptuosa indolencia, el triunfo de la negacion en todo no permite ya ni esa duda: el pensamiento, libre de toda traba, pero vencido por sus propios progresos, se vé obligado á afirmar lo que le parece evidentemente contradictorio y absurdo. Los salvajes dicen que el mundo es un gran fetiche guardado por un gran mónstruo. En treinta

siglos los poetas, los legisladores y los sabios de la civilizacion no han escrito nada más sublime que esta profesion de fé. Y hénos aquí con que al fin de esa larga conspiracion contra Dios, que se ha dado á sí misma el nombre de filosofía, la razon emancipada dice como la razon salvaje: El Universo es un no yo objetivado por un yo.

La humanidad supone, pues, fatalmente la existencia de Dios; y si durante el largo período que se está cerrando ha creído en la realidad de su hipótesis; si ha adorado el inconcebible objeto que la motiva; si despues de haberse conocido en este acto de fé persiste á sabiendas, pero no libremente, en su opinion de un Sér Supremo, que sabe bien no ser más que una personificacion de su propio pensamiento; si está en visperas de volver á empezar sus invocaciones mágicas, preciso es creer que su portentosa alucinacion contiene algun misterio que merece ser objeto de profundo estudio.

Alucinacion y misterio, digo, sin que pretenda negar por esto el contenido sobrehumano de la idea de Dios, ni admita tampoco la necesidad de un nuevo simbolismo, quiero decir, de una nueva religion. Porque si es indudable que la humanidad, afirmando á Dios, ó lo que se quiera, bajo el nombre de yo ó de espíritu, no se afirma sino á sí misma, no se puede por otra parte negar que se afirma entónces como distinta de lo que se conoce: resulta esto de todas las mitologías como de todas las teodiceas. Y puesto que por otro lado esta afirmacion es irresistible, procede, á no dudarlo, de relaciones secretas que conviene, si es posible, determinar científicamente.

En otros términos, el ateísmo, por otro nombre humanismo, verdadero en toda su parte crítica y negativa, si se detuviese en el hombre tal cual es en la



naturaleza, si descartase como juicio abusivo esa afirmación primera de la humanidad, de que es hija, emanación, imagen, reflejo ó verbo de Dios, si renegase así de su pasado, no sería sino una contradicción más, una de tantas contradicciones. Forzoso nos es, por lo tanto, emprender la crítica del humanismo, es decir, verificar si la humanidad, considerada en su conjunto y en todos los períodos de su desarrollo, satisface á la idea divina, hecha deducción hasta de los atributos hiperbólicos y fantásticos de Dios; si satisface á la plenitud del sér, si se satisface á sí misma. Forzoso nos es, en una palabra, examinar si la humanidad *tiende* á Dios, según el dogma antiguo, ó si *pasa á ser* Dios, como dicen los modernos. Quizá encontremos al fin que los dos sistemas, á pesar de su aparente oposición, son verdaderos á la vez, y en el fondo idénticos; quedaria en este caso altamente confirmada la infalibilidad de la razón humana, así en sus manifestaciones colectivas como en sus especulaciones. — En una palabra, hasta que hayamos verificado en el hombre la hipótesis de Dios, la negación atea no tiene nada de definitiva.

Lo que por lo tanto falta hacer es una demostración científica, es decir, empírica de la idea de Dios, demostración que no se ha ensayado nunca. Dogmatizando la teología sobre la autoridad de sus mitos y especulando la filosofía, ayudada de sus categorías, ha quedado Dios en el estado de concepción *trascendental*, es decir, inaccesible á la razón, y subsiste siempre la hipótesis.

Subsiste, digo, esta hipótesis más viva, más im- placable que en ningún otro tiempo. Hemos llegado á una de esas épocas fatídicas, en que la sociedad, desdeñosa de lo pasado y atormentada por lo futuro, tan pronto abraza con frenesí lo presente, dejando á algunos pensadores solitarios el cuidado de preparar

la nueva fé, como llama á Dios desde el abismo de sus placeres, y pide una señal de salvación, ó busca en el espectáculo de sus revoluciones, como en las entrañas de una víctima, el secreto de sus destinos.

¿A qué insistir más? La hipótesis de Dios es legítima, porque se impone á todo hombre á pesar suyo: no puede ser, pues, censurada por nadie. El que cree, no puede menos de permitirme la suposición de que Dios existe; el que niega, no puede tampoco menos de permitírmelo, puesto que él mismo lo ha hecho antes que yo, no siendo posible negación alguna sin una afirmación previa; el que dude, basta que reflexione un instante para comprender que su duda supone necesariamente un yo no sé qué, que tarde ó temprano acabará por llamar Dios.

Mas si poseo, por la misma naturaleza de mi pensamiento, el derecho de *suponer* á Dios, debo conquistar el derecho de *afirmarlo*. En otros términos, si mi hipótesis se impone de una manera invencible, es todo lo que puedo pretender por el momento. Porque afirmar, es determinar; y toda determinación, para ser verdadera, debe ser empírica. Quien dice, en efecto, determinación, dice relación, condicionalidad, experiencia. Puesto, pues, que la determinación de la idea de Dios debe salir entre nosotros de una demostración empírica, debemos abstenernos de todo lo que en la investigación de esa alta incógnita pueda ir más allá de la hipótesis, sin suministrárnoslo la experiencia, pues de lo contrario volveríamos á caer en las contradicciones de la teología, y por consecuencia á suscitar de nuevo las protestas del ateísmo.



## III

Fáltame decir ahora por qué, en un libro de economía política, he debido tomar por punto de partida la hipótesis fundamental de toda filosofía.

He tenido ante todo necesidad de la hipótesis de Dios para fundar la autoridad de la ciencia social.— Cuando el astrónomo, para explicar el sistema del mundo, apoyándose exclusivamente en la experiencia, supone, con el vulgo, abovedado el cielo, la tierra plana, el sol del tamaño de un globo, describiendo en el aire una curva de Oriente á Occidente, supone la infalibilidad de los sentidos, reservándose rectificar más tarde, á medida que la observacion se lo permite, el dato de que se vé obligado á partir. Depende esto de que la filosofía astronómica no podía admitir *à priori* que los sentidos nos engañasen ni que viésemos lo que no vemos: ¿qué vendría á ser, después de sentarse un principio tal, la certidumbre de la astronomía? Pero pudiendo, en ciertos casos, los datos de los sentidos ser rectificadas y completados por los sentidos mismos, permanece firme la autoridad de los sentidos, y la astronomía es posible.

La filosofía social no admite tampoco *à priori* que la humanidad pueda en sus actos engañar ni ser engañada: sin esto, ¿qué vendría á ser tampoco la autoridad del género humano, es decir, la autoridad de la razon, sinónima en el fondo de la soberanía del pueblo? Cree, empero, la filosofía social que los juicios humanos, siempre verdaderos en lo que tienen de actual y de inmediato, se pueden completar y aclarar sucesivamente los unos á los otros á medida que se van adquiriendo ideas, de manera que se vaya

siempre poniendo la razon general de acuerdo con la especulacion individual, y se extienda indefinidamente la esfera de la certidumbre: lo cual es afirmar siempre la autoridad de los juicios humanos.

Ahora bien, el primer juicio de la razon, el preámbulo de toda constitucion política que busca una sancion y un principio, es necesariamente esta: *hay un Dios*; lo cual equivale á decir: la sociedad está gobernada con consejo, premeditacion, inteligencia. Este juicio, que excluye el mal, es el que hace posible una ciencia social: y, no hay por qué dudarle, todo estudio histórico y positivo de los hechos sociales, emprendido con un objeto de mejora y de progreso, debe empezar por suponer con el pueblo la existencia de Dios, salvo siempre el darse más tarde cuenta de este juicio.

Así la historia de las sociedades no es ya para nosotros sino una larga determinacion de la idea de Dios, una revelacion progresiva del destino del hombre. Y al paso que la sabiduría antigua lo hacía depender todo de la accion arbitraria y fantástica de la divinidad, oprimiendo la razon y la conciencia, y deteniendo el movimiento con el terror de un soberano invisible; la nueva filosofía, invirtiendo el método, destrozando la autoridad de Dios del mismo modo que la del hombre, y no aceptando otro yugo que el del hecho y la evidencia, lo hace converger todo hácia la hipótesis teológica, por considerarla como el último de sus problemas.

El ateísmo humanitario es, pues, el último término de la emancipacion moral é intelectual del hombre, y por consiguiente la última fase de la filosofía, que sirve de paso para la reconstruccion ó verificacion científica de todos los dogmas demolidos.

Necesito de la hipótesis de Dios, no sólo, como acabo de decir, para dar sentido á la historia, sino



también para legitimar las reformas que hay que hacer en el Estado á nombre de la ciencia.

Ya consideremos á Dios como exterior á la sociedad, cuyos movimientos modera desde lo alto (opinión del todo gratuita y muy probablemente ilusoria); ya le reputemos inmanente en la sociedad é idéntico á esa razón impersonal y sin conciencia de sí misma, que como un instinto hace marchar la civilización (aunque la impersonalidad y la ignorancia de sí mismo repugnan á la idea de inteligencia); ya creamos, por fin, que cuanto sucede en la sociedad resulta de la relación de sus elementos (sistema cuyo mérito consiste todo en cambiar un activo en pasivo, en convertir la inteligencia en necesidad, ó, lo que viene á ser lo mismo, en tomar la ley por la causa); tendremos siempre, que presentándosenos necesariamente las manifestaciones de la actividad social, ó como signos de la voluntad del Sér Supremo, ó como una especie de lenguaje típico de la razón general é impersonal, ó por fin, como linderos de la necesidad, no dejarán esas manifestaciones de ser siempre para nosotros de una autoridad absoluta. Estando tan encadenada su serie en el tiempo como en el espíritu, los hechos realizados determinan y legitiman los por realizar; la ciencia y el destino están de acuerdo; procediendo cuanto sucede de la razón, y no juzgando la razón sino por la experiencia de lo que sucede, tiene derecho la ciencia á participar del gobierno, y lo que establece su incompetencia como consejo, justifica su intervención como soberano.

La ciencia, calificada, reconocida y aceptada por el voto de todos como divina, es la reina del mundo. Así, gracias á la hipótesis de Dios, toda oposición conservadora ó retrógrada, toda excepción dilatoria propuesta por la teología, la tradición ó el egoísmo, queda perentoria é irrevocablemente descartada.

Tengo además necesidad de la hipótesis de Dios para manifestar el lazo que une la civilización con la naturaleza.

En efecto, esta admirable hipótesis, por la cual el hombre se asimila á lo absoluto, implicando como implica la identidad de las leyes de la naturaleza y las de la razón, nos permite que veamos en la industria humana el complemento de la creación, hace solidarios el hombre y el globo en que habita, y en los trabajos de explotación de este patrimonio en que nos ha colocado la Providencia, patrimonio que es hasta cierto punto obra nuestra, nos hace concebir el principio y el fin de todas las cosas. Si, pues, la humanidad no es Dios, continúa á Dios: lo que hoy la humanidad, hablando en otro estilo, hace reflexivamente, es lo mismo que empezó á hacer por instinto, y la naturaleza parece hacer por necesidad. En todos estos casos, y cualquiera que sea la opinión que se escoja, una cosa permanece indudable, la unidad de acción y de ley. Séres inteligentes, actores de un drama desarrollado con inteligencia, podemos deducir atrevidamente de nosotros mismos el Universo y el Eterno, y cuando hayamos organizado definitivamente entre nosotros el trabajo, decir con orgullo: La creación está explicada.

Así el campo de exploración de la filosofía se encuentra determinado; la tradición es el punto de partida de toda especulación sobre lo futuro; la utopía está para siempre jamás descartada; el estudio del yo, trasladado de la conciencia del individuo á las manifestaciones de la voluntad social, adquiere el carácter de objetividad de que había hasta aquí carecido; y hecha la historia psicológica, la teología antropológica, y las ciencias naturales metafísicas, no se deduce ya la teoría de la razón de la vacuidad de nuestro intelecto, sino de las innumerables for-



mas de una naturaleza amplia y constantemente observable.

Necesito tambien de la hipótesis de Dios á fin de atestiguar mi buena voluntad para con una multitud de sectas, de cuyas opiniones no participo, pero cuyos rencores temo: — para con los deistas, porque de tal sé que por la causa de Dios estaria dispuesto á tirar de la espada, y como Robespierre haria jugar la guillotina hasta destruir el último ateo, sin sospechar siquiera que ese ateo fuese él mismo; — para con los místicos, cuyo partido, compuesto en gran parte de estudiantes y de mujeres, marchando á la sombra de las banderas de Lamennais, Quinet, Leroux y otros, ha tomado por mote: *Tal amo, tal criado*; tal Dios, tal pueblo; y, para arreglar el salario de un obrero, empieza por restaurar la religion; — para con los espiritualistas, porque si desconociese los derechos del espíritu me acusarian de fundar el culto de la materia, contra el cual protesto con todas las fuerzas de mi alma; — para con los sensualistas y materialistas, para los cuales el dogma divino es el símbolo de la represion y el principio de la servidumbre de las pasiones, fuera de las cuales, dicen, no hay para el hombre ni placer, ni virtud, ni genio; — para con los ecléticos y los escépticos, liberos-editores de todos los viejos sistemas filosóficos, que, sin embargo, no filosofan y están coaligados en una vasta cofradía, con aprobacion y privilegio del gobierno, contra todo el que piensa, cree ó afirma sin su permiso; — para, por fin, con los conservadores, los retrógrados, los egoistas y los hipócritas, que predicán el amor de Dios por odio al prójimo, y desde el diluvio están acusando á la libertad de las desgracias del mundo, y calumniando la razon por el despecho que su propia nulidad les inspira.

¿Sería, pues, posible que se condenara una hipótesis que, léjos de blasfemar de los venerados fantasmas de la fé, no aspira sino á presentarlos á la luz del día; en vez de rechazar los dogmas tradicionales y los prejuicios de la conciencia, trata tan sólo de verificarlos; y, sin por esto dejarse llevar de opiniones exclusivas, toma por axioma la infalibilidad de la razon, y, gracias á tan fecundo principio, no ha de concluir jamás contra ninguna de las sectas antagonistas? ¿Sería posible que los conservadores religiosos y políticos me acusasen de turbar el orden de las sociedades, cuando parto de la hipótesis de una inteligencia suprema, fuente de todo sentimiento de orden; que los demócratas semi-cristianos me maldijesen como enemigo de Dios, y por consiguiente, como traidor á la República, cuando busco el sentido y el contenido de la idea de Dios; que los mercaderes universitarios, finalmente, me imputasen á impiedad la demostracion del ningun valor de sus productos filosóficos, precisamente cuando sostengo que hay que estudiar la filosofía en su objeto, es decir, en las manifestaciones de la sociedad y de la naturaleza?.....

Necesito aún de la hipótesis de Dios para justificar mi estilo.

Ignorante como estoy de todo lo que toca á Dios, al mundo, al alma, al destino; obligado á proceder como el materialista, por la observacion y la experiencia, y á expresar mis conclusiones en el lenguaje de los fieles, porque no existe otro; no sabiendo si mis fórmulas, á mi pesar teológicas, deben ser tomadas en sentido propio ó en sentido figurado; habiendo de pasar en esa perpétua contemplacion de Dios, del hombre y de las cosas, por la sinonimia de todos los términos que abrazan las tres categorías del pensamiento, la palabra y la accion, y no que-



riendo con todo afirmar nada ni por un lado ni por otro: exigía el rigor de la dialéctica que supusiese, ni más ni menos, esa incógnita que se llama Dios. Estamos llenos de la divinidad, *Jovis omnia plena*; nuestros monumentos, nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras ideas, nuestras lenguas y nuestras ciencias, todo está infectado de esa indeleble superstición, fuera de la cual no podemos hablar ni obrar, y sin la cual ni siquiera pensamos.

Tengo, por fin, necesidad de la hipótesis de Dios para explicar la publicación de esas nuevas Memorias.

Nuestra sociedad se siente preñada de acontecimientos y está inquieta por su porvenir: ¿cómo dar razón de esos vagos presentimientos con la sola ayuda de una razón universal, immanente y permanente, si se quiere, pero impersonal y por consecuencia muda; ó bien con la idea de una necesidad, si implica contradicción que la necesidad se conozca, y tenga por lo tanto presentimientos? Aquí, pues, no queda áun más que la hipótesis de un agente ó incubo, que pesa sobre la sociedad y le dá visiones.

Ahora bien, cuando la sociedad profetiza, se pregunta por boca de unos y se contesta por boca de otros. Y dichoso y sabio entónces el que sabe escuchar y comprender, porque ha hablado Dios mismo, *quia locutus est Deus*.

La Academia de Ciencias morales y políticas ha propuesto la cuestión siguiente:

*Determinar los hechos generales que arreglan las relaciones de los beneficios con los salarios, y explicar sus oscilaciones respectivas.*

Hace algunos años preguntaba la misma Academia: *¿Cuáles son las causas de la miseria?* Nace esto de que el siglo XIX no tiene más que un pensamiento: igualdad y reforma. Pero el espíritu sopla donde me-

por le parece: pusiéronse muchos á estudiar la cuestión, y no contestó nadie. El colegio de los arúspices ha repetido por lo tanto su pregunta en términos más significativos. Quiere saber si reina el orden en el taller, si son equitativos los salarios, si la libertad y el privilegio están justamente compensados, si la noción de valor, que determina los hechos todos del cambio, es en las formas bajo que la han presentado los economistas suficientemente exacta, si el crédito protege el trabajo, si la circulación es regular, si las cargas de la sociedad pesan por igual sobre todos los ciudadanos, etc., etc.

Y en efecto, teniendo la miseria por causa inmediata la insuficiencia del producto del trabajo, conviene saber cómo, fuera de los casos de desgracia ó mala voluntad, es insuficiente el producto del trabajo del obrero. Es esta siempre la misma cuestión sobre la desigualdad de fortunas que tanto ruido metió hace un siglo, y por una extraña fatalidad se reproduce incesantemente en los programas académicos, como si ahí estuviese el verdadero nudo de los tiempos modernos.

La igualdad, pues, su principio, sus medios, sus obstáculos, su teoría, los motivos de que se la aplace, la causa de las iniquidades sociales y providenciales: esto es lo que hay que explicar al mundo, á pesar de los sermones de los incrédulos.

Sé bien que las miras de la Academia no son tan profundas, y tiene horror á lo nuevo al igual de un concilio; pero cuanto más se vuelve hácia lo pasado más nos refleja el porvenir, y más, por consiguiente, debemos creer en su inspiración; porque los verdaderos profetas son los que no comprenden lo que anuncian. Escuchad ante todo:

*¿Cuáles son, ha dicho la Academia, las más útiles aplicaciones que pueden hacerse del principio de la*



*asociacion voluntaria y privada para el alivio de la miseria?*

Y despues :

*Exponer la teoria y los principios del contrato de seguros, hacer su historia, y deducir de la doctrina de los hechos el desarrollo de que sea susceptible este contrato, y las diversas aplicaciones útiles que de él puedan hacerse en el estado de progreso en que se encuentran actualmente nuestro comercio y nuestra industria.*

Conviene los publicistas en que el seguro, forma rudimentaria de la asociacion comercial, es una asociacion en las cosas, *societas in re*, es decir, una sociedad cuyas condiciones, fundadas en relaciones puramente económicas, escapan á la arbitrariedad del hombre. De suerte que una filosofia del seguro ó de la garantía mútua de los intereses, que se dedujese de la teoria general de las sociedades reales, *in re*, contendria la fórmula de la conciencia universal, en que no cree ningun académico. Y cuando, reuniendo en un mismo punto de vista el sugeto y el objeto, pide la Academia, al lado de una teoria sobre la asociacion de los intereses, otra sobre la asociacion voluntaria, nos revela lo que ha de ser la sociedad más perfecta, y afirma por ahí todo lo más contrario á sus convicciones. ¡Libertad, igualdad, solidaridad, asociacion! ¿Por qué inconcebible yerro un cuerpo tan eminentemente conservador ha propuesto á los ciudadanos ese nuevo programa de los derechos del hombre? Así Caifás profetizaba la redencion negando á Jesucristo.

Sobre la primera de estas cuestiones ha recibido la Academia, en dos años, cincuenta y cinco memorias: prueba de que el tema estaba maravillosamente acomodado al estado de los ánimos. Pero no habiendo sido ninguna considerada digna de premio, la Aca-

demia ha retirado la cuestion, alegando la insuficiencia de los concurrentes, pero en realidad porque no habiéndose propuesto otro objeto que el que el concurso no tuviera éxito, le convenia, sin esperar más, declarar desnudas de fundamento las esperanzas de los partidarios de la asociacion.

Así pues, esos señores de la Academia desmienten en su salon de sesiones lo que han anunciado desde el trípode. No me admira una contradiccion tal, y libreme Dios de imputárseles á crimen. Creian los antiguos que las revoluciones se anunciaban con signos espantosos, y que entre otros prodigios los animales hablaban. Era esta una figura con la que designaban esas ideas repentinas y esas palabras extrañas que circulan de improviso por las masas en los momentos de crisis, y parecen haber venido sin antecedentes humanos: tanto se apartan del circulo del juicio comun. En la época en que vivimos no podia dejar de reproducirse el fenómeno. Despues de haber proclamado la asociacion, por un instinto fatídico y una espontaneidad maquinal, *pecudesque locuta*, esos señores de la Academia de Ciencias morales y políticas han recobrado su prudencia de costumbre, viniendo la rutina á desmentir su inspiracion. Sepamos, pues, discernir los avisos del cielo de los juicios interesados de los hombres, y tengamos por cierto que en los discursos de los sabios, lo principalmente indudable, es aquello en que ha tenido ménos parte su reflexion.

La Academia, con todo, rompiendo tan bruscamente con sus instituciones, parece haber sentido remordimientos. En lugar de una teoria de la asociacion en que cuando reflexiona no cree, pide un *Exámen crítico del sistema de instruccion y de educacion de Pestalozzi, considerado principalmente en sus relaciones con el bienestar y la moralidad de las clases*



*pobres.* ¿Quién sabe? puede que la relacion de los beneficios á los salarios, la asociacion, la organizacion del trabajo, parezcan al fin en el fondo de un sistema de enseñanza. La vida del hombre, ¿no es acaso un perpétuo aprendizaje? La filosofía y la religion, ¿no constituyen acaso la educacion de la humanidad? Organizar la instruccion sería por lo tanto organizar la industria y hacer la teoría de las sociedades: la Academia, en sus intervalos lúcidos, vuelve siempre á esta misma idea.

*¿Qué influencia ejercen sobre la moralidad de un pueblo, habla aún la Academia, los progresos y el gusto por el bienestar material?*

Tomada en su más notorio sentido, esa nueva cuestion de la Academia es banal y propia á lo más para ejercitar las facultades de un retórico. Pero la Academia, que ha de ignorar hasta el fin el sentido revolucionario de sus oráculos, ha descornado la cortina en su glosa. ¿Qué cosas tan profundas habrá visto en esa tesis epicúrea?

«El gusto por el lujo y los goces, nos dice, el singular amor que por ellos siente la mayor parte de los hombres, la tendencia de las almas y la inteligencia á no preocuparse de otra cosa, el acuerdo entre los particulares y el ESTADO para hacer de ellos el móvil y el objeto de todos sus proyectos, de todos sus esfuerzos y de todos sus sacrificios, engendran sentimientos generales é individuales que, buenos ó nocivos, son principios de accion quizá más poderosos que los que en otros tiempos han dominado á los hombres.»

No se habia jamás ofrecido á los moralistas mejor coyuntura para denunciar el sensualismo del siglo, la venalidad de las conciencias y la corrupcion erigida en medio de gobierno; mas en lugar de esto, ¿qué hace la Academia de Ciencias morales? Con la

más automática calma del mundo establece una série en que el lujo, proscrito durante tanto tiempo por los estoicos y los ascetas, esos maestros de santidad, ha de aparecer á su vez como un principio de conducta tan legítimo, tan puro y tan grande como todos los invocados en otro tiempo por la religion y la filosofía. Determinad, nos dice, los móviles de accion (sin duda ya viejos y gastados) á que sucede providencialmente en la historia el DELEITE; y por los resultados de los primeros, calculad los efectos del último. Probad, en una palabra, que Aristipo no ha hecho más que adelantarse á su siglo, y que su moral debia tener su dia de triunfo, como la de Zenon y la de A. Kempis.

Tenemos, pues, que entendémosla con una sociedad que no quiere ya ser pobre; que se burla de todo lo que le fué un tiempo querido y sagrado, la libertad, la religion y la gloria, ínterin no tiene la riqueza; que para obtenerla arrostra toda clase de afrentas y se hace cómplice de toda clase de bajezas; y sin embargo, esa ardiente sed de placeres, esa irresistible voluntad de llegar al lujo, síntoma de un nuevo período de la civilizacion, es el supremo mandato en cuya virtud hemos de trabajar por la expulsion de la miseria: nos lo dice así la Academia. ¿Qué vienen á ser despues de esto el precepto de la expiacion y de la abstinencia, la moral del sacrificio, de la resignacion y de la afortunada medianía? ¡Qué manera de desconfiar de las compensaciones celestiales en otra vida, y que mentís al Evangelio! Y sobre todo, ¡qué manera de justificar un gobierno que ha tomado la llave de oro por sistema! ¿Cómo hombres religiosos, cristianos, Sénecas, han podido proferir de una vez tantas máximas inmorales?

La Academia, completando su pensamiento, vá á contestarnos.

*Demostrad cómo los progresos de la justicia crimi-*



*nal, en la persecucion y el castigo de los atentados contra las personas y las propiedades, siguen y marcan las épocas de la civilizacion desde el estado salvaje hasta el de los pueblos más cultos.*

¿Se cree que los criminalistas de la Academia de Ciencias morales han previsto la conclusion de sus premisas? El hecho que se trata de estudiar en cada uno de sus períodos, é indica la Academia con las palabras *progresos de la justicia criminal*, no es otra cosa que la progresiva blandura que se manifiesta, ya en la forma de los procedimientos criminales, ya en la penalidad, á medida que la civilizacion aumenta en libertad, luz y riqueza. De suerte que siendo el principio de las instituciones represivas inverso de todos los que constituyen el bienestar de las sociedades, hay una constante eliminacion de todas las partes constitutivas del sistema penal, así como de todo el aparato judicial; y la última conclusion de ese movimiento es que ni el terror ni los suplicios son la sancion del orden, y por consecuencia, ni la religion ni el infierno.

¡Qué trastorno tan considerable de las ideas hasta aquí admitidas! ¡Qué negacion tan absoluta de todo lo que tiene la tarea de defender la Academia de Ciencias morales y políticas! Mas si la sancion del orden no está ya en el temor de un castigo que hay que sufrir, ya en esta, ya en otra vida, ¿dónde están las garantías protectoras de las personas y de las propiedades? ó por mejor decir, sin instituciones represivas, ¿qué vá á ser de la propiedad? y sin la propiedad, ¿qué vá á ser de la familia?

La Academia, que no sabe nada de todo esto, responde sin afectarse:

*Trazadme las diversas fases por que ha pasado en Francia la organizacion de la familia, desde los tiempos antiguos hasta nuestros días.*

Lo cual significa: Determinad por los anteriores progresos de la organizacion de la familia las condiciones de existencia de la misma, dadas la igualdad de fortunas, la asociacion voluntaria y libre, una solidaridad universal, el bienestar físico y el lujo, el orden público sin cárceles, jurado, policia ni verdugos.

No faltará, tal vez, quien extrañe que despues de haber puesto en tela de juicio, al par de los más audaces innovadores, todos los principios del orden social, la religion, la familia, la propiedad, la justicia, no haya la Academia de Ciencias morales y políticas propuesto tambien este problema: *¿Cuál es la mejor forma de gobierno?* El Gobierno es, en efecto, para la sociedad la fuente de que dimana toda iniciativa, toda garantía, toda reforma. Era, pues, interesante saber si el Gobierno, tal como está formulado en la Constitucion, bastaba para la solucion práctica de las cuestiones de la Academia.

Pero seria conocer mal los oráculos, imaginarse que proceden por induccion y análisis. Precisamente porque el problema político era una induccion ó corolario de las demostraciones que deseaba, no podia la Academia hacerlo objeto de un concurso. Una conclusion tal le habria abierto los ojos, y sin esperar las memorias de los concurrentes se habria apresurado á suprimir por entero su programa. La Academia ha vuelto á tomar la cuestion de más arriba, y se ha dicho:

Las obras de Dios son bellas por su propia esencia, *justificata in semetipsa*: son verdaderas, en una palabra, porque son suyas. Los pensamientos del hombre se parecen á espesos vapores, cruzados por largos y estrechos relámpagos: *¿Qué es, pues, la verdad con relacion á nosotros mismos, y cuál es el carácter de la certidumbre?*

Lo cual es como si la Academia nos dijera: Verifi-



careis la hipótesis de vuestra existencia, la hipótesis de la Academia que os interroga, la hipótesis del tiempo, del espacio, del movimiento, del pensamiento y de las leyes del pensamiento. Y luego verificareis la hipótesis del pauperismo, la hipótesis de la desigualdad de condiciones, la hipótesis de la asociación universal, la hipótesis de la felicidad, la hipótesis de la monarquía y de la república, la hipótesis de una providencia.

Esto es toda una crítica de Dios y del género humano.

Apelo al programa de tan respetable compañía: no soy yo quien he fijado las condiciones de mi trabajo, sino la Academia de Ciencias morales y políticas. ¿Y cómo he de poder yo llenar estas condiciones si no estoy tampoco dotado de infalibilidad, en una palabra, si no soy Dios ó adivino? La Academia admite, por lo que se vé, que la divinidad y la humanidad son idénticas, ó por lo ménos, correlativas; pero se trata de saber en qué consiste esa correlación: tal es el sentido del problema de la certidumbre: tal es el objeto de la filosofía social.

Así pues, en nombre de la sociedad que Dios inspira, una Academia interroga.

En nombre de la misma sociedad, yo soy uno de los videntes que van á ver si contestan. Inmensa es la tarea y no me prometo acabarla; pero iré hasta donde Dios me permita. Cualesquiera que sean con todo mis palabras, no proceden de mi inteligencia: el pensamiento que hace correr mi pluma no me es personal, y no me es imputable nada de lo que escriba. Contaré los hechos todos como los haya visto; los juzgaré por lo que de ellos haya escrito; llamaré cada cosa por su nombre más enérgico, y nadie podrá darse por ofendido. Examinaré libremente y por las reglas de adivinación que he aprendido, qué es

lo que exige de nosotros el consejo divino que nos viene en estos momentos por la boca elocuente de los sábios, y los inarticulados acentos del pueblo; y aún cuando niegue todas las prerogativas consagradas por nuestra constitución, no seré faccioso. Señalaré con el dedo á dónde nos empuja el invisible aguijón, y no serán irritantes ni mi acción ni mis palabras. Provocaré la nube, y aún cuando haga caer de ella el rayo, seré inocente. En esta información solemne á que me incita la Academia, tengo algo más que el derecho de decir la verdad; tengo el derecho de decir lo que pienso: ¡ojalá que mi pensamiento, la manera de expresarlo y la verdad, sean siempre una misma cosa!

Y tú, lector, porque no hay escritor sin lectores; tú entras por la mitad en mi obra. Sin tí, yo no soy más que un bronce sonoro; con el favor de tu atención, diré maravillas. ¿Ves ese torbellino que pasa y se llama SOCIEDAD, torbellino de que brotan con terrible brillo y estruendo relámpagos, truenos, voces? Quiero hacerte tocar con el dedo los ocultos resortes que la mueven; mas para esto es preciso que te reduzcas, cuando te lo mande, al estado de pura inteligencia. Los ojos del amor y del placer son impotentes para reconocer la belleza en un esqueleto, la armonía en entrañas expuestas al aire, la vida en una sangre negra y coagulada: así los secretos del organismo social son letra muerta para el hombre cuyo cerebro esté ofuscado por sus pasiones y sus preocupaciones. Sublimidades tales no se hacen visibles sino en medio de una silenciosa y fría contemplación. Permíteme, pues, que antes de abrir á tu vista las hojas del libro de la vida, prepare tu alma por medio de esa purificación escéptica que reclamaron en todos tiempos de sus discípulos los grandes maestros de los pueblos, Sócrates, Jesucristo, San



Pablo, San Remigio, Bacon, Descartes, Galileo, Kant, etc.

Quien quiera que tú seas, ora vayas cubierto con los harapos de la miseria, ora vestido con los suntuosos trajes del lujo, te restituyo á esa luminosa desnudez que no empañan ni los humos de la opulencia, ni los tósigos de la envidiosa pobreza. ¿Cómo persuadir al rico á que la diferencia de condiciones procede de un error de cuenta, ni cómo el pobre en su miseria podrá creer que el propietario posee de buena fé? Enterarse de los sufrimientos del trabajador es para el ocioso la más insoportable de las distracciones, del mismo modo que hacer justicia al afortunado es para el miserable el más amargo de los brevajes.

¿Estás tú constituido en dignidad? yo te destituyo y te hago de nuevo libre. Hay demasiado optimismo bajo ese uniforme de ordenanza, demasiada subordinación, demasiada pereza. La ciencia exige la insurrección del pensamiento, y el pensamiento del alto empleado es su sueldo.

Tu novia, bella, apasionada, artista, no está, me complazco en creerlo, sino enamorada de tí. Esto quiere decir que tu alma, tu ingenio, tu conciencia, han pasado al más encantador objeto de lujo que la naturaleza y el arte hayan producido para eterno suplicio de los fascinados mortales. Te separo de esa divina mitad de tí mismo, porque es hoy demasiado querer la justicia y amar á una mujer. Para pensar con claridad y grandeza, es preciso que el hombre desdoble su naturaleza y quede bajo su hipóstasis masculina. Por otra parte, en el estado en que te he puesto, tu novia no te conocería: acuérdate de la mujer de Job:

¿Qué religion es la tuya?... Olvida tu fé y hazte, por sabiduría, ateo.—¡Cómo! dirás, ¿ateo á pesar de

tu hipótesis?—No á pesar, sino á causa de mi hipótesis. Es preciso haber tenido largo tiempo el pensamiento levantado por encima de las cosas divinas para gozar del derecho de suponer una personalidad más allá del hombre, una vida más allá de esta vida. Por lo demás, no temas por tu salvación. Dios no se enoja contra el que le desconoce por efecto de su razón, como no se acuerda del que le adora sobre palabra ajena; y en el estado de tu conciencia, lo más seguro para tí es no pensar nada de Dios. ¿No ves que sucede con las religiones como con los gobiernos, y la más perfecta sería, por lo tanto, la negación de todas? No se deje, pues, cautivar tu alma por ninguna fantasía política ni religiosa: no existe otro medio para no ser hoy ni renegado ni víctima. ¡Ah! decia yo en los días de mi entusiasta juventud, ¿será posible que no oiga tocar á las segundas vísperas de la República, ni cantar á la manera dórica por nuestros sacerdotes, vestidos de blancas túnicas, el himno del regreso: *Cambia, oh Dios, nuestra servidumbre, como el viento del desierto, en soplo refrigerante?*... Pero he desesperado de los republicanos, y no conozco ya ni religion ni sacerdotes.

Quisiera aún, para hacer más seguro tu juicio, hacerte el alma insensible á la piedad, superior á la virtud, indiferente á la dicha. Pero sería exigir demasiado de un neófito. Acuérdate tan sólo, y no te olvides jamás, de que la piedad, la dicha y la virtud, así como la patria, la religion y el amor, son más caras.....





SISTEMA  
DE  
LAS CONTRADICCIONES  
ECONÓMICAS

6

FILOSOFÍA DE LA MISERIA

---

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA CIENCIA ECONÓMICA

---

§ I.—Oposición del *hecho* y del *derecho* en la economía de las sociedades.

Yo admito la REALIDAD de una ciencia económica. Esta proposición, hoy puesta en duda por pocos economistas, es tal vez la más atrevida que haya podido sostener un filósofo; y por lo ménos, así lo es—pero, el curso de estas investigaciones probará que el mayor esfuerzo del espíritu humano será un día haberla demostrado.

Admito, por otra parte, la *certidumbre absoluta*, al mismo tiempo que el *carácter progresivo* de la ciencia económica, que entre todas las ciencias es, á mi modo de ver, la más comprensiva, la más pura y la mejor formulada en hechos: nueva proposición que hace de esa ciencia una lógica ó metafísica *in*

*concreto*, y cambia radicalmente las bases de la antigua filosofía. La ciencia económica, en otros términos, es para mí la forma objetiva y la realización de la metafísica, la metafísica en acción, la metafísica proyectada sobre el plano perdido del tiempo; de modo que cualquiera que se ocupe de las leyes del trabajo y del cambio, es real y esencialmente metafísico.

Después de lo dicho en el *prólogo*, esto no tiene nada de sorprendente. El trabajo del hombre es la continuación de la obra de Dios, que con crear todos los seres no ha hecho más que realizar exteriormente las leyes eternas de la razón. La ciencia económica es, pues, necesariamente y á la vez una teoría de las ideas, una teología natural y una psicología. Esta observación general habría bastado por sí sola para explicar por qué, teniendo que tratar de materias económicas, había de suponer previamente la existencia de Dios, y con qué título yo, simple economista, aspiro á resolver el problema de la certidumbre.

Pero, impaciente estoy por decirlo, no miro como ciencia el incoherente conjunto de teorías á que se ha dado desde hace unos cien años el nombre *oficial* de *economía política*, conjunto que á pesar de la etimología del nombre no es aún más que el código ó la rutina inmemorial de la propiedad. Esas teorías no contienen sino los rudimentos ó la primera sección de la ciencia económica; y este es el motivo por qué, del mismo modo que la de la propiedad, son todas contradictorias entre sí y la mitad del tiempo inaplicables. La prueba de este aserto, que es en cierto sentido la negación de la economía política tal como nos la han transmitido A. Smith, Ricardo, Malthus y J. B. Say, y tal como la vemos hace medio siglo, período en que no ha adelantado un paso, resultará particularmente de esta memoria.

La insuficiencia de la economía política la han reconocido en todos tiempos los hombres contemplativos que, sobradamente enamorados de sus elucubraciones para profundizar la práctica, y limitándose á juzgarla por sus resultados aparentes, han formado desde el origen un partido de oposición al *statu quo*, y se han consagrado á satirizar de una manera perseverante y sistemática la civilización y sus costumbres. En cambio la propiedad, base de todas las instituciones sociales, no careció nunca de defensores celosos que, gloriándose del título de *prácticos*, devolvieron golpe por golpe á los detractores de la economía política, y trabajaron valerosa y á veces hábilmente por consolidar el edificio que habían levantado de concierto la libertad individual y las preocupaciones generales. Esta controversia, aún hoy pendiente entre los conservadores y los reformistas, tiene por análoga en la historia de la filosofía la que medió entre los realistas y los nominalistas. Es casi inútil añadir que por una como por otra parte el error y la razón son iguales, y la sola causa de no entenderse ha sido la rivalidad, la estrechez y la intolerancia de las opiniones.

Así dos fuerzas se disputan hoy el gobierno del mundo, y se anatematizan con el furor de dos cultos hostiles: la economía política, ó la tradición; y el socialismo, ó la utopía.

¿Qué es, pues, en términos más explícitos, la economía política? ¿Qué es el socialismo?

La economía política es la colección de las observaciones hechas hasta hoy sobre los fenómenos de la producción y la distribución de las riquezas, es decir, sobre las formas más generales, más espontáneas, y por consecuencia más auténticas del trabajo y del cambio.

Los economistas han clasificado de la mejor ma-



nera que han podido esas observaciones; han descrito los fenómenos y consignado sus accidentes y sus relaciones; han observado que estos fenómenos, en muchas circunstancias, presentaban cierto carácter de necesidad y les han dado el nombre de *leyes*; y ese conjunto de conocimientos recogidos de las manifestaciones, por decirlo así, más candorosas de la sociedad, ha venido á constituir la economía política.

La economía política es por lo tanto la historia natural de las costumbres, tradiciones, prácticas y rutinas más visibles y más universalmente acreditadas de la humanidad, en lo que se refiere á la producción y á la distribución de la riqueza. Como tal, la economía política se considera legítima de *hecho* y de *derecho*: de hecho, puesto que los fenómenos que estudia son constantes, espontáneos y universales; de derecho, puesto que esos fenómenos tienen en su favor la autoridad del género humano, que es la mayor autoridad posible. Así la economía política se califica de *ciencia*, es decir, de conocimiento razonado y sistemático de hechos regulares y necesarios.

El socialismo, que, parecido al dios Vichnou, siempre muere y siempre resucita, ha hecho habrá como veinte años su diezmilésima encarnación en la persona de cinco ó seis reveladores, trata de anómala la constitución presente de la sociedad, y por lo tanto todas sus constituciones anteriores. Pretende y prueba que el orden civilizado es ficticio, contradictorio é ineficaz, y engendra por sí solo la opresión, la miseria y el crimen. Acusa, por no decir calumnia, toda la historia de la vida social, y provoca con todas sus fuerzas la refundición de las costumbres y de las instituciones.

El socialismo concluye declarando que la economía política es una hipótesis falsa, una lógica sofística inventada para cohonestar el beneficio de los más

por los ménos; y aplicando el apotegma *A fructibus cognosceitis*, acaba de demostrar la incompetencia y el ningun valor de la economía política por el cuadro de las calamidades humanas, de las que la hace responsable.

Mas si es falsa la economía política, falsa es también la jurisprudencia, que en todos los países es la ciencia del derecho y de la costumbre, puesto que, estando fundada en la distinción de lo tuyo y de lo mio, supone la legitimidad de los hechos descritos y clasificados por la economía política; falsas son aún las teorías de derecho público é internacional, con todas las varias especies de gobierno representativo, puesto que descansan en el principio de la apropiación individual y de la soberanía absoluta de las voluntades.

El socialismo acepta todas estas consecuencias. Para él la economía política, considerada por muchos como la fisiología de la riqueza, no es más que la práctica organizada del robo y de la miseria; así como la jurisprudencia, decorada por los legistas con el nombre de razón escrita, tampoco es más que la compilación de las reglas del bandolerismo legal y oficial, ó sea de la propiedad. Consideradas en sus relaciones esas dos pretendidas ciencias, la economía política y el derecho, constituyen, al decir del socialismo, la teoría completa de la iniquidad y de la discordia. Pasando luego de la negación á la afirmación, el socialismo opone al principio de propiedad el de asociación, y se esfuerza por reconstituir de arriba abajo la economía social, es decir, por establecer un derecho nuevo, una política nueva, é instituciones y costumbres diametralmente opuestas á las formas antiguas.

Así la línea de demarcación entre el socialismo y la economía política es clara y determinada, y la hostilidad flagrante.



La economía política tiende á la consagracion del egoismo; el socialismo á la exaltacion de la comunidad.

Los economistas, salvas algunas infracciones de sus principios, de las que creen deber acusar á los gobiernos, son optimistas respecto á los hechos realizados; los socialistas respecto á los hechos por realizar.

Los primeros dicen que lo que debe ser *es*; los segundos que *no es* lo que debe ser.—Por consecuencia, al paso que los primeros se presentan como defensores de la religion, del poder y de los demás principios contemporáneos y conservadores de la propiedad, por más que su crítica, no estando fundada más que en la razon, ataque no pocas veces sus propias preocupaciones; los segundos rechazan la autoridad y la fé, y apelan exclusivamente á la ciencia, por más que cierta religiosidad, del todo iliberal, y un desdén muy poco científico de los hechos, constituyan siempre el carácter más ostensible de sus doctrinas.

Por lo demás, ni unos ni otros dejan de acusarse recíprocamente de esterilidad é impericia.

Los socialistas piden cuenta á sus adversarios de la desigualdad de las condiciones, de esas orgías comerciales donde el monopolio y la concurrencia, en monstruoso consorcio, engendran eternamente el lujo y la miseria; acusan las teorías económicas, vaciadas siempre sobre lo pasado, de dejar el porvenir sin esperanza; presentan, en una palabra, el régimen de la propiedad como una alucinacion horrible, contra la cual protesta y forcejea la humanidad hace cuatro mil años.

Los economistas, por su parte, desafian á los socialistas á que formulen un sistema donde sea posible vivir sin propiedad, sin concurrencia y sin policía; prueban, documentos en mano, que todos los

proyectos de reforma han sido siempre sólo rapsodias de fragmentos tomados de ese mismo régimen tan denigrado por el socialismo, más claro, plagios de la economía política, fuera de la cual el socialismo es incapaz de concebir ni de formular una idea.

Cada dia aumentan los autos de ese grave proceso, y la cuestion se embrolla.

Mientras la sociedad marcha y tropieza, mientras la sociedad sufre y se enriquece siguiendo la rutina económica, los socialistas, desde Pitágoras, Orfeo y el impenetrable Hermes, trabajan por establecer su dogma en abierta contradiccion con la economía política. Se ha llegado hasta á hacer acá y acullá algunos ensayos de asociaciones en conformidad á sus miras; pero hasta aquí esas raras tentativas, perdidas en el océano propietario, no han producido resultados; y como si el destino hubiese resuelto agotar la hipótesis económica ántes de empezar la realizacion de la utopia socialista, el partido reformador se vé reducido á devorar los sarcasmos de sus adversarios esperando que le llegue el turno.

Hé aquí el estado del proceso. El socialismo denuncia sin tregua las maldades de la civilizacion, consigna dia por dia la impotencia de la economía política para satisfacer las atracciones armónicas del hombre, y presenta querella sobre querella; la economía política llena sus autos con los sistemas socialistas que pasan unos tras otros, y mueren desdeñados por el sentido comun. La perseverancia del mal alimenta las quejas de los unos, y los constantes descabros de los reformistas dan materia á la maligna ironía de los otros. ¿Cuándo llegará el dia del fallo? El tribunal está vacío, y en tanto la economía política se aprovecha de su ventaja, y sin dar caucion continúa gobernando el mundo: *possideo quia possideo*.

Si de la region de las ideas bajamos á la realidad



de las cosas, el antagonismo nos aparecerá aún más amenazador, más grave.

En estos últimos años, cuando llamado el socialismo por largas tempestades, hizo entre nosotros su fantástica aparición, los hombres que hasta entonces habían permanecido indiferentes y libres ante todo género de controversias, se refugiaron con espanto en las ideas monárquicas y religiosas, y fué maldecida y rechazada la democracia, á la que se acusaba de producir sus últimas consecuencias. Esa inculpacion de los conservadores á los demócratas era una calumnia. La democracia es por su naturaleza tan antipática á la idea socialista como incapaz de sustituir la monarquía, contra la cual está condenada á conspirar eternamente sin llegar jamás á destruirla. Esto es lo que pronto se vió, y podemos apreciar todos los dias por las protestas de la fé cristiana y propietaria de los publicistas demócratas, que desde entonces empezaron á verse abandonados por el pueblo.

Por otra parte, la filosofía no se mostró ni ménos extraña, ni ménos hostil al socialismo que la religion y la política.

Porque así como en el orden político la democracia tiene por principio la soberanía del número, y la monarquía la soberanía del principio; así como en las cosas de la conciencia la religion no es otra cosa que la sumision á un sér místico, llamado Dios, y al sacerdote que le representa; así como, por fin, en el orden económico la propiedad, es decir, el dominio exclusivo del individuo sobre los instrumentos de trabajo, es el punto de partida de las teorías; así la filosofía, tomando por base los pretendidos *à priori* de la razon, se ha visto fatalmente conducida á atribuir al solo yo la generacion y la autocracia de las ideas, y á negar el valor metafísico de la experien-

cia, es decir, á poner en todo, en lugar de la ley objetiva, la arbitrariedad, el despotismo.

Ahora bien, una doctrina nacida de improviso en el corazon mismo de la sociedad, sin antecedentes y sin antepasados, que rechazaba el principio de la arbitrariedad de todas las regiones de la sociedad y de la conciencia, y se sustituía como verdad única la relacion de los hechos; una doctrina que rompía con la tradicion y no consentía en servirse de lo pasado, sino como de un punto de apoyo para lanzarse á lo futuro; una doctrina tal, digo, no podía dejar de levantar contra sí las AUTORIDADES establecidas; y es fácil ver hoy cómo, á pesar de sus discordias intestinas, esas AUTORIDADES no constituyen más que una para combatir el mónstruo dispuesto á devorarlas.

A los jornaleros que se quejan de la insuficiencia del salario y de la incertidumbre del trabajo, la economía política les opondrá la libertad del comercio; á los ciudadanos que buscan las condiciones de la libertad y del orden, los ideólogos les presentan sistemas representativos; á las almas tiernas, que faltas ya de la antigua fé preguntan la razon y el objeto de su existencia, la religion les habla de los insondables decretos de la Providencia, y la filosofía les reserva la duda. ¡Siempre subterfugios! ¡Jamás ideas completas en que descansen el corazon y el entendimiento! El socialismo dice á voz en grito que es tiempo de hacer rumbo hácia la tierra firme y entrar en el puerto; y los antisocialistas contestan: «no hay puerto; la humanidad camina bajo la salvaguardia de Dios y la direccion de los sacerdotes, los filósofos, los oradores y los economistas: nuestra circunnavegacion es eterna.»

Así la sociedad se encuentra desde su origen dividida en dos grandes partidos: el uno tradicional y esencialmente jerárquico, que segun su diverso



de las cosas, el antagonismo nos aparecerá aún más amenazador, más grave.

En estos últimos años, cuando llamado el socialismo por largas tempestades, hizo entre nosotros su fantástica aparición, los hombres que hasta entonces habían permanecido indiferentes y libres ante todo género de controversias, se refugiaron con espanto en las ideas monárquicas y religiosas, y fué maldecida y rechazada la democracia, á la que se acusaba de producir sus últimas consecuencias. Esa inculpacion de los conservadores á los demócratas era una calumnia. La democracia es por su naturaleza tan antipática á la idea socialista como incapaz de sustituir la monarquía, contra la cual está condenada á conspirar eternamente sin llegar jamás á destruirla. Esto es lo que pronto se vió, y podemos apreciar todos los dias por las protestas de la fé cristiana y propietaria de los publicistas demócratas, que desde entonces empezaron á verse abandonados por el pueblo.

Por otra parte, la filosofía no se mostró ni ménos extraña, ni ménos hostil al socialismo que la religion y la política.

Porque así como en el orden político la democracia tiene por principio la soberanía del número, y la monarquía la soberanía del principio; así como en las cosas de la conciencia la religion no es otra cosa que la sumision á un sér místico, llamado Dios, y al sacerdote que le representa; así como, por fin, en el orden económico la propiedad, es decir, el dominio exclusivo del individuo sobre los instrumentos de trabajo, es el punto de partida de las teorías; así la filosofía, tomando por base los pretendidos *à priori* de la razon, se ha visto fatalmente conducida á atribuir al solo yo la generacion y la autocracia de las ideas, y á negar el valor metafísico de la experien-

cia, es decir, á poner en todo, en lugar de la ley objetiva, la arbitrariedad, el despotismo.

Ahora bien, una doctrina nacida de improviso en el corazon mismo de la sociedad, sin antecedentes y sin antepasados, que rechazaba el principio de la arbitrariedad de todas las regiones de la sociedad y de la conciencia, y se sustituía como verdad única la relacion de los hechos; una doctrina que rompía con la tradicion y no consentía en servirse de lo pasado, sino como de un punto de apoyo para lanzarse á lo futuro; una doctrina tal, digo, no podia dejar de levantar contra sí las AUTORIDADES establecidas; y es fácil ver hoy cómo, á pesar de sus discordias intestinas, ESAS AUTORIDADES no constituyen más que una para combatir el monstruo dispuesto á devorarlas.

A los jornaleros que se quejan de la insuficiencia del salario y de la incertidumbre del trabajo, la economía política les opone la libertad del comercio; á los ciudadanos que buscan las condiciones de la libertad y del orden, los ideólogos les presentan sistemas representativos; á las almas tiernas, que faltas ya de la antigua fé preguntan la razon y el objeto de su existencia, la religion les habla de los insondables decretos de la Providencia, y la filosofía les reserva la duda. ¡Siempre subterfugios! ¡Jamás ideas completas en que descansen el corazon y el entendimiento! El socialismo dice á voz en grito que es tiempo de hacer rumbo hácia la tierra firme y entrar en el puerto; y los antisocialistas contestan: «no hay puerto; la humanidad camina bajo la salvaguardia de Dios y la direccion de los sacerdotes, los filósofos, los oradores y los economistas: nuestra circunnavegacion es eterna.»

Así la sociedad se encuentra desde su origen dividida en dos grandes partidos: el uno tradicional y esencialmente jerárquico, que segun su diverso



objeto toma sucesivamente el nombre de monarquía ó democracia, filosofía ó religión, en una palabra, propiedad; el otro que, resucitando á cada crisis de la civilización, se declara ante todo *anárquico y ateo*, es decir, refractario á toda autoridad divina y humana: este es el socialismo.

Ahora bien, la crítica moderna ha demostrado que en un conflicto de esta especie la verdad está, no en la exclusion de ninguno de los términos contrarios, sino tan sólo en la conciliación de entrambos; que todo antagonismo, tanto en la naturaleza como en las ideas, se resuelve en un hecho más general, ó en una fórmula que pone de acuerdo los elementos contrarios, absorbiendo, por decirlo así, el uno y el otro. ¿No podríamos, por lo tanto, hombres de sentido común, en tanto que esperamos la solución que realizará, sin duda, el porvenir, prepararnos para esta gran transición, por medio del análisis de las fuerzas en lucha, así como de sus cualidades positivas y negativas? Un trabajo de esta índole, hecho con exactitud y conciencia, ya que no nos condujese de golpe á la solución, tendría cuando ménos la inapreciable ventaja de revelarnos las condiciones del problema, y ponernos por ahí en guardia contra toda utopía.

¿Qué hay, pues, de necesario y de verdadero en la economía política? ¿A dónde vá? ¿Qué puede? ¿qué nos quiere? Esto es lo que me propongo demostrar en esta obra. ¿Qué vale por otra parte el socialismo? Nos lo dirán esas mismas investigaciones.

Porque, puesto que al fin y al cabo el socialismo y la economía política persiguen un mismo objeto, á saber, la libertad, el orden y el bienestar entre los hombres, es evidente que las condiciones que hay que llenar, ó en otros términos, las dificultades que hay que vencer para alcanzar ese objeto, no pueden

ménos de ser para los dos las mismas, y no hay ya más que pesar los medios intentados ó propuestos por una como por otra parte. Mas como por otro lado sólo la economía política ha podido hasta aquí convertir sus ideas en actos, y el socialismo apenas ha hecho más que entregarse á una perpétua sátira, no es ménos óbvio que, con apreciar el mérito de los trabajos económicos, tendremos reducidos á un justo valor las declaraciones socialistas; de suerte que nuestra crítica, especial en la apariencia, podrá tomar conclusiones absolutas y definitivas.

Antes de entrar á fondo en el exámen de la economía política, es indispensable hacer entender mejor esto por medio de algunos ejemplos.

#### § II.—Insuficiencia de las teorías y de las críticas.

Empecemos por hacer una observación importante: los contendientes están de acuerdo en apelar á una autoridad común, que cada cual cree tener de su parte, la CIENCIA.

Platon, utopista, organizaba su república ideal en nombre de la ciencia, que por modestia y eufemismo llamaba filosofía. Aristóteles, práctico, refutaba la utopía de Platon en nombre de la filosofía misma. Tal es la marcha de la guerra social desde Platon y Aristóteles. Los socialistas modernos se suponen todos al servicio de la ciencia una é indivisible, aunque sin poder ponerse de acuerdo ni sobre el contenido, ni sobre los límites, ni sobre el método de esta ciencia. Los economistas, por su parte, sostienen que la ciencia social no es más que la economía política.

Trátase, pues, por de pronto de conocer lo que pueda ser una ciencia de la sociedad.

La ciencia, en general, es el conocimiento razonado y sistemático de lo que es.



Aplicando esta noción fundamental á la sociedad, diremos: La ciencia social es el conocimiento razonado y sistemático, no de lo que *ha sido* la sociedad, ni tampoco de lo que *será*, sino de lo que *es* en el curso todo de su vida, es decir, en el conjunto de sus manifestaciones sucesivas: sólo en esto puede haber razón y sistema. La ciencia social debe abrazar el orden humanitario, no sólo en tal ó cual período de su duración, ni en tales ó cuales de sus elementos, sino también en todos sus principios y en la integridad de su existencia, como si la evolución social, extendida por el tiempo y el espacio, se encontrase de repente reunida y fijada en un estado que mostrase la serie de las edades y el curso de los fenómenos, y permitiese por ahí descubrir su encadenamiento y su unidad. Tal debe ser la ciencia de toda realidad viviente y progresiva, y tal es incontestablemente la ciencia social.

Podría suceder, por lo tanto, que la economía social, á pesar de su tendencia individualista y de sus afirmaciones exclusivas, fuese una parte constitutiva de la ciencia social, en la que los fenómenos que describe viniesen á ser como los piquetes primordiales de una vasta triangulación, y como los elementos de un todo orgánico y complejo. Bajo este punto de vista el progreso de la humanidad, yendo de lo simple á lo compuesto, estaría enteramente conforme con la marcha de las ciencias, y los hechos discordantes y tan frecuentemente subversivos que constituyen hoy el fondo y el objeto de la economía política, deberían ser considerados como otras tantas hipótesis particulares realizadas sucesivamente por la humanidad, en vista de otra superior, cuya realización resolvería todas las dificultades, y, sin derogar la economía política, vendría á dar satisfacción al socialismo. Porque, como he dicho

en el prólogo, en ningún caso podemos admitir que la humanidad se engañe, cualquiera que sea la forma en que se exprese.

Aclaremos esto por medio de hechos.

La cuestión hoy más controvertida es, sin disputa, la *organización del trabajo*.

Como San Juan Bautista predicaba en el desierto: *Haced penitencia*, los socialistas van vociferando por todas partes esa novedad, vieja como el mundo: *Organizad el trabajo*; sin que puedan jamás decir qué debe ser, según ellos, esta organización. Como quiera que sea, los economistas han creído ver en ese clamoreo socialista una injuria á sus teorías: era esto, en efecto, como si se les echase en cara que ignoran lo primero que deberían haber conocido, el trabajo. Han contestado á la provocación de sus adversarios sosteniendo por de pronto que el trabajo está organizado, y no hay otra organización del trabajo que la libertad de producir y cambiar, ya por su cuenta personal, ya en compañía de otros, caso en el cual está prescrita por los Códigos civil y de comercio la marcha que debe seguirse. Mas luego, como este argumento no sirviese más que para hacer soltar la carcajada á sus adversarios, han tomado la ofensiva, y haciendo ver que los mismos socialistas no entendían una palabra de esa organización que agitaban como un espantajo, han concluido por decir que no era esta sino una nueva quimera del socialismo, una palabra vacía de sentido, un absurdo. Los escritos más recientes de los economistas están llenos de esos implacables juicios.

Es, sin embargo, cierto que las palabras *organización del trabajo* presentan un sentido tan claro y tan racional como las de organización del taller, organización del ejército, organización de la policía, organización de la caridad, organización de la guerra.



Bajo este aspecto es deplorablemente irracional la polémica de los economistas. — No es ménos cierto que la organizacion del trabajo no puede ser una utopia ni una quimera, porque desde el momento en que el trabajo, condicion suprema de la civilizacion, existe, no puede ménos de estar sometido á una organizacion tal como la presente, que pueden encontrar muy buena los economistas, pero que encuentran los socialistas detestable.

Contra la proposicion de organizar el trabajo, formulada por los socialistas, no vendria á quedar por consecuencia sino la excepcion perentoria de que el trabajo está ya organizado. Pero esto es del todo insostenible, puesto que es notorio que en el trabajo, la oferta, la demanda, la division, la cantidad, las proporciones, el precio, la garantía, todo, absolutamente todo está por regularizar; todo está entregado á los caprichos del libre arbitrio, es decir, de la suerte.

Nosotros, guiados por la idea que nos hemos formado de la ciencia social, sostendremos, contra los socialistas y contra los economistas, no que *conviene organizar el trabajo*, ni que *está organizado*, sino que *se organiza*.

El trabajo, decimos, se organiza, es decir, está en vias de organizarse desde el principio del mundo, y seguirá organizándose hasta el fin. La economía política nos enseña los primeros rudimentos de esta organizacion; pero el socialismo tiene razon al decir que en su forma actual es una organizacion insuficiente y transitoria. La tarea de la ciencia está toda en buscar incesantemente, en vista de los resultados obtenidos y de los fenómenos que se van produciendo, cuáles son las innovaciones inmediatamente realizables.

El socialismo y la economía política, haciéndose

una guerra burlesca, persiguen, pues, en el fondo la misma idea, la organizacion del trabajo.

Pero son ambos infieles á la ciencia y la calumnian recíprocamente, cuando por una parte la economía política, tomando por ciencia sus girones de teoria, se niega á todo progreso ulterior, y cuando por otra el socialismo, abandonando la tradicion, tiende á constituir la sociedad sobre bases que no son para encontradas.

Así el socialismo no es nada sin una crítica profunda y un desarrollo incesante de la economía política. Para aplicar aquí el célebre aforismo de la escuela, *Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu*, no hay nada en las hipótesis socialistas que no se encuentre en las prácticas económicas. En cambio, la economía política no es más que una impertinente rapsodia, desde el momento en que declara absolutamente válidos los hechos recogidos por Adam Smith y J. B. Say.

Otra cuestion, no ménos controvertida que la anterior, es la de la *usura* ó del préstamo con interés.

La usura ó, como si dijéramos, el precio del uso, es todo género de emolumentos que saca el propietario del préstamo de su cosa. *Quidquid sorti accrescit usura est*, dicen los teólogos. La usura, fundamento del crédito, se presenta en primer lugar entre los resortes que la espontaneidad social pone en juego para organizarse, resorte cuya análisis basta para descubrir las leyes profundas de la civilizacion. Los antiguos filósofos y los Padres de la Iglesia, que es preciso considerar aquí como los representantes del socialismo en los primeros siglos de la era cristiana, por una inconsecuencia singular, que procedia de la pobreza de las nociones económicas de su tiempo, admitian el arrendamiento y condenaban el interés del dinero; porque el dinero, segun ellos, era im-



productivo. Distinguían, por consiguiente, el préstamo de las cosas que se consumen por el uso, en cuyo número ponían el dinero, del de las que, sin consumirse, aprovechan al que las usa por lo que producen.

Los economistas no tuvieron gran trabajo en demostrar, generalizando la noción de arrendamiento, que en la economía de la sociedad la acción del capital, ó sea su productividad, es la misma, ya se le consume en salarios, ya se le aplique á servir sólo de instrumento, y se hacía por consecuencia preciso ó proscribir el arrendamiento de la tierra, ó admitir el interés del dinero, puesto que lo uno y lo otro eran, bajo un mismo título, la recompensa del privilegio, la indemnización del préstamo. Más de quince siglos se necesitaron, con todo, para hacer aceptar esta idea y tranquilizar las conciencias asustadas por los anatemas del catolicismo contra la usura. Mas al fin la evidencia y la opinión general estuvieron por los usureros, y éstos ganaron la batalla contra el socialismo, resultando de esa especie de legitimación de la usura para la sociedad ventajas tan incontestables como inmensas. En esto el socialismo, que había intentado generalizar la ley escrita por Moisés sólo para los israelitas, *Non feneraberis proximo tuo, sed alieno*, fué batido por una idea que había aceptado de la rutina económica, es decir, la idea de arrendamiento, elevada á la teoría de la productividad del capital.

Pero los economistas á su vez fueron menos felices, cuando más tarde se les retó para que justificasen el arriendo en sí mismo, y estableciesen esa teoría de la productividad de los capitales. Puede muy bien decirse que en este punto han perdido todo lo que ántes habían ganado contra el socialismo.

Sin duda alguna, soy el primero en reconocerlo,

el arriendo de la tierra, del mismo modo que el del dinero y el de todo valor mueble ó inmueble, es un hecho espontáneo y universal, que tiene su origen en lo más profundo de nuestra naturaleza, y llega á ser pronto, en virtud de su normal desarrollo, uno de los más poderosos resortes de la organización. Probaré hasta que el interés del capital no es más que la materialización del aforismo: *todo trabajo debe dejar un sobrante*. Mas frente á frente de esa teoría, ó por mejor decir de esa ficción de la productividad del capital, se levanta otra teoría no menos cierta, que en estos últimos tiempos ha impresionado á los más hábiles economistas, y es que todo valor nace del trabajo y se compone esencialmente de salarios, ó, en otros términos, que no hay riqueza que proceda originariamente del privilegio ni tenga valor más que por la forma, y por consecuencia que el trabajo es entre los hombres el único manantial de la renta. ¿Cómo, pues, conciliar la teoría del arrendamiento ó de la productividad del capital, teoría confirmada por la práctica de todos los pueblos, que la economía política en su calidad de rutinaria no puede menos de aceptar, sin que pueda jamás justificarla, con esa otra teoría que nos presenta el valor compuesto normalmente de salarios, y conduce fatalmente, como lo demostraremos, á la igualdad en las sociedades del producto neto y del producto bruto?

Los socialistas no han dejado escapar la ocasión. Apoderándose del principio de que el trabajo es el origen de toda renta, se han puesto á pedir cuenta á los poseedores de capitales, de sus arriendos y de sus demás emolumentos; y así como los economistas habían ganado la primera victoria, generalizando bajo una expresión común el arriendo y la usura, los socialistas han tomado la revancha, haciendo desaparecer, bajo el principio aún más general del tra-



bajo, los derechos señoriales del capital. La propiedad ha sido demolida de arriba abajo, y los economistas no han encontrado otro medio que el de guardar silencio. El socialismo, empero, en la imposibilidad de detenerse en la mitad de la pendiente, ha resbalado y caído hasta en los últimos confines de la utopía comunista; y á falta de una solución práctica, la sociedad está reducida á no poder ni justificar su tradición, ni entregarse á ensayos cuya ménos funesta consecuencia sería hacerla retroceder de algunos miles de años.

En situación tal, ¿qué prescribe la ciencia?

No es, á buen seguro, que nos detengamos en un punto medio arbitrario, indeterminable, imposible; sino que generalicemos más y descubramos un tercer principio, un hecho, una ley superior que explique la ficción del capital y el mito de la propiedad, y lo concilie con la teoría que atribuye al trabajo el origen de toda riqueza. Esto es lo que debía haber emprendido el socialismo si hubiese procedido lógicamente. La teoría de la productividad real del trabajo y la de la productividad ficticia del capital son, en efecto, la una y la otra esencialmente económicas. El socialismo se ha limitado á poner de manifiesto su contradicción, sin sacar nada de la experiencia ni de la dialéctica, por estar á lo que parece tan desprovisto de la una como de la otra, y esta ha sido su falta. Dentro de los buenos procedimientos, el litigante que acepte para algo la autoridad de un título, debe aceptarla para todo: no es lícito dividir en dos los documentos ni las declaraciones testimoniales. ¿Podía el socialismo declinar la autoridad de la economía política respecto de la usura, cuando se apoyaba en esta misma autoridad respecto á la manera de descomponer el valor? No, por cierto. Todo lo que podía exigir en un caso tal el socialismo era, ó que se obli-

gase á la economía política á conciliar sus teorías, ó se le encargase á él de tan espinosa tarea.

Cuanto más se profundiza esos solemnes debates, más parece que todo el pleito procede de que una de las partes se niega á ver, y la otra á moverse.

Es un principio de derecho público entre nosotros, que nadie puede ser privado de su propiedad sino por causa de utilidad general, y mediante una justa y previa indemnización.

Este principio es eminentemente económico, porque de una parte supone el dominio eminente del ciudadano expropiado, cuya adhesión, según el espíritu democrático del pacto social, no puede ménos de presuponerse; y de otra la indemnización, ó sea el precio del inmueble expropiado, se regula, no por el valor intrínseco del objeto, sino por la ley general del comercio, que es la opinión, es decir, la oferta y la demanda. La expropiación hecha en nombre de la sociedad puede ser asimilada á un contrato de conveniencia, consentido por cada uno respecto de todos. No sólo, por lo tanto, se ha de pagar el precio, sino también la conveniencia misma, y así es en efecto como se valúa la indemnización. Si los jurisconsultos romanos hubiesen visto esta analogía, habrían sin duda vacilado ménos sobre la expropiación por causa de utilidad pública.

Tal es, pues, la sanción del derecho social de expropiar: la indemnización.

Ahora bien, en la práctica no sólo no se aplica el principio de expropiación siempre que se debiera, sino que hasta es imposible que así sea. Así, la ley que ha creado los ferro-carriles, ha prescrito la indemnización de los terrenos que los rails ocupan, y nada ha hecho por esa multitud de industrias que alimentaban los transportes por ruedas, industrias cuyas pérdidas excederán en mucho al valor de los ter-



renos reembolsados á los propietarios. Así tambien, cuando se trató de indemnizar á los fabricantes de azúcar de remolacha, no se ocurrió á nadie que el Estado debiese indemnizar tambien esa multitud de jornaleros y empleados que hacía vivir esa industria, é iban quizás á encontrarse reducidos á la indigencia. Es, sin embargo, cierto, atendida la nocion del capital y la teoria de la produccion, que del mismo modo que el poseedor territorial á quien el ferro-carriil priva de su instrumento de trabajo tiene derecho á ser indemnizado, derecho tiene á otro tanto el industrial cuyos capitales esteriliza el mismo camino. ¿De qué depende, pues, que no se le indemnice? ¡Ay! de que indemnizar es imposible. Con ese sistema de justicia y de imparcialidad, las sociedades se verian no pocas veces en la imposibilidad de obrar, y volverian á la inmovilidad del derecho romano. ¡Es indispensable que haya víctimas!... Se ha abandonado por consecuencia el principio de indemnizacion; hay bancarrota inevitable del Estado para con una ó muchas clases de ciudadanos.

En esto llegan los socialistas; echan en cara á la economía política que no sabe sino sacrificar el interés de las masas y crear privilegios; y luégo, haciendo ver en la ley de expropiacion el rudimento de una ley agraria, van á parar bruscamente á la expropiacion universal, es decir, á la produccion y al consumo en comun.

Pero aquí el socialismo vuelve á caer de la crítica en la utopia, y manifiesta de nuevo su impotencia en sus contradicciones. Si el principio de expropiacion por causa de utilidad pública, desarrollado en todas sus consecuencias, conduce á una completa reorganizacion de la sociedad, ántes de poner manos á la obra es preciso determinar esa nueva organizacion; y el socialismo, lo repito, tiene por toda ciencia sus

girones de psicología y de economía política. Conviene luégo, conforme al principio de indemnizacion, si no reembolsar, á lo ménos garantir á los ciudadanos los valores de que se hayan desprendido; conviene, en una palabra, asegurarlos contra los riesgos del cambio. Ahora bien, fuera de la fortuna pública cuya gestion solicita, ¿dónde buscará el socialismo la caucion de esa misma fortuna?

Es imposible, en buena y sincera lógica, salir de este círculo. Así los comunistas, más francos en sus maneras que ciertos otros sectarios de ideas ondulantes y pacíficas, cortan la dificultad proponiéndose, una vez dueños del poder, expropiar á todo el mundo sin indemnizar ni garantir á nadie. En el fondo podria muy bien no ser esto ni desleal ni injusto: desgraciadamente quemar no es responder, como decia á Robespierre el interesante Desmoullins, y en semejantes debates se vuelve casi siempre á la hoguera y la guillotina. Aquí, como en todo, hay frente á frente dos derechos igualmente sagrados, el del ciudadano y el del Estado; lo cual es decir que no puede ménos de haber una fórmula de conciliacion superior á las utopias socialistas y á las teorías truncadas de la economía política, que es lo que se trata de descubrir. ¿Qué hacen, con todo, las partes litigantes? Nada. No parece sino que promueven las cuestiones para tener ocasion de injuriarse. ¿Qué digo? Ni las comprenden siquiera esas cuestiones; así es que mientras el público se ocupa en los sublimes problemas de la sociedad y de los destinos humanos, los empresarios de ciencia social, ortodoxos y cismáticos, no están de acuerdo sobre los principios. Testigo la cuestion causa de estos estudios, no más entendida á buen seguro por sus autores que por sus detractores, la *Relacion entre los beneficios y los salarios*.



¡Cómo! ¿Personas consagradas á la economía, toda una Academia, habria puesto á concurso una cuestion sin comprender siquiera sus términos? ¿Cómo habria podido ocurrírsele semejante idea?

Pues bien, sí, es increíble, fenomenal lo que me adelanto á decir; pero cierto. Les sucede á los economistas lo que á los teólogos. Los teólogos no responden á los problemas de la metafísica sino con mitos y alegorías, los cuales reproducen siempre los problemas sin jamás resolverlos; y los economistas no responden á las cuestiones que ellos mismos sientan, sino refiriendo cómo y por dónde han venido á proponerlas. Si concibiesen la posibilidad de ir más allá, dejarían de ser economistas.

¿Qué es, por ejemplo, el beneficio? Lo que queda al empresario, al maestro, después de cubiertos todos sus gastos. Ahora bien, los gastos se componen de jornales y valores consumidos, en definitiva de salarios. ¿Cuál es el salario de un jornalero? Lo ménos que puede dársele, es decir se ignora. ¿Cuál debe ser el precio de la mercancía que lleve el empresario al mercado? El mayor que puede obtener, que es decir, también se ignora. En economía política no es siquiera lícito suponer que la mercancía y el jornal puedan ser *tasados*, bien que se convenga en que cabe *valuarlos*, porque el avalúo, dicen los economistas, es una operacion esencialmente arbitraria que no puede conducir jamás á una conclusion segura y cierta. ¿Cómo, pues, encontrar la relacion entre dos incógnitas que, segun la economía política, no cabe despejar en caso alguno? Así la economía política sienta problemas insolubles; y, sin embargo, veremos pronto cuán inevitable es que los proponga y que nuestro siglo los resuelva. Por esto he dicho que la Academia de Ciencias morales, poniendo á concurso la relacion entre los beneficios y

los salarios, habia hablado sin conciencia, habia hablado proféticamente.

Pero, se dirá, ¿no es verdad que si el trabajo es muy solicitado y los jornaleros escasean, podrá aumentar el salario y disminuir por otro lado el beneficio? ¿que si por la mucha concurrencia la produccion sobra, habrá hacinamiento de mercancías y venta á pérdida, y por consecuencia falta de beneficios para el capitalista y de trabajo para el jornalero? ¿que éste entónces ofrecerá sus brazos á la baja? ¿que si se inventa una máquina empezará ésta por apagar el fuego de sus rivales, y luégo, establecido el monopolio y puesto el jornalero bajo la dependencia del maestro, el beneficio y el salario irán el uno en sentido inverso del otro? Estas y otras causas, ¿no pueden ser acaso estudiadas, apreciadas, equilibradas, etc., etc.?

¡Oh! monografías! historias! Saturados estamos de ellas desde A. Smith y J. B. Say, sobre cuyos textos apenas se han hecho más que variaciones. Pero no es así como debe entenderse la cuestion, por más que la Academia no le haya dado otro sentido. La *relacion entre el beneficio y el salario* debe ser tomada en un sentido absoluto, y no bajo el punto de vista inconcluyente de las oscilaciones del comercio y de la division de los intereses: cosas ambas que deben recibir ulteriormente su interpretacion. Me explicaré.

Considerando al productor y al consumidor como una sola persona, cuya retribucion es naturalmente igual á su producto, y distinguiendo luégo en ese producto dos partes, una que reintegra al productor de sus anticipos y otra que figura ser un beneficio, segun el axioma de que todo trabajo debe dejar un sobrante; tenemos que determinar la relacion que media entre las dos partes. Hecho esto, será fácil



deducir de aquí las relaciones de fortuna de esas dos clases de hombres, maestros y trabajadores, así como también dar razón de todas las oscilaciones comerciales. Esta será una serie de corolarios que habrá que añadir á la demostración.

Ahora bien, para que haya y sea susceptible de aprecio una relación de esta índole, es de todo punto imprescindible que una ley interna ó externa rija la constitución del salario y la del precio de venta; y como en el actual estado de cosas el salario y el precio varían y oscilan sin cesar, se pregunta cuáles son los hechos generales, las causas que hacen *variar* y *oscilar* el valor, y en qué límites se realiza esta oscilación.

Pero esta pregunta es hasta contraria á los principios, porque quien dice *oscilación* supone necesariamente una dirección media, á la que la vá llevando sin cesar el centro de gravedad del valor; así que, con pedir la Academia que *se determinen las oscilaciones del beneficio y del salario*, pide que *se determine el valor mismo*. Justamente esto es lo que rechazan los señores académicos: no quieren entender que si el valor es variable, es por la misma razón determinable; que la variabilidad es indicio y condición de determinabilidad. Pretenden que el valor no puede ser determinado jamás porque varía siempre, y es como si sostuvieran que dados el número de las oscilaciones por segundo de un péndulo, la extensión de las oscilaciones y la latitud y altura del lugar en que se hace el experimento, no cabe determinar la longitud del péndulo por hallarse éste en movimiento. Tal es el primer artículo de fé de la economía política.

En cuanto al socialismo, no parece haber comprendido mejor la cuestión, ni cuidarse mucho de ella. Entre sus muchos órganos, los unos echan pura y

simplemente á un lado el problema, sustituyendo el sistema de cesión al de reparto, es decir, desterrando del organismo social el número y la medida; otros salen del paso aplicando el sufragio universal al salario. No hay para qué decir que esas vulgaridades encuentran miles y centenares de miles de personas que á ojos cerrados las aceptan.

La economía política ha sido condenada en forma por Malthus en este famoso pasaje:

«Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no tiene medio de sustentarle, ó si la sociedad no necesita de su trabajo, no tiene el menor derecho á reclamar una porción cualquiera de alimento: está realmente de más en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay para él cubierto. La naturaleza le manda que se vaya, y no tardará en llevar á ejecución la orden.»

Esta es la conclusión necesaria, fatal, de la economía política, conclusión que demostraré con una evidencia hasta hoy desconocida en esta clase de estudios. ¡La muerte para el que no posea!

A fin de penetrar mejor el pensamiento de Malthus, traduzcámosle en proposiciones filosóficas, despojándole de su barniz oratorio:

«La economía política entraña la libertad individual y la propiedad, que es su expresión; no la igualdad ni la solidaridad.

»Bajo este régimen de cada uno en su casa, cada uno para sí, el trabajo, como toda mercancía, está sujeto al alza y á la baja: de aquí los riesgos del proletariado.

»El que no tenga ni renta ni salario, no tiene derecho á exigir nada de los demás: su desgracia pesa exclusivamente sobre él; en el juego de la fortuna se ha vuelto contra él la suerte.»

Bajo el punto de vista de la economía política, estas



proposiciones son irrefragables; y Malthus, que las ha formulado con tan alarmante precision, está al abrigo de todo cargo. Bajo el punto de vista de las condiciones de la ciencia social, esas mismas proposiciones son radicalmente falsas y hasta contradictorias.

El error de Malthus, ó por mejor decir de la economía política, no consiste en sostener que un hombre que no tenga de qué comer debe morir; ni en pretender que bajo el régimen de apropiación individual, el que no tenga ni renta ni salario deba suicidarse, si no quiere verse arrojado del mundo por el hambre. Esta es por una parte la ley de nuestra existencia, esta es por otra la consecuencia de la propiedad; y Rossi se ha tomado á buen seguro más trabajo del que debiera por justificar sobre este punto el buen sentido de Malthus. Sospecho, es verdad, que Rossi, haciendo tan extensamente y con tanto amor la apología de Malthus, ha querido recomendar la economía política, del mismo modo que su compatriota Maquiavelo, en su libro del *Principe*, recomendaba á la admiración del mundo el despotismo. Presentándonos la miseria como la condición *sine qua non* de la arbitrariedad industrial y comercial, Rossi parece decirnos á voz en grito: este es vuestro derecho, esta es vuestra justicia, esta es vuestra economía política; esta es la propiedad.

Pero la candorosa Galia no acepta esas sutilezas; habria valido más decir á la Francia en su lengua inmaculada: el error de Malthus, el vicio radical de la economía política consiste, en tésis general, en afirmar como estado definitivo una condición transitoria, la distinción de la sociedad en patriciado y proletariado, y especialmente en decir que en una sociedad organizada, y por consiguiente solidaria, es posible que los unos posean, trabajen

comercien, mientras los otros no tengan ni posesión, ni trabajo, ni pan. Finalmente, Malthus, ó sea la economía política, se pierde en sus conclusiones cuando vé una perpétua amenaza de carestía en la facultad de reproducirse indefinidamente de que goza la especie humana, al par de todas las especies animales y vegetales, cuando lo que cabía y se debía deducir era la necesidad, y por consiguiente la existencia de una ley de equilibrio entre la población y la producción.

En dos palabras, la teoría de Malthus, y este es el gran mérito de este escritor, mérito que no ha tenido en cuenta ninguno de sus colegas, es la reducción de la economía política al absurdo.

En cuanto al socialismo, ha sido juzgado hace muchísimo tiempo por Platon y Tomás Moro en una sola palabra, UTOPIA, *no-lugar*, quimera.

Preciso es, sin embargo, decirlo en honra del entendimiento humano, y para hacer justicia á todos: ni la ciencia económica y legislativa podía ser en sus principios otra cosa de lo que la hemos visto, ni la sociedad puede detenerse en esta primera posición.

Toda ciencia debe empezar por circunscribir su dominio, producir y reunir sus materiales: ántes del sistema, los hechos; ántes del siglo del arte, el siglo de la erudición. Sujeta como todas las demás á la ley del tiempo y á las condiciones de la experiencia, la economía, ántes de investigar cómo *deben pasar* las cosas en la sociedad, tenía que decirnos cómo *pasan*; y todas esas rutinas, que los autores califican tan pomposamente en sus libros de *leyes*, de *principios* y de *teorías*, á pesar de ser incoherentes y contrarias, debían ser recogidas con una diligencia escrupulosa y descritas con severa imparcialidad. Para cumplir esta tarea, se necesitaba quizá más talento, y sobre todo más desinterés, del que puede exigir el progreso ulterior de la ciencia.



Si, pues, la economía social es aún hoy más bien una aspiración hacia lo porvenir que un conocimiento de la realidad, preciso es reconocer también que los elementos de ese estudio están todos en la economía política; y creo ser intérprete del sentimiento general, diciendo que esa opinión es ya la de la mayoría de los hombres que piensan. Lo presente tiene pocos defensores, es cierto; pero no se está menos universalmente disgustado de la utopía; y todo el mundo comprende que la verdad debe estar en una fórmula que concilie estos dos términos: CONSERVACIÓN y MOVIMIENTO.

Así están ya revelados, gracias sean dadas á los A. Smith, á los J. B. Say, á los Ricardos y á los Malthus, los misterios de la fortuna, *atria Ditis*: la preponderancia del capital, la opresión del trabajador, las maquinaciones del monopolio, inundadas ya todas de luz, retroceden ante las miradas de la opinión. Se raciocina y se hacen conjeturas sobre los hechos observados y descritos por los economistas; espiran bajo la reprobación general, apenas sacados á la luz del día, derechos abusivos y costumbres iníquas que han sido respetados mientras han permanecido envueltos en la oscuridad que les ha dado la vida; se sospecha que es preciso aprender el gobierno de la sociedad, no en una ideología hueca como la del *Contrato social*, sino, como lo había ya entrevisto Montesquieu, en la *relación de las cosas*; y se está ya formando en la nación, por encima y fuera de las opiniones parlamentarias, una izquierda de tendencias eminentemente sociales compuesta de sabios, de magistrados, de jurisconsultos, de profesores, hasta de capitalistas é industriales, todos representantes y defensores natos del privilegio, y de un millón de adeptos, partido que se esfuerza por sorprender en la análisis de los hechos económicos los secretos de la vida de las sociedades.

Representémonos, pues, la economía política como una inmensa llanura cubierta de materiales preparados para un edificio. Los trabajadores esperan la señal, llenos de ardor, y están impacientes por poner manos á la obra; pero el arquitecto ha desaparecido sin dejar plan alguno. Los economistas han guardado el recuerdo de una multitud de cosas: desgraciadamente no tienen ni la sombra de un presupuesto. Saben el origen y la historia de cada pieza; lo que han costado sus hechuras; qué madera dá las mejores vigas, y qué greda los mejores ladrillos; cuánto se ha gastado en herramientas y acarreos; cuánto ganaban los carpinteros, y cuánto los canteros; pero sin conocer el destino ni el lugar de cosa alguna. No pueden los economistas dejar de reconocer que tienen á la vista los fragmentos de una obra maestra hacinados y revueltos, *disjecti membra poetae*; mas les ha sido hasta aquí imposible volver á encontrar el diseño general, y siempre que han ensayado combinar algo no han hallado más que incoherencias. Desesperando al fin de combinaciones sin resultado, han concluido por erigir en dogma la inconveniencia arquitectónica de la ciencia, ó, como ellos dicen, los *inconvenientes* de sus principios; han negado, en una palabra, la ciencia (5).

Así la división del trabajo, sin la cual la producción sería casi nula, está sujeta á mil inconvenientes, el peor de los cuales es la desmoralización del obrero; las máquinas producen, con la baratura, el hacinamiento de mercancías y la falta de trabajo; la concurrencia conduce á la opresión; el impuesto, base material de la sociedad, no es las más veces sino un azote tan temido como el incendio y el granizo; el crédito tiene por correlativo obligado la bancarrota; la propiedad es un hormiguero de abusos; el comercio degenera en juego de azar, donde á veces es



hasta permitida la trampa; en resúmen, encontrándose por todas partes el desórden en proporcion igual con el órden, sin que se sepa cómo éste haya de llegar á eliminar á aquel, *taxis ataxian diókein*, los economistas han tomado el partido de concluir diciendo que todo vá lo mejor del mundo, y mirar como hostil á la economía política todo proyecto de reforma.

Se ha abandonado, pues, la empresa de construir el edificio social. La muchedumbre ha invadido los talleres de construccion; columnas, capiteles, zócalos, madera, piedra, metales, todo ha sido distribuido y echado á la suerte, y de todos esos materiales reunidos para un templo magnífico, la propiedad, ignorante y bárbara, ha hecho miserables chozas. Trátase, pues, no sólo de encontrar el plan del edificio, sino tambien de desalojar á los que lo ocupan y sostienen que su ciudad es soberbia, poniéndose, al oír la palabra restauracion, en órden de batalla bajo el dintel de sus puertas. No se vió confusion tal ni áun en Babel: afortunadamente nosotros hablamos francés, y somos más atrevidos que los compañeros de Nemrod.

Dejemos la alegoría. Carece ya hoy de utilidad el método histórico y descriptivo, empleado con éxito mientras no se ha debido hacer más que practicar reconocimientos: despues de millares de monografías y de tablas, no estamos más adelantados que en los tiempos de Jenofonte y de Hesiodo. Los fenicios, los griegos, los italianos, trabajaron como nosotros trabajamos: colocaban su dinero, tenían á salario á sus obreros, extendían sus propiedades, hacían sus expediciones y sus giros, llevaban sus libros, se entregaban á la especulacion y al agiotaje, y por fin, se arruinaban segun todas las reglas del arte económico, entendiendo no ménos que nosotros en eso de

arrogarse monopolios y estrujar al consumidor y al jornalero. Las relaciones de todo esto sobran; y áun cuando repasásemos eternamente nuestras estadísticas y nuestras cifras, no tendríamos nunca ante los ojos sino el caos, el caos inmóvil y uniforme.

Créese, es verdad, que desde los tiempos mitológicos hasta el presente año 57 de nuestra gran revolucion, no ha dejado de ir el bienestar general en aumento. El cristianismo ha pasado durante mucho tiempo por la principal causa de esta mejora, que los economistas pretenden ya hoy debida á sus principios. Despues de todo, dicen, ¿cuál ha sido la influencia del cristianismo sobre la sociedad? Profundamente utopista al nacer, no ha podido ni sostenerse ni extenderse sino á fuerza de ir adoptando poco á poco todas las categorías económicas, el trabajo, el capital, el arrendamiento, la usura, el tráfico, la propiedad; consagrando, en una palabra, la ley romana, que es la más elevada expresion de la economía política.

El cristianismo, extraño, en cuanto á su parte teológica, á las teorías sobre la produccion y el consumo, ha sido para la civilizacion europea lo que eran no há mucho para los obreros ambulantes las asociaciones gremiales y la frac-masonería, una especie de contrato de seguros y socorros mútuos. Bajo este punto de vista, nada debe á la economía política, y el bien que ha hecho no puede ser invocado por ella en testimonio de certidumbre. Los efectos de la caridad y del desinterés no pertenecen tampoco al dominio de la economía política, la cual ha de procurar la ventura de las sociedades por medio de la organizacion del trabajo y la justicia. Por lo demás, estoy pronto á reconocer los felices efectos del mecanismo propietario; sólo observo que esos efectos están enteramente contrapesados por las miserias que es de la natura-



leza de su mecanismo producir; de suerte que, como confesaba no há mucho ante el Parlamento inglés un ministro ilustre, y no tardaremos en demostrar nosotros, en la sociedad actual, el progreso de la miseria es paralelo y adecuado al de la riqueza, lo cual anula completamente los méritos de la economía política.

Así, la economía política no se justifica ni por sus máximas ni por sus obras; y en cuanto al socialismo, todo su valor está reducido á haberlo demostrado. Forzoso nos es, pues, volver á emprender el exámen de la economía política, puesto que sólo ella contiene, á lo ménos en parte, los materiales de la ciencia social, y verificar si contienen sus teorías algun error, cuya correccion pueda conciliar el hecho y el derecho, revelar la ley orgánica de la humanidad, y dar la concepcion política del orden.

## CAPÍTULO II

### DEL VALOR

#### § 1.º—Oposicion del valor útil y del valor en cambio.

El VALOR es la piedra angular del edificio económico. El divino artista que nos ha conducido á continuar su obra no se ha explicado con nadie; pero medio se adivina por algunos indicios. El valor presenta, en efecto, dos fases: la que los economistas llaman valor de *uso*, ó valor en sí, y la que llaman valor en *cambio*, ó de opinion. Los efectos que produce el valor bajo este doble aspecto, efectos que son muy irregulares, en tanto que no está asentado ó, para hablar más filosóficamente, constituido, cambian totalmente por medio de esta constitucion.

Ahora bien: ¿en qué consiste la correlacion de valor *útil* á valor en *cambio*? ¿qué se debe entender por valor *constituido*? ¿por qué peripecia se verifica esta constitucion? Este es el objeto y el fin de la economía política. Suplico al lector que ponga toda su atencion en lo que sigue: este capítulo es el único de la obra que exige por su parte algun esfuerzo. Yo, por la mia, me esforzaré en ser cada vez más sencillo y más claro.

Todo lo que puede serme de alguna utilidad tiene para mí valor, y soy tanto más rico cuanto más abundan las cosas útiles: sobre esto no hay dificultad. La leche y la carne, los frutos y las semillas, la lana, el azúcar, el algodón, el vino, los metales, el mármol, la tierra por fin, el agua, el aire, el fuego, y sobre todo el sol, son, relativamente á mí, valores de uso, valores por naturaleza y por destino. Si todas las cosas que sirven para mi existencia fueran tan abundantes como algunas, la luz por ejemplo; en otros términos, si la cantidad de cada especie de valores fuese inagotable, asegurado para siempre mi bienestar, ni tendria por qué entregarme al trabajo, ni pensaria siquiera. En un estado tal habria siempre *utilidad* en las cosas, pero no sería exacto decir que *VALIESEN*; porque el valor, como pronto veremos, indica una relacion esencialmente social, pudiendo hasta decirse que sólo por el cambio, como por una especie de vuelta de la sociedad á la naturaleza, hemos adquirido la nocion de lo útil. Todo el desarrollo de la civilizacion depende, por lo tanto, de la necesidad que tenía la raza humana de provocar incesantemente la creacion de nuevos valores, del mismo modo que los males de la sociedad reconocen por causa primera la perpétua lucha que sostenemos contra nuestra propia inercia. Quitese al hombre esa necesidad que estimula su pensamiento



leza de su mecanismo producir; de suerte que, como confesaba no há mucho ante el Parlamento inglés un ministro ilustre, y no tardaremos en demostrar nosotros, en la sociedad actual, el progreso de la miseria es paralelo y adecuado al de la riqueza, lo cual anula completamente los méritos de la economía política.

Así, la economía política no se justifica ni por sus máximas ni por sus obras; y en cuanto al socialismo, todo su valor está reducido á haberlo demostrado. Forzoso nos es, pues, volver á emprender el exámen de la economía política, puesto que sólo ella contiene, á lo ménos en parte, los materiales de la ciencia social, y verificar si contienen sus teorías algun error, cuya correccion pueda conciliar el hecho y el derecho, revelar la ley orgánica de la humanidad, y dar la concepcion política del orden.

## CAPÍTULO II

### DEL VALOR

#### § 1.º— Oposicion del valor útil y del valor en cambio.

El VALOR es la piedra angular del edificio económico. El divino artista que nos ha conducido á continuar su obra no se ha explicado con nadie; pero medio se adivina por algunos indicios. El valor presenta, en efecto, dos fases: la que los economistas llaman valor de *uso*, ó valor en sí, y la que llaman valor en *cambio*, ó de opinion. Los efectos que produce el valor bajo este doble aspecto, efectos que son muy irregulares, en tanto que no está asentado ó, para hablar más filosóficamente, constituido, cambian totalmente por medio de esta constitucion.

Ahora bien: ¿en qué consiste la correlacion de valor *útil* á valor en *cambio*? ¿qué se debe entender por valor *constituido*? ¿por qué peripecia se verifica esta constitucion? Este es el objeto y el fin de la economía política. Suplico al lector que ponga toda su atencion en lo que sigue: este capítulo es el único de la obra que exige por su parte algun esfuerzo. Yo, por la mia, me esforzaré en ser cada vez más sencillo y más claro.

Todo lo que puede serme de alguna utilidad tiene para mí valor, y soy tanto más rico cuanto más abundan las cosas útiles: sobre esto no hay dificultad. La leche y la carne, los frutos y las semillas, la lana, el azúcar, el algodón, el vino, los metales, el mármol, la tierra por fin, el agua, el aire, el fuego, y sobre todo el sol, son, relativamente á mí, valores de uso, valores por naturaleza y por destino. Si todas las cosas que sirven para mi existencia fueran tan abundantes como algunas, la luz por ejemplo; en otros términos, si la cantidad de cada especie de valores fuese inagotable, asegurado para siempre mi bienestar, ni tendria por qué entregarme al trabajo, ni pensaria siquiera. En un estado tal habria siempre *utilidad* en las cosas, pero no sería exacto decir que *VALIESEN*; porque el valor, como pronto veremos, indica una relacion esencialmente social, pudiendo hasta decirse que sólo por el cambio, como por una especie de vuelta de la sociedad á la naturaleza, hemos adquirido la nocion de lo útil. Todo el desarrollo de la civilizacion depende, por lo tanto, de la necesidad que tenía la raza humana de provocar incesantemente la creacion de nuevos valores, del mismo modo que los males de la sociedad reconocen por causa primera la perpétua lucha que sostenemos contra nuestra propia inercia. Quitese al hombre esa necesidad que estimula su pensamiento



y le predispone á la vida contemplativa, y el contra-maestre de la creacion no es ya más que el primero de los cuadrúpedos.

Pero ¿cómo se convierte el valor útil en valor en cambio? Porque es preciso observar que las dos clases de valores, bien que contemporáneos en el pensamiento, pues no se distingue el uno sino con ocasion del otro, tienen cierta relacion de sucesion, puesto que no obtenemos el valor en cambio sino por una especie de reflejo del valor útil, del mismo modo que dicen los teólogos que en la Trinidad el Padre engendra al Hijo á fuerza de contemplarse eternamente. Los economistas no han observado bastante bien esa generacion de la idea de valor, y conviene, por lo mismo, que nos detengamos en ella.

Ya que entre los objetos de que necesito, muchos no se encuentran en la naturaleza sino en pequeña cantidad, ó no se los encuentra, me veo obligado á contribuir á la produccion de los que me faltan; y cómo no puedo poner mano en todo, propondré á otros hombres, colaboradores míos en funciones diversas, que me cedan á cambio del mio una parte de sus productos. Tendré, por lo tanto, respecto á mí, más cantidad de mi producto particular del que consumo, así como mis iguales tendrán tambien, respecto á ellos, más cantidad de sus productos respectivos de la que necesitan. Se verifica esta convencion tácita por medio del *comercio*. Con este motivo haremos observar que mejor aparece la sucesion lógica de las dos clases de valor en la historia que en la teoría, por haber pasado los hombres millares de años en disputarse los bienes naturales, que es lo que se llama la *comunidad primitiva*, ántes de haber dado su industria lugar á ningun cambio.

Ahora bien, se dá particularmente el nombre de valor de utilidad á la capacidad de todos los produc-

tos, ya naturales, ya industriales, de servir para la subsistencia del hombre; y el de valor en cambio, á la capacidad que tienen de ser cambiados el uno por el otro. En el fondo todo es lo mismo, puesto que el segundo caso no hace más que añadir al primero una idea de una substitucion, cosa que parece una ociosa sutileza. En la práctica, empero, las consecuencias son sorprendentes, y ya felices, ya funestas.

Así, la distincion introducida en el valor es hija de los hechos y no tiene nada de arbitraria. Al hombre toca, sin dejar de someterse á esta ley, hacerla redundar en provecho de su libertad y su ventura. El trabajo, segun la bella expresion del Sr. Walras, es una guerra declarada contra la parsimonia de la naturaleza: engendra á la vez la sociedad y la riqueza. No sólo produce el trabajo muchos más bienes incomparablemente de los que dá la naturaleza,—se ha observado que sólo los zapateros de Francia producian diez veces más que las minas reunidas del Perú, del Brasil y de Méjico,—sino que, por las transformaciones por que hace pasar los valores naturales, extendiendo y multiplicando el trabajo sus derechos hasta lo infinito, sucede poco á poco que toda riqueza, á fuerza de ir recorriendo la série industrial, vuelve entera al que la crea, quedando nada ó casi nada para el poseedor de las primeras materias.

Tal es, pues, la marcha del desarrollo económico: primero, apropiacion de la tierra y de los valores naturales; luégo, asociacion y distribucion por medio del trabajo hasta llegar á la igualdad completa. Sembrado de abismos está nuestro camino, suspendida la espada sobre nuestras cabezas; mas para conjurar todos los peligros tenemos la razon; y la razon, es la omnipotencia.

Resulta de la relacion del valor útil al valor en cambio que si, por desgracia ó por malevolencia, se impi-



diese á uno de los productores cambiar, ó viniese á cesar de repente la utilidad de sus productos, con tener llenos los almacenes nada poseería. Cuantos más sacrificios hubiese hecho y cuanto más ardimiento hubiese empleado en producir, tanto más profunda sería su miseria. — Si la utilidad del producto, en lugar de desaparecer del todo, no hubiese hecho más que disminuir, cosa que puede suceder de cien maneras, el trabajador, en vez de caer y arruinarse por una catástrofe súbita, no haría más que empobrecerse; obligado á entregar una gran cantidad de su valor por otra pequeña de valores extraños, vendría á quedar reducida su subsistencia en una proporción igual al déficit de su venta, cosa que le conduciría, por grados, del bienestar á la extenuación y á la muerte. Si por fin viniese á aumentar la utilidad del producto, ó á ser ménos costoso producirlo, la balanza del cambio se inclinaria del lado del productor, cuyo bienestar podría irse elevando desde la laboriosa medianía á la ociosa opulencia. Este fenómeno de empobrecimiento y de enriquecimiento se presenta bajo mil formas y por mil combinaciones: en esto consiste el juego apasionado y lleno de intrigas del comercio y de la industria; esta lotería llena de trampas es la que los economistas creen que ha de durar eternamente, y la Academia de Ciencias morales y políticas pide sin saberlo que se suprima, cuando bajo los nombres de beneficio y de salario quiere que se concilie el valor útil con el valor en cambio, es decir, que se encuentre el medio de hacer igualmente susceptibles de cambio todos los valores útiles, y *vice versa* igualmente útiles todos los valores en cambio.

Los economistas han hecho resaltar muy bien el doble carácter del valor; pero no han presentado con la misma claridad la contradicción de su naturaleza. Aquí empieza nuestra crítica.

La utilidad es la condición necesaria del cambio; más suprimid el cambio, y desaparece la utilidad: estos dos términos están indisolublemente unidos. ¿Dónde aparece, pues, la contradicción?

Puesto que todos los hombres subsistimos sólo por el trabajo y el cambio, y somos tanto más ricos cuanto más producimos y cambiamos, lo consiguiente para cada uno de nosotros es que produzcamos lo más posible de valores útiles, á fin de aumentar en otro tanto nuestros cambios y por lo mismo nuestros goces. Pues bien, el primer efecto, el efecto inevitable de la multiplicación de los valores, es que se *ENVILECEN*: cuanto más abunda una mercancía, tanto más pierde en el cambio y mercantilmente se menosprecia. ¿No es verdad que hay aquí contradicción entre la necesidad del trabajo y sus resultados?

Ruego encarecidamente al lector que fije su atención en el hecho ántes de adelantarse á explicarlo.

Un labrador que ha cogido veinte sacos de trigo, y se propone comerlo con su familia, se reputa dos veces más rico que si hubiese cogido sólo diez; asimismo una mujer de su casa que ha hilado cincuenta varas de lienzo, se tiene por dos veces más rica que si hubiese hilado sólo veinticinco. Relativamente á la familia, tienen razon entrambos; pero bajo el punto de vista de sus relaciones exteriores, pueden muy bien engañarse de medio á medio. Si la cosecha del trigo ha sido doble en todo el país, veinte sacos no valdrán en la venta lo que habrían valido diez, si no hubiese sido la cosecha más que de la mitad; así como en caso parecido, cincuenta varas de lienzo valdrán ménos que veinticinco. De suerte que el valor disminuye á medida que la producción de lo útil aumenta, pudiendo suceder que un productor, sin dejar de enriquecerse, llegue á la indigencia. Y esto parece irre-



mediable, puesto que el único medio de salvacion sería que los productos industriales llegasen á existir todos como el aire y la luz en cantidad infinita, lo cual es absurdo. ¡Dios de mi razon! habria exclamado Juan Jacobo: no son los economistas los que deliran; es la economía política la que es infiel á sus definiciones: *Mentita est iniquitas sibi*.

En los ejemplos que preceden, el valor útil es mayor que el valor en cambio; en otros casos es menor. Se verifica entónces el mismo fenómeno, pero en sentido inverso: la balanza se inclina del lado del productor, y el consumidor es el que sufre. Así sucede principalmente en las carestías, donde el alza de las subsistencias tiene siempre algo de ficticio. Hay tambien profesiones cuya arte está toda en dar prescindir, un valor de opinion exagerado: tales son en general las artes de lujo. El hombre por su pasion estética anda ávido de cosas fútiles, cuya posesion satisface grandemente su vanidad, su gusto innato por el lujo, y su más noble y más respetable amor á lo bello: sobre esto especulan los proveedores de esas clases de objetos. Imponer el capricho y la elegancia no es ménos odioso ni ménos absurdo que cobrar tributos sobre la circulacion; pero perciben ese impuesto algunos fabricantes en boga, protegidos por la preocupacion general, cuyo mérito consiste todo, las más de las veces, en falsear el gusto y fomentar la inconstancia. En vista de esto nadie se queja, y están reservados los anatemas de la opinion para los acaparadores, que á fuerza de ingenio llegan á hacer subir el precio del lienzo y del pan algunos céntimos.

No basta haber señalado, en el valor útil y en el valor en cambio, ese admirable contraste en que los economistas no están acostumbrados á ver sino una

cosa muy sencilla; es preciso demostrar que esa pretendida sencillez encierra un misterio profundo que estamos en el deber de penetrar.

Reto, pues, á todo economista á que me diga, sin traducir ni repetir en otros términos la cuestion, por qué causa el valor mengua á medida que la produccion aumenta; y reciprocamente, por qué causa aumenta este mismo valor á medida que la produccion disminuye. En términos técnicos, el valor útil y el valor en cambio, necesarios el uno para el otro, están el uno del otro en razon inversa: pregunto, pues, por qué la escasez, no la utilidad, encarece los objetos. Porque, nótese bien, el alza y la baja de las mercancías no dependen de la cantidad de trabajo invertido en la produccion: los más ó ménos gastos que ocasionan de nada sirven para explicar las oscilaciones del cambio. El valor es caprichoso como la libertad: nó considera para nada la utilidad ni el trabajo; léjos de esto, parece que en el curso ordinario de las cosas, y dejadas aparte ciertas perturbaciones excepcionales, los objetos más útiles son siempre los que se han de vender á más bajo precio; ó en otros términos, que es justo que los hombres que trabajan más á gusto sean los mejor retribuidos, y los peor retribuidos los que suden en sus trabajos sangre y agua. De tal modo, que siguiendo el principio hasta sus últimas consecuencias, se acabaria por concluir lo más lógicamente del mundo que las cosas de uso necesario y de cantidad infinita no deben valer nada, y por lo contrario, las de ninguna utilidad y de escasez extrema ser de un precio inestimable. Mas para colmo de dificultad, la práctica no admite estos extremos: por un lado, no hay producto humano que pueda llegar á existir en cantidad infinita; por otro, las cosas más raras no serian susceptibles de valor, si en mayor ó menor grado no fuesen útiles. El valor



útil y el valor en cambio están, pues, fatalmente encadenados el uno al otro, por más que por su naturaleza tiendan de continuo á excluirse.

No fatigaré al lector con la refutación de las logomaquias que se podrían presentar para ilustración de esta materia: no hay sobre la contradicción inherente á la noción de valor causa determinable ni explicación posible. El hecho de que hablo es uno de los llamados primitivos, es decir, de los que pueden servir para explicar otros; pero son en sí mismos insolubles, como los cuerpos llamados simples. Tal es el dualismo del espíritu y de la materia. El espíritu y la materia son dos términos que, tomados separadamente, indican cada uno una manera de ser especial del espíritu, pero sin corresponder á realidad alguna. Del mismo modo, dada para el hombre la necesidad de una gran variedad de productos, con la obligación de procurarlos por medio de su trabajo, la oposición entre el valor útil y el valor en cambio es un resultado natural y necesario; y de aquí una contradicción en los umbrales mismos de la economía política. Ninguna inteligencia, ninguna voluntad divina ni humana podría impedirla.

Así, en vez de buscar una explicación quimérica, contentémonos con dejar bien consignada la necesidad de la contradicción.

Sea cual fuere la abundancia de los valores creados y la proporción en que se cambien, para que nosotros troquemos nuestros productos, es preciso que si tú eres quien haces la *demanda*, mi producto te convenga; si el que *ofreces*, me convenga y agrade el tuyo. Porque nadie tiene derecho á imponer á otro su propia mercancía: el comprador es el único juez de si ésta es útil, ó lo que es lo mismo, necesaria. En el primer caso, tú eres el árbitro de la conveniencia de la mercancía; yo en el segundo. Quítese esa libertad

recíproca, y el cambio deja de ser el ejercicio de la solidaridad industrial: es un despojo. El comunismo, sea dicho de paso, no llegará á vencer jamás esa dificultad.

Pero, con la libertad, la producción permanece necesariamente indeterminada, tanto en cantidad como en calidad: de tal modo, que bajo el punto de vista del progreso económico, así como bajo el de la conveniencia de los consumidores, el avalúo queda eternamente sujeto á la arbitrariedad, y estará siempre flotando el precio de las mercaderías. Supongamos por un momento que todos los productores venden á precio fijo: los habrá que produciendo más barato ó mejor ganen mucho, mientras otros no ganen nada. De todas maneras, quedará roto el equilibrio.—¿Se querrá, para impedir la paralización del comercio, limitar la producción á lo estrictamente necesario? Esto sería violar la libertad; porque si se me quita el derecho de elegir, se me condena á pagar un *máximum*, se destruye la concurrencia, única garantía de la baratura, y se provoca el contrabando. Así, para impedir la arbitrariedad mercantil, se cae en brazos de la arbitrariedad administrativa; para crear la igualdad, se destruye la libertad, cosa que es la negación de la igualdad misma.—¿Se querrá reunir á todos los productores en un solo taller? Supongo que se posea el secreto para realizarlo. No sería esto áun suficiente; sería preciso reunir además á todos los consumidores en un mismo hogar y en una misma familia, y esto sería ya salir de la cuestión. No se trata de abolir la idea de valor, cosa tan imposible como abolir el trabajo, sino de determinarla; no se trata de matar la libertad individual, sino de socializarla. Ahora bien, está probado que lo que dá lugar á la oposición entre el valor útil y el valor en cambio, es el libre albedrío del hom-



bre: ¿cómo anular esta oposicion ínterin ese libre albedrío subsiste? Y ¿cómo destruir este albedrío sin sacrificar al hombre?

Luego por el solo hecho de ser, en mi calidad de comprador libre, juez de mi necesidad, juez de si el objeto me conviene, y juez del precio que por él he de dar; y por ser tú, en tu calidad de productor libre, dueño de escoger los medios de ejecucion, y árbitro, por consecuencia, de reducir tus gastos, no puede ménos de introducirse la arbitrariedad en el valor, y de hacerlo oscilar entre la utilidad y la opinion.

PERO esta oscilacion, perfectamente indicada por los economistas, no es más que el efecto de una contradiccion, que presentándose en una vasta escala engendra los más inesperados fenómenos. Tres años de fertilidad, en ciertas comarcas de Rusia, son una calamidad pública; y en nuestros mismos viñedos, tres años de abundancia son una calamidad para los viñadores. Los economistas, no lo ignoro, atribuyen este hecho á la falta de mercados; así los mercados son para ellos una gran cuestion. Desgraciadamente sucede con la teoría de los mercados lo que con la de la emigracion, que se ha querido oponer á la de Malthus: es una peticion de principio. Las naciones mejor provistas de mercados están sujetas á la produccion excesiva como las más aisladas: ¿hay algun punto en que el alza y la baja sean más conocidas que en las Bolsas de París y Lóndres?

De la oscilacion del valor y de los efectos irregulares que de ella derivan, los socialistas y los economistas, cada cual por su parte, han deducido consecuencias opuestas aunque igualmente falsas: los primeros han tomado de ahí pié para calumniar la economía política, y excluirla de la ciencia social; los otros para rechazar toda posibilidad de conciliacion entre los términos, y dar como ley absoluta del co-

mercio la inconmensurabilidad de los valores, y por lo tanto, la desigualdad de las fortunas.

Digo que unos y otros yerran igualmente.

1.º La idea contradictoria de valor, tan bien revelada por la inevitable distincion de valor útil y de valor en cambio, no procede de una falsa percepcion del entendimiento, ni de una terminología viciosa, ni de ninguna aberracion de la práctica; nace de la íntima naturaleza de las cosas, y se impone á la razon como forma general del pensamiento, es decir, como categoría. Ahora bien, como el concepto de valor es el punto de partida de la economía política, se sigue de ahí que todos los elementos de la ciencia (empleo la palabra ciencia por anticipacion) son contradictorios en sí mismos y opuestos entre sí; de tal modo, que en cada cuestion el economista se encuentra incesantemente colocado entre una afirmacion y una negacion igualmente irrefutables. La ANTINOMIA, por fin, para servirme de la palabra consagrada por la filosofía moderna, es el carácter esencial de la economía política, es decir, á la vez su sentencia de muerte y su justificacion.

*Antinomia*, literalmente *contra-ley*, significa oposicion en el principio ó antagonismo en las relaciones, así como la contradiccion ó *antilogía* indica oposicion ó contrariedad en el discurso. La antinomia, perdóneseme que éntre en esos pormenores de escolástica, poco familiares aún para la mayor parte de los economistas, la antinomia, digo, es la concepcion de una ley de doble faz, la una positiva y la otra negativa. Tal es, por ejemplo, la ley llamada *atraccion*, que hace girar los planetas alrededor del sol, y descompuesta por los géometras en fuerza centrípeta y fuerza centrífuga. Tal es aún el problema de la divisibilidad de la materia hasta lo infinito, que Kant ha demostrado poder ser afirmado



y negado sucesivamente por argumentos igualmente plausibles é irrefutables.

La antinomia no hace más que expresar un hecho, y se impone de una manera imperiosa al entendimiento: la contradicción propiamente dicha es un absurdo. Esta distinción entre la antinomia, *contra-lex*, y la contradicción, *contra-dictio*, manifiesta el sentido en que se ha podido decir que, en cierto orden de ideas y de hechos, el argumento de contradicción no tiene el mismo valor que en las matemáticas.

Es regla en matemáticas, que demostrada falsa una proposición, es verdadera la inversa, y recíprocamente. Es hasta el gran medio de demostración en esa ciencia. En economía social no sucederá otro tanto. Así veremos, por ejemplo, que á pesar de demostrarse por sus consecuencias que la propiedad es falsa, no por esto resulta verdadero el comunismo, que es su fórmula contraria, ántes cabe negarle á la vez y por el mismo título que la propiedad. ¿Se sigue de ahí, como se ha dicho con ridículo énfasis, que toda verdad, toda idea procede de una contradicción, es decir, de algo que se afirma y se niega á la vez y bajo el mismo punto de vista, ni que sea necesario rechazar la antigua lógica, que hace de la contradicción el signo por excelencia del error? Ese charlatanismo es sólo digno de sofistas que, sin fé ni buena fé, trabajan por eternizar el escepticismo, á fin de conservar su impertinente inutilidad. Como la antinomia, desde el punto y hora en que deje de tenérsela en cuenta, conduce infaliblemente á la contradicción, se las ha tomado la una por la otra, sobre todo en la lengua francesa, donde hay tendencias á designar las cosas por sus efectos. Pero ni la contradicción, ni la antinomia, que el análisis descubre en el fondo de toda idea simple, son

el principio de lo verdadero. La contradicción es siempre sinónima de nulidad. La antinomia, á la que se dá algunas veces el mismo nombre, es efectivamente la precursora de la verdad, á la que dá, por decirlo así, materia; pero ni es la verdad misma, ni considerada en sí deja de ser la causa eficiente del desorden, la forma propia del mal y de la mentira.

Se compone la antinomia de dos términos necesarios el uno para el otro, pero siempre opuestos y con tendencias recíprocas á destruirse. Me atrevo apenas á añadirlo, pero es preciso saltar el vado: el primero de estos términos ha recibido el nombre de *tésis*, posición, y el segundo el de *anti-tésis*, contra-posición. Ese mecanismo es ya tan conocido, que se le verá pronto, así lo espero, figurar en el programa de las escuelas de instrucción primaria. No tardaremos en ver cómo de la combinación de esos dos ceros brota la unidad ó la idea, la cual hace desaparecer la antinomia.

Así, en el valor, nada hay útil que no sea susceptible de cambio, ni nada susceptible de cambio que no sea útil: el valor de utilidad y el valor en cambio son inseparables. Pero al paso que, por el progreso de la industria la demanda varía y se multiplica hasta lo infinito; al paso que la fabricación tiende por consecuencia á aumentar la utilidad natural de las cosas, y á convertir, por fin, todo valor útil en valor en cambio; la producción, por otro lado, aumentando incesantemente la fuerza de sus medios y disminuyendo siempre sus gastos, tiende á reducir la venalidad de las cosas á la utilidad primitiva; de suerte que el valor de utilidad y el valor en cambio están en perpétua lucha.

Los efectos de esta lucha son conocidos: de la antinomia del valor derivan: las guerras para extender el comercio y abrirse nuevos mercados, el ha-



cinamiento de mercancías, la paralización del cambio y del trabajo, las prohibiciones, los desastres de la concurrencia, el monopolio, el menosprecio de los salarios, las leyes de máximun, la espantosa desigualdad de fortunas, y la miseria. Habría de dispensármese que no dé aquí la demostración de esto, que resaltará naturalmente de los subsiguientes capítulos.

Los socialistas, sin dejar de tener razón para pedir el fin de este antagonismo, han cometido la falta de desconocer su origen, y no ver en él más que un error del sentido común reparable por decreto de autoridad pública. De aquí esa explosión de lamentable sentimentalismo que ha logrado hacer insípido el socialismo para los entendimientos positivos, y que, propagando las más absurdas ilusiones, engaña aún todos los días á tantas gentes. Lo que yo echo en cara al socialismo no es que haya venido sin motivo, sino que siga siendo necio tan obstinadamente y por tan largo tiempo.

2.º Mas los economistas han cometido la falta no ménos grave de rechazar *à priori*, y esto precisamente en virtud del carácter contradictorio, ó por mejor decir, antinómico del valor, toda idea y toda esperanza de reforma, sin querer comprender jamás que por la misma razón de haber llegado la sociedad á su más alto período de antagonismo, era inminente la conciliación y la concordia. Se lo habría hecho palpable, sin embargo, un atento exámen de la economía política, si hubiesen tenido más en cuenta los conocimientos de la metafísica moderna.

Está, en efecto, demostrado por todo lo que sabe de más positivo la razón humana, que donde se presenta una antinomia hay esperanza de resolver sus términos, y que por consecuencia se prepara una transformación. Ahora bien, la noción del valor, tal como

ha sido expuesta, entre otros, por J. B. Say, se halla precisamente en este caso. Mas los economistas, que por una fatalidad inconcebible han permanecido en su mayor parte extraños al movimiento filosófico, no suponían ni por lo más remoto que el carácter esencialmente contradictorio ó, como decían, variable del valor fuese á la vez el signo auténtico de su constitucionalidad, quiero decir, de su naturaleza eminentemente armónica y determinable. Por deshonoroso que sea para las diversas escuelas económicas, es indudable que la oposición que han hecho al socialismo procede únicamente de esa falsa concepción de sus propios principios. Bastará para demostrarlo una prueba entre mil.

La Academia de Ciencias (no la de las Ciencias morales, sino la otra), saliéndose un día de sus atribuciones, permitió la lectura de una memoria en que se trataba de calcular tablas de valores para todas las mercancías, tomando la producción media por hombre y por jornal en cada género de industria. El *Diario de los Economistas* (en Agosto de 1845) levantó al punto acta de esa memoria, á sus ojos usurpadora, para protestar contra el proyecto de arancel que constituía su objeto, y restablecer lo que llamaba los verdaderos principios.

«No hay, decía en sus conclusiones, medida del valor, no hay patron para el valor: nos lo dice la ciencia económica, como nos dicen las matemáticas que no hay movimiento continuo ni cuadratura del círculo, y no se llegará jamás, por lo tanto, á encontrarlos. Ahora bien, si no hay tipo para el valor, si la medida del valor no es siquiera una ilusión metafísica, ¿cuál es, en definitiva, la regla que dirige los cambios?... Lo hemos dicho ya: es la *oferta* y la *demanda* de una manera general: esta es la última palabra de la ciencia.»



¿Y de qué manera probaba el *Diario de los Economistas* que no habia medida para el valor? Me valgo del término admitido, reservándome demostrar dentro de poco que esta expresion, *medida del valor*, tiene algo de equívoca, y no dice exactamente lo que se quiere, lo que se debe decir.

Repetía este periódico, acompañándolo con ejemplos, la exposicion que más arriba hemos hecho de la variabilidad del valor, pero sin llegar, como nosotros, á la contradiccion. Ahora bien, si el apreciable redactor del artículo, uno de los más distinguidos economistas de la escuela de Say, hubiese tenido hábitos dialécticos más severos; si hubiese estado desde mucho tiempo acostumbrado, no sólo á observar los hechos, sino tambien á buscar su explicacion en las ideas que los producen, no dudo de que se hubiese expresado con más reserva, y en lugar de ver en la variabilidad del valor *la última palabra de la ciencia*, habria reconocido que no es más que la primera. Reflexionando sobre esa variabilidad del valor, y viendo que procede, no de las cosas, sino del entendimiento, habria dicho para sí, que así como la libertad del hombre tiene su ley, no puede ménos el valor de tener la suya; y por consiguiente, que la hipótesis de una medida del valor, puesto que así se le llama, no tiene nada de irracional, ántes al contrario, que lo ilógico é insostenible es la negacion de esta medida.

Y efectivamente, ¿en qué repugna á la ciencia la idea de medir, y por consecuencia de fijar el valor? Todos los hombres creen en esa asignacion, todos la quieren, la buscan, la suponen; toda proposicion de venta ó de compra no es, al fin y al cabo, sino una comparacion entre dos valores, es decir, una determinacion, más ó ménos justa si se quiere, pero efectiva. La opinion del género humano sobre la diferencia que existe entre el valor real y el precio de

comercio es, puede decirse, unánime. A esto es debido que tantas mercancías se vendan á precio fijo. Las hay que tienen su valor determinado hasta en sus variaciones, el pan, por ejemplo. No se nos negará que si dos industriales pueden recíprocamente expedirse en cuenta corriente, y á un precio fijo, determinadas cantidades de sus respectivos productos, otro tanto cabe que hagan diez, ciento, mil industriales. Esto sería precisamente haber resuelto el problema del valor. El precio de cada cosa sería objeto de regateo, lo confieso, porque el regateo es aún para nosotros la única manera de fijar el precio; pero al fin, como toda luz brota del choque, el regateo, por más que sea una prueba de incertidumbre, tiene por objeto, prescindiendo de la más ó ménos buena fé con que se haga, descubrir la relacion de los valores entre sí, es decir, su medida, su ley.

Ricardo, en su teoría de la renta, ha dado un magnífico ejemplo de la commensurabilidad de los valores. Ha demostrado que las tierras arables, dados gastos iguales, son entre sí como sus rendimientos; y la práctica universal está de acuerdo con la teoría. Ahora bien, ¿quién nos dice que esa manera positiva y segura de valuar las tierras, y en general todos los capitales en juego, no sea tambien extensiva á los productos?

La economía política, se dice, no procede *à priori*; no juzga sino por hechos. Pues bien, son precisamente los hechos y la experiencia, que nos dicen que no hay medida del valor ni puede haberla, y nos prueban que si es natural que se haya presentado esta idea, es su realizacion completamente quimérica. La oferta y la demanda: esta es la única regla de los cambios.

No repetiré que la experiencia prueba precisamente lo contrario; que en el movimiento económico de las



sociedades todo revela una tendencia á la constitucion y á la determinacion del valor; que este es el punto culminante de la economia política, que se encuentra trasformada por esta constitucion, y este el signo supremo del órden en la sociedad: reiterar sin pruebas esta exposicion general sería insípido. Me encierro por el momento en los términos de la discusion, y digo que la *oferta* y la *demanda*, que se pretende sea la única regla de los valores, no son más que dos formas ceremoniosas que sirven para poner frente á frente el valor útil y el valor en cambio, y ver de conciliarlos. Son los dos polos eléctricos que hay que poner en relacion para producir el fenómeno de afinidad económica llamada CAMBIO. Como los polos de la pila, la oferta y la demanda están diametralmente opuestas y tienden incesantemente á anularse, exagerándose ó reduciéndose á la nada por su antagonismo el precio de las cosas. Se desea, pues, saber si no sería posible en todo caso equilibrar ó hacer transigir estas dos fuerzas, de modo que el precio de las cosas sea siempre la expresion del valor verdadero, la expresion de la justicia. Decir despues de esto que la oferta y la demanda son la regla de los cambios, es decir que la oferta y la demanda son la regla de la oferta y la demanda; no es explicar la práctica, sino declararla absurda, cosa que rotundamente niego.

Cité hace poco á Ricardo, por haber dado para un caso especial una regla positiva de comparacion de valores. Los economistas hacen más: todos los años sacan de numerosos estados estadísticos el término medio de todas las mercuriales. Y bien, ¿qué significa un término medio? Todo el mundo comprende que en una operacion particular, tomada á la ventura entre un millon de operaciones, nada puede indicar si es la oferta, es decir, el valor útil el que ha prevalecido, ó si ha sido el valor en cambio, es decir, la de-

manda. Pero como toda exageracion en el precio de las mercancías vá tarde ó temprano seguida de una baja proporcional; como, en otros términos, en la sociedad los beneficios del agiotaje son iguales á las pérdidas, se puede con justa razon creer que el precio medio en un período completo indica el valor real y legítimo de los productos. Este precio medio, es verdad, nos es conocido cuando ya no nos sirve; mas ¿quién sabe si no cabria descubrirlo anticipadamente? ¿Se atreveria acaso á negarlo algun economista?

Que queramos, que no, es, pues, necesario que busquemos la medida del valor: nos lo manda la lógica, cuyas conclusiones son iguales tanto para los economistas como para los socialistas. La opinion que niega la existencia de esa medida es irracional, es un delirio. Dígase cuanto se quiera, por un lado, que la economia política es una ciencia de hechos, y que los hechos contradicen la hipótesis de una determinacion del valor; por otro, que esta escabrosa cuestion no existiria en una asociacion universal que absorbiese todo antagonismo; replicaré siempre á derecha y á izquierda:

1.º Que como no hay hecho sin causa, no le hay tampoco sin ley; y si no se ha encontrado aún la del cambio, la culpa no es de los hechos, sino de los sabios;

2.º Que mientras el hombre trabaje para subsistir, y trabaje libremente, la justicia será la condicion de la fraternidad y la base de la asociacion; y sin una determinacion del valor, la justicia es coja, es imposible.



## § II.—Constitucion del valor: definicion de la riqueza.

Conocemos el valor bajo sus dos aspectos contrarios: no le conocemos en su TOTALIDAD. Si pudiésemos adquirir esta nueva idea, tendríamos el valor absoluto, y sería posible una tarifa de valores tal como la pedia la memoria leida en la Academia de Ciencias.

Figurémonos, pues, la riqueza como una masa sostenida por una fuerza química en estado permanente de composicion, como una masa en la cual los nuevos elementos que entran sin cesar se combinan en proporciones diferentes, pero segun una ley cierta: el valor es la relacion proporcional (la medida) en que cada uno de esos elementos forma parte del todo.

Se siguen de aquí dos cosas: primera, que los economistas se han engañado completamente cuando han buscado la medida general del valor en el trigo, en el dinero, en la renta, etc., como tambien cuando, despues de haber encontrado que el tipo para esa medida no estaba aquí ni allí, han concluido diciendo que no hay para el valor razon ni medida alguna; segundo, que la proporcion de los valores puede variar continuamente, sin que por ésto deje de estar sujeta á una ley, cuya determinacion es precisamente lo que se busca.

Este concepto del valor llena, como se verá, todas las condiciones, porque abraza á la vez el valor útil, en lo que tiene de positivo y de fijo, y el valor en cambio, en lo que tiene de variable; hace cesar la contrariedad, que parecia un obstáculo insuperable para toda determinacion; y por fin, así entendido, difiere enteramente, como demostraremos, de lo que podría ser la simple yuxtaposicion de las dos ideas,

valor útil y valor en cambio, y está dotado de nuevas propiedades.

La proporcionalidad de los productos no es cosa que pretendamos enseñar al mundo como una revelacion, ni traer á la ciencia como una novedad: no es ninguna cosa nunca vista, como no lo era tampoco la division del trabajo cuando A. Smith explico sus maravillosos resultados. La proporcionalidad de los productos, como nos sería fácil probar con innumerables citas, es una idea vulgar que encontramos á la vuelta de cada hoja en las obras de economía política, pero que no ha sido aún puesta por nadie en el rango que le corresponde, tarea que tomamos hoy sobre nuestros hombros. Teníamos, por lo demás, interés en hacer esta declaracion, á fin de tranquilizar al lector sobre nuestras pretensiones á la originalidad, y reconciliarnos con esos hombres que por lo tímidos son poco favorables á las ideas nuevas.

Los economistas, á lo que parece, no han entendido jamás por la medida del valor sino un tipo, una especie de unidad primordial que existiese por sí misma y fuese susceptible de aplicacion á todas las mercancías, como lo es el metro á todas las dimensiones. Tal han creído muchos que era en efecto el papel del dinero. Pero la teoría de la moneda ha probado despues que, léjos de ser la medida de los valores el dinero, no es más que su aritmética, y áun una aritmética convencional. El dinero es para el valor lo que el termómetro para el calor: el termómetro, con su escala arbitrariamente graduada, indica bien cuando hay pérdida ó acumulacion de calórico; pero no nos dice ni cuáles son las leyes de equilibrio del calor, ni cuál es su proporcion en los diversos cuerpos, ni qué cantidad de calor es necesaria para producir en él una subida de 10, 15 ó 20 grados. No es ni siquiera seguro que los grados de la escala, to-



dos iguales entre sí, correspondan á iguales relaciones de calórico.

La idea que hasta aquí se ha formado de la medida del valor es, pues, inexacta. Lo que nosotros buscamos no es, como tantas veces se ha dicho, el tipo del valor, cosa que carece de sentido; sino la ley por la que los productos se combinan y proporcionan en la riqueza social; porque de que se la conozca dependen, en lo que tienen de normal y legítimo, el alza y la baja de las mercancías. En una palabra, así como por la medida de los cuerpos celestes se entiende la relación que resulta de la comparación de esos cuerpos entre sí, así por la medida de los valores debe entenderse la relación que de compararlos entre sí resulta, por cuya causa sostengo que esa relación tiene su ley y esa comparación su principio.

Supongo por lo tanto la existencia de una fuerza que combina, en proporciones ciertas y determinadas, los elementos de la riqueza, y hace de ellos un todo homogéneo; si los elementos constitutivos no están en la proporción deseada, no por esto se dejará de efectuar la combinación; no sucederá sino que en lugar de absorber toda la materia, rechazará una parte como inútil. El movimiento interior que produce la combinación y determina la afinidad de las diversas sustancias, es en la sociedad el cambio, no ya tan sólo el cambio considerado en su forma elemental y de hombre á hombre, sino también el cambio considerado como la función en una sola é idéntica riqueza social de todos los valores producidos por las industrias privadas. Llamamos por fin valor á la proporción según la cual entra cada elemento á formar parte del todo. Lo que después de esa combinación queda es valor negativo, *no-valor*, mientras que por la adición de cierta cantidad de otros elementos, no se combina ni se cambia.

Explicaremos más adelante el papel del dinero.

Sentado todo esto, se concibe que en un momento dado, á fuerza de estadísticas y de inventarios, sea posible determinar empíricamente, á lo ménos de una manera aproximada, la proporción de los valores que constituyen la riqueza de un país, poco más ó ménos como los químicos han descubierto, por medio de la experiencia, auxiliada de la análisis, la proporción de hidrógeno y oxígeno necesaria para formar agua. No veo que tenga nada de repugnante la aplicación de este método á la determinación de los valores: después de todo, no es esto más que cuestión de contabilidad. Pero un trabajo tal, por interesante que fuese, nos enseñaría muy poca cosa. Por una parte, en efecto, sabemos que la proporción varía incesantemente; por otra, es claro que no dando un cuadro de la fortuna pública sino la proporción de los valores en la localidad y la hora en que ha sido hecho, no podríamos nunca deducir de ahí la ley de la proporcionalidad de la riqueza. No bastaría para esto un solo trabajo de este género; admitiendo que el procedimiento fuese digno de confianza, se necesitarían millares y millones de trabajos semejantes.

Ahora bien, no sucede aquí con la ciencia económica lo que con la química. Los químicos, á quienes ha descubierto la experiencia tan bellas proporciones, no saben nada del cómo y del por qué de esas proporciones, como nada saben tampoco de la fuerza que las determina. Por lo contrario, la economía social, que por ninguna investigación *à posteriori* podría llegar á conocer directamente la ley de proporcionalidad de los valores, puede descubrirla en la fuerza misma que la produce y es tiempo ya de dar á conocer.

Esta fuerza, que ha celebrado A. Smith con tanta elocuencia y han desconocido sus sucesores, dándole



como su igual el privilegio, esa fuerza, digo, es el TRABAJO. El trabajo difiere de productor á productor, en cantidad y en calidad: sucede con él, bajo este punto de vista, lo que con todos los grandes principios de la naturaleza y las leyes más generales, simples en su acción y en sus fórmulas, pero modificadas hasta lo infinito por multitud de causas particulares que se manifiestan bajo una innumerable variedad de formas. El trabajo, sólo el trabajo, produce los elementos todos de la riqueza y los combina hasta en sus últimas moléculas, según una ley de proporcionalidad variable, pero cierta. Sólo el trabajo, por fin, como principio de vida, agita la materia de la riqueza, *mens agitat molem*, y le dá sus proporciones.

La sociedad, ó sea el hombre colectivo, produce una infinidad de objetos cuyo uso constituye su *bienestar*. Ese bienestar se desarrolla, no sólo en razón de la *cantidad* de los productos, sino también en la de su *variedad* ó calidad y *proporción*. De este dato fundamental se sigue que la sociedad debe siempre, á cada momento de su vida, buscar en sus productos una proporción que, atendidos la fuerza y los medios de producción, entrañe la mayor suma de bienestar posible. Abundancia, variedad y proporción en los productos, son los tres términos que constituyen la RIQUEZA: la riqueza, objeto de la economía social, está sujeta á las mismas condiciones de existencia que lo bello, objeto del arte; la virtud, objeto de la moral; y lo verdadero, objeto de la metafísica.

Pero ¿cómo se realiza esa proporción tan maravillosa y necesaria, sin la cual se pierde una parte del trabajo humano, es decir, se hace inútil, inarmónico, falso, y por consiguiente sinónimo de indigencia, de la nada?

Prometeo, según la fábula, es el símbolo de la actividad humana. Prometeo arrebató el fuego del

cielo é inventó las primeras artes; Prometeo previó el porvenir y se hace el igual de Júpiter; Prometeo es Dios. Llamemos, pues, á la sociedad Prometeo.

Prometeo dá al trabajo, por término medio, diez horas diarias, siete al descanso, otras tantas al placer. Para sacar el mayor fruto de sus ejercicios, Prometeo toma nota de la fatiga y del tiempo que le cuesta cada uno de los objetos de su consumo. No puede instruirse sino por la experiencia, y esta experiencia durará toda su vida. Mientras trabaja y produce, Prometeo experimenta un sin número de decepciones. Pero en último resultado, cuanto más trabaja, más se refina su bienestar y más se idealiza su lujo; más extiende sobre la naturaleza sus conquistas; más fortifica en sí mismo el principio de vida y de inteligencia, cuyo solo ejercicio le hace feliz. Es esto hasta tal punto cierto, que una vez concluida la primera educación del trabajador, y puesto orden en sus ocupaciones, para él trabajar no es ya penar, sino vivir, gozar. El atractivo del trabajo no destruye, sin embargo, la regla, ántes es su fruto; los que, so pretexto de que el trabajo debe ser atractivo, concluyen por negar la justicia y proclamar el comunismo, se parecen á los niños que, después de haber cogido flores en el jardín, establecen su parterre en la escalera.

En la sociedad, la justicia no es otra cosa que la proporcionalidad de los valores: tiene por garantía y sanción la responsabilidad del productor.

Prometeo sabe que tal producto cuesta una hora de trabajo, tal otro un día, una semana, un año: sabe al mismo tiempo que todos estos productos, evaluados por sus gastos, forman la progresión de su riqueza. Empezará pues por asegurar su existencia, proveyéndose de los objetos menos costosos, y por consiguiente más necesarios; luégo, á medida



que vaya asegurando sus necesidades, pensará en los objetos de lujo, procediendo siempre, si es cuerdo, por la gradación natural del precio que cada cosa le cuesta. Algunas veces Prometeo se equivocará en sus cálculos, ó bien, arrastrado por la pasión, sacrificará un bien inmediato ó un goce prematuro; y después de haber sudado sangre y agua, se extenuará. La ley lleva en sí misma su sancion: no cabe quebrantarla, sin que el infractor reciba al punto su castigo.

Say ha tenido, por lo tanto, razon en decir: «El bienestar de esta clase (la de los consumidores), que está compuesta de todas las demás, constituye el bienestar general, el estado de prosperidad de un país.» Pero habría debido añadir, que el bienestar de la clase de los productores, compuesta también de todas las otras, constituye igualmente el bienestar general, el estado de prosperidad de las naciones.—Así también cuando ha dicho: «La fortuna de cada consumidor está perpétuamente en lucha con todo lo que compra,» habría debido añadir: «Y la fortuna de cada productor atacada sin cesar por todo lo que vende.» Sin esta reciprocidad limpiamente presentada, se hace ininteligible la mayor parte de los fenómenos económicos. Demostraré á su tiempo como, á consecuencia de esta grave omisión, los más de los economistas que escriben libros han delirado sobre la balanza de comercio.

He dicho hace poco que la sociedad produce por de pronto *las cosas que ménos cuestan, y por consiguiente las más necesarias*. Pero ¿es verdad que respecto de los productos, la necesidad tenga por correlativo la baratura, y *vice versá*, de suerte que esas dos palabras, *necesidad y baratura*, del mismo modo que las de *carestia y superfluidad*, sean sinónimas?

Si cada producto del trabajo, tomado aisladamente, pudiese bastar para la existencia del hombre,

la sinonimia en cuestion no sería dudosa; teniendo todos los productos las mismas propiedades, los de más fácil producción y los más necesarios serian los que costasen ménos. Mas no se formula con esta precisión teórica el paralelismo entre la utilidad y el precio de los productos: sea por prevision de la naturaleza, ó por cualquiera otra causa, el equilibrio entre la necesidad y la facultad productora es más que una teoría, es un hecho que confirma la práctica de todos los días y el progreso de las sociedades.

Trasladémonos al día siguiente de haber nacido el hombre, al punto de partida de la civilizacion: ¿no es verdad que las industrias en un principio más sencillas, y que ménos preparaciones y gastos exigieron, fueron las siguientes: *cosecha de frutos naturales, pastos, caza y pesca*? ¿que sólo tras ellas y mucho tiempo después vino la agricultura? Esas cuatro industrias primordiales han sido desde entónces perfeccionadas y objeto además de apropiacion: doble circunstancia que, léjos de alterar la esencia de los hechos, le dá, al contrario, más realce. La propiedad, en efecto, se ha fijado de preferencia en los objetos de utilidad más inmediata, en los *valores hechos*, si puedo así explicarme; de tal modo, que podría fijarse la escala de los valores por los progresos de la apropiacion.

En su obra sobre la *Libertad del trabajo*, el señor Dunoyer ha sentado positivamente este principio, cuando ha distinguido cuatro grandes categorías industriales, que ha colocado segun el orden de su desarrollo, es decir, del menor al mayor gasto de trabajo: la *industria extractiva*, que comprende todas las funciones semi-bárbaras que ántes hemos citado; la *industria comercial*, la *industria manufacturera* y la *industria agrícola*. Con profunda razon ha puesto tan sabio escritor en último lugar la agri-



cultura. Porque á pesar de su remota antigüedad, es positivo que esta industria no ha marchado al mismo paso que las otras; luego, la sucesion de las cosas en la humanidad no debe venir determinada por su origen, sino por su completo desarrollo. Es posible que la industria agrícola haya nacido ántes que las otras, ó bien que sean todas contemporáneas; mas deberá siempre ser tenida por la última en fecha la que más haya tardado en perfeccionarse.

Así la naturaleza misma de las cosas, tanto como sus propias necesidades, indican al trabajador el orden con que debe emprender la produccion de los valores que constituyen su bienestar; de donde resulta que nuestra ley de proporcionalidad es á la vez física y lógica, objetiva y subjetiva, y tiene el mayor grado de certidumbre. Sigamos aplicándola.

De todos los productos del trabajo, tal vez ninguno haya costado más largos ni más penosos esfuerzos que el calendario. No hay, sin embargo, otro producto que pueda hoy adquirirse con tanta baratura, ni sea, por consiguiente, segun nuestras propias definiciones, más necesario. ¿Cómo explicar este cambio? ¿Cómo el calendario, tan poco útil para las primeras hordas, á quienes bastaba la alternacion de la noche y del dia, y la del invierno y del verano, ha venido á ser á la larga tan indispensable, tan poco dispendioso, tan perfecto? porque por un maravilloso concierto de las cosas, en economía social todos esos epítetos se explican. ¿Cómo, en una palabra, darse cuenta, por nuestra ley de proporción, de la variabilidad del valor del calendario?

Para que se hiciese, para que fuese posible el trabajo que exige la produccion del calendario, era preciso que el hombre encontrase medio de ganar tiempo sobre sus primeras ocupaciones y sobre las que fueron sus consecuencias inmediatas; era preciso, en

otros términos, que esas industrias fuesen más productivas ó menos costosas de lo que eran en un principio: lo cual equivale á decir que era por de pronto indispensable resolver el problema de la produccion del calendario sobre las mismas industrias extractivas.

Supongo, pues, que de improviso, por una feliz combinacion de esfuerzos, por la division del trabajo, el empleo de alguna máquina, ó una más inteligente direccion de los agentes naturales, en una palabra, por su industria, Prometeo encuentra medio de producir en un dia tanta cantidad de un determinado artículo como ántes producía en diez: ¿qué se seguirá de ahí? El producto cambiará de lugar en el cuadro de los elementos de la riqueza; habiendo aumentado, si así puedo decirlo, su fuerza de afinidad para otros productos, habrá disminuido en otro tanto su valor relativo, y será sólo cotizado en diez, en lugar de serlo como ántes en ciento. Pero este valor no por esto dejará de estar siempre rigurosamente determinado; y será aún el trabajo el único que fije la cifra de su importancia. Así el valor varía, y la ley de los valores es inmutable. Hay más: si el valor es susceptible de variacion, es precisamente por estar sometido á una ley cuyo principio es esencialmente móvil, es á saber: el trabajo medido por el tiempo.

Es aplicable este razonamiento lo mismo á la produccion del calendario que á la de todos los valores posibles. No tengo necesidad de añadir que ha llegado á ser el calendario para todos una de las cosas más necesarias, por haber multiplicado nuestros negocios la civilizacion, es decir, el hecho social del aumento de las riquezas, por habernos hecho cada dia más preciosos los instantes, y por habernos obligado á llevar un registro exacto y detallado de toda nuestra vida. Es, por otra parte, sabido que esta admirable inven-



ción ha promovido, como su complemento natural, una de las más preciosas industrias, la relojería.

Aquí se presenta naturalmente una objeción, la única que se puede oponer á la teoría de la proporcionalidad de los valores.

Say, y los economistas que le han seguido, han observado que estando el mismo trabajo sujeto á tasación, á avalúo, como cualquiera otra mercancía, habría círculo vicioso en tomarle por principio y causa eficiente del valor. Así, han dicho, es preciso atenderse á la escasez y la opinión.

Esos economistas, permitanme que se lo diga, han mostrado en esto una prodigiosa falta de atención. El trabajo se dice que *vale*, no como mercancía, sino por los valores que en él se supone virtualmente encerrados. *El valor del trabajo* es una expresión figurada, una anticipación de la causa al efecto. Es una ficción, del mismo modo que la *productividad del capital*. El trabajo produce, el capital vale; y cuando, por una especie de elipsis, se dice el valor del trabajo, se hace una supresión que nada tiene de contrario á las reglas del lenguaje, pero que hombres de ciencia deben guardarse de tomar por una realidad. El trabajo, como la libertad, el amor, la ambición, el genio, es una cosa vaga é indeterminada por su naturaleza, que se define, no obstante, cualitativamente por su objeto, es decir, que pasa á ser una realidad por su producto. Cuando, pues, se dice: el trabajo de este hombre vale cinco francos por día, es como si se dijese que el producto diario del trabajo de ese hombre vale cinco francos.

Ahora bien, el efecto del trabajo es ir eliminando incesantemente la escasez y la opinión, como elementos constitutivos del valor, y, por una consecuencia necesaria, ir trasformando las utilidades naturales ó vagas (apropiadas ó no) en utilidades co-

mensurables ó sociales; de donde resulta que el trabajo es á la vez una guerra declarada contra la parsimonia de la naturaleza, y una conspiración permanente contra la propiedad.

Por este análisis, el valor, considerado en la sociedad que forman naturalmente entre sí los productores, por la división del trabajo y por el cambio, es la *relación de proporcionalidad de los productos que componen la riqueza*; y lo que se llama especialmente el valor de un producto, es una fórmula que indica en caracteres monetarios la proporción de este producto en la general riqueza. — La utilidad funda el valor; el trabajo determina su relación; el precio es, salvas las aberraciones que tendremos que estudiar, la expresión de esa relación misma.

Tal es el centro á cuyo alrededor oscilan el valor útil y el valor en cambio; tal el punto en que vienen á perderse y desaparecen; tal la ley absoluta, inmutable, que domina las perturbaciones económicas y los caprichos de la industria y del comercio, y rige y gobierna el progreso. Obedece á esta ley todo esfuerzo de la humanidad que piensa y trabaja, toda especulación individual y social, como parte integrante de la riqueza colectiva. La economía política estaba destinada á hacerla reconocer, estableciendo sucesivamente todos sus términos contradictorios; la economía social, que me permitiré por un momento distinguir de la economía política, por más que en el fondo no deban diferir la una de la otra, tiene por objeto promulgarla y realizarla en todo.

La teoría de la medida ó de la proporcionalidad de los valores es, tómese muy en cuenta, la teoría misma de la igualdad. En efecto, así como en la sociedad, donde hemos visto que hay completa identidad entre el productor y el consumidor, la renta que se paga á un ocioso es un valor arrojado en las llamas



del Etna; del mismo modo, el trabajador á quien se dá un salario excesivo, es como un segador á quien se diese un pan para coger una espiga. Todo lo que los economistas han calificado de *consumo improductivo*, no es en el fondo sino una infraccion de la ley de la proporcionalidad.

Iremos viendo cómo de esos sencillos datos deduce poco á poco el genio social el sistema, aún oscuro, de la organizacion del trabajo, del reparto de los salarios, de la tarifa de los productos, de la solidaridad universal. Porque el orden en la sociedad se establece por los cálculos de una justicia inexorable, de ningun modo por los sentimientos paradisiacos de fraternidad, de abnegacion y de amor, que tantos apreciables socialistas se esfuerzan hoy por excitar en el pueblo. En vano, á ejemplo de Jesús, predicán la necesidad y dan el ejemplo del sacrificio; el egoismo puede más, y sólo la ley de severa justicia, sólo la fatalidad económica es capaz de domarle. El entusiasmo humanitario puede producir sacudimientos favorables al progreso de la civilizacion; pero esas crisis del sentimiento, del mismo modo que las oscilaciones del valor, no producirán jamás otro resultado que el de establecer más fuertemente y más en absoluto la justicia. La naturaleza, ó la Divinidad, ha desconfiado de nuestros corazones; no ha creído en el amor del hombre por sus semejantes; y todo lo que la ciencia nos revela de las miras de la Providencia sobre la marcha de las sociedades—lo digo con vergüenza de la conciencia humana, pero es preciso que nuestra hipocresía lo entienda,—manifiesta en Dios una profunda misantropía. Dios nos ayuda, no por bondad, sino porque el orden es su esencia; Dios procura el bien del mundo, no porque juzgue sea digno de él, sino porque le obliga á tanto la religion de su suprema inteligencia. El vulgo puede darle el

dulce nombre de padre, pero es imposible que el historiador, que el economista filósofo, crea que nos ame ni nos estime.

Imitemos esa sublime indiferencia, esa ataraxia estóica de Dios; y puesto que el precepto de caridad ha fracasado siempre en lo de producir el bien social, busquemos en la razon pura las condiciones de la virtud y la concordia.

El valor concebido como proporcionalidad de los productos, en otras palabras, el VALOR CONSTITUIDO, supone necesariamente, y en un grado igual, *utilidad* y *venalidad*, indivisible y armónicamente unidas. Supone utilidad, porque sin esta condicion el producto carecería de esa afinidad que le hace susceptible de cambio, y por consecuencia le convierte en un elemento de riqueza; supone, por otra parte, venalidad, porque si el producto no fuese á todas horas y por un precio determinado cambiabile, no sería más que un no-valor, no sería nada.

Pero en el valor constituido, todas esas propiedades adquieren una significacion más amplia, más regular y más verdadera que ántes. Así, la utilidad no es ya esa capacidad, por decirlo así, inerte que tienen las cosas de servir para nuestros goces y nuestras exploraciones; la venalidad no es tampoco esa exageracion de un capricho ciego ó de una opinion sin principio; la variabilidad, por fin, no se manifiesta ya en ese regateo lleno de mala fé entre la oferta y la demanda: todo esto ha desaparecido para dar lugar á una idea positiva, normal, y, bajo todas las modificaciones posibles, determinable. Por medio de la constitucion de los valores, cada producto, si es lícito establecer semejante analogía, es como el alimento que, descubierto por el instinto de la nutricion, y preparado luego por el órgano digestivo, entra en la circulacion general, donde se convierte, segun propor-



ciones determinadas, en carne, huesos, líquidos, etc., y dá al cuerpo vida, fuerza y belleza.

Veamos ahora qué pasa en la idea de valor, cuando, de las nociones antagonistas de valor útil y de valor en cambio, nos elevamos á la de valor constituido ó valor absoluto. Hay, si puedo decirlo así, una trabazón de una idea en otra, una recíproca compenetración de las dos, en la cual, prendiéndose como los átomos corvos de Epicuro, se absorben y desaparecen, pasando á formar un compuesto dotado, en un grado superior, de todas sus propiedades positivas, y desembarazado de todas las negativas. Un valor verdaderamente tal, como la moneda, los efectos de comercio de primera clase, los títulos de la deuda del Estado, las acciones de una empresa sólida, no cabe ni que tome sin razón un precio exagerado, ni que pierda en el cambio: no está ya sometido á la ley natural del aumento de las especialidades industriales y de la multiplicación de los productos. Hay más: un valor tal no es resultado de una transacción; es decir, de un eclecticismo, de un justo medio, de una mezcla; es, sí, el producto de una fusión completa, producto enteramente nuevo y distinto de sus componentes: como el agua, producto de la combinación del hidrógeno y del oxígeno, es un cuerpo aparte, del todo distinto de sus elementos.

La resolución de dos ideas antitéticas en una tercera de orden superior es lo que llama la escuela *synthesis*. Sólo ella dá la idea positiva y completa, que como se ha visto, se obtiene por medio de la afirmación ó negación sucesiva — dá todo lo mismo — de dos conceptos diametralmente opuestos. De aquí se deduce un corolario de una importancia capital, tanto en la práctica como en la teoría: siempre que en la esfera de la moral, de la historia ó de la economía política, la análisis ha descubierto la antinomia de una idea,

se puede afirmar *à priori* que esta antinomia entraña una idea más elevada que aparecerá tarde ó temprano.

Siento insistir tanto en cosas ya familiares para los jóvenes que van á recibir el bachillerato en artes; pero debía dar esas explicaciones á ciertos economistas que, á propósito de mi crítica de la propiedad, han amontonado dilema sobre dilema para probarme que si no era partidario de la propiedad, debía ser necesariamente comunista; todo por no saber lo que es *tésis*, *antitésis* y *síntesis*.

La idea sintética de valor, como condición fundamental de orden y de progreso para la sociedad, había sido vagamente percibida por A. Smith, cuando, sirviéndome de las palabras de M. Blanqui, presentó en el trabajo la medida universal é invariable de los valores, é hizo ver que todas las cosas tenían su precio natural, hacía el que gravitaban sin cesar en medio de las fluctuaciones del precio corriente, ocasionadas por *circunstancias accidentales* extrañas al valor venal de la cosa.

Pero esta idea de valor era toda intuitiva en A. Smith; y la sociedad no cambia de hábitos por intuiciones, no se decide á tanto sino por la autoridad de los hechos. Era preciso formular la antinomia de una manera más sensible y más neta: J. B. Say fué su principal intérprete. Mas, á pesar de los esfuerzos de imaginación y de la admirable sutileza de este economista, la definición de Smith le domina sin que él lo advierta; y resalta en todos sus raciocinios.

«Valuar una cosa, dice Say, es *declarar* que debe ser *estimada* tanto como otra que se designa.... El valor de cada cosa es vago y arbitrario *interin* no esté reconocido.» Hay por lo tanto una manera de reconocer el valor de las cosas, es decir, de fijarlo; y como este reconocimiento ó fijación se hace compa-



rando entre sí las cosas, hay y no puede menos de haber un carácter común, un principio, por medio del cual se *declara* que una cosa vale más, menos ó tanto como otra.

Say habia empezado por decir: «La medida del valor es el valor de otro producto.» Habiendo advertido más tarde que esta frase no era más que una tautología, la modificó diciendo: «La medida del valor es la *cantidad* de otro producto;» lo cual no es más inteligible. En otra parte, este escritor, ordinariamente tan lúcido y tan firme, se enreda en varias distinciones: «Cabe *apreciar* el valor de las cosas, no *medirlo*; esto es, *compararlo* con un título invariable y conocido, porque no existe. Todo lo que se puede hacer está reducido á *valuar* las cosas comparándolas. Distingue otras veces valores *reales* y valores *relativos*: «Los primeros, dice, son aquellos en que el valor de las cosas cambia con los gastos de producción; los segundos, aquellos en que el valor de las cosas cambia con relación al valor de otras mercancías.

Preocupación singular de un hombre de genio, que no advierte que *comparar*, *valuar*, *apreciar*, es MEDIR; que no siendo toda medida más que una comparación, indica por lo mismo una relación verdadera, si la comparación está bien hecha; que por consecuencia, valor ó medida real, y valor ó medida relativa, son cosas perfectamente idénticas, y la dificultad se reduce toda, no á encontrar un tipo de medida, puesto que todas las cantidades pueden serlo recíprocamente las unas para las otras, sino á determinar el punto de comparación. En geometría ese punto es la extensión; y la unidad de medida, es ya la división del círculo en 360 partes, ya la circunferencia del globo terráqueo, ya la dimensión media del brazo, de la mano, del pulgar ó del pié del hombre. En la cien-

cia económica, lo hemos dicho después de A. Smith, el punto de vista, bajo el que se comparan todos los valores, es el trabajo; en cuanto á la unidad de medida, la adoptada en Francia es el FRANCO. Increíble parece que tantos hombres de juicio se rebelen hace cuarenta años contra idea tan palpable. Pero nada: *La comparación de los valores se efectúa sin que haya entre ellos punto alguno de comparación, y sin unidad de medida*; esto han resuelto sostener, para con todos y contra todos, los economistas del siglo XIX, antes que abrazar la teoría revolucionaria de la igualdad. ¿Qué dirá la posteridad?

Voy ahora á demostrar con elocuentes ejemplos, que la idea de medida ó proporción de los valores, necesaria en teoría, se ha realizado y se realiza todos los días en la práctica.

§ III.—Aplicación de la ley de proporcionalidad de los valores.

Todo producto es un signo representativo del trabajo.

Todo producto puede, por consecuencia, ser cambiado por otro, y ahí está la práctica universal que lo acredita.

Suprimase, empero, el trabajo, y no quedan sino cosas más ó menos útiles, que, no estando revestidas de ningún carácter económico, de ningún signo humano, son inconmensurables entre sí; es decir, lógicamente incapaces de cambio.

El dinero es como cualquiera otra mercancía, un signo representativo del trabajo: por esto ha podido servir de evaluador común y de intermedio para los tratos. Mas la función particular que el uso ha dado á los metales preciosos, de servir de agente para el comercio, es meramente convencional; y cualquiera otra mercancía, menos cómodamente quizá,



rando entre sí las cosas, hay y no puede menos de haber un carácter común, un principio, por medio del cual se *declara* que una cosa vale más, menos ó tanto como otra.

Say habia empezado por decir: «La medida del valor es el valor de otro producto.» Habiendo advertido más tarde que esta frase no era más que una tautología, la modificó diciendo: «La medida del valor es la *cantidad* de otro producto;» lo cual no es más inteligible. En otra parte, este escritor, ordinariamente tan lúcido y tan firme, se enreda en varias distinciones: «Cabe *apreciar* el valor de las cosas, no *medirlo*; esto es, *compararlo* con un título invariable y conocido, porque no existe. Todo lo que se puede hacer está reducido á *valuar* las cosas comparándolas. Distingue otras veces valores *reales* y valores *relativos*: «Los primeros, dice, son aquellos en que el valor de las cosas cambia con los gastos de producción; los segundos, aquellos en que el valor de las cosas cambia con relación al valor de otras mercancías.

Preocupación singular de un hombre de genio, que no advierte que *comparar*, *valuar*, *apreciar*, es MEDIR; que no siendo toda medida más que una comparación, indica por lo mismo una relación verdadera, si la comparación está bien hecha; que por consecuencia, valor ó medida real, y valor ó medida relativa, son cosas perfectamente idénticas, y la dificultad se reduce toda, no á encontrar un tipo de medida, puesto que todas las cantidades pueden serlo recíprocamente las unas para las otras, sino á determinar el punto de comparación. En geometría ese punto es la extensión; y la unidad de medida, es ya la división del círculo en 360 partes, ya la circunferencia del globo terráqueo, ya la dimensión media del brazo, de la mano, del pulgar ó del pié del hombre. En la cien-

cia económica, lo hemos dicho después de A. Smith, el punto de vista, bajo el que se comparan todos los valores, es el trabajo; en cuanto á la unidad de medida, la adoptada en Francia es el FRANCO. Increíble parece que tantos hombres de juicio se rebelen hace cuarenta años contra idea tan palpable. Pero nada: *La comparación de los valores se efectúa sin que haya entre ellos punto alguno de comparación, y sin unidad de medida*; esto han resuelto sostener, para con todos y contra todos, los economistas del siglo XIX, antes que abrazar la teoría revolucionaria de la igualdad. ¿Qué dirá la posteridad?

Voy ahora á demostrar con elocuentes ejemplos, que la idea de medida ó proporción de los valores, necesaria en teoría, se ha realizado y se realiza todos los días en la práctica.

§ III.—Aplicación de la ley de proporcionalidad de los valores.

Todo producto es un signo representativo del trabajo.

Todo producto puede, por consecuencia, ser cambiado por otro, y ahí está la práctica universal que lo acredita.

Suprimase, empero, el trabajo, y no quedan sino cosas más ó menos útiles, que, no estando revestidas de ningún carácter económico, de ningún signo humano, son inconmensurables entre sí; es decir, lógicamente incapaces de cambio.

El dinero es como cualquiera otra mercancía, un signo representativo del trabajo: por esto ha podido servir de evaluador común y de intermedio para los tratos. Mas la función particular que el uso ha dado á los metales preciosos, de servir de agente para el comercio, es meramente convencional; y cualquiera otra mercancía, menos cómodamente quizá,



pero de una manera tan auténtica, podría desempeñar el mismo papel: los economistas lo reconocen, y se cita acerca de esto más de un ejemplo. ¿Cuál es, por lo tanto, la razón de esa preferencia generalmente dada á los metales para que sirvan de moneda? ¿Cómo se explica esa especialidad de función del dinero, que no tiene análogo en la economía política? Porque toda cosa única y sin comparación en su especie, es por lo mismo de más difícil inteligencia, y muchas veces del todo ininteligible. ¿Será posible reconstruir la serie de que parece haber sido sacada la moneda, y por consecuencia restituirla á su verdadero principio?

Sobre este punto los economistas, según costumbre, se han salido del terreno de su ciencia, han hablado de física, de mecánica, de historia, etc.; han hablado de todo, pero no han respondido á la cuestión. Los metales preciosos, han dicho, por su escasez, su densidad y su incorruptibilidad, ofrecían para la moneda comodidades que se estaba lejos de encontrar en igual grado en las demás mercancías. Los economistas, en una palabra, en vez de responder á la cuestión de economía que se les había propuesto, se han metido á tratar la cuestión de arte. Han hecho ver perfectamente la conveniencia mecánica del oro y de la plata para servir de moneda; pero ninguno de ellos ha visto ni comprendido la razón económica que ha hecho dar á los metales preciosos el privilegio de que gozan.

Ahora bien, lo que nadie ha observado es que entre todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor haya llegado á constituirse. En el período patriarcal, el oro y la plata se cambian aún en pastas, y son objeto de regateo, aunque ya con una tendencia visible á dominar, y con una marcada preferencia. Poco á poco los soberanos se apoderan

de ellos y les imprimen su sello; y de esa soberana consagración nace la moneda, es decir, la mercancía por excelencia, la que á pesar de todas las violentas vicisitudes del comercio, conserva un valor proporcional determinado, y se hace aceptable en toda clase de pagos.

Lo que distingue, en efecto, la moneda, no es la dureza del metal, menor que la del acero, ni su utilidad, muy inferior á la del trigo, el hierro, el carbon de piedra, y otras muchas sustancias, tenidas casi por viles al lado del oro, ni la escasez, ni la densidad, que podrían muy bien ser suplidas, ya por el trabajo que se invirtiese en otras materias, ya por el papel de Banco, como hoy sucede, que representa vastos montones de hierro y cobre. El carácter distintivo del oro y de la plata procede, repito, de que gracias á sus propiedades metálicas, á las dificultades de su producción, y sobre todo á la intervención de la autoridad pública, han adquirido temprano, como mercancías, la fijeza y la autenticidad.

Digo, pues, que el valor del oro y de la plata, especialmente de la parte que entra en la fabricación de las monedas, por más que este valor no esté quizá todavía calculado de una manera rigurosa, no tiene ya nada de arbitrario; y añado que no es tampoco susceptible de menosprecio, á la manera de los demás valores, por más que pueda variar continuamente. Todo el raciocinio y erudición que se han gastado para probar, con el ejemplo del dinero, que el valor es cosa esencialmente indeterminable, son otros tantos paralogismos, que proceden de tener una falsa idea de la cuestión, *ab ignorantia elenchi*.

Felipe I, rey de Francia, pone un tercio de liga en la libra tornesa de Carlomagno, imaginándose que teniendo él solo el monopolio de la fabricación de la moneda, puede hacer lo que todo comerciante que tiene



el monopolio de un producto. ¿Qué venía á ser, en efecto, esa alteracion de la moneda, tan censurada en Felipe y sus sucesores? un raciocinio muy justo bajo el punto de vista de la rutina comercial, pero muy falso en buena ciencia económica, es á saber, que siendo la oferta y la demanda la regla de los valores, cabe, ya produciendo una escasez facticia, ya acaparando la fabricacion de las cosas, hacer subir su estimacion, y por lo tanto su valor, y que esto es tanta verdad tratándose del oro y de la plata, como del trigo, del vino, del aceite y del tabaco. No bien se sospechó, sin embargo, que Felipe habia cometido este fraude, cuando su moneda quedó reducida á su justo valor, y perdió el mismo rey lo que habia creído poder ganar sobre sus súbditos. Tuvieron el mismo resultado todas las tentativas análogas. ¿De dónde procedia su error?

Dependia, segun los economistas, de que con falsear la moneda, no habiendo realmente disminuido ni aumentado la cantidad de oro y de plata, no habia cambiado la proporcion de esos metales con las demás mercancías, y por consecuencia no estaba en poder del soberano hacer que valiese 4 lo que sólo valia 2 en el Estado. Hay hasta que considerar que si, en vez de alterar las monedas, hubiese estado en manos del rey doblar la suma de las mismas, el valor en cambio del oro y de la plata habria bajado al punto de una mitad, siempre por esa misma razon de proporcionalidad y de equilibrio. La alteracion de las monedas era, pues, de parte del rey un empréstito forzoso, ó por mejor decir una bancarrota, una estafa.

Perfectamente. Los economistas explican muy bien, cuando quieren, la teoría de la medida de los valores: basta para esto traerles al capítulo de la moneda. ¿Cómo no ven, pues, que la moneda es la ley escrita del comercio, el tipo del cambio, el primer anillo de

esa larga cadena de creaciones que, bajo el nombre de mercancías, han de recibir todas la sancion social, y llegar á ser, si no de hecho, á lo ménos de derecho, aceptables como la moneda en toda especie de tratos?

«La moneda, dice muy bien el Sr. Augier, no puede servir de escala de apreciacion para los tratos concluidos, ni de buen instrumento de cambio, sino en cuanto su valor se acerca más al ideal de la permanencia; porque nunca cambia ni compra sino el valor que posee.» (*Historia del Crédito público.*)

Convirtamos en fórmula general esta observacion eminentemente juiciosa.

El trabajo no llega á ser una garantía de bienestar y de igualdad, sino en cuanto el producto de cada individuo está en proporcion con la masa; porque nunca cambia ni compra sino un valor igual al que representa.

¿No es verdaderamente de extrañar que se tome abiertamente la defensa del comercio agiotista é infiel, y se ponga al mismo tiempo el grito en el cielo al hablar de un monarca monedero falso que, despues de todo, no hacía más que aplicar al dinero el principio fundamental de la economía política, la inestabilidad arbitraria de los valores? Habia de dar mañana la Hacienda 750 gramos de tabaco por un kilogramo, y los economistas todos habian de gritar que esto era un robo; pero si usando de su privilegio, aumentase mañana la misma Hacienda en 2 francos el precio del kilogramo, lo encontrarían caro, pero nada verían en esto contrario á sus principios. ¡Qué imbroglio el de la economía política!

Hay, pues, en la monetizacion del oro y de la plata algo más de lo que dicen los economistas: hay la consagracion de la ley de proporcionalidad, el primer acto de constitucion de los valores. La humanidad obra en todo por gradaciones infinitas: des-



pues de haber comprendido que hay que sujetar todos los productos del trabajo á una regla de proporcion que los haga todos igualmente permutables, empieza por dar este carácter de permutabilidad absoluta á un producto especial, que llegará á ser para ella el tipo y el patron de todos los demás valores. Así, para elevar á sus hijos á la libertad y á la igualdad, empieza por crear reyes. El pueblo siente de una manera confusa esa marcha providencial, cuando en sus sueños de fortuna y en sus leyendas habla siempre de oro y de reyes; y los filósofos no han hecho más que tributar homenaje á la razon universal, cuando en sus pretendidas homilias morales y en sus utopias socialistas, truenan con igual estrépito contra el oro y la tiranía. ¡*Auri sacra fames!* ¡Maldito oro! exclama ridiculamente un comunista. Tanto valdria decir: maldito trigo, malditas viñas, malditos carneros; porque, del mismo modo que el oro y la plata, todo valor comercial ha de llegar á ser exacta y rigurosamente determinado. La obra está empezada hace mucho tiempo: adelanta hoy á ojos vistos.

Pasemos á otras consideraciones.

Es un axioma generalmente admitido por los economistas, que *todo trabajo debe dejar un sobrante*.

Esta proposicion es para mí una verdad universal y absoluta; es el corolario de la ley de proporcionalidad, que podemos considerar como el resumen de toda la ciencia económica. Pero, perdónenme los economistas, el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante* carece de sentido en su teoría, y no es susceptible de demostracion alguna. Si la oferta y la demanda es la única regla de los valores, ¿cómo se ha de reconocer lo que *sobra* y lo que *basta*? No pudiendo ser matemáticamente determinados, ni el precio de coste, ni el precio de venta, ni el salario, ¿cómo se ha de concebir un sobrante, un bene-

ficio? La rutina comercial nos ha dado de ese beneficio, tanto la palabra como la idea; y de que todos somos políticamente iguales, se ha deducido que todos debemos tener igual derecho á realizar beneficios en nuestra industria personal, en nuestro trabajo. Mas las operaciones del comercio son esencialmente irregulares; y se ha probado sin réplica, que los beneficios del comercio no son más que un tributo arbitrario y forzoso del productor sobre el consumidor, en una palabra, un trasiego, por no usar de mejor término. Advertiríase esto pronto, si fuese posible comparar la cifra total de los déficits de cada año con el importe de los beneficios. En el sentido de la economía política, el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*, no es más que la consagracion del derecho constitucional, que por la revolucion hemos adquirido todos, de robar al prójimo.

Sólo la ley de proporcionalidad de los valores puede explicar este problema. Tomaré la cuestion de algo léjos: es bastante grave para que la trate con la extension que merece.

La mayor parte de los filósofos, como de los filólogos, no ven en la sociedad sino un ente de razon, ó por mejor decir, un nombre abstracto que sirve para designar una coleccion de hombres. Hemos adquirido todos en la infancia, con nuestras primeras lecciones de gramática, la preocupacion de que los nombres colectivos, los de género y especie, no designan realidades. Mucho tendria que decir sobre esta materia; mas no quiero salirme de mi asunto. Para el verdadero economista, la sociedad es un sér viviente, dotado de una inteligencia y de una actividad propias, regido por leyes especiales que sólo la observacion descubre, y cuya existencia se manifiesta, no bajo una forma física, pero sí por el concierto y la íntima solidaridad de todos sus miembros. Así, cuando hace



poco, bajo el emblema de un dios de la fábula, hacíamos la alegoría de la sociedad, nuestro lenguaje no tenía en el fondo nada de metafórico: era aquel el sér social, unidad orgánica y sintética á que acabábamos de dar un nombre. A los ojos de cualquiera que haya reflexionado sobre las leyes del trabajo y del cambio (dejo á un lado toda otra consideracion), la realidad, por poco he dicho la personalidad del hombre colectivo, es tan cierta como la realidad y la personalidad del hombre individual. Toda la diferencia consiste en que éste se presenta á nuestros sentidos bajo el aspecto de un organismo cuyas partes están en cohesion material, circunstancia que no existe en la sociedad. Pero la inteligencia, la espontaneidad, el desarrollo, la vida, todo lo que constituye en más alto grado la realidad del sér, es tan esencial para la sociedad como para el hombre. De aquí procede que el gobierno de las sociedades sea *ciencia*, es decir, estudio de relaciones naturales; y no *arte*, es decir, arbitrariedad, capricho. De aquí nace por fin que toda sociedad decaiga en cuanto pasa á manos de los ideólogos.

El principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*, indemostrable para la economía política, es decir, para la rutina propietaria, es uno de los que más acreditan la realidad de la persona colectiva; porque, como se vá á ver, no es verdadero tratándose de los individuos sino porque dimana de la sociedad, que les confiere así el beneficio de sus propias leyes.

Vengamos á los hechos. Se ha observado que las empresas de ferro-carriles son una fuente de riqueza no tanto para los empresarios como para el Estado. La observacion es justa; falta sólo añadir que es aplicable no sólo á los ferro-carriles, sino tambien á todas las industrias. Pero este fenómeno, que deriva

esencialmente de la ley de proporcionalidad de los valores, y de la absoluta identidad de la produccion y el consumo, es inexplicable con la nocion ordinaria de valor útil y valor en cambio.

El precio medio del trasporte por ruedas de las mercancías es el de 18 céntimos por tonelada y kilómetro, tratándose de mercancías recibidas y entregadas en almacen. Se ha calculado que, á este precio, una empresa ordinaria de ferro-carriles no llegaría á obtener el 10 por 100 de beneficio neto, resultando poco más ó ménos igual al de una empresa de trasportes por ruedas. Pero admitamos que la celeridad del trasporte por carriles sea á la del trasporte por ruedas, hechas todas las comparaciones debidas, como 4 es á 1: como en la sociedad el tiempo es el valor mismo, á igualdad de precios el ferro-carril presentará sobre el trasporte por ruedas una ventaja de 400 por 100. Esta enorme ventaja, sin embargo, realísima para la sociedad, dista de serlo en la misma proporcion para el carruajero, que, al paso que hace gozar á la sociedad de un aumento de valor de 400 por 100, no cobra para sí un 10, como llevamos dicho. Supongamos, en efecto, para hacer la cosa aún más palpable, que el ferro-carril eleva su tarifa á 25 céntimos, quedando la de los trasportes por ruedas á 18: perderá al instante todas sus consignaciones; cargadores, consignatarios, todo el mundo, en fin, volverá á la galera acelerada, y si es necesario, al mismo carromato. Se abandonará la locomotora; se sacrificará una ventaja social de 400 por 100 á una pérdida privada de 33 por 100.

La razon de esto es fácil de comprender: la ventaja que resulta de la celeridad del ferro-carril es toda social, y cada individuo participa de ella sólo en una proporcion mínima (no olvidemos que no se trata aquí sino del trasporte de mercaderías), mientras



que la pérdida afecta directa y personalmente á los consumidores. Un beneficio social de 400 representa para el individuo, si la sociedad está compuesta sólo de un millon de hombres, cuatro diezmilésimas, mientras que una pérdida de 33 por 100 para el consumidor supondría un déficit social de treinta y tres millones. El interés particular y el interés colectivo, tan divergentes al primer golpe de vista, son, pues, perfectamente idénticos y adecuados; y este ejemplo puede ya servir para hacer comprender cómo todos los intereses se concilian en la ciencia económica.

Así pues, para que la sociedad realice el beneficio arriba supuesto, es preciso y de toda necesidad que las tarifas de los ferro-carriles no pasen, ó pasen muy poco, de las de los transportes por ruedas.

Mas, para que se cumpla esta condicion, en otros términos, para que el ferro-carril sea comercialmente posible, necesario es que la materia transportable abunde lo bastante para cubrir cuando ménos el interés del capital en juego, y los gastos de conservacion de la via. Luego la primera condicion de existencia de un ferro-carril es una numerosa circulacion, lo cual supone una produccion más crecida aún, y abundantes operaciones de cambios.

Pero produccion, circulacion, cambios, no son cosas que se improvisan; ni las diversas formas del trabajo se desarrollan aislada ni independientemente la una de la otra: sus progresos están necesariamente trabados, son solidarios, proporcionales. Puede existir antagonismo entre los industriales: á pesar suyo, la accion social es una, convergente, armónica, en una palabra, personal. Hay, pues, su dia marcado para la creacion de los grandes instrumentos de trabajo; y es el dia en que el consumo general los pueda sostener, esto es, el dia en que—todas esas proposiciones son equivalentes—el trabajo

ambiente pueda alimentar las nuevas máquinas. Anticipar la hora marcada por el progreso del trabajo, sería imitar á ese loco que, para trasladarse de Lyon á Marsella, hizo aparejar un buque de vapor para él solo.

Aclarados estos puntos, nada más fácil que explicar cómo el trabajo ha de dejar para cada productor un sobrante.

Por de pronto, en lo que á la sociedad concierne, saliendo Prometeo del seno de la naturaleza, despierta á la vida en medio de una inercia llena de encantos, que no tardaría, con todo, en ser para él miseria y tortura si no se apresurase á salir de ella por el trabajo. En esta ociosidad virginal, siendo nulo su producto, el bienestar de Prometeo es idéntico al del bruto, y puede ser representado por cero.

Prometeo se pone á trabajar: y desde el primer dia, el primero de la segunda creacion, su producto, es decir, su riqueza, su bienestar, es igual á 10.

El segundo dia, Prometeo divide su trabajo, y su producto llega á ser igual á 100.

El tercer dia, y cada uno de los siguientes, Prometeo inventa máquinas, descubre nuevas utilidades en los cuerpos, nuevas fuerzas en la naturaleza; extiende el campo de su existencia del terreno sensitivo á la esfera de lo moral y de lo inteligible, y, á cada paso que dá en su industria, la cifra de su produccion crece y le indica un aumento de felicidad. Y puesto que al fin para él consumir es producir, es claro que cada dia de consumo no gastando sino el producto de la víspera, deja un sobrante de productos para el dia de mañana.

Pero observemos tambien, observemos sobre todo este hecho capital, que el bienestar del hombre está en razon directa de la intensidad del trabajo y de la multiplicidad de las industrias, de suerte que el au-



mento de la riqueza y del trabajo son correlativos y paralelos.

Decir ahora que cada individuo participa de esas condiciones generales del desarrollo colectivo, sería afirmar una verdad que, á fuerza de evidencia, podría parecer tontería. Consagrémonos más bien á señalar las dos formas generales del consumo en la sociedad.

La sociedad, del mismo modo que el individuo, tiene por de pronto sus artículos de consumo personal, artículos cuya necesidad le hace sentir poco á poco el tiempo, y cuya creacion le ordenan sus misteriosos instintos. Así, en la edad media hubo, para un gran número de ciudades, un momento decisivo en que la construccion de casas consistoriales y de catedrales llegó á ser una pasión violenta, que fué preciso satisfacer á toda costa, por depender de ella la existencia de la comunidad. Seguridad y fuerza, orden público, centralizacion, nacionalidad, patria, independencia, esto es lo que compone la vida de la sociedad y el conjunto de sus facultades mentales; estos los sentimientos que debian tener su forma de expresion y su símbolo. Tal habia sido en otro tiempo el destino del templo de Jerusalem, verdadero *Palladium* de la nacion judía; tal era en Roma el templo de Júpiter Capitolino. Más tarde, tras el palacio municipal y el templo, órganos por decirlo así de la centralizacion y del progreso, vinieron las demás obras de utilidad pública, puentes, teatros, escuelas, hospitales, caminos, etc.

Siendo los monumentos de utilidad pública de uso esencialmente comun, y por consecuencia gratuitos, la sociedad se reintegra de sus anticipos por las ventajas políticas y morales que resultan de esas grandes obras, y dando una prenda de seguridad al trabajo y un ideal á los espíritus, imprimen un nuevo vuelo á la industria y á las artes.

No sucede empero así con los artículos de consumo doméstico, que son los únicos que entran en la categoría del cambio: no son éstos para producidos sino segun las condiciones de mutualidad que permiten su consumo, es decir, el reembolso inmediato y beneficioso para los productores. Hemos desarrollado suficientemente estas condiciones en la teoría de la proporcionalidad de los valores, que se podría llamar también teoría de la progresiva reduccion del precio de coste.

He demostrado por la teoría y por los hechos el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*; pero este principio, tan cierto como una proposicion de aritmética, dista de ser una realidad para todo el mundo. Mientras que por los progresos de la industria colectiva cada dia de trabajo individual dá un producto cada vez mayor, y, mientras que por una consecuencia necesaria el trabajador, con el mismo salario, debería ser cada dia más rico, hay en la sociedad clases que *obtienen un beneficio*, y otras que *van decayendo*; trabajadores de doble, triple y céntuplo salario, y trabajadores con déficit; por todas partes, al fin, gentes que gozan y gentes que sufren, y, por una monstruosa division de las facultades industriales, individuos que consumen y no producen. El reparto del bienestar sigue todos los movimientos del valor, y los reproduce, en miseria y lujo, con energía y con dimensiones espantosas. Pero por todas partes también el progreso de la riqueza, es decir, la proporcionalidad de los valores, es la ley dominante; y cuando los economistas oponen á las quejas del partido social el aumento progresivo de la fortuna pública y las mejoras introducidas en la condicion de las clases más desgraciadas, proclaman sin saberlo una verdad que es la condenacion de sus teorías.

Ruego á los economistas que en el silencio de su



corazon, desprendiéndose de las preocupaciones que tanto les turban, y sin consideracion á los destinos que ocupan ó esperan, ni á los intereses á que sirven, ni á los votos que ambicionan, ni á las distinciones que tanto halagan su vanidad, se pregunten un momento, y digan si hasta hoy se les ha presentado el principio de que todo trabajo debe dejar un sobrante con la cadena de preliminares y de consecuencias que hemos reunido; y si por esas palabras han concebido jamás otra cosa que el derecho de hacer de los valores un agiotaje, violentando con sus torpes manejos la oferta y la demanda; si no es, además, verdad que admiten á la vez, por un lado el progreso de la riqueza y del bienestar, y por consecuencia la medida de los valores; y por otro, la arbitrariedad de los tratos mercantiles y la inconmensurabilidad de los valores, es decir, todo lo que hay de más contradictorio. ¿No es, acaso, en virtud de esa contradiccion que se oye repetir sin cesar en los cursos y en las obras de economía política, la absurda hipótesis de *si se dobla-se el precio de todas las cosas?*..... ¡Como si el precio de todas las cosas no fuese la proporcion de las cosas mismas, y cupiese doblar una proporcion, una relacion, una ley! ¿No es, por fin, en virtud de la rutina propietaria y anormal, defendida por la economía política, que en el comercio, en la industria, en las artes, en el Estado, invocando servicios prestados á la sociedad, tiende cada cual incesantemente á exagerar su importancia, solicita recompensas, subvenciones, grandes sueldos, altos honorarios? ¡Como si la retribucion de todo servicio no estuviese necesariamente determinada por el importe de sus gastos! ¿Por qué los economistas no propagan con todas sus fuerzas esta verdad tan sencilla como luminosa: «el trabajo de cada hombre no puede sino adquirir el valor que encierra, y este valor es proporcional á

los servicios de todos los demás trabajadores,» si, como parecen creer, el trabajo de cada cual debe dejar un sobrante?

Pero aquí se presenta una consideracion final que expondré en pocas palabras.

J. B. Say, el economista que más ha insistido en la absoluta indeterminabilidad del valor, es también el que se ha tomado más trabajo para destruir esta proposicion. Él es, si no me engaño, el autor de la fórmula: *Todo producto vale lo que cuesta*; ó, lo que viene á ser lo mismo, *los productos se cambian con productos*. Este aforismo, lleno de consecuencias igualitarias, ha sido despues contradicho por otros economistas: examinemos sucesivamente la afirmativa y la negativa.

Cuando digo: *Todo producto vale los productos que ha costado*, digo que todo producto es una unidad colectiva que, bajo una nueva forma, agrupa cierto número de otros productos, consumidos en cantidades diversas. De donde se sigue que los productos de la industria humana son, los unos con relacion á los otros, *géneros y especies*, y forman una série de lo simple á lo compuesto, segun el número y la proporcion de los elementos, todos equivalentes entre sí, que constituyen cada producto. Poco importa, en cuanto á lo presente, que esta série, así como la equivalencia de sus elementos, venga más ó ménos exactamente expresada en la práctica por el equilibrio de los salarios y de las fortunas: se trata ante todo de la relacion en las cosas, de la ley económica. Porque aquí, como siempre, la idea empieza por engendrar espontáneamente el hecho, y éste, reconocido por el pensamiento que le ha dado el sér, se vá rectificando poco á poco y definiendo conforme á su principio. El comercio, libre y concurrente, no es más que una larga rectificacion que tiene por objeto



hacer resaltar la proporcionalidad de los valores, en tanto que el derecho civil la consagra y la toma por regla de la condicion de las personas. Digo, pues, que el principio de Say: *Todo producto vale lo que cuesta*, indica una série en la produccion humana, análoga á las séries animal y vegetal, en la que se reputan iguales las unidades constitutivas, ó sean los jornales del trabajo. De suerte que la economía política afirma desde un principio, pero por medio de una contradiccion, lo que no han creído posible ni Platon, ni Rousseau, ni ningún publicista antiguo ni moderno, la igualdad de las condiciones y de las fortunas.

Prometeo es sucesivamente labrador, viñero, tahonero, tejedor. Sea cual fuere el oficio que ejerza, como que no trabaja más que para sí mismo, compra lo que consume (sus productos) con una sola y misma moneda (sus productos), cuya unidad métrica es necesariamente un jornal, un dia de trabajo. Es verdad que el trabajo mismo es susceptible de variacion: Prometeo no está siempre igualmente dispuesto: de un momento á otro su ardor, su fecundidad, suben y bajan. Mas, como todo lo que está sujeto á variaciones, el trabajo tiene su término medio, y esto nos autoriza para decir que, en suma, el jornal paga el jornal, ni más ni menos. Es mucha verdad, si se comparan los productos de cierta época de la vida social con los de otra, que el cienmilésimo jornal del género humano no podrá menos de dar un resultado infinitamente superior al del primero; pero aquí llega tambien el caso de decir que no cabe dividir la vida del sér colectivo, como no cabe dividir la del individuo; que si los dias no se parecen los unos á los otros, están por lo ménos indisolublemente unidos; y que en la totalidad de la existencia, les son comunes el placer y el dolor. Si,

pues, el jornal del sastre absorbe diez veces el del tejedor, es como si el tejedor diese diez dias de su vida por un dia de la vida del sastre. Esto es precisamente lo que sucede cuando un labrador paga doce francos á un notario por un documento cuya redaccion cuesta una hora; y esa desigualdad, esa iniquidad en los cambios, es la más poderosa causa de miseria que hayan revelado los socialistas y confiesen los economistas por lo bajo, esperando que les permita una señal del maestro reconocerlo en alta voz.

Todo error en la justicia conmutativa es una inmolacion del trabajador, una transfusion de la sangre de un hombre en el cuerpo de otro hombre..... Mas no se asuste nadie: no intento ni por lo más remoto fulminar una irritante filípica contra la propiedad; lo pienso tanto ménos, cuanto que, segun mis principios, la humanidad no se equivoca nunca; y cuando empezó por constituirse sobre el derecho de propiedad, no hizo más que sentar uno de los principios de su organizacion futura; faltando ya tan sólo, luego de destruida la preponderancia de la propiedad, reducir á la unidad esta famosa antítesis. Conozco todo lo que en favor de la propiedad se nos podria objetar tan bien como cualquiera de mis censores, á quienes pido por todo favor que muestren corazon cuando les falte el apoyo de la dialéctica. ¿Cómo habrian de ser *valederas* riquezas cuyo módulo no es el trabajo? Y si es el trabajo el que crea la riqueza y legitima la propiedad, ¿cómo explicar el consumo del ocioso? ¿Cómo ha de ser leal un sistema de distribucion en que el producto vale, segun las personas, ya más, ya ménos de lo que cuesta?

Las ideas de Say conducian á una ley agraria: así el partido conservador se ha apresurado á protestar contra ellas. « La primera fuente de la riqueza, habia



dicho el Sr. Rossi, es el trabajo. Proclamando este gran principio, la escuela industrial ha hecho evidente no sólo un principio económico, sino también el hecho social que, en manos de un historiador hábil, puede ser la más segura guía para seguir á la especie humana en su marcha y en sus establecimientos sobre la superficie del globo.»

¿Por qué después de haber consignado en sus obras estas profundas palabras, ha creído luego el Sr. Rossi deberse retractar de ellas en una revista, comprometiéndose sin ser necesario su dignidad de filósofo y de economista?

«Decís que la riqueza no es más que el resultado del trabajo; afirmáis que en todos los casos el trabajo es la medida del valor, el regulador de los precios; y para salir bien que mal de las objeciones que suscitan por todas partes estas doctrinas, unas incompletas, otras absolutas, os veis de grado ó por fuerza llevados á generalizar la noción del trabajo, y á sustituir á la análisis una síntesis completamente errónea.»

Siento que un hombre de la talla del Sr. Rossi me sugiera tan triste pensamiento; pero leyendo el pasaje que acabo de reproducir, no he podido ménos de decirme: La ciencia y la verdad no son ya nada; lo que hoy se adora es la tienda, la lonja, y después de ella, el desesperado constitucionalismo que la representa. ¿Con quién piensa, pues, estar hablando el Sr. Rossi? ¿Está por el trabajo, ó por alguna otra cosa? ¿por la análisis, ó por la síntesis? O ¿está por ambas cosas á la vez? Escoja, porque deduciremos una conclusión inevitable contra él.

Si el trabajo es la fuente de toda riqueza, si es la más segura guía para seguir la industria de los establecimientos humanos sobre la haz de la tierra, ¿cómo no ha de ser una ley la igualdad en la distri-

bucion, la igualdad según la medida del trabajo?

Si, por lo contrario, hay riquezas que no proceden del trabajo, ¿cómo constituye un privilegio la posesión de esas riquezas? ¿Qué es lo que legitima el monopolio? Expóngaseme de una vez esa teoría del derecho de consumo improductivo, esa jurisprudencia arbitraria, esa religión de la ociosidad, sagrada prerrogativa de una casta de elegidos!

¿Qué significa ahora esa apelación á la *análisis* de los falsos juicios de la *síntesis*? Esos términos de metafísica no sirven sino para alucinar á los necios, que ni siquiera imaginan que una misma proposición puede ser convertida indiferentemente, y según se quiera, en analítica ó sintética.—*El trabajo es el principio del valor y la fuente de la riqueza:* proposición analítica, tal como la quiere el Sr. Rossi, puesto que es el resumen de una análisis, en que se demuestra que hay identidad entre la noción primitiva de trabajo y las subsiguientes nociones de producto, valor, capital, riqueza, etc. Vemos, sin embargo, que el Sr. Rossi rechaza la doctrina que resulta de esta análisis.—*El trabajo, el capital y la tierra, son las fuentes de la riqueza:* proposición sintética, tal precisamente como no la quiere el Sr. Rossi; en efecto, la riqueza está considerada aquí como una noción general, que se presenta bajo tres especies distintas, mas no idénticas. Y con todo, la doctrina así formulada, es la que merece la preferencia del Sr. Rossi. ¿Quiere ahora el Sr. Rossi que convirtamos su teoría del monopolio en analítica, y la nuestra del trabajo en sintética? Puedo darle este gusto... Pero me avergonzaria de seguir con hombre tan grave en frivolidades de este género. El señor Rossi sabe mejor que nadie que la análisis y la síntesis no prueban por sí solas absolutamente nada, y que lo que importa, como decía Bacon, es hacer



comparaciones exactas y enumeraciones completas.

Puesto que el Sr. Rossi estaba en vena de abstracciones, ¿por qué no decía á esa falange de economistas que acogen con tanto respeto las palabras que salen de su boca:

«El capital es la *materia* de la riqueza, como la plata es la materia de la moneda, como el trigo es la materia del pan; y, elevándose hasta lo más alto de la série, como la tierra, el agua, el fuego, la atmósfera, son la materia de todos nuestros productos. Pero el trabajo, sólo el trabajo, crea sucesivamente cada una de las utilidades concernientes á estas *materias*, y las transforma por consiguiente en capitales y riquezas. El capital es trabajo, es decir, inteligencia y vida realizadas, como los animales y las plantas son realizaciones del alma universal, como las obras de Homero, de Rafael y de Rossini son la expresion de sus ideas y de sus sentimientos. El valor es la proporcion, segun la cual deben equilibrarse todas las realizaciones del alma humana para producir una totalidad armónica, que, siendo riqueza, engendre nuestro bienestar, ó por mejor decir, sea el signo, no el objeto, de nuestra ventura.

»La proposicion, *no hay medida del valor*, es ilógica y contradictoria, como resulta de las mismas razones en que se ha pretendido fundarla.

»La proposicion, *el trabajo es el principio de proporcionalidad de los valores*, no sólo es verdadera, porque resulta de una irrefragable análisis, sino que tambien es el objeto del progreso, la condicion y la forma del bienestar social, el principio y el fin de la economía política. De esta proposicion y de sus corolarios, *todo producto vale lo que cuesta de trabajo*, y *los productos se compran con productos*, se deduce el dogma de la igualdad de las condiciones.

»La idea de valor socialmente constituido ó de pro-

porcionalidad de los productos, sirve además para explicar: *a)* como un invento mecánico, á pesar del privilegio que temporalmente crea, y de las perturbaciones que ocasiona, produce siempre al fin una mejora general;—*b)* como el acto de descubrir un procedimiento económico no puede jamás proporcionar al inventor un beneficio igual al que proporciona á la sociedad;—*c)* como por una série de oscilaciones entre la oferta y la demanda, el valor de cada producto tiende constantemente á nivelarse con el precio de coste y las necesidades del consumo, y por consiguiente á establecerse de una manera fija y positiva;—*d)* como aumentando incesantemente la produccion colectiva la masa de cosas consumibles, y siendo por consecuencia mejor retribuido de dia en dia el jornal, el trabajo debe dejar á cada productor un sobrante;—*e)* como el trabajo, léjos de disminuir por el progreso industrial, aumenta sin cesar en cantidad y en calidad, es decir, en intensidad y dificultad para todas las industrias;—*f)* como el valor social elimina continuamente los valores ficticios, en otros términos, como la industria socializa el capital y la propiedad;—*g)* por fin, como regularizándose la distribucion de los productos á medida que se establece la garantía mútua, producida por la constitucion de los valores, impelè las sociedades hácia la igualdad de las condiciones y de las fortunas.

»Finalmente, como la sucesiva constitucion de todos los valores comerciales implica un progreso hasta lo infinito del trabajo, de la riqueza y del bienestar, conocemos ya nuestro destino social bajo el punto de vista económico: *Producir incesantemente, con la menor suma posible de trabajo para cada producto, la mayor cantidad y la mayor variedad posibles de valores, de manera que resulte para*



*cada individuo la mayor suma de bienestar físico, moral é intelectual, y para la especie la más alta perfeccion, y una gloria infinita.»*

Ahora que hemos ya determinado, no sin trabajo, el sentido de la cuestion propuesta por la Academia de Ciencias morales, relativamente á las oscilaciones del beneficio y del salario, es tiempo ya de que abordemos la parte esencial de nuestra tarea. Donde no esté socializado el trabajo, es decir, donde no esté determinado sintéticamente el valor, hay perturbacion y deslealtad en los cambios, guerra de astucias y de emboscadas, impedimento para la produccion, la circulacion y el consumo, trabajo improductivo, falta de garantías, despojo, insolidaridad, indigencia y lujo, pero al mismo tiempo esfuerzo del génio social por conquistar la justicia, y tendencia constante á la asociacion y al orden. La economía política no es otra cosa que la historia de esa gran lucha. Por una parte, en efecto, la economía política, en cuanto consagra y pretende eternizar las anomalías del valor y las prerogativas del egoismo, es verdaderamente la teoría de la desgracia y la organizacion de la miseria; pero en cuanto expone los medios inventados por la civilizacion para vencer el pauperismo, por más que esos medios hayan redundado constantemente en exclusivo provecho del monopolio, la economía política es el preámbulo de la organizacion de la riqueza.

Importa, pues, volver á emprender el estudio de los hechos y de las rutinas económicas, extraer su esencia y formular su filosofía. Sin esto no es posible ni adquirir el menor conocimiento de la marcha de las sociedades, ni ensayar ninguna reforma. El error del socialismo ha estado aquí en perpetuar el ensueño religioso, lanzándose á un porvenir fantástico, en vez de procurar comprender la realidad lo que

desvanece; así como el mal de los economistas está en ver en cada hecho realizado un auto de proscricion contra toda hipótesis de reforma.

No es así como yo concibo la ciencia económica, la verdadera ciencia social. En vez de dar respuestas *à priori* á los formidables problemas de la organizacion del trabajo y de la distribucion de las riquezas, interrogaré á la economía política como la depositaria de los pensamientos secretos de la humanidad, haré hablar á los hechos segun el orden de su generacion, y diré lo que acrediten, sin poner en ello nada mio. Será esto á la vez una triunfante y lamentable historia, donde los personajes serán ideas, los episodios teorías, y las fechas fórmulas.

### CAPITULO III

#### EVOLUCIONES ECONÓMICAS

##### PRIMERA ÉPOCA.—LA DIVISION DEL TRABAJO

La idea fundamental, la categoría dominante de la economía política, es el VALOR.

El valor llega á su positiva determinacion por una série de oscilaciones entre la *oferta* y la *demanda*.

El valor, por consecuencia, se presenta sucesivamente bajo tres aspectos: valor útil, valor en cambio, y valor sintético ó social, que es el valor verdadero. El primer término engendra contradictoriamente el segundo; y los dos juntos, absorbiéndose por medio de una penetracion recíproca, producen el tercero; de tal suerte, que la contradiccion ó el antagonismo de las ideas, parece como el punto de partida de toda la



*cada individuo la mayor suma de bienestar físico, moral é intelectual, y para la especie la más alta perfeccion, y una gloria infinita.»*

Ahora que hemos ya determinado, no sin trabajo, el sentido de la cuestion propuesta por la Academia de Ciencias morales, relativamente á las oscilaciones del beneficio y del salario, es tiempo ya de que abordemos la parte esencial de nuestra tarea. Donde no esté socializado el trabajo, es decir, donde no esté determinado sintéticamente el valor, hay perturbacion y deslealtad en los cambios, guerra de astucias y de emboscadas, impedimento para la produccion, la circulacion y el consumo, trabajo improductivo, falta de garantías, despojo, insolidaridad, indigencia y lujo, pero al mismo tiempo esfuerzo del génio social por conquistar la justicia, y tendencia constante á la asociacion y al orden. La economía política no es otra cosa que la historia de esa gran lucha. Por una parte, en efecto, la economía política, en cuanto consagra y pretende eternizar las anomalías del valor y las prerogativas del egoismo, es verdaderamente la teoría de la desgracia y la organizacion de la miseria; pero en cuanto expone los medios inventados por la civilizacion para vencer el pauperismo, por más que esos medios hayan redundado constantemente en exclusivo provecho del monopolio, la economía política es el preámbulo de la organizacion de la riqueza.

Importa, pues, volver á emprender el estudio de los hechos y de las rutinas económicas, extraer su esencia y formular su filosofía. Sin esto no es posible ni adquirir el menor conocimiento de la marcha de las sociedades, ni ensayar ninguna reforma. El error del socialismo ha estado aquí en perpetuar el ensueño religioso, lanzándose á un porvenir fantástico, en vez de procurar comprender la realidad lo que

desvanece; así como el mal de los economistas está en ver en cada hecho realizado un auto de proscripcion contra toda hipótesis de reforma.

No es así como yo concibo la ciencia económica, la verdadera ciencia social. En vez de dar respuestas *à priori* á los formidables problemas de la organizacion del trabajo y de la distribucion de las riquezas, interrogaré á la economía política como la depositaria de los pensamientos secretos de la humanidad, haré hablar á los hechos segun el orden de su generacion, y diré lo que acrediten, sin poner en ello nada mio. Será esto á la vez una triunfante y lamentable historia, donde los personajes serán ideas, los episodios teorías, y las fechas fórmulas.

### CAPITULO III

#### EVOLUCIONES ECONÓMICAS

##### PRIMERA ÉPOCA.—LA DIVISION DEL TRABAJO

La idea fundamental, la categoría dominante de la economía política, es el VALOR.

El valor llega á su positiva determinacion por una série de oscilaciones entre la *oferta* y la *demanda*.

El valor, por consecuencia, se presenta sucesivamente bajo tres aspectos: valor útil, valor en cambio, y valor sintético ó social, que es el valor verdadero. El primer término engendra contradictoriamente el segundo; y los dos juntos, absorbiéndose por medio de una penetracion recíproca, producen el tercero; de tal suerte, que la contradiccion ó el antagonismo de las ideas, parece como el punto de partida de toda la



ciencia económica, de la cual se puede decir, parodiando el dicho de Tertuliano sobre el Evangelio, *credo quia absurdum*. Hay en la economía de las sociedades verdad latente, desde el momento en que hay contradicción aparente, *credo quia contrarium*.

Bajo el punto de vista de la economía política, el progreso de la sociedad consiste por lo tanto en resolver incesantemente el problema de la constitución de los valores, ó sea de la proporcionalidad y solidaridad de los productos.

Al paso, empero, que en la naturaleza la síntesis de los términos contrarios es contemporánea de su oposición, en la sociedad los elementos antitéticos parecen presentarse á largos intervalos, sin resolverse sino despues de una larga y tumultuosa agitación. Así, no hay ejemplo, ni hay siquiera idea de un valle sin colina, de una izquierda sin derecha, de un polo Norte sin un polo Sud, de un baston con un solo extremo, ó de dos extremos sin un punto medio, etc. El cuerpo humano, con su dicotomía tan perfectamente antitética, queda íntegramente formado desde el momento mismo de su concepción: repugna que se vaya componiendo y arreglando pieza por pieza, como el vestido que más tarde ha de imitarle y cubrirle (7).

En la sociedad como en el espíritu, por lo contrario, dista tanto la idea de llegar de un solo golpe á su plenitud, que por decirlo así separa una especie de abismo las dos posiciones antinómicas; y aún despues de reconocidas éstas, no se vé cuál será su síntesis. Es necesario que los conceptos primitivos sean, por decirlo así, fecundizados por ruidosas controversias y apasionadas luchas: batallas sangrientas serán los preliminares de la paz. En este momento, fatigada Europa de guerras y polémicas, espera un principio conciliador; y por el vago sentimiento de

esa situación ha preguntado la Academia de Ciencias morales y políticas *cuáles son los hechos generales que arreglan las relaciones de los beneficios con los salarios y determinan sus oscilaciones*, en otros términos, cuáles son los episodios más salientes y las fases más notables de la guerra del capital y del trabajo.

Si demuestro, pues, que la economía política, con todas sus hipótesis contradictorias y sus conclusiones ambiguas, no es más que una organización del privilegio y de la miseria, dejaré probado que contiene implícitamente la promesa de una organización del trabajo y de la igualdad, puesto que, como se ha dicho, toda contradicción sistemática anuncia una composición: habré hecho más, habré sentado las bases de esa composición misma. Luego, exponer el sistema de las contradicciones económicas, es echar los cimientos de la asociación universal; decir cómo han *salido* de la sociedad los productos de la obra colectiva, es explicar cómo será posible que *vuelvan á entrar* en ella; dar á conocer el génesis de los problemas relativos á la producción y á la distribución de las riquezas, es preparar su solución. Todas estas proposiciones son idénticas, de igual evidencia.

#### § I.—Efectos antagonistas del principio de división.

En la comunidad primitiva, todos los hombres son iguales; iguales por su desnudez y su ignorancia; iguales por la potencia indefinida de sus facultades. Los economistas sólo consideran de ordinario el primero de estos aspectos: descuidan ó desconocen totalmente el segundo. Sin embargo, según los más profundos filósofos de los tiempos modernos, La Rochefoucault, Helvecio, Kant, Fichte, Hegel, Jacotot, la inteligencia no difiere esencialmente en los individuos sino por su determinación *cualitativa*,



y ésta constituye la especialidad ó aptitud propia de cada uno; al paso que, en lo que tiene de esencial, es á saber, en el juicio, es *cuantitativamente* la misma en todos los hombres. Resulta de aquí, que más tarde ó más temprano, según hayan sido favorables las circunstancias, el progreso general ha de conducir á todos los hombres de la igualdad original y negativa, á la positiva equivalencia de los talentos y de los conocimientos.

Insisto en este precioso dato de la psicología, cuya consecuencia obligada es que no puede ya en adelante ser admitida como principio y ley de organización *la jerarquía de las capacidades*: sólo la igualdad es nuestra regla, como también nuestro ideal. Así pues, según hemos demostrado con la teoría del valor, del mismo modo que la igualdad de miseria se ha de convertir progresivamente en igualdad de bienestar, así también la igualdad de las almas, negativamente su punto de partida, puesto que no representa más que el vacío, se ha de reproducir positivamente en el último término de la educación de la humanidad. El movimiento intelectual se verifica paralelamente al económico: son, el uno la expresión, la traducción del otro. La psicología y la economía social están de acuerdo, ó, por mejor decir, no hacen más que desarrollar, cada una, bajo un punto de vista diferente, la misma historia. Esto se vé, sobre todo, en la gran ley de Smith, *la división del trabajo*.

Considerada en su esencia, la división del trabajo es el modo como se realiza la igualdad de las condiciones y de las inteligencias. Por medio de la diversidad de las funciones dá lugar á la proporcionalidad de los productos y al equilibrio en los cambios, y, por consecuencia, nos abre el camino de la riqueza; así como también, revelando lo infinito en todas partes, en el arte y en la naturaleza, nos lleva á idealizar

todas nuestras operaciones, y hace al espíritu creador, es decir, á la divinidad misma, *mentem diviniorem*, immanente y sensible en todos los trabajadores.

La división del trabajo es, pues, la primera fase de la evolución económica, y también del progreso intelectual: nuestro punto de partida es verdadero lo mismo relativamente al hombre que á las cosas, y la marcha de nuestra exposición no tiene nada de arbitraria.

Pero, en esta solemne hora de la división del trabajo, empieza á soplar sobre la humanidad el viento de las tempestades. No se realiza el progreso para todos de una manera igual y uniforme, por más que al fin y al cabo haya de alcanzarse y transfigurarse á toda criatura inteligente y trabajadora. Empieza por apoderarse de un pequeño número de privilegiados, que vienen por lo mismo á componer la flor de las naciones; y en tanto, la masa persiste ó se sumerge más en la barbarie. A causa de esa distinción de personas de parte del progreso, se ha creído por tanto tiempo en la desigualdad natural y providencial de las condiciones, han nacido las castas, y se han constituido jerárquicamente todas las sociedades. No se comprendía que no siendo toda desigualdad más que una negación, llevase en sí misma el signo de su ilegitimidad y el anuncio de su caída; cabía, pues, mucho menos imaginar que esa misma desigualdad procediese accidentalmente de una causa cuyo ulterior efecto había de ser la de hacerla desaparecer del todo.

Así, reproduciéndose la antinomia del valor en la ley de la división del trabajo, ha resultado que el primero y más poderoso instrumento de saber y de riqueza puesto en nuestras manos por la Providencia, ha llegado á ser para nosotros un instrumento de imbecilidad y de miseria. Hé aquí la fórmula de esa nueva ley de antagonismo, á que debemos las dos



más antiguas enfermedades de la civilización, la aristocracia y el proletariado: *El trabajo, con dividirse según la ley que le es propia y constituye la primera condición de su fecundidad, termina por negar sus propios fines y se destruye á sí mismo; en otros términos: La división, sin la cual no hay progreso, ni riqueza, ni igualdad, subalterniza al obrero y hace imposible la igualdad, nociva la riqueza, é inútil la inteligencia.*

Todos los economistas, desde á A. Smith, han señalado las *ventajas* y los *inconvenientes* de la ley de división, pero insistiendo mucho más en las primeras que en los segundos, porque esto favorecía más su optimismo, y sobre todo sin que ninguno de ellos se haya jamás preguntado qué podían ser los *inconvenientes de una ley*. Así ha resumido la cuestión J. B. Say:

«Un hombre que hace durante toda su vida una misma operación, llega de seguro á ejecutarla mejor y más rápidamente que otro alguno; pero se hace al mismo tiempo menos capaz de otra ocupación cualquiera, ya física, ya moral: se extinguen sus demás facultades, y de esto resulta una degeneración en el hombre considerado individualmente. ¡Triste confesión la de no haber hecho nunca más que la décima-octava parte de un alfiler! Y no vaya á creerse que sólo degenera de la dignidad de su naturaleza el obrero que dirige toda su vida una lima ó un martillo, porque otro tanto sucede con el hombre que por su profesión ejerce las más sutiles facultades del alma. Se puede decir, en resumen, que la separación de los trabajos es un hábil empleo de las fuerzas del hombre, y aumenta prodigiosamente los productos de la sociedad; pero también que quita algo á la capacidad de cada hombre individualmente considerado.»  
(*Tratado de Economía Política.*)

Así, ¿cuáles, después del trabajo, la primera causa de la multiplicación de las riquezas y de la habilidad de los trabajadores?—La división.

¿Cuál es la primera causa de la decadencia intelectual, y, como vamos á probar en seguida, de la miseria civilizada?—La división.

¿Cómo el mismo principio, seguido rigurosamente en sus consecuencias, conduce á efectos diametralmente opuestos? Ninguno de los economistas anteriores ni posteriores á A. Smith ha advertido siquiera que había aquí un problema que sondear. Say llega hasta á reconocer que, en la división del trabajo, la misma causa que produce el bien engendra el mal; luego, después de algunas palabras de conmiseración sobre las víctimas de la separación de las industrias, abandona el asunto, contento con haberlo expuesto imparcial y lealmente. «Sabreis, parece decirnos, que cuanto más se divide la mano de obra, más aumenta la fuerza productora del trabajo; pero también que cuanto más se la divide más embrutece el trabajo la inteligencia, por irse reduciendo progresivamente á un mero mecanismo.»

En vano se indignan algunos contra una teoría que, creando por medio del trabajo mismo una aristocracia de capacidades, conduce fatalmente á la desigualdad política; en vano se protesta en nombre de la democracia y del progreso que no habrá ya en el futuro ni nobleza, ni clase media, ni párias. El economista responde con la impasibilidad del destino: Estais condenados á producir mucho, y á producir barato; sin esto vuestra industria será siempre mezquina, vuestro comercio nulo, y andareis á la cola de la civilización, en vez de dirigirla.—¡Cómo! ¡Entre nosotros, hombres generosos, los habría predestinados al embrutecimiento, y cuanto más se perfeccionase la industria, más habría de crecer entre



nuestros hermanos el número de los réprobos!... — ¡Ay!... tal es la última palabra del economista.

No es posible desconocer en la division del trabajo, como hecho general y como causa, todos los caracteres de una LEY; pero como esa ley rige dos órdenes de fenómenos radicalmente inversos que se destruyen unos á otros, preciso es confesar que esta ley es de una especie desconocida en las ciencias exactas; que es ¡cosa extraña! una ley contradictoria, una *contra-ley*, una antinomia. Añadamos, por via de juicio prévio, que tal parece ser el rasgo signalético de toda la economía de las sociedades, y por lo tanto de la filosofía.

Ahora bien, á ménos de una RECOMPOSICION del trabajo, que destruya los inconvenientes de la division, sin dejar de conservar sus efectos útiles, es irremediable la contradiccion inherente al principio. Es necesario, repitiendo las palabras de los sacerdotes judíos que conspiraban contra la vida de Cristo, es necesario que el pobre perezca para asegurar la fortuna del propietario, *expedit unum hominem pro populo mori*. Voy á demostrar la necesidad de este fallo; despues de lo cual, si le queda aún al trabajador particulario un rayo de inteligencia, podrá consolarse con el pensamiento de que muere segun las reglas de la economía política.

El trabajo, que debia dar vuelo á la conciencia y hacernos cada vez más dignos de ventura, produciendo por medio de la division particularia el apocamiento del espíritu, amengua al hombre en la más noble parte de sí mismo, *minorat capitis*, y le relega á la especie de los séres irracionales. Desde ese instante, decaido el hombre, trabaja como un bruto, y como bruto debe ser tratado. No tardará la sociedad en ejecutar ese juicio de la necesidad y de la naturaleza.

El primer efecto del trabajo particulario, despues

del de la depravacion del alma, es la prolongacion de las horas de jornal, que aumentan en razon inversa de la suma de inteligencia que se emplea. Estimándose á la vez los productos bajo el punto de vista de la cantidad y de la calidad, si, por una evolucion industrial cualquiera, el trabajo disminuye en un sentido, es necesario que haya compensacion en otro. Mas como el jornal no puede pasar de diez y seis á diez y ocho horas, desde el momento en que no quepa buscar la compensacion en el tiempo, se le buscará en el precio, y disminuirá el salario. Y esta baja se verificará, no como se há ridiculamente imaginado, por ser el valor esencialmente arbitrario, sino por ser esencialmente susceptible de determinacion. Importa poco que la lucha de la oferta y la demanda termine, ya en ventaja del maestro, ya en provecho del jornalero: oscilaciones tales pueden muy bien variar de amplitud, segun circunstancias accesorias muy conocidas, que han sido apreciadas en lo que valen millares de veces. Lo cierto, y lo que tratamos únicamente de observar, es que la conciencia universal no tasa del mismo modo el trabajo de un aparejador que el de un peon de albañil. Hay, por lo tanto, necesidad de reducir el precio del jornal; de suerte que el trabajador, despues de haber sido lastimado en su alma por una funcion degradante, no puede ménos de serlo en su cuerpo por lo módico de su recompensa. Hay aquí la aplicacion literal de ese dicho del Evangelio: *Al que tiene poco, áun este poco se le quitará*.

Hay en los incidentes económicos una razon implacable que se rie de la religion y de la equidad, como de los aforismos de la política, y hace al hombre feliz ó infeliz, segun obedece ó se sustrae á las prescripciones del destino. Léjos estamos ya, ciertamente, de esa caridad cristiana en que se inspiran



hoy tantos recomendables escritores, caridad que penetrando en el corazón de la clase media, se esfuerza en templar, por una multitud de fundaciones piadosas, los rigores de la ley. La economía política no conoce más que la justicia, justicia inflexible y prieta como la bolsa del avaro; y porque la economía política es el efecto de la espontaneidad social y la expresión de la voluntad divina, he podido decir: Dios es el eterno contradictor del hombre, y la Providencia misántropa. Dios nos hace pagar al peso de nuestra sangre, y á la medida de nuestras lágrimas, cada una de nuestras lecciones; y para colmo de mal, obramos todos como él en nuestras relaciones con nuestros semejantes. ¿Dónde está, pues, el amor del padre celestial por sus criaturas? ¿dónde la fraternidad humana?

¿Puede suceder otra cosa? dicen los teístas. Caído el hombre, queda el animal. ¿Cómo el Criador ha de reconocer en él su imagen? ¿Qué más natural que le trate entonces como una bestia de carga? Pero el tiempo de prueba no durará siempre, y tarde ó temprano el trabajo, despues de haberse *particularizado*, se sintetizará.

Tal es el argumento ordinario de todos los que tratan de justificar la Providencia, sin que alcancen las más de las veces sino á prestar nuevas armas al ateísmo. De modo que Dios nos habria envidiosamente ocultado durante seis mil años una idea que podria haber ahorrado millones de víctimas, la distribución á la vez especial y sintética del trabajo. En cambio nos habria dado por el intermedio de sus servidores Moisés, Budha, Zoroastro, Mahoma, etc., esos insípidos rituales, oprobio de nuestra razón, que han hecho degollar más hombres que letras no contienen. Hay más: si debemos creer la revelación primitiva, la economía social vendria á ser esa cien-

cia maldita, ese fruto del árbol que Dios se reservó y prohibió al hombre que lo tocara. ¿Por qué esa religiosa reprobación del trabajo, si es verdad, como patentiza ya la ciencia económica, que el trabajo es el padre suficientemente del amor y el órgano de la felicidad? ¿A qué esos celos por nuestros progresos? Mas si, como ahora parece, nuestros progresos dependen de nosotros mismos, ¿de qué sirve adorar ese fantasma de divinidad, ni qué quiere de nosotros por medio de esa turba de inspirados que nos persiguen con sus sermones? Vosotros todos, cristianos, protestantes y ortodoxos, neo-reveladores, charlatanes y engañados, oid el primer versículo del himno humanitario sobre la misericordia de Dios: «A medida que el principio de la división del trabajo recibe una aplicación más completa, el obrero es más débil, más limitado, más dependiente. El arte progresa, el artesano retrocede.» (TOCQUEVILLE, *de la Democracia en América.*)

No anticipemos, pues, nuestras conclusiones, ni prejuzguemos la última revelación de la experiencia. Dios se nos presenta por de pronto menos favorable que adverso: limitémonos á consignar el hecho.

Del mismo modo que la economía política, en su punto de partida, nos ha dejado oír esas palabras misteriosas y sombrías: *A medida que la producción de utilidad aumenta, la venalidad disminuye*; del mismo modo, al llegar á su primera estación, nos advierte con voz terrible que *á medida que el arte progresa, el artesano retrocede.*

Para fijar mejor las ideas, citemos algunos ejemplos. ¿Cuáles son, en la industria metalúrgica, los jornaleros menos industrioses? Precisamente los llamados *mecánicos*. Despues de haber sido las herramientas perfeccionadas de una manera tan admirable, un mecánico no es sino un hombre que sabe pasar la



lima sobre ciertos objetos ó ponerlos bajo la accion del cepillo: la mecánica compete á los ingenieros y á los contra maestres. Un albéitar del campo, por la sola necesidad de su posicion, reúne en sí las diversas aptitudes y oficios de cerrajero, herrero de corte, armero, mecánico, carretero y veterinario: maravilla causaria, en el mundo de los ingenios, la ciencia que hay debajo del martillo de aquel hombre, á quien el pueblo, siempre burlon, dá el apodo de *tuesta-hierro*. Un obrero de Creuzot, que ha visto durante diez años todo lo que puede ofrecer su profesion de más grandioso y delicado, en saliendo de su taller, es incapaz de prestar el menor servicio y de ganar su vida. La incapacidad del individuo está en razon directa de la perfeccion del arte: y esto es tan verdad de las demás industrias como de la metalurgia.

El salario de los mecánicos se ha sostenido hasta aquí á un tipo elevado: es inevitable que baje algun día, pues no cabe que lo sostenga lo mediano de la calidad del trabajo.

Acabo de citar un arte mecánica; citemos una industria liberal.

Guttemberg, y sus industriosos camaradas, Furst y Schœffer, ¿habrian podido creer jamás que su sublime invento hubiese de venir á caer, gracias á la division del trabajo, bajo el dominio de los ignorantes, estuve por decir de los idiotas? Hay pocos hombres tan débiles de inteligencia, tan poco *letrados*, como la masa de los jornaleros afiliados á los diversos ramos de la industria tipográfica, cajistas, prensistas, fundidores, encuadernadores y fabricantes de papel. Es ya casi una abstraccion el tipógrafo que se encontraba en tiempo de los Estienne. El empleo de mujeres para la caja, ha herido de muerte esta noble industria, y consumado su envilecimiento. He visto á una cajista, y era de las mejores, que no sabía leer

ni conocia más que la figura de las letras. El arte reside hoy en especialidades como los regentes y correctores, sábios modestos que humilla aún la impertinencia de los autores y maestros, y en algunos obreros verdaderamente artistas. La prensa, en una palabra, convertida en puro mecanismo, no está ya, por su personal, al nivel de la civilizacion: no quedarán pronto de ella sino monumentos.

He oido decir que los oficiales impresores de París tratan de levantarse de su abatimiento por medio de la asociacion: ¡ojalá no se consuman sus fuerzas en un vano empirismo ni se pierdan en estériles utopias!

Despues de la industria privada, veamos la administracion.

En los servicios públicos no son ménos espantosos ni ménos intensos los efectos del trabajo dividido: por todas partes, en la administracion, á medida que se desarrolla el arte, se reduce el sueldo de la generalidad de los empleados. Un cartero recibe anualmente de 400 á 600 francos, de los cuales la administracion le retiene todavía el décimo para su monte-pío. Despues de treinta años de servicio, la pension que se le dá, ó mejor dicho, la restitucion que se le hace, es de 300 francos por año, los cuales cedidos por el propietario á un hospicio le dan derecho á cama, sopa y ropa lavada. Sangre me brota del corazon al decirlo; pero encuentro que la administracion es todavía generosa: ¿qué retribucion quereis que se dé á un hombre cuya funcion está reducida á andar? La leyenda no dá sino *cinco sueldos* al Judío Errante; el cartero recibe veinte ó treinta: verdad es que los más tienen familia. La parte del servicio que exige el uso de las facultades intelectuales está reservada á los directores ó á los oficiales: éstos están ya mejor retribuidos: hacen trabajo de hombres.

Por todas partes, pues, en los servicios públicos



como en la industria privada, están dispuestas las cosas de tal suerte, que las nueve décimas partes de los trabajadores sirven de bestias de carga para la otra décima: tal es el inevitable efecto del progreso industrial, y la indispensable condicion de toda riqueza. Conviene hacerse bien cargo de esa verdad elemental, ántes de hablar al pueblo de igualdad, de libertad, de instituciones democráticas, y de otras utopias cuya realizacion supone previamente una revolucion completa en las relaciones de los trabajadores.

El más notable efecto de la division del trabajo es la decadencia de la literatura.

En la edad media y en la antigüedad, el literato, especie de doctor enciclopédico, sucesor del trovador y del poeta, como que todo lo sabía, lo podia todo. La literatura, despóticamente, dirigia la sociedad: los reyes procuraban granjearse el favor de los escritores, ó se vengaban de su desprecio quemándolos á ellos y á sus libros. Era esto aún una manera de reconocer la soberanía literaria.

Hoy los hombres son industriales, abogados, médicos, banqueros, comerciantes, profesores, ingenieros, bibliotecarios, etc.; pero ninguno es literato: ó mejor dicho, todo el que se ha elevado en su profesion á una altura algo notable, por este sólo hecho, es necesariamente literato: la literatura como el bachillerato ha venido á formar parte elemental de toda profesion. El literato reducido á su verdadera expresion es hoy el *escritor público*, especie de agente fraseador puesto á sueldo de todo el mundo, cuya variedad más conocida es el periodista.....

Extraña idea tuvieron por cierto las Cámaras, hace cuatro años, al hacer una ley sobre la propiedad literaria, como si la idea no tendiese ya cada vez más á serlo todo, el estilo nada. Gracias á Dios, se acabó ya

la elocuencia parlamentaria como la poesía épica y la mitología; el teatro no atrae sino raras veces á los hombres de negocios y á los de ciencia; y al paso que los inteligentes se espantan de la decadencia del arte, el observador filósofo no ve en esto sino el progreso de la razon viril, á la que más bien importunan que divierten esas difíciles bagatelas. No conserva su interés la novela sino en cuanto se aproxima á la realidad; está reducida la historia á una exegesis antropológica; y en todas partes por fin se presenta el arte de bien hablar como el auxiliar subalterno de la idea, del hecho. El culto de la palabra, demasiado confusa y lenta para los espíritus impacientes, es desatendido, y sus artificios pierden cada vez más sus encantos. La lengua del siglo XIX se compone de hechos y de cifras, y el más elocuente entre nosotros es el que con ménos palabras sabe decir más cosas. El que no sabe hablar esta lengua está hoy relegado sin misericordia entre los retóricos: se dice de él que no tiene ideas.

En una sociedad naciente, el progreso de las letras se adelanta necesariamente al progreso filosófico é industrial, y durante mucho tiempo sirve de medio de expresion á entrambos. Pero llega el dia en que el pensamiento no cabe dentro de la lengua, en que por consiguiente llega á ser para la sociedad un síntoma seguro de decadencia el que la literatura conserve su antiguo predominio. El lenguaje, en efecto, es para cada pueblo la coleccion de sus ideas nativas, la enciclopedia que le revela por de pronto la Providencia; es el campo que debe cultivar su razon ántes de abordar directamente la naturaleza valiéndose de la observacion y la experiencia. Ahora bien, se puede decir sin temor que una sociedad está perdida, cuando despues de haber agotado la ciencia contenida en su vocabulario, en vez de continuar su instruccion por medio de la filosofía superior, se en-



vuelve en su manto poético, y juega con sus períodos y sus hemistiquios. Todo en ella será sutil, mezquino y falso; no tendrá siquiera la ventaja de conservar en su esplendor esa lengua de que está locamente enamorada; en vez de marchar por la senda de los genios de transición, de los Tácitos, de los Tucídides, de los Maquiavelos y de los Montesquieu, caerá irresistiblemente, de la majestad de Cicerón, á las sutilezas de Séneca, á las antítesis de San Agustín, y á los retruécanos de San Bernardo.

No nos hagamos por lo tanto ilusiones: desde el momento en que el espíritu, que por de pronto está todo en el verbo, pasa al terreno de la experiencia y del trabajo, el literato propiamente dicho no es ya más que la personificación mezquina de la menor de nuestras facultades; y la literatura, desecho de la industria intelectual, no encuentra despacho sino entre los ociosos á quienes divierte y los proletarios á quienes fascina, entre los juglares que asedian el poder y los charlatanes que en él se defienden, los hierofantes del derecho divino que embocan el porta-voz del monte Sinaí, y los fanáticos de la soberanía del pueblo, cuyos ya raros órganos, reducidos á ensayar sobre sepulcros su facundia tribunicia en tanto que puedan derramarla desde lo alto de la tribuna, no saben ya dar al público sino parodias de Graco y de Demóstenes.

La sociedad está pues de acuerdo en reducir en todo, indefinidamente, la condición del trabajador particular; y la experiencia, confirmando en todas partes la teoría, prueba que ese obrero está condenado al infortunio desde el vientre de su madre, sin que puedan aliviar su suerte ninguna reforma política, ninguna asociación de intereses, ni ningún esfuerzo de la caridad pública ni de la enseñanza. Los diversos específicos imaginados en estos últimos tiempos, léjos de

poder curar la llaga, no servirían sino para exacerbarla irritándola; y cuanto sobre este punto se ha escrito, no ha hecho más que poner en evidencia el círculo vicioso de la economía política.

Vamos á demostrarlo en pocas palabras.

§ II.—Ineficacia de los paliativos.—Blanqui, Chevalier, Dunoyer, Rossi, Passy.

Todos los remedios propuestos contra los tristes resultados de la división del trabajo se reducen á dos, que en rigor no son más que uno, pues el primero es el inverso del otro: moralizar al obrero aumentando su bienestar y su dignidad, ó bien ir preparando su emancipación y su lejana dicha por medio de la enseñanza.

Examinaremos sucesivamente estos dos sistemas, que tienen por representantes el uno al Sr. Blanqui, y el otro al Sr. Chevalier.

El Sr. Blanqui es el hombre de la asociación y del progreso, el escritor de tendencias democráticas, el profesor simpático del proletariado. En su discurso de apertura del año 1845, ha proclamado el Sr. Blanqui, como medio de salvación, la asociación del capital y del trabajo, la participación del jornalero en los beneficios del maestro, ó sea un principio de solidaridad industrial. «En nuestro siglo, ha exclamado, ha de nacer el productor colectivo.» Olvida el Sr. Blanqui que el productor colectivo ha nacido hace ya mucho tiempo, como también el consumidor colectivo, y que la cuestión no es ya genética, sino de medicina. Se trata de hacer que la sangre procedente de la digestión colectiva, en vez de agolparse en la cabeza, en el vientre y en el pecho, baje á los brazos y á las piernas. Ignoro por lo demás qué medios se propone emplear el Sr. Blanqui para realizar su ge-



vuelve en su manto poético, y juega con sus períodos y sus hemistiquios. Todo en ella será sutil, mezquino y falso; no tendrá siquiera la ventaja de conservar en su esplendor esa lengua de que está locamente enamorada; en vez de marchar por la senda de los genios de transición, de los Tácitos, de los Tucídides, de los Maquiavelos y de los Montesquieu, caerá irresistiblemente, de la majestad de Cicerón, á las sutilezas de Séneca, á las antítesis de San Agustín, y á los retruécanos de San Bernardo.

No nos hagamos por lo tanto ilusiones: desde el momento en que el espíritu, que por de pronto está todo en el verbo, pasa al terreno de la experiencia y del trabajo, el literato propiamente dicho no es ya más que la personificación mezquina de la menor de nuestras facultades; y la literatura, desecho de la industria intelectual, no encuentra despacho sino entre los ociosos á quienes divierte y los proletarios á quienes fascina, entre los juglares que asedian el poder y los charlatanes que en él se defienden, los hierofantes del derecho divino que embocan el porta-voz del monte Sinaí, y los fanáticos de la soberanía del pueblo, cuyos ya raros órganos, reducidos á ensayar sobre sepulcros su facundia tribunicia en tanto que puedan derramarla desde lo alto de la tribuna, no saben ya dar al público sino parodias de Graco y de Demóstenes.

La sociedad está pues de acuerdo en reducir en todo, indefinidamente, la condición del trabajador particular; y la experiencia, confirmando en todas partes la teoría, prueba que ese obrero está condenado al infortunio desde el vientre de su madre, sin que puedan aliviar su suerte ninguna reforma política, ninguna asociación de intereses, ni ningún esfuerzo de la caridad pública ni de la enseñanza. Los diversos específicos imaginados en estos últimos tiempos, léjos de

poder curar la llaga, no servirían sino para exacerbárla irritándola; y cuanto sobre este punto se ha escrito, no ha hecho más que poner en evidencia el círculo vicioso de la economía política.

Vamos á demostrarlo en pocas palabras.

§ II.—Ineficacia de los paliativos.—Blanqui, Chevalier, Dunoyer, Rossi, Passy.

Todos los remedios propuestos contra los tristes resultados de la división del trabajo se reducen á dos, que en rigor no son más que uno, pues el primero es el inverso del otro: moralizar al obrero aumentando su bienestar y su dignidad, ó bien ir preparando su emancipación y su lejana dicha por medio de la enseñanza.

Examinaremos sucesivamente estos dos sistemas, que tienen por representantes el uno al Sr. Blanqui, y el otro al Sr. Chevalier.

El Sr. Blanqui es el hombre de la asociación y del progreso, el escritor de tendencias democráticas, el profesor simpático del proletariado. En su discurso de apertura del año 1845, ha proclamado el Sr. Blanqui, como medio de salvación, la asociación del capital y del trabajo, la participación del jornalero en los beneficios del maestro, ó sea un principio de solidaridad industrial. «En nuestro siglo, ha exclamado, ha de nacer el productor colectivo.» Olvida el Sr. Blanqui que el productor colectivo ha nacido hace ya mucho tiempo, como también el consumidor colectivo, y que la cuestión no es ya genética, sino de medicina. Se trata de hacer que la sangre procedente de la digestión colectiva, en vez de agolparse en la cabeza, en el vientre y en el pecho, baje á los brazos y á las piernas. Ignoro por lo demás qué medios se propone emplear el Sr. Blanqui para realizar su ge-



neroso pensamiento: si la creacion de talleres nacionales, ó la comandita del Estado, ó la expropiacion de los capitalistas y su reemplazo por compañías de trabajadores, ó si por fin se contentará con recomendar á los obreros la caja de ahorros, en cuyo caso podrá aplazarse esa participacion para las calendas griegas.

Como quiera que sea, la idea del Sr. Blanqui está reducida á esos aumentos de salario procedentes del título de consocios, ó á lo ménos de co-participes, que da á los jornaleros. Veamos, pues, qué le valdria al obrero esa participacion en los beneficios.

Una fábrica de hilados de 15.000 husos, que ocupa á 300 obreros, no da con mucho al año de beneficios 20.000 francos. Sé por un industrial de Mulhouse que las fábricas de tejidos de Alsacia están generalmente á ménos de la par, y que ya esta industria no es una manera de ganar dinero por medio del *trabajo*, sino por medio del *agio*. VENDER, vender oportunamente, vender caro, es toda la cuestion: fabricar no es más que un medio de preparar una operacion de venta. Cuando, pues, supongo, por término medio, un beneficio de 20.000 francos por taller de 300 personas, como mi argumento es general, falta mucho, faltan 20.000 francos para que yo esté en lo cierto. Admitamos, sin embargo, esta cifra. Dividiendo 20.000 francos, supuesto beneficio de la fábrica, entre 300 personas y entre 300 jornales, encuentro para cada una un aumento de sueldo de 22 céntimos y 2 milésimas, ó sea para el gasto diario un suplemento de 18 céntimos, exactamente lo que se llama un pedazo de pan. ¿Vale esto la pena de expropiar á los asentistas y jugar la fortuna pública, para venir al fin y al cabo á crear establecimientos tanto más frágiles, cuanto que estando desmenuzada la propiedad en partes infinitesimales de accion, y no sosteniéndola ya los beneficios, carecerian de lastre las empresas y

no estarian ya al abrigo de las tempestades? Y si no se trata de expropiacion, triste perspectiva para la clase jornalera la de un aumento de 18 céntimos, por premio de algunos siglos de economías, porque siglos necesitará para formar sus capitales, suponiendo que las faltas periódicas de trabajo no la obliguen á comerse periódicamente sus ahorros!

De muchas maneras ha sido presentado el hecho que acabo de referir. El mismo Sr. Passy \*, por los libros de una fábrica de hilados de Normandía, en que los obreros estaban asociados con el capitalista, ha buscado cuál habia sido el salario de muchas familias durante diez años, y ha encontrado salarios medios de 1.200 á 1.400 francos por año. Ha querido luego comparar la situacion de los jornaleros de fábricas de hilados, á quienes se paga con arreglo á los beneficios obtenidos por los maestros, con la de los obreros pura y simplemente asalariados, y ha reconocido que son casi insensibles las diferencias. Fácil de prever era este resultado. Los fenómenos económicos obedecen á leyes abstractas é impasibles como los números; no turban su inmortal armonía sino el privilegio, la arbitrariedad y el fraude.

El Sr. Blanqui, arrepentido á lo que parece de haber hecho esta primera concesion á las ideas socialistas, se ha apresurado á retirarla. En la misma sesion en que el Sr. Passy demostraba la insuficiencia de la sociedad en participacion, dijo: «¿No parece verdaderamente que el trabajo sea cosa susceptible de organizacion, y dependa del Estado arreglar la suerte de la humanidad como la marcha de un ejército, y esto con una precision enteramente matemática? Es esta una mala tendencia, una ilusion

\* Sesion de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, setiembre de 1845.



que la Academia no combatirá nunca lo bastante, porque es no sólo una quimera, sino tambien un peligroso sofisma. Respetemos las buenas y leales intenciones; pero no temamos decir que publicar un libro sobre la *organizacion del trabajo*, es hacer por la quincuagésima vez un trabajo sobre la piedra filosofal ó la cuadratura del círculo.»

Llevado luégo de su celo, el Sr. Blanqui acaba de echar abajo la teoría de la participacion, ya tan fuertemente atacada por el Sr. Passy, con el siguiente ejemplo: «El Sr. Dailly, uno de los más ilustrados agricultores, ha abierto una cuenta corriente para cada una de sus tierras, y otra para cada producto; y ha comprobado que en un período de treinta años, no ha obtenido jamás el mismo hombre sobre el mismo terreno cosechas iguales. Han variado los productos de 26.000 á 9 ó 7.000 francos, habiendo bajado algunas veces hasta 300. Hasta hay productos, las patatas, por ejemplo, que le arruinan de cada nueve veces una. ¿Cómo, pues, dadas esas variaciones, y sobre rentas tan inciertas, ha de ser posible establecer distribuciones exactas ni salarios uniformes para los trabajadores?...»

Se podria responder á esto que las variaciones de productos en cada pieza de tierra indican simplemente que es preciso asociar entre sí á los propietarios, despues de haberlos asociado con los jornaleros, hecho que estableceria una solidariedad más profunda; pero esto sería prejuzgar lo que está precisamente en cuestion, ó sea la organizacion del trabajo, lo que el Sr. Blanqui, despues de un maduro exámen, declara en definitiva imposible de encontrar. Es por otra parte evidente que la solidariedad no aumentaria en un óbolo la comun riqueza, y que por lo tanto, no afecta siquiera el problema de la division del trabajo.

Resulta de todo, que el beneficio tan codiciado, y

muchas veces problemático de los maestros, está léjos de cubrir la diferencia entre los salarios efectivos y los que se piden, y que el antiguo proyecto del Sr. Blanqui, mezquino en sus resultados, y repudiado por su propio autor, sería para la industria fabril un verdadero azote. Ahora bien, hallándose ya establecida en todas partes la division del trabajo, es posible generalizar el raciocinio, y decir por conclusion que *la miseria es un efecto del trabajo*, tanto como de la pereza.

Dícese á esto, y este argumento goza de gran boga en el pueblo: aumentese el precio de los servicios, duplíquese, triplíquese el salario.

Confieso que, á ser posible el aumento, se obtendria un completo éxito, diga lo que quiera el señor Chevalier, á quien sobre este punto debo corregir algun tanto.

Segun el Sr. Chevalier, si se aumentase el precio de una mercancía cualquiera, aumentaria en la misma proporcion el de los demás artículos, y no resultaria ventaja alguna para nadie.

Este raciocinio, que los economistas se pasan unos á otros hace un siglo, es tan falso como antiguo; y correspondia al Sr. Chevalier, en su calidad de ingeniero, enmendar la tradicion económica. Siendo el sueldo de un jefe de negociado de 10 francos diarios, y el salario de un jornalero de 4: si se aumentase de 5 francos la renta de cada uno, la relacion de sus fortunas, que en el primer caso es como 100 es á 40, sería sólo en el segundo como 100 es á 60. Efectuándose necesariamente el aumento de los salarios por adición y no por cociente, sería por lo tanto un excelente medio de nivelacion, y merecerian los economistas que los socialistas les devolviesen el cargo de ignorantes, que tan gratuitamente y tan á diestro y siniestro se les hace.



Digo, empero, que es imposible semejante aumento, y hasta absurdo suponerlo: porque, como por otra parte lo ha visto muy bien el Sr. Chevalier, la cifra que indica el precio del jornal no es más que un exponente algebraico sin influencia alguna en la realidad, y lo que conviene ante todo aumentar, no sin dejar de rectificar las desigualdades de la distribución, es, no la expresion monetaria, sino la cantidad de los productos. Hasta aquí, todo movimiento de alza en los salarios no puede tener otro efecto que el de un alza análoga en el trigo, el vino, la carne, el azúcar, el jabon, el carbon de piedra, etc., es decir, el efecto de una carestía. Porque ¿qué es el salario? Es el valor líquido del trigo, del vino, de la carne, del carbon de piedra; es el precio integrante de todas las cosas. Vamos más allá: el salario es la proporcion de los elementos que componen la riqueza y son consumidos todos los días reproductivamente por las masas de los trabajadores. Ahora bien, doblar el salario, en el sentido en que lo entiende el pueblo, es atribuir á cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual es contradictorio; y si el alza no afecta sino un pequeño número de industrias, es provocar una perturbacion general en los cambios, en una palabra, una carestía. ¡Libreme Dios de echarme á profeta! mas á pesar de toda mi simpatía porque se mejore la suerte de las clases jornaleras, es, lo declaro así, es imposible que las huelgas por coalicion, cuando van seguidas de un aumento en los salarios, no conduzcan á un encarecimiento general: es esto tan cierto como dos y dos son cuatro. Por semejantes medios no llegarán los obreros á enriquecerse, ni lo que es mil veces más precioso, á ser libres. Apoyados los obreros por una prensa imprudente, con exigir un aumento de salario, han fomentado el monopolio más bien que sus intereses:

¡ojalá reconozcan el amargo fruto de su inexperiencia cuando llegue á reproducirse de un modo más acerbo su malestar!

Convencido de la inutilidad, ó mejor dicho, de los funestos efectos del aumento de los salarios, y comprendiendo perfectamente que la cuestion es del todo orgánica y de ninguna manera comercial, el señor Chevalier toma al revés el problema. Pide para la clase jornalera, ante todo, instruccion, y propone en este sentido vastas reformas.

¡La instruccion! esta es tambien la palabra del Sr. Arago para los obreros, este el principio de todo progreso. ¡La instruccion!... es preciso saber una vez por todas lo que de ella podemos esperar para la resolution del problema que nos ocupa: es preciso saber, digo, no si es de desear que todos la reciban, cosa que nadie pone en duda, sino si esa instruccion es posible.

Para apreciar bien todo el alcance de las miras del Sr. Chevalier, es indispensable conocer su táctica.

El Sr. Chevalier, amoldado de antiguo á la disciplina, primero por sus estudios politécnicos, luego por sus relaciones sansimonianas, y finalmente por su posicion universitaria, no parece admitir que un alumno pueda tener otra voluntad que la del reglamento, ni un sectario otro pensamiento que el de su jefe, ni un funcionario público otra opinion que la del Gobierno. Puede ser esta una manera de concebir el órden tan respetable como cualquiera otra, y no trato por ello de aprobarla ni de censurarla. ¿Tiene el Sr. Chevalier que emitir algun juicio que le sea propio? En virtud del principio de que es lícito todo lo que no está prohibido por la ley, se apresura á tomar la delantera y á dar su parecer, sin perjuicio de adherirse luego, si es preciso, á la opinion de la autoridad. El Sr. Chevalier, ántes de colocarse en las filas cons-



titucionales, se habia entregado al Sr. Infantin; así se habia explicado tambien sobre los canales, los ferro-carriles, la Hacienda y la propiedad, mucho ántes de que el ministerio hubiese adoptado sistema alguno sobre la construccion de los caminos de hierro, la conversion de las rentas, los privilegios de invencion, la propiedad literaria, etc.

El Sr. Chevalier, por lo tanto, no es, ni con mucho, admirador ciego de la enseñanza universitaria, y mientras no varíen las cosas, no repara en decir lo que piensa. Sus opiniones son de las más radicales.

El Sr. Villemain habia dicho en su dictámen: «El objeto de la segunda enseñanza es preparar de léjos un núcleo de hombres escogidos para todos los puestos que hay que ocupar y servir en la administracion, la magistratura, el foro y las diversas profesiones liberales, incluso los grados superiores y las especialidades científicas del ejército y armada.»

«La segunda enseñanza, dice sobre este punto el Sr. Chevalier (\*), está destinada á preparar hombres que han de ser unos labradores, otros fabricantes, esos comerciantes, aquellos ingenieros libres. Ahora bien, en el programa todas esas gentes están completamente olvidadas. La omision es un poco grave, porque al fin el trabajo industrial en sus diversas formas, la agricultura, el comercio, no es en el Estado un accesorio ni un accidente, sino lo principal... Si la Universidad quiere justificar su nombre, preciso es que marche en este sentido; de no, verá levantarse frente á frente de ella una *universidad industrial*.... Será esto altar contra altar, etc.....»

Y como es propio de una idea luminosa ilustrar todas las cuestiones que con ella se rozan, proporciona la enseñanza profesional al Sr. Chevalier un

(\*) *Diario de los Economistas*, Abril de 1843.

medio muy expedito de cortar de paso la querrela entre el clero y la Universidad sobre la libertad de enseñanza.

«Preciso es convenir en que se hace el caldo gordo al clero con dejar que la latinidad sirva de base á la enseñanza. El clero sabe el latin tan bien como la Universidad, cómo que el latin es su lengua. Su enseñanza por otra parte es barata: y es por lo tanto imposible que no atraiga una gran parte de la juventud á sus pequeños seminarios y á sus colegios de segunda enseñanza superior y completa.....»

La conclusion viene de suyo: cámbiense las materias de la segunda enseñanza, y se descataloga el reino; y como el clero no sabe más que el latin y la Biblia, y no cuenta en su seno ni maestros industriales, ni agricultores, ni tenedores de libros; como que entre sus cuarenta mil sacerdotes no hay quizá veinte que sepan levantar un plano ni forjar un clavo, no tardará en verse á quién darán la preferencia los padres de familia, si á la industria ó al breviario, ni en saberse si creen ó no que el trabajo es la más bella de las lenguas para orar á Dios.

Así acabaria esa ridícula oposicion entre la educacion religiosa y la ciencia profana, lo espiritual y lo temporal, la razon y la fe, el altar y el trono, rúbricas viejas ya faltas de sentido, con que se divierte el público bonachon, ínterin llega el momento de que se enfade.

El Sr. Chevalier no insiste, por lo demás, en esta solucion: sabe que religion y monarquía son dos compadres que, aunque siempre en riña, no pueden existir el uno sin el otro; y por no despertar sospechas, se lanza á una idea revolucionaria, la igualdad.

«Francia podria dar á la escuela pólitécnica veinte veces más alumnos de los que hoy da (el término medio, hoy de 176, sería entónces de 3.520). La



Universidad no tiene más que consentirlo..... Si mi opinion fuera de algun peso, sostendria que la aptitud para las matemáticas es *mucho menos especial* de lo que comunmente se cree. Recordaré el éxito con que niños, tomados por decirlo así al azar en las calles de París, siguieron la enseñanza de la Martinière, por el método del capitán Tabareau.»

Si la segunda enseñanza, reformada con arreglo á las miras del Sr. Chevalier, fuese seguida por todos los jóvenes franceses, en lugar de serlo como lo es ordinariamente por sólo 90.000, no habria exageracion alguna al elevar la cifra de las especialidades matemáticas de 3.520 á 10.000; pero tendríamos por la misma razon 10.000 artistas, filólogos y filósofos;—10.000 médicos, físicos, químicos y naturalistas;—10.000 economistas, jurisconsultos y administradores;—20.000 industriales, contra maestros, negociantes y tenedores de libros;—40.000 agricultores, viñeros, mineros, etc.; total, 100.000 capacidades por año, ó sea cerca del tercio de la juventud. El resto, como que en vez de ser talentos especiales, no sería más que mezclas de diversas facultades, podria clasificarse indiferentemente en las demás categorías sociales.

Es indudable que si se diese tan poderoso vuelo á las inteligencias se aceleraria la marcha de la igualdad, y tengo para mí que tal es el deseo secreto del Sr. Chevalier. Mas lo que me trae precisamente inquieto, es que no hay jamás falta de capacidades, como no la hay de poblacion, y que la cuestion está en encontrar empleo para las unas y pan para la otra. En vano dice el Sr. Chevalier: «La segunda enseñanza daria menos lugar á que se la acuse de que arroja á la sociedad olas de ambiciosos faltos de los medios de satisfacer sus aspiraciones, y con interés de trastornar el Estado; personas desapplicadas é inaplica-

bles que no sirven para nada, y se creen, sin embargo, aptas para todo, particularmente para dirigir los negocios públicos. Los estudios científicos exaltan menos los ánimos. Los ilustran y los arreglan á la vez, y adaptan al hombre á la vida práctica...»—Este lenguaje, le replicaré, es bueno para tenido con patriarcas: un profesor de economía política debe respetar más su cátedra y su auditorio. El Gobierno no dispone todos los años sino de ciento veinte plazas para los ciento setenta y seis alumnos que admite en la escuela politécnica; ¿en qué atolladero no se veria si los admitidos fuesen diez mil, ó, admitiendo la cifra del Sr. Chevalier, tres mil y quinientos? Y generalícese: el total de destinos civiles es sesenta mil, ó sea tres mil vacantes por año; ¡qué horror para el Gobierno si, adoptando de pronto las ideas reformistas del Sr. Chevalier, se viese asediado de cincuenta mil pretendientes! Se ha hecho repetidas veces la siguiente objecion á los republicanos, sin que la hayan jamás contestado: Cuando tenga todo el mundo su privilegio de elector, ¿valdrán más los diputados, ni estarán más adelantados los proletarios? Hago la misma pregunta al Sr. Chevalier: Cuando tenga usted por año cien mil capacidades, ¿qué hará V. de ellas?

Para colocar esa interesante juventud, será preciso bajar hasta el último escalón de la jerarquía. Deberán los jóvenes empezar, despues de quince años de sublimes estudios, no como hoy, por los grados de ingeniero aspirante, de subteniente de artillería, de alférez de navío, de sustituto, de interventor, de guarda general, etc., sino por los innobles empleos de trabajador de pala y azadon, de artillero, de dragador, de grumete, de pinche, de bodegonero. Allí será preciso que esperen que la muerte aclare las filas para adelantar un paso. Será muy posible que



un hombre que haya salido de la escuela politécnica capaz de ser un Vauban, muera de caminero en una carretera de segunda clase, ó de cabo de un regimiento.

¡Oh! ¡cuánto más prudente no se ha mostrado el catolicismo, y cuán atrás no os ha dejado en el conocimiento del hombre y la sociedad á vosotros todos, sansimonianos, demócratas, universitarios, econo-  
mistas! El sacerdote sabe que nuestra vida no es más que un viaje, y que nuestra perfeccion es irrealizable aquí abajo; y se contenta con bosquejar en la tierra una educacion que se ha de completar en el cielo. El hombre formado por la religion, contento con saber hacer y obtener lo que basta para llenar su tarea terrenal, no puede jamás llegar á ser un estorbo para el Gobierno, de quien es mucho más fácil que sea mártir. ¡Oh religion querida! ¡es posible que te desconozca una clase media que tanto te necesita!...

¡A qué espantosos combates entre el orgullo y la miseria no nos precipita esa manía de enseñanza para todos! ¿De qué ha de servir la educacion profesional, de qué las escuelas de agricultura y de comercio si vuestros estudiantes no poseen ni establecimientos ni capitales? ¿Qué necesidad tienen de henchirse hasta los veinte años de toda clase de ciencias, si han de ir despues á atar hilos en la mula-jenny, ó á arrancar carbon en el fondo de una mina? ¡Cómo! ¡confesais vosotros mismos que no teneis anualmente sino tres mil destinos para cincuenta mil hombres capaces de ejercerlos, y hablais aún de crear escuelas! Preferible es que permanezcáis en vuestro sistema de exclusion y de privilegio, sistema antiguo como el mundo, apoyo de las dinastías y de los patriados, verdadera máquina de castrar hombres para asegurar los placeres de una casta de sultanes. Haced pagar caro vuestras lecciones, multiplicad las tra-

bas, alejad, con interminables pruebas, al hijo del proletario, á quien el hambre no permite que espere, y proteged con todo vuestro poder las escuelas eclesiásticas, donde se aprende á trabajar para la otra vida, á resignarse, á ayunar, á respetar á los grandes, amar al rey, y orar á Dios. Porque todo estudio inútil, tarde ó temprano, se le abandona: la ciencia es un veneno para los esclavos.

Sin duda alguna, el Sr. Chevalier tiene harta sagacidad para no ver las consecuencias de su idea. Pero se habrá dicho en el fondo de su alma, y hay que aplaudirle su buena intencion: hagamos ante todo que los hombres sean hombres; luégo, el que viva verá.

Así caminamos á la ventura, guiados por la Providencia, que no nos advierte nada sino azotándonos: tal es el principio y el fin de la economía política.

Al revés del Sr. Chevalier, profesor de economía política en el Colegio de Francia, el Sr. Dunoyer, economista del Instituto, no quiere que se organice la enseñanza. La organizacion de la enseñanza es una variedad de la organizacion del trabajo; luego nada de organizacion. La enseñanza, hace observar el Sr. Dunoyer, es una profesion, no una magistratura: como todas las profesiones, debe ser y permanecer libre. No nos han traído á las funestas ideas de centralizacion y absorcion de toda actividad en el Estado, sino el comunismo, el socialismo, la tendencia revolucionaria, cuyos principales agentes han sido Robespierre, Napoleon, Luis XVIII y el Sr. Guizot. Libre es la prensa, y la pluma de los periodistas una mercancía; libre tambien la religion, y todo el que lleve sotana, corta ó larga, y sepa excitar oportunamente la curiosidad pública, puede hacerse un auditorio. El padre Lacordaire tiene sus devotos, Leroux sus apóstoles, Buchez su convento. ¿Por qué



no habia de ser tambien libre la enseñanza? Si es indudable el derecho del enseñado como el del comprador, el del maestro, que no es sino una variedad del vendedor, es su correlativo: imposible de todo punto tocar á la libertad de enseñanza, sin violar la más preciosa de las libertades, la de conciencia. Y luégo, añade el Sr. Dunoyer, que si el Estado debe enseñar á todo el mundo, no tardará en pretenderse que debe dar trabajo, despues cuarto, por fin mesa... ¿A dónde vamos á parar?

El argumento del Sr. Dunoyer es irrefutable: organizar la enseñanza, es prometer á cada ciudadano una ocupacion liberal y un salario decente: son dos términos tan íntimamente enlazados como la circulacion arterial y la circulacion venosa. Pero resulta de la teoría del Sr. Dunoyer, que el progreso no es cierto sino respecto á un corto número de escogidos, y por lo tanto, que para las nueve décimas partes de la humanidad, la barbarie es la condicion perpétua. Esto mismo constituye, segun el Sr. Dunoyer, la ciencia de las sociedades, que se manifiesta en tres tiempos, religion, jerarquía y mendicidad. De suerte que, en este sistema, que es el de Destutt de Tracy, Montesquieu y Platon, la antinomia de la division, como la del valor, es irresoluble.

Es para mí, lo confieso, un inefable placer ver al Sr. Chevalier, partidario de la centralizacion de la enseñanza, combatido por el Sr. Dunoyer, partidario de la libertad; al Sr. Dunoyer á su vez en oposicion con el Sr. Guizot; al Sr. Guizot, que representa á los centralizadores, en contradiccion con la ley constitucional, que erige la libertad en principio; la Constitucion pisoteada por los universitarios, que reclaman para ellos solos el privilegio de la enseñanza, á pesar del mandato expreso del Evangelio, que dice á los sacerdotes: *Id y enseñad*; y por encima de todo ese

estrépito producido por economistas, legisladores, ministros, académicos, profesores y clérigos, oir á la Providencia económica desmintiendo el Evangelio, y exclamando: ¿Qué quereis que haga de vuestra enseñanza, pedagogos?

¿Quién nos sacará de este conflicto? El Sr. Rossi se inclina á una especie de eclecticismo. Poco dividido el trabajo, dice, permanece improductivo; demasiado dividido, embrutece al hombre. La sabiduría está entre los dos extremos: *in medio virtus*.—Desgraciadamente esa mediana sabiduría no es más que una mediana miseria añadida á una mediana riqueza, de suerte que nada resulta modificado. La proporcion entre el bien y el mal, en vez de ser como 100 es á 100, sólo es ya como 50 es á 50; y digo esto, para dar una vez por todas la medida del eclecticismo. Por lo demás, el justo medio del Sr. Rossi está en oposicion directa con la gran ley económica: *producir con el menor gasto posible la mayor suma posible de valores*.... Ahora bien, ¿cómo puede el trabajo llenar su objeto sin que esté extremadamente dividido? Investiguemos más, si os place.

«Todos los sistemas, dice el Sr. Rossi, todas las hipótesis económicas son del dominio del economista; pero el hombre inteligente, libre y responsable, está bajo el imperio de la ley moral.... La economía política no es más que una ciencia que examina las relaciones de las cosas, y deduce de ellas consecuencias. Examina cuáles son los efectos del trabajo: en la práctica es preciso aplicarle siempre, segun la importancia del objeto. Cuando la aplicacion que se hace del trabajo es contraria á un objeto más elevado que la produccion de la riqueza, es preciso abandonarla.... Supongamos que fuese un medio de aumentar la riqueza nacional hacer trabajar á los niños quince horas diarias: la moral diria que esto no es



licito. ¿Probaria esto que la economía política es falsa? No: esto prueba que se confunde lo que debe estar separado.

Si el Sr. Rossi hubiese tenido un poco más de esa naturalidad, gala tan difícil de adquirir para los extranjeros, habría simplemente echado su lengua á los perros, como decia la Sra. de Sevigné; es decir, habría renunciado á meterse en tales honduras. Pero es indispensable que un profesor hable, y hable, y hable, no para decir algo, sino para no estar mudo. El señor Rossi dá tres vueltas al rededor de la cuestion, y luego se echa; y esto basta para que ciertas gentes crean que la ha resuelto.

Es en verdad un mal síntoma para una ciencia, que al desarrollarse segun los principios que le son propios, llegue en un punto dado á ser desmentida por otra; como sucede, por ejemplo, cuando los postulados de la economía política se encuentran en contradiccion con los de la moral, suponiendo que la moral, como la economía política, sea una ciencia. ¿Qué viene á ser el conocimiento humano, si sus afirmaciones se destruyen entre sí, y de qué podremos fiarnos? El trabajo parcelario es una ocupacion de esclavo, pero es el único verdaderamente fecundo; el trabajo no dividido sólo pertenece al hombre libre, pero no cubre sus gastos. Por un lado la economía política nos dice: sed ricos; por otro la moral: sed libres; y el Sr. Rossi, que habla en nombre de los dos, nos dice al mismo tiempo que no podemos ser ni libres ni ricos, puesto que serlo á medias, es no serlo. La doctrina del Sr. Rossi, lejos, pues, de satisfacer esa doble tendencia de la humanidad, tiene el inconveniente, para no ser exclusiva, de quitárnoslo todo: es bajo otra forma la historia del sistema representativo.

Pero el antagonismo es mucho más profundo aún

de lo que ha creído el Sr. Rossi. Porque, puesto que segun la experiencia universal, en este punto de acuerdo con la teoría, el salario mengua cuanto más dividido está el trabajo, es óbvio que sometiéndonos á la esclavitud del trabajo dividido, no por esto obtendremos la riqueza; no habremos hecho más que convertir hombres en máquinas, como nos lo demuestran las clases jornaleras de ambos mundos. Y puesto que, por otra parte, sin la division del trabajo la sociedad cae de nuevo en la barbarie, es aún evidente que con sacrificar la riqueza no hemos de llegar á la libertad, como nos lo prueban todas las razas nómadas de Asia y de África. Luego hay necesidad, y requerimiento absoluto de parte de la economía como de la moral, de resolver el problema de la division del trabajo. Ahora bien, ¿á cuántos están de esto los economistas? ¿Qué se le ha respondido á Lemontey, que hace más de treinta años, desarrollando una observacion de Smith, ha hecho resaltar la influencia desmoralizadora y homicida de la division del trabajo? ¿qué investigaciones se han hecho? ¿qué combinaciones se han propuesto? ¿Ha sido la cuestion siquiera comprendida?

Todos los años los economistas, con una exactitud que alabaria yo mucho más si no la viese quedar siempre estéril, dan cuenta del movimiento comercial de los Estados de Europa. Saben cuántos metros de paño, cuántas piezas de seda, cuántos kilogramos de hierro han sido fabricados; cuál ha sido por cabeza el consumo del trigo, del vino, del azúcar, de la carne: no se diria sino que para ellos el *nec plus ultra* de la ciencia es publicar inventarios, y el último término de su combinacion, llegar á ser los interventores generales de las naciones. Jamás tantos materiales reunidos han ofrecido más ancho campo á las investigaciones; y ¿qué se ha encontrado? ¿qué prin-



cipio nuevo ha brotado de esa masa de datos? ¿qué solución se ha obtenido para tantos y tan antiguos problemas? ¿qué dirección nueva se ha dado á los estudios?

Entre otras cuestiones hay una, la del pauperismo, que parece ya preparada para un juicio definitivo. El pauperismo es hoy el más conocido de todos los fenómenos del mundo civilizado: se sabe sobre poco más ó ménos de dónde procede, cuándo y cómo sobreviene, y cuánto cuesta; se ha calculado en qué proporción está con los demás grados de civilización, y se está convencido al mismo tiempo de la ineficacia de los específicos con que hasta aquí se le ha combatido. Dividido el pauperismo en géneros, especies y familias, es una historia natural completa, una de las más importantes ramas de la antropología. Pues bien, lo que resulta irrefragablemente de todos los hechos recogidos, pero que no se ha visto ni se ha querido ver, y los economistas se obstinan en ocultar con su silencio, es que el pauperismo es constitucional y crónico en las sociedades, mientras subsista el antagonismo entre el capital y el trabajo, y que este antagonismo no puede concluir sino con una negación absoluta de la economía política. ¿Qué salida de ese laberinto han descubierto los economistas?

Este último punto merece que nos detengamos un momento.

En la sociedad primitiva, como hice observar en el párrafo anterior, la miseria es la condición universal.

El trabajo es la guerra declarada á esa miseria.

Este se organiza, primero dividiéndose, luego por medio de las máquinas, después por la concurrencia, etc., etc.

Trátase ahora de saber si no es de la esencia de esa organización, tal como nos la dá la economía política, que al paso que haga cesar la miseria de los

unos, agrave la de los otros de una manera fatal é inevitable. En estos términos hay que proponer la cuestión del pauperismo, y así es como hemos acometido la empresa de resolverla.

¿Qué significan por lo tanto esas eternas habladurías de los economistas sobre la imprevisión de los jornaleros, sobre su pereza, su falta de dignidad, su ignorancia, su libertinaje, sus matrimonios prematuros, etc.? Todos esos vicios, toda esa crápula no es más que el manto del pauperismo; mas ¿dónde está la causa, esa primera causa que mantiene fatalmente en el oprobio á las cuatro quintas partes del género humano? La naturaleza, ¿no ha hecho á todos los hombres igualmente groseros, rebeldes al trabajo, lúbricos y salvajes? El patricio y el proletario, ¿no están acaso formados del mismo barro? ¿De qué procede, pues, que después de tantos siglos, y á pesar de tantos prodigios de la industria, de las ciencias y de las artes, no sean aún ni el bienestar ni la buena educación patrimonio de todos los hombres? ¿Cómo se explica que en los grandes centros de la riqueza social de París y Londres sea tan repugnante la miseria como en los tiempos de César y de Agrícola? ¿Cómo han podido permanecer las masas tan incultas al lado de una aristocracia tan refinada? Se denuncian los vicios del pueblo; pero los de la clase alta no parecen ser menores, y quizá, quizá sean mayores. El pecado original es en todos el mismo: ¿de qué procede, repito, que el bautismo de la civilización no haya tenido para todos la misma eficacia? ¿Constituirá acaso el mismo progreso un privilegio, y habrá de andar eternamente en el fango todo el que no posea ni carro ni caballería? Mas ¿qué digo? El hombre totalmente desnudo, ni á mejorar aspira: ha sido tan honda su caída, que hasta se ha apagado la ambición en su alma.



De todas las virtudes privadas, observa con infinita razon el Sr. Dunoyer, la más necesaria, la que nos procura sucesivamente todas las demás, es el amor al bienestar, es un violento deseo de salir de la abyeccion y la miseria, es esa emulacion y esa dignidad que no permiten que nos contentemos con una situacion inferior á la de nuestros semejantes. Pero ese sentimiento, que tan natural parece, es desgraciadamente mucho menos comun de lo que se piensa. Pocos cargos hay menos merecidos por la mayor parte de los hombres, que el que les dirigen los moralistas ascéticos de ser demasiado amigos de sus comodidades; se les podria dirigir el cargo contrario con muchísima más justicia..... En la naturaleza humana hay hasta esto de muy notable, que cuantas menos luces y recursos se tienen, menos se experimenta el deseo de adquirirlos. Los más miserables salvajes y los menos ilustrados de los hombres, son precisamente aquellos á quienes con más dificultad se suscitan necesidades, y con más trabajo se inspira el deseo de salir de su estado; de suerte que es preciso que el hombre se haya procurado cierto bienestar por el trabajo, ántes que sienta con alguna intensidad esa necesidad de mejorar su condicion y perfeccionar su existencia, á que doy el nombre de amor al bienestar. (*De la libertad del trabajo*, tomo II, página 80.)

Así la miseria de las clases trabajadoras procede, generalmente hablando, de su falta de corazon é inteligencia, ó como ha dicho en alguna parte el señor Passy, de la debilidad, de la inercia de sus facultades morales é intelectuales. Esta inercia nace de que dichas clases, aún medio salvajes, no experimentan con suficiente viveza el deseo de mejorar su condicion: y esto es lo que hace observar el Sr. Dunoyer. Mas como esa carencia de deseo es á su vez efecto

de la miseria, síguese de ahí que la miseria y la apatía son la una y la otra efecto y causa, y el proletario gira por lo tanto dentro de un círculo.

Para salir de este abismo sería preciso un bienestar, esto es, un aumento progresivo de salario; ó inteligencia y valor, esto es, un desarrollo progresivo de facultades; cosas ambas diametralmente opuestas á la degradacion del alma y del cuerpo, que es el efecto natural de la division del trabajo. La desgraciada suerte del proletariado es, pues, toda providencial, y tratar de cambiarla, al punto á que ha venido la economía política, sería provocar la borrasca revolucionaria.

Porque no sin una razon profunda, tomada de altas consideraciones de la moral, la conciencia humana, manifestándose sucesivamente por el egoismo de los ricos y la apatía de los pobres, niega la retribucion prévia del hombre al que no llena más que el oficio de palanca y de resorte. Si, por algun imposible, viniese el bienestar á caer en suerte al trabajador particular, se veria surgir algo monstruoso: los trabajadores empleados en los trabajos repugnantes vendrian á ser como esos romanos saciados de las riquezas del mundo, cuya embrutecida inteligencia se habia vuelto incapaz hasta de inventar placeres. El bienestar sin la educacion embrutece al pueblo y le hace insolente, como se ha observado desde la antigüedad más remota. *Incrassatus est, et recalci-travit*, dice el Deuteronomio. Por lo demás, el trabajador particular se ha juzgado á sí mismo: está contento con que tenga pan, una mala cama en qué dormir, y una borrachera por domingo. Otra condicion cualquiera le sería perjudicial y comprometeria el orden público.

En Lyon, hay una clase de hombres que, gracias al monopolio de que les deja gozar la municipalidad,



cobran un salario superior al de los profesores de facultad y al de los jefes de negociado de los ministerios: hablo de los mozos de cordel. Los precios de embarque y desembarque en ciertos puertos de Lyon, son por las tarifas de las *Rigas*, ó compañías de mozos de cordel, de 30 céntimos de franco por cada 100 kilogramos. A ese precio, no es nada raro que un hombre gane por día 12, 15 y hasta 20 francos: basta para esto trasportar cuarenta ó cincuenta sacos desde un buque á un almacén cualquiera. Es cosa de pocas horas. ¡Qué condicion tan favorable para el desarrollo de la inteligencia, así para los niños como para sus padres, si por sí misma, y las horas de ocio que procura, fuese la riqueza un principio moralizador! Pero no sucede nada de esto: los mozos de cordel de Lyon son hoy lo que siempre fueron, borrachos, crapulosos, brutales, insolentes, egoistas y cobardes. Es penoso decirlo; pero considero esta declaración como un deber, porque es verdadera: una de las primeras reformas que hay que hacer entre las clases trabajadoras, es la de reducir los salarios de algunas, al paso que se suba el de otras. No porque recaiga en las últimas clases del pueblo es más respetable el monopolio, mucho menos si no sirve más que para mantener el más grosero individualismo. La insurrección de los tejedores de velos encontró á esos mozos de cuerda, y en general á toda la gente de ribera, indiferentes, y más que indiferentes, hostiles. Nada de lo que pasa fuera de los puertos logra interesarles. Bestias de carga formadas de antemano para el despotismo, con tal que se les conserve su privilegio, no se meten jamás en política. Debo, con todo, decir en su descargo, que hace algún tiempo, como las necesidades de la concurrencia hayan abierto brecha en sus aranceles, han empezado á despertarse sentimientos más sociales en esas macizas

é impenetrables naturalezas: algunas rebajas más, sazonzadas de un poco de miseria, y pronto las *Rigas* lionesas formarán el cuerpo de preferencia, para cuando haya que tomar castillos por asalto.

En resumen, es imposible, contradictorio, que en el actual sistema de las sociedades, llegue el proletariado al bienestar por medio de la educación, ni á la educación por medio del bienestar. Porque, sin contar que el proletario, el hombre-máquina, es tan incapaz de bienestar como de instrucción, está demostrado por una parte, que su salario tiende siempre menos á subir que á bajar; y por otra, que la cultura de su inteligencia, aun pudiendo recibirla, le sería inútil; de suerte que está constantemente arrastrado hácia la barbarie y la miseria. Cuanto se ha ensayado en esos últimos años en Francia é Inglaterra, para mejorar la suerte de las clases pobres, ya sobre el trabajo de las mujeres y los niños, ya sobre la primera enseñanza, á menos que no sea fruto de una secreta idea de radicalismo, se ha hecho contra las afirmaciones de la economía, y en perjuicio del orden establecido. El progreso, para la masa de los trabajadores, es siempre el libro cerrado de los siete sellos; y no se descifrá, á buen seguro, el implacable enigma por medio de contrasentidos legislativos.

Por lo demás, si los economistas, á fuerza de reparar sus viejas rutinas, han perdido hasta la inteligencia de las cosas sociales, no cabe decir que los socialistas hayan resuelto mejor la antinomia de la division del trabajo. Se han detenido, por lo contrario, en la negacion, en la antítesis; porque no es más que esto oponer, por ejemplo, á la uniformidad del trabajo parcial, una pretendida variedad donde pueda cada cual cambiar de ocupacion diez, quince ó veinte veces por día.



Como si cambiar diez, quince ó veinte veces por día el objeto de un ejercicio parcial, fuese hacer sintético el trabajo; como si, por consiguiente, veinte fracciones de jornal de un peon, pudiesen dar una cosa equivalente al jornal de un artista. Suponiendo que fuese esa danza industrial practicable, y cabe desde luego asegurar que desaparecería ante la necesidad de hacer responsables de su obra á los trabajadores, y por consiguiente las funciones personales, no cambiaria en nada la condicion física, moral é intelectual del jornalero; podria cuando más, por la disipacion, consolidar su incapacidad, y de consiguiente su dependencia. Asi lo confiesan los organizadores, los comunistas y otros. Aspiran tan poco á resolver la antinomia de la division, que admiten todos, como condicion esencial de la organizacion, la jerarquía del trabajo, es decir, la clasificacion de los trabajadores en particularios y en generalizadores ó sintéticos, y que en todas las utopias, es considerada como eje, la distincion de las capacidades, fundamento ó pretexto eterno de la desigualdad de bienes. Reformadores que sólo se hacian ya recomendables por la lógica de sus planes, y que despues de haber declamado contra el *simplismo*, la monotonía, la uniformidad y el particularismo del trabajo, vienen luego proponiendo una *pluralidad* como una *síntesis*; inventores tales, digo, están juzgados y deben ser mandados á la escuela.

¿Pero cuál es la solucion de V., señor crítico? me preguntará tal vez alguno de mis lectores. Muéstranos V. esa síntesis que, conservando la responsabilidad, la personalidad, en una palabra, la especialidad del trabajo, ha de reunir la extrema division y la mayor variedad en un todo complejo y armónico.

Tengo la contestacion á mano: Interroguemos los hechos, consultemos la humanidad; no podemos to-

mar guia más seguro. Despues de las oscilaciones del valor, la division del trabajo es el hecho económico que influye de la manera más sensible en los beneficios y los salarios. Este es el primer piquete plantado por la Providencia en el terreno de la industria; este el punto de partida de esa inmensa triangulacion que debe al fin determinar el derecho y el deber para todos y cada uno de los hombres. Si-gamos, pues, nuestros indicios, fuera de los cuales no podríamos sino extraviarnos y perdernos:

*Tu longè sequere, et vestigia semper adora.*

#### CAPÍTULO IV

##### SEGUNDA ÉPOCA.—LAS MÁQUINAS

«He visto con profunda pena la CONTINUACION DE LA ESCASEZ en los distritos fabriles del Reino.»

Palabras de la Reina Victoria en su discurso de la Corona.

Si hay algo que merezca hacer reflexionar á los soberanos, es que, espectadores más ó menos impasibles de las calamidades humanas, se hallan, por la constitucion misma de la sociedad y la naturaleza de su poder, en la absoluta imposibilidad de curar los sufrimientos de los pueblos: les está hasta vedado ocuparse en ellos. Debe permanecer fuera de las atribuciones del poder, dicen de comun acuerdo los teóricos economistas y los representativos, toda cuestion de trabajo y de salario. Desde la elevada esfera en que los ha colocado la religion, los tronos, las dominaciones, los principados, las potencias y toda la celestial milicia, miran, inaccesibles á las tempestades, la tormenta por que pasan las sociedades;



Como si cambiar diez, quince ó veinte veces por día el objeto de un ejercicio parcial, fuese hacer sintético el trabajo; como si, por consiguiente, veinte fracciones de jornal de un peon, pudiesen dar una cosa equivalente al jornal de un artista. Suponiendo que fuese esa danza industrial practicable, y cabe desde luego asegurar que desaparecería ante la necesidad de hacer responsables de su obra á los trabajadores, y por consiguiente las funciones personales, no cambiaria en nada la condicion física, moral é intelectual del jornalero; podria cuando más, por la disipacion, consolidar su incapacidad, y de consiguiente su dependencia. Asi lo confiesan los organizadores, los comunistas y otros. Aspiran tan poco á resolver la antinomia de la division, que admiten todos, como condicion esencial de la organizacion, la jerarquía del trabajo, es decir, la clasificacion de los trabajadores en particularios y en generalizadores ó sintéticos, y que en todas las utopias, es considerada como eje, la distincion de las capacidades, fundamento ó pretexto eterno de la desigualdad de bienes. Reformadores que sólo se hacian ya recomendables por la lógica de sus planes, y que despues de haber declamado contra el *simplismo*, la monotonia, la uniformidad y el particularismo del trabajo, vienen luego proponiendo una *pluralidad* como una *síntesis*; inventores tales, digo, están juzgados y deben ser mandados á la escuela.

¿Pero cuál es la solucion de V., señor crítico? me preguntará tal vez alguno de mis lectores. Muéstranos V. esa síntesis que, conservando la responsabilidad, la personalidad, en una palabra, la especialidad del trabajo, ha de reunir la extrema division y la mayor variedad en un todo complejo y armónico.

Tengo la contestacion á mano: Interroguemos los hechos, consultemos la humanidad; no podemos to-

mar guia más seguro. Despues de las oscilaciones del valor, la division del trabajo es el hecho económico que influye de la manera más sensible en los beneficios y los salarios. Este es el primer piquete plantado por la Providencia en el terreno de la industria; este el punto de partida de esa inmensa triangulacion que debe al fin determinar el derecho y el deber para todos y cada uno de los hombres. Si-gamos, pues, nuestros indicios, fuera de los cuales no podríamos sino extraviarnos y perdernos:

*Tu longè sequere, et vestigia semper adora.*

#### CAPÍTULO IV

##### SEGUNDA ÉPOCA.—LAS MÁQUINAS

«He visto con profunda pena la CONTINUACION DE LA ESCASEZ en los distritos fabriles del Reino.»

Palabras de la Reina Victoria en su discurso de la Corona.

Si hay algo que merezca hacer reflexionar á los soberanos, es que, espectadores más ó menos impasibles de las calamidades humanas, se hallan, por la constitucion misma de la sociedad y la naturaleza de su poder, en la absoluta imposibilidad de curar los sufrimientos de los pueblos: les está hasta vedado ocuparse en ellos. Debe permanecer fuera de las atribuciones del poder, dicen de comun acuerdo los teóricos economistas y los representativos, toda cuestion de trabajo y de salario. Desde la elevada esfera en que los ha colocado la religion, los tronos, las dominaciones, los principados, las potencias y toda la celestial milicia, miran, inaccesibles á las tempestades, la tormenta por que pasan las sociedades;



pero no se extiende su poder á los vientos y á las olas. Nada pueden los reyes para la salvacion de los mortales. Y á la verdad, esos teóricos tienen razon: el príncipe ha sido establecido para conservar, no para revolucionar; para proteger la realidad, no para procurar la realizacion de la utopia. Representa uno de los principios antagonistas, y creando la armonía se eliminaria á sí mismo, cosa que sería por su parte soberanamente inconstitucional y absurda.

Pero, como á despecho de las teorías, el progreso de las ideas cambia sin cesar la forma exterior de las instituciones, haciendo continuamente necesario aquello mismo que el legislador no ha querido ni previsto, y que asimismo, por ejemplo, las cuestiones de tributos se hacen cuestiones de distribucion de la riqueza; las de utilidad pública, cuestiones de trabajo nacional y de organizacion de la industria; las de Hacienda, operaciones de crédito; las de derecho internacional, cuestiones de aduanas y de mercados; queda demostrado que el príncipe, no debiendo intervenir jamás, segun la teoría, en cosas que, sin que la teoría lo haya previsto, se hacen sin embargo cada dia por un movimiento irresistible objeto de Gobierno, no es ni puede ya ser, por más que se haya dicho, sino una hipótesis, una ficcion, como la Divinidad de que emana.

Y como al fin es imposible que el príncipe y los intereses que ha de defender consientan en empequeñecerse y anularse ante los principios que surgen y los nuevos derechos que se crean; siguese de ahí que el progreso, despues de haberse infiltrado insensiblemente en los espíritus, se realiza bruscamente en la sociedad; y que la fuerza, á pesar de las calumnias de que es objeto, es la condicion *sine qua non* de las reformas. Toda sociedad en que esté compri-

mida la fuerza de insurreccion, es una sociedad muerta para el progreso: no hay en la historia verdad mejor demostrada.

Y lo que digo de las monarquías constitucionales, es igualmente cierto respecto de las democracias representativas: en todas partes el pacto social ha atado las manos al poder y conjurado la vida, sin que haya podido ver el legislador que trabajaba contra su propio objeto, ni haya tampoco podido obrar de otro modo.

Deplorables actores de las comedias parlamentarias, monarcas y representantes, hé aquí al fin lo que sois: ¡talismanes contra el porvenir! Se os presenta todos los años las quejas del pueblo, y cuando se os pide el remedio, vuestra sabiduría oculta su rostro. ¿Se hace preciso apoyar el privilegio, es decir, esa consagracion del derecho del más fuerte que os ha creado, y todos los dias cambia? En continente, á la menor señal de vuestra cabeza, una numerosa milicia se agita, corre á las armas, y se pone en órden de batalla. Y cuando se queja el pueblo de que á pesar de su trabajo, y precisamente á causa de su trabajo, le devora la miseria; cuando la sociedad os pide de qué vivir, le recitais actos de misericordia. ¡No teneis energia sino para la inmovilidad, y toda vuestra virtud se vá en aspiraciones! ¡Como el fariseo, en lugar de alimentar á vuestro padre, orais por él! ¡Ah! yo os lo digo, sabemos el secreto de vuestra mision: no existis sino para impedirnos que vivamos. *Nolite ergo imperare, ¡idos!.....*

En cuanto á nosotros, que concebimos bajo un punto de vista completamente distinto la tarea del poder; que queremos que el trabajo especial del Gobierno sea precisamente explorar el porvenir, buscar el progreso, procurar á todos libertad, igualdad, salud, riqueza, continuemos con valor nuestra críti-



ca, seguros de que cuando hayamos puesto al descubierto la causa del mal de la sociedad, el origen de sus fiebres, el motivo de sus agitaciones, no nos ha de faltar fuerza para aplicar el remedio.

§ I. Del papel que desempeñan las máquinas en sus relaciones con la libertad.

La introduccion de las máquinas en la industria se realiza en oposicion á la ley de division del trabajo, y como para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por esta ley. Para apreciar bien el alcance de ese movimiento y comprender su espíritu, se hacen necesarias algunas consideraciones generales.

Los filósofos modernos, despues de haber recogido y clasificado sus anales, han sido llevados por la naturaleza de sus trabajos á ocuparse tambien de historia: y han visto entónces, no sin sorpresa, que la *historia de la filosofía* era en el fondo lo mismo que la *filosofía de la historia*; han visto además que esos dos ramos de la especulacion, en la apariencia tan diversos, no eran más que la aparicion en la escena de las concepciones de la metafísica, que constituye toda la filosofía.

Ahora bien, si se divide la materia de la historia universal en cierto número de cuadros, tales como matemáticas, historia natural, economía social, etc., se verá que cada una de estas divisiones contiene tambien la metafísica. Y sucederá lo mismo hasta con la última subdivision de la totalidad de la historia: de suerte que la filosofía entera existe en el fondo de toda manifestacion natural ó de la industria, sin hacer acepcion alguna de magnitudes ni de calidades; cabe emplear igualmente bien todos los paradigmas para elevarse á las más sublimes concepciones; y encontrándose los postulados todos de la razon en la más

modesta industria tan bien como en las ciencias más generales, para hacer de todo artesano un filósofo, es decir, un espíritu generalizador y altamente sintético, bastaria enseñarle, ¿qué? su profesion.

Hasta ahora, es verdad, la filosofía, como la riqueza, ha sido reservada para ciertas castas: tenemos la filosofía de la historia, la filosofía del derecho, y aún algunas otras filosofías. Es esta una especie de apropiacion que debe desaparecer, como otras muchas de tan noble origen. Mas, para consumir esa inmensa ecuacion, es preciso empezar por la filosofía del trabajo, despues de lo cual podrá cada trabajador emprender á su vez la filosofía de su oficio.

Así, no siendo todo producto del arte y de la industria, y toda constitucion política ó religiosa, del mismo modo que toda criatura orgánica ó inorgánica, sino una realizacion, una aplicacion natural ó práctica de la filosofía, queda demostrada la identidad de las leyes de la naturaleza y de la razon, del sér y de la idea; y cuando, por nuestra parte, establecemos la conformidad constante de los fenómenos económicos con las leyes puras del pensamiento, la equivalencia de lo real y de lo ideal en los hechos humanos, no hacemos más que repetir, para un caso particular, esa demostracion eterna.

¿Qué decimos nosotros, en efecto?

Para determinar el valor, en otros términos, para organizar en sí misma la produccion y la distribucion de las riquezas, la sociedad procede exactamente como la razon al engendrar los conceptos. Empieza por sentar un primer hecho, emite una primera hipótesis, la division del trabajo, verdadera antinomia cuyos resultados antitéticos se desarrollan en la economía social, del mismo modo que hubieran podido deducirse sus consecuencias en el entendimiento; de suerte que el movimiento industrial, siguiendo en



ca, seguros de que cuando hayamos puesto al descubierto la causa del mal de la sociedad, el origen de sus fiebres, el motivo de sus agitaciones, no nos ha de faltar fuerza para aplicar el remedio.

§ I. Del papel que desempeñan las máquinas en sus relaciones con la libertad.

La introduccion de las máquinas en la industria se realiza en oposicion á la ley de division del trabajo, y como para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por esta ley. Para apreciar bien el alcance de ese movimiento y comprender su espíritu, se hacen necesarias algunas consideraciones generales.

Los filósofos modernos, despues de haber recogido y clasificado sus anales, han sido llevados por la naturaleza de sus trabajos á ocuparse tambien de historia: y han visto entónces, no sin sorpresa, que la *historia de la filosofía* era en el fondo lo mismo que la *filosofía de la historia*; han visto además que esos dos ramos de la especulacion, en la apariencia tan diversos, no eran más que la aparicion en la escena de las concepciones de la metafísica, que constituye toda la filosofía.

Ahora bien, si se divide la materia de la historia universal en cierto número de cuadros, tales como matemáticas, historia natural, economía social, etc., se verá que cada una de estas divisiones contiene tambien la metafísica. Y sucederá lo mismo hasta con la última subdivision de la totalidad de la historia: de suerte que la filosofía entera existe en el fondo de toda manifestacion natural ó de la industria, sin hacer acepcion alguna de magnitudes ni de calidades; cabe emplear igualmente bien todos los paradigmas para elevarse á las más sublimes concepciones; y encontrándose los postulados todos de la razon en la más

modesta industria tan bien como en las ciencias más generales, para hacer de todo artesano un filósofo, es decir, un espíritu generalizador y altamente sintético, bastaria enseñarle, ¿qué? su profesion.

Hasta ahora, es verdad, la filosofía, como la riqueza, ha sido reservada para ciertas castas: tenemos la filosofía de la historia, la filosofía del derecho, y aún algunas otras filosofías. Es esta una especie de apropiacion que debe desaparecer, como otras muchas de tan noble origen. Mas, para consumir esa inmensa ecuacion, es preciso empezar por la filosofía del trabajo, despues de lo cual podrá cada trabajador emprender á su vez la filosofía de su oficio.

Así, no siendo todo producto del arte y de la industria, y toda constitucion política ó religiosa, del mismo modo que toda criatura orgánica ó inorgánica, sino una realizacion, una aplicacion natural ó práctica de la filosofía, queda demostrada la identidad de las leyes de la naturaleza y de la razon, del sér y de la idea; y cuando, por nuestra parte, establecemos la conformidad constante de los fenómenos económicos con las leyes puras del pensamiento, la equivalencia de lo real y de lo ideal en los hechos humanos, no hacemos más que repetir, para un caso particular, esa demostracion eterna.

¿Qué decimos nosotros, en efecto?

Para determinar el valor, en otros términos, para organizar en sí misma la produccion y la distribucion de las riquezas, la sociedad procede exactamente como la razon al engendrar los conceptos. Empieza por sentar un primer hecho, emite una primera hipótesis, la division del trabajo, verdadera antinomia cuyos resultados antitéticos se desarrollan en la economía social, del mismo modo que hubieran podido deducirse sus consecuencias en el entendimiento; de suerte que el movimiento industrial, siguiendo en



todo la deducción de las ideas, se divide en una doble corriente, una de efectos útiles, otra de resultados subversivos, todos igualmente necesarios, y todos producto legítimo de la misma ley. Para constituir armónicamente ese principio de doble aspecto y resolver esta antinomia, la sociedad hace surgir otra, que será pronto seguida de otra tercera; y tal será la marcha del genio social, hasta que habiendo agotado todas sus contradicciones, —supongo, pero no está probado, que la contradicción en la humanidad haya de tener un término, —vuelve de un salto sobre todas sus posiciones anteriores, y en una sola fórmula resuelve todos sus problemas.

Siguiendo en nuestra exposición ese método del desarrollo paralelo de la realidad y de la idea, encontramos una doble ventaja: ante todo la de salvarnos del cargo de materialismo, dirigido tantas veces á los economistas, para quienes los hechos son verdad sólo por ser hechos, y hechos materiales. Para nosotros, al contrario, los hechos no son materia, porque no sabemos lo que esa palabra significa, sino manifestaciones visibles de ideas invisibles. Bajo este punto de vista los hechos no prueban sino según la medida de la idea que representan: esta es la razón por que hemos rechazado como ilegítimos y no definitivos el valor útil y el valor en cambio, y más tarde la división del trabajo, por más que para los economistas fuesen todos de una autoridad absoluta.

Por otra parte, no se nos puede acusar de espiritualismo, idealismo ni misticismo; porque, no admitiendo por punto de partida sino la manifestación exterior de la idea, idea que ignoramos y no existe, ínterin no se refleje en algo, como la luz, que no sería nada si el sol existiese sólo en un vacío infinito; y descartando todo *à priori* teogónico y cosmogónico, toda investigación sobre la sustancia, la causa, el yo

y el no yo, nos limitamos á buscar las *leyes* del ser y á seguir el sistema de sus manifestaciones hasta donde pueda alcanzar la razón.

A no dudar, en el fondo, todo conocimiento se detiene ante un misterio: lo son, por ejemplo, la materia y el espíritu que admitimos como dos esencias desconocidas, *substratum* de todos los fenómenos. Pero esto no es decir que el misterio sea el punto de partida del conocimiento, ni el misticismo la condición necesaria de la lógica; la espontaneidad de nuestra razón, ántes al contrario, tiende á rechazar perpétuamente el misticismo y á protestar *à priori* contra todo misterio, porque el misterio para ella sólo sirve para ser negado, y la negación del misticismo es lo único para lo cual no necesita la razón de la experiencia.

En suma, los hechos humanos son la encarnación de las ideas humanas; así que, estudiar las leyes de la economía social, es establecer la teoría de las leyes de la razón y crear la filosofía. Podemos ahora seguir el curso de nuestras investigaciones.

Hemos dejado, al final del capítulo anterior, al jornalero en lucha con la ley de la división del trabajo: ¿cómo se las va á componer ese infatigable Edipo para resolver este enigma?

En la sociedad, la incesante aparición de las máquinas es la antítesis, la fórmula inversa de la división del trabajo; es la protesta del genio de la industria contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Una manera de reunir diversas partículas del trabajo que la división había separado. Toda máquina puede ser definida de este modo: un resumen de muchas operaciones, una simplificación de resortes, una condensación del trabajo, una reducción de gastos. Bajo todos estos puntos de vista, la máquina es la contraposición de la división del



trabajo. Luego, por medio de la máquina, no podrá ménos de haber restauracion del trabajador parcelario, disminucion de fatiga para el obrero, baja de precio en los productos, movimiento en la relacion de los valores, progreso hácia nuevos descubrimientos, y aumento del bienestar general.

Así como una nueva fórmula da una nueva fuerza al geómetra, así la invencion de una máquina es una reduccion de mano de obra que multiplica la fuerza del productor; y se puede ya creer que la antinomia de la division del trabajo, si no está enteramente vencida, estará por lo ménos contrabalanceada y neutralizada. Conviene leer en el curso del Sr. Chevalier las innumerables ventajas que resultan para la sociedad de la intervencion de las máquinas; es un cuadro lleno de interés, al cual me complazco en remitir al lector.

Las máquinas, presentándose en la economía política en abierta contradiccion con la division del trabajo, representan la síntesis oponiéndose en el espíritu humano al análisis; y así como, segun veremos pronto, tenemos la economía política entera en la division del trabajo y en las máquinas, así en la análisis y la síntesis tenemos toda la lógica, toda la filosofía. El hombre que trabaja procede necesaria y sucesivamente por medio de la division de funciones y con ayuda de instrumentos; y el que ratiocina hace necesaria y sucesivamente síntesis y análisis, ni más ni ménos. No irán nunca más allá ni la razon ni el trabajo. Prometeo, como Neptuno, llega en tres pasos á los límites del mundo.

De estos principios tan sencillos, tan luminosos como axiomas, se deducen consecuencias inmensas.

Siendo esencialmente inseparables en las operaciones intelectuales la análisis y la síntesis, y no adquiriendo por otra parte la teoría el sello de la legi-

timidad sino á condicion de seguir paso á paso la experiencia, síguese de ahí que el trabajo, reuniendo en una accion continua la análisis y la síntesis, la teoría y la práctica, y reasumiendo por consiguiente, como forma exterior de la lógica, la realidad y la idea, se presenta de nuevo como medio universal de enseñanza. *Fit fabricando faber*: el más absurdo de todos los sistemas de educacion es el que separa la inteligencia de la actividad y divide al hombre en dos entidades imposibles, un abstractor y un autómatas. Por esto nos asociamos á las justas quejas del señor Chevalier, del Sr. Dunoyer, y de cuantos piden las reformas de la enseñanza universitaria: en esto también se funda la esperanza de los resultados que de reforma tal nos hemos prometido. Si la educacion fuese ante todo experimental y práctica, dejando el discurrir sólo para explicar, resumir y coordinar el trabajo; si se permitiese aprender por los ojos y las manos á quien nada puede aprender por la imaginacion y la memoria, se veria pronto multiplicarse las capacidades con las formas del trabajo; conociendo todo el mundo la teoría de algo, sabria por la misma razon la lengua filosófica, y podria en una ocasion dada, siquiera no fuese más que una sola vez en la vida, crear, modificar, perfeccionar, dar pruebas de inteligencia y de comprension, producir su obra maestra, en una palabra, mostrarse hombre. La desigualdad de las adquisiciones de la memoria no cambiaria en nada la equivalencia de las facultades, y el genio no nos parecería ya sino lo que es en efecto, la salud del espíritu.

Los ingenios del siglo XVIII han disputado largamente sobre lo que constituye el *genio*, en qué se distingue del *talento*, qué debe entenderse por *espíritu*, etc. Habian trasportado al mundo intelectual las mismas distinciones que en la sociedad separan á



las personas. Había para ellos genios reyes y dominadores, genios príncipes, genios ministros; luego espíritus nobles y espíritus plebeyos, talentos cívicos y talentos campesinos. Yacía en lo más bajo de la escala la grosera muchedumbre de los industrioses, clases apenas bosquejadas, excluidas de la gloria de los elegidos. Están aún llenas todas las retóricas de esas impertinencias que el interés monárquico, la vanidad de los letrados y la hipocresía socialista se esfuerzan en acreditar, para la perpétua esclavitud de las naciones y el sosten del actual orden de cosas.

Mas, si está demostrado que todas las operaciones del espíritu se reducen á dos, análisis y síntesis, y son necesariamente inseparables, aunque distintas; si, por una consecuencia forzosa, á pesar de la infinita variedad de los trabajos y de los estudios, el espíritu no hace nunca más que volver á empezar la misma tela, el hombre de genio no es otra cosa que un hombre de buena constitucion, que ha trabajado mucho, meditado mucho, analizado mucho, comparado, clasificado, resumido, concluido; al paso que el sér limitado, que vive sumergido en una rutina endémica, en vez de desarrollar sus facultades, ha matado su inteligencia con la inercia y el automatismo. Es absurdo distinguir como de diferente naturaleza lo que no difiere realmente sino por la edad, y luego convertir en exclusion y privilegio los diversos grados de un desarrollo ó los azares de una espontaneidad que, por el trabajo y la educacion, deben cada dia ir desapareciendo.

Los retóricos psicólogos, que han clasificado las almas humanas en dinastías, razas nobles, familias medias y proletariado, habian observado con todo que el genio no era universal, ántes tenia su especialidad; así que han declarado iguales y soberanos de reinos distintos á Homero, Platon, Fidias, Arquímedes y

César, que les parecían ser todos primeros en su género. ¡Qué inconsecuencia! ¡Como si la especialidad del genio no revelase la ley misma de la igualdad de inteligencias! ¡Como si, por otra parte, lo constante del éxito en los productos del genio no fuese la prueba de que éste obra por principios que le son extraños, y son la garantía de la perfeccion de sus obras, mientras los sigue fiel y exactamente! Esa apoteosis del genio, que han soñado despiertos hombres cuya charla fué siempre estéril, haría creer en la tontería innata de la mayoría de los mortales, si no fuese la más brillante prueba de su perfectibilidad.

Así el trabajo, despues de haber diferenciado las capacidades y preparado su equilibrio por medio de la division de las industrias, completa, si puedo decirlo así, el armamento de la inteligencia por medio de las máquinas. Tanto por los testimonios de la historia, como por el análisis, y á pesar de las anomalías que produce el antagonismo de los principios económicos, se ve que la inteligencia difiere en los hombres, no por su fuerza, claridad, ni extension; sino, en primer lugar, por la especialidad, ó como dice la escuela, por la determinacion cualitativa; y luego, por la educacion y el ejercicio. En el individuo como en el hombre colectivo, la inteligencia, por lo tanto, es más bien una facultad que viene, se forma, se desarrolla, *quæ fit*, que no una entidad ó entelequia que está toda formada, con anterioridad al aprendizaje. La razon, ó llámesela como se quiera, genio, talento, ó industria, es en su punto de partida una virtualidad desnuda é inerte, que crece poco á poco, se fortifica, toma color, se determina, y presenta variaciones infinitas. Por la importancia de sus adquisiciones, en una palabra, por su capital, la inteligencia difiere y diferirá siempre de un individuo á otro; más como potencia, como que es igual en todos á su origen, no



puede ménos de serlo tambien al fin, gracias á la influencia del progreso social que va perfeccionando incesantemente sus medios. Sin esto el trabajo seria siempre para los unos un privilegio, y para los otros un castigo.

Mas el equilibrio de las capacidades, cuyo preludio hemos visto en la division del trabajo, no constituye el destino todo de las máquinas: van más allá las miras de la Providencia. Con la introduccion de las máquinas en la economía, se ha dado vuelo á la LIBERTAD.

La máquina es el símbolo de la libertad humana, la insignia de nuestro dominio sobre la naturaleza, el atributo de nuestro poder, la expresion de nuestro derecho, el emblema de nuestra personalidad. Libertad é inteligencia son el hombre todo, porque si descartamos como mística é ininteligible toda especulacion sobre el sér humano, considerado bajo el punto de vista de la sustancia (espíritu ó materia), no nos quedan más que dos categorías de manifestaciones que comprenden, la primera, todo lo que se llama sensaciones, voliciones, pasiones, atracciones, instintos, sentimientos; la segunda, todos los fenómenos clasificados bajo los nombres de atencion, percepción, memoria, imaginacion, comparacion, juicio, raciocinio, etc. En cuanto al aparato orgánico, léjos de ser el principio ó la base de esos dos órdenes de facultades, se le debe considerar como su realizacion sintética y positiva, como su viva y armónica expresion. Porque, así como de la emision secular que haya hecho el género humano de sus principios antagonistas ha de resultar un dia la organizacion social, así el hombre debe ser concebido como el resultado de dos series de virtualidades.

Así, despues de haberse hecho lógica la economía social, prosiguiendo su obra se hace psicológica. Son

el objeto comun de la economía política y la filosofía, la educacion de la inteligencia y de la libertad, en una palabra, el bienestar del hombre, frases todas perfectamente sinónimas. Determinar las leyes de la produccion y de la distribucion de las riquezas, será demostrar, por medio de una exposicion objetiva y concreta, las leyes de la razon y de la libertad; será crear *à posteriori* la filosofía y el derecho: á donde quiera que nos volvamos, estamos en plena metafísica.

Probemos ahora, con los datos reunidos de la psicología y la economía política, de definir la libertad.

Si cabe concebir la razon humana, en su origen, como un átomo lúcido y reflector, capaz de representar un dia al universo, pero en su primer instante vacío de imágenes; se puede tambien considerar la libertad, en los primeros instantes de la conciencia, como un punto vivo, *punctum saliens*, como una espontaneidad vaga, ciega, ó más bien indiferente, capaz de recibir todas las impresiones, disposiciones é inclinaciones posibles. La libertad es la facultad de obrar ó de no obrar, que, por medio de una eleccion ó determinacion cualquiera (empleo aquí la palabra determinacion á la vez en un sentido activo y pasivo), sale de su indiferencia y pasa á ser *voluntad*.

Digo, pues, que la libertad, del mismo modo que la inteligencia, es por naturaleza una facultad indeterminada, informe, que recibe su valor y su carácter de las impresiones exteriores; facultad por consecuencia negativa en su principio, pero que poco á poco se determina y se perfila por el ejercicio, estos, por la educacion.

La etimología de la palabra libertad, tal á lo ménos como yo la entiendo, hará comprender mejor mi pensamiento. La radical *lib-et*, agrada (en alemán *lieben*, amar); de donde se ha hecho la palabra *lib-eri*, hijos, los que nos son queridos, nombre re-



servado para los hijos de padre de familia; *lib-ertas*, condicion, carácter ó inclinacion de los hijos de raza noble; *lib-ido*, pasion de esclavo, que no reconoce ni Dios, ni ley, ni patria, palabra sinónima de *licentia*, mala conducta. Cuando la espontaneidad se determina útil, generosamente, ó en bien, toma el nombre de *libertas*; cuando, por el contrario, se determina de una manera nociva, viciosa y baja, ó en mal, toma el de *libido*.

Un sabio economista, el Sr. Dunoyer, ha dado de la libertad una definicion que, cotejada con la nuestra, acabará de demostrar su exactitud:

«Llamo libertad, dice, á ese poder que el hombre adquiere de usar más fácilmente de sus fuerzas, á medida que se emancipa de los obstáculos que dificultaban en su origen su ejercicio. Digo, que el hombre es tanto más *libre*, cuanto más *libertado* está de las causas que le impedian servirse de ese poder; cuanto más ha alejado de sí esas causas; cuanto más ha ensanchado y allanado su esfera de accion.... Así, se dice que un hombre tiene el espíritu libre, que goza de una gran libertad de espíritu, no sólo cuando su inteligencia no está turbada por violencia alguna exterior, sino tambien cuando no está ni oscurecida por la embriaguez, ni alterada por las enfermedades, ni en la impotencia por falta de ejercicio.»

El Sr. Dunoyer no ha visto la libertad sino bajo su punto de vista negativo; no la ha visto sino como si fuese sinónima de *destruccion de los obstáculos*. Según esto, la libertad no sería una facultad en el hombre, no sería nada. Mas no tarda el Sr. Dunoyer, sin dejar de insistir en su definicion incompleta, en mirar la cuestion bajo su verdadero aspecto. Entonces es cuando dice que el hombre, al inventar una máquina, sirve á su propia libertad, no como decimos nos-

otros, porque la determina, sino en el estilo del señor Dunoyer, porque le quita una de sus dificultades. «Así como el lenguaje articulado es un instrumento mejor que el lenguaje por señas, así hay más libertad para expresar el pensamiento é imprimirlo en el entendimiento de los demás por la palabra que por el gesto. Como la palabra escrita es á su vez un instrumento más poderoso que la palabra articulada, hay tambien más libertad para influir en el ánimo de sus semejantes cuando se sabe dar cuerpo á la palabra que cuando sólo se la sabe articular. La prensa es un instrumento dos ó trescientas veces más poderoso que la pluma: hay, por lo tanto, con ella dos ó trescientas veces más libertad para entrar en relaciones con los demás hombres cuando cabe esparcir sus ideas por la imprenta, que cuando sólo cabia publicarlas por la escritura»

No me detendré en poner de relieve todo lo que tiene de inexacto y de ilógico esta manera de representar la libertad. Despues de Destutt de Tracy, último representante de la escuela de Condillac, se ha oscurecido el espíritu filosófico entre los economistas de la escuela francesa, cuyo lenguaje está pervertido por su miedo á la ideología; y al leerles se advierte que la adoracion de los hechos les ha hecho perder el sentimiento de la teoría. Prefiero consignar que el Sr. Dunoyer, y con él la economía política, han sabido ver claramente la esencia de la libertad conciliándola como una fuerza, como una energía ó una espontaneidad de suyo indiferente á toda accion, y por consiguiente susceptible por igual de determinaciones buenas y malas, útiles y nocivas. El señor Dunoyer ha vislumbrado tan perfectamente la verdad, que ha escrito: «En vez de considerar la libertad como un dogma, la presentaré como un *resultado*; en vez de hacer de ella el atributo del hom-



bre, haré de ella el *atributo de la civilización*; en vez de imaginar formas de Gobierno para establecerla, expondré de la mejor manera que pueda cómo *nace de todos nuestros progresos*.»

Y añade luego con no ménos razon:

«Se observará fácilmente cuánto difiere este método del de esos filósofos dogmáticos, que no hablan sino de derechos y de deberes; de lo que los Gobiernos tienen la obligacion de hacer y los pueblos el derecho de exigir, etc. No digo sentenciosamente: los hombres tienen el derecho de ser libres; me limito á preguntar: ¿cómo llegan á serlo?»

Por esta exposicion, se puede resumir en cuatro líneas la obra que ha querido hacer el Sr. Dunoyer: es una revista de los obstáculos que *traban* la libertad, y de los medios (instrumentos, métodos, ideas, costumbres, religiones, gobiernos, etc.) que la *favorecen*. Sin las omisiones que tiene la obra del señor Dunoyer, habria sido la filosofía misma de la economía política.

Después de haber suscitado el problema de la libertad, la economía política nos da de ella una definición conforme en un todo con la que nos da la psicología y nos sugieren las analogías del lenguaje; y hé aquí cómo poco á poco el estudio del hombre se encuentra trasportado de la contemplacion del yo á la observacion de las cosas reales.

Ahora bien, del mismo modo que las determinaciones de la razon en el hombre han recibido el nombre de *ideas* (ideas sumarias, supuestas *á priori*, ó principios, conceptos, categorías; é ideas secundarias, ó más especialmente adquiridas y empíricas); así las determinaciones de la libertad han recibido el nombre de *voliciones*, sentimientos, hábitos, costumbres. Como luego el lenguaje, simbólico por su naturaleza, haya continuado suministrando los ele-

mentos de la primera psicología, se ha tomado la costumbre de dar á las ideas, como lugar ó capacidad en que residen, la *inteligencia*; y á las voliciones, sentimientos, etc., la *conciencia*. Todas estas abstracciones han sido largo tiempo miradas por los filósofos como cosas reales, sin que advirtiera ninguno de ellos que toda distribucion de las facultades del alma es necesariamente caprichosa, ni que es una mera ilusion su psicología.

Como quiera que sea, si concebimos ahora esos dos órdenes de determinaciones, la razon y la libertad, como reunidos y fundidos por la organizacion en una *persona viva*, racional y libre, comprendéremos al punto que se han de prestar mútua ayuda y ejercer uno sobre otro recíproca influencia. Si, por error ó inadvertencia de la razon, la libertad, ciega por su naturaleza, toma falsos y funestos hábitos, no tardará la razon en resentirse del hecho: en lugar de ideas verdaderas, conformes con las relaciones naturales de las cosas, no conservará más que preocupaciones, tanto más difíciles de desarraigar luego del entendimiento, cuanto más queridas las haya hecho la edad á la conciencia. En un estado tal, la razon y la libertad están amenguadas; la primera está turbada en su desarrollo, la segunda cohibida en su vuelo, y el hombre ha errado su camino, ó, lo que es lo mismo, es á la vez desgraciado y malo.

Así, cuando á causa de una percepcion contradictoria y de una experiencia incompleta, ha declarado la razon, por boca de los economistas, que no habia regla para el valor, y la ley del comercio era la oferta y la demanda, se ha entregado la libertad á los excesos todos de la ambicion, del egoismo y del juego; el comercio no ha sido más que una continúa apuesta, sujeta á ciertas reglas de policia; la miseria ha nacido de las fuentes mismas de la riqueza; el so-



cialismo, también esclavo de la rutina, no ha acertado sino á protestar contra los efectos, en vez de levantar la voz contra las causas; y la razón ha debido reconocer al fin, ante el espectáculo de tantos males, que se había desviado de su camino.

No puede el hombre alcanzar su bienestar sino en cuanto su razón y su libertad marchen de acuerdo sin detenerse jamás en su desarrollo. Ahora bien, como el progreso de la libertad, del mismo modo que el de la razón, es indefinido, y como, por otra parte, estas dos fuerzas están íntimamente ligadas y son solidarias, es preciso deducir de ahí que la libertad es tanto más perfecta cuanto más se determina conforme á las leyes de la razón, que son las de las cosas; y que si esa razón fuese infinita, infinita llegaría á ser también la libertad. En otros términos, la plenitud de la libertad está en la plenitud de la razón: *summa lex, summa libertas*.

Estos preliminares eran indispensables para apreciar bien el papel de las máquinas, y hacer resaltar el encadenamiento de las evoluciones económicas. A propósito de esto, recordaré al lector que escribo esta historia insiguiendo, no el orden de los tiempos, sino la sucesión de las ideas. Las fases ó categorías económicas, ya son contemporáneas en sus manifestaciones, ya están intervertidas; y de aquí procede la extrema dificultad que han encontrado en todas épocas los economistas para sistematizar sus ideas; de aquí el caos de sus obras, aún de las más recomendables bajo cualquiera otro punto de vista, como las de A. Smith, J. Bautista Say y Ricardo. Pero las teorías económicas tienen también su sucesión lógica y su serie en el entendimiento; y este orden es el que nos lisonjamos de haber descubierto, y hará á la vez de esta obra una filosofía y una historia.

§ II. Contradicción de las máquinas. — Origen del capital y del salario.

Por lo mismo que las máquinas disminuyen la fatiga del jornalero, abrevian y disminuyen el trabajo, que de esta suerte va siendo de cada día más ofrecido y ménos solicitado. Es verdad que poco á poco, como la baja de precios aumenta el consumo, se restablece el equilibrio y son de nuevo llamados los trabajadores; mas como, por otra parte, los adelantos industriales se suceden sin tregua, y hay constantes tendencias á sustituir el trabajo de las máquinas al del hombre, se sigue de aquí, que la hay también á suprimir una parte del servicio, y, por lo tanto, á eliminar de la producción á los obreros. Ahora bien, sucede en el orden económico lo que en el espiritual: no hay salvación fuera de la Iglesia, ni forma de vivir fuera del trabajo. La sociedad y la naturaleza, igualmente implacables, están de acuerdo para ejecutar este nuevo decreto.

« Cuando una nueva máquina, ó en general un procedimiento expeditivo cualquiera, dice J. B. Say, reemplaza un trabajo del hombre ya en marcha, queda sin él una parte de los brazos industriosos por haber sido útilmente suplido su servicio. — Desempeña, pues, una nueva máquina el trabajo de una parte de los jornaleros, pero no disminuye la cantidad de las cosas producidas, porque todo el mundo se guardaría entonces de adoptarla: no hace sino *cambiar de lugar la renta*. No obstante, los efectos posteriores hablan todos en favor de las máquinas; porque es óbvio que si baja el valor en la venta, por la abundancia del producto y lo módico del precio útil, gozará de este beneficio el consumidor, es decir, todo el mundo. »

El optimismo de Say es una infidelidad á la lógica



cialismo, también esclavo de la rutina, no ha acertado sino á protestar contra los efectos, en vez de levantar la voz contra las causas; y la razón ha debido reconocer al fin, ante el espectáculo de tantos males, que se había desviado de su camino.

No puede el hombre alcanzar su bienestar sino en cuanto su razón y su libertad marchen de acuerdo sin detenerse jamás en su desarrollo. Ahora bien, como el progreso de la libertad, del mismo modo que el de la razón, es indefinido, y como, por otra parte, estas dos fuerzas están íntimamente ligadas y son solidarias, es preciso deducir de ahí que la libertad es tanto más perfecta cuanto más se determina conforme á las leyes de la razón, que son las de las cosas; y que si esa razón fuese infinita, infinita llegaría á ser también la libertad. En otros términos, la plenitud de la libertad está en la plenitud de la razón: *summa lex, summa libertas.*

Estos preliminares eran indispensables para apreciar bien el papel de las máquinas, y hacer resaltar el encadenamiento de las evoluciones económicas. A propósito de esto, recordaré al lector que escribo esta historia insiguiendo, no el orden de los tiempos, sino la sucesión de las ideas. Las fases ó categorías económicas, ya son contemporáneas en sus manifestaciones, ya están intervertidas; y de aquí procede la extrema dificultad que han encontrado en todas épocas los economistas para sistematizar sus ideas; de aquí el caos de sus obras, aún de las más recomendables bajo cualquiera otro punto de vista, como las de A. Smith, J. Bautista Say y Ricardo. Pero las teorías económicas tienen también su sucesión lógica y su serie en el entendimiento; y este orden es el que nos lisonjamos de haber descubierto, y hará á la vez de esta obra una filosofía y una historia.

§ II. Contradicción de las máquinas. — Origen del capital y del salario.

Por lo mismo que las máquinas disminuyen la fatiga del jornalero, abrevian y disminuyen el trabajo, que de esta suerte va siendo de cada día más ofrecido y ménos solicitado. Es verdad que poco á poco, como la baja de precios aumenta el consumo, se restablece el equilibrio y son de nuevo llamados los trabajadores; mas como, por otra parte, los adelantos industriales se suceden sin tregua, y hay constantes tendencias á sustituir el trabajo de las máquinas al del hombre, se sigue de aquí, que la hay también á suprimir una parte del servicio, y, por lo tanto, á eliminar de la producción á los obreros. Ahora bien, sucede en el orden económico lo que en el espiritual: no hay salvación fuera de la Iglesia, ni forma de vivir fuera del trabajo. La sociedad y la naturaleza, igualmente implacables, están de acuerdo para ejecutar este nuevo decreto.

« Cuando una nueva máquina, ó en general un procedimiento expeditivo cualquiera, dice J. B. Say, reemplaza un trabajo del hombre ya en marcha, queda sin él una parte de los brazos industrioses por haber sido útilmente suplido su servicio. — Desempeña, pues, una nueva máquina el trabajo de una parte de los jornaleros, pero no disminuye la cantidad de las cosas producidas, porque todo el mundo se guardaría entonces de adoptarla: no hace sino *cambiar de lugar la renta*. No obstante, los efectos posteriores hablan todos en favor de las máquinas; porque es óbvio que si baja el valor en la venta, por la abundancia del producto y lo módico del precio útil, gozará de este beneficio el consumidor, es decir, todo el mundo. »

El optimismo de Say es una infidelidad á la lógica



y á los hechos. No se trata aquí tan sólo de un pequeño número de accidentes desgraciados, ocurridos en un lapso de treinta siglos por la introduccion de una, dos ó tres máquinas; trátase de un fenómeno regular, general y constante. Despues de haber, como dice Say, *cambiado de lugar* la renta por una máquina, lo ha de cambiar por otra, luego por otra, y siempre por otra, mientras queda trabajo que hacer y cambios que efectuar. Así debe ser presentado y considerado el fenómeno; y habremos de convenir entónces en que cambia singularmente de aspecto. El cambio de lugar de la renta, la supresion del trabajo y del salario es un azote crónico, permanente, indeleble, una especie de cólera que ya se presenta bajo la figura de Guttemberg, ya reviste la de Arkwright, ya toma el nombre Jacquard, ya el de James Watt ó el del Marqués de Jouffroy. Despues de haberse cebado por más ó ménos tiempo en el mundo industrial bajo una forma, toma el monstruo otra; y los economistas, que le creen ya fuera, exclaman: «si no era nada.» Tranquilos y satisfechos, mientras presentan con todo el peso de su dialéctica el lado positivo de la cuestion, cierran los ojos sobre el lado subversivo, salvo siempre el recurso, en cuanto vuelva á hablarse de miseria, de empezar de nuevo sus sermones sobre lo imprevisores y borrachos que son los trabajadores.

«En 1750 — esta observacion, del Sr. Dunoyer, da la medida de todas las elucubraciones de la misma especie — en 1750, la poblacion del ducado de Lancaster era de almas. . . . . 300.000

»En 1801, gracias al desarrollo de las máquinas de hilados, esta poblacion era ya de. . . . . 672.000

»En 1831 era de. . . . . 1.336.000

»Ocupaba antiguamente la industria algodонера

sólo 40.000 obreros, y ocupa hoy, despues de la invencion de las máquinas, 1.500.000.»

Añade el Sr. Dunoyer, que en el período en que tomó tan singular extension el número de los jornaleros empleados en esta industria, el precio del trabajo llegó á ser una vez y media mayor de lo que ántes era. Luego, no habiendo hecho la poblacion sino seguir el movimiento industrial, su aumento ha constituido un hecho normal y bajo ningun punto de vista vituperable, ántes un hecho fausto, puesto que se le cita en honra y gloria del desarrollo mecánico. El Sr. Dunoyer, sin embargo, hace de improviso un cambio de frente: habiendo faltado trabajo para tantas máquinas de hilados, hubieron necesariamente de disminuir los salarios, así que la poblacion llamada por las máquinas, se vió por las máquinas abandonada y sin trabajo. El abuso del matrimonio, dice entónces el Sr. Dunoyer, es la causa de la miseria.

Estimulado el comercio inglés por su inmensa clientela, llama jornaleros de todas partes y convida al matrimonio: mientras el trabajo abunda, el matrimonio es cosa excelente, y se citan con gusto sus efectos en interés de las máquinas; mas como la clientela es inconstante, en cuanto falta el trabajo y el salario, se dice á voz en grito que se abusa del matrimonio y se acusa de imprevisores á los jornaleros. La economía política, es decir, el despotismo propietario, jamás puede dejar de tener razon: la culpa es siempre de los proletarios.

Háse citado muchas veces, y siempre con una idea optimista, el ejemplo de la imprenta. El número de personas que hoy mantiene la imprenta, es quizá mil veces mayor de lo que lo era, ántes de Guttemberg, el de los copistas é iluminadores: luego, se dice con aire de satisfaccion, la imprenta no ha perjudicado á



nadie. Podrían citarse infinitos hechos análogos, sin que se pudiese rechazar siquiera uno, pero sin que adelantase tampoco la cuestión ni un paso. Nadie niega, repito, que las máquinas hayan contribuido al bienestar general; pero sostengo en vista de este hecho irrefragable, que los economistas faltan á la verdad cuando dicen de una manera absoluta que la *simplificación de los procedimientos no ha dado en ninguna parte por resultado la disminución del número de los brazos empleados en una industria cualquiera*. Lo que deberían decir los economistas, es que las máquinas, del mismo modo que la división del trabajo, en el actual sistema de economía social, son á la vez una fuente de riqueza y una causa fatal y permanente de miseria.

«En 1836, en un taller de Manchester, nueve telares, cada uno de trescientos veinte y cuatro husos, estaban dirigidos por cuatro hilanderos. Doblóse luego la longitud de las cajas de los talleres, y habiéndose puesto en cada uno seiscientos ochenta husos, bastaron dos hombres para dirigirlos.»

Hé aquí en bruto el hecho de la eliminación del jornalero por la máquina. Por una simple combinación quedaron descartados de cuatro jornaleros tres: ¿qué importa que á los cincuenta años, doblada la población del globo, cuadruplicada la clientela de los ingleses, y construidas nuevas máquinas, volviesen á tomar los fabricantes otros tantos trabajadores? ¿Pensarán los economistas poderse prevaler del aumento de la población en favor de las máquinas? Renuncien entónces á la teoría de Malthus, y dejen de declamar contra la excesiva fecundidad de los matrimonios.

«No pararon aquí las cosas: pronto una nueva mejora mecánica permitió que un solo obrero hiciese el trabajo que hacían ántes cuatro.»— Nueva reduc-

cion de tres cuartas partes sobre la mano de obra, entre todo, reducción de quince diez y seisavos sobre el trabajo del hombre.

«Un fabricante de Boston escribe por otra parte: la prolongación de las cajas de nuestros talleres nos permite que empleemos sólo veinte y seis hilanderos donde en 1837 necesitábamos treinta y cinco.»—Otra diezma de trabajadores: de cada cuatro, una víctima.

Están sacados estos hechos de la *Revista Económica* de 1842, y no hay nadie que no pueda indicarlos análogos. He presenciado la introducción de las prensas mecánicas en la imprenta, y puedo decir que he visto por mis propios ojos los males que han ocasionado á los prensistas. Hace quince ó veinte años que se las introdujo, y desde entónces acá, unos han ido á la caja, otros han abandonado la profesión, muchos han muerto de miseria: así se verifica la pretendida refundición de los trabajadores á consecuencia de las innovaciones industriales.—Hace veinte años, ochenta barcos de diferentes clases hacían el servicio de navegación de Beaucaire á Lyon: todo ha desaparecido ante una veintena de buques de vapor. A no dudarlo, ha ganado en ello el comercio; ¿pero qué ha sido de la marinería? ¿Ha pasado de los buques á los vapores? No; ha ido á donde van todas las industrias vacantes: ha desaparecido.

Por lo demás, los datos que siguen, sacados de la misma fuente, darán una idea más positiva de la influencia que ejercen sobre la suerte de los jornaleros las mejoras industriales.

«El término medio por semana de los salarios en Manchester, es de 12 francos 50 céntimos, ó sean 10 schelines. De 450 obreros, no hay 40 que ganen 25 francos.»—El autor del artículo tiene buen cuidado de hacer observar que un inglés consume cinco ve-



ces más que un francés; y es esto, por lo tanto, como si un obrero en Francia debiese vivir con 2 francos 50 céntimos por semana.

*Revista de Edimburgo de 1835:* «A una coalición de obreros, que no querían dejar reducir sus salarios, se debe la caja de Sharpe y Roberto de Manchester; y esta invención ha sido un rudo castigo para los imprudentes coaligados.»—Esta palabra *castigo*, merecería ser castigada. La invención de Sharpe y Roberto de Manchester, debía naturalmente surgir de la situación: el hecho de haberse negado los obreros á sufrir la rebaja que se les pedía, no ha sido más que su causa determinante. Al ver el aire de venganza que se da la *Revista de Edimburgo*, ¿no se diría, á la verdad, que las máquinas tienen un efecto retroactivo?

Un fabricante inglés, decía por otro lado: «La in-subordinación de nuestros obreros, nos ha hecho pensar en la manera de *pasarnos sin ellos*. Hemos hecho y estimulado todos los esfuerzos de inteligencia imaginables para reemplazar el servicio de los hombres con instrumentos más dóciles, y lo hemos conseguido. La mecánica ha librado el capital de la opresión del trabajo. Donde ahora empleamos un hombre, no es más que provisionalmente, es decir, sólo para mientras se inventa para nosotros el medio de hacer sin él su tarea.»

¡Qué sistema el que lleva á un negociante á pensar con fruición en que la sociedad podrá pronto pasar sin hombres! ¡*La mecánica ha librado el capital de la opresión del trabajo!* Esto es como si el ministerio intentase librar el presupuesto de la opresión de los contribuyentes. ¡Insensato! Si los obreros os cuestan, son también vuestros compradores: ¿qué haríais de vuestros productos si, rechazados los jornaleros por vosotros, no los consumiesen? Así las máquinas, después de haber aplastado á los trabajadores, no

tardan en herir de rechazo á los maestros; porque si la producción excluye el consumo, se ve pronto obligada á pararse.

«Durante el cuarto semestre de 1841, cuatro grandes quiebras, ocurridas en una ciudad fabril de Inglaterra, han puesto en la calle á 1.720 personas.»—Esas quiebras eran debidas á exceso de producción, ó lo que es lo mismo, á la insuficiencia de los mercados, ó sea á la miseria de los pueblos. ¡Qué lástima que la mecánica no haya podido también librar el capital de la opresión de los consumidores! ¡Qué desgracia que las máquinas no comprenden los tejidos que fabrican! Habría llegado la sociedad á su ideal, si el comercio, la agricultura y la industria, pudiesen marchar sin que hubiese un hombre en la tierra.

«En una parroquia del Yorkshire, hace nueve meses que los obreros no trabajan sino dos días por semana.»—Máquinas.

«En Geston, dos fábricas tasadas en 60.000 libras esterlinas, han sido vendidas por 26.000.—Producían mucho más de lo que podían vender.»—Máquinas.

«En 1841, el número de los niños de *ménos* de trece años disminuye en las fábricas, porque los de *más* de trece ocupan sus puestos.»—Máquinas. El obrero adulto se hace de nuevo aprendiz, se hace de nuevo niño: este resultado venía previsto desde la fase de la división del trabajo, durante la cual hemos visto bajar la calidad del obrero á medida que se perfecciona la industria.

Al terminar, el periodista hace esta reflexión: «desde 1836, la industria algodonera está en retroceso, es decir, no guarda ya relación con las demás industrias; resultado previsto también por la teoría de la proporcionalidad de los valores.

Hoy, parecen haber cesado en todos los puntos de



Inglaterra las coaliciones y las huelgas de jornaleros, y los economistas se regocijan con razon de esa vuelta al orden, mejor diremos al sentido comun. Mas, de que los trabajadores no agraven ya en adelante, así cuando ménos lo espero, con sus voluntarias vacaciones la miseria que les crean las máquinas, ¿se sigue que la situacion haya cambiado? Y si en nada ha cambiado la situacion, ¿dejará de ser lo futuro más que la triste copia de lo pasado?

Los economistas se complacen en dar reposo á su espíritu contemplando el cuadro de la felicidad pública: por este signo se les reconoce y se reconocen entre sí. No faltan, sin embargo, entre ellos imaginaciones tristes y enfermizas, siempre dispuestas á oponer á los relatos de una prosperidad creciente, las pruebas de una obstinada miseria.

Así resumía Teodoro Fix la situacion general en Diciembre de 1844:

«La subsistencia de los pueblos no está ya expuesta á esas terribles perturbaciones causadas por las carestías y los casos de hambre, tan frecuentes hasta el comienzo del siglo XIX. Lo variado del cultivo y los adelantos agricolas han conjurado este doble azote de una manera casi absoluta. En 1791, la produccion total del trigo en Francia estaba valuada en cerca de 47 millones de hectólitros: lo que daba, deducidas las siembras, 1 hectólitro 65 centilitros por habitante. En 1840, está valuada la misma produccion en 70 millones de hectólitros, ó sean 1 hectólitro 82 centilitros por individuo, no estando, sin embargo, cultivada más superficie de tierra de la que lo estaba ántes de la revolucion..... Las materias elaboradas han crecido en proporciones, por lo ménos, tan fuertes como las sustancias alimenticias, y puede decirse que la masa de los tejidos se ha más que doblado y quizá triplicado en cincuenta años. Ha conducido á

este resultado el sucesivo adelanto de los procedimientos técnicos.

»Desde principios del siglo, la vida media ha aumentado de dos ó tres años, indicio irrecusable de un mayor bienestar, ó si se quiere, de una atenuacion de la miseria.

»En el espacio de veinte años, la cifra de las contribuciones indirectas, sin que se las haya agravado en nada, han subido de 540 millones á 720, síntoma de progreso económico, más bien que de progreso fiscal.

»En 1.º de Enero de 1844, la Caja de Depósitos y Consignaciones, debia á las de Ahorros 351 millones y medio, y París figuraba en la suma por 105 millones. La institucion no ha tomado, sin embargo, algun desarrollo, sino desde hace doce años, y es preciso observar que los 351 millones y medio debidos actualmente á las Cajas de ahorros, no constituyen la masa entera de las economías realizadas, puesto que, en determinados momentos, se da otro destino á los capitales acumulados.... En 1843, de 320.000 jornaleros y 80.000 sirvientes que contenia la capital, 90.000 jornaleros habian depositado en la Caja de ahorros 2.547.000 francos, y 34.000 sirvientes 1.268.000.»

Todos estos hechos son completamente ciertos, y la consecuencia que de ellos se deduce en favor de las máquinas, no puede tampoco ser más exacta: han dado en efecto al bienestar general un poderoso impulso. Pero los hechos que vamos á citar no son ménos auténticos, y la consecuencia que de ellos se deducirá contra las máquinas no será tampoco ménos justa, es á saber, que son una incesante causa de pauperismo. Apelo á las cifras del mismo Sr. Fix.

De 320.000 jornaleros y 80.000 sirvientes que residen en París, hay 230.000 de los primeros, y 46.000



de los segundos, total 276.000, que nada ponen en las Cajas de ahorros. No creo que nadie se atreva á sostener que sean 276.000 haraganes y pródigos que se exponen voluntariamente á la miseria. Ahora bien, como entre los mismos que hacen economías los hay pobres y de mediana conducta, para quienes el ahorro no es más que una tregua en el camino del libertinaje y la miseria, decimos que de todos los individuos que viven de su trabajo, cerca de las tres cuartas partes, ó son imprevisores, perezosos y libertinos, puesto que nada ponen en la Caja de ahorros, ó son demasiado pobres para realizar economías. No hay otra alternativa. Pero, á falta de caridad, no permite el sentido comun que se acuse en masa á los trabajadores; forzoso es, por lo tanto, atribuir la falta á nuestro régimen económico. ¿Cómo no ha visto el Sr. Fix que sus cifras se volvian contra sí mismas?

Se espera que con el tiempo, todos ó casi todos los trabajadores estén inscritos en las Cajas de ahorros. Sin esperar al testimonio del tiempo, podemos ver desde luego si es fundada la esperanza.

Segun el Sr. Vée, alcalde del 5.º distrito de París, el número de las familias pobres inscritas en los registros de las oficinas de beneficencia, es de 30.000; lo cual nos da 65.000 individuos. El padron hecho á principios de 1846, ha dado hasta 88.474. — Y las familias pobres, pero no inscritas, ¿cuántas son? — Otras tantas. Pongamos, pues, 180.000 pobres, no dudosos, aunque no oficiales. — Y los que viven en la penuria con apariencias de comodidad, ¿cuántos son aún? — Dos veces tanto: total en París, 360.000 personas que viven con escasez.

«Se habla del trigo, dice otro economista, el señor Leclerc; pero ¿no hay acaso poblaciones inmensas que no prueban el pan? Sin salir de nuestra misma

patria, ¿no hay poblaciones que viven exclusivamente de maíz, de alforfon, de castañas?.....»

El Sr. Leclerc denuncia el hecho: interpretémosle. Si, como no es dudoso, se deja sentir el aumento de poblacion, principalmente en las grandes ciudades, es decir, en los puntos en que se consume más trigo, es obvio que ha podido aumentar el término medio por cabeza sin que haya mejorado la condicion general. Nada hay tan engañoso como un término medio.

«Háblase, continúa diciendo el mismo, del aumento del consumo indirecto. Se intentaria en vano legitimar la falsificacion parisiense: existe, tiene sus maestros, sus hombres hábiles, su literatura, sus tratados didácticos y clásicos. Poseía Francia vinos exquisitos: ¿qué se ha hecho de ellos? ¿qué se ha hecho de esa brillante riqueza? ¿Dónde están los tesoros creados desde Probo, por el genio nacional? Y sin embargo, cuando se consideran los excesos á que da lugar el vino, donde quiera que esté caro, donde quiera que no éntre en el régimen regular; cuando en París, capital del reino de los buenos vinos, se ve al pueblo saciándose de un yo no sé qué falsificado, adulterado, nauseabundo, execrable á veces, y aún á las personas acomodadas bebiendo en sus casas, ó aceptando sin chistar en las fondas de fama, vinos llamados tales, de sabor indefinible, de color violáceo, de una insipidez, de una pobreza, de una miseria, capaces de hacer estremecer al más pobre campesino de Borgoña ó de Turena; ¿cabe dudar de buena fe de que los líquidos alcohólicos no sean una de las más imperiosas necesidades de nuestra naturaleza?.....»

He citado entero este pasaje, porque resume para un caso particular todo lo que habria que decir sobre los *inconvenientes* de las máquinas. Sucede, relativa-



mente al pueblo, con el vino lo que con los tejidos, y en general con todos los artículos y mercancías creadas para el consumo de las clases pobres. El pensamiento es siempre el mismo: reducir, por cualesquiera procedimientos, los gastos de fabricación, para sostener con ventaja la concurrencia contra los compañeros más afortunados ó más ricos, y también para servir á esa innumerable clientela de desheredados que no pueden poner precio á nada desde el momento en que su cualidad es buena. Producido por las vías ordinarias, el vino cuesta demasiado caro para la masa de los consumidores; corre peligro de quedar en las bodegas de los vendedores. El fabricante de vinos, ya que no puede hacer mecánico el cultivo, elude la dificultad buscando medio de poner el precioso líquido al alcance de todo el mundo, con ayuda de ciertas mezclas. Ciertos salvajes, en tiempo de carestía, comen tierra; el obrero civilizado bebe agua. Malthus fué un gran genio.

En lo que toca al aumento de la vida media, reconozco la sinceridad del hecho; pero declaro al mismo tiempo defectuosa la observación. Expliquémonos. Supongamos una población de diez millones de almas: si, por la causa que se quiera, la vida media viniese á aumentarse de cinco años para un millón de individuos, continuando en cebarse la mortalidad, del mismo modo que ántes, sobre los otros nueve millones, resultaría, distribuyendo este aumento sobre la totalidad, que la vida media habría aumentado para cada uno en seis meses. Sucede con la vida media, pretendido indicio del bienestar medio, lo que con la instrucción media: no cesa de subir el nivel de los conocimientos, sin que por esto deje de haber hoy en Francia tantos bárbaros como en tiempo de Francisco I. Los charlatanes que se proponían explotar los ferro-carriles metieron gran ruido con la im-

portancia que, según ellos, tenía la locomotora para la circulación de las ideas; y los economistas que andan siempre al acecho de esas bagatelas de la civilización, no dejaron de repetir esta insigne tontería.— ¡Como si las ideas para propagarse tuviesen necesidad de locomotoras! ¿Quién impide que las ideas circulen desde el Instituto á los arrabales de Saint-Antoine y Saint-Marceau, ni á las estrechas y miserables calles de la Cité y del Marais, ni á ninguno de los puntos donde habita todavía esa multitud aún más desprovista de ideas que de pan? ¿De qué procede que entre un parisiense y un parisiense, á pesar de los *omnibus* y del correo interior, haya una distancia tres veces mayor que en el siglo XIV?

La influencia subversiva de las máquinas sobre la economía social y la condición de los trabajadores se ejerce de mil maneras, que se encadenan y se atraen recíprocamente: á ella son debidos en gran parte la falta de trabajo, la reducción de los salarios, la producción excesiva, el hacinamiento, la alteración y la falsificación de los productos, las quiebras, la privación para los obreros de la industria que ejercieron, la degeneración de la especie, y finalmente, las enfermedades y la muerte.

Ha observado el mismo D. Teodoro Fix, que de cincuenta años acá, había disminuido de algunos milímetros la estatura del hombre en Francia. Esta observación vale la de hace poco: veamos sobre quién recae esa disminución.

En un dictámen leído en la Academia de Ciencias morales sobre los resultados de la ley de 22 de Marzo de 1841, Leon Faucher se expresaba en estos términos: «Los jornaleros jóvenes están pálidos, son débiles y de pequeña estatura, y tan tardos en sus pensamientos como en sus movimientos. A los catorce ó quince años no están más desarrollados que los ni-



ños de nueve á diez años en el estado normal. En cuanto al desarrollo de su entendimiento y su conciencia, los hay que á los trece años no tienen siquiera idea de Dios, ni han oído hablar jamás de sus deberes, habiendo tenido por primera escuela de moral la negra cárcel.»

Esto vió Leon Faucher con gran disgusto de Carlos Dupin, y esto declaró irremediable por la ley de 22 de Marzo. Y no hay, por cierto, para qué nos enojemos de la impotencia del legislador: el mal procede de una causa tan necesaria para nosotros como el sol; y en el lodazal en que estamos sumergidos, no harían más que empeorar la situación así nuestras iras como nuestros paliativos. Sí, mientras hacen la ciencia y la industria tan maravillosos progresos, á ménos que cambie de repente el centro de gravedad de la civilizacion, es indispensable que vaya menguando la inteligencia y el bienestar del proletario. Mientras se alarga y mejora la vida para las clases acomodadas, es fatal que empeore y se acorte para los menesterosos. Esto es lo que resulta de los escritos de los hombres que mejor piensan, quiero decir, de los más optimistas.

Segun el Sr. de Morogues, hay en Francia 7.500.000 hombres que no disponen sino de 91 francos por año, ó sea 25 céntimos por día. ¡Cinco sueldos! ¡cinco sueldos! ¿Hay, pues, algo de profético en ese odioso estribillo?

En Inglaterra (excluidas Escocia é Irlanda), la contribucion para los pobres era:

1801 — 4.078.894 lib. est.	para una poblacion de	8.872.980
1818 — 7.870.801	—	11.978.875
1833 — 8.000.000	—	14.000.000

El progreso de la miseria ha sido, por lo tanto, más rápido que el de la poblacion: ¿qué son ya en presencia de este hecho las hipótesis de Malthus?—Y

es con todo indudable que en la misma época habia aumentado el término medio del bienestar: ¿qué significan, por lo tanto, las estadísticas?

La relacion de mortalidad para el primer distrito de París es de un habitante por cincuenta y dos, y para el duodécimo el de uno por veinte y seis. Cuenta, pues, este último, un pobre por cada siete habitantes, al paso que el otro no cuenta más que uno por veinte y ocho. Esto no obsta para que la vida media haya aumentado en París, como Fix ha observado perfectamente.

En Mulhouse, las probabilidades de la vida media son de veinte y nueve años para los hijos de las clases acomodadas, y sólo de dos para los de las clases jornaleras:—en 1812, era la vida media en la misma localidad de veinte y cinco años, nueve meses y doce días, mientras que en 1827 no era ya más que de veinte y un años y nueve meses. Y, sin embargo, la vida media aumenta para toda la Francia. ¿Qué quiere decir esto?

El Sr. Blanqui, no pudiendo explicarse á la vez tanta prosperidad y tanta miseria, exclama en alguna parte: «El aumento de produccion no es aumento de riqueza.... Por lo contrario, se difunde más la miseria á medida que se concentra la industria. Preciso es que haya algún vicio radical en un sistema que no da seguridad alguna ni para el capital ni para el trabajo, y parece multiplicar las dificultades de los productores, al mismo tiempo que les obliga á multiplicar sus productos.»

No hay aquí vicio radical alguno. Lo que pasma al Sr. Blanqui es pura y simplemente lo que la Academia de que forma parte pide que se determine: son las oscilaciones del péndulo económico, del VALOR, que dan alternativa y uniformemente sobre el mal y el bien, mientras no haya dado la hora de la ecua-



cion universal. Si se me permite otra comparacion, la humanidad en su marcha es como una columna de soldados, que, habiendo empezado á marchar al mismo paso, y en un mismo instante, á los acompasados redobles del tambor, pierden poco á poco sus distancias. Todo adelanta; pero se prolonga sin cesar la distancia de la cabeza á la cola, siendo un efecto necesario del movimiento que haya rezagados y extraviados.

Pero conviene penetrar áun más en la antinomia. Las máquinas nos prometian un aumento de riqueza y han cumplido su palabra, pero dándonos de un mismo golpe un aumento de miseria. —Nos prometian tambien la libertad, y voy á probar que nos han traído la esclavitud.

He dicho que la determinacion del valor, y con ella las tribulaciones de la sociedad, empezaban en la division de las industrias, sin la cual no podia existir ni cambio, ni riqueza, ni progreso. El período que en estos momentos recorremos, el de las máquinas, se distingue por un carácter particular: el SALARIADO.

El salariado descende en línea recta del empleo de las máquinas, es decir, para dar á mi pensamiento toda la generalidad de expresion que reclama, de la ficcion económica por la que el capital se hace agente de produccion. El salariado, por fin, posterior á la division del trabajo y al cambio, es el correlativo obligado de la teoría de la reduccion de los gastos, cualquiera que sea el modo como esta reduccion se obtenga. Esta genealogía es demasiado interesante para no detenernos á decir sobre ella algunas palabras.

La primera, la más sencilla, la más poderosa de las máquinas, es el *taller*.

La division no hacia más que separar las diversas partes del trabajo, dejando que cada uno se entregara

á la especialidad que más le gustase: el taller agrupa á los trabajadores segun la relacion de cada parte con el todo. Esta es, en su forma más elemental, el equilibrio de los valores, que los economistas han declarado de imposible hallazgo. Ahora bien, por medio del taller va á aumentarse la produccion y al mismo tiempo el déficit.

Ha observado uno, que dividiendo la produccion y sus diversas partes, y haciendo ejecutar cada una de ellas por un obrero aparte, podia obtener una multiplicacion de fuerza, cuyo producto fuese de mucho superior á la suma de trabajo que da el mismo número de obreros, cuando no está dividido el trabajo.

Cogiendo el hilo de esa idea dijo, para sus adentros, que formando un grupo permanente de trabajadores acomodados al objeto especial que se proponia, habia de obtener una produccion más sostenida, más abundante y ménos costosa. No es, por lo demás, indispensable que los obreros estén reunidos en el mismo local: no depende esencialmente la existencia del taller de este contacto; resulta sí de la relacion y de la proporcion de las diferentes partes del trabajo y del pensamiento comun que les dirige. La reunion en un mismo lugar puede, en una palabra, ofrecer ventajas que no son para despreciadas; pero no constituye el taller.

Hé aquí pues la proposicion que hace el especulador á los que desea por colaboradores: os *garantizaré* para siempre la colocacion de vuestros productos si quereis tomarme por comprador ó por intermedio. El trato es tan evidentemente ventajoso, que la proposicion no puede dejar de ser aceptada. El jornalero encuentra en ella trabajo continuo, precio fijo y seguridad, y el empresario, por su parte, mayor facilidad para la venta, puesto que produce con ménos gasto y puede bajar algun tanto los precios, obteniendo al fin



beneficios más considerables á causa de la mayor extension de sus negocios. Ni podrá haber nadie, incluso el público y los magistrados, que no felicite al autor de la proposicion, por haber aumentado la riqueza social con sus combinaciones, ni nadie tampoco que no le vote una recompensa.

Mas, desde luego, quien dice reduccion de gastos, dice reduccion de servicios, no á la verdad dentro del nuevo taller, pero sí para los trabajadores que han quedado fuera, y tambien para muchos otros cuyos servicios accesorios serán, andando el tiempo, ménos solicitados. Así toda formacion de taller corresponde á una disminucion de trabajadores, asercion que por contradictoria que parezca, es tan verdadera respecto del taller como de la máquina.

Conviene en ello los economistas; pero repiten aquí su cantinela de siempre, que despues de transcurrido cierto tiempo, habiendo aumentado la demanda del producto á proporcion de la rebaja del precio, concluirá el trabajo por ser á su vez más solicitado que ántes. CON EL TIEMPO se restablecerá á no dudar el equilibrio; pero, lo repito, no se restablecerá el equilibrio en un punto que no esté roto en otro; porque el trabajo, del mismo modo que el espíritu inventivo, no se detiene nunca. Y ¿qué teoría podría justificar esas perpétuas hecatombes? «Cuando se haya reducido, decia el Sr. Sismondi, á la cuarta ó á la quinta parte de lo que hoy es el número de los braceros, no habrá tampoco necesidad sino de la cuarta ó quinta parte de sacerdotes, médicos, etc. Cuando se les haya eliminado del todo, cabrá tambien pasar sin el género humano.» Esto sucederia efectivamente, si para poner el trabajo de cada máquina en relacion con las necesidades del consumo, es decir, para restablecer la proporcion continuamente destruida de los valores, no se hiciese necesario crear in-

cesantemente nuevas máquinas, abrir nuevos mercados, y, por consiguiente, multiplicar los servicios y desalojar otros brazos. De suerte que por un lado la industria y la riqueza, y por otro la poblacion y la miseria, marchan, por decirlo así, en dos hileras y tirando siempre la una de la otra.

He presentado al empresario, en los albores de la industria, tratando de igual á igual con sus camaradas, que han venido más tarde á ser sus *jornaleros*. Es á la verdad sensible que esa igualdad primitiva haya desaparecido rápidamente, debido á la ventajosa posicion del maestro y á la dependencia de los asalariados. En vano la ley concede á todos y á cada uno el derecho de hacerse empresario á su vez, así como tambien la facultad de trabajar solo y vender directamente sus productos. La hipótesis hace impracticable este último recurso, puesto que el taller ha tenido por objeto destruir el trabajo aislado. En cuanto al derecho de tener taller propio y establecerse, sucede con la industria lo que con la agricultura: lo de saber trabajar es lo de ménos; lo que importa es llegar á tiempo, porque la lonja como la tierra es del primero que la ocupa. Cuando un establecimiento ha conseguido desarrollarse, ensanchar sus bases, lastrarse con capitales, y asegurarse una buena parroquia; ¿qué ha de poder contra una fuerza tan superior un jornalero que no tiene más que sus brazos? Así, no por un acto arbitrario del soberano poder, ni por una usurpacion fortuita y brutal, se habian establecido en la Edad media los gremios y las veedurías: la fuerza de las cosas las habia creado mucho tiempo ántes de haberles dado una consagracion legal los edictos de los reyes, no siendo extraño que despues de la reforma de 1789 las veamos reconstituidas á nuestra vista con una energía cien veces más espantosa. Abandónese el trabajo



á sus propias tendencias, y se tendrá de seguro reducidas á servidumbre las tres cuartas partes del género humano.

Pero no está aquí todo. La máquina ó el taller, despues de haber degradado al trabajador dándole un maestro, acaba de envilecerle, haciéndole bajar del rango de artesano al de peon.

En otro tiempo la poblacion de las orillas del Saona y del Ródano se componia en gran parte de marineros dedicados todos á conducir barcas á fuerza, ya de caballos, ya de remos. Hoy, establecidos en toda la línea los remolcadores de vapor, como los marineros no pueden vivir ya de su profesion, ó pasan holgando las tres cuartas partes de la vida, ó se hacen fogoneros.

Cuando no la miseria, la degradacion: tal es la triste suerte á que conducen las máquinas al obrero. Porque sucede con una máquina lo que con una pieza de artillería: todos los que ésta ocupa, si se exceptúa el capitán, son meros *servientes*, esclavos.

Desde el establecimiento de las grandes fábricas han desaparecido del hogar doméstico una multitud de pequeñas industrias: ¿se cree acaso que los obreros á 50 y 75 céntimos sean tan inteligentes como sus abuelos?

«Despues de hecho el ferro-carril de París á San German, dice el Sr. Dunoyer, se ha establecido entre el Pecq y una multitud de localidades más ó ménos próximas un número tal de ómnibus y de coches, que contra toda prevision la línea férrea ha aumentado en una proporcion considerable el empleo de los caballos.»

¡Contra toda prevision! No hay más que un economista que pueda dejar de prever estos casos. Multiplicad las máquinas, y aumentais el trabajo penoso y repugnante: este apotegma es tan seguro como el

más seguro entre los que datan del diluvio. Acúseme, si se quiere, de malevolencia para con la más bella invencion de nuestro siglo: nada obstará para que diga que el principal resultado de los ferro-carriles, despues de la servidumbre de la pequeña industria, será crear una poblacion de trabajadores degradados, camineros, barrenderos, cargadores, descargadores, carretoneros, guardas, porteros, pesadores, engrasadores, limpiadores, fogoneros, bombos, etc. Cuatro mil kilómetros de ferro-carriles darán á la Francia otros 50.000 siervos: no serán sin duda esas gentes para las que pida el Sr. Chevalier escuelas profesionales.

Se dirá tal vez que habiéndose aumentado á proporcion la masa de los trasportes mucho más que el número de los jornaleros, la diferencia redunda toda en pró del ferro-carril, y en suma hay progreso. Cabe hasta generalizar la observacion y aplicar el mismo raciocinio á todas las industrias.

Mas precisamente lo general del fenómeno es lo que hace resaltar el esclavizamiento de los obreros. En la industria el primer papel es para las máquinas, el segundo para el hombre: todo el ingenio desplegado por el trabajo embrutece al fin al jornalero. ¡Qué gloriosa nacion la nuestra, cuando de 40 millones de habitantes cuente hasta 35 de gañanes, covachuelistas y criados!

Con la máquina y el taller el derecho divino, es decir, el principio de autoridad, penetra en la economía política. Capital, Maestría, Privilegio, Monopolio, Comandita, Crédito, Propiedad, etc., tales son en el lenguaje económico los diversos nombres de ese no sé qué que en otra parte se llama Poder, Autoridad, Soberanía, Ley escrita, Revelacion, Religion, por fin, Dios, causa y principio de todas nuestras miserias y de todos nuestros crímenes, que cuanto



más tratamos de definir, tanto más se nos escapa.

¿Será, pues, imposible que en el actual estado de la sociedad, el taller con su organización gerárquica y las máquinas, en vez de favorecer exclusivamente los intereses de la clase menos numerosa, menos trabajadora y más rica, sean empleados de manera que redunden en bien de todos?

Esto vamos á examinar.

§ III. Preservativos contra la desastrosa influencia de las máquinas.

Reduccion de mano de obra, es sinónimo de baja de precio, y por consecuencia de aumento de cambios, puesto que el consumidor compra siempre más si paga menos.

Pero reduccion de mano de obra, es también sinónimo de restriccion del mercado, puesto que si el comprador gana menos, comprará también menos. Así sucede en efecto. La concentracion de fuerzas en el taller, y la intervencion del capital en la produccion bajo el nombre de máquinas, engendran á la vez la excesiva produccion y la miseria; azotes más espantosos que el incendio y la peste, que todo el mundo ha visto desarrollarse en nuestros dias, en la más vasta escala, y con voraz intensidad. Es, empero, imposible que retrocedamos: conviene producir, producir siempre y producir barato; sin esto, la existencia de la sociedad estaria gravemente comprometida. El trabajador, que para salvarse del embrutecimiento con que le amenazaba el principio de division, habia creado tantas maravillosas máquinas, se encuentra por sus propias obras ó inhabilitado ó subyugado. ¿Qué medios se proponen contra esa alternativa?

El Sr. Sismondi, con todos los hombres de ideas patriarcales, quisiera que se abandonase la division

del trabajo con las máquinas y las fábricas, y volviese cada familia al sistema de indivision primitiva, es decir, al *cada uno en su casa, cada uno para sí*, en la acepcion más literal de la palabra. — Pero esto es retroceder, y por lo tanto imposible.

El Sr. Blanqui vuelve á la carga con su proyecto de participacion del obrero en los beneficios y el establecimiento en comandita de todas las industrias en provecho del trabajador colectivo. — He demostrado ya que este proyecto comprometia la fortuna pública sin mejorar de una manera ostensible la suerte de los trabajadores; y el mismo Sr. Blanqui parece haberse adherido á la misma opinion. ¿Cómo conciliar, en efecto, esta participacion del obrero en los beneficios con los derechos de los inventores, empresarios y capitalistas, de los cuales unos tienen que reembolsarse de fuertes anticipos y de largos y penosos esfuerzos, otros han de exponer sin cesar su fortuna ya adquirida y correr solos los riesgos de empresas muchas veces muy aventuradas, y en que los terceros, por fin, no podrian sobrellevar una reduccion en el tipo de sus intereses sin perder en cierto modo sus ahorros? ¿Cómo, en una palabra, hacer compatible la igualdad que se quisiera establecer entre los trabajadores y los maestros, con la preponderancia que no es posible quitar á los jefes de los establecimientos, á los comanditarios ni á los inventores, preponderancia que implica claramente para ellos el goce exclusivo de los beneficios? Decretar por una ley la participacion de los jornaleros en los beneficios de los maestros, seria decretar la disolucion de la sociedad: los economistas lo han comprendido tan bien, que han terminado por convertir en una súplica á los maestros lo que en un principio habian concebido como un proyecto. Ahora bien, interin el hombre asalariado no goce de otro provecho



más tratamos de definir, tanto más se nos escapa.

¿Será, pues, imposible que en el actual estado de la sociedad, el taller con su organización gerárquica y las máquinas, en vez de favorecer exclusivamente los intereses de la clase menos numerosa, menos trabajadora y más rica, sean empleados de manera que redunden en bien de todos?

Esto vamos á examinar.

§ III. Preservativos contra la desastrosa influencia de las máquinas.

Reduccion de mano de obra, es sinónimo de baja de precio, y por consecuencia de aumento de cambios, puesto que el consumidor compra siempre más si paga menos.

Pero reduccion de mano de obra, es también sinónimo de restriccion del mercado, puesto que si el comprador gana menos, comprará también menos. Así sucede en efecto. La concentracion de fuerzas en el taller, y la intervencion del capital en la produccion bajo el nombre de máquinas, engendran á la vez la excesiva produccion y la miseria; azotes más espantosos que el incendio y la peste, que todo el mundo ha visto desarrollarse en nuestros dias, en la más vasta escala, y con voraz intensidad. Es, empero, imposible que retrocedamos: conviene producir, producir siempre y producir barato; sin esto, la existencia de la sociedad estaria gravemente comprometida. El trabajador, que para salvarse del embrutecimiento con que le amenazaba el principio de division, habia creado tantas maravillosas máquinas, se encuentra por sus propias obras ó inhabilitado ó subyugado. ¿Qué medios se proponen contra esa alternativa?

El Sr. Sismondi, con todos los hombres de ideas patriarcales, quisiera que se abandonase la division

del trabajo con las máquinas y las fábricas, y volviese cada familia al sistema de indivision primitiva, es decir, al *cada uno en su casa, cada uno para sí*, en la acepcion más literal de la palabra. — Pero esto es retroceder, y por lo tanto imposible.

El Sr. Blanqui vuelve á la carga con su proyecto de participacion del obrero en los beneficios y el establecimiento en comandita de todas las industrias en provecho del trabajador colectivo. — He demostrado ya que este proyecto comprometia la fortuna pública sin mejorar de una manera ostensible la suerte de los trabajadores; y el mismo Sr. Blanqui parece haberse adherido á la misma opinion. ¿Cómo conciliar, en efecto, esta participacion del obrero en los beneficios con los derechos de los inventores, empresarios y capitalistas, de los cuales unos tienen que reembolsarse de fuertes anticipos y de largos y penosos esfuerzos, otros han de exponer sin cesar su fortuna ya adquirida y correr solos los riesgos de empresas muchas veces muy aventuradas, y en que los terceros, por fin, no podrian sobrellevar una reduccion en el tipo de sus intereses sin perder en cierto modo sus ahorros? ¿Cómo, en una palabra, hacer compatible la igualdad que se quisiera establecer entre los trabajadores y los maestros, con la preponderancia que no es posible quitar á los jefes de los establecimientos, á los comanditarios ni á los inventores, preponderancia que implica claramente para ellos el goce exclusivo de los beneficios? Decretar por una ley la participacion de los jornaleros en los beneficios de los maestros, seria decretar la disolucion de la sociedad: los economistas lo han comprendido tan bien, que han terminado por convertir en una súplica á los maestros lo que en un principio habian concebido como un proyecto. Ahora bien, interin el hombre asalariado no goce de otro provecho



que el que le deje el empresario, puede contar con una indigencia eterna: no está en manos de los actuales dueños del trabajo que otra cosa suceda.

Además, la idea, por otra parte muy laudable, de asociar á los obreros con los maestros, tiende á esta conclusion comunista evidentemente falsa en sus premisas. El último fin de las máquinas es hacer al hombre rico y feliz sin que tenga necesidad de trabajar. Puesto, pues, que los agentes naturales deben hacerlo para nosotros todo, las máquinas han de pertenecer al Estado, y el objeto del progreso es el comunismo.

Examinaré en su lugar la teoría comunista.

Pero creo deber anticipar desde luego á los partidarios de esta utopia que la esperanza en que se mecen, á propósito de las máquinas, no es más que una ilusión de economistas, algo como el movimiento continuo, que se busca siempre y no se encuentra nunca, porque se pide á quien no puede darlo. Las máquinas no andan solas: para tenerlas en movimiento es indispensable organizar á su alrededor un servicio inmenso, de tal suerte, que al fin el hombre, creándose tanta más tarea cuanto más se surte de instrumentos, más que en distribuir el producto de las máquinas se ha de ocupar en alimentarlas, es decir, en renovar incesantemente su motor, no siendo esto para él pequeño trabajo. Ahora bien, ese motor no es el aire, ni el agua, ni el vapor, ni la electricidad, sino el trabajo, es decir, el mercado, el consumo.

Un ferro-carril suprime en toda la línea que recorre, el transporte por ruedas, las diligencias, los guarnicioneros, los silleros, los carreteros, los posaderos: aprecio el hecho un instante despues del establecimiento del camino. Supongamos que el Estado por medida de conservacion ó por principio de

indemnizacion hace á los industriales despojados por el ferro-carril, propietarios ó explotadores de las vías: quedando reducidos los precios de transporte de un 25 por 100 (sin esto ¿á qué el camino?), se encontrará disminuida en una cantidad igual la renta ó sean los beneficios de sus industriales, lo que equivale á decir que una cuarta parte de las personas que ántes vivian del transporte por ruedas se encontrarán, á pesar de la munificencia del Estado, literalmente sin recursos. Para hacer frente á este déficit no tendrán más que una esperanza, y esta será la de que aumente en un 25 por 100 la masa de los transportes verificados por la línea, ó la de que encuentren ocupacion en otras categorías industriales; cosa que se presenta desde luego imposible, puesto que tanto por la hipótesis, como por el hecho, todos los destinos están ocupados, la proporcion es la misma en todas partes, y la oferta basta á la demanda.

Conviene, sin embargo, si se quiere que aumente la masa de los transportes, que se dé un nuevo estímulo al trabajo de las demás industrias. Admitiendo ahora que se emplee en este aumento de produccion á los trabajadores cesantes por causa de la vía férrea, y sea su distribucion en las diversas categorías del trabajo de tan fácil ejecucion como lo prescribe la teoría, se estará áun léjos de haber vencido la dificultad. Porque siendo el personal de la circulacion al de la produccion como 100 es á 1000, para obtener la misma renta que ántes con una circulacion una cuarta parte ménos cara, ó en otros términos, una cuarta parte más poderosa, será preciso reforzar también la produccion una cuarta parte, es decir, añadir á la milicia agrícola é industrial, no ya 25, cifra que indica la proporcionalidad de la industria de carruajería, sino 250. Mas para llegar á este resultado será indispensable crear máquinas, y lo que peor



es, hombres, lo cual retrotrae la cuestion al mismo punto. Así contradiccion sobre contradiccion: no sólo falta el trabajo al hombre á causa de la máquina, sino que tambien falta á la máquina el hombre á causa de su debilidad numérica y la insuficiencia de su consumo; de suerte que mientras se espera que se restablezca el equilibrio, hay á la vez falta de trabajo y de brazos, falta de productos y falta de mercados. Y lo que decimos del ferro-carril es cierto respecto de todas las industrias: se persiguen siempre el hombre y la máquina, sin que el primero pueda alcanzar nunca el reposo, ni la segunda verse satisfecha.

Cualesquiera que fuesen, por lo tanto, los progresos de la mecánica, áun cuando se inventasen máquinas cien veces más maravillosas que la *mule-jenny*, el telar para calcetas y la prensa de cilindro; áun cuando se descubriesen fuerzas cien veces más poderosas que el vapor; léjos de emancipar esto la humanidad ni de procurarla ocios, ni de hacerle gratuita la produccion de los objetos, no haria más que multiplicar el trabajo, provocar el aumento de poblacion, agravar la servidumbre, hacer más cara la vida, y ahondar el abismo que separa la clase que manda y goza de la que obedece y sufre.

Supongamos ahora vencidas todas estas dificultades; supongamos que los trabajadores que deja el ferro-carril disponibles basten para ese aumento del servicio que reclama el alimento de la locomotora. No habiéndose efectuado la compensacion de una manera brusca, no habrá quien sufra; al contrario, aumentará ántes el bienestar de cada cual por el beneficio que obtenga la via férrea sobre el transporte por ruedas. ¿Quién, pues, se me preguntará, impide que pasen las cosas con esa regularidad y precision? ¿Ni qué cosa más fácil para un gobierno inteligente, que

verificar de este modo todas las transiciones industriales?

He llevado la hipótesis tan léjos como era posible, á fin de manifestar por una parte el objeto á que la humanidad se dirige, y por otra, las dificultades que ha de vencer para alcanzarlo. En lo que á las máquinas concierne, está seguramente dentro del órden providencial que se realice el progreso de la manera que acaba de decirse; pero lo que estorba la marcha de las sociedades y las lleva de Scila á Caribdis, es justamente el hecho de no estar organizadas. No hemos llegado, pues, sino á la segunda de sus evoluciones, y hemos encontrado ya en nuestro camino dos abismos, al parecer insuperables: la division del trabajo y las máquinas. ¿Cómo conseguir que el trabajador parcelario, si es hombre de inteligencia, no se embrutezca, y si está ya embrutecido, vuelva á la vida intelectual? ¿Cómo, en segundo lugar, crear entre los trabajadores esa solidaridad de intereses sin la que el progreso industrial cuenta sus pasos por sus catástrofes, cuando esos mismos trabajadores están profundamente divididos por el trabajo, el salario, la inteligencia y la libertad, es decir, por el egoismo? ¿Cómo, por fin, conciliar lo que los progresos ya verificados hacen inconciliable? Apelar á la mancomunidad y á la fraternidad, seria anticiparnos: no hay nada de comun ni puede existir fraternidad entre criaturas tales como las que ha formado la division del trabajo y el servicio de las máquinas. Por ahora, á lo ménos, no hemos de buscar por este lado solucion alguna.

Pues bien, se dirá; puesto que el mal está aún más en las inteligencias que en el sistema, insistamos en la enseñanza, trabajemos por la educacion del pueblo.

Para que sea útil la instruccion, para que pueda



ser recibida, es ante todo indispensable que sea libre el educando, así como ántes de sembrar una tierra cualquiera, se la muelle con el arado y la quitan las espinas y la grama. El mejor sistema de educacion, por otra parte, áun en lo relativo á la moral y á la filosofía, sería el de la educacion profesional. Ahora bien, ¿cómo se ha de poder conciliar esta educacion con la extremada division del trabajo y el servicio de las máquinas? ¿Cómo el hombre, que por efecto de su trabajo se ha hecho un esclavo, es decir, un mueble, una cosa, ha de volver á ser persona por medio del mismo trabajo, ó sea continuando en el mismo ejercicio? ¿Cómo no se ve que esas ideas chocan entre sí, y si por acaso el proletario, cosa punto ménos que imposible, pudiera llegar mañana á adquirir cierto grado de inteligencia, se serviría desde luego de ella para trastornar la sociedad y cambiar todas las relaciones civiles é industriales? Y no se tome por vana exageracion lo que estoy diciendo. La clase jornalera en París y en las grandes ciudades, es muy superior por sus ideas á lo que era hace veinticinco años; y quiero que se me diga si no es decidida y enérgicamente revolucionaria. Lo llegará indudablemente á ser cada día más, á medida que adquiriera las ideas de justicia y de orden, á medida, sobre todo, que vaya comprendiendo el mecanismo de la propiedad.

El lenguaje, permítaseme que vuelva una vez más á las etimologías, el lenguaje, digo, me parece que ha expresado con bastante limpieza la condicion moral del trabajador, despues que ha sido, por decirlo así, *despersonalizado* por la industria. En latin, la idea de servidumbre implica la de subalternacion del hombre á las cosas; y cuando más tarde el derecho feudal declaró al siervo *pegado á la gleba*, no hizo más que traducir por una perifrasis el sentido

literal de la palabra *servus* (18). La razon espontánea, oráculo de la misma fatalidad, habia por lo tanto condenado al obrero subalterno, ántes de haberle declarado indigno la ciencia. Despues de esto, ¿qué han de poder los esfuerzos de la filantropía para unos séres que la Providencia ha rechazado?

El trabajo es la educacion de nuestra libertad. Sintieron profundamente esta verdad los antiguos cuando distinguieron las artes serviles de las artes liberales. Porque á tal perfeccion, tales ideas; á tales ideas, tales costumbres. Todo toma en la esclavitud el carácter de la bajeza: los hábitos, los gustos, las inclinaciones, los sentimientos, los placeres: hay en ella una subversion universal. ¡Ocuparse de la educacion de las clases pobres! Esto es crear en esas almas degeneradas el más atroz antagonismo; esto es inspirarles ideas que el trabajo les haria insoportables, afecciones incompatibles con lo grosero de sus costumbres, placeres cuyo sentimiento está en ellos embotado. Si pudiese semejante cosa realizarse, en vez de hacer del trabajador un hombre, se habria hecho un demonio. Estúdiense esas fisonomías que pueblan las cárceles y los presidios, y dígasenos si no pertenecen en su mayor parte á hombres á quienes ha encontrado demasiado débiles y ha desmoralizado y muerto la revelacion de la belleza, de la elegancia, de la riqueza, del bienestar, del honor, de la ciencia, de todo lo que constituye la dignidad del hombre.

«Cuando ménos, dicen los ménos audaces, convendria fijar los salarios, redactar para cada industria aranceles que fuesen aceptados por oficiales y maestros.»

El Sr. Fix es quien ha presentado esta hipótesis salvadora, y contesta victoriosamente:

«Esos aranceles se han hecho en Inglaterra y otras partes, y se sabe ya lo que valen; no bien han



sido en todas partes aceptados, cuando los han quebrantado maestros y oficiales.»

Las causas de esa violacion de los aranceles son fáciles de comprender: lo son las máquinas, y las incesantes combinaciones de la industria. Conviénese en un arancel en un momento dado, y de pronto sobreviene una nueva invencion, que da á su autor medio de hacer bajar el precio de la mercancía. ¿Qué han de hacer los demás productores? O han de dejar de fabricar despidiendo á sus jornaleros, ó les han de proponer una rebaja de salario. No les queda otro partido que tomar, en tanto que descubran á su vez un procedimiento por medio del cual, sin rebajar los salarios, puedan producir con más baratura que sus rivales; lo cual equivaldria aún á otra supresion de obreros.

El Sr. Leon Faucher parece que se inclina al sistema de las indemnizaciones. Dice:

«Concebimos que por un interés cualquiera el Estado, que representa el voto general, imponga el sacrificio de una industria.»—Se entiende que la impone siempre, por el mero hecho de conceder á cada cual la libertad de producir y de protegerla y defenderla contra todo ataque.—«Pero esta es una medida extrema, una experiencia siempre peligrosa que debe ir acompañada de todos los miramientos posibles para con los individuos. El Estado no tiene el derecho de quitar á una clase de ciudadanos el trabajo de que viven, sin haber ántes provisto de otro modo á su subsistencia, ó haberse cerciorado de que encontrarán en una nueva industria el empleo de su inteligencia y de sus brazos. En todos los países civilizados es un principio inconcuso que el gobierno no puede, ni aun por causa de utilidad pública, apoderarse de una propiedad particular sin haber prévia y debidamente indemnizado al propietario. Ahora bien, el trabajo nos

parece una propiedad tan legítima y tan sagrada como un campo ó una casa, razon por la cual no comprendemos que se le expropie sin indemnizacion de ningun género...

»Por tan quiméricas tenemos las doctrinas que ven en el gobierno el proveedor universal de trabajo para la sociedad, como nos parece justo y necesario que no se perturbe el trabajo en nombre de la utilidad pública sin una compensacion ó transicion, ni se inmolen individuos ni clases á la razon de Estado. El poder, en las naciones bien constituidas, tiene siempre tiempo y dinero para atenuar esos sufrimientos parciales. Precisamente porque la industria no emana de él, precisamente porque nace y se desarrolla bajo el libre é individual impulso de los ciudadanos, está obligado el gobierno á ofrecerle una especie de reparacion ó indemnizacion desde el momento en que perturbe su marcha.»

No se dirá que no hable el Sr. Leon Faucher á las mil maravillas: mas, diga lo que quiera, pide la organizacion del trabajo. Hacer que *no se verifique trastorno alguno en el trabajo sin una compensacion ó transicion ni sean jamás inmolados individuos ni clases á la razon de Estado*, es decir, al progreso de la industria y de la libertad de empresa, ley suprema del Estado, es indudablemente constituirle, de la manera que determinen luego las futuras leyes, en *proveedor del trabajo para la sociedad* y en guardian de los salarios. Y como, segun hemos dicho repetidas veces, el progreso industrial, y por consecuencia, el trabajo de descomposicion y recomposicion en la sociedad es continuo, no se trata de encontrar una transicion particular para cada una de las innovaciones que ocurran, sino un principio general, una ley orgánica aplicable á todos los casos posibles que produzca efectos por sí misma. ¿Se



halla el Sr. Leon Faucher en estado de formular esta ley y conciliar los diversos antagonismos que hemos descrito? No, puesto que se fija con preferencia en la idea de una indemnizacion. *El poder, dice, en las naciones bien organizadas, tiene siempre tiempo y dinero para amortiguar esos sufrimientos parciales.* Siento decirlo por ver cuán generosas son las intenciones del Sr. Faucher: esas intenciones me parecen radicalmente impracticables.

El poder no tiene más tiempo ni más dinero que el que saca á los contribuyentes. Indemnizar con el impuesto á los industriales desalojados por los nuevos inventos, sería condenar al ostracismo esas mismas invenciones é imponer el comunismo por medio de las bayonetas; lo cual no es resolver el problema. Es inútil insistir más en la indemnizacion por el Estado. La indemnizacion, aplicada segun las ideas del señor Faucher, ó conduciría al despotismo industrial, á algo parecido al gobierno de Mehemet-Alí, ó degeneraría en una contribucion de pobres, es decir, en una vana hipocresía. Para bien de la humanidad, vale más no indemnizar, y dejar que el trabajo busque por sí mismo su constitucion eterna.

Los hay que dicen: Lleve el gobierno á los trabajadores desocupados á donde no se halle aún establecida la industria privada, esto es, á los trabajos que no están al alcance de las empresas individuales. Tenemos montes por repoblar, cinco ó seis millones de hectáreas de tierra por descuajar, canales por abrir, y finalmente, mil cosas de utilidad inmediata y general por emprender.

«Perdónennos nuestros lectores, contesta á esto el Sr. Fix; no podemos ménos de hacer intervenir aquí el capital. Esas tierras, exceptuando algunas de las concejiles, están incultas, porque cultivadas no producirían beneficio alguno ni cubrirían probablemente

los gastos de cultivo. Están esas tierras poseidas por propietarios que tienen ó no el capital necesario para beneficiarlas. En el primer caso, el propietario se contentaría muy probablemente, si las cultivase, con un pequeñísimo beneficio, y renunciaría tal vez á lo que se llama la renta de la tierra; pero ha encontrado que emprendiendo ese cultivo perdería su capital de fundacion, y le han demostrado otros cálculos suyos que la venta de los productos no cubriría sus gastos. Examinado todo bien, esas tierras permanecerían, pues, incultas, porque el capital que en ellas se emplease, no produciría nada y se perdería por completo. Si otra cosa sucediese, todos esos terrenos serían al punto reducidos á cultivo; las economías que toman hoy otro rumbo, irían necesariamente hasta cierto punto á colocarse en empresas territoriales, porque el capital no tiene afecciones ni atiende más que á intereses, y busca siempre el empleo que sea á la vez más seguro y más lucrativo.»

Este razonamiento, muy bien motivado, equivale á decir que no ha llegado aún para Francia la hora de reducir á cultivo sus baldíos, así como no ha llegado para los cafres y los hotentotes la de los ferro-carri-les. Porque, como he dicho en el capítulo II, la sociedad empieza siempre por lo más fácil, lo más seguro, lo más necesario y lo ménos costoso, y sólo poco á poco logra utilizar las cosas que son relativamente ménos productivas. No ha hecho otra cosa el género humano desde que se agita sobre la haz del globo: el cuidado es para él siempre el mismo, el de asegurar su subsistencia sin dejar de ir nunca descubriendo. Para que la reduccion á cultivo de que se habla no sea una especulacion ruinosa, una causa de miseria, en otros términos, para que sea posible, es indispensable que multipliquemos aún más nuestros capitales y nuestras máquinas, descubramos nuevos



procedimientos, dividamos mejor el trabajo. Ahora bien, solicitar del gobierno que tome una iniciativa tal, es imitar á los campesinos, que al acercarse la tempestad se ponen á orar á Dios y á invocar el santo de su devoción. Los gobiernos, no se repetirá nunca bastante, son los representantes de la divinidad, he estado por decir, los ejecutores de las celestiales venganzas: nada pueden por nosotros. ¿Podría el gobierno inglés, por ejemplo, dar trabajo á los que se refugian en los workhaus? Aun cuando pudiese, ¿se atrevería? ¡Ayúdate, y Dios te ayudará! este acto de desconfianza popular para con la divinidad, nos dice lo que podemos esperar del poder... nada.

Llegados á la segunda estacion de nuestro calvario, en vez de entregarnos á estériles contemplaciones, mostrémonos cada vez más atentos á las lecciones del destino. La garantía de nuestra libertad está en el progreso de nuestro suplicio.

## CAPÍTULO V.

TERCERA ÉPOCA.—LA CONCURRENCIA.

Entre la hidra de cien cabezas de la division del trabajo y el dragon indómito de las máquinas, ¿qué será de la humanidad? Lo ha dicho un profeta hace más de dos mil años: Satanás mira á su víctima, y está encendida la guerra, *Aspexit gentes, et dissolvit*. Para preservarnos de dos azotes, el hambre y la peste, la Providencia nos envía la discordia.

La concurrencia representa esa era de la filosofía en que habiendo una semi-inteligencia de las antinomias de la razon engendrado el arte del sofista, se confundieron los caracteres de lo falso y lo ver-

dadero, y no hubo ya en lugar de doctrinas sino las seductoras justas del ingenio. Así el movimiento industrial reproduce de una manera fiel el movimiento metafísico: la historia de la economía social está toda en los escritos de los filósofos. Estudiemos esa fase interesante, cuyo más pronunciado carácter es privar del juicio, tanto á los que creen, como á los que protestan.

### §. I.—Necesidad de la concurrencia.

El Sr. D. Luis Reybaud, novelista de profesion, economista por azar, premiado por la Academia de Ciencias morales y políticas á causa de sus caricaturas anti-reformistas, y hoy uno de los escritores de más antipatía por las ideas sociales; el Sr. D. Luis Reybaud, digo, haga lo que quiera, no está por eso ménos profundamente imbuido de esas ideas mismas: la oposicion que hace con tanto estruendo no está ni en su corazon ni en su entendimiento, sino en los hechos.

En la primera edicion de sus *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conmovido el Sr. Reybaud por el espectáculo de los dolores sociales, tanto como por el valor de esos fundadores de escuelas que creyeron poder reformar el mundo con una explosion de sentimentalismo, habia dicho formalmente que de todos sus sistemas quedaba y sobrenadaba el principio de ASOCIACION. El Sr. Dunoyer, uno de los jueces del Sr. Reybaud, le consagra estas palabras, tanto más lisonjeras para el Sr. Reybaud, cuanto que son ligeramente irónicas:

«El Sr. Reybaud, que ha expuesto con tanta exactitud y talento en un libro premiado por la Academia francesa, los vicios de los tres principales sistemas reformistas, está por el principio que les es comun y



procedimientos, dividamos mejor el trabajo. Ahora bien, solicitar del gobierno que tome una iniciativa tal, es imitar á los campesinos, que al acercarse la tempestad se ponen á orar á Dios y á invocar el santo de su devoción. Los gobiernos, no se repetirá nunca bastante, son los representantes de la divinidad, he estado por decir, los ejecutores de las celestiales venganzas: nada pueden por nosotros. ¿Podría el gobierno inglés, por ejemplo, dar trabajo á los que se refugian en los workhaus? Aun cuando pudiese, ¿se atrevería? ¡Ayúdate, y Dios te ayudará! este acto de desconfianza popular para con la divinidad, nos dice lo que podemos esperar del poder... nada.

Llegados á la segunda estación de nuestro calvario, en vez de entregarnos á estériles contemplaciones, mostrémonos cada vez más atentos á las lecciones del destino. La garantía de nuestra libertad está en el progreso de nuestro suplicio.

## CAPÍTULO V.

TERCERA ÉPOCA.—LA CONCURRENCIA.

Entre la hidra de cien cabezas de la división del trabajo y el dragon indómito de las máquinas, ¿qué será de la humanidad? Lo ha dicho un profeta hace más de dos mil años: Satanás mira á su víctima, y está encendida la guerra, *Aspexit gentes, et dissolvit*. Para preservarnos de dos azotes, el hambre y la peste, la Providencia nos envía la discordia.

La concurrencia representa esa era de la filosofía en que habiendo una semi-inteligencia de las antinomias de la razón engendrado el arte del sofista, se confundieron los caracteres de lo falso y lo ver-

dadero, y no hubo ya en lugar de doctrinas sino las seductoras justas del ingenio. Así el movimiento industrial reproduce de una manera fiel el movimiento metafísico: la historia de la economía social está toda en los escritos de los filósofos. Estudiemos esa fase interesante, cuyo más pronunciado carácter es privar del juicio, tanto á los que creen, como á los que protestan.

### §. I.—Necesidad de la concurrencia.

El Sr. D. Luis Reybaud, novelista de profesión, economista por azar, premiado por la Academia de Ciencias morales y políticas á causa de sus caricaturas anti-reformistas, y hoy uno de los escritores de más antipatía por las ideas sociales; el Sr. D. Luis Reybaud, digo, haga lo que quiera, no está por eso ménos profundamente imbuido de esas ideas mismas: la oposición que hace con tanto estruendo no está ni en su corazón ni en su entendimiento, sino en los hechos.

En la primera edición de sus *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conmovido el Sr. Reybaud por el espectáculo de los dolores sociales, tanto como por el valor de esos fundadores de escuelas que creyeron poder reformar el mundo con una explosión de sentimentalismo, habia dicho formalmente que de todos sus sistemas quedaba y sobrenadaba el principio de ASOCIACION. El Sr. Dunoyer, uno de los jueces del Sr. Reybaud, le consagra estas palabras, tanto más lisonjeras para el Sr. Reybaud, cuanto que son ligeramente irónicas:

«El Sr. Reybaud, que ha expuesto con tanta exactitud y talento en un libro premiado por la Academia francesa, los vicios de los tres principales sistemas reformistas, está por el principio que les es común y



les sirve de base, la asociacion. —La asociacion es á sus ojos, así lo declara, *el más gran problema de los tiempos modernos*. Está llamada, dice, á resolver el de la distribucion de los frutos del trabajo. Si para la resolucion de ese problema nada puede la autoridad, *lo podria* la asociacion *todo*. El Sr. Reybaud habla aquí como un escritor del falansterio.....»

El Sr. Reybaud habia adelantado demasiado, como puede verse. Dotado sobradamente de buen sentido y buena fe para no ver el precipicio, sintió pronto que se extraviaba y empezó á retroceder. No que yo le impute á crimen ese cambio de frente. El Sr. Reybaud es de esos hombres á quienes no se debe sin injusticia hacer responsables de sus metáforas. Habria hablado ántes de reflexionar, y se retractó; ¡qué cosa más natural! Si debiesen los socialistas quejarse de álguien, deberia ser del Sr. Dunoyer, que habia provocado la abjuracion del Sr. Reybaud con tan singular cumplimiento.

El Sr. Dunoyer no tardó en advertir que sus palabras no habian caído en saco roto. Cuenta para gloria de los buenos principios, que «en una segunda edicion de los *Estudios sobre los Reformadores*, el Sr. Reybaud habia modificado por sí mismo lo que podian ofrecer sus expresiones de absoluto. En lugar de lo podria *todo*, ha escrito podria *mucho*.»

Era esta, como hacia muy bien observar el mismo Sr. Dunoyer, una modificacion importante, pero que permitia aún al Sr. Reybaud escribir al mismo tiempo: «Esos síntomas son graves: pueden considerarse como los pronósticos de una organizacion confusa, en la cual ha de buscar el trabajo un equilibrio y una regularidad de que carece... En el fondo de todos estos esfuerzos se oculta un principio, la asociacion, que se haria mal en condenar por algunas irregulares manifestaciones.»

Por fin, el Sr. Reybaud se ha declarado altamente partidario de la concurrencia, lo cual quiere decir que ha abandonado decididamente el principio de asociacion. Porque si por asociacion no se ha de entender más que las formas de sociedad determinadas por el Código de Comercio, cuya filosofia nos han dado compendiosamente el Sr. Troplong y el Sr. Delangle, no vale la pena de que distingamos á los socialistas de los economistas; es decir, á un partido que busca la asociacion de otro que pretende que la asociacion existe.

No vaya nadie á imaginar que porque el Sr. Reybaud ha dicho atolondradamente sí y nó sobre una cuestion, de que no tiene aún una idea clara, le coloque entre esos especuladores de socialismo, que despues de haber lanzado al mundo una mistificacion, empiezan luego á declararse en retirada so pretexto de que perteneciendo la idea al dominio público, no tienen ya más que dejarla seguir su marcha. El Sr. Reybaud, á mi modo de ver, pertenece más bien á la categoría de los engañados, que cuenta en su seno tantos hombres honrados y personas de tanto ingenio. Será siempre el Sr. Reybaud á mis ojos el *vir probus dicendi peritus*, el escritor concienzudo y hábil que ha podido muy bien dejarse sorprender, pero no dice nunca sino lo que ve y lo que siente. El Sr. Reybaud, por otra parte, una vez colocado en el terreno de las ideas económicas, podia estar tanto ménos de acuerdo consigo mismo, cuanto que tiene clara inteligencia y justo raciocinio. Voy á hacer un curioso experimento á la vista de mis lectores.

Si pudiese ser oído del Sr. Reybaud, le diria: «Decídase V. por la concurrencia y hará V. mal: decídase usted en contra de la concurrencia y hará V. mal tambien: lo que significa que tendrá V. siempre razon.



Tras esto, si convencido de que no ha faltado V. ni en la primera edicion de su libro ni en la cuarta, acierta V. á formular su opinion de una manera inteligible, le tendré á V. por un economista de tanto genio como Turgot y A. Smith, pero le prevengo á V. que entónces se parecerá V. á ese último, á quien V. no conoce probablemente mucho: será usted igualitario. ¿Acepta V. la apuesta?»

A fin de preparar mejor al Sr. Reybaud para esa especie de reconciliacion consigo mismo, empezaré por manifestarle que esa versatilidad de juicio, que otro cualquiera en mi lugar le echaria en cara con injuriosa acrimonia, es una traicion, no del escritor, sino de los hechos cuya interpretacion ha tomado á cargo.

En Marzo de 1844, el Sr. Reybaud publicó sobre los granos oleaginosos, materia interesante para la ciudad de Marsella, su patria, un artículo en que se declaraba calurosamente por la libre concurrencia y el aceite de sésamo. Segun los datos que el autor habia recogido y parecen auténticos, da el sésamo de 45 á 46 por 100 de aceite, mientras que el aceite de amapola y el colza no dan más que de 25 á 30, y la aceituna sólo de 20 á 22. El sésamo por esta razon no es del gusto de los fabricantes del Norte, que han pedido y alcanzado la prohibicion de su entrada. Los ingleses, empero, están al acecho, prontos á apoderarse en cuanto puedan de ese precioso ramo de comercio. Prohíbese la entrada de la semilla, dice el Sr. Reybaud, y nos entrará el aceite en forma de jabon ó de cualquier otro modo, habiendo perdido el beneficio que su fabricacion nos habria procurado. El interés de nuestra marina exige, por otra parte, la proteccion de su comercio: se trata nada ménos que de 40.000 toneladas de grano, lo cual supone el empleo de 300 buques y 3.000 marinos.

Estos hechos son concluyentes: 45 por 100 de aceite en lugar de 25; calidad superior á la de todos los aceites de Francia; baja de precio en un artículo de primera necesidad; economía para los consumidores; 300 buques, 3.000 marinos: esto nos daria la libertad de comercio. Luégo, ¡vivan la concurrencia y el sésamo!

Despues, á fin de asegurar mejor tan brillantes resultados, arrebatado el Sr. Reybaud por su patriotismo, y siguiendo directamente su idea, observa, á nuestro modo de ver juiciosamente, que el gobierno debe en adelante abstenerse de todo tratado de reciprocidad para los trasportes, y pide que nuestra marina ejecute tanto las importaciones como las exportaciones de nuestro comercio... «Lo que se llama reciprocidad, dice, es una pura ficcion cuyas ventajas redundan sólo en favor de la parte cuya navegacion es más barata. Ahora bien, como en Francia los elementos de la navegacion, tales como la compra del buque, los salarios de la tripulacion, y los gastos de armamento y avituallamiento, se elevan á una cifra excesiva y superior á la de las demás naciones marítimas, todo tratado de reciprocidad equivale para nosotros á un tratado de abdicacion, y en lugar de consentir en un acto de conveniencia mútua, nos resignamos á sabiendas, ó sin saberlo, á un verdadero sacrificio.»—Aquí, el Sr. Reybaud hace resaltar las desastrosas consecuencias de la reciprocidad... Consume Francia 500.000 pacas de algodón, y nos las traen á nuestros muelles los americanos; emplea enormes cantidades de carbon de piedra, y nos las trasportan los ingleses; nos entregan sus hierros y sus maderas los mismos suecos y noruegos, sus quesos los holandeses, sus cáñamos y sus trigos los rusos, sus arroces los genoveses, su aceite los españoles, sus azufres los sicilianos, todos los artículos del Mediterráneo y del Mar Negro los griegos y los armenios.»



Un estado tal de cosas es evidentemente intolerable, porque vendrá á inutilizar nuestra marina mercante. Apresurémonos, pues, á entrar en el taller marítimo, del que tiende á excluirnos el bajo precio de la navegacion extranjera. Cerremos nuestros puertos á los buques de las demás naciones, ó por lo ménos impongámosles un fuerte tributo. ¡Abajo, pues, la concurrencia y las marinas rivales!

¿Empieza á comprender el Sr. Reybaud que sus oscilaciones económico-socialistas son mucho más inocentes de lo que habia creído? ¿Qué reconocimiento no me deberá por haber tranquilizado su conciencia, tal vez alarmada?

La reciprocidad de que tan amargamente se queja el Sr. Reybaud, no es más que una forma de la libertad comercial. Declarad plena y enteramente libres las transacciones, y será rechazado nuestro pabellon de la superficie de los mares, como lo serian del continente nuestros aceites. Luego, pagaremos nuestros aceites más caro, si insistimos en fabricarlos nosotros mismos; más caro nuestros artículos coloniales si nosotros queremos trasportarlos. Para alcanzar la mayor baratura posible, seria preciso que despues de haber renunciado á nuestros aceites, renunciásemos á nuestra marina: tanto valdria renunciar desde luego á nuestros paños, á nuestros lienzos, á nuestros percales, á nuestros hierros; y luégo, como una industria aislada cuesta áun demasiado cara, á nuestros vinos, á nuestros trigos, á nuestros forrajes. Cualquiera que sea el partido que se tome, el privilegio ó la libertad, se llega siempre á lo imposible, á lo absurdo.

Existe, á no dudarle, un principio de conciliacion; pero ese principio, como no sea del más perfecto despotismo, ha de derivar de una ley superior á la libertad misma; y esa ley es precisamente la que no

ha definido todavía nadie, y la que pido á los economistas me formulen si verdaderamente poseen la ciencia. Porque yo no puedo tener por sabio al que con la mejor buena fe y con todo el ingenio de mundo me predica sucesivamente, en sólo quince líneas de distancia, la libertad y el monopolio.

¿No es evidente, y de una evidencia inmediata é intuitiva, que LA CONCURRENCIA DESTRUYE LA CONCURRENCIA? ¿Hay en la geometría un teorema más cierto ni más concluyente que éste? ¿Cómo, pues, bajo qué condiciones, en qué sentido puede entrar en la ciencia un principio que es la negacion de sí mismo? ¿Cómo puede llegar á ser una ley orgánica de la sociedad? Si la concurrencia es necesaria; si, como dice la escuela, es un postulado de la producción, ¿cómo llega á ser tan devastadora? Y si su más seguro efecto es perder á los que arrastra tras sí, ¿cómo llega á ser útil? Porque los *inconvenientes* que tras sí lleva, del mismo modo que el bien que procura, no son accidentes que procedan de la obra del hombre; derivan lógicamente del principio los unos y el otro, y subsisten frente á frente y con el mismo derecho... Por de pronto, la concurrencia es tan esencial al trabajo como la division, puesto que es la division misma presentada de nuevo bajo otra forma, ó por mejor decir, elevada á la segunda potencia; la division, digo, no ya como en la primera época de las evoluciones económicas adecuada á la fuerza colectiva, y por consiguiente, absorbadora de la personalidad del trabajador en el taller, sino dando por lo contrario origen á la libertad, y haciendo de cada subdivision del trabajo como una especie de soberanía donde el hombre se presenta en toda su fuerza é independencia. La concurrencia, en una palabra, es la libertad en la division y en todas las partes divididas: empezando por las funciones más generales,



tiende á realizarse hasta en las operaciones inferiores del trabajo parcelario.

Aquí los comunistas presentan una objecion. Conviene, dicen, distinguir en todo el uso del abuso. Hay una concurrencia útil, laudable, moral; una concurrencia que engrandece el corazon y el pensamiento; una noble y generosa concurrencia, la emulacion; y esta emulacion, ¿por qué no habia de tener por objeto el provecho de todos? Hay otra concurrencia, funesta, inmoral, antisocial, una concurrencia envidiosa que aborrece y mata: el egoismo.

Así habla el comunismo, así se expresaba hace cerca de un año en su profesion de fe social el periódico *La Reforma*.

Por mucho que me repugne hacer la oposicion á hombres cuyas ideas son en el fondo las mias, no puedo aceptar semejante dialéctica. *La Reforma*, creyendo conciliarlo todo, con una distincion más gramatical que real, no ha hecho más que adoptar, sin saberlo, las doctrinas del justo medio, es decir, la peor especie de diplomacia. Su manera de argumentar es exactamente la misma que la de Rossi, relativamente á la division del trabajo: consiste en oponer la una á la otra la concurrencia y la moral, á fin de que recíprocamente se limiten, del mismo modo que Rossi pretendia detener y restringir por medio de la moral las inducciones económicas, trinchando por aquí y cortando por allá, segun la oportunidad se lo exigia. He refutado á Rossi dirigiéndole esta sencilla pregunta: ¿cómo es posible que la ciencia esté en desacuerdo consigo misma, la ciencia de la riqueza con la ciencia del deber? Otro tanto pregunto á los economistas: ¿cómo es posible que un principio, cuyo desarrollo es visiblemente útil, sea al mismo tiempo funesto?

La emulacion, se dice, no es la concurrencia. Por

de pronto, observo que esa pretendida distincion no recae sino sobre los efectos divergentes del principio, lo cual ha hecho creer en la existencia de dos principios que la generalidad confundia. La emulacion no es otra cosa que la concurrencia; y puesto que nos lanzamos á las abstracciones, por ellas entraré de buena gana. No hay emulacion sin objeto, como no hay sin objeto pasion que se despierte; y como el objeto de toda pasion es necesariamente análogo á la pasion misma, la mujer para el amante, el poder para el ambicioso, el oro para el avaro, una corona para el poeta; así el objeto de la emulacion industrial es necesariamente el provecho.

No, replica el economista; el objeto de la emulacion del trabajador debe ser la utilidad general, la fraternidad, el amor.

Pero la sociedad misma, puesto que en vez de fijarse en el hombre privado, de quien se trata en este momento, no se quiere ocupar sino del hombre colectivo, la sociedad, digo, no trabaja sino con el objeto de enriquecerse: el bienestar, la felicidad son el único fin á que tiende. ¿Cómo podria dejar de ser verdad, respecto del individuo, lo que lo es respecto de la sociedad, cuando despues de todo la sociedad es el hombre, cuando en cada hombre vive la humanidad entera? ¿Cómo sustituir al objeto inmediato de la emulacion, que en la industria es el bienestar personal, ese motivo lejano y casi metafísico que se llama bienestar público, sobre todo, cuando no existe el uno sin el otro, cuando el uno al otro se engendran?

Los economistas, en general, se hacen una ilusion extraña. Fanáticos por el poder de la fuerza central, y en el caso particular de que se trata por el de la riqueza colectiva, pretenden hacer surgir como por rechazo el bienestar del trabajador que la ha creado,



como si el individuo fuese posterior á la sociedad, y no la sociedad al individuo. Este caso no es, por lo demás, el único en que veremos á los socialistas dominados, sin saberlo, por las tradiciones del régimen contra el cual protestan.

Pero ¿á qué insistir más? Desde el momento en que el economista cambia el nombre de las cosas, *vera rerum vocabula*, confiesa implícitamente su impotencia, y se aparta y desiste del pleito. Por esto, me limitaré á contestarle: Negando la concurrencia, abandona V. su tesis; no cuente V. ya más con que sigamos discutiendo. Examinaremos en otra ocasión hasta qué punto debe el hombre sacrificarse por el interés de todos: por de pronto, se trata de resolver el problema de la concurrencia, es decir, de conciliar la más alta satisfacción del egoísmo con las necesidades sociales: déjenos V. en paz con sus moralidades.

La concurrencia es indispensable para la constitución del valor, es decir, para el principio mismo de la distribución de la riqueza, y por consecuencia para el advenimiento de la igualdad. Mientras un artículo constituye la especialidad de un solo fabricante, su valor real es un misterio, tanto por ocultarlo el productor, como por la incuria ó ignorancia que puede éste tener para hacer bajar su precio natural hasta sus últimos límites. Así, el privilegio de la producción es una pérdida real para la sociedad; y una verdadera necesidad, tanto la publicidad de la industria, como la concurrencia de los trabajadores. No puede sustraerse á esta ley ninguna de las utopías imaginadas é imaginables.

No me propongo, por cierto, negar que no puedan ni deban ser garantidos el trabajo y el salario: tengo hasta la esperanza de que no está lejana la época de esta garantía; pero sostengo que la garantía del salario es imposible sin el conocimiento exacto del va-

lor, y que este valor no puede ser descubierto más que por la concurrencia, de ningún modo por instituciones comunistas ni por un decreto del pueblo. Porque hay aquí algo de más poderoso que la voluntad del legislador y la de los ciudadanos, y es la absoluta imposibilidad para el hombre de cumplir con su deber desde el momento en que se encuentra descargado de toda responsabilidad para consigo mismo; y la responsabilidad para consigo mismo en materia de trabajo, implica necesariamente concurrencia respecto de los demás hombres. Ordénese que desde 1.º de Enero de 1847 queden garantidos para todo el mundo el trabajo y el salario, y sufrirá al punto una inmensa relajación la ardiente actividad de la industria: el valor real caerá rápidamente muy por debajo del valor nominal; la moneda, á pesar de su busto y de su timbre, sufrirá la suerte de los asignados; el comerciante pedirá más para dar menos, y nos encontraremos un círculo más adentro del infierno de la miseria, cuyo tercer recinto es la concurrencia.

Aun cuando admitiese con algunos socialistas que el atractivo del trabajo pueda un día servir de alimento á la emulación sin idea alguna ulterior de ganancia, ¿de qué podría servirnos esta utopía en la fase que vamos estudiando? No estamos aún sino en la tercera época de la evolución económica, en la tercera edad de la constitución del trabajo, es decir, en un período en que es imposible que el trabajo sea atractivo; porque el atractivo del trabajo no puede ser efecto sino de un gran desarrollo físico, moral é intelectual en los trabajadores. Ahora bien, ese desarrollo, esa educación de la humanidad por la industria, es precisamente el objeto tras el cual vamos al través de las contradicciones de la economía social. ¿Podría, por lo tanto, servirnos el atractivo del tra-



bajo de principio ni de palanca, cuando es, aun para nosotros, el objeto y el fin?

Mas si es indudable que el trabajo, por ser la más alta manifestacion de la vida, de la inteligencia y de la libertad, lleva consigo su atractivo, niego que ese atractivo pueda jamás ser totalmente separado de un pensamiento de utilidad, y por lo tanto, de un retroceso hácia el egoismo; niego, digo, el trabajo por el trabajo, como niego el estilo por el estilo, el amor por el amor y el arte por el arte. El estilo por el estilo ha producido en nuestros dias la literatura al vapor y la improvisacion sin ideas; el amor por el amor conduce á la pederastía, al onanismo y á la prostitucion; el arte por el arte lleva á las imitaciones chinescas, á la caricatura y al culto á lo raro. Cuando el hombre no busca ya en el trabajo sino el placer, pronto deja de trabajar y juega. La historia rebosa de hechos que acreditan esta degradacion. Los juegos isthmicos, olímpicos, píticos y nemeos de Grecia, ejercicios de una sociedad que lo producía todo por medio de sus esclavos; la vida de los espartanos y de sus modelos los antiguos cretenses; los gimnasios, las palestras, los hipódromos y las agitaciones del agorá entre los atenienses; las ocupaciones que da Platon á los guerreros en su *República* y están perfectamente acomodadas al gusto de su siglo; por fin, las justas y los torneos de nuestras sociedades feudales; todas estas invenciones y otras muchas que paso en silencio, desde el juego de ajedrez, inventado se dice en el sitio de Troya por Palamedes, hasta las cartas iluminadas para Carlos VI por Gringonneur, son ejemplos de lo que viene á ser el trabajo desde el punto y hora en que no le sirve de estímulo un motivo serio de utilidad. El trabajo, el verdadero trabajo, el que produce la riqueza y nos da la ciencia, necesita demasiado de re-

gularidad, de perseverancia, de sacrificio, para ser por mucho tiempo amigo de la pasion, de suyo fugitiva, inconstante y desordenada; es una cosa demasiado elevada, demasiado ideal, demasiado filosófica para que pueda llegar á ser exclusivamente placer y goce, es decir, misticismo y sentimiento. La facultad de trabajar que distingue al hombre del bruto, tiene su origen en las más altas profundidades de la razon: ¿cómo habia de poder llegar á ser en nosotros una simple manifestacion de la vida, un acto voluptuoso de nuestra sensibilidad?

Y si se va ahora á la hipótesis de una trasformacion de nuestra naturaleza, que ni tiene antecedentes históricos, ni hay aquí nada que nos traduzca y revele, diré que esto no es más que un sueño ininteligible para los mismos que la defienden, una intervencion del progreso, un mentís dado á las leyes más ciertas de la ciencia económica; y por lo tanto, me limito por toda respuesta á descartarlo de la discusion.

Permanezcamos en el terreno de los hechos, puesto que sólo los hechos tienen significacion y pueden servirnos de algo. Hízose la revolucion francesa para conseguir tanto la libertad industrial como la libertad política; y aunque Francia en 1789 no habia visto todas las consecuencias del principio cuya realizacion pedia, digámoslo altamente, no se ha engañado en sus actos ni en sus esperanzas. El que tratase de decir otra cosa, perdería á mis ojos el derecho á ser crítico; no disputaría jamás con un adversario que erigiese en principio el error espontáneo de veinticinco millones de hombres.

A fines del siglo xviii, cansada Francia de privilegios, quiso sacudir á toda costa el enterpecimiento á que le habian condenado los gremios, y levantar la dignidad del obrero dándole la libertad. Urgia en



todas partes emancipar el trabajo, estimular el ingenio, hacer responsables de sus obras á los industriales, suscitándoles mil competidores y haciendo pesar sobre ellos las consecuencias de su negligencia, de su mala fe y de su ignorancia. Desde ántes del 89 estaba Francia madura para la transición: Turgot tuvo la gloria de obligarla á hacer la primera travesía.

Si la concurrencia no hubiese sido uno de los principios de la economía social, un decreto del destino, una necesidad del alma humana, ¿por qué en vez de *abolir* los gremios y las veedurías no se habría pensado en *repararlo* todo? ¿Por qué en lugar de una revolución no se habría hecho una simple reforma? ¿Por qué esta negación, si una modificación bastaba, tanto más cuando eso estaba dentro de las ideas conservadoras de que participaba la misma clase media? Explíquenme si pueden esa unanimidad de la nación el comunismo y la democracia casi socialista, que acerca del principio de la concurrencia representan sin pensarlo el sistema del justo medio, la idea anti-revolucionaria.

Añádase á esto que los sucesos vinieron á confirmar la teoría. A partir del ministerio de Turgot, empezó á notarse en toda la nación un aumento de actividad y de bienestar considerable. Así la prueba pareció tan decisiva, que obtuvo el asentimiento de todas las Asambleas: la libertad de la industria y del comercio figura en nuestras constituciones al nivel de la libertad política. A esa libertad, por fin, debe Francia desde hace sesenta años los progresos de su riqueza.

Después de este hecho capital, que prueba de una manera tan victoriosa la necesidad de la concurrencia, permítaseme que cite otros tres ó cuatro, que aunque ménos generales, pondrán más de relieve la influencia del principio que defiendo.

¿Por qué está tan prodigiosamente atrasada entre nosotros la agricultura? ¿De qué procede que en tan gran número de localidades reinen aún la rutina y la barbarie sobre el más importante ramo del trabajo nacional? Entre las numerosas causas que podría citar, veo en primer término la falta de concurrencia. Los labradores se arrancan unos á otros los pedazos de terreno; pero se hacen la concurrencia sólo en el estudio del notario, no en los campos. Y si se les habla de emulación, de bien público, ¡qué estupefactos no se quedan! Métase el rey en sus negocios, dicen (para ellos, el rey es sinónimo del Estado, del bien público, de la sociedad), y nosotros arreglaremos los nuestros. Esta es su filosofía y su patriotismo. ¡Ah! ¡si el rey pudiese suscitales concurrentes!... Desgraciadamente es imposible. Al paso que en la industria nace la concurrencia de la libertad y la propiedad, en la agricultura la libertad y la propiedad son un obstáculo para la concurrencia. Retribuido el labrador, no segun su trabajo y su inteligencia, sino segun la calidad de la tierra y el favor de Dios, no piensa al dedicarse al cultivo sino en pagar los ménos salarios y hacer los ménos anticipos que pueda. Seguro de vender siempre sus productos, busca más la manera de reducir sus gastos que la de mejorar la tierra y la calidad de sus frutos. Siembra, y hace lo demás la Providencia. La única especie de concurrencia que conoce la clase agrícola, es la de los arrendamientos; y no es posible negar que en Francia, en Beocia, por ejemplo, no haya dado beneficiosos resultados. Mas como el principio de esta concurrencia es, por decirlo así, de segunda mano, y no emana directamente de la libertad y la propiedad de los cultivadores, desaparece con la causa que le produce, de tal manera, que para ocasionar la decadencia de la industria agrícola en muchas localida-



des ó á lo ménos para detener sus progresos, bastaria quizá convertir los colonos en propietarios.

Otro ramo del trabajo colectivo que en estos últimos años ha dado lugar á vivos debates, es el que concierne á las obras públicas... «Para dirigir la construccion de una carretera, dice muy bien el señor Dunoyer, valdria quizá más echar mano de un peon de albañil ó de un postillon, que de un ingeniero acabadito de salir de la Escuela de caminos.» No hay nadie que no haya tenido ocasion de apreciar la exactitud de estas palabras.

En uno de nuestros más hermosos rios, célebre por la importancia de su navegacion, habia que construir un puente. Advirtieron los ribereños desde que se comenzaron los trabajos, que los arcos iban á ser demasiado bajos para que pudiesen pasar por ellos los buques durante las avenidas, y se lo hicieron observar al ingeniero encargado de construirlos. *Los puentes, contestó éste con soberbia dignidad, se hacen para los que pasan por encima, y no para los que pasan por debajo.* Esto ha pasado ya en el país á ser un proverbio. Mas como es imposible que la tontería lleve razon hasta el fin, el gobierno ha sentido la necesidad de retocar la obra de su ingeniero, y á la hora en que escribo se están realizando los arcos del puente. Si los negociantes interesados en el paso de la via navegable hubiesen estado encargados de la construccion á su costa y riesgo, ¿se cree que habria habido necesidad de retocar el puente? Podria escribirse un libro con las grandes cosas del mismo género hechas por los sabios ingenieros de caminos que acaban de salir de la escuela: como son inamovibles, no se hallan estimulados por la concurrencia.

Citan como prueba de la capacidad industrial del Estado, y por consiguiente de la posibilidad de abolir en todo la concurrencia, la administracion de

tabacos. Y se dice allí: nada de sofisticaciones, nada de pleitos, nada de quiebras, nada de miseria. Los obreros suficientemente retribuidos, instruidos, sermoneados, moralizados y seguros de una jubilacion creada por sus ahorros, están en una situacion incomparablemente mejor que la de la inmensa mayoría de los obreros que ocupa la industria libre.

Podrá ser todo esto cierto; mas yo lo ignoro. No sé nada de lo que pasa en la administracion de tabacos; no he tomado noticias de los directores ni de los obreros, ni las necesito. ¿Cuánto cuesta el tabaco vendido por la administracion? ¿cuánto vale? Es fácil contestar á la primera de estas preguntas: basta para eso llegarse al primer estanco. Pero nada cabe decir sobre la segunda, porque se carece de un término de comparacion y está prohibido averiguar por medio de ensayos el precio de coste de la Hacienda, y es, por consiguiente, imposible acertarlo. Luego la empresa de los tabacos constituida en monopolio cuesta á la sociedad necesariamente mucho más de lo que le rinde: es una industria que más que de su propio producto vive de una subvencion, y por consiguiente, léjos de poder ser para nosotros un modelo, es uno de los primeros abusos que debe atacar la reforma.

Y cuando hablo de la reforma que debiera hacerse en la fabricacion del tabaco, no me refiero solamente al enorme impuesto que triplica ó cuadruplica el valor del producto, ni á la organizacion jerárquica de sus empleados, de los cuales unos por sus pingües sueldos son aristócratas tan costosos como inútiles, y otros asalariados sin esperanza, mantenidos para siempre jamás en una condicion subalterna; ni me atengo tampoco al privilegio de los estancos, ni á toda esa turba de parásitos que sostiene; tengo principalmente á la vista el trabajo útil, el trabajo de los



obreros. Por el solo hecho de no tener concurrencia alguna el obrero de la administracion, por el solo hecho de no estar interesado en los beneficios ni en las pérdidas, en una palabra, por el solo hecho de no ser libre, su capacidad productiva es necesariamente menor y su servicio demasiado caro. Si se dice despues que el gobierno trata bien á los que tiene á su salario y se ocupa de su bienestar, ¿qué tiene de extraño? ¿Cómo no se advierte que la libertad es aquí la que sobrelleva las cargas del privilegio, y que si por acaso, hipótesis punto ménos que imposible, se hiciese con todas las industrias lo que con la de los tabacos, llegando á agotarse la fuente de las subvenciones, la nacion no podria ya equilibrar sus gastos y sus ingresos, y el Estado haria bancarrota?

Vengamos á los productos extranjeros.—Cito aquí el testimonio de un sabio, extraño á la economía política, el Sr. Liebig.—«Antiguamente Francia importaba sosa de España, todos los años, por valor de 20 á 30 millones de francos, porque la barrilla de España era la mejor. Durante toda la guerra con la Gran Bretaña, el precio de la sosa, y por consecuencia el del jabon y el vidrio, fueron sin cesar en aumento. Las fábricas francesas sufrieron no poco á consecuencia de ese estado de cosas. Entónces fué cuando Leblanc descubrió los medios de extraer la sosa de la sal comun. Este procedimiento fué para Francia un manantial de riqueza: la fabricacion de la sosa tomó extraordinarias proporciones. Mas ni Leblanc, ni Napoleon, gozaron de los beneficios del invento. La Restauracion, aprovechándose de la cólera de los pueblos contra el autor del bloqueo continental, se negó á pagar la deuda del emperador, cuyas promesas habian sido causa de los descubrimientos de Leblanc...»

«Hace unos años, habiendo acometido el rey de Nápoles la empresa de convertir en monopolio el comercio de los azufres de Sicilia, Inglaterra, que los consume en gran cantidad, hizo para con el rey de Nápoles un *casus belli* de la conservacion del monopolio. Interin cambiaban los dos gobiernos sus notas diplomáticas, pidiéronse en Inglaterra nada ménos que quince privilegios de invencion para extraer el ácido sulfúrico de los yesos, piritas de hierro y otras sustancias minerales de que la Gran Bretaña abunda. Mas, habiendo los dos gobiernos llegado á un arreglo, no se pasó adelante; quedó sí demostrado, por los ensayos que se hicieron, que la extraccion del ácido sulfúrico por los nuevos procedimientos habria sido coronada de éxito, lo cual habria quizá anonadado el comercio que hace Sicilia de sus azufres.»

Supóngase que no hubiese habido la guerra con la Gran Bretaña, ni le hubiese dado al rey de Nápoles el antojo de convertir en monopolio el comercio de los azufres; y en mucho tiempo no se habria pensado en Francia en extraer la sosa de la sal marina, ni en Inglaterra en sacar el ácido sulfúrico de las montañas de yeso y de piritas que encierra. Tal es precisamente la accion de la concurrencia sobre la industria. El hombre no sale de su habitual pereza sino atormentado por la necesidad, y el medio más seguro de apagar en él la llama del genio es librarle de todo cuidado y quitarle el cebo del beneficio y de la distincion social que de éste resulta, creando en torno suyo la *paz en todo* y la *paz continua*, y trasladando al Estado la responsabilidad de su inercia.

Sí, forzoso es decirlo á despecho del quietismo moderno: la vida del hombre es una guerra permanente, guerra con la necesidad, guerra con la naturaleza, guerra con sus semejantes, y por consiguiente,



guerra consigo mismo. La teoría de una igualdad pacífica fundada en la fraternidad y la abnegación, no es más que una falsificación de la doctrina católica, que nos manda renunciar á los bienes y placeres de este mundo; no es más que el principio de la indigencia, el panegírico de la miseria. El hombre puede amar á su semejante hasta morir por él; no le ama hasta el punto de trabajar por él.

A la teoría de la abnegación que acabamos de refutar en el terreno del hecho y del derecho, añaden los adversarios de la concurrencia otra que es justamente la contraria de la primera, porque es ley del espíritu que cuando éste desconozca la verdad, su punto de equilibrio, oscile entre dos contradicciones. Esta nueva teoría del socialismo anti-concurrente es la de los estímulos á la industria.

¿Qué más social ni más progresivo en la apariencia que la protección á la industria y al trabajo? No hay un demócrata que no haga de éste uno de los más bellos atributos del poder, ni un utopista que no lo ponga en primera línea entre los medios de organizar la felicidad. El gobierno, empero, es por su naturaleza tan incapaz de dirigir el trabajo, que toda recompensa por él concedida, es un verdadero hurto hecho á la caja común. Vamos á tomar del Sr. Reybaud el texto de esta inducción.

«Las primas concedidas para alentar la exportación, hace observar en alguna parte el Sr. Reybaud, equivalen á los derechos que se pagan por la importación de la primera materia: la ventaja es absolutamente nula, y no sirve sino de estímulo para un sistema de contrabando.»

Este resultado es inevitable. Suprimáanse los derechos de entrada, y la industria nacional perderá, como se ha visto anteriormente á propósito del sésamo; manténganse los derechos no concediendo

prima alguna á la exportación, y el comercio nacional saldrá vencido en los mercados extranjeros. Para obviar este inconveniente, ¿se vuelve á la prima? No se hace más que dar con una mano lo que se ha recibido con la otra, y se provoca el fraude, último resultado, *caput mortuum*, de todos los estímulos para la industria. Siguese de ahí que, toda protección al trabajo, toda recompensa dada á la industria que no sea el precio natural del producto, es un don gratuito; son gajes cobrados de los consumidores, y ofrecidos en su nombre á un favorito del poder, á cambio de cero, de nada. Alentar la industria es, pues, en el fondo, sinónimo de alentar la pereza: es una de las formas de la estafa.

En el interés de nuestra marina de guerra, el gobierno había creído deber conceder á los empresarios de trasportes marítimos una prima por cada hombre empleado en sus buques. Continúo ahora citando al Sr. Reybaud: «Cada buque que sale para Terranova embarca de 60 á 70 hombres. De estos, hay doce marineros; el resto son campesinos arrancados á los trabajos de la agricultura que, tomados á jornal para la sola preparación del pescado, permanecen del todo extraños á las maniobras, sin tener del marino sino los pies y el estómago. Esos hombres, sin embargo, figuran en los roles de la matrícula naval, perpetuando así una ficción, una mentira. Cuando se trata de defender el establecimiento de la prima, se les hace entrar en cuenta, hacen número, y contribuyen al éxito.»

¡Esto es una innoble farsa! exclamará sin duda algun reformador cándido; séalo. Analicemos el hecho, y procuremos entresacar de él la idea general que encierra.

En principio, el solo estímulo al trabajo que la ciencia puede admitir, son los beneficios. Porque si



el trabajo no puede encontrar en sus propios productos su recompensa, léjos de alentársele, debe abandonársele lo más pronto posible; y si por lo contrario da un producto neto, es absurdo añadir á este provecho un don gratuito, recargando así el valor del servicio. Aplicando, pues, este principio, digo: Si el servicio de la marina mercante no reclama sino 10.000 marineros, no debe pedírsele que mantenga 15.000: el camino más corto para el gobierno, es embarcar 5.000 reclutas en buques del Estado, y hacerles viajar como unos príncipes. Todo estímulo á la marina mercante, es una invitacion directa al fraude, ¿qué digo? una propuesta de salario para un servicio imposible. ¿Permiten acaso esas agregaciones de un personal inútil, ni las maniobras, ni la disciplina, ni las demás condiciones del comercio marítimo? ¿Qué puede hacer, pues, el armador viendo que el gobierno le ofrece una prima para el caso en que embarque en su buque gente de que no necesita? Si el ministro tira el dinero del Tesoro por la ventana, ¿soy yo acaso culpable en recogerlo?...

Así, cosa muy para notada, la teoría de los estímulos dimana en línea recta de la teoría del sacrificio; y por no querer que el hombre sea responsable, los adversarios de la concurrencia, llevados de la contradicción fatal de sus ideas, se ven obligados á hacer del hombre, tan pronto un Dios como un bruto. ¡Y se extrañan luego de que la sociedad sea sorda á sus voces! ¡Pobres niños! los hombres no serán jamás ni mejores ni peores de lo que los veis y fueron siempre. Desde el momento en que los agujonea su bien particular, abandonan el bien público; en lo cual, si no los encuentro dignos de grande honor, los encuentro por lo ménos dignos de excusa. Vuestra es la culpa, si tan pronto les exigís más

de lo que os deben, como excitáis su codicia con recompensas que no merecen. El hombre no tiene nada más precioso que él mismo, ni por consiguiente, más ley que su responsabilidad. La teoría de la abnegación, del mismo modo que la de las recompensas, es una teoría de pícaros que subvierte la sociedad y la moral; y por lo mismo que esperais ya del sacrificio, ya del privilegio, la conservacion del orden, creais en la sociedad un nuevo antagonismo. En vez de hacer surgir la armonía de la libre actividad de los individuos, haceis extraños, el uno para el otro, el hombre y el Estado: con mandar la union, no haceis más que atizar la discordia.

En resúmen, fuera de la concurrencia, no hay más que esta alternativa: el estímulo, una mistificación; ó el sacrificio, una hipocresía.

La concurrencia, analizada en su principio, es por lo tanto, una inspiracion de la justicia, y sin embargo, vamos á ver como es injusta en sus resultados.

§ II. Efectos subversivos de la concurrencia, y destruccion por ella de la libertad.

*El reino de los cielos se gana por la fuerza, dice el Evangelio, y sólo los violentos lo hacen suyo.* Estas palabras son la alegoría de la sociedad. En la sociedad regida por el trabajo, están puestas á concurso la dignidad, la riqueza y la gloria: son la recompensa de los fuertes, y cabe muy bien definir la concurrencia, diciendo que es el régimen de la fuerza. Los economistas antiguos no habian advertido esta contradicción: los modernos se han visto obligados á reconocerla.

«Para levantar un Estado del último escalon de



el trabajo no puede encontrar en sus propios productos su recompensa, léjos de alentársele, debe abandonársele lo más pronto posible; y si por lo contrario da un producto neto, es absurdo añadir á este provecho un don gratuito, recargando así el valor del servicio. Aplicando, pues, este principio, digo: Si el servicio de la marina mercante no reclama sino 10.000 marineros, no debe pedírsele que mantenga 15.000: el camino más corto para el gobierno, es embarcar 5.000 reclutas en buques del Estado, y hacerles viajar como unos príncipes. Todo estímulo á la marina mercante, es una invitacion directa al fraude, ¿qué digo? una propuesta de salario para un servicio imposible. ¿Permiten acaso esas agregaciones de un personal inútil, ni las maniobras, ni la disciplina, ni las demás condiciones del comercio marítimo? ¿Qué puede hacer, pues, el armador viendo que el gobierno le ofrece una prima para el caso en que embarque en su buque gente de que no necesita? Si el ministro tira el dinero del Tesoro por la ventana, ¿soy yo acaso culpable en recogerlo?...

Así, cosa muy para notada, la teoría de los estímulos dimana en línea recta de la teoría del sacrificio; y por no querer que el hombre sea responsable, los adversarios de la concurrencia, llevados de la contradicción fatal de sus ideas, se ven obligados á hacer del hombre, tan pronto un Dios como un bruto. ¡Y se extrañan luego de que la sociedad sea sorda á sus voces! ¡Pobres niños! los hombres no serán jamás ni mejores ni peores de lo que los veis y fueron siempre. Desde el momento en que los agujonea su bien particular, abandonan el bien público; en lo cual, si no los encuentro dignos de grande honor, los encuentro por lo ménos dignos de excusa. Vuestra es la culpa, si tan pronto les exigís más

de lo que os deben, como excitáis su codicia con recompensas que no merecen. El hombre no tiene nada más precioso que él mismo, ni por consiguiente, más ley que su responsabilidad. La teoría de la abnegación, del mismo modo que la de las recompensas, es una teoría de pícaros que subvierte la sociedad y la moral; y por lo mismo que esperais ya del sacrificio, ya del privilegio, la conservacion del orden, creais en la sociedad un nuevo antagonismo. En vez de hacer surgir la armonía de la libre actividad de los individuos, haceis extraños, el uno para el otro, el hombre y el Estado: con mandar la union, no haceis más que atizar la discordia.

En resúmen, fuera de la concurrencia, no hay más que esta alternativa: el estímulo, una mistificación; ó el sacrificio, una hipocresía.

La concurrencia, analizada en su principio, es por lo tanto, una inspiracion de la justicia, y sin embargo, vamos á ver como es injusta en sus resultados.

§ II. Efectos subversivos de la concurrencia, y destruccion por ella de la libertad.

*El reino de los cielos se gana por la fuerza, dice el Evangelio, y sólo los violentos lo hacen suyo.* Estas palabras son la alegoría de la sociedad. En la sociedad regida por el trabajo, están puestas á concurso la dignidad, la riqueza y la gloria: son la recompensa de los fuertes, y cabe muy bien definir la concurrencia, diciendo que es el régimen de la fuerza. Los economistas antiguos no habian advertido esta contradicción: los modernos se han visto obligados á reconocerla.

«Para levantar un Estado del último escalon de



la barbarie al primero de la opulencia, escribía A. Smith, no se necesitan sino tres cosas: la paz, contribuciones moderadas, y una regular administración de justicia. Todo lo demás viene por el *curso natural de las cosas.*»

Sobre lo cual, el último traductor de Smith, el Sr. Blanqui, escribe esta sombría glosa: «Hemos visto el curso natural de las cosas, produciendo efectos desastrosos, creando la anarquía en la producción, la guerra en los mercados, y la piratería en la concurrencia. La división del trabajo y el perfeccionamiento de las máquinas que debían procurar á la gran familia obrera del género humano la conquista de algunos ratos de ocio en provecho de su dignidad, no han producido en muchos puntos sino el embrutecimiento y la miseria... Cuando escribía A. Smith, no había aún venido la libertad con sus dificultades y sus abusos, y el profesor de Glasgow no preveía más que sus dulzuras... Smith habría escrito como el Sr. de Sismondi, si hubiese sido testigo del triste estado de Irlanda y de los distritos fabriles de Inglaterra en los tiempos en que vivimos.»

Levantaos, pues, literatos, hombres de Estado, publicistas cotidianos, creyentes y semi-creyentes, vosotros todos, que os habeis dado la tarea de aleccionar á los hombres: ¿ois esas palabras que parecen traducidas de Jeremías? ¿nos direis por fin á dónde pensais conducir la civilización? ¿Qué consejo dais á la sociedad, á la patria alarmada?

Pero ¿con quién estoy hablando? ¿con ministros, periodistas, sacristanes y pedantes! ¿Se acuerdan acaso esas gentes de los problemas de la economía social? ¿Han oido siquiera hablar de la concurrencia?

Un leonés, un alma endurecida en las guerras mercantiles, viaja por Toscana. Observa que se fa-

brican actualmente en ese país de quinientos á seiscientos mil sombreros de paja, que componen entre todo un valor de 4 á 5 millones. Constituye allí esta industria, casi el único modo de vivir de las últimas clases del pueblo... «¿Cómo, dice entre sí, un cultivo y una industria tan fáciles, no han sido aún trasladados á Provenza ó al Languedoc, cuyo clima es igual al de Toscana?» — Mas á propósito de esto, pregunta un economista: ¿qué harán para vivir los campesinos de Toscana si se les arrebatara su industria?

La fabricación de los satenes negros, había llegado á ser para Florencia una especialidad, cuyo secreto conservaba preciosamente. «Un hábil fabricante de Leon, observa con satisfacción el viajero, vino á establecerse en Florencia, y ha concluido por apoderarse de los procedimientos propios para teñirlos y tejerlos. Este *descubrimiento* disminuirá, según todas las probabilidades, la exportación florentina.» (*Viaje á Italia* por el Sr. Fulchiron).

En otro tiempo, no criaban el gusano de seda sino los campesinos de Toscana, á quienes ayudaba á vivir. «Han venido las sociedades de agricultura, y han hecho presente que el gusano de seda no tiene en la alcoba del labrador ni suficiente ventilación, ni una temperatura bastante igual, ni está cuidado con la inteligencia que lo estaría si hubiese quien tomase el criarlo por oficio. En su consecuencia, ciudadanos ricos, inteligentes y generosos, han construido con gran aplauso del público, lo que llaman *bigatieras* (de *bigatti*, gusano de seda).» (M. de Sismondi).

¡Y qué! se pregunta luego, ¿van acaso á perder su trabajo ni esos criadores de gusanos de seda, ni esos fabricantes de satenes y sombreros? — Pues ¿qué han de perder? hasta se les probará que están interesados en la reforma, puesto que podrán rescatar á



ménos precio los mismos artículos que hoy fabrican. Tal es la concurrencia.

La concurrencia con su instinto homicida quita el pan á una clase de trabajadores, y no ve en esto sino una mejora, una economía;—roba cobardemente un secreto, y se vanagloria de ello, como si hubiera hecho un *descubrimiento*;—cambia las zonas naturales de la produccion en detrimento de todo un pueblo, y pretende no haber hecho más que usar de las ventajas de su clima. La concurrencia trastorna todas las nociones de la equidad y de la justicia, aumenta los gastos reales de la produccion, multiplicando sin necesidad los capitales comprometidos, provoca uno tras otro la carestía de los productos y su envilecimiento, corrompe la conciencia pública sustituyendo el juego al derecho, y mantiene en todas partes el terror y la desconfianza.

¡Mas qué! Sin ese atroz carácter, dejaria de producir la concurrencia sus más felices resultados; sin la arbitrariedad en los cambios y las alarmas del mercado, el trabajo no levantaria sin cesar fábrica contra fábrica, ni la produccion, entónces ménos aguijoneada, realizaria ninguna de sus maravillas. Despues de haber hecho surgir el mal de la utilidad misma de su principio, la concurrencia sabe de nuevo sacar el bien del mal: la destruccion engendra la utilidad, el equilibrio se realiza por medio de la agitacion, y se puede decir de la concurrencia lo que Sanson decia del leon que habia derribado: *De comedente cibus exiit, et de forti dulcedo*. ¿Hay nada en todas las regiones de la ciencia humana más sorprendente que la economía política?

Guardémonos, sin embargo, de dejarnos llevar de un movimiento de ironía, que no seria por nuestra parte sino una injusta invectiva. Es propio de la ciencia económica encontrar su certidumbre en sus

contradicciones, y la falta de los economistas está toda en no haber sabido comprenderlo. Nada más pobre que su crítica, nada más triste que la confusion de sus ideas en cuanto tocan la cuestion de la concurrencia: diríase que son testigos obligados por el tormento á confesar lo que callar quisiera su conciencia. El lector me agradecerá, sin duda, que ponga ante sus ojos los argumentos del dejad pasar, haciéndole, por decirlo así, asistir á un conciliábulo de economistas.

Abre la discusion el Sr. Dunoyer.

El Sr. Dunoyer es entre todos los economistas el que más enérgicamente ha abrazado la parte positiva de la concurrencia, y por consiguiente, como era de esperar, el que peor ha apreciado su parte negativa. El Sr. Dunoyer, con quien no se puede tratar de lo que él llama los principios, está muy léjos de creer que en materia de economía política el sí y el nó puedan ser verdaderos á la vez y en un mismo grado; digámoslo en su elogio, una idea tal le repugna tanto más, cuanto que él es franco y leal en sus doctrinas. ¿Qué no haria yo por hacer penetrar en esa alma tan pura, pero tan terca, esa verdad, para mí tan clara como la existencia del sol, la de que todas las categorías de la economía política son contradicciones? En vez de agotar sus fuerzas inútilmente en conciliar la práctica y la teoria, en lugar de contentarse con la ridícula excusa de que todo tiene aquí abajo sus ventajas y sus inconvenientes, buscaria el Sr. Dunoyer la idea sintética en que todas las antinomias se resuelven; y de conservador paradójico que hoy es, pasaria á ser con nosotros revolucionario inexorable y consecuente.

« Si la concurrencia es un principio falso, dice el Sr. Dunoyer, síguese de ello que hace dos mil años que está la humanidad fuera de camino.»



No, no se sigue de ahí lo que V. dice; la observación de V., que es un prejuicio, está refutada por la teoría misma del progreso. La humanidad sienta sus principios de una manera sucesiva, y algunas veces á largos intervalos: jamás se desprende de ellos en cuanto á su contenido, por más que los destruya sucesivamente en cuanto á su expresión, á su fórmula. Esta destrucción toma el nombre de *negación*, porque la razón general, que siempre está en progreso, niega incesantemente la plenitud y la suficiencia de sus ideas anteriores. Así, siendo la concurrencia una de las épocas de la constitución del valor, uno de los elementos de la síntesis social, puede á la vez decirse con verdad que es indestructible en su principio y debe, sin embargo, en su forma actual ser abolida, negada. Si hay aquí, pues, alguien en oposición con la historia, es V., Sr. Dunoyer.

«Tengo que hacer sobre los cargos de que la concurrencia ha sido objeto varias observaciones. La primera es que ese régimen, bueno ó malo, ruinoso ó fecundo, no existe aún realmente, no se halla establecido en ninguna parte sino excepcionalmente y de la manera más incompleta.»

Esta primera observación carece de sentido. *La concurrencia mata la concurrencia*, hemos dicho al empezar este párrafo; y este aforismo puede muy bien ser tomado por una definición. ¿Cómo ha de ser jamás completa la concurrencia?—Por otra parte, aun cuando se concediera que la concurrencia no existe aún en toda su integridad, esto no probaría sino que la concurrencia no obra con toda la fuerza eliminadora que tiene; en nada cambiaría su naturaleza contradictoria. ¿Qué necesidad tenemos de esperar aún treinta siglos para saber que cuanto más se desarrolla la concurrencia, tanto más tiende á reducir el número de los concurrentes?

«La segunda es, que es infiel la pintura que de ella se hace, y no se tiene bastante en cuenta lo mucho que se ha generalizado el bienestar hasta entre las clases trabajadoras.»

Si hay socialistas, que desconocen el lado útil de la concurrencia, V. por su parte no hace mención alguna de sus perniciosos efectos. Como el testimonio de los adversarios de V. viene á completar el suyo, la concurrencia aparece en toda su claridad, resultando para nosotros la verdad de una doble mentira.—En cuanto á la gravedad del mal, no tardaremos en ver á qué hemos de atenernos.

«La tercera es, que no se atribuye á sus verdaderas causas el mal que experimentan las clases trabajadoras.»

Porque haya otras causas de miseria que la concurrencia, ¿ha de poder negarse que la concurrencia contribuye por su parte á crearla? Cuando no hubiese cada año más que un industrial arruinado por la concurrencia, con tal que estuviese reconocido que su ruina es efecto necesario del principio mismo, la concurrencia como principio no podría ménos de ser rechazada.

«La cuarta es, que los principales medios para obviarla no serían sino expedientes.»

Posible es esto: mas de aquí concluyo que la insuficiencia de los medios propuestos le imponen á usted un nuevo deber, el de buscar los medios más expeditos para prevenir los males de la concurrencia.

«La quinta, por fin, es que los verdaderos remedios, en cuanto es posible remediar por leyes el mal, estarían precisamente en el régimen que es causa de haberlo producido, es decir, en un régimen cada día más real de concurrencia y de libertad.»

Pues bien, paso por ello. El remedio contra la concurrencia, según V., es hacer universal la con-



currencia. Mas para que la concurrencia sea universal, es preciso procurar á todo el mundo los medios de concurrir, es preciso destruir ó modificar el predominio del capital sobre el trabajo, cambiar las relaciones entre oficiales y maestros; resolver, en una palabra, la antinomia de la division y las máquinas; es preciso ORGANIZAR EL TRABAJO. ¿Puede V. darme esa solución?

El Sr. Dunoyer desarrolla luego, con un valor digno de mejor causa, su utopía de concurrencia universal, laberinto donde el autor tropieza y se contradice á cada paso.

«La concurrencia, dice el Sr. Dunoyer, encuentra una multitud de obstáculos.»

Los encuentra, en efecto, en tan gran número y tan poderosos, que llega á hacerse imposible. Porque ¿qué medio hay para triunfar de obstáculos inherentes á la constitucion de la sociedad, y por lo tanto, inseparables de la concurrencia misma?

«Hay, además de los servicios públicos, cierto número de profesiones cuyo ejercicio ha creído el gobierno deber reservarse más ó menos exclusivamente; las hay en número más considerable que las leyes han convertido en monopolio de un limitado número de individuos. Las entregadas á la concurrencia están sujetas á formalidades y restricciones, y á innumerables trabas que están léjos de ponerlas al alcance de todo el mundo, ni de hacerlas por consiguiente objetode una concurrencia ilimitada. Hay, por fin, pocas que no estén sujetas á variados tributos sin duda alguna necesarios...»

¿Qué significa todo esto? El Sr. Dunoyer no creará, supongo, que la sociedad pueda pasarse sin gobierno, sin administracion, sin policia, sin contribuciones, sin universidades, en una palabra, sin todo lo que la constituye tal sociedad. Luego, puesto que la

sociedad implica necesariamente excepciones á la concurrencia, la hipótesis de una concurrencia universal es quimérica. Hémos aquí puestos de nuevo bajo el régimen de la arbitrariedad, cosa que sabíamos ya por la definicion de la concurrencia. ¿Hay nada verdaderamente serio en los argumentos del Sr. Dunoyer?

En otro tiempo los maestros de la ciencia empezaban por rechazar léjos de sí toda idea preconcebida, y se consagraban á ir reduciendo á leyes generales los hechos, sin jamás alterarlos ni ocultarlos. Las investigaciones de A. Smith son para el tiempo en que se publicaron prodigios de sagacidad y de elevado raciocinio. El cuadro económico de Quesnay, por ininteligible que parezca, revela un profundo sentimiento de la síntesis general. La introduccion al gran tratado de J. B. Say versa exclusivamente sobre el carácter científico de la economía política, y deja ver en cada una de sus líneas cuánto sentia el autor la necesidad de nociones absolutas. Los economistas del siglo pasado no han constituido á buen seguro la ciencia; pero buscaban con ardor y buena fe si podrian constituirla.

¡Cuán léjos estamos de tan nobles pensamientos! No se busca ya una ciencia; se defienden tan sólo intereses de dinastía y de casta. Se obstinan los economistas en la rutina á causa de su misma impotencia, autorizan los más venerandos nombres para dar á fenómenos anormales un carácter de autenticidad que no tienen, tachan de herejía los hechos que les acusan, calumnian las tendencias del siglo, y nada les irrita tanto como que se pretenda raciocinar con ellos.

«Lo particular en los presentes tiempos, exclama con tono de vivo descontento el Sr. Dunoyer, es la agitacion de todas las clases, su inquietud, lo imposible que es que se detengan en nada, ni con nada



se contenten; es el trabajo infernal que se toma con los menos afortunados, para que estén con más disgusto á medida que la sociedad hace mayores esfuerzos para que sean en realidad menos dignos de lástima.»

¡Bravo! ¡Porque los socialistas aguijonean la economía política son diablos encarnados! ¿Cabe, en efecto, nada más impío que revelar al proletario que sufre lesion en su trabajo y en su paga y es irremediable su miseria dentro del medio en que vive?

El Sr. Reybaud repite, recargándola, la queja del Sr. Dunoyer, su maestro: diríase que los dos son los dos serafines de Isaías cantando un *Sanctus* á la concurrencia. En Junio de 1844, en el momento en que publicaba la cuarta edicion de los *Reformadores Contemporáneos*, escribía el Sr. Reybaud con toda la amargura de su alma: «A los socialistas se debe la organizacion del trabajo, el derecho al trabajo; ellos son los que han promovido el régimen de vigilancia... Las Cámaras legislativas de uno y otro lado del Estrecho, obedecen poco á poco á su influencia... Así la utopia va ganando terreno...» Y deplora luego el Sr. Reybaud la *secreta influencia* del socialismo sobre los mejores entendimientos, condena ¡véase hasta dónde llega el rencor! el *inadvertido contagio* de que se dejan ganar hasta los que han roto lanzas contra el socialismo. Y anuncia despues como su último acto de justicia contra los malos, la publicacion próxima, bajo el título de *Leyes del trabajo*, de una obra en que probará (á ménos de una nueva evolucion en sus ideas) que las leyes del trabajo nada tienen de comun, ni con el derecho al trabajo, ni con la organizacion del trabajo, y que dejar hacer es la mejor de las reformas. «La tendencia de la economía política no es ya tampoco, añade el Sr. Reybaud, hácia la teoría, sino hácia la práctica. La parte

abstracta de la ciencia está ya definitivamente fijada. La controversia sobre las definiciones está agotada ó poco ménos. Los trabajos de los grandes economistas sobre el valor, el capital, la oferta y la demanda, el salario, las contribuciones, las máquinas, el arriendo, el aumento de poblacion, la exuberancia de productos, los mercados, los bancos, los monopolios, etc., etc., parecen haber tocado el límite de las investigaciones dogmáticas, y forman ya un conjunto de doctrinas más allá del cual hay que esperar bien poco.»

*Facilidad para hablar é impotencia para razonar*, tal hubiera sido la conclusion de Montesquien sobre ese extraño panegírico de los fundadores de la economía social. ¡LA CIENCIA ESTÁ YA CONSTITUIDA! Lo jura el Sr. Reybaud, y lo que él proclama con tanta autoridad, se repite en la Academia, en las cátedras, en el Consejo de Estado, en las Cámaras; se publica en los periódicos; se lo hacen decir al rey en sus discursos de año nuevo, y en su consecuencia, son juzgados por los tribunales los que á ellos recurren.

¡LA CIENCIA ESTÁ CONSTITUIDA! ¿Qué locura es, pues, la nuestra, oh socialistas, que buscamos la luz en pleno mediodía, y protestamos con la linterna en la mano contra el brillo de esos soles?

Pero créanme Vds., señores; con sincero pesar y con profunda desconfianza de mí mismo, me veo obligado á pedirles algunas explicaciones. Ya que no pueden Vds. remediar nuestros males, dénnos ustedes siquiera buenas palabras, dénnos la evidencia, dénnos la resignacion.

«Es obvio, dice el Sr. Dunoyer, que la riqueza está infinitamente mejor repartida en nuestros dias de lo que ha estado nunca.»—«El equilibrio de los goces y de las penas, añade al punto el Sr. Reybaud, tiende siempre aquí abajo á restablecerse.»



¡Cómo! ¿qué están Vds. diciendo? ¿riqueza mejor repartida, y equilibrio restablecido? Explíquense Vds. por Dios sobre este mejor reparto. ¿Es la igualdad la que viene ó la desigualdad la que se va? ¿La solidaridad la que aumenta ó la concurrencia la que disminuye? No les dejo á Vds. que no me hayan contestado, *non missura cutem...* Porque cualquiera que sea la causa del restablecimiento del equilibrio y de la mejor distribución que Vds. indican, yo la abrazaré con ardor y la seguiré hasta sus últimas consecuencias. Antes de 1830, tomo al azar la fecha, la riqueza dicen Vds. estaba mal repartida: ¿cómo así? Hoy lo está mejor: ¿por qué causa? Vds. verán sin duda á dónde voy á parar: no siendo aún del todo equitativa la distribución, ni absolutamente justo el equilibrio, por un lado pregunto ¿cuál es la causa que desequilibra? por otro ¿en virtud de qué principio pasa sin cesar la humanidad de lo peor á lo menos malo, de lo bueno á lo mejor? Porque al fin ese secreto principio de mejora no puede ser ni la concurrencia, ni las máquinas, ni la división del trabajo, ni la oferta y la demanda, puesto que todos estos principios no son más que las palancas que hacen oscilar sucesivamente el valor, como ha comprendido perfectamente la Academia de Ciencias morales. ¿Cuál es pues la soberana ley del bienestar? ¿Cuál es esa regla, esa medida, ese criterio del progreso cuya violación es la perpétua causa de la miseria? Hablen Vds. y no peroren.

La riqueza está mejor repartida, dicen Vds.; veamos las pruebas que Vds. nos dan.

El Sr. Dunoyer:

«Segun documentos oficiales, no existen mucho ménos de once millones de cuotas de contribucion territorial. Se valúa en seis millones el número de los propietarios que las pagan, de suerte que á ra-

zon de cuatro individuos por familia, sobre treinta y cuatro millones de habitantes no habrá ménos de veinticuatro que participen de la propiedad de la tierra.»

Luego ateniéndonos á la cifra más favorable, no habrá en Francia ménos de diez millones de proletarios, cerca de la tercera parte de la población. ¡Ah! ¿qué les parece á Vds.? Añadan Vds. ahora á esos diez millones la mitad de los otros veinticuatro, para quienes la propiedad gravada de hipotecas, dividida, empobrecida, deplorable, no vale de mucho lo que un oficio, y no tendrán Vds. aún la cifra de los individuos que viven á título de precario.

«El número de los veinticuatro millones de propietarios tiende sensiblemente á aumentarse.»

Sostengo yo que tiende sensiblemente á disminuir. Al parecer de Vds., ¿quién es el verdadero propietario, el poseedor nominal lleno de contribuciones, de recargos, de prendas, de hipotecas, ó el acreedor que cobra la renta? Los prestamistas judíos y los de Basilea son hoy los verdaderos propietarios de Alsacia; y lo que prueba el excelente juicio de esos prestamistas, es que no piensan en adquirir; prefieren colocar sus capitales.

«A los propietarios territoriales hay que añadir cerca de 1.500.000 industriales con patente, ó sea á razon de cuatro personas por familia, seis millones de individuos jefes de empresas industriales.»

Mas en primer lugar, gran número de esos industriales con patente son propietarios territoriales, y cuentan Vds. dos veces unos mismos hombres. Puede luego afirmarse que de la totalidad de los industriales y comerciantes con patente sólo una cuarta parte cuando más obtiene beneficios, otra cuarta parte se sostiene á la par, y los demás están en déficit. Tomemos, pues, la mitad á lo sumo de los seis millones



de pretendidos jefes industriales, añadámosles á los doce millones muy problemáticos de propietarios reales, y llegaremos á un total de quince millones de franceses capaces por su educacion, su industria, sus capitales, su crédito y sus propiedades, de hacerse concurrencia. Para el resto de la poblacion, ó sean diez y nueve millones de almas, la concurrencia es como la gallina para el puchero de que hablaba Enrique IV, un plato que hacen para el que puede pagarlo pero al cual no tocan.

Otra dificultad. Esos diez y nueve millones de hombres para quienes es inaccesible la concurrencia son los mercenarios de los que concurren. Tales eran en otro tiempo los siervos, que combatian por los señores, sin poder jamás llevar bandera propia, ni levantar ejércitos. Ahora bien, si la concurrencia no puede por sí misma llegar á ser la condicion comun á todos los ciudadanos, ¿cómo aquellos para quienes no tiene más que peligros no han de exigir garantías de parte de los barones á quienes sirven? Y si esas garantías no cabe negárselas ¿cómo han de ser otra cosa que trabas para la concurrencia, del mismo modo que la tregua de Dios inventada por los obispos habia sido una traba para las guerras feudales? Por la manera como está constituida la sociedad, decia yo hace poco, la concurrencia es una cosa de excepcion, un privilegio; pregunto ahora: ¿como es posible el privilegio con la igualdad de derechos?

¿Creerán Vds. quizá, al verme reclamar para los consumidores y los asalariados garantías contra la concurrencia, que estos no son más que sueños de socialista? Pues oigan Vds. á dos de sus más ilustres cofrades, á quienes no acusarán Vds. por cierto de estar haciendo una obra infernal.

El Sr. Rossi en su tomo I, leccion 16, reconoce

al Estado el derecho de reglamentar el trabajo cuando *es excesivo el peligro é insuficientes las garantías*; lo cual quiere decir *siempre*, puesto que el legislador ha de procurar el orden público con *principios y leyes*, y no esperar á que se presenten hechos imprevistos para arbitrariamente rechazarlos.—En otra parte desde las páginas 73 á la 77 del tomo II, señala el mismo profesor como consecuencias de una concurrencia exagerada la incesante formacion de una aristocracia banquera y territorial y la próxima ruina de la pequeña propiedad, y da la voz de alarma. El Sr. Blanqui, por su parte, declara que la organizacion del trabajo está á la orden del dia en la ciencia económica (despues se ha retractado); pide la participacion de los obreros en los beneficios y el advenimiento del trabajador colectivo, y truena sin interrupcion contra los monopolios, las prohibiciones y la tiranía de los capitales. *¡Qui habet aures audiendi audiat!* El Sr. Rossi, como criminalista, condena los actos del bandolerismo, de la concurrencia; el señor Blanqui, como juez instructor, denuncia á los culpables: es esta la contraparte del duo cantado hace poco á coro por los Sres. Reybaud y Dunoyer. Cuando estos exclaman: *¡Hosanna!* aquellos contestan como los Padres de los Concilios: *¡Anathema!*

Pero los Sres. Blanqui y Rossi, se dirá, no tratan de condenar sino los *abusos* de la concurrencia, no tienen intencion de proscribir el principio; y en todo esto, se hallan perfectamente de acuerdo con los Sres. Reybaud y Dunoyer.

Protesto contra esta distincion, en interés de la reputacion de los dos profesores.

De hecho, el abuso lo ha invadido todo, y la excepcion ha pasado á ser la regla. Cuando el señor Troplong, defendiendo con todos los economistas la libertad de comercio, reconocia que la coalicion de



las mensajerías era de esos hechos que encuentran del todo impotente al legislador, y parecen desmentir las más sanas nociones de la economía política, tenia aún el consuelo de decirse que un hecho semejante era del todo excepcional, y habia motivo para creer que no se generalizaria. Mas este hecho se ha generalizado: bastará al más rutinario jurisconsulto asomarse á la ventana, para ver que hoy ha sido absolutamente monopolizado todo por la concurrencia: trasportes por tierra, hierro y agua, trigos, harinas, vinos, aguardientes, maderas, carbones de piedra, aceites, hierros, tejidos, sal, productos químicos, etc. Es triste para la jurisprudencia, esa hermana gemela de la economía política, ver en ménos de un lustro desmentidas sus graves previsiones; pero es más triste aún para una gran nacion verse conducida por tan pobres talentos, y tener que espigar las pocas ideas que le dan vida entre la maleza de sus escritos.

En teoría, hemos demostrado que la concurrencia, bajo su punto de vista positivo, debia ser universal y llevada á su grado máximo de intensidad, al paso que bajo su aspecto negativo, deben ser borrados de todas partes hasta sus últimos vestigios. ¿Se hallan los economistas en estado de hacer esa eliminacion? ¿Han previsto sus consecuencias, calculado sus dificultades? En caso de afirmativa, me atreveré á darles á resolver el siguiente caso.

Un tratado de coalicion, ó por mejor decir, de asociacion, porque los tribunales se verian no poco embarazados para definir la una y la otra, acaba de reunir en una misma compañía todas las minas de carbon de piedra de la cuenca del Loira. A consecuencia de una queja de Lyon y San Estéban, el ministro ha nombrado una comision con el encargo de examinar el carácter y las tendencias de esta espan-

tosa sociedad. Pues bien, yo pregunto: ¿qué puede aquí la intervencion del poder, armado de la ley civil y de la economía política?

Se clama contra la coalicion. Mas ¿se puede acaso impedir que los propietarios de minas se asocien, reduzcan sus gastos generales y los de explotacion, y saquen mejor partido de sus minas por medio de un trabajo mejor entendido? ¿Se les ha de mandar que empiecen de nuevo su antigua guerra, y se arruinen con el aumento de gastos, el despilfarro, los productos invendibles, el desórden y la baja de precios? Esto es absurdo.

¿Se les impedirá que aumenten sus precios hasta volver á percibir el interés de sus capitales? Defiéndaseles entónces contra las pretensiones de aumento de salario de parte de los obreros, refórmese la ley sobre las sociedades en comandita, prohíbese el comercio de las acciones, y despues de todas estas medidas, como los capitalistas propietarios no pueden, sin injusticia, ser condenados á perder los capitales que emplearon bajo otro régimen, término por indemnizarlos.

¿Se les impondrá un arancel? Esta seria otra ley de *maximum*. El Estado deberia entónces ponerse en el lugar de los explotadores, hacer sus cuentas de capital, de intereses, de gastos de oficina; arreglar los salarios de los mineros, los sueldos de los ingenieros y de los directores, el precio de las leñas empleadas en la extraccion, y los gastos del material, y por fin, determinar la cifra normal y legitima de los beneficios. Todo esto, no seria para hecho por una real órden, sino por una ley. ¿Se atreveria el legislador á cambiar, para una industria especial, el derecho público de los franceses, y sustituir el poder á la propiedad? Entónces, una de dos: ó el comercio de los carbones caeria en manos del Estado, ó bien



el Estado habria encontrado medio de conciliar para la industria extractiva la libertad y el órden, en cuyo caso, pedirian los socialistas que lo que se hubiese ejecutado sobre un punto, se hiciese en todos.

La coalicion de las minas del Loira, ha sentado la cuestion social en términos que no dejan escapatoria. O la concurrencia, es decir, el monopolio y lo que de él se sigue, ó la explotacion por el Estado, es decir, la carestía de trabajo y el empobrecimiento continuo, ó bien por fin, una solución igualitaria, ó en otros términos, la organizacion del trabajo, cosa que lleva consigo la negacion de la economía política y el fin de la propiedad.

Mas los economistas no proceden con tan brusca lógica; prefieren andar al regateo con la necesidad. El Sr. Dupin, en la sesion de la Academia de Ciencias morales y políticas, de 10 de Junio de 1843, opinaba que «sí la concurrencia puede ser útil en lo interior, no se debe consentir que exista de pueblo á pueblo.»

*Impedir ó dejar hacer*, esta es la eterna alternativa de los economistas: no va más allá su inteligencia. En vano se les dice que no se trata de *impedir* nada ni de *permitirlo* todo; que lo que se les pide y la sociedad espera, es una *conciliacion*: esta doble idea no es para sus cerebros.

«Es necesario, replica el Sr. Dupin al Sr. Dunoyer, *distinguir* la teoría de la práctica.»

¡Oh Dios! es sabido que el Sr. Dunoyer, inflexible sobre los principios en sus obras, es muy acomodaticio sobre la práctica en el Consejo de Estado. Dígnese siquiera una vez hacerse esta pregunta: ¿por qué me veo obligado á distinguir continuamente la práctica de la teoría? ¿por qué no estarán las dos de acuerdo?

El Sr. Blanqui, hombre conciliador y pacífico, apoya al sabio Sr. Dunoyer, es decir, la teoría. Piensa, sin embargo, con el Sr. Dupin, es decir, con la práctica, que la concurrencia no está *exenta de faltas*. ¡Tanto teme el Sr. Blanqui calumniar y atizar el fuego!

El Sr. Dupin se obstina en su opinion. Cita contra la concurrencia el fraude, la venta con pesos falsos, y la explotacion de los niños. Todo, sin duda, para probar que la concurrencia puede en *lo interior* ser útil.

El Sr. Passy, con su lógica ordinaria, hace observar que habrá siempre en el mundo pícaros que, etc. —Acusad la naturaleza humana, exclama, pero no la concurrencia.

La lógica del Sr. Passy, se sale de la cuestion desde la primera palabra. Lo que se vitupera en la concurrencia, son los inconvenientes que resultan de su naturaleza, y no los fraudes de que es ocasion ó pretexto. Un fabricante encuentra medio de reemplazar un obrero que le cuesta tres francos diarios por una mujer que no le cuesta sino uno. Este expediente es el único que le queda para sostener la baja y hacer marchar su establecimiento. Pronto agregará niños á las obreras; y luégo, obligado por las necesidades de la guerra, reducirá poco á poco los salarios, y aumentará los horas de trabajo. ¿Dónde está aquí el culpable? Este argumento cabe presentarlo de cien maneras, y aplicarle á todas las industrias, sin que haya motivo para acusar la naturaleza humana.

El mismo Sr. Passy se ve obligado á reconocerlo, cuando añade: «En cuanto al trabajo forzoso de los niños, la culpa es de los padres.» Justo; mas y la falta de los padres, ¿de quién lo es?

«En Irlanda, continúa este orador, no hay con-



currencia, y la miseria es, sin embargo, extrema.»

En este punto, el Sr. Passy ha faltado á su lógica ordinaria por una extraordinaria falta de memoria. En Irlanda hay monopolio completo y universal de la tierra, y concurrencia ilimitada y encarnizada para los arrendamientos. Concurrencia y monopolio son las dos balas que arrastra en cada pié la desgraciada Irlanda.

Cuando los economistas están cansados de acusar la naturaleza humana, la codicia de los padres y la turbulencia de los radicales, se regocijan contemplando el cuadro de la felicidad del proletariado. Pero sobre este punto no están tampoco de acuerdo ni entre sí, ni consigo mismos; y nada pinta mejor la anarquía de la concurrencia que el desorden de sus ideas.

«Hoy, dice el Sr. Chevalier en su lección 4.<sup>a</sup>, la mujer del artesano viste trajes elegantes que no se habrían desdeñado de llevar las señoras del otro siglo.» Y es, con todo, ese mismo Sr. Chevalier el que, según cálculos suyos, cree que la totalidad de la renta nacional da 65 céntimos por día y por individuo. Algunos economistas hacen bajar esta cifra á 55 céntimos. Y como de esta suma hay que tomar lo necesario para la formación de las fortunas superiores, puede muy bien computarse por la cuenta del Sr. de Morogues, que la renta de la mitad de los franceses no pasa de 25 céntimos.

«Pero, replica con mística exaltación el Sr. Chevalier, ¿no consiste acaso la dicha en la armonía entre los deseos y los goces, en el equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas? ¿No consiste en cierto estado del alma, cuyas condiciones no puede ni debe cambiar la economía política, estado que tampoco tiene la economía política la tarea de crear? Esto es obra de la religión y de la filosofía.»—

Economista, diría Horacio al Sr. Chevalier si viviese en nuestros días: ocúpate de mi renta, y déjame á mí el cuidado de mi alma: *Det vitam, det opes; æquum mî animum ipse parabo.*

Tiene de nuevo la palabra el Sr. Dunoyer:

«En muchas ciudades se podría confundir fácilmente en los días de fiesta la clase obrera con la clase media (¿por qué dos clases?): tan cuidadosamente vestida va la primera. Ni hay ménos progreso en los alimentos. Los alimentos son á la vez más abundantes, más sustanciales y más variados. El pan, mejor en todas partes. La carne, la sopa, el pan blanco son ya en muchas ciudades fabriles de un uso infinitamente más comun que en otro tiempo. Por fin, la duración de la vida media ha subido de treinta y cinco años á cuarenta.»

Más léjos el Sr. Dunoyer, da el estado de las fortunas inglesas, según Marshall. Resulta de este estado, que hay en Inglaterra dos millones quinientas mil familias que no tienen más que una entrada anual de 1.200 francos. Ahora bien, 1.200 francos de renta en Inglaterra, corresponden á 730 en Francia, cantidad que dividida entre cuatro personas, da para cada una 182 francos 50 céntimos, y por día 50 céntimos. Esto se acerca á los 65 céntimos que el Sr. Chevalier da para cada francés. La diferencia en favor de este, procede de que siendo menor en Francia el progreso de la riqueza, es también menor la miseria. ¿Qué es lo que debemos creer de los economistas: sus pomposas descripciones, ó sus cálculos?

«El pauperismo ha aumentado en Inglaterra hasta tal punto, confiesa el Sr. Blanqui, que el gobierno inglés ha debido buscar un refugio para los pobres en esas espantosas casas de trabajo...» En efecto, esas pretendidas casas de trabajo, donde el trabajo consiste en ocupaciones ridículas y estériles, no son,



dígase lo que se quiera, sino casas de tormento. Porque no hay para un sér racional tormento parecido al de hacer rodar una muela sin grano ni harina con el solo objeto de evitar el descanso, y sin por esto escapar al ocio.

«Esta organizacion (la de la concurrencia), continúa el Sr. Blanqui, tiende á hacer pasar á los capitales todos los beneficios del trabajo. En Reims, en Mulhouse, en San Quintin, como en Manchester, en Leeds, Spitafield, la existencia de los obreros es lo más precaria posible...» Sigüé un espantoso cuadro de la miseria de los obreros. Pasan ante uno hombres, mujeres, niños, niñas, hambrientos, esmirriados, cubiertos de harapos, pálidos, el semblante torvo. Termina la descripción por este rasgo: «Los obreros de la industria mecánica no dan ya soldados para las quintas.» A estos, por lo visto, no les aprovecha el pan blanco ni la sopa del señor Dunoyer.

El Sr. Villermé considera *inevitable* el libertinaje de las obreras jóvenes. Su estado habitual es el concubinato: están enteramente subvencionadas por los maestros, los horteras y los estudiantes. Por más que, generalmente hablando, tiene el matrimonio para el pueblo más atractivo que para la clase media, gran número de proletarios, malthusianos sin saberlo, temen la familia, y siguen el torrente de la costumbre. Así como los obreros son carne de cañon, las obreras son carne para la prostitucion: esto explica su elegancia dominguera. Despues de esto, ¿por qué habian de estar obligadas estas jóvenes á ser más virtuosas que las de la clase media?

El Sr. Buret, premiado por la Academia, decia: «Sostengo que la clase jornalera está abandonada en cuerpo y alma á los antojos de la industria.» Y en otra parte: «Los más débiles esfuerzos de la especu-

lacion, pueden hacer variar el precio del pan de cinco céntimos y más por libra; lo cual representa 620.500.000 francos para 34 millones de hombres.» Obsérvese de paso que el Sr. Buret, cuya pérdida es muy sensible, consideraba como una preocupacion popular la existencia de los acaparadores. Ea, sofista: acaparador ó especulador, ¿qué importa el nombre, si reconoce V. la cosa?

Con citas de este género se podrian llenar volúmenes. Pero el objeto de este libro no es, ni contar las contradicciones de los economistas, ni hacer una guerra personal sin resultados. Nuestro objeto es más levantado y digno; es desarrollar el *sistema de las contradicciones económicas*, lo cual es muy distinto. Pondremos aquí fin á tan triste revista, y echaremos ántes de concluir una ojeada sobre los diversos medios propuestos para obviar los inconvenientes de la concurrencia.

#### § III. Remedios contra la concurrencia.

¿Cabe abolir la concurrencia en el trabajo?

Tanto valdria preguntar si cabe suprimir la personalidad, la libertad, la responsabilidad individual.

La concurrencia es en efecto la expresion de la actividad colectiva, del mismo modo que el salario, considerado en su más elevada acepcion, es la expresion del mérito y del demérito; en una palabra, de la responsabilidad del trabajo. En vano declaman y se sublevan contra esas dos formas esenciales de la libertad y de la disciplina en el trabajo. Sin una teoría del salario, no hay distribucion, no hay justicia; sin una organizacion de la concurrencia, no hay garantía social, ni por lo tanto solidaridad.

Los socialistas han confundido estas dos cosas esencialmente distintas, cuando contraponiendo la



dígase lo que se quiera, sino casas de tormento. Porque no hay para un sér racional tormento parecido al de hacer rodar una muela sin grano ni harina con el solo objeto de evitar el descanso, y sin por esto escapar al ocio.

«Esta organizacion (la de la concurrencia), continúa el Sr. Blanqui, tiende á hacer pasar á los capitales todos los beneficios del trabajo. En Reims, en Mulhouse, en San Quintin, como en Manchester, en Leeds, Spitafield, la existencia de los obreros es lo más precaria posible...» Sigüé un espantoso cuadro de la miseria de los obreros. Pasan ante uno hombres, mujeres, niños, niñas, hambrientos, esmirriados, cubiertos de harapos, pálidos, el semblante torvo. Termina la descripción por este rasgo: «Los obreros de la industria mecánica no dan ya soldados para las quintas.» A estos, por lo visto, no les aprovecha el pan blanco ni la sopa del señor Dunoyer.

El Sr. Villermé considera *inevitable* el libertinaje de las obreras jóvenes. Su estado habitual es el concubinato: están enteramente subvencionadas por los maestros, los horteras y los estudiantes. Por más que, generalmente hablando, tiene el matrimonio para el pueblo más atractivo que para la clase media, gran número de proletarios, malthusianos sin saberlo, temen la familia, y siguen el torrente de la costumbre. Así como los obreros son carne de cañon, las obreras son carne para la prostitucion: esto explica su elegancia dominguera. Despues de esto, ¿por qué habian de estar obligadas estas jóvenes á ser más virtuosas que las de la clase media?

El Sr. Buret, premiado por la Academia, decia: «Sostengo que la clase jornalera está abandonada en cuerpo y alma á los antojos de la industria.» Y en otra parte: «Los más débiles esfuerzos de la especu-

lacion, pueden hacer variar el precio del pan de cinco céntimos y más por libra; lo cual representa 620.500.000 francos para 34 millones de hombres.» Obsérvese de paso que el Sr. Buret, cuya pérdida es muy sensible, consideraba como una preocupacion popular la existencia de los acaparadores. Ea, sofista: acaparador ó especulador, ¿qué importa el nombre, si reconoce V. la cosa?

Con citas de este género se podrian llenar volúmenes. Pero el objeto de este libro no es, ni contar las contradicciones de los economistas, ni hacer una guerra personal sin resultados. Nuestro objeto es más levantado y digno; es desarrollar el *sistema de las contradicciones económicas*, lo cual es muy distinto. Pondremos aquí fin á tan triste revista, y echa-remos ántes de concluir una ojeada sobre los diversos medios propuestos para obviar los inconvenientes de la concurrencia.

#### § III. Remedios contra la concurrencia.

¿Cabe abolir la concurrencia en el trabajo?

Tanto valdria preguntar si cabe suprimir la personalidad, la libertad, la responsabilidad individual.

La concurrencia es en efecto la expresion de la actividad colectiva, del mismo modo que el salario, considerado en su más elevada acepcion, es la expresion del mérito y del demérito; en una palabra, de la responsabilidad del trabajo. En vano declaman y se sublevan contra esas dos formas esenciales de la libertad y de la disciplina en el trabajo. Sin una teoría del salario, no hay distribucion, no hay justicia; sin una organizacion de la concurrencia, no hay garantía social, ni por lo tanto solidaridad.

Los socialistas han confundido estas dos cosas esencialmente distintas, cuando contraponiendo la



union del hogar doméstico á la concurrencia industrial, se han preguntado si la sociedad no podría ser constituida como una gran familia, cuyos individuos todos estuviesen ligados por los vínculos de la sangre, en vez de formar una especie de coalicion, donde están todos retenidos por la ley de sus intereses.

La familia no es, si puedo decirlo así, el tipo, la molécula orgánica de la sociedad. En la familia, como el Sr. de Bonald habia observado muy bien, no existe más que un sér moral, un solo espíritu, una sola alma, y casi diria con la Biblia, una sola carne. La familia es el tipo y la cuna de la monarquía y del patriciado: en ella reside y se conserva la idea de autoridad y de soberanía, que va desapareciendo cada vez más en el Estado. Por el modelo de la familia se habian organizado todas las sociedades antiguas y feudales; y precisamente contra esa antigua constitucion patriarcal protesta y se subleva la democracia moderna.

La unidad constitutiva de la sociedad es el taller.

Ahora bien, el taller implica necesariamente interés de cuerpo é intereses privados; una persona colectiva é individuos. De aquí, todo un sistema de relaciones desconocidas en la familia, entre las cuales figura en primer lugar la oposicion entre la voluntad colectiva, representada por el *maestro*, y las voluntades individuales, representadas por sus *asalariados*. Vienen en seguida las relaciones de taller á taller, de capital á capital, en otros términos, la concurrencia y la asociacion. Porque la concurrencia y la asociacion se apoyan mutuamente, no existen la una sin la otra, y léjos de excluirse, no son siquiera divergentes. Quien dice concurrencia, supone ya un fin comun; y la concurrencia no es, por lo tanto, sinónimo de egoismo: el más deplorable error de los socialistas ha consistido en haberla

considerado como la destruccion de la sociedad.

No cabe que tratemos de destruir la concurrencia, cosa tan imposible como destruir la libertad; trátase tan sólo de encontrar su equilibrio, ó por mejor decir, su policía. Porque toda fuerza, toda espontaneidad, ya individual, ya colectiva, necesita de determinacion: acerca de esto, sucede con la concurrencia, lo que con la inteligencia y la libertad. ¿Cómo, pues, en la sociedad se podrá determinar la concurrencia de una manera armónica?

Hemos oido ya la contestacion del Sr. Dunoyer, que habla en nombre de la economía política: la concurrencia se ha de determinar por sí misma. Segun el Sr. Dunoyer y todos los demás economistas, el remedio para los inconvenientes de la concurrencia está aún en la concurrencia; y puesto que la economía política es la teoria de la propiedad, del derecho absoluto de usar y abusar, es claro que la economía política no puede contestar otra cosa. Ahora bien, es esto como si se dijera que la educacion para la libertad se hace por la libertad, el cultivo de la inteligencia por la inteligencia, y que el valor se determina por el valor; proposiciones todas evidentemente tautológicas y absurdas.

Y en efecto, encerrándonos en la materia de que tratamos, salta á los ojos que la concurrencia practicada por sí misma, y sin más objeto que conservar una independencia vaga y discorde, no puede conducir á nada, y sus oscilaciones son eternas. Luchan en la concurrencia los capitales, las máquinas, los procedimientos, el ingenio y la experiencia, es decir, más capitales aún en lucha, y los más gruesos batallones son siempre los que vencen. Si, pues, no se hace la concurrencia sino en provecho de intereses particulares, sin que sus efectos sociales hayan sido ni determinados por la cien-



cia, ni reservados por el Estado; ha de haber en la concurrencia, como en la democracia, tendencia continua de la guerra civil á la oligarquía, de la oligarquía al despotismo, y luego disolucion y nueva guerra civil sin término y sin tregua. Hé aquí por qué la concurrencia, abandonada á sí misma, no puede llegar jamás á constituirse: del mismo modo que el valor, necesita de un principio superior que la socialice y la defina. Estos hechos están ya lo suficientemente acreditados, para que podamos considerarlos como definitiva adquisicion de la crítica, y dispensarnos de volver á hablar de ellos. La economía política, en lo que á la policía de la concurrencia se refiere, está demostrado que es impotente, con saber que no tiene ni puede tener otro medio que la concurrencia misma.

Fáltanos, ahora, saber cómo resuelve el socialismo el problema. Un solo ejemplo bastará á darnos la medida de sus medios, y nos permitirá establecer, respecto de él, conclusiones generales.

Entre todos los socialistas modernos, el Sr. D. Luis Blanc es tal vez el que, por su notable talento, ha sabido mejor llamar sobre sus escritos la atencion del público. En su *Organizacion del trabajo*, despues de haber reducido el problema de la asociacion á un solo punto, la concurrencia, se decide, sin vacilar, por su abolicion. Por esto sólo cabe juzgar cuánto se ha ilusionado sobre el valor de la economía política, y el alcance del socialismo, este escritor ordinariamente tan cauto. Por una parte, el Sr. Blanc, recibiendo de no sé dónde sus ya redondeadas ideas, concediéndolo todo á su siglo y nada á la historia, rechaza absolutamente el contenido y la forma de la economía política, y se priva de los materiales mismos de la organizacion; por otra atribuye á tendencias resucitadas de todas las épocas anteriores

y que toma por nuevas, una realidad que no tienen, desconociendo así la naturaleza del socialismo, que es la de ser exclusivamente crítico. El Sr. Blanc nos ha dado, por lo tanto, el espectáculo de una imaginacion viva y pronta en lucha contra un imposible. Ha creído en el poder adivinador del genio; pero ha debido tener presente que la ciencia no se improvisa, y que trátese de un Adolfo Boyer, un Luis Blanc, ó un J. J. Rousseau, desde el instante en que no hay nada en la experiencia, no hay tampoco nada en el entendimiento.

El Sr. Blanc empieza por esta declaracion: «No acertamos á comprender á los que han imaginado no sé qué misteriosa union entre los dos principios opuestos. Ingertar la asociacion en la concurrencia, es una pobre idea: es reemplazar á los eunucos con los hermafroditas.»

El Sr. Blanc deberá sentir siempre haber escrito esas cuatro líneas. Prueban que á la fecha de la cuarta edicion de su libro, estaba tan poco adelantado en lógica como en economía política, y razonaba sobre la una y la otra, como un ciego sobre colores. El hermafroditismo en política consiste precisamente en la exclusion, porque la exclusion trae siempre bajo una ú otra forma, y en un mismo grado, la idea excluida; y el Sr. Blanc quedaria, á no dudarlo, extrañamente sorprendido, si por la perpetua mezcla que hace en su libro de los principios más contrarios, la autoridad y el derecho, la propiedad y el comunismo, la aristocracia y la igualdad, el trabajo y el capital, la recompensa y el desinterés, la libertad y la dictadura, el libre exámen y la fe religiosa, se le demostrase que él es el verdadero hermafrodita, el publicista de doble sexo. Colocado el Sr. Blanc en los confines de la democracia y del socialismo, un grado más abajo de la república,



dos grados debajo del Sr. Barrot, tres grados debajo del Sr. Thiers, es aún, digase y hágase lo que se quiera, un descendiente en cuarto grado del señor Guizot, un doctrinario.

«Verdaderamente, dice el Sr. Blanc, no somos de los que fulminan anatemas contra el principio de autoridad. Este principio, hemos tenido mil veces ocasion de defenderle contra ataques tan peligrosos como ineptos. Sabido es, que cuando en una sociedad no está en ninguna parte la fuerza organizada, está en todas el despotismo.»

Así, segun el Sr. Blanc, el remedio contra la concurrencia, ó por mejor decir, el medio de abolirla, consiste en la intervencion de la autoridad, en la sustitucion del Estado á la libertad del individuo; es el sistema inverso del de los economistas.

Sentiria que el Sr. Blanc, cuyas tendencias sociales son conocidas, me acusase de hacerle una guerra impolítica con refutarle. Hago justicia á las generosas intenciones del Sr. Blanc; leo sus obras con agrado, y le doy sobre todo gracias por el servicio que ha prestado, poniendo al descubierto en su *Historia de los diez años* la incurable indigencia de su partido. Pero nadie puede consentir en hacer el papel de engañado ó de imbécil; y, aparte toda cuestion personal, ¿hay verdaderamente algo de comun entre el socialismo, que es una universal protesta, y la mescolanza de añejas preocupaciones que constituyen la república del Sr. Blanc? El Sr. Blanc no cesa de apelar á la autoridad, y el socialismo se declara altamente anárquico; el Sr. Blanc pone el poder sobre la sociedad, y el socialismo tiende á hacerlo pasar debajo; el Sr. Blanc hace descender la vida social de arriba, y el socialismo pretende hacerla brotar y crecer de las clases inferiores; el Sr. Blanc corre tras la política, y el socialismo va en busca de

la ciencia. No más hipocresía, diré al Sr. Blanc: usted no quiere ni catolicismo, ni monarquía, ni nobleza; pero cree indispensable un Dios, una religion, una dictadura, una censura, una jerarquía, distinciones, rangos. Y yo niego la divinidad, la autoridad, la soberanía, el Estado jurídico, y todas las demás mistificaciones representativas de V.: no quiero ni el incensario de Robespierre ni la varilla de Marat, y ántes que sufrir la democracia andrógina de usted, apoyo el *statu quo*. Hace diez y seis años que su partido de V. es un obstáculo al progreso, y detiene la marcha de la opinion pública; hace diez y seis años que manifiesta su origen despótico, haciendo cola al poder en la extremidad del centro izquierdo: es hora ya de que abdique ó haga su metamorfosis. Implacables teóricos de la autoridad, ¿qué proponéis que no pueda realizar de un modo más llevadero que vosotros el gobierno á que haceis la guerra?

El sistema del Sr. Blanc está reducido á tres puntos:

1.º *Dar al poder una gran fuerza de iniciativa, ó lo que es lo mismo, hacer omnipotente la arbitrariedad para realizar una utopia.*

2.º *Crear talleres públicos de que sea socio comendatario el Estado.*

3.º *Matar la industria privada con la concurrencia de la industria nacional.*

Ni más ni menos.

¿Ha abordado el Sr. Blanc el problema del valor, que por sí sólo entraña todos los demás problemas? No sabe siquiera que tal problema exista. — ¿Nos ha dado una teoría de la distribucion de la riqueza? No. — ¿Ha resuelto la antinomia de la division del trabajo, causa eterna de ignorancia, inmoralidad y miseria para el jornalero? Tampoco. — ¿Ha hecho desaparecer la contradiccion de las máquinas y del salariado,



ni conciliado los derechos de la asociación con los de la libertad? El Sr. Blanc consagra, por lo contrario, esta contradicción. Bajo la despótica protección del Estado admite en principio la desigualdad de categorías y de salarios, añadiéndole por vía de compensación el derecho electoral. Obreros que votan sus reglamentos y nombran á sus jefes, ¿no son acaso libres? Podrá suceder muy bien que esos obreros votantes no admitan ni que se les mande ni diferencia de sueldo; y entonces, como nada se habrá previsto para satisfacer á las capacidades industriales, sin dejar de conservar la igualdad política, penetrará la disolución en el taller, y á ménos que intervenga la policía, volverá cada cual á sus negocios, ó como vulgarmente se dice, cada mochuelo á su olivo. El señor Blanc, empero, no encuentra ni serios ni fundados estos temores: espera la prueba con calma, seguro de que la sociedad no se ha de tomar el trabajo de desmentirle.

¿Ha profundizado tampoco el Sr. Blanc las tan complejas y embrolladas cuestiones del impuesto, del crédito, del comercio internacional, de la propiedad, de la herencia? Y el problema de la población, ¿le ha resuelto? No, no, y mil veces no. El Sr. Blanc elimina las dificultades cuando no puede vencerlas. A propósito de la población, por ejemplo, dice: «Como no hay más que la miseria que sea prolífica, y como el taller social ha de hacer desaparecer la miseria, no hay para qué nos ocupemos en tal problema.»

En vano el Sr. Sismondi, apoyado en la experiencia universal, le dice: «No tenemos confianza alguna en los que ejercen poderes delegados. Creemos que toda corporación ha de llevar peor sus negocios que los que están movidos por sus intereses individuales; que habrá siempre en los directores negligencia, fausto, dilapidación, favoritismo, temor de

comprometerse, todas las faltas, por fin, que se notan en la administración de la fortuna pública cuando se la coteja con la de la privada. Creemos, además, que en una junta de accionistas no habrá nunca más que falta de atención, capricho, negligencia, y que una empresa mercantil estaría constantemente comprometida y pronto arruinada si hubiese de depender de una asamblea deliberativa y de un comerciante. El Sr. Blanc, aturdido con la sonoridad de sus frases, no oye nada: reemplaza el interés privado con el sacrificio de cada cual á la cosa pública; sustituye á la concurrencia la emulación y las recompensas. Después de haber erigido en principio la jerarquía industrial, consecuencia necesaria de su fe en Dios, en la autoridad y en el genio, se entrega á ciertos poderes místicos, ídolos de su corazón y de su fantasía.

Así el Sr. Blanc empieza por un golpe de Estado, ó por mejor decir, valiéndonos de sus mismas frases, por una aplicación de la *fuerza de iniciativa* que crea para el poder; é impone luego una contribución extraordinaria á los ricos para la comandita del proletario. La lógica del Sr. Blanc es sencillísima, es la de la República: el poder puede lo que el pueblo quiere, y lo que el pueblo quiere es verdadero. ¡Singular manera de reformar la sociedad, la de comprimir sus más espontáneas tendencias, negar sus más auténticas manifestaciones, y en vez de generalizar el bienestar por medio del desarrollo normal de las tradiciones, hacer cambiar de manos el trabajo y la renta! Mas ¿á qué, en verdad, esos disfraces? ¿Para qué tantos rodeos? ¿No era más sencillo adoptar desde luego la ley agraria? ¿No podía el poder, en virtud de su fuerza de iniciativa, declarar de un golpe que todos los capitales é instrumentos de trabajo son propiedad del Estado, salva la indemniza-



cion que se conceda por via de transicion á los actuales poseedores? Con una medida brusca, pero leal y sincera, quedaba completamente desbrozado el campo económico. No habria debido andarse más por el camino de la utopia, y el Sr. Blanc habria podido entónces, sin obstáculo alguno, proceder á su sabor á la organizacion de la sociedad.

Pero ¿qué digo? ¿organizar! Toda la obra orgánica del Sr. Blanc consiste en ese grande acto de expropiacion ó de sustitucion, como quiera llamársele; una vez pasada á otras manos y republicanizada la industria y constituido el gran monopolio, el señor Blanc no duda de que la produccion vaya á medida de su deseo, ni comprende siquiera que se presente una sola dificultad contra lo que él llama su *sistema*. Y á la verdad, ¿qué objeciones se han de hacer á una idea tan radicalmente nula é incomprensible como la del Sr. Blanc? La parte más curiosa de su libro está en la escogida coleccion que ha hecho de los argumentos que le han puesto algunos incrédulos, argumentos á los que, como es fácil adivinar, contesta victoriosamente. Esos críticos no habian visto que discutiendo el *sistema* del Sr. Blanc, argumentaban sobre las dimensiones, el peso y la figura de un punto matemático. Ha sucedido, empero, que la controversia por él sostenida ha enseñado más al señor Blanc de lo que habian hecho sus propias meditaciones; advirtiéndose que, si hubiesen continuado las objeciones, habria concluido por descubrir lo que creia haber inventado, la organizacion del trabajo.

Pero, ¿ha conseguido por fin el Sr. Blanc el objeto que se proponia, objeto por otra parte tan mezquino, que consiste en la abolicion de la concurrencia y la garantía del buen éxito de una empresa patrocinada y comanditada por el Estado?—Citaré á propósito de esto las reflexiones de un economista de

talento, el Sr. Garnier, á cuyas palabras me permitiré añadir algunos comentarios.

«El gobierno, segun el Sr. Blanc, escogeria obreros *de moralidad* y les daria *buenos* salarios.»—Así el Sr. Blanc necesita hombres *ad hoc*; no se lisonjea de poder aplicar su sistema á toda clase de temperamentos. En cuanto á los salarios, el Sr. Blanc los promete *buenos*: esto es siempre más cómodo que definirlos y determinarlos.

«Sienta el Sr. Blanc la hipótesis de que los talleres darian un producto neto, y harian además una concurrencia tal á la industria privada, que ésta no podria ménos de trasformarse en talleres nacionales.»

¿Cómo habia de ser esto posible, si el precio de coste de los talleres nacionales habia de ser más elevado que el de los talleres libres? He dicho en el capítulo I que los 300 obreros de una fábrica de hilados no producen entre todos para el fabricante un beneficio neto y regular de 20.000 francos; y que esos 20.000 francos, distribuidos entre los 300 trabajadores, no aumentarían su salario sino en 18 céntimos por dia. Esto es cierto tratándose de todas las industrias. ¿Cómo ha de llenar ese déficit el taller nacional, si ha de dar á *sus obreros buenos salarios*? Por la emulacion, contesta el Sr. Blanc.

El Sr. Blanc cita con extrema complacencia la casa Leclaire, sociedad de oficiales de pintor de brocha gorda que realiza pingües beneficios y que considera como una demostracion viva de su sistema. El Sr. Blanc habria podido añadir á este ejemplo una multitud de sociedades parecidas que probarian ni más ni ménos lo que la casa Leclaire. La casa Leclaire es un monopolio colectivo sostenido por la gran sociedad que la constituye. Trátase ahora de saber si la sociedad entera puede llegar á ser un monopolio en el sentido del Sr. Blanc y sobre el



modelo de la casa Leclair, cosa que niego positivamente. Pero lo que más de cerca atañe á la cuestion que nos ocupa, y no ha llamado la atencion del Sr. Blanc, es que resulta de las cuentas de reparto que la casa Leclair le ha facilitado, que siendo los salarios de esta casa superiores en mucho al término medio general de los salarios, lo primero que habria que hacer en una reorganizacion de la sociedad, seria suscitar á la casa Leclair, ya entre sus jornaleros, ya entre los de fuera, una concurrencia.

«Los salarios serian determinados por el gobierno. Los individuos del taller social dispondrian de ellos segun les conviniera, y *la incontestable excelencia de la vida en comun no tardaria en hacer surgir de la asociacion de los trabajos la voluntaria asociacion de los goces.*»

El Sr. Blanc es comunista, ¿sí ó nó? Declárese de una vez en lugar de estar, como suele decirse, al paio, y si el comunismo no le hace más inteligible, se sabrá por lo ménos lo que quiere.

«Leyendo el suplemento en que el Sr. Blanc ha creído á propósito combatir algunas objeciones que le han hecho algunos periódicos, se ve mejor lo incompleta que es su concepcion, hija por lo ménos de tres padres, el sansimonismo, el furierismo y el comunismo, con el concurso de la política y de un poco, muy poco, de economía.

»Segun sus explicaciones, el Estado no habia de ser más que regulador, legislador y protector de la industria, y en modo alguno fabricante ni productor universal. Pero como protegeria exclusivamente los talleres sociales para destruir la industria privada, llegaria forzosamente al monopolio, y caeria á pesar suyo en la teoría sansimoniana, á lo ménos en cuanto á la produccion.»

El Sr. Blanc no puede negarlo: su *sistema* va dirigido contra la industria privada; y el poder en él, por su fuerza de iniciativa, tiende á matar toda iniciativa individual y á proscribir el trabajo libre. Odia el Sr. Blanc la union de las ideas contrarias; y así vemos que despues de haber sacrificado la concurrencia á la asociacion, le sacrifica aún la libertad. Espero verle llegar á la abolicion de la familia.

«Del principio electivo saldria, sin embargo, la jerarquía, como sucede en el furierismo y la política constitucional. Esos mismos talleres sociales, reglamentados por la ley, ¿serian más que corporaciones? Y ¿cuál es el vínculo de esas corporaciones? La ley. ¿Quién hará la ley? El gobierno sin duda. ¿Supone usted que será bueno? La experiencia ha demostrado, por lo contrario, que el gobierno jamás ha acertado á reglamentar los innumerables accidentes de la industria. Nos dice V. que él fijará la tasa de los beneficios y la de los salarios, y espera V. que lo haga de manera que los trabajadores y los capitales no puedan ménos de refugiarse en el taller social. Pero usted no nos dice cómo se ha de establecer el equilibrio entre esos talleres con tendencia á la vida comun, al falansterio; V. no nos dice cómo han de evitar esos talleres la concurrencia interior y exterior, ni cómo conjuran con relacion al capital el exceso de poblacion, ni en qué se distinguirán los talleres sociales fabriles de los agrícolas, ni otras muchas cosas de no ménos importancia. Yo sé bien que usted responderá: Por la virtud específica de la ley. Pero ¿y si el gobierno y el Estado de V. no aciertan á hacerla? ¿No siente V. que se le desliza el pié por la pendiente, y tiene V. necesidad de agarrarse á algo de análogo á la ley viva? Se ve bien leyéndole á V., que lo que más le preocupa es inventar un poder susceptible de ser aplicado á su sistema;



pero declaro que despues de haberle leído atentamente, no creo que tenga V. una noción clara y precisa de lo que V. tanto busca. Lo que á V. como á todos nosotros le falta, es la verdadera noción de la libertad y de la igualdad, que V. no quisiera desconocer, y está sin embargo obligado á sacrificar, por muchas que sean las precauciones que V. tome.

»No conociendo V. la naturaleza y las funciones del poder, no se ha atrevido á detenerse una sola vez en explicaciones ni á darnos el menor ejemplo.

»Admitamos que los talleres funcionen para producir: serán talleres mercantiles que darán circulación á los productos, que harán cambios. Y ¿quién fijará el precio? ¿Tambien la ley? En verdad le digo que necesitará V. de una nueva aparicion en el monte Sinaí, porque sin ella no acertarán jamás á salir del atolladero ni V., ni su Consejo de Estado, ni su Congreso de diputados, ni su areópago de senadores.»

Estas reflexiones son exactas é irrefutables. El Sr. Blanc, con su organizacion por el Estado, se ve obligado á concluir siempre por donde habria debido empezar, evitándose el trabajo de escribir su libro, por el *Estudio de la ciencia económica*. Como dice muy bien su crítico: «El Sr. Blanc ha cometido la grave falta de aplicar la estrategia política á cuestiones que no la consienten.» Ha probado poner en compromiso al gobierno, y no ha acertado sino á demostrar á más y mejor la incompatibilidad del socialismo con la democracia tribunicia y parlamentaria. Su folleto, esmaltado de páginas elocuentes, le honra como literato; en cuanto al valor filosófico del libro, hubiera tenido absolutamente el mismo si el autor se hubiera limitado á escribir en cada página con grandes caracteres: PROTESTO.

Reasumamos:

La concurrencia, como posicion ó fase económica, considerada en su origen, es el resultado necesario de la intervencion de las máquinas, de la constitucion del taller y de la teoría de la reduccion de los gastos generales; considerada en su significacion propia y en su tendencia, es el modo como se manifiesta y se ejerce la actividad colectiva, es la expresion de la espontaneidad social, el emblema de la democracia y de la igualdad, el más enérgico instrumento de la constitucion del valor, el sustentáculo de la asociacion. Como arranque impulsivo de las fuerzas individuales, es la garantía de su libertad, el primer síntoma de su armonía, la forma de la responsabilidad que les une y les hace solidarios.

Pero la concurrencia abandonada á sí misma y privada de la direccion de un principio superior y eficaz, no es más que un movimiento vago, una oscilacion sin objeto de la fuerza industrial, eternamente traída y llevada entre esos dos extremos igualmente funestos: los gremios y los maestros á que hemos visto que el taller da origen, y el monopolio de que trataremos en el capítulo siguiente.

El socialismo, protestando con razon contra esa concurrencia anárquica, nada de satisfactorio ha propuesto aún para reglamentarla; y la prueba de ello es que en todas las utopias que hasta aquí han visto la luz, se ve abandonada á la arbitrariedad la determinacion ó socializacion del valor, yendo á parar todas las reformas, ya en la corporacion jerárquica, ya en el monopolio del Estado, ya en el despotismo comunista.



## CAPÍTULO VI

## CUARTA ÉPOCA. — EL MONOPOLIO

*Monopolio*, comercio, explotación ó goce exclusivo de una cosa.

El monopolio es la contraposición natural de la concurrencia. Esta sencilla observación basta, como hemos hecho notar, para echar abajo las utopías que tienen por objeto abolir la concurrencia, como si ésta tuviese por contrarios la asociación y la fraternidad. La concurrencia es la fuerza vital que anima al ser colectivo: destruirla, si semejante suposición cupiese, sería matar las sociedades.

Más desde el momento en que la concurrencia es necesaria, implica la idea del monopolio, puesto que el monopolio es como el punto de descanso de cada individuo que concurre. Así los economistas han demostrado, y el Sr. Rossi ha formalmente reconocido, que el monopolio es la forma de la posesión social, sin la que no hay trabajo, ni producto, ni cambio, ni riqueza. Toda posesión territorial es un monopolio; toda utopía industrial en monopolio tiende á constituirse, y otro tanto se debe decir de las demás funciones que no estén comprendidas en esas dos categorías.

El monopolio en sí no lleva consigo la idea de injusticia; ántes bien, hay en él algo que, siendo tanto de la sociedad como del hombre, le legitima: este es el sello *positivo* del principio que vamos á examinar.

Pero el monopolio, del mismo modo que la concurrencia, se hace con el tiempo antisocial y funesto.

¿Cómo?—Por lo que de él *se abusa*, contestan los economistas. Y á definir y reprimir los abusos del monopolio se consagran los magistrados; y en denunciarlo hace consistir su gloria la nueva escuela económica.

Mostraremos que los pretendidos abusos del monopolio no son más que los efectos del desarrollo en sentido *negativo* del monopolio legal; que no cabe separarlos de su principio sin que el principio mismo venga abajo; que son inaccesibles á la ley, y toda represión para con ellos es arbitraria é injusta. De suerte que el monopolio, principio constitutivo de la sociedad y condición de riqueza, es á la vez y en un mismo grado, principio de despojo y de pauperismo; cuanto más bien se le hace producir, más mal nos proporciona; sin él cesaría el progreso, y con él se inmovilizaría el trabajo y se desvanecería la civilización.

## § 1.º.—Necesidad del monopolio.

Así el monopolio es el término fatal de la concurrencia, que lo engendra por una incesante negación de sí misma: este origen constituye ya la justificación del monopolio. Porque puesto que la concurrencia es inherente á la sociedad, como el movimiento á los seres vivos, el monopolio que viene tras ella, que es su objeto y su fin, que la ha hecho aceptable, es y será legítimo tanto tiempo como la concurrencia, tanto tiempo como los procedimientos mecánicos y las combinaciones industriales, tanto tiempo, por fin, como la división del trabajo y la constitución de los valores sean necesidades y leyes.

Luego por el solo hecho de su origen lógico queda el monopolio justificado. Esta justificación, con todo, parecería poco y sólo nos conduciría á rechazar más enérgicamente la concurrencia, si el monopolio no



pudiese á su vez establecerse por sí mismo y erigirse en principio.

En los capítulos anteriores hemos visto que la division del trabajo es la especificacion del obrero, considerado, sobre todo, como sér inteligente; que la creacion de las máquinas y la organizacion del taller son la expresion de su libertad; y que por la concurrencia el hombre, ó sea la libertad inteligente, entra en accion. Ahora bien, el monopolio es la expresion de la libertad vencedora, el premio de la lucha, la glorificacion del genio; es el más poderoso estímulo de todos los progresos realizados desde el origen del mundo; de tal modo, que como decíamos hace poco, la sociedad que no puede subsistir sin él, no podria sin él haberse constituido.

¿De dónde le viene, pues, al monopolio esa virtud singular, cuya idea están léjos de darnos la etimología de la palabra y el aspecto vulgar de la cosa?

El monopolio no es en el fondo sino la autocracia del hombre sobre sí mismo: es el derecho dictatorial que la naturaleza concede á todo productor para usar de sus facultades como mejor le plazca, dar vuelo á su pensamiento en la direccion que quiera, especular en el ramo que tenga á bien escoger con todos los medios á su alcance, disponer soberanamente de los instrumentos que se ha creado y de los capitales que con su economía ha aumentado para tal ó cual empresa, cuyos riesgos le parece bien correr; y todo bajo la expresa condicion de gozar solo del fruto del descubrimiento y de los beneficios de sus aventuras.

Este derecho es de tal modo de la esencia de la libertad, que negándole, se mutila al hombre en su cuerpo, en su alma y en el ejercicio de sus facultades; y la sociedad, que no progresa sino por la libre expansion de sus individuos, viniendo á carecer de

explotadores, se encuentra detenida en su marcha.

Es hora ya de dar cuerpo á esas ideas con el testimonio de los hechos.

Sé de un pueblo en que de tiempo inmemorial no existian caminos ni para el desmonte de las tierras, ni para comunicarse con los demás pueblos. Durante las tres cuartas partes del año era imposible toda importacion y exportacion de artículos: una muralla de barro y de pantanos protegía á la vez contra toda invasion exterior y contra la excursion de los habitantes aquella poblacion sacrosanta. En los dias buenos, seis caballos bastaban apenas para llevar la carga que pudiera haber llevado un rocin al paso por una buena carretera. Resolvió el alcalde del pueblo, á pesar del contrario dictámen del ayuntamiento, hacer pasar un camino por su territorio. Fué por mucho tiempo objeto de burlas, maldecido y execrado. Habian pasado hasta allí sin camino: ¿y qué necesidad habia de gastar el dinero de la comunidad, ni de hacer perder su tiempo á los labradores en acarreos y servicios personales? Sólo para satisfacer su orgullo queria el alcalde, á expensas de los pobres colonos, abrir tan hermosa calle á los amigos de la ciudad que quisieran venir á visitarle. A pesar de todo, el camino se hizo, y los campesinos aplaudieron. ¡Qué diferencia! decian: en otro tiempo necesitábamos ocho caballos para conducir treinta sacos al mercado, y tardábamos tres dias; hoy salimos por la mañana con dos caballos, y volvemos por la tarde. Pero en todos estos discursos no entraba por nada el alcalde. Desde que los hechos habian venido á darle la razon, se habia dejado de hablar de su persona: he sabido que hasta algunos le querian mal.

Habiase portado este alcalde como un Aristides. Supongamos que cansado de absurdas vociferaciones hubiese, desde el principio, propuesto á sus ad-



ministrados el hacer el camino á su costa con la condicion de que cada uno le hubiese pagado, durante cincuenta años, un derecho de peaje, y pudiese el que quisiera ir, como hacia ántes, á través de los campos: ¿en qué habria sido fraudulento semejante contrato?

Esta es la historia de la sociedad y de los monopolizadores.

No todo el mundo se encuentra en estado de regalar á sus conciudadanos un camino ó una máquina; ordinariamente el inventor, despues de haber agotado su salud y su fortuna, espera recompensa. Rehúese, burlándose por añadidura de ellos, á Arkwright, á Watt, á Jacquard, el privilegio de sus descubrimientos; se encerrarán para trabajar, y quizá llevarán consigo al sepulcro su secreto. Rehúese al colono la posesion de la tierra que desmonta, y no desmontará nadie.

¿Pero es ese, se pregunta, el verdadero derecho, el derecho social, el derecho fraternal? Lo que tiene excusa al salir de la comunidad primitiva, por ser efecto de la necesidad, no es sino una cosa provisional, que debe desaparecer en cuanto haya una más completa inteligencia de los derechos y de los deberes del hombre y de las sociedades.

No retrocedo ante ninguna hipótesis; veamos, profundicemos. Gran cosa es ya que, por confesion de nuestros adversarios, durante el primer periodo de la civilizacion, no hayan podido pasar las cosas de otra manera. Falta ahora saber si las instituciones de ese periodo son efectivamente provisionales, como se ha dicho, ó bien el resultado de leyes inmanentes en la sociedad y eternas. La tésis que en este momento sostengo es tanto más difícil, cuanto que está en oposicion directa con la tendencia general, y no tardaré yo mismo en destruirla por lo contradictoria.

Quiero, pues, que se me diga cómo es posible apelar á los principios de sociabilidad, de fraternidad y de solidaridad, cuando la sociedad misma rechaza toda transaccion fraternal y solidaria. Al comienzo de cada industria, al primer albor de todo descubrimiento, el hombre que inventa está aislado: la sociedad le abandona y se queda atrás. Este hombre, relativamente á la idea que ha concebido y aspira á realizar, constituye por sí solo la sociedad entera. No tiene socios, no tiene colaboradores, no tiene quien le garantice: huye de él todo el mundo. Para él solo es la responsabilidad, y para él solo deben ser, por lo tanto, las ventajas de la especulacion.

Se insiste diciendo que hay en esto de parte de la sociedad ceguera, abandono de sus derechos y de sus intereses más sagrados, olvido del bienestar de las futuras generaciones; y que el especulador que tiene mejores dotes ó es más afortunado, no puede, sin deslealtad, aprovecharse del monopolio que le entrega la ignorancia universal.

Sostengo que esta conducta de la sociedad es un acto de alta prudencia en lo que á lo presente toca; en lo que toca á lo futuro, probaré que tampoco sale perdiendo. He demostrado ya en el capítulo II, por la solucion de la antinomia del valor, que las ventajas de todo descubrimiento útil son incomparablemente menores para el inventor, haga éste lo que quiera, que para la sociedad de que forma parte: he llevado la demostracion sobre este punto hasta el rigor matemático. Demostraré más tarde, que además del beneficio que todo descubrimiento le asegura, cobra la sociedad, sobre los privilegios que concede, ya temporalmente, ya á perpetuidad, derechos de diversas clases que cubren abundantemente el exceso de ciertas fortunas privadas, y tienen por efecto restablecer prontamente el equilibrio.



Pero no anticipemos ideas que hemos de presentar más tarde.

Observo que la vida social se manifiesta de dos maneras, *conservacion y desarrollo*.

El desarrollo se efectúa por medio de la expansion de las energías individuales: la masa es de suyo infecunda, pasiva y refractaria á toda clase de novedades. Es, si me atrevo á usar de esta comparacion, como la matriz, por sí misma estéril, donde vienen á depositarse los gérmenes creados por la actividad privada, que ejerce verdaderamente las funciones de órgano macho en la sociedad hermafrodita.

Mas la sociedad no se conserva sino en cuanto se sustrae á la solidaridad de las especulaciones particulares, y deja absolutamente toda innovacion á costa y riesgo de los individuos. Podria escribirse en algunas páginas la lista de las invenciones útiles. Las empresas llevadas á feliz término son contadas: no hay cifra que baste á expresar la multitud de ideas falsas y ensayos imprudentes que brotan todos los dias de los cerebros humanos. No hay un inventor, un obrero, que por una concepcion sana y justa no haya concebido mil quimeras, ni una inteligencia que por cada chispa de razon no arroje torbellinos de humo. Si fuese posible dividir en dos partes todos los productos de la razon humana, y poner en la una todos los trabajos útiles, y en la otra toda la fuerza, inteligencia, capitales y tiempo que para el error se han gastado, se veria con asombro que esta cuenta es superior á la primera quizá de mil millones por ciento. ¿Qué seria de la sociedad si debiera pagar este pasivo y saldar todas esas quiebras? ¿Qué serian á su vez la responsabilidad y la dignidad del trabajador, si cubierto por la garantía social, pudiese sin riesgo para sí mismo, entregarse á todos los caprichos de una imaginacion ar-

diente y jugar á cada instante la existencia de la humanidad?

De todo esto concluyo, que lo que se ha practicado desde el origen, se practicará hasta el fin, y que sobre este punto como sobre cualquier otro, si hemos de ir á una conciliacion, es absurdo que pensemos en que pueda ser abolido nada de lo que existe. Porque siendo el mundo de las ideas infinito como el de la naturaleza, y estando los hombres sujetos á especulacion, es decir, á error, hoy como siempre hay en los individuos excitacion á pensar, á especular, y en la sociedad motivo para desconfiar y estar en guardia, y por consecuencia, siempre materia para monopolio.

Para salir de este dilema, ¿qué se propone? ¿su rescate? En primer lugar, el rescate es imposible estando monopolizados todos los valores: ¿de dónde sacaria la sociedad fondos para indemnizar á los que ejercen el monopolio? ¿cuál seria su hipoteca? Por otra parte, ese rescate seria completamente inútil; cuando estuviesen ya rescatados todos los monopolios, faltaria organizar la industria. ¿Dónde está para esto el sistema? ¿En qué se ha fijado hasta aquí la opinion? ¿Qué problemas están resueltos? Si la organizacion es jerárquica, entramos de nuevo en el régimen del monopolio; si democrática, volvemos al punto de partida; — las industrias rescatadas caerán otra vez en el dominio público, es decir, en la concurrencia, y tomarán á ser más tarde monopolios; — si es comunista, no haremos sino pasar de una imposibilidad á otra; porque, como demostraremos á su tiempo, el comunismo, del mismo modo que la concurrencia y el monopolio, es antinómico, imposible.

A fin de no comprometer la fortuna social en una solidaridad ilimitada y por lo tanto funesta, ¿nos limitaremos á imponer reglas al espíritu de inven-



ción y de empresa? ¿Se creará una censura para los hombres de genio y para los locos? Esto es suponer que la sociedad conoce de antemano lo que precisamente se trata de descubrir. Someter á un examen previo los proyectos, es prohibir *à priori* todo movimiento. Porque, lo repito, relativamente al objeto que se propone, hay un momento en que cada industrial representa en su persona la sociedad entera, ve mejor y más lejos que todos los demás hombres reunidos, y frecuentemente sin que pueda explicarse ni ser comprendido. Cuando Copérnico, Kepler y Galileo, predecesores de Newton, vinieron á decir á la sociedad cristiana, entónces representada por la Iglesia: la Biblia se ha engañado; la tierra es la que gira y el sol el que está fijo; llevaban razon contra la sociedad entera que los desmentía fundada en la fe de los sentidos y de las tradiciones. La sociedad ¿habría podido aceptar la solidaridad del sistema de Copérnico? Podía aceptarlo tanto menos, cuanto que ese sistema contradecía su fe; y mientras se esperaba que se conciliara la razon y la revelacion, Galileo, uno de los inventores responsables, sufrió el tormento en testimonio de la nueva idea. Nosotros somos más tolerantes, así lo supongo; pero esta misma tolerancia prueba que con otorgar más libertad al genio, no creemos ser menos discretos que nuestros abuelos. Llueven privilegios de invencion, pero *sin garantía del gobierno*. Los títulos de propiedad están puestos bajo la salvaguardia de los ciudadanos; pero no garantizan su valor ni la Constitucion ni el catastro: hacerlos valer es tarea del trabajo. En cuanto á las misiones científicas y otras que el gobierno tiene á veces el capricho de confiar á exploradores sin dinero, son otros tantos robos y otras tantas corruptelas.

De hecho la sociedad no puede garantir á nadie el

capital necesario para el experimento de una idea; de derecho no puede reivindicar el resultado de una empresa á que no se ha suscrito: el monopolio es por lo tanto indestructible. Por lo demás, de nada serviría la responsabilidad; porque como cada cual podría reclamar para sus quimeras la responsabilidad de todos, y tendría igual derecho á obtener la firma en blanco del gobierno, se llegaría pronto á la arbitrariedad universal, es decir, pura y simplemente al *statu quo*.

Algunos socialistas muy mal inspirados, lo digo con toda la fuerza de mi conciencia, por abstracciones evangélicas, han creído cortar la dificultad con estas bellas máximas: La desigualdad de las capacidades es la prueba de la desigualdad de los deberes;—los que habeis recibido más de la naturaleza, debeis dar más á vuestros hermanos; frases estas y otras sonoras y sentimentales, que no dejan de producir nunca su efecto en los entendimientos vacíos, pero que no por esto dejan de ser lo más inocentes del mundo. La fórmula práctica que se deduce de esas maravillosas sentencias es que cada trabajador debe todo su tiempo á la sociedad, y la sociedad le ha de dar en cambio, segun se lo permitan los recursos de que disponga, todo lo necesario para la satisfaccion de sus necesidades.

Perdónenme mis amigos comunistas. Seria méno duro para con sus ideas, si no estuviese firmemente convencido de corazon y de entendimiento de que el comunismo, el republicanismo y todas las utopias sociales, políticas y religiosas que desdeñan los hechos y la crítica, son hoy el mayor obstáculo que ha de vencer el progreso. ¿Cómo no se quiere comprender que la fraternidad no se puede establecer sino por la justicia; que sólo la justicia, condicion, medio y ley de la libertad y la fraterni-



dad, ha de ser el objeto de nuestro estudio; que sólo á determinarla y formularla, hasta en sus menores detalles, es preciso que encaminemos sin tregua nuestros esfuerzos? ¿Cómo escritores para quienes es familiar la lengua económica, olvidan que superioridad de talentos es sinónimo de superioridad de necesidades, y que léjos de poder esperar de las personalidades vigorosas algo más que del vulgo de las gentes, la sociedad debe constantemente estar alerta para que no reciban más de lo que producen cuando la masa tiene ya tanto trabajo para devolver lo que recibe? Déense las vueltas que se quiera, habrá siempre que volver al libro de caja, á la cuenta de gastos y de ingresos, única garantía así contra los grandes consumidores como contra los pequeños productores. El obrero vive siempre de sus productos de *mañana*, tiende constantemente á tomar á *crédito*, á contraer *deudas* y hacer *quiebra*, y necesita que se le recuerde perpétuamente el aforismo de Say: *los productos no se compran sino con productos*.

Suponer que el trabajador de gran capacidad se pueda contentar en beneficio de los pequeños con la mitad de su salario, y preste gratuitamente sus servicios trabajando, como dice el pueblo, *para el obispo*, es decir, por esa abstracción que se llama la sociedad, el soberano ó mi prójimo, es fundar la sociedad en un sentimiento que yo no digo que sea inaccesible al hombre, pero que erigido sistemáticamente en principio, no es más que una falsa virtud, una peligrosa hipocresía. La caridad es para nosotros un precepto como reparacion de las enfermedades de todo género que afligen accidentalmente á nuestros semejantes; y bajo este punto de vista concibo que pueda organizársela, y hasta que procediendo de la solidaridad misma, se convierta de nuevo en justicia. Pero la caridad tomada por ins-

trumento de igualdad y ley de equilibrio, seria la disolucion social. La igualdad se realiza entre los hombres por medio de la rigurosa é inflexible ley del trabajo, de la proporcionalidad de los valores, de la sinceridad en los cambios, y de la equivalencia en las funciones; en una palabra, por medio de la solucion matemática de todos los antagonismos.

Esta es la razon por qué la caridad, primera virtud del cristiano, esperanza legítima del socialista, objeto de todos los esfuerzos de la economía política, es un vicio social desde el momento en que se le convierte en un principio de constitucion y en una ley: esta es la razon por qué ciertos economistas han podido decir que la caridad legal ha causado más daño á la sociedad que la usurpacion de los propietarios. El hombre, del mismo modo que la sociedad de que forma parte, está consigo mismo en perpétua cuenta corriente: ha de producir todo lo que consume. Tal es la regla general, á la que nadie puede sus- traerse sin quedar, *ipso facto*, lastimado en su honor, y suscitar sospechas de fraude. ¡Singular idea, á la verdad, la de decretar, so pretexto de fraternidad, la inferioridad relativa de la mayoría de los hombres! Despues de tan bella declaracion, no habria ya más que deducir sus consecuencias: pronto, gracias á la fraternidad, tendríamos de regreso á la aristocracia.

Doblad el salario normal del jornalero, y le estimulareis á la pereza, humillareis su dignidad, y tendreis desmoralizada su conciencia; quitadle el premio legítimo de sus esfuerzos, y tendreis, ó excitada su cólera, ó exaltado su orgullo. En uno y otro caso, habreis alterado sus sentimientos fraternales. Poned, al contrario, por condicion del goce el trabajo, único medio previsto por la naturaleza para asociar á los hombres, haciéndolos buenos y felices; y entrareis



de nuevo en la ley de la distribución económica, *los productos se compran con productos*. El comunismo, muchas veces me he quejado de esto, es la negación misma de la sociedad en su base, que es la equivalencia progresiva de las funciones y de las aptitudes. Los comunistas, hacia los cuales propende el socialismo todo, no creen en la igualdad natural ni en la obtenida por la educación; la suplen con decretos soberanos, por más que hagan, incapaces de ser puestos en práctica. En vez de buscar la justicia en la relación de los hechos, la buscan en su propia sensibilidad, dando el nombre de tal á todo lo que les parece amor al prójimo, y confundiendo sin cesar las cosas de la razón con las del sentimiento.

¿Por qué hacer intervenir constantemente en cuestiones de economía la fraternidad, la caridad, el desinterés y Dios? ¿Será acaso porque los utopistas encuentran más fácil discurrir sobre esas grandes palabras, que estudiar seriamente las manifestaciones sociales?

¡Fraternidad! Tan hermanos como os plazca, con tal que yo sea el primogénito y vosotros el hermano menor; con tal que la sociedad, nuestra común madre, honre mi primogenitura y mis servicios doblando mi parte.—Decís que proveereis á mis necesidades, según vuestros recursos. Yo quiero, por lo contrario, que los proveais según mi trabajo: si no, dejo de trabajar.

¡Caridad! niego la caridad, puro misticismo. En vano me habláis de fraternidad y de amor: estoy convencido de que no me amáis mucho, y siento por mi parte que tampoco os amo. Vuestra amistad es fingida, y si me amáis, es por interés. Yo pido lo que me corresponde, y nada más que lo que me corresponde; ¿por qué me lo habeis de rehusar?

¡Desinterés! niego el desinterés, misticismo tam-

bien. Habladme de *debe* y de *haber*, único criterio, á mis ojos, de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal en la sociedad. A cada cual según sus obras, por de pronto; y si por acaso me siento llevado á socorrosos, lo haré de grado; pero no quiero que se me obligue á hacerlo. Obligarme al desinterés es asesinarme.

¡Dios! no conozco á Dios, también misticismo puro. Empezad por rayar esta palabra de vuestros discursos, si quereis que os atienda: porque tres siglos de experiencia me han enseñado, que todo el que me habla de Dios, ó conspira contra mi libertad ó contra mi bolsa. ¿Cuánto me debeis? ¿cuánto os debo? Hé aquí mi religión y mi Dios.

El monopolio existe por obra de la naturaleza y del hombre: tiene á la vez su raíz en lo más profundo de nuestra conciencia, y en el hecho exterior de nuestra individualización. Del mismo modo que en nuestro cuerpo y en nuestra inteligencia todo es especialidad y propiedad, así nuestro trabajo se manifiesta con un carácter propio y específico, que constituye su calidad y su valor. Y como el trabajo no puede verificarse sin una materia ú objeto de ejercicio, llamando necesariamente la persona á la cosa, se establece el monopolio del sujeto al objeto, tan infaliblemente como se constituye la duración de lo pasado á lo futuro. Las abejas, las hormigas y demás animales que viven en sociedad, individualmente considerados, no parecen sino autómatas: en ellos el alma y el instinto son casi exclusivamente colectivos. Esta es la razón por qué entre estos animales no cabe privilegio ni monopolio; esta es la razón por qué en sus operaciones, aun las más reflexivas, no se consultan ni deliberan. Pero estando la humanidad individualizada en su pluralidad, el hombre se hace necesariamente monopolizador, puesto que no es nada no siéndolo; y el problema



social consiste en saber, no cómo se abolirán, sino cómo se conciliarán todos los monopolios.

Los efectos más notables y más inmediatos del monopolio son:

1.º En el orden político, la clasificación de la humanidad en familias, tribus, ciudades, naciones, Estados; es decir, en la división elemental de la humanidad en grupos y subgrupos de trabajadores distinguidos por sus razas, sus lenguas, sus costumbres y sus climas. Por medio del monopolio ha tomado la especie humana posesión del globo, así como por medio de la asociación llegará á dominarlo completa y soberanamente.

El derecho político y civil, tal como le han concedido todos los legisladores sin excepción y le han formulado los jurisconsultos, producido por esa organización patriótica y nacional de las sociedades, forma en la serie de las contradicciones sociales una primera y vasta ramificación, cuyo estudio exigiría por sí sólo cuatro veces más tiempo del que podemos consagrar á la cuestión de economía industrial propuesta por la Academia.

2.º En el orden económico, el monopolio contribuye al aumento de bienestar, primero multiplicando la riqueza general por la sucesiva perfección de los medios destinados á producirla, luego CAPITALIZANDO, ó lo que es lo mismo, consolidando las conquistas del trabajo obtenidas con la división, las máquinas y la concurrencia. De ese efecto del monopolio ha resultado la ficción económica por la que el capitalista es considerado como productor y el capital como agente de producción, y luego, como consecuencia de esta ficción, la teoría del *producto neto* y del *producto bruto*.

Sobre esto tenemos que hacer algunas consideraciones. Empezemos por citar á J. B. Say :

«El valor producido es el producto *bruto*: este valor, después de deducidos los gastos de producción, es el producto *neto*.

»Considerada una nación en masa, no tiene producto neto; porque no teniendo los productos sino un valor igual á los gastos de producción, deducidos esos gastos, queda deducido todo el valor de los productos. Cuando se habla, por lo tanto, de la producción nacional, de la producción anual, debe siempre entenderse que se habla de la producción bruta.

»La renta anual es la renta bruta.

»No puede entenderse que se hable de producción neta sino cuando se trata de los intereses de un productor en oposición á los de los demás productores. Un industrial cualquiera saca su *beneficio* del valor *producido*, hecha deducción del valor *consumido*. Pero lo que es para él valor consumido, como la compra de un servicio productivo, es para el autor del servicio una parte de renta.» (*Tratado de Economía política*, tabla analítica.)

Estas definiciones son intachables. Desgraciadamente J. B. Say no conocía todo su alcance, ni había podido prever que las atacaría su inmediato sucesor en el Colegio de Francia. Ha pretendido refutar el Sr. Rossi la proposición de J. B. Say, de que *para una nación el producto neto es lo mismo que el producto bruto*, con la consideración de que las naciones, ni más ni menos que los industriales, nada producen sin anticipos, y con la de que si la fórmula de J. B. Say fuese verdadera, dejaría de existir el axioma de *ex nihilo nihil fit*.

Ahora bien, esto es precisamente lo que sucede. La humanidad, á la manera de Dios, lo produce todo de la nada, *de nihilo hilum*, del mismo modo que en sí misma es ella producto de la nada y de la nada pro-



cede su pensamiento; y el Sr. Rossi no habría de seguro incurrido en tal error, si no hubiese confundido con los fisiócratas los productos del *reino industrial* con los de los reinos animal, vegetal y mineral. La economía política empieza con el trabajo y se desarrolla con el trabajo; y como todo lo que no procede del trabajo vuelve á caer en el dominio de la utilidad pura, es decir, en la categoría de las cosas, que, si bien sometidas á la acción del hombre, no se han hecho aún por el trabajo susceptibles de cambio, permanece radicalmente extraño á la economía política. El mismo monopolio, aunque establecido por un mero acto de voluntad colectiva, no altera en nada estas relaciones, puesto que según la historia, según la ley escrita y según la teoría económica, el monopolio no existe ó no se reputa que exista sino con posterioridad al trabajo.

La doctrina de Say está por lo tanto intacta. Relativamente al industrial, cuya especialidad supone siempre colaboradores, el beneficio es lo que queda del valor producido después de deducirse los valores consumidos, entre los cuales es preciso contar el salario del mismo industrial, ó en otros términos, su sueldo. Relativamente á la sociedad, que encierra todas las especialidades posibles, el producto neto es idéntico al producto bruto.

Pero hay un punto cuya explicación he buscado inútilmente en Say y en los demás economistas, es á saber, cómo se establece la realidad y la legitimidad del producto neto. Porque es obvio que para hacer desaparecer el producto neto bastaría aumentar el salario de los obreros y la tasa de los valores consumidos, permaneciendo el mismo el precio de venta. De suerte que no distinguiéndose en nada, á lo que parece, el producto neto de una retención sobre los salarios, ó lo que viene á ser lo mismo, de un tributo co-

brado al consumidor, tiene el producto neto todas las apariencias de una extorsión llevada á cabo por la violencia y sin el menor átomo de derecho.

Esta dificultad ha quedado de antemano resuelta en nuestra teoría de la proporcionalidad de los valores.

Según esta teoría, todo el que beneficia una máquina, una idea ó un capital, debe ser considerado como un hombre que viene á aumentar en igualdad de gastos la suma de cierta especie de productos, y por consiguiente á aumentar la riqueza social economizando el tiempo. El principio de la legitimidad del producto neto está, pues, en los procedimientos puestos anteriormente en uso: si la nueva combinación va bien, habrá un aumento de valores y por consecuencia un beneficio, el producto neto; si descansa, por lo contrario, en una base falsa, habrá déficit en el producto bruto, y á la larga quiebra y bancarota. En el caso mismo, y este es el más frecuente, en que no haya de parte del industrial innovación alguna, como el éxito de una industria depende de la ejecución, la regla del producto neto permanece aplicable. Como por la naturaleza del monopolio toda empresa debe quedar á costa y riesgo del que la acomete, se sigue de ahí que le pertenece el producto neto por el más sagrado título que haya entre los hombres: el trabajo y la inteligencia.

Es inútil recordar que el producto neto viene muchas veces exagerado, ya por fraudulentas relaciones de salario, ya por otros medios. Son estos abusos que proceden, no del principio, sino de la codicia humana, y quedan fuera del dominio de la teoría. Por lo demás, he demostrado, al tratar de la constitución del valor, cap. II, § II: 1.º cómo el producto neto no puede exceder jamás de la diferencia resultante de la desigualdad de los medios de pro-



duccion; 2.º cómo el beneficio que para la sociedad nace de cada nueva invencion es incomparablemente mayor que realizado por el inventor. No insistiré en esas cuestiones ya agotadas: observaré tan sólo, que por el progreso industrial el producto neto tiende constantemente á disminuir para el fabricante, mientras por otro lado, el bienestar aumenta, del mismo modo que las capas concéntricas que componen el tronco del árbol, se van estrechando á medida que el árbol crece, y están más alejadas del centro.

Al lado del producto neto, recompensa natural del trabajador, he señalado como uno de los más maravillosos efectos del monopolio la *capitalizacion* de los valores, de la cual nace otra especie de beneficio, el *interés* ó alquiler de los capitales.—En cuanto á la *renta*, por más que se la confunda á menudo con el interés, por más que en el lenguaje vulgar se comprenda bajo su denominacion el beneficio y el interés mismo, difiere totalmente del interés, deriva no ya del monopolio, sino de la propiedad, y entraña una teoría especial, como diremos á su tiempo.

¿Cuál es, pues, esa realidad conocida de todos los pueblos, y sin embargo aún malísimamente definida, denominada interés ó precio del préstamo, y que da origen á la ficcion de la productividad del capital?

Todo el mundo sabe que todo el que está al frente de una empresa, al hacer la cuenta de sus gastos de produccion, los divide de ordinario en tres categorías: 1.º los valores consumidos y los servicios pagados; 2.º su sueldo ó sus gastos personales; 3.º la amortizacion y el interés de sus capitales. De esta última categoría de gastos ha nacido la distincion entre el industrial y el capitalista, por más que esos dos títulos no sean nunca sino la expresion de la misma facultad, el monopolio.

Así, una empresa industrial que sólo da el interés de los capitales y ningun producto neto, es una empresa insignificante, que no hace más que trasformar sus valores sin aumentar en nada la riqueza; una empresa que no tiene razon de ser, y queda abandonada el mejor dia. ¿De qué procede, pues, que ese interés del capital no sea considerado como un equivalente del producto neto? ¿Cómo no constituye en sí mismo el producto neto?

Aquí da otro traspíe la filosofía de los economistas. Para defender la usura, han pretendido que el capital era productivo, y convertido una metáfora en una realidad. Los socialistas anti-propietarios no han tenido gran trabajo en destruir sus sofismas; y ha resultado de esta polémica un descrédito de tal género para la teoría del capital, que ya hoy en el entendimiento del pueblo, *capitalista* y *ocioso* son sinónimos. No vengo, por cierto, á retractarme aquí de lo que he sostenido despues de tantos otros, ni á rehabilitar una clase de ciudadanos que tan extrañamente desconoce sus deberes; pero el interés de la ciencia y el del proletariado mismo me obligan á completar mis primeras afirmaciones, y á sostener los verdaderos principios.

1.º No hay produccion que no se verifique en vista de un consumo, es decir, de un goce. En la sociedad las palabras correlativas de produccion y consumo, del mismo modo que las de producto neto y producto bruto, designan una cosa perfectamente idéntica. Si, pues, el trabajador, luego de haber realizado un producto neto, en vez de servirse de él para aumentar su bienestar, se circunscribiese á su salario, y aplicase siempre el excedente á una nueva produccion, como hacen tantas personas que no ganan sino para comprar, la produccion aumentaria indefinidamente al paso que el bienestar, y razo-



nando bajo el punto de vista de la sociedad, la población permanecería en el *statu quo*. Ahora bien, el interés de los capitales empleados en una empresa industrial, capitales que se han ido formando paulatinamente por medio de la acumulación del producto neto, es como una transacción entre la necesidad de aumentar por una parte la producción, y por otra el bienestar; es un modo de reproducir y consumir á la vez el producto neto. Esta es la razón por qué ciertas compañías industriales pagan dividendos á sus accionistas ántes que la empresa haya podido producirlos. La vida es corta, el buen éxito viene á pasos contados; por un lado, el trabajo pide capitales; por otro, el hombre quiere goces. Para satisfacer todas estas exigencias, se aplica á la producción el producto neto; mas entre tanto (*inter-ea, inter-esse*), es decir, en tanto que se espera el nuevo producto, gozará el capitalista.

Así como la cifra del producto neto marca el progreso de la riqueza, el interés del capital, sin el que sería inútil y ni siquiera existiría el producto neto, marca el progreso del bienestar. Cualquiera que sea la forma de gobierno que se establezca entre los hombres, ora vivan en monopolio, ora en comunidad, ora tenga cada trabajador su cuenta abierta por *debe* y *haber*, ora la comunidad le distribuya el placer y el trabajo, la ley que acabamos de deducir no dejará nunca de cumplirse. Nuestras cuentas de intereses no hacen más que atestiguarlo.

2.º Los valores creados por el producto neto constituyen el ahorro, y se capitalizan bajo la forma más eminentemente susceptible de cambio, y ménos susceptible de menospreciarse, y más libre, es decir, bajo la forma de numerario, único valor constituido. Si ese capital pasa de libre á *fijo*, es decir, pasa á tomar la forma de máquinas, de edificios, etc., será

aún susceptible de cambio, pero estará mucho más expuesto que ántes á las oscilaciones de la oferta y la demanda. Una vez fijo, no podrá ya sino muy difícilmente *liberarse*; y el único recurso de su propietario titular, será la explotación. Solamente la explotación es capaz de conservar el valor nominal del capital fijo: posible es que lo aumente; posible es también que lo disminuya. Un capital transformado de esta suerte, es como si se le hubiese aventurado en una empresa marítima: el interés es la prima de seguros del capital. Y esa prima será más ó ménos fuerte, segun la abundancia ó la escasez de los capitales.

Más tarde se distinguirá todavía la prima de seguros del interés del capital, y resultarán de ahí nuevos hechos; así la historia de la humanidad no es más que una perpétua distinción de los conceptos de la inteligencia.

3.º No sólo el interés de los capitales hace que el trabajador goce de sus obras y asegure sus ahorros, sino que también, y este es su más maravilloso efecto, al paso que recompensa al productor, le obliga á trabajar incesantemente y á no detenerse jamás.

Si un industrial es su propio capitalista, puede suceder que se contente por todo beneficio con retirar el interés de sus fondos; pero es entonces cierto que su industria no está ya en progreso, y que por lo tanto, sufre. Se ve esto palpablemente cuando el industrial y el capitalista son dos personas distintas: como entonces, á causa del pago de los intereses, el beneficio es absolutamente nulo para el fabricante, su industria llega á ser para él un continuo peligro, de que le interesa librarse lo más pronto posible. Porque así como el bienestar debe desarrollarse para la sociedad en una progresión indefinida, del mismo modo es ley para el productor que realice sin cesar un excedente: sin esto, su existencia es precaria,



monótona, fatigosa. El interés debido al capitalista por el productor, es como el látigo del colono que chasquea sobre la cabeza del esclavo dormido; es la voz del progreso que grita: ¡Marcha, marcha! ¡trabaja, trabaja! El destino del hombre le empuja hácia la felicidad, y esta es la razón por qué le prohíbe el descanso.

4.º El interés del dinero es, por fin, la condición de circulación de los capitales, y el principal agente de la solidaridad industrial. Este es el aspecto que han visto los economistas, y trataremos de él de una manera especial en el crédito.

He probado, y se me figura que mejor de lo que se había hecho hasta aquí:

Que el monopolio es necesario, por ser el antagonismo de la concurrencia;

Que es de la esencia de la sociedad, porque sin él no habría ésta salido jamás de los bosques primitivos, y aún hoy retrocedería rápidamente;

Y finalmente, que es la corona del productor, puesto que ya por el producto neto, ya por el interés de los capitales que entrega á la producción, proporciona al monopolizador el aumento de bienestar que merecen su previsión y sus esfuerzos.

¿Iremos, pues, á glorificar con los economistas el monopolio, y á consagrarle en provecho de los asegurados conservadores? No me opongo, con tal que, como les he dado la razón en lo que precede, me la den ellos á su vez en lo que sigue.

§ II. Desastres en el trabajo y perversion de las ideas, producidos por el monopolio.

Del mismo modo que la concurrencia, el monopolio es contradictorio en el término y en la definición. En efecto, puesto que consumo y producción son en

la sociedad cosas idénticas, y vender es sinónimo de comprar, quien dice privilegio de venta ó de explotación, dice necesariamente privilegio de consumo y de compra: lo cual conduce á la negación del uno y del otro. De aquí, prohibición tanto de consumir como de producir impuesta por el monopolio contra las clases asalariadas. La concurrencia era la guerra civil; el monopolio es el degüello de los prisioneros.

Estas diversas proposiciones reúnen todas las especies de evidencia posibles: la física, la algebraica y la metafísica. Podré hacer de ellas una exposición amplificada, pero no más, porque con sólo enunciarlas quedan demostradas.

Toda sociedad, considerada en sus relaciones económicas, se divide naturalmente en capitalistas y trabajadores, maestros y asalariados, distribuidos en una escala cuyos grados marcan los rendimientos de cada uno, ya se compongan esos rendimientos de salarios, ya de beneficios, ya de intereses, ya de alquileres ó de rentas.

De esa distribución jerárquica de las personas y de los rendimientos, resulta que el principio de Say, citado hace poco, de que *en una nación, el producto neto es igual al producto bruto*, no es ya verdadero, puesto que por efecto del monopolio, la cifra de los *precios de venta* es de mucho superior á la de los *precios de coste*. Ahora bien, como el precio de coste es, sin embargo, el que debe pagar el precio de venta, puesto que una nación no tiene en realidad otro mercado que la nación misma, se sigue de ahí que el cambio, y por lo tanto la circulación y la vida, son imposibles.

« En Francia 20 millones de trabajadores, esparcidos por todos los ramos de la ciencia, del arte y de la industria, producen todo lo que es útil para la vida del hombre. La suma de sus salarios reunidos es,



monótona, fatigosa. El interés debido al capitalista por el productor, es como el látigo del colono que chasquea sobre la cabeza del esclavo dormido; es la voz del progreso que grita: ¡Marcha, marcha! ¡trabaja, trabaja! El destino del hombre le empuja hácia la felicidad, y esta es la razón por qué le prohíbe el descanso.

4.º El interés del dinero es, por fin, la condición de circulación de los capitales, y el principal agente de la solidaridad industrial. Este es el aspecto que han visto los economistas, y trataremos de él de una manera especial en el crédito.

He probado, y se me figura que mejor de lo que se había hecho hasta aquí:

Que el monopolio es necesario, por ser el antagonismo de la concurrencia;

Que es de la esencia de la sociedad, porque sin él no habría ésta salido jamás de los bosques primitivos, y aún hoy retrocedería rápidamente;

Y finalmente, que es la corona del productor, puesto que ya por el producto neto, ya por el interés de los capitales que entrega á la producción, proporciona al monopolizador el aumento de bienestar que merecen su previsión y sus esfuerzos.

¿Iremos, pues, á glorificar con los economistas el monopolio, y á consagrarle en provecho de los asegurados conservadores? No me opongo, con tal que, como les he dado la razón en lo que precede, me la den ellos á su vez en lo que sigue.

§ II. Desastres en el trabajo y perversion de las ideas, producidos por el monopolio.

Del mismo modo que la concurrencia, el monopolio es contradictorio en el término y en la definición. En efecto, puesto que consumo y producción son en

la sociedad cosas idénticas, y vender es sinónimo de comprar, quien dice privilegio de venta ó de explotación, dice necesariamente privilegio de consumo y de compra: lo cual conduce á la negación del uno y del otro. De aquí, prohibición tanto de consumir como de producir impuesta por el monopolio contra las clases asalariadas. La concurrencia era la guerra civil; el monopolio es el degüello de los prisioneros.

Estas diversas proposiciones reúnen todas las especies de evidencia posibles: la física, la algebraica y la metafísica. Podré hacer de ellas una exposición amplificada, pero no más, porque con sólo enunciarlas quedan demostradas.

Toda sociedad, considerada en sus relaciones económicas, se divide naturalmente en capitalistas y trabajadores, maestros y asalariados, distribuidos en una escala cuyos grados marcan los rendimientos de cada uno, ya se compongan esos rendimientos de salarios, ya de beneficios, ya de intereses, ya de alquileres ó de rentas.

De esa distribución jerárquica de las personas y de los rendimientos, resulta que el principio de Say, citado hace poco, de que *en una nación, el producto neto es igual al producto bruto*, no es ya verdadero, puesto que por efecto del monopolio, la cifra de los *precios de venta* es de mucho superior á la de los *precios de coste*. Ahora bien, como el precio de coste es, sin embargo, el que debe pagar el precio de venta, puesto que una nación no tiene en realidad otro mercado que la nación misma, se sigue de ahí que el cambio, y por lo tanto la circulación y la vida, son imposibles.

« En Francia 20 millones de trabajadores, esparcidos por todos los ramos de la ciencia, del arte y de la industria, producen todo lo que es útil para la vida del hombre. La suma de sus salarios reunidos es,



hablo por vía de hipótesis, de 20.000 millones; mas á causa del beneficio, es decir, del producto neto y del interés que corresponde á los monopolizadores, hay que pagar 25.000 millones por la suma de sus productos. Ahora bien, como la nación no tiene otros compradores que sus asalariados y sus asalariantes, y éstos no pagan por aquellos, y que el precio de venta de las mercancías no deja de ser el mismo para todos; es claro que para hacer posible la circulación, el trabajador debería pagar cinco por lo que no ha recibido más que cuatro.» (*¿Qué es la Propiedad?* capítulo IV.)

Esto es lo que hace que riqueza y pobreza sean correlativas é inseparables, no solamente en la idea, sino también en el hecho; esto es lo que las hace existir en concurrencia la una con la otra, y da derecho al hombre asalariado para sostener que el pobre se ve desposeído de todo lo que posee de más el rico. Después de haber hecho el monopolio su cuenta de gastos, de beneficios y de intereses, el consumidor asalariado hace la suya, y encuentra que á pesar de habersele prometido un salario representado por ciento en el contrato de trabajo, no se le ha dado en realidad sino setenta y cinco. El monopolio engaña por lo tanto al obrero, y es rigurosamente cierto que, vive de sus despojos.

Hace seis años que he hecho patente esta espantosa contradicción; ¿por qué no ha tenido eco en la prensa? ¿por qué no han advertido al público los árbitros de la fama? ¿por qué los que reclaman los derechos políticos para los jornaleros, no les han dicho que se les robaba? ¿por qué se han callado los economistas? ¿por qué?

Nuestra democracia revolucionaria no mete ruido sino porque tiene miedo á las revoluciones; pero con disimularse el peligro, que no se atreve á mirar

frente á frente, no consigue más que aumentarlo. «Nos parecemos, dice el Sr. Blanqui, á fogoneros que aumentan la dosis de vapor al mismo tiempo que cargan las válvulas.» ¡Víctimas del monopolio, consolaos! Si vuestros verdugos no quieren oír, es porque la Providencia ha resuelto descargar sobre ellos su mano. *Non audierunt*, dice la Biblia, *quia Deus volebat occidere eos*.

No pudiendo la venta llenar las condiciones del monopolio, hay hacinamiento de mercancías: el trabajo ha producido en un año lo que el salario no le permite consumir sino en quince meses: deberá por lo tanto holgar una cuarta parte del año. Pero si huelga, no gana nada: ¿cómo ha de comprar? Y si el monopolizador no se puede deshacer de sus productos, ¿cómo ha de subsistir su empresa? Multiplicanse alrededor del taller las imposibilidades lógicas, y los hechos que las revelan están en todas partes.

« Los jornaleros de Inglaterra, dedicados á la industria de guantes, gorros y medias, dice el Sr. Eugenio Buret, habían llegado al extremo de no comer sino cada dos días. Duró ese estado diez y ocho meses. »—Y cita luego una multitud de casos semejantes.

Pero lo que más lastima en el espectáculo de los efectos del monopolio, es ver á los desgraciados obreros acusándose recíprocamente de su miseria, é imaginarse que con coaligarse y apoyarse los unos á los otros, han de impedir la reducción de sus salarios. « Los irlandeses, dice un observador, han dado una lección funesta á las clases trabajadoras de la Gran Bretaña... Les han revelado el fatal secreto de limitar sus necesidades al solo sustento de la vida animal, y á contentarse como los salvajes con el minimum de medios de subsistencia que bastan para



prolongar la vida... Instruidas por este fatal ejemplo y cediendo en parte á la necesidad, las clases trabajadoras han perdido ese laudable orgullo que las llevaba á amueblar cuidadosamente sus casas y á multiplicar á su alrededor las decentes comodidades que contribuyen á nuestra dicha.»

No he leído jamás nada más desconsolador ni más estúpido. Pues ¿qué queriais que hicieran esos obreros? Han venido los irlandeses á dar el mal ejemplo: y ¿qué! ¿se debía pasarlos á cuchillo? Si ven reducidos los salarios: ¿habian de renunciarlos y morir? Imperaba la necesidad, lo está V. mismo diciendo, y han venido luego el aumento de las horas de trabajo, las enfermedades, la degeneracion, el embrutecimiento, los signos todos de la esclavitud industrial: calamidades todas que han nacido del monopolio y de sus tristes antecedentes, la concurrencia, las máquinas y la division del trabajo; ¡y acusa V. á los irlandeses!

Otras veces los obreros se quejan de su mala estrella, y se exhortan mutuamente á la paciencia: es este el reverso de las gracias que dan á la Providencia cuando el trabajo abunda y son suficientes los salarios.

En un artículo que publicó el Sr. Leon Faucher en el *Diario de los Economistas* (Setiembre de 1845), ha demostrado que los jornaleros ingleses han perdido hace algun tiempo la costumbre de las coaliciones, lo que es realmente un progreso de que no puede ménos de felicitarles; pero que esta mejora en la moralidad de los obreros es sobre todo debida á su instruccion económica. «No depende el salario de los fabricantes, ha dicho un oficial de hilandero en el *meeting* de Bolton. En las épocas de depreciacion, los amos no son, por decirlo así, mas que el látigo de que se arma la necesidad, y han de dar, quieran ó no

quieran. El principio regulador es la relacion de la oferta con la demanda, y los amos no tienen poder para serlo... Obremos, pues, prudentemente; sepámos resignarnos á la mala fortuna y sacar partido de la buena: secundando los progresos de nuestra industria, seremos útiles, no sólo para nosotros mismos, sino tambien para el país entero.» (*Aplausos.*)

En hora buena. Hé aquí obreros bien educados, obreros modelos. ¿Qué hombres esos hilanderos que sufren sin quejarse el látigo de la necesidad, porque el principio regulador del salario es la oferta y la demanda! El Sr. Leon Faucher añade con encantadora candidez: «Los obreros ingleses son razonadores intrépidos. Dadles un principio falso, y le llevarán matemáticamente hasta el absurdo, sin pararse ni espantarse, como si marchasen al triunfo de la verdad.» Yo espero que á pesar de todos los esfuerzos de la propaganda economista, los obreros franceses no llegarán jamás á ser razonadores de este calibre. La oferta y la demanda, como el látigo de la necesidad, no logra hacer mella en sus entendimientos. Faltábale esta miseria á Inglaterra: no pasará el estrecho.

Por el efecto combinado de la division, las máquinas, el producto neto y el interés, extiende el monopolio sus conquistas en progresion creciente, y abraza ya la agricultura lo mismo que el comercio, la industria y todas las especies de productos. Todo el mundo conoce el dicho de Plinio sobre el monopolio territorial, que determinó la caída de Italia, *latifundia perdidere Italiam*. Este mismo monopolio es el que empobrece y hace inhabitable la campiña de Roma, y forma el círculo vicioso en que se agita convulsivamente Inglaterra; es el que, establecido violentamente despues de una guerra de raza, produce todos los males de Irlanda, y causa tantas tri-



bulaciones á O'Connel, impotente, con toda su facundia, para conducir á su pueblo al través de ese laberinto. Los grandes sentimientos y la retórica son el peor remedio para los males de las sociedades: más fácil sería á O'Connel trasportar la Irlanda y los irlandeses del mar del Norte al Océano de Australia, que hacer caer al soplo de sus arengas el monopolio que los ahoga. Las comuniones generales y las predicaciones no podrán tampoco más: si sólo el sentimiento religioso sostiene aún la moralidad del pueblo irlandés, es hora ya de que un poco de esa ciencia profana, que tanto desdigna la Iglesia, venga en socorro de las ovejas que no puede defender ya con su cayado.

La invasion del comercio y la industria por el monopolio es demasiado conocida para que yo me detenga á reunir los documentos justificativos: ¿á qué por otra parte argumentar, cuando hablan tan alto los resultados? La descripcion de la miseria de las clases jornaleras, por E. Buret, tiene algo de fantástico que oprime el corazon y espanta. Son escenas que la imaginacion se resiste á creer, á pesar de los certificados y de los expedientes gubernativos. Esposos desnudos, ocultándose en el fondo de una alcoba sin amueblar, con sus hijos tambien desnudos; poblaciones enteras que no van el domingo á la iglesia por no tener ni harapos con qué cubrirse; cadáveres insepultos durante ocho dias por no haberle quedado al difunto ni sudario en qué amortajarle, ni dinero con qué pagar el ataud ni al sepulturero, en tanto que el obispo goza de cuatrocientos ó quinientos mil francos de renta; familias enteras amontonadas en miserables pocilgas, haciendo vida comun con los cerdos, y ya en vida ganadas por la podredumbre, ó habitando en agujeros como los albinos; octogenarios que duermen desnudos sobre desnudas tablas;

la vírgen y la prostituta espirando en medio de la misma desnudez é indigencia; en todas partes la desesperacion, la consuncion, el hambre, ¡el hambre!... ¡Y ese pueblo, que expía los crímenes de sus amos, no se subleva! No, ¡por las llamas de Némesis! Cuando un pueblo no siente ya sed de venganza, no hay ya Providencia.

Los exterminios en masa del monopolio, no han encontrado aún poetas que los canten. Nuestros versificadores, ajenos á los negocios de ese mundo, sin entrañas para el proletario, continúan suspirando á la luna sus melancólicos *deleites*. ¡Qué materia para *meditaciones*, sin embargo, las miserias engendradas por el monopolio!

Habla Walter Scott:

«En otro tiempo, hace ya muchos años, cada aldeano tenia su vaca y su cerdo, y su huerta alrededor de su casa. Donde no trabaja hoy sino un colono, vivian ántes treinta; de suerte que para un individuo por sí sólo más rico, es verdad, que los treinta pequeños colonos de los antiguos tiempos, hay ahora veintinueve jornaleros miserables sin ocupacion para su inteligencia ni para sus brazos, cuya mitad sobra. La única funcion útil que desempeñan, es la de pagar, *cuando pueden*, 60 chelines anuales de renta por las chozas que habitan.»

Una balada moderna citada por E. Buret, canta la soledad del monopolio:

Silencioso está en el valle  
El torno: los sentimientos  
De familia se acabaron.  
Sobre el humo el viejo abuelo  
Extiende sus manos pálidas;  
Y ¡ay! está el hogar desierto  
Desolado como su alma.



Los dictámenes presentados en el Parlamento rivalizan con las palabras del novelista y del poeta:

«Los habitantes de Glensheil, en los alrededores del valle de Dundée, se distinguían en otro tiempo de sus vecinos por la superioridad de sus cualidades físicas. Los hombres eran de buena estatura, robustos, activos y animosos; las mujeres agradables y graciosas. Poseían los dos sexos un gusto extraordinario por la poesía y la música. Ahora, ¡ay! un largo período de pobreza, la prolongada privación del necesario sustento y de los vestidos convenientes, han deteriorado de una manera profunda esta raza que era notablemente bella!»

Hé aquí la degradación fatal que hemos señalado en los dos capítulos de la división del trabajo y las máquinas. ¡Y nuestros literatos se ocupan en sutilezas retrospectivas, como si la actualidad no diera para alimentar su genio! El primero que se ha aventurado entre ellos á entrar por esas sendas infernales, ha llenado de encándalo el corrillo. ¡Bajos y cobardes parásitos, viles traficantes en prosa y verso, dignos todos del salario de Marsias! ¡Oh! si vuestro suplicio hubiese de durar tanto como mi desprecio, deberíais creer en la eternidad del infierno.

El monopolio, que hace poco nos había parecido tan justo, es tanto más injusto, cuanto que no sólo hace ilusorio el salario, sino que también engaña respecto de su mismo avalúo al obrero, tomando una falsa calidad y un falso título.

Observa el Sr. Sismondi, en sus *Estudios de economía social*, que cuando un banquero entrega á un comerciante billetes de banco á cambio de sus valores, léjos de hacerle crédito, le recibe. «Este crédito, añade el Sr. de Sismondi, es á la verdad tan corto, que el comerciante apenas se toma el tiempo de examinar si el banquero lo merece, tanto ménos, cuanto

que él es primero en pedir crédito en lugar de otorgarlo.»

Así, según el Sr. Sismondi, están invertidos los papeles del negociante y del banquero en la emisión del papel de Banco: el primero es el acreedor, y el segundo el que recibe el crédito.

Algo de análogo ocurre entre el monopolizador y el hombre asalariado.

De hecho los obreros, del mismo modo que el negociante al Banco, piden que se les descuente su trabajo; de derecho, debería ser el maestro el que diese seguridad y fianza. Me explicaré.

En toda explotación, cualquiera que sea su naturaleza, el maestro, el empresario, no puede legítimamente reivindicar, además de su trabajo personal, otra cosa que la *IDEA*; en cuanto á la *EJECUCION*, resultado del concurso de numerosos trabajadores, es este un efecto de fuerza colectiva, cuyos autores, tan libres en su acción como su jefe, no pueden producir nada que gratuitamente le corresponda. Trátase ahora de saber si la suma de los salarios individuales pagados por el maestro, equivale al efecto colectivo de que estoy hablando; porque si así no fuese, quedaría infringido el axioma de Say: *Todo producto vale lo que cuesta.*

«El capitalista, se decía, ha pagado los jornales de los obreros á precios convenidos, y por consiguiente, no les debe nada. Para ser exacto, sería preciso decir que ha pagado tantas veces *un jornal* como jornaleros ha ocupado, lo que no es lo mismo. Porque esa fuerza inmensa que resulta de la unión de los trabajadores y de la convergencia y armonía de sus esfuerzos, esa economía de gastos obtenida por su organización en el taller, esa multiplicación del producto previsto, es verdad, por el maestro, pero realizada por fuerzas libres, no es verdad que



las haya pagado. Doscientos granaderos, trabajando bajo la dirección de un ingeniero, han levantado en horas un obelisco sobre su base: ¿se cree acaso que un solo hombre hubiera podido hacer otro tanto en doscientos días? En la cuenta del empresario, la suma de los jornales es, sin embargo, la misma en ambos casos, porque se adjudica el beneficio de la fuerza colectiva. Ahora bien, una de dos: ó hay de su parte usurpación, ó hay error.» (*¿Qué es la propiedad?* Cap. III.)

Para beneficiar convenientemente la *mule-jenny*, se han necesitado mecánicos, constructores, dependientes, brigadas de obreros y obreras de todas clases. En nombre de su libertad, de su seguridad, de su porvenir, y del porvenir de sus hijos, esos obreros, al meterse en la filatura, habían de hacer sus reservas: ¿dónde están las cartas de crédito que han entregado á los maestros? ¿dónde las garantías que de ellos han recibido? ¿Cómo! millones de hombres han vendido sus brazos y enajenado su libertad sin conocer el alcance del contrato; se han comprometido en la seguridad de que tendrían un trabajo constante y una retribución suficiente; han ejecutado con sus manos lo que sus maestros habían concebido; se han hecho con esta colaboración socios de la empresa; y cuando el monopolio, no pudiendo ó no queriendo seguir cambiando, suspende su fabricación y deja sin pan esos millones de trabajadores, se les dice que se *resignen*. Gracias á los nuevos procedimientos, han perdido de cada diez jornales nueve, y por recompensa se les enseña el látigo de la *necesidad* suspendido sobre sus cabezas. Si se niegan entonces á trabajar por un salario menor, se les prueba que se convierten en azote de sí mismos; si aceptan el precio que se les ofrece, pierden ese *noble orgullo*, esas *decentes comodidades* que hacen la dig-

nidad y la ventura del obrero, y le dan derecho á las simpatías del rico; si se ponen de acuerdo para hacer subir sus salarios, se les envía á la cárcel. Cuando deberían ellos perseguir ante los tribunales á sus explotadores, en ellos vengan los tribunales los atentados á la libertad de comercio. ¡Víctimas del monopolio, sufran la pena debida á los monopolizadores! ¡Oh justicia de los hombres, cortesana estúpida! ¿hasta cuándo beberás, bajo tus oropeles de diosa, la sangre del degollado proletario?

El monopolio lo ha invadido todo: la tierra, el trabajo y los instrumentos de trabajo, los productos y la distribución de los productos. La misma economía política no ha podido menos de reconocerlo. «En vuestro camino, dice el Sr. Rossi, encontráis casi siempre un monopolio. Apenas hay producto que pueda ser considerado como resultado puro y simple del trabajo; así la ley económica que proporciona el precio á los gastos de producción, no se realiza jamás por completo. Es una fórmula que viene siempre profundamente *modificada* por la intervención de uno ú otro de los monopolios á que los instrumentos de producción están sujetos. (*Curso de Economía política*, tomo I, pág. 143.)

El Sr. Rossi se ha colocado á demasiada altura para dar á su lenguaje toda la precisión y la exactitud que exige la ciencia cuando se trata del monopolio. Lo que con tanta benevolencia llama una *modificación de las fórmulas económicas*, no es más que una larga y odiosa violación de las leyes fundamentales del trabajo y del cambio. Por efecto del monopolio, tomándose el producto neto fuera del producto bruto, se ve obligado el trabajador colectivo á rescatar en la sociedad su propio producto por un precio superior al de su coste, cosa contradictoria é imposible; por efecto del monopolio, está destruido el na-



tural equilibrio de la producción y del consumo; por efecto del monopolio, el trabajador es víctima de un engaño, tanto sobre el importe de su salario como sobre sus reglamentos; por efecto del monopolio, el progreso del bienestar se convierte para él en el progreso de la miseria; por efecto del monopolio, finalmente, están pervertidas las nociones todas de la justicia conmutativa, y la economía social deja de ser ciencia práctica y pasa al estado de verdadera utopía.

Esa trasfiguración de la economía política bajo la influencia del monopolio es un hecho tan notable en la historia de las ideas sociales, que no podemos dispensarnos de aducir aquí algunos ejemplos.

Así, bajo el punto de vista del monopolio, el valor no es ya esa concepción sintética que sirve para expresar la relación de un objeto particular de utilidad con la totalidad de la riqueza; estimando el monopolio las cosas, no con relación á la sociedad, sino con relación á sí mismo, pierde el valor su carácter social, y no es ya más que una relación vaga, arbitraria, egoísta, esencialmente movediza. Partiendo de este principio, el monopolizador extiende la calificación de *producto* á todas las especies de servidumbre, y aplica la idea de *capital* á todas las industrias frívolas y vergonzosas que le hacen explotar sus pasiones y sus vicios. Los encantos de una cortesana, dice Say, son un *patrimonio* cuyo *producto* sigue la ley general de los valores, es á saber, la oferta y la demanda. Llenas de aplicaciones parecidas están la mayor parte de las obras de economía política. Mas como la prostitución y la domesticidad de que dimana están reprobadas por la moral, el Sr. Rossi nos hará observar aún que la economía política, después de haber *modificado* su fórmula á consecuencia de la intervención del monopolio, deberá hacerle sufrir un nuevo *correctivo*, por más que sus conclusiones sean

en sí mismas intachables. La economía política, dice él, nada tiene de común con la moral; y á nosotros nos toca aceptar, modificar ó corregir sus fórmulas según lo reclamen nuestro bien, el de la sociedad y el cuidado que hemos de tener de la moral misma. ¡Qué de cosas entre la economía política y la verdad!

La teoría del producto neto, tan eminentemente social, progresiva y conservadora, ha sido también, si puedo expresarme así, individualizada á su vez por el monopolio, y el principio que debía proporcionar el bienestar de la sociedad es causa de su ruina. El monopolizador, buscando en todo el mayor producto neto posible, no obra ya como individuo de la sociedad ni en interés de la misma; obra exclusivamente en pró de sus intereses, sean éstos contrarios ó no á los intereses sociales. Este cambio de perspectiva es la causa á que atribuye el Sr. de Sismondi lo despoblada que está la campiña de Roma. Por los estudios comparativos que ha hecho sobre el producto *agro romano*, según se le dejase reducido á pastos ó se le redujese á cultivo, ha encontrado que el producto *bruto* sería doce veces mayor en el primer caso que en el segundo; mas como el cultivo exige relativamente mayor número de brazos, ha visto también que en este mismo caso, es decir, en el de cultivar los campos, sería menor el producto *neto*. Este cálculo, que no se había escapado á los propietarios, ha bastado para confirmarles en la costumbre de dejar incultas sus tierras, y la campiña de Roma sigue despoblada.

«Todas las comarcas de los Estados romanos, añade el Sr. de Sismondi, presentan el mismo contraste entre los recuerdos de su prosperidad durante la Edad media y su actual estado de desolación. La ciudad de Cérés, hecha célebre por Renzo da Ceri, que defendió sucesivamente Marsella contra Carlos V y Ginebra contra el Duque de Saboya, no es ya más



que un desierto. En los feudos de los Orsinis y de los Colonnas no hay nadie. En los bosques que circuyen el hermoso lago de Vico, la raza humana ha desaparecido; y los soldados con que el terrible gobernador de Vico hizo tantas veces temblar á Roma en el siglo xiv, no han dejado descendientes. Castro y Ronciglione están asoladas...» (*Estudios sobre la Economía política.*)

La sociedad busca, en efecto, el mayor producto bruto posible, y por consiguiente la mayor población, porque para ella producto bruto y producto neto son idénticos. El monopolio, por lo contrario, aspira constantemente al mayor producto neto que puede, aún cuando no haya de obtenerlo sino á costa del exterminio del género humano.

Bajo esa misma influencia del monopolio, el interés del capital, pervertido en su noción, ha venido á ser á su vez para la sociedad un principio de muerte. Así, como lo hemos ya explicado, el interés del capital es por una parte la forma bajo la que el trabajador goza de su producto neto, sin dejar de hacerle servir para nuevas creaciones; por otra, es el lazo material de solidaridad entre los productores, bajo el punto de vista del aumento de las riquezas. Bajo el primer aspecto, la suma de los intereses no puede exceder jamás del importe mismo del capital; bajo el segundo, permite el interés, además del reembolso, el cobro de una prima como recompensa del servicio prestado. En ninguno de los dos casos implica perpetuidad.

Pero el monopolio, confundiendo la noción del capital, que no abraza sino las creaciones de la industria humana, con la materia beneficiable que la naturaleza nos ha dado y á todos pertenece, y estando por otro lado favorecido en sus usurpaciones por el estado anárquico de una sociedad en que no puede

existir la posesión sino bajo la condición de ser exclusiva, soberana y perpétua; el monopolio, digo, se ha imaginado, y ha erigido en principio que el capital, del mismo modo que la tierra, los animales y las plantas, tiene por sí mismo una actividad propia que dispensa al capitalista de traer otra cosa al cambio y de tomar parte alguna en los trabajos del taller. De esa idea falsa del monopolio ha venido el nombre griego de la usura, *tokos*, como si dijéramos el hijuelo ó la crez del capital; cosa que ha dado lugar á que Aristóteles dijera equivocadamente que *los escudos no crían ó no tienen hijuelos*. Mas la metáfora de los usureros ha prevalecido contra el chiste del Estagirita; la usura como la renta, de que es imitación, ha sido declarada de derecho perpétua, y sólo mucho más tarde, por una especie de retroceso al principio, ha reproducido la idea de *amortización*...

Tal es el sentido de este enigma que ha promovido tanto escándalo entre los teólogos y los jurisconsultos, y sobre el cual ha caído la Iglesia en error por dos veces: la primera, cuando ha condenado toda especie de interés; y la segunda, cuando ha suscrito á la opinión de los economistas desmintiendo así sus antiguas máximas. La usura, asimilable al derecho que el fisco tenía á los bienes del extranjero que moría en Francia, es á la vez la expresión y la condena del monopolio; es la expoliación del trabajo organizada y legalizada por el capital; es, entre todas las subversiones económicas, la que habla más alto contra la antigua sociedad, y la que por su escandalosa pertinacia justificaria una expropiación brusca y sin indemnización previa de toda la clase capitalista.

Finalmente, el monopolio, por una especie de instinto de conservación, ha pervertido hasta la idea de asociación que podía contrariarle, ó por mejor decir, ha impedido que nazca.



¿Quién podría hoy lisonjearse de definir lo que debe ser la sociedad entre los hombres? La ley distingue dos especies y cuatro variedades de compañías civiles y otras tantas de comercio, desde la de cuentas en participacion hasta la anónima. He leído los más respetables comentarios que se han escrito sobre todas esas formas de asociacion, y declaro no haber encontrado en ellos más que una aplicacion de las rutinas del monopolio entre dos ó más coaligados que juntan sus capitales y sus esfuerzos contra todo lo que produce y consume, inventa y cambia, vive y muere. La condicion *sine quâ non* de todas esas sociedades es el capital, que por sí sólo las constituye esencialmente y les da una base: su objeto es el monopolio, es decir, la exclusion de todos los demás trabajadores y capitalistas, y por consecuencia, la negacion de la universalidad social en cuanto á las personas.

Así, segun la definicion del Código, una sociedad de comercio que erigiese en principio la facultad para todo extraño de ser sócio con sólo pedirlo, y de gozar desde luego de los derechos y las prerogativas de los sócios, incluso los de los gerentes, no seria ya una sociedad; tanto, que los tribunales no dejarían de declararla de oficio disuelta y como no existente. Asimismo, una escritura de sociedad en la que los contrayentes no estipulando aporte de ninguna clase, sin dejar de reservar para cada uno la facultad expresa de hacer concurrencia á todos, se limitase á garantizarse mutuamente el trabajo y el salario, sin hablar ni de la especialidad de su industria, ni de los capitales, ni de los intereses, ni de las ganancias y pérdidas; una escritura tal, digo, pareceria contradictoria en su tenor, careceria tanto de objeto como de razon de ser, y seria anulada por el juez á la primera demanda de cualquier

sócio refractario. Contratos redactados de esta suerte no podrian dar lugar á accion alguna judicial: gentes que se dijese asociadas con todo el mundo, serian consideradas como no siéndolo con nadie; documentos donde se hablase á la vez de garantía y de concurrencia entre asociados, sin mencion alguna de fondo social y sin indicacion de objeto, pasarian por obra de un charlatanismo trascendental, cuyo autor podria muy bien ser enviado á Bicêtre, suponiendo que los magistrados pudiesen consentir en considerarle sólo como un loco.

Y está con todo justificado, por lo que hay de más auténtico en la historia y la economía social, que la humanidad ha venido desnuda y sin capital á la tierra que está explotando; que ella es por lo tanto la que ha creado y crea constantemente toda clase de riquezas; que el monopolio no es en ella sino un punto de vista relativo que le sirve para designar la categoría del trabajador con ciertas condiciones de goce; y que el progreso todo consiste en determinar multiplicando indefinidamente los productos, la proporcionalidad, es decir, organizar el trabajo y el bienestar por medio de la separacion de funciones, las máquinas, el taller, la educacion y la concurrencia. No alcanza más allá el más profundo estudio de los fenómenos. — Por otra parte, es evidente que todas las tendencias de la humanidad, ya en su política, ya en sus leyes civiles, son á la universalizacion, es decir, á una trasformacion completa de la idea de sociedad, tal como la determinan nuestros códigos.

De donde concluyo que una escritura de sociedad que arreglase, no ya el aporte de los sócios, puesto que cada sócio, segun la teoría económica, se reputa que á su entrada en la sociedad no posee absolutamente nada, sino las condiciones del trabajo y del



cambio, dando acceso á todos los que se presentasen, no sería sino muy racional y científica, puesto que sería la expresión misma del progreso y la fórmula orgánica del trabajo, y revelaría, por decirlo así, la humanidad á sí misma dándole los rudimentos de su constitucion.

Ahora bien, ¿qué juriconsulto ni qué economista se ha acercado jamás ni de mil leguas á esa idea magnífica y sin embargo tan sencilla? «No creo, dice el Sr. Troplong, que el espíritu de asociación esté llamado á más altos destinos de los que ha realizado y está realizando... y confieso que nada he intentado para satisfacer tales esperanzas, que creo exageradas... Existen límites justos que la asociación no debe traspasar. No; la asociación no está llamada en Francia á gobernarlo todo. El vuelo espontáneo del espíritu individual es también una fuerza viva de nuestra nación y una causa de su originalidad...

»La idea de asociación no es nueva... Entre los romanos vemos aparecer ya la sociedad de comercio con todo su aparato de monopolios, de acaparamientos, de colusiones, de coaliciones, de venalidad y de piratería... La comandita llena el derecho civil, comercial y marítimo de la Edad media, y es en esta época el más activo instrumento del trabajo organizado en sociedad... Desde mediados del siglo xiv se ve ya formarse sociedades por acciones; y hasta el desconcierto de Law, se las ve multiplicándose de continuo... ¡Cómo! ¡Nos maravillamos de lo que se invierte en acciones de minas, fábricas, privilegios, periódicos! Hace dos siglos se convertían en acciones nada ménos que islas, reinos, casi todo un hemisferio. Atribuimos á milagro que vengan á agruparse al rededor de una empresa centenares de comanditarios. En el siglo xiv la ciudad de Florencia

entera era comanditaria de algunos negociantes que llevaron lo más lejos posible el genio de la especulación.—Y luego, si son malas nuestras empresas, si hemos sido temerarios, imprevisores ó crédulos, atormentamos al legislador con nuestras enojosas reclamaciones; le pedimos prohibiciones, nulidades. Llevados de nuestra manía de reglamentarlo todo, *aun lo que está ya codificado*, de encadenarlo todo con textos revisados, aumentados y corregidos, de administrarlo todo, hasta las vicisitudes y los reveses del comercio; ¡algo hay que hacer! exclamamos en medio de tanta ley como ya existe... »

Cree el Sr. Troplong en la Providencia; pero no es de seguro el designado por ella para encontrar la fórmula de asociación que reclaman hoy los espíritus, harto disgustados ya de todos los protocolos de coalición y de rapiña cuyo cuadro desarrolla el señor Troplong en su comentario. Irritado este señor, y con fundado motivo, contra los que quieren encadenarlo todo á textos de leyes, pretende á su vez encadenar el porvenir á una cincuentena de artículos en que la razón más perspicaz no puede descubrir una chispa de ciencia económica ni una sombra de filosofía. *Llevados, dice, de nuestra manía de reglamentarlo todo, ¡HASTA LO YA CODIFICADO!...* ¡No conozco nada más delicioso que ese rasgo que pinta á la vez al juriconsulto y al economista. Después del *Código Napoleon*, todo es excusado...

«Afortunadamente, prosigue el Sr. Troplong, están ya hoy olvidados todos los proyectos de reforma publicados con tanto estruendo en 1837 y 1838. El conflicto entre las diversas proposiciones reformistas y la anarquía de las opiniones, ha producido resultados negativos. Al mismo tiempo que se verificaba una reacción contra los agiotistas, el buen sentido público juzgaba como merecían tantos planes oficia-



les de organizacion, mucho ménos acertados que la ley vigente, mucho ménos en armonía con las prácticas del comercio, y mucho ménos liberales, despues de 1830, que las concepciones del Consejo de Estado del Imperio. Ahora todo ha vuelto á entrar en caja, y el Código de Comercio ha conservado toda su integridad, su excelente integridad. Cuando el comercio lo necesita, encuentra en él al lado de la sociedad colectiva, de la anónima y de la de cuentas en participacion, la en comandita libre, templada sólo por la prudencia de los comanditarios y los artículos del Código penal sobre la estafa. » (TROPLONG, *de las Sociedades civiles y mercantiles*. Prólogo.)

¡Qué filosofía la que se regocija de ver abortar los ensayos de reforma, y cuenta sus triunfos por los *resultados negativos* del espíritu de investigacion! No podemos en este momento entrar más á fondo en la crítica de las sociedades civiles y de comercio que han dado materia al Sr. Troplong para dos volúmenes. Dejaremos este asunto para el tiempo en que, concluida la teoría de las contradicciones económicas, hayamos encontrado en su ecuacion general el programa de la asociacion, que publicaremos entonces teniendo en cuenta la práctica y las creaciones de nuestros antepasados.

Una palabra tan sólo sobre la comandita.

Creeríase á la primera ojeada que la comandita, por su fuerza expansiva y lo fácil de trasformar que se presenta, se puede generalizar de modo que abrace una nacion entera en todas sus relaciones mercantiles é industriales. Pero el más superficial exámen de la constitucion de esa sociedad demuestra bien pronto que la especie de ensanche de que es susceptible en cuanto al número de accionistas, no tiene nada de comun con la extension del vínculo social.

La comandita por de pronto, como todas las demás sociedades de comercio, está necesariamente limitada á una sola explotacion: bajo este punto de vista excluye todas las industrias extrañas á la suya propia. Si así no fuese, la comandita habria cambiado de naturaleza; seria una nueva forma de sociedad cuyos estatutos versarian, no ya especialmente sobre los beneficios, sino sobre la distribucion del trabajo y las condiciones del cambio; seria precisamente la asociacion tal como no quiere que sea el Sr. Troplong y la rechaza la jurisprudencia del monopolio.

En cuanto al personal de la comandita, se divide naturalmente en dos categorías: gerentes y accionistas. Elígese á los gerentes, siempre en pequeño número, entre los promovedores, organizadores y patronos de la empresa; y son, á decir verdad, los únicos sócios. Los accionistas, comparados con ese pequeño gobierno, que administra con plenos poderes la sociedad, son todo ese pueblo de contribuyentes extraños los unos para los otros, y sin responsabilidad ni influencia, que no tienen con el negocio otro enlace que el de sus aportes. Son prestamistas con prima, no sócios.

Despues de esto, es fácil concebir que todas las industrias del reino podrian ser explotadas por sociedades comanditarias, y que gracias á la facilidad de multiplicar las acciones, cabria interesar á cada ciudadano en la totalidad ó en la mayor parte de esas compañías sin que por esto mejorase su situacion, la cual por lo contrario podria suceder que fuese de cada dia más comprometida. Porque el accionista, lo repito, es la bestia de carga, la materia explotable de la sociedad comanditaria: que no para él ha sido constituida. Para que la asociacion sea real, es preciso que el que éntre en ella lo haga, no en



calidad de jugador, sino de empresario; tenga voto en el Consejo, y su nombre expreso ó sobreentendido en la razon social; esté todo, por fin, arreglado sobre el pié de la más perfecta igualdad. Pero esas condiciones son precisamente las de la organizacion del trabajo, que no ha entrado en las previsiones del Código; forman el objeto ULTERIOR de la economía política, y por consecuencia no hay que suponerlas, sino crearlas, y son como tales radicalmente incompatibles con el monopolio.

El socialismo, á pesar de lo fastuoso de su nombre, no ha sido hasta aquí más feliz que el monopolio en la definicion de la sociedad: puede hasta decirse que en todos sus planes de organizacion se ha mostrado constantemente bajo ese punto de vista plagario de la economía política. El Sr. Blanc, á quien he citado ya con motivo de la concurrencia, y hemos visto siendo sucesivamente partidario del principio jerárquico, defensor ocioso de la desigualdad y apóstol del comunismo, negando luego de una plumada la ley de la contradiccion porque no la concibe, y presentando por encima de todo el poder como última razon de su sistema; el Sr. Blanc, digo, nos ofrece de nuevo el curioso ejemplo de un socialista que copia sin pensarlo la economía política, y gira continuamente en el círculo vicioso de las rutinas propietarias. En el fondo niega el Sr. Blanc la preponderancia del capital, y niega hasta que el capital sea en la produccion igual al trabajo, en lo que está de acuerdo con las sanas teorías económicas. Mas como luego no pueda ó no sepa prescindir del capital, lo toma por punto de partida y apela á la comandita del Estado, es decir, se pone de rodillas ante los capitalistas y reconoce la soberanía del monopolio. De aquí las singulares contorsiones de su dialéctica. Suplico al lector que me perdone esas eter-

nas personalidades: no puedo ménos de citar autores, puesto que, tanto el socialismo como la economía política, están personificados en cierto número de escritores.

« El capital, decia la *Falange*, como fuerza que concurre á la produccion, ¿tiene ó no la legitimidad de las demás fuerzas productivas? Si es ilegítimo, aspira ilegítimamente á participar de la produccion, y es preciso excluirle sin pagarle interés de ninguna clase; si por el contrario es legítimo, no puede estar legítimamente excluido de la participacion en los beneficios á cuyo aumento ha concurrido. »

La cuestion no podia haber sido más claramente propuesta. El Sr. Blanc, sin embargo, encuentra que está sentada de una manera *muy confusa*, lo cual significa que le pone en gran confusion, y se atormenta mucho por encontrar su verdadero sentido.

Empieza por suponer que se le pregunta si es equitativo que se conceda al capitalista en los beneficios de la produccion *una parte igual á la del trabajador*; y contesta sin vacilar que esto seria injusto. Sigue luego un gran movimiento oratorio para demostrar esta injusticia.

Mas el falansteriano no pregunta si la parte del capitalista debe ó no ser *igual á la del trabajador*; quiere sólo saber si *tendrá una parte*; y esto es lo que el Sr. Blanc deja sin contestacion.

¿Se me quiere decir, continúa el Sr. Blanc, que el capital es indispensable para la produccion como el trabajo mismo?—Aquí nuestro autor distingue: conviene en que el capital es indispensable *como* el trabajo; pero no en que lo sea *tanto*.

Una vez más, lo repito, el falansteriano no disputa sobre la cantidad, sino sobre el derecho.

¿Se me quiere dar á entender con esto, prosigue el Sr. Blanc, que no todos los capitalistas son gente



ociosa? Generoso el Sr. Blanc para con los capitalistas que trabajan, pregunta por qué se habría de dar tanto como á ellos á los que no trabajan. Rasgo de elocuencia sobre los servicios *impersonales* del capitalista y los *personales* del trabajador, terminado por un llamamiento á la Providencia.

Por tercera vez insisto en preguntarle si considera legítima la participacion del capital en los beneficios; ya que admite ser indispensable para la produccion.

Por fin el Sr. Blanc, que no habia dejado de comprender la cuestion, se decide á contestar que si concede un interés al capital, es sólo por via de transicion y como para suavizar la pendiente que tienen que ir bajando los capitalistas. Por lo demás, haciendo su proyecto inevitable la absorcion de los capitales particulares en la asociacion, habria locura y hasta abandono de los principios en hacer otra cosa. Si el Sr. Blanc hubiese estudiado el asunto, habria limitado su contestacion á estas dos palabras: niego el capital.

Así el Sr. Blanc, y comprendo bajo este nombre á todo el socialismo, despues de haber declarado, por una primera contradiccion con el título de su obra la *Organizacion del trabajo*, que el capital era *indispensable* para la produccion, y por consecuencia que debia ser organizado y participar de los beneficios como el trabajo, rechaza el capital, y se niega á reconocerle por una segunda contradiccion de su sistema organizador; luégo por una tercera contradiccion, él, que se burla de las condecoraciones y de los títulos de nobleza, distribuye coronas cívicas, recompensas y distinciones á los literatos, inventores y artistas que hayan merecido bien de la patria, y les señala sueldos, segun sus grados y sus dignidades, cosas todas que son la restauracion del capital, con tanta realidad

aunque no con tanta precision matemática como el interés y el producto neto; por una cuarta contradiccion constituye además esa nueva aristocracia sobre el principio de igualdad, puesto que pretende hacer votar plazas de maestros á sócios iguales y libres, privilegios de ociosidad á trabajadores, y el despojo por fin á los despojados; por una quinta contradiccion hace descansar esta aristocracia igualitaria sobre la base de un *pod r dotado de una gran fuerza*, es decir, sobre el despotismo, otra forma de monopolio; por otra contradiccion más, la sexta, despues de haber intentado con sus premios á las artes y al trabajo, proporcionar la retribucion al servicio, como el monopolio, el salario á la capacidad, como el monopolio, entra á hacer el elogio de la vida en comun, y del trabajo y del consumo comunes, cosa que no obsta para que quiera sustraer á los efectos de la indiferencia comun, por medio de recompensas nacionales sacadas del producto comun, á los escritores serios y graves, de que maldito lo que se ocupa el comun de los lectores; por una séptima contradiccion... Pero detengámonos en la séptima, porque no acabaríamos ni en la setenta y siete.

Dícese que el Sr. Blanc, que prepara en este momento una historia de la Revolucion francesa, se ha puesto á estudiar seriamente la economía política. El primer fruto de este estudio será, á no dudarlo, hacerle retractar de su folleto sobre la *Organizacion del trabajo*, y reformar todas sus ideas sobre la autoridad y el gobierno. Bajo este punto de vista, la *Historia de la Revolucion francesa*, por Blanc, será un trabajo verdaderamente original y útil.

Todas, absolutamente todas las sectas socialistas, participan de la misma preocupacion: inspiradas todas sin saberlo por la contradiccion económica, vienen á confesar su impotencia ante la necesidad del



capital, y esperan todas para realizar sus ideas á que tengan en sus manos el poder y el dinero. Las utopías del socialismo en lo que á la asociacion se refiere, hacen resaltar más que nunca la verdad de lo que al principio dijimos: *Nada hay en el socialismo que no se encuentre en la economía política*; y ese perpétuo plagio es la irrevocable condenacion de entrambos. En ninguna parte se ve asomar esa idea madre que resalta con tanto brillo de la generacion de las categorías económicas: la de que la fórmula superior de la asociacion no tiene que ocuparse para nada del capital, objeto de las cuentas de los particulares, y si versar tan sólo sobre el equilibrio de la produccion, las condiciones del cambio y la reduccion progresiva de los precios de coste, sola y única fuente del progreso de la riqueza. En vez de determinar las relaciones de industria á industria, de trabajador á trabajador, de provincia á provincia y de pueblo á pueblo, los socialistas no piensan sino en proveerse de capitales, concibiendo siempre el problema de la solidariedad de los trabajadores como si se tratara de fundar una nueva casa de monopolio. El mundo, la humanidad, los capitales, la industria, la práctica de los negocios, existen: no se trata ya sino de buscar su filosofía, ó en otros términos, de organizarlos; ¡y los socialistas buscan capitales! Estando siempre fuera de la realidad, ¿qué extraño es que la realidad les falte?

Así el Sr. Blanc pide la comaudita del Estado y la creacion de talleres nacionales; así Fourier pedia seis millones, y su escuela trabaja aún hoy por reunir esta suma; así los comunistas esperan una revolucion que les dé la autoridad y el tesoro, y agotan entre tanto sus fuerzas en suscripciones inútiles. El capital y el poder, órganos secundarios en la sociedad, son siempre los dioses que el socialismo adora:

si el capital y el poder no existieran, él los inventaría. Gracias á sus preocupaciones de poder y de capital, el socialismo ha desconocido completamente el sentido de sus propias protestas: es más, no ha advertido que, metiéndose como se metia en la rutina económica, se privaba hasta del derecho de protestar. Acusa de antagonismo á la sociedad, y por ese antagonismo se promete llegar á la reforma. Pide capitales para los pobres trabajadores, como si la miseria de los trabajadores no proviniese de la concurrencia de los capitales entre sí, y tambien de la oposicion ficticia entre el capital y el trabajo; como si la cuestion no fuese hoy precisamente lo que era ántes de la creacion de los capitales, es decir, ahora y siempre una cuestion de equilibrio; como si por fin, repitámoslo incesantemente, repitámoslo hasta la saciedad, se tratase ya de otra cosa que de una síntesis de todos los principios emitidos por la civilizacion, y en el caso de que fuese conocida esa síntesis, esa idea que dirige el mundo, hubiera necesidad de la intervencion del capital ni del Estado para evidenciarla.

El socialismo, abandonando la crítica para entregarse á la declamacion y á la utopia, y mezclándose en las intrigas políticas y religiosas, ha faltado á su mision y desconocido el carácter del siglo. La revolucion de 1830 nos habia desmoralizado; el socialismo nos afemina. Como la economía política, cuyas contradicciones no hace más que repetir fastidiosamente, no puede satisfacer el movimiento de las inteligencias: no es ya entre los que subyuga, sino una nueva preocupacion por destruir, ni entre los que lo propagan, sino un charlatanismo por desmascarar, charlatanismo tanto más peligroso, cuanto que es casi siempre de buena fe.



## CAPÍTULO VII

## QUINTA ÉPOCA.—LA POLICÍA Ó LAS CONTRIBUCIONES

La humanidad, al ir sentando sucesivamente sus principios como si obedeciese á una orden suprema, no retrocede nunca. Parecida al viajero que por oblicuas tortuosidades sube del profundo valle á la cumbre del monte, sigue intrépidamente su angustioso camino y va á su objeto con paso seguro sin arrepentirse ni detenerse. Al llegar al ángulo del monopolio dirige hácia atrás una mirada melancólica, y reflexionando hondamente, dice para sí misma:

«El monopolio lo ha quitado todo al pobre mercenario; pan, vestido, hogar, educacion, libertad y seguridad. Pondré á contribucion el monopolio, y sólo á este precio le conservaré su privilegio.

«La tierra y las minas, los bosques y las aguas, patrimonio primitivo del hombre, son frutos vedados para el proletario. Intervendré en su explotacion, tendré una parte en los productos, y será respetado el monopolio de la tierra.

«La industria se ha feudalizado; pero yo soy el soberano. Los señores me pagarán tributo, y conservarán el beneficio de sus capitales.

«El comercio exige del consumidor beneficios usurarios. Sembraré de peajes su camino, sellaré sus pagarés y sus letras, visaré sus envíos y dejaré que pase.

«El capital ha vencido el trabajo con la inteligencia. Voy á abrir escuelas, y el trabajador, instruido á su vez, podrá á su vez ser capitalista.

«Falta circulacion para los productos, y la vida social está comprimida. Construiré caminos, puentes, canales, mercados, teatros y templos; y esto constituirá á la vez un trabajo, una riqueza, un medio de poner en circulacion los productos.

«Vive el rico en la abundancia, mientras llora el obrero de hambre. Estableceré contribuciones sobre el pan, el vino, la carne, la sal y la miel, sobre los artículos de necesidad y los objetos de lujo; y será esto una limosna para mis pobres.

«Y crearé guardas para las aguas, los bosques, los campos, las minas y los caminos; enviaré recandadores para las contribuciones, y preceptores para la infancia; tendré un ejército contra los refractarios, tribunales para juzgarlos, cárceles para castigarlos, y sacerdotes que los maldigan. Y todos esos empleos serán conferidos á proletarios y pagados por los hombres del monopolio.

«Tal es mi voluntad eficaz y cierta.»

Debemos ahora probar que la sociedad no podia ni pensar mejor ni obrar peor; lo cual será objeto de una revista que, así lo espero, arrojará sobre el problema social una luz completamente nueva.

Toda medida de policia general, todo reglamento de administracion y de comercio, del mismo modo que toda ley tributaria, no es en el fondo sino uno de los innumerables artículos de esa antigua transaccion siempre violada y siempre reanudada entre los patricios y los proletarios. Importa poco que las partes ó sus representantes lo hayan ignorado, y hasta hayan considerado frecuentemente sus constituciones políticas bajo un punto de vista enteramente distinto: no es al hombre, legislador ó príncipe, á quien preguntamos el sentido de sus actos, sino á los actos mismos.



§ I. Idea sintética de la contribucion.— Punto de partida y desarrollo de esta idea.

A fin de hacer más inteligible lo que voy á decir, empezaré, invirtiendo en cierto modo el método que hasta aquí hemos seguido; por exponer la teoría superior de la contribucion; daré luego su génesis; manifestaré la contradicción que encierra y los resultados que produce. La idea sintética de la contribucion, así como su concepcion primitiva, daría materia á explicaciones vastísimas. Me limitaré á enunciar proposiciones é indicar sumariamente sus pruebas.

La contribucion en su esencia y en su positivo destino es la forma de reparticion de esa especie de funcionarios que Adam Smith clasificó bajo el nombre de *improductivos*, bien que conviniendo tanto como cualquier otro en la utilidad y hasta en la necesidad social de su trabajo. Por esta palabra *improductivos*, Adam Smith, cuyo genio lo entrevió todo y lo dejó todo por hacer, queria decir que el producto de esos trabajadores era no *nulo*, sino *negativo*, lo cual es muy distinto; y por consecuencia, que el reparto no se verifica, respecto de ellos, en la misma forma que el cambio.

Veamos, efectivamente, lo que sucede bajo el punto de vista de la distribucion en las cuatro grandes divisiones del trabajo colectivo: *extraccion, industria, comercio, agricultura*. Cada productor lleva al mercado un producto real, cuya cantidad puede medirse, cuya calidad apreciarse, cuyo precio discutirse, y cuyo valor, por fin, descontarse en otros servicios ó mercancías, ó bien en numerario. Para todas estas industrias, la distribucion no es otra cosa

que el cambio mútuo de los productos, segun la ley de proporcionalidad de los valores.

Nada parecido ocurre con los funcionarios llamados *públicos*. Obtienen éstos su derecho á la subsistencia, no por la produccion de cosas realmente útiles, sino por la improductividad en que sin culpa suya se les retiene. Para ellos, la ley de proporcionalidad es inversa: mientras se forma y crece la riqueza social en razon directa de la cantidad, variedad y proporcion de los productos efectivos dados por las cuatro grandes categorías industriales, el desarrollo de esta misma riqueza y el perfeccionamiento del orden social suponen por lo contrario, respecto del personal administrativo, una reduccion progresiva é indefinida. Los funcionarios del Estado son, pues, verdaderamente improductivos. En esto, J. B. Say pensaba como A. Smith, y todo lo que ha escrito acerca de esto para corregir á su maestro y se ha cometido la torpeza de contar entre sus títulos de gloria, procede únicamente, como es fácil de ver, de una mala inteligencia. El salario de los empleados del gobierno constituye, en una palabra, para la sociedad un *déficit*, y debe hallar su asiento en la cuenta de las *pérdidas* que la organizacion industrial debe tener por objeto ir incesantemente disminuyendo: ¿qué otra calificacion merecen despues de esto los hombres del poder, sino la de Adam Smith?

Tenemos aquí, pues, una categoría de servicios, que, no dando productos reales, no pueden saldarse de ningun modo en la forma ordinaria, servicios que no caen bajo la ley del cambio ni pueden llegar á ser el objeto de una especulacion particular, ni de concurrencia, ni de comandita alguna, ni de ninguna clase de comercio; servicios que se consideran en el fondo como prestados gratuitamente por todo el mundo, pero que como han sido confiados en vir-



tud de la ley de la division del trabajo á un pequeño número de hombres especiales que están á ellos exclusivamente consagrados, no pueden menos de ser por consiguiente retribuidos. La historia nos suministra este dato general. El ingenio humano, que ensaya para cada uno de sus problemas todas las soluciones posibles, ha tratado de someter á la ley del cambio las funciones públicas: durante mucho tiempo los magistrados en Francia, del mismo modo que los notarios, etc., vivian de lo que hacian. Pero la experiencia ha demostrado que esa forma de distribucion empleada con los improductivos era demasiado costosa y estaba sujeta á demasiados inconvenientes, razon por la cual se la ha debido abandonar.

La organizacion de los servicios improductivos contribuye al bienestar general de muchas maneras: primero, librando á los productores del cuidado de la cosa pública, de la cual deberian todos participar y ser por consecuencia más ó menos esclavos; en segundo lugar, creando en la sociedad una centralizacion artificial, imágen y preludio de la futura solidaridad de las industrias; y por fin, dando el primer ensayo de equilibrio y de disciplina.

Así reconocemos, con J. B. Say, la utilidad de los magistrados y demás agentes de la autoridad pública; pero sosteniendo que esta utilidad es toda negativa, y manteniendo, por consecuencia, el título de improductivos que ha dado A. Smith á sus autores, no con ánimo de ajarlos, sino porque no pueden ser efectivamente clasificados en el rango de los productores. « La contribucion, dice muy bien un economista de la escuela de Say, el Sr. D. J. Garnier, es una *privacion* que conviene tratar de disminuir lo más posible hasta el nivel de las necesidades de la sociedad. » Si el escritor que cito ha reflexionado sobre el sentido de sus palabras, habrá visto que la palabra

*privacion* de que se sirve es sinónima de no *produccion*, y son por consecuencia verdaderamente *improductivas* las personas en cuyo beneficio se recauda la contribucion.

Insisto en esta definicion, que me parece tanto menos atacable, cuanto que si hay aún disputas sobre la palabra, está todo el mundo de acuerdo sobre la cosa, porque contiene el gérmen de la más grande revolucion que se ha de verificar en el mundo: hablo de la subordinacion de las funciones improductivas á las productivas; en una palabra, de la sumision real y verdadera, siempre pedida y jamás alcanzada, de la autoridad á los ciudadanos.

Es una consecuencia del desarrollo de las contradicciones económicas, que el órden en la sociedad empiece por manifestarse como al revés, y lo que debería estar arriba esté abajo, lo que debería estar de relieve parezca grabado en hueco, y lo que debería estar en plena luz esté en la sombra. Así el poder, que por esencia es, como el capital, el auxiliar y el subalterno del trabajo, es, merced al antagonismo de la sociedad, el espía, el juez y el tirano de las funciones productivas. Es príncipe y soberano, cuando su inferioridad originaria le impone la obediencia.

En todos tiempos las clases trabajadoras han buscado contra la casta oficial la solucion de esa antinomia cuya clave podia dar tan sólo la economía política. Las oscilaciones, es decir, las agitaciones políticas que resultan de la lucha del trabajo contra el poder, producen, ya una depresion de la fuerza central, que compromete hasta la existencia de la sociedad, ya una exageracion fuera de toda medida de esa misma fuerza, que engendra el despotismo. Luego los privilegios del mando y los infinitos goces que procura á la ambicion y al orgullo hacen



las funciones improductivas objeto de la codicia general y son causa de que penetre una nueva levadura de discordia en la sociedad, que dividida ya por una parte en capitalistas y asalariados, y por otra en productores é improductivos, se divide de nuevo respecto al poder en monárquicos y demócratas. Los conflictos entre la monarquía y la república podrian darnos materia para el más maravilloso é interesante de los episodios. No nos permiten excursion tan larga los límites de esta obra; así que, despues de haber señalado esa nueva ramificacion de la vasta red de las aberraciones humanas, nos concretaremos exclusivamente á hablar del impuesto dentro del terreno económico.

Tal es en su más sucinta exposicion la teoría sintética del impuesto, ó sea, si me es lícito usar de esta comparacion familiar, de esa quinta rueda de la humanidad que tanto ruido mete, y se llama en estilo gubernativo el Estado.—El Estado, la policía ó su medio de existencia, la contribucion, es, lo repito, el nombre oficial de la clase designada en economía política por el nombre de improductivos, ó en una palabra, el de la domesticidad social.

Pero la razon pública no llega de un salto á esa sencilla idea que ha de permanecer durante siglos en el estado de una concepcion de las más trascendentales. Para que la civilizacion salve una cumbre tal, es indispensable que pase por espantosas borrascas y revoluciones sin número, en cada una de las cuales no se diría sino que renueva sus fuerzas en un baño de sangre. Y cuando por fin, representada la produccion por el capital, parece haber llegado el momento de que subalterne del todo el órgano improductivo, el Estado; la sociedad se levanta indignada, el trabajo llora de verse libre, la democracia se estremece asustada del rebajamiento del poder; la justi-

cia califica el hecho de escándalo, y los oráculos todos de los dioses que se van, exclaman con terror que ha penetrado en el *sancta sanctorum* la abominacion de la desolacion y ha venido el fin de los tiempos. ¡Tan cierto es que la humanidad no quiere nunca lo que busca, ni se puede realizar el menor progreso sin que se apodere de los pueblos el terror pánico!

¿Cuál es, pues, en esta evolucion el punto de partida de la sociedad, y por qué rodeos llega á la reforma política, es decir, á la economía en los gastos, á la igualdad de reparto en las contribuciones, y á la subordinacion del poder á la industria? Vamos á decirlo en pocas palabras, reservándonos para despues más amplias explicaciones.

La idea originaria de la contribucion es la de un RESCATE.

Así como por la ley de Moisés todo recién nacido se consideraba que pertenecía á Jehovah, y debia ser rescatado por una ofrenda; así la contribucion se presenta en todas partes bajo la forma de un diezmo ó de un derecho fiscal, por el que el propietario rescata todos los años del soberano el beneficio de explotacion que de él y sólo de él se supone haber recibido. Esta teoría de la contribucion no es por lo demás sino uno de los artículos particulares de lo que se llama contrato social. ®

Los antiguos y los modernos están todos de acuerdo, en términos más ó menos explícitos, en presentar el estado jurídico de las sociedades como una reaccion de la debilidad contra la fuerza. Domina esta idea en todas las obras de Platon, principalmente en el Gorgias, donde sostiene con más sutileza que lógica la causa de las leyes contra la violencia, es decir, la arbitrariedad legislativa contra la arbitrariedad aristocrática y guerrera. En esta escabrosa



disputa, donde se dan por ambas partes razones de igual evidencia, Platon no hace más que formular la opinion de toda la antigüedad. Mucho tiempo ántes que él, Moisés habia levantado una valla contra las invenciones de la fuerza, haciendo un reparto de tierras, declarando inenajenables los patrimonios, y ordenando para cada cincuenta años una liberacion general y sin reembolso de todas las hipotecas. Toda la Biblia es un himno á la JUSTICIA, es decir, segun el estilo hebreo, á la caridad, á la mansedumbre del poderoso para con el débil, á la voluntaria renuncia al privilegio de la fuerza. Solon, empezando su tarea legislativa por una abolicion general de deudas, y creando derechos y reservas, es decir, barreras que impidiesen crearlas de nuevo, no fué ménos reaccionario. Licurgo fué más léjos: prohibió la propiedad individual y se esforzó en absorber al hombre en el Estado, anonadando la libertad para mejor conservar el equilibrio. Hobbes, haciendo, y con razon, derivar las leyes del estado de guerra, llegó por otro camino á constituir la igualdad sobre una excepcion, el despotismo. Su libro, tan calumniado, no es más que un desarrollo de esta famosa antítesis. La Constitucion de 1830, consagrando la insurreccion hecha en 1789 por los pecheros contra los nobles, y decretando la igualdad abstracta de las personas ante la ley, á pesar de la desigualdad real de las fuerzas y de los talentos, que constituye el verdadero fondo del sistema social hoy en vigor, no es aún más que una protesta de la sociedad en favor del pobre contra el rico, del pequeño contra el grande. Todas las leyes del género humano sobre la venta, la compra, el arrendamiento, la propiedad, el préstamo, la hipoteca, la prescripcion, las sucesiones, las donaciones, los testamentos, el dote de la mujer, la menor edad, la tutela, etc., etc., son verdaderas vallas levantadas por

la arbitrariedad jurídica contra la de la fuerza. El respeto á los contratos, el cumplimiento de la palabra dada, la religion del juramento son las ficciones, las trabas, como decia excelentemente el famoso Lisandro, con que la sociedad engaña á los fuertes y los unce bajo el yugo.

La contribucion pertenece á esa familia de instituciones preventivas, coercitivas, represivas y vindicativas, que A. Smith designaba bajo el nombre genérico de policia, y no es, como he dicho, en su concepcion primitiva sino la reaccion de la debilidad contra la fuerza. Independientemente de las pruebas históricas que abundan y dejaremos á un lado para atenernos exclusivamente á la prueba económica, esto es lo que resulta de la division natural que de las contribuciones se ha hecho.

Todas las contribuciones se dividen en dos grandes categorías: contribuciones de *reparto previo* ó de privilegio, que son las establecidas desde más antiguo; contribuciones de consumo ó *de parte alicuota*, que asimilándose á las primeras, tienden á igualar entre todos las cargas públicas.

La primera especie de contribuciones, que comprende en Francia la contribucion territorial, la de puertas y ventanas, la personal, la de los bienes muebles y la de inquilinatos, las patentes y licencias, los derechos de hipoteca, las alcabalas, las prestaciones en especie y los privilegios, es la renta que el soberano se reserva sobre todos los monopolios que concede ó tolera; es, como hemos dicho, la indemnizacion del pobre, el pase otorgado á la propiedad. Tal ha sido la forma y el espíritu de la contribucion en todas las antiguas monarquías: el feudalismo ha sido, por decirlo así, el bello ideal del género. Bajo este régimen, la contribucion no es más que un *tri-*



*buto* pagado por el poseedor al propietario ó comendatario universal, el rey.

Cuando más tarde, por el desarrollo natural del derecho público, la monarquía, forma patriarcal de la soberanía, se empieza á impregnar de espíritu democrático, el impuesto pasa á ser una *cotizacion* que todo censatario debe á la cosa pública, y en vez de caer en las manos del príncipe, pasa al Tesoro del Estado. En esta evolucion, queda intacto el principio del impuesto: no se trasforma aún la institucion, no hay más que una sustitucion del soberano real al soberano figurado. Éntre la contribucion en el peculio del príncipe, ó sirva para el pago de una deuda comun, no es nunca más que una reivindicacion de la sociedad contra el privilegio: sin esto sería imposible explicar por qué está establecida la contribucion en razon proporcional de las fortunas.

« Que contribuya todo el mundo á los gastos públicos, nada más justo; mas ¿por qué habia de pagar el rico más que el pobre?—Es justo, se contesta, puesto que posee más; á la verdad confieso que no comprendo esta justicia. Una de dos: ó la contribucion proporcional garantiza un privilegio en favor de los fuertes contribuyentes, ó es una iniquidad. Porque si la propiedad es de derecho natural, como dice la Declaracion del 93, todo lo que me pertenece en virtud de este derecho, es tan sagrado como mi persona: es mi sangre, es mi vida, soy yo mismo; cualquiera que ponga en ello la mano, toca la pupila de mis ojos. Mis 100.000 francos de renta son tan inviolables como el salario de 75 céntimos de la costurera; mi rica estancia, como su buhardilla. La contribucion no está repartida en razon de la fuerza física, de la talla ni del talento: no puede serlo tampoco en razon de la propiedad. » (*¿Qué es la propiedad?* Cap. II.)

Estas observaciones son tanto más justas, cuanto que ha pasado ya por su período de aplicacion el principio que tienen por objeto oponer al del reparto proporcional. La contribucion proporcional es posterior de mucho al pleito-homenaje, que consistia, no en una renta real, sino en una demostracion oficiosa.

La segunda clase de contribuciones comprende en general todas las que por una especie de antifrasis vienen designadas con el nombre de contribuciones *indirectas*, bebidas, sales, tabacos, aduanas; en una palabra, todos los tributos que afectan *directamente* la única cosa que debe ser impuesta, el producto. El principio de esta clase de contribuciones, cuyo nombre es un verdadero contrasentido, está indispuntablemente más fundado en teoría, y es de una tendencia más equitativa que la anterior; así, á pesar de la opinion de la multitud, que se engaña siempre tanto sobre lo que le es útil como sobre lo que le es perjudicial, no vacilo en decir que estas contribuciones son las únicas normales, dejadas aparte su distribucion y su recaudacion, en las que no tengo para qué ocuparme.

Porque si es cierto, como hemos explicado hace poco, que la verdadera naturaleza de la contribucion está en pagar, bajo una forma particular de salario, ciertos servicios que se sustraen á la forma habitual del cambio, se sigue de ahí que todos los productores, en cuanto á su uso personal, gozando igualmente de esos servicios, deben contribuir al pago del sueldo por partes iguales. La cuota para cada uno será, pues, una fraccion de su producto cambiante, ó en otros términos, una retencion sobre los valores entregados por él al consumo. Pero bajo el régimen del monopolio y con la contribucion territorial, el fisco ataca el producto ántes de haber entrado en la circu-



lacion, y hasta ántes de ser producto; circunstancia que hace entrar el importe del tributo en los gastos de produccion, y lo hace pesar sobre el consumidor, dejando libre del pago al monopolio.

Sea lo que quiera de la significacion del impuesto de reparto prévio y del de parte alicuota, lo positivo y lo que nos importa principalmente saber, es que con establecer la regla de proporcion en el pago de las contribuciones, se ha propuesto el Poder que contribuyan los ciudadanos á las cargas públicas, no segun el viejo principio feudal, por medio de la capitacion, cosa que implicaria la idea de una cotizacion calculada en razon del número de los contribuyentes y no del de sus bienes, sino á prorata de los capitales; lo cual supone que los capitales dependen de una autoridad superior á los capitalistas. Todo el mundo espontáneamente y de comun acuerdo encuentra justo semejante reparto; todo el mundo cree, por lo tanto, espontáneamente y de comun acuerdo, que el impuesto es un recobro hecho por la sociedad, una especie de redencion del monopolio. Es esto ostensible, sobre todo en Inglaterra, donde por una ley especial los propietarios de la tierra y los fabricantes pagan á prorata de sus rentas una contribucion de 200 millones, bajo el nombre de contribucion de los pobres.

El objeto práctico y reconocido de la contribucion es, en dos palabras, ejercer sobre el rico en provecho del pobre el recobro de una suma proporcionada al capital.

Ahora bien, la análisis y los hechos demuestran:

Que la contribucion distributiva, la contribucion del monopolio, en lugar de ser pagada por los que poseen, lo es casi integramente por los que no poseen;

Que la contribucion de parte alicuota, separando al productor del consumidor, gravita únicamente

sobre el último, y no exige del capitalista sino la parte que tendria que pagar si las fortunas fuesen absolutamente iguales;

Por fin, que el ejército, los tribunales, la policia, las escuelas, los hospitales, los hospicios, las casas de correccion y de refugio, los empleos públicos, la religion misma, todo lo que crea la sociedad para la defensa, emancipacion y consuelo del proletario, que por de pronto est pagado y sostenido por el proletario mismo, se vuelve en seguida contra el proletario, ó es cuando ménos para él cosa perdida; de suerte que el proletariado, que en un principio no trabajaba sino por la casta que le devora, la de los capitalistas, ha de trabajar además por la que le azota, la de los improductivos.

Estos hechos son ya tan conocidos, y los economistas, debo hacerles esta justicia, los han expuesto con tanta evidencia, que me abstendr de repetir ni de completar sus demostraciones, que no hay por otra parte quien contradiga. Lo que yo me propongo poner en claro, y no han comprendido á mi parecer suficientemente los economistas, es que las condiciones que crea para el trabajador esa nueva fase de la economia política, no es susceptible de mejora alguna; que exceptuando el caso en que la organizacion industrial, y por consecuencia la reforma política, trajese consigo la igualdad de fortunas, es inherente el mal á las instituciones de policia como la idea de caridad que les ha dado origen; por fin, que el ESTADO, cualquiera que sea la forma que tome, aristocrática ó teocrática, monárquica ó republicana, mientras no sea el órgano obediente y sumiso de una sociedad de iguales, será para el pueblo un inevitable infierno, estaba casi por decir que una condenacion legítima.



## § II.— Antinomia de la contribucion.

Oigo algunas veces á los partidarios del *statu quo* decir que hoy por hoy gozamos de bastante libertad, y que á despecho de las declamaciones contra el actual orden de cosas, estamos muy por debajo de nuestras instituciones. Por lo ménos, en lo que á la contribucion se refiere, soy del parecer de esos optimistas.

Segun la teoría que acabamos de presentar, el impuesto es la reaccion de la sociedad contra el monopolio. Sobre este punto hay unanimidad de opiniones: pueblo y legislador, economistas, periodistas y zarzuelistas, traduciendo cada cual en su lenguaje el pensamiento social, dicen á porfía que la contribucion debe pesar sobre los ricos, afectar lo supérfluo y los objetos de lujo, y dejar libres y francos los de primera necesidad. Se ha hecho, en breves palabras, del impuesto una especie de privilegio para los privilegiados; idea mala, puesto que es reconocer de hecho la legitimidad del privilegio, el cual no vale nunca nada, cualquiera que sea la forma bajo la cual se le presente. El pueblo no podia ménos de llevar su castigo por tan egoísta inconsecuencia: la Providencia llenó su mision.

Desde el punto en que se consideró el impuesto como una reivindicacion, se le hubo de establecer en proporcion á las facultades de cada uno, ya recayese sobre el capital, ya afectase más especialmente la renta. No puedo ahora ménos de hacer observar, que siendo el reparto del impuesto á prorrata precisamente el que se debería adoptar en un país donde fuesen iguales todas las fortunas, salvo las diferencias de reparto y cobro, el fisco es de lo más liberal de nuestra sociedades, y nuestras cos-

tumbres están efectivamente sobre este punto muy por debajo de nuestras instituciones. Pero como con los malos no pueden ménos de ser detestables las mejores cosas, vamos á ver la contribucion igualitaria aplastando al pueblo, precisamente porque el pueblo no está á su altura.

Supongo que la renta bruta de Francia sea, para cada familia compuesta de cuatro personas, de 1.000 francos, cifra todavía un poco más alta que la del Sr. Chevalier, que no ha encontrado sino 63 céntimos por dia y por cabeza, ó sea 919 francos 80 céntimos por familia. Siendo hoy la contribucion de más de 1.000 millones, cerca del octavo de la renta total, á razon de 1.000 francos por familia, debería cada una pagar 125 francos.

Segun esto, una renta de 2.000 francos debería pagar 250; una de 3.000 francos 375; una de 4.000 francos 500, etc., etc. La proporcion es rigorosa y matemáticamente intachable; el fisco está seguro por medio de la aritmética de no perder un céntimo.

Respecto, empero, de los contribuyentes, el negocio cambia totalmente de aspecto. La contribucion, que segun la idea del legislador debería ser proporcional á la fortuna, es por lo contrario progresiva en el sentido de la miseria; de suerte que cuanto más pobre es el ciudadano, más paga. Voy á procurar hacer esto palpable con algunas cifras.

Por la contribucion proporcional debe al fisco:

una renta de	1.000	2.000	3.000	4.000	5.000	6.000	frs. etc.
una contribucion de	125	250	375	500	625	750	

La contribucion parece por lo tanto crecer, segun esta serie, en proporcion á la renta.

Pero si se considera que cada suma de renta se compone de 365 unidades, cada una de las cuales representa la renta diaria del contribuyente, no se en-



contrará ya que sea proporcional el impuesto, sólo si que es igual. En efecto, si sobre una renta de 1.000 francos impone el Estado 125, es como si quitase á la familia impuesta 45 jornales ó dias de subsistencia; y 45 dias de renta ó de sueldo, representan tambien para cada contribuyente las cuotas de 250, 375, 500, 625 y 750 francos, correspondientes á rentas de 2.000, 3.000, 4.000, 5.000 y 6.000 francos.

Diré ahora que esta igualdad de la contribucion resulta ser una desigualdad monstruosa, y que es una extraña ilusion creer que por ser más considerable la renta diaria, la contribucion á que sirve de base es más fuerte. Traslademos ahora nuestro punto de vista de la renta personal á la renta colectiva.

Abandonando la riqueza social, por efecto del monopolio, á la clase trabajadora, para concentrarse en los capitalistas, la contribucion ha tenido por objeto moderar ese cambio de manos y resistir á la usurpacion, recobrando de cada privilegiado una cantidad proporcional. Pero ¿proporcional á qué? A lo que ha recibido cada cual de exceso, y no á la fraccion del capital social que sus rendimientos representan. Ahora bien, ha faltado la contribucion á su objeto y se ha hecho escarnio de la ley, cuando el fisco en vez de tomar su octavo donde el octavo existe, lo toma precisamente de aquellos á quienes deberia restituirlo. Haré esto palpable con otra operacion aritmética.

Supongamos que la renta de Francia sea de 68 céntimos por dia y por persona; el padre de familia que ya por razon de salario, ya como renta de sus capitales, perciba 1.000 francos por año, recibe cuatro partes de la renta nacional; el que 2.000, ocho; el que 4.000, diez y seis, etc. Síguese de ahí, que el obrero que sobre una renta de 1.000 paga al fisco 125, dá al órden público un octavo de su renta y de la sub-

sistencia de su familia; al paso que el rentista que sobre una renta de 6.000 francos, no paga sino 750, realiza un beneficio de diez y siete partes sobre la renta colectiva; ó en otros términos, gana con el impuesto 425 por 100.

Reproduzcamos la misma verdad bajo otra forma.

Cuéntanse hoy en Francia cerca de 200.000 electores. Ignoro cuál es la suma de contribuciones que esos 200.000 electores pagan; pero no creo estar léjos de la verdad, suponiendo que paga cada uno, por término medio, 300 francos, y por lo tanto, entre todos 60 millones, á los cuales añadiremos una cuarta parte de más por su parte de contribuciones indirectas, ó sea para todos 75 millones, y para cada uno 75 francos (suponiendo la familia de cada elector compuesta de cinco personas), que es lo que paga la clase electoral al Estado. Siendo el presupuesto, segun el *Anuario Económico* de 1845, de 1.106 millones, quedan 1.031 millones, ó lo que es lo mismo, para cada ciudadano no elector 31 francos 30 céntimos, dos quintas partes de la contribucion pagada por la clase rica. Ahora bien, para que esta proporcion fuese equitativa, seria preciso que el término medio del bienestar de la clase no electoral fuese los dos quintos del término medio del bienestar de la clase de los electores, lo cual no es cierto ni con mucho, pues faltan para ello más de las tres cuartas partes.

Parecerá, empero, aún más chocante esta falta de proporcion, si se reflexiona que el cálculo que acabamos de hacer sobre la clase electoral es del todo erróneo, y hecho todo en favor de los censatarios.

En efecto, no se toman en cuenta para el goce del derecho electoral más contribuciones que: 1.º la territorial; 2.º la personal y la de bienes muebles; 3.º la de puertas y ventanas; 4.º la de patentes. Ahora bien, á excepcion de la personal y mobiliaria, que varía



poco, pagan los consumidores las demás contribuciones, y otro tanto sucede con todos los impuestos indirectos, de los que los poseedores de capitales se hacen reembolsar por los consumidores, salvos los derechos de hipoteca que afectan directamente al propietario, y ascienden á 150 millones. Suponiendo ahora que la propiedad electoral figure en esta última suma por una sexta parte, que es mucho suponer; como los 409 millones de los impuestos indirectos dan 12 francos por cabeza, y los 547 millones de impuestos directos 16; el término medio de la contribucion pagada por cada elector que tenga una familia compuesta de cinco personas, será de 265 francos, mientras que el de la pagada por el obrero, que no tiene más que sus brazos para su subsistencia y la de su mujer y sus hijos, será de 112. — En términos más generales, el término medio de contribucion por cabeza será en la clase superior de 53 francos, y en la inferior de 28. Sobre lo cual repito mi pregunta: El bienestar ¿es del censo electoral abajo la mitad acaso de lo que es del censo electoral arriba?

Sucede con la contribucion lo que con las publicaciones periódicas, que cuestan en realidad tanto más, cuanto menos frecuentemente se publican. Un periódico diario cuesta 40 francos, uno semanal 10, otro mensual 4. Suponiendo iguales sus demás condiciones, los precios de suscripcion de esos periódicos son entre sí como los números 40, 70 y 120, creciendo como crece el precio á medida que son más raras las publicaciones. Tal es precisamente la marcha del impuesto: es una suscripcion que paga cada ciudadano en cambio del derecho de trabajar y de vivir. El que usa de este derecho lo menos posible, paga más; el que usa de él un poco más, paga menos; el que usa de él mucho, paga poco.

Los economistas, sobre este punto, están general-

mente de acuerdo. Han atacado el impuesto proporcional, no sólo en su principio, sino tambien en su aplicacion; han puesto de relieve sus anomalías, procedentes casi todas de que no está nunca fija la relacion del capital con el interés, ó de la superficie cultivada con la renta.

«Supongamos una contribucion de un décimo sobre la renta de las tierras, y supongamos tambien tierras de diferentes calidades que produzcan, la primera 8 francos de trigo; la segunda 6; la tercera 5: la contribucion será de la octava parte de la renta para la tierra más fecunda; de la sexta para la que lo es menos; de la quinta, finalmente, para la más pobre. ¿No estará así establecida la contribucion al revés de lo que debería estar? — En lugar de tierras, podemos suponer otros instrumentos de produccion, y comparar capitales del mismo valor ó cantidades de trabajo del mismo orden aplicadas á ramos de industria de productividad diferente: la conclusion será siempre la misma. Hay injusticia en pedir 10 francos lo mismo al obrero que gana 1.000 francos, que al artista ó al médico que se hace 60.000 francos de renta.» (J. GARNIER. *Principios de Economía Política.*)

Estas reflexiones son muy justas, aunque si bien se mira, no recaen sino sobre la manera de recaudar ó repartir las contribuciones, y no afectan el principio mismo del impuesto. Porque suponiendo hecho el reparto sobre la renta, en vez de serlo sobre el capital, tenemos siempre que el impuesto, que debería ser proporcional á las fortunas, pesa sobre los consumidores.

Los economistas no se han parado en barras: han reconocido en alta voz que la contribucion proporcional es inícuca.

«No debe nunca, dice Say, imponerse contribucion



sobre lo necesario. » Es verdad que este autor no define lo que por lo necesario debe entenderse; pero podemos suplir esta omision. Lo necesario es lo que corresponde á cada individuo del producto total del país, hecha deducción de lo que por contribuciones deba pagarse. Así, para contar en números redondos, siendo la producción en Francia de 8.000 millones y la contribucion de 1.000 millones, lo diariamente necesario para el individuo son 56 céntimos y medio. No es imponible, según J. B. Say, sino lo que excede de este rendimiento; todo lo que esté por debajo de él debe ser sagrado para el fisco.

Esto dice el mismo autor en otros términos cuando escribe: « La contribucion proporcional no es equitativa. » Adam Smith habia ya dicho antes que él: « No es nada irracional que el rico contribuya á las cargas públicas, no sólo á proporcion de su renta, sino tambien por algo más. » — « Diré más, añade Say; no vacilaré en afirmar que no hay equidad sino en la contribucion progresiva. » — Y el Sr. Garnier, último compendiador de los economistas, ha dicho: « Las reformas deben tender al establecimiento de una igualdad, si puedo decirlo así, progresional, mucho más justa y mucho más equitativa que la pretendida igualdad del impuesto, que no es más que una desigualdad monstruosa. »

Así, según la opinion general y el testimonio de los economistas, dos cosas están demostradas: primera, que en su principio el impuesto es una reaccion contra el monopolio y va dirigido contra el rico; y luego, que en la práctica es infiel á su objeto, y cayendo de preferencia sobre el pobre, comete una verdadera injusticia; de tal suerte, que el legislador debe tender constantemente á repartirlo de una manera más equitativa.

Tenia necesidad de establecer sólidamente este

doble hecho antes de pasar á otras consideraciones: empiezo ahora mi crítica.

Los economistas, con ese carácter bondadoso de hombres honrados que heredaron de sus mayores, y hace aún hoy todo su elogio, no han advertido que la teoría progresional del impuesto que presentan á los gobiernos como el *non plus ultra* de una sábia y liberal administracion, es contradictoria en sus términos y está preñada de imposibilidades. Han acusado sucesivamente de la opresion del fisco la barbarie de los tiempos, la ignorancia de los príncipes, las preocupaciones de casta y la codicia de los tratantes; todo lo que en una palabra, según ellos, impedia la progresion de las contribuciones y era un obstáculo para la práctica sincera de la igualdad ante el presupuesto: no les ha pasado ni un solo instante por el pensamiento, que lo que pedian bajo el nombre de contribucion progresiva, era la inversion de todas las nociones económicas.

Así no han visto, por ejemplo, que la contribucion es progresiva por el mero hecho de ser proporcional, con la sola diferencia de estar aquí tomada la progresion al revés, pues va dirigida, como hemos dicho, no en el sentido de la mayor, sino en el de la menor fortuna. Si los economistas hubiesen tenido una idea clara de esa inversion, invariable en todos los países de impuestos, no habria dejado de atraer su atencion tan singular fenómeno: habrian indagado sus causas, y habrian terminado por descubrir que lo que tomaban por un accidente de la civilization, por un efecto de las inextricables dificultades del gobierno humano, era el producto de la contradiccion, inherente á toda la economía política.

1.º La contribucion progresiva aplicada, ya al capital, ya á la renta, es la negacion misma del monopolio, del que, como ha dicho el Sr. Rossi, está sem-



brado el camino de la economía social; de ese monopolio que es el verdadero estímulo de la industria, la esperanza del ahorro, el conservador y el padre de toda riqueza; de ese monopolio, del cual hemos podido decir al fin que la sociedad no puede existir con él, ni sin él existiría. Si mañana el impuesto pasara á ser de golpe lo que es indudable que debe ser, á saber, la contribucion proporcional (ó progresional, es lo mismo) de cada productor á las cargas públicas, estarían al punto confiscados en provecho del Estado rentas y beneficios, se vería despojado el trabajo del fruto de sus obras, reducido el individuo á la porcion cóngrua de 56 céntimos y medio; sería general la miseria, se disolvería el pacto entre el capital y el trabajo, y privada la sociedad de timon, retrocedería á los primeros tiempos.

Se dirá tal vez que es fácil impedir la aniquilación absoluta de los beneficios del capital, deteniendo en un momento cualquiera el efecto de la progresion.

Eclecticismo, justo medio, acomodamiento con el cielo ó con la moral: ¿se tendrá, pues, siempre la misma filosofía? Transacciones semejantes repugnan á la verdadera ciencia. Todo capital en juego debe volver á manos del productor bajo forma de intereses; todo trabajo debe dejar un sobrante; todo salario debe ser igual al producto. Bajo la égida de esas leyes la sociedad realiza incesantemente con la mayor variedad de producciones la mayor suma de bienestar posible. Estas leyes son absolutas: violarlas, es magullar, es mutilar la sociedad. Así el capital, que despues de todo no es más que trabajo acumulado, es inviolable. Però por otra parte, no es ménos imperiosa la tendencia á la igualdad: manifiéstase á cada fase económica con invencible autoridad y con creciente energía. Hay, por lo tanto, que satisfacer á la vez al trabajo y á la justicia: dar al primero garantías cada

vez más reales, y procurar la segunda sin concesiones ni ambigüedades.

En vez de esto, señores economistas, no saben ustedes más que sustituir sin cesar á sus teorías la voluntad del príncipe, detener el curso de las leyes económicas por medio de un poder arbitrario, y so pretexto de equidad, burlar igualmente al salario y al monopolio. Su libertad de ustedes no es más que una semi-libertad; su justicia no más que una semi-justicia; y su sabiduría toda consiste en esos medios términos, cuya iniquidad es siempre doble, puesto que no hacen justicia á las pretensiones de la una ni de la otra parte. No, no puede ser tal la ciencia que nos han prometido ustedes: descubriendo los secretos de la produccion y la distribucion de las riquezas, ha de resolver sin equívoco de ninguna clase las antinomias sociales. La doctrina semi-liberal de ustedes es el código del despotismo, y manifiesta en ustedes tanta impotencia para avanzar, como vergüenza para retroceder.

Si, ligada la sociedad por sus antecedentes económicos, no puede nunca volver el pié atrás; si hasta que llegue el dia de la ecuacion universal debe ser mantenido en su posesion el monopolio, no hay cambio alguno posible en la reparticion del impuesto: sólo hay aquí una contradicción, que, como otra cualquiera, debe ser llevada hasta sus últimos límites. Tengan, pues, ustedes el valor de sus opiniones: tengan ustedes respeto á la opulencia, y nada de misericordia para el pobre, que ha condenado el Dios del monopolio. Cuanto ménos tenga de qué vivir el mercenario, más es preciso que pague: *qui minus habet, etiam quod habet auferetur ab eo*. Esto es necesario, es fatal: va en ello la salvacion de la sociedad.

Probemos, con todo, de volver al revés la progre-



sion del impuesto, haciendo que en lugar de ser el trabajador, sea el capitalista el que más pague.

Observo, por de pronto, que con el sistema habitual de recaudacion, es un cambio tal de todo punto impracticable.

Si la contribucion carga, en efecto, sobre el capital explotable, figura por todo su importe entre los gastos de produccion; y entónces, una de dos: ó el producto, á pesar del aumento del valor venal, será comprado por el consumidor, y el productor quedará, por consiguiente, libre de la contribucion, ó bien ese producto parecerá demasiado caro; y en este caso el impuesto, como ha observado muy bien J. B. Say, obra á la manera de un diezmo impuesto sobre las semillas, é impide la produccion. Así, el derecho de hipotecas, si es muy subido, detiene la circulacion de los inmuebles, y hace ménos productivos los fundos, oponiéndose á que cambien de manos.

Si, por lo contrario, carga la contribucion sobre el producto, no es ya más que un impuesto de cuota que paga cada uno segun la importancia de su consumo, dejando libre al capitalista, que era precisamente á quien se proponia gravar.

Por otra parte, la suposicion de un impuesto progresivo es perfectamente absurda, bien esté basado sobre el capital, bien sobre el producto. ¿Cómo concebir que el mismo producto pague 10 por 100 en un comercio, y sólo 5 en otro? Como fundos ya gravados de hipotecas que todos los dias cambian de dueño; como un capital formado por comandita ó por la sola fortuna de un individuo, ¿han de ser discernidos por el catastro, é impuestos, no en razon de su valor ni de su renta, sino en razon de la fortuna ó de los beneficios presuntos del propietario?.....

Queda un último recurso, y es imponer el producto neto, cualquiera que sea la manera como se forme,

de cada contribuyente. Una renta de 1.000 francos pagaria, por ejemplo, 10 por 100; una de 2.000, 20 por 100; una de 3.000, 30 por 100, etc. Dejemos á un lado las mil y una dificultades y vejámenes que traería la formacion del empadronamiento, y supongamos la operacion tan fácil como se quiera. ¡Pues bien! este es precisamente el sistema que acuso de hipocresia, de contradiccion y de injusticia.

Digo, en primer lugar, que este sistema es hipócrita, porque á ménos de tomar del rico toda la renta que exceda del término medio del producto nacional por familia, lo que es inadmisibile, no se logra como se piensa llevar la progresion del impuesto por el lado de la riqueza; se cambia, cuando más, en razon proporcional. Así, la progresion actual del impuesto, siendo para las fortunas de 1.000 francos de renta *abajo*, como la de las cifras 10, 11, 12, 13, etc., y para las fortunas de 1.000 *arriba*, como la de los números 10, 9, 8, 7, etc., puesto que aumenta siempre el impuesto con la miseria, y mengua con la riqueza; si nos limitásemos á disminuir la contribucion indirecta que pesa principalmente sobre la clase pobre, y se impusiera en otro tanto la renta de la clase rica, la progresion no sería ya, es verdad, para la primera sino como la de los números 10, 10'25, 10'50, 10'75, 11, 11'25, etc., y para la segunda sino como 10, 9'75, 9'50, 9'25, 9, 8'75, etc. Pero esta progresion, aunque ménos rápida por ambos lados, no por esto dejaría de ir siempre en sentido inverso de la justicia. Esto es lo que hace que la contribucion llamada progresiva, capaz cuando más de alimentar el charlatanismo de los filántropos, no sea de ningun valor científico. Nada cambia por él en jurisprudencia fiscal: como dice el proverbio, para el pobre son siempre las cargas, y el rico es siempre el objeto de los cuidados del poder.



Añado que este sistema es contradictorio.

En efecto, *dar y retener no vale*, dicen los juriconsultos. ¿Por qué, pues, en vez de consagrar monopolios, cuyo único beneficio para los titulares sería perder al punto con la renta su disfrute, no decretar desde luego la ley agraria? ¿Por qué poner en la Constitución que cada cual goza libremente del fruto de su trabajo y de su industria, cuando de hecho ó por la tendencia de la contribucion no sería esto lícito sino hasta un dividendo de 56 céntimos y medio por día, cosa, es verdad, que no habria previsto la ley, pero que resultaria necesariamente del carácter progresivo del impuesto? El legislador, manteniéndonos en nuestros monopolios, ha querido favorecer la producción, mantener el fuego sagrado de la industria: ¿qué interés habríamos de tener luego en producir, si aún no estando asociados no produciríamos para nosotros mismos? ¿Cómo despues de habernos declarado libres, se nos han de imponer condiciones de venta, de arriendo y de cambio que anulen nuestra libertad?

Posee uno en títulos de la deuda pública 20.000 francos de renta. La contribucion, por su carácter progresivo, le tomará el 50 por 100. A este tipo le tiene más cuenta retirar su capital é irselo comiendo. Pide, pues, que se le reembolse. Pero ¿qué es reembolsar? El Estado no puede verse obligado al reintegro; y si consiente en hacerlo, será siempre á prorata de la renta líquida. Luego una inscripción de renta de 20.000 francos no valdria más para el rentista que 10.000 á causa del impuesto, si quiere que el Estado le reembolse; á ménos que no la divida en veinte lotes, caso en que le valdrá el doble. Una finca que produzca 50.000 francos de arriendo, perderá asimismo las dos terceras partes de su precio, por tomarle la contribucion los dos tercios de la renta. Mas si el

propietario divide esa finca en cien lotes y la saca á subasta, como el fisco no aterrará ni detendrá ya á los compradores, retirará ya su capital íntegro. De suerte que con la contribucion progresiva no siguen los inmuebles la ley de la oferta y la demanda, ni se estiman por su renta real, y sólo sí por la calidad de su dueño. La consecuencia será que caerán en menosprecio los grandes capitales; estará en boga la medianía; realizarán de prisa y corriendo los propietarios, porque les valdrá más comer sus propiedades que sacar de ellas una renta insuficiente; retirarán los capitalistas sus fondos ó no los prestarán sino con grandes usuras; no será posible ninguna grande explotación, y será por fin perseguida toda fortuna ostensible, proscrito todo capital que exceda de lo necesario. Rechazada la riqueza, se replegará en sí misma y no saldrá ya más que de contrabando; y el trabajo, como un hombre atado á un cadáver, abrazará á la miseria en eterno consorcio. ¿No es verdad que los economistas, autores de tales reformas, hacen divinamente en burlarse de los reformistas?

Despues de haber demostrado la contradiccion y la mentira del impuesto progresivo, ¿tengo ya necesidad de probar que es inicuo? La contribucion progresiva, tal como la entienden los economistas y con ellos ciertos radicales, es impracticable, decia yo hace poco, si pesa sobre los capitales y los productos: he supuesto, en consecuencia, que pesaria sobre las rentas. Mas ¿quién no ve que cae ante el fisco esa distincion puramente teórica de *capitales*, *productos* y *rentas*, y reaparecen aquí con su carácter fatal los mismos imposibles que he señalado ántes?

Un industrial descubre un procedimiento por cuyo medio, economizando 20 por 100 sobre sus gastos de producción, se hace 25.000 francos de renta. El fisco le exige 15. El industrial se ve entónces obligado á



subir sus precios, puesto que á causa de la contribucion su procedimiento, en vez de economizar 20 por 100, no economiza más que 8. ¿No es esto como si el fisco impidiese la baratura? Así, creyendo dar contra el rico, el impuesto progresivo no da sino contra el consumidor, siendo de todo punto imposible que deje de afectarle como no suprima del todo la produccion. ¡Qué error de cálculo!

Es ley de economía social que todo capital en juego debe incesantemente volver á su dueño en forma de intereses. Con la contribucion progresiva queda esta ley radicalmente violada, puesto que por efecto de la progresion el interés del capital disminuye hasta el punto de constituir la industria en pérdida de una parte cuando no del todo del capital mismo. Para que otra cosa sucediera, seria necesario que el interés de los capitales aumentase progresivamente como la contribucion misma, lo cual es absurdo. Luego el impuesto progresivo detiene la formacion de los capitales, y además impide que circulen. Cualquiera que desee, en efecto, adquirir un material de explotacion ó una finca, deberá bajo el régimen de la contribucion progresiva considerar, no ya el valor real de la fábrica ó de la finca, sino el impuesto que le haya de ocasionar la renta; de modo que si la renta real es de 4 por 100, y por efecto del impuesto ó de la condicion del comprador queda reducida la renta á 3, no podrá verificarse la compra. Despues de haber lastimado todos los intereses é introducido con sus categorías la perturbacion en el mercado, la contribucion progresiva impide el desarrollo de la riqueza, pone el valor en venta por debajo del valor real, y empequeñece y petrifica las sociedades. ¡Qué tiranía! ¡qué escarnio!

La contribucion progresiva es, pues, en último término una denegacion de justicia, una prohibicion

de producir, una confiscacion. Es la arbitrariedad sin límites y sin freno otorgada al poder sobre cuanto contribuye á la riqueza pública, ya por el trabajo, ya por el ahorro, ya por la sucesiva perfeccion de los medios industriales.

Pero ¿á qué perdernos en hipótesis quiméricas, cuando estamos tocando la realidad? No es culpa del principio proporcional que el impuesto cargue con tan chocante desigualdad sobre las diversas clases sociales; lo es sí de nuestras preocupaciones y de nuestras costumbres. El impuesto procede con tanta equidad, con tanta precision como permiten las operaciones humanas. La economía social le manda que se dirija al producto, y se dirige al producto. Si el producto se le escapa, dá contra el capital. ¿Hay cosa más natural? El impuesto, adelantándose á la civilizacion, supone establecida la igualdad entre los trabajadores y los capitalistas: expresion inflexible de la necesidad, parece invitarnos á que nos hagamos iguales por la educacion y el trabajo, y nos pongamos de acuerdo con él por medio del equilibrio de nuestras funciones y la asociacion de nuestros intereses. El impuesto se niega á distinguir al hombre del hombre, y ¡nosotros acusamos de la desigualdad de nuestras fortunas su rigor matemático! ¡nosotros exigimos de la misma igualdad que se doblegue á nuestra injusticia!... ¿No tenia yo razon cuando al empezar decia que relativamente al impuesto estábamos muy por detrás de nuestras instituciones?

Así, vemos siempre al legislador deteniéndose en las leyes fiscales ante las subversivas consecuencias del impuesto progresivo, y consagrar la necesidad, la inmutabilidad del impuesto proporcional. Porque la igualdad de bienestar, no es posible que surja de la violacion de los capitales: la antinomia debe ser metódicamente resuelta, so pena para la sociedad de



volver á caer en el caos. La eterna justicia no se acomoda á todos los caprichos de los hombres: como una mujer que cabe ultrajar pero no tomar por esposa sin una solemne enajenación de sí mismo, exige de nuestra parte, con el abandono de nuestro egoísmo, el reconocimiento de todos sus derechos, que son los de la ciencia.

El impuesto, cuyo objeto final, como hemos demostrado ya, es la retribucion de los *improductivos*, pero cuyo pensamiento primitivo fué una restauracion del trabajador, bajo el régimen del monopolio, se reduce, por lo tanto, á una pura y simple protesta, á una especie de acto extrajudicial, cuyo efecto es agravar la posicion de los asalariados, turbando en su posesion á los monopolizadores. En cuanto á la idea de cambiar el impuesto proporcional en impuesto progresivo, ó por mejor decir, volver del revés la progresion del impuesto, es un yerro cuya responsabilidad incumbe por completo á los economistas.

Pero está de hoy más amenazado el privilegio. Con la facultad de modificar la proporcionalidad de la contribucion, el gobierno tiene en su mano un medio expedito y seguro de desposeer, cuando quiera, á los tenedores de capitales; y es cosa para espantar, ver en todas partes esa grande institucion, base de toda la sociedad, objeto de tantas controversias, de tantas leyes, de tantas lisonjas y de tantos crímenes, la *Propiedad*, suspendida de un hilo sobre las abiertas fauces del proletariado.

§ III. Consecuencias desastrosas é inevitables de la contribucion. (Subsistencias, leyes suntuarias, policia rural é industrial, privilegios de invencion, marcas de fábrica, etc.)

El Sr. Chevalier se hacia en Julio de 1843, acerca del impuesto, las siguientes preguntas:

1. «¿Se pide á todos, ó se pide con preferencia á una parte de la nacion?—2. ¿Se parece el impuesto á una capitacion, ó guarda exacta proporcion con la fortuna de los contribuyentes?—3. La agricultura, ¿está más ó menos gravada que la industria fabril ó comercial?—4. ¿Se tienen con la propiedad inmueble más ó menos miramientos que con la mueble?—5. El que produce, ¿está más favorecido que el que consume?—6. ¿Tienen nuestras leyes sobre contribuciones el carácter de leyes suntuarias?»

Contesta el Sr. Chevalier á todas estas preguntas lo que voy á referir, y resume todo lo que he encontrado de más filosófico sobre la materia:

«a) La contribucion afecta á todos, se dirige á la masa, toma la nacion en globo; pero como los pobres son los más en número, en la seguridad de recoger así más, cae con gusto sobre ellos.—b) Por la naturaleza de las cosas, el impuesto afecta algunas veces la forma de una capitacion; testigo, la contribucion sobre la sal.—c, d, e) El fisco se dirige tanto al trabajo como al consumo, porque en Francia todo el mundo trabaja; más á la propiedad inmueble que á la mueble, y más á la agricultura que á la industria.—f) Por lo mismo, nuestras leyes tienen poco el carácter de suntuarias.»

¡Cómo, señor profesor! ¿esto es todo lo que dice á usted la ciencia? *La contribucion se dirige á la masa*, dice V., *toma la nacion en globo*. ¡Ay! harto lo sabemos; pero esto es precisamente lo inicuo, y esto se le pide á V. que explique. El gobierno, al ocuparse de la distribucion y reparto de las contribuciones, no ha podido creer ni ha creído que fuesen iguales todas las fortunas; y por consiguiente, no ha podido querer ni ha querido que lo fueran las cuotas de los contribuyentes. ¿Por qué, sin embargo, la práctica del gobierno es siempre la inversa de



volver á caer en el caos. La eterna justicia no se acomoda á todos los caprichos de los hombres: como una mujer que cabe ultrajar pero no tomar por esposa sin una solemne enajenación de sí mismo, exige de nuestra parte, con el abandono de nuestro egoísmo, el reconocimiento de todos sus derechos, que son los de la ciencia.

El impuesto, cuyo objeto final, como hemos demostrado ya, es la retribucion de los *improductivos*, pero cuyo pensamiento primitivo fué una restauracion del trabajador, bajo el régimen del monopolio, se reduce, por lo tanto, á una pura y simple protesta, á una especie de acto extrajudicial, cuyo efecto es agravar la posicion de los asalariados, turbando en su posesion á los monopolizadores. En cuanto á la idea de cambiar el impuesto proporcional en impuesto progresivo, ó por mejor decir, volver del revés la progresion del impuesto, es un yerro cuya responsabilidad incumbe por completo á los economistas.

Pero está de hoy más amenazado el privilegio. Con la facultad de modificar la proporcionalidad de la contribucion, el gobierno tiene en su mano un medio expedito y seguro de desposeer, cuando quiera, á los tenedores de capitales; y es cosa para espantar, ver en todas partes esa grande institucion, base de toda la sociedad, objeto de tantas controversias, de tantas leyes, de tantas lisonjas y de tantos crímenes, la *Propiedad*, suspendida de un hilo sobre las abiertas fauces del proletariado.

§ III. Consecuencias desastrosas é inevitables de la contribucion. (Subsistencias, leyes suntuarias, policia rural é industrial, privilegios de invencion, marcas de fábrica, etc.)

El Sr. Chevalier se hacia en Julio de 1843, acerca del impuesto, las siguientes preguntas:

1. «¿Se pide á todos, ó se pide con preferencia á una parte de la nacion?—2. ¿Se parece el impuesto á una capitacion, ó guarda exacta proporcion con la fortuna de los contribuyentes?—3. La agricultura, ¿está más ó menos gravada que la industria fabril ó comercial?—4. ¿Se tienen con la propiedad inmueble más ó menos miramientos que con la mueble?—5. El que produce, ¿está más favorecido que el que consume?—6. ¿Tienen nuestras leyes sobre contribuciones el carácter de leyes suntuarias?»

Contesta el Sr. Chevalier á todas estas preguntas lo que voy á referir, y resume todo lo que he encontrado de más filosófico sobre la materia:

«a) La contribucion afecta á todos, se dirige á la masa, toma la nacion en globo; pero como los pobres son los más en número, en la seguridad de recoger así más, cae con gusto sobre ellos.—b) Por la naturaleza de las cosas, el impuesto afecta algunas veces la forma de una capitacion; testigo, la contribucion sobre la sal.—c, d, e) El fisco se dirige tanto al trabajo como al consumo, porque en Francia todo el mundo trabaja; más á la propiedad inmueble que á la mueble, y más á la agricultura que á la industria.—f) Por lo mismo, nuestras leyes tienen poco el carácter de suntuarias.»

¡Cómo, señor profesor! ¿esto es todo lo que dice á usted la ciencia? *La contribucion se dirige á la masa*, dice V., *toma la nacion en globo*. ¡Ay! harto lo sabemos; pero esto es precisamente lo inicuo, y esto se le pide á V. que explique. El gobierno, al ocuparse de la distribucion y reparto de las contribuciones, no ha podido creer ni ha creído que fuesen iguales todas las fortunas; y por consiguiente, no ha podido querer ni ha querido que lo fueran las cuotas de los contribuyentes. ¿Por qué, sin embargo, la práctica del gobierno es siempre la inversa de



su teoría? ¿Qué opinion es la de V. sobre ese caso difícil? Explique V., justifique V. ó condene V. el fisco: tome V. el partido que V. quiera, con tal que tome V. uno, ó nos diga V. algo. Acuérdesse V. de que le leen á V. hombres, y no pueden tolerar á todo un doctor que habla *ex cathedra*, proposiciones como esta: *Los pobres son los más numerosos: por esto la contribucion, en la seguridad de recoger más, cae con gusto sobre ellos.* No, señor; no es el número el que sirve de regla al impuesto: el impuesto sabe perfectamente que millones de pobres añadidos á millones de pobres, no hacen un elector: V. hace odioso al fisco á fuerza de hacerle absurdo; y yo sostengo que no es ni lo uno ni lo otro. El pobre paga más que el rico, porque la Providencia, para la cual es tan odiosa la miseria como el vicio, ha dispuesto las cosas de manera que el más miserable deba ser siempre el más estrujado. La iniquidad de las contribuciones, es el azote celeste que nos arrastra hácia la igualdad. ¡Oh Dios de Dios! ¡Si pudiese llegar á comprender aún esta revelacion un profesor de economía política que fué en otro tiempo apóstol!...

*Por la naturaleza de las cosas*, dice el Sr. Chevalier, *el impuesto afecta algunas veces la forma de una capitacion.* ¡Y bien! ¿en qué casos es justo que afecte esta forma? ¿siempre ó nunca? ¿Cuál es el principio de la contribucion? ¿cuál es su objeto? Hable usted; responda.

¿Y qué enseñanza, quiero que me diga V., hemos de sacar de esa observacion, tan poco digna de ser recogida, de que *el fisco se dirige tanto al trabajo como al consumo, más á la propiedad territorial que á la mueble, más á la agricultura que á la industria?* ¿Qué le importa á la ciencia esa interminable consignacion de hechos en bruto, si por los análisis de V. no brota de ellos ni una sola idea?

Todo lo que toman sobre el consumo la contribucion, la renta, el interés de los capitales, etc., entra en la cuenta de los gastos generales y forma parte del precio de la venta; de suerte que casi siempre paga el consumidor las contribuciones. Lo sabemos. Y como los artículos que más se consumen son tambien los que más producen, son necesariamente los pobres los más recargados: esta consecuencia es tan forzosa como la primera. ¿Qué nos importan, pues, repito, las distinciones fiscales que V. nos hace? Cualquiera que sea la clasificacion de la materia imponible, como no es posible imponer el capital en más de lo que renta, el capitalista saldrá siempre beneficiado, y el proletario objeto de opresion y víctima de la injusticia. No está mal repartida la contribucion, sino los bienes. El Sr. Chevalier no puede ignorarlo; y ya que no lo ignora, ¿por qué no lo ha de decir, puesto que sus palabras tendrían más autoridad que las de un escritor de quien se sospecha que no es amigo del actual orden de cosas?

De 1806 á 1811 (esta observacion como las siguientes son del Sr. Chevalier), el consumo anual de vino en París era de 160 litros por persona; hoy no es más que de 95. Suprimase la contribucion, que es de 30 á 35 céntimos por litro en la taberna, y el consumo de vino volverá á subir de 95 litros á 200, y la industria vinícola, que no sabe qué hacer de sus productos, hallará medio de expendellos. —Gracias á los derechos impuestos al ganado que se importa, el consumo de la carne ha disminuido para el pueblo en una proporcion análoga al del vino; y los economistas han reconocido con espanto, que el jornalero francés producía ménos que el inglés, por estar peor alimentado.

Por simpatías á las clases trabajadoras, quisiera el Sr. Chevalier que nuestros fabricantes sintiesen un



poco el aguijón de la concurrencia extranjera. Con reducir el derecho sobre las lanas de un franco por pantalon, quedaria en el bolsillo de los consumidores una treintena de millones, la mitad de la suma necesaria para el pago del derecho sobre las sales. — 20 céntimos de ménos en el precio de una camisa, producirian una economía probablemente igual á lo necesario para tener sobre las armas un ejército de 20.000 hombres.

Desde hace quince años el consumo del azúcar se ha elevado de 53 millones de kilogramos á 118; lo cual dá actualmente un término medio de  $3\frac{1}{2}$  kilogramos por persona. Este progreso demuestra que el azúcar debe ser colocada en lo sucesivo entre las cosas de necesidad primera, al par del pan, del vino, de la carne, de la lana, del algodón, de la leña y del carbon de piedra. El azúcar constituye toda la farmacia del pobre: ¿pecaria de excesivo que el consumo de este artículo se elevase de  $3\frac{1}{2}$  á 7 kilogramos por persona? Suprimase la contribucion, que es de 49 francos 50 céntimos los 100 kilogramos, y se doblará el consumo.

Así, el impuesto sobre las subsistencias agita y atormenta de mil modos al pobre proletario: lo caro que está la sal perjudica la ganadería; los derechos sobre la carne disminuyen la racion del jornalero. Para satisfacer á la vez al impuesto y á la necesidad de bebidas fermentadas que siente la clase trabajadora, se le sirven mescolanzas tan desconocidas del químico como del viñador y del cervecero. ¿Para qué las prescripciones dietéticas de la Iglesia? Gracias á las contribuciones, todo el año es para el trabajador cuaresma; y su comida de Pascua no vale la colacion del Viernes Santo de Monseñor. Urge abolir en todas partes la contribucion de consumos, que extenua al pueblo y le mata de hambre: esta es la conclu-

sion, tanto de los economistas como de los radicales.

Mas si el proletario no ayuna para mantener á César, ¿qué es lo que César comerá? Y si el pobre no corta su capa para cubrir los desnudos miembros de César, ¿qué es lo que César vestirá?

Esta es la cuestion, cuestion inevitable, que es la que se trata de resolver.

Habiéndose preguntado el Sr. Chevalier (pregunta 6.<sup>a</sup>) si nuestras leyes contributivas tienen ó no el carácter de suntuarias, ha contestado: no, no le tienen. El Sr. Chevalier habria podido añadir, y esto habria sido á la vez nuevo y verdadero, que esto es precisamente lo mejor que tienen nuestras leyes tributarias. Pero el Sr. Chevalier, que conserva siempre, por mucho que haga, un antiguo fermento de radicalismo, ha preferido declamar contra el lujo, cosa que no le comprometia respecto de ningun partido. « Si en París, ha dicho, se exigiese por los coches particulares, los caballos de regalo, los criados y los perros, la contribucion que se cobra sobre la carne, se haria una cosa del todo equitativa. »

¿Ocupa acaso el Sr. Chevalier la plaza de profesor del Colegio de Francia para comentar la política de Mazaniello? He visto en Basilea á los perros con su placa fiscal, signo de su capitacion, y he creido, en un país donde las contribuciones son casi ningunas, que la de los perros era más bien una leccion de moral y una precaucion de higiene, que un elemento de ingresos. En 1844 produjo esta contribucion en toda la provincia de Brabante (667.000 habitantes) á razon de 2 francos 11  $\frac{1}{2}$  céntimos por cabeza, 63.000 francos. Segun esto, se puede conjeturar que produciendo la misma contribucion en toda Francia 3 millones, permitiria en las contribuciones indirectas una baja de *ocho céntimos* por persona y año. Estoy ciertamente léjos de pretender que 3 millones sean para



despreciados, mucho ménos teniendo un ministerio pródigo; y siento que la Cámara haya rechazado la contribucion sobre los perros, que siempre habria podido servir para dotar una media docena de altezas. Recuerdo, empero, que una contribucion de esta naturaleza tiene por principio, ménos que un interés fiscal, un motivo de orden, y por consiguiente, conviene mirarle bajo el punto de vista del fisco como de ninguna importancia, y hasta se le deberia abolir como vejatorio cuando la masa del pueblo, un poco más humanizada, se disgustase de la compañía de los animales. *Ocho céntimos por año.* ¡Qué alivio para la miseria!

Pero el Sr. Chevalier se ha agenciado otros recursos: los caballos, los coches, los criados, los artículos de lujo, el lujo, en fin. ¡Qué de cosas en esa sola palabra, el LUJO!

Demos al traste con esa fantasmagoría por un simple cálculo: despues vendrán las reflexiones. En 1842, ha subido á 129 millones el total de los derechos de importacion. En esta suma de 129 millones figuran por 124 sesenta y un artículos, los de comun consumo; y sólo por *cincuenta mil francos* otros 177 artículos de gran lujo. Entre los primeros ha dado el azúcar 43 millones, el café 12, el algodón 11, las lanas 10, los aceites 8, el carbon de piedra 4, los linos y los cáñamos 3, los siete artículos 91 millones. La cifra de la renta baja, por lo tanto, á medida que la mercancía es de ménos uso, de más raro consumo, de más refinado lujo. Y sin embargo, los artículos de lujo son los que más pagan. Aun cuando, pues, para obtener una rebaja considerable en los artículos de primera necesidad, se elevasen al céntuplo los derechos sobre los de lujo, no se obtendria sino la supresion de un ramo de comercio por medio de una contribucion prohibitiva. Ahora bien, los economis-

tas están todos por la abolicion de las aduanas, y no querran, sin duda, reemplazarlas con los derechos de puertas... Generalicemos este ejemplo: produce la sal al fisco 57 millones, y el tabaco 84. Que se me demuestre, cifras en mano, con qué contribuciones sobre los artículos de lujo se llenará el déficit que deja la supresion de los impuestos de la sal y el tabaco.

¿Quiere V. imponer los artículos de lujo? Pues tome V. la civilizacion al revés. Sostengo yo, por lo contrario, que los artículos de lujo deben estar libres de derechos. ¿Cuáles son en lenguaje económico los artículos de lujo? Aquellos cuya proporcion en la riqueza total es la más débil, los que están en los últimos grados de la série industrial, aquellos cuya creacion supone la existencia de todos los demás artículos. Bajo este punto de vista, todos los productos del trabajo humano han sido y á su vez han dejado de ser artículos de lujo, puesto que por lujo no entendemos otra cosa que una relacion de posterioridad ya cronológica, ya comercial, en los elementos de la riqueza. Lujo, en una palabra, es sinónimo de progreso; es en cada uno de los momentos de la vida social la expresion del máximum de bienestar realizado por el trabajo, al que hemos de llegar todos por derecho y por destino. Ahora bien, del mismo modo que la contribucion respeta durante cierto trascurso de tiempo la casa nuevamente edificada y el campo nuevamente reducido á cultivo, deberia dejar francos tambien los productos nuevos y los objetos preciosos, á éstos porque hay incesante necesidad de vulgarizar lo raro, y á aquellos porque toda invencion merece recompensa y estímulo. ¡Cómo! ¿querria V. establecer, so pretexto de lujo, nuevas categorías de ciudadanos? ¿Y toma V. por lo serio lo de la ciudad de Salento y la prosopopeya de Fabricio?



Puesto que lo lleva de sí la materia, hablemos de moral. No me negará V. sin duda esta verdad, repetida á la saciedad por los Sénecas de todos los siglos, es á saber: que el lujo *corrompe y afemina* las costumbres; lo cual quiere decir, que humaniza, eleva y ennoblece los hábitos; que la primera y la más eficaz educacion para el pueblo, el estímulo para lo ideal en la mayor parte de los hombres, es el lujo. Las Gracias estaban desnudas, segun los antiguos; mas ¿dónde se ha visto que estuviesen en la indigencia? El gusto por el lujo es el que en nuestros dias mantiene, á falta de principios religiosos, el movimiento social, y revela su dignidad á las clases inferiores. La Academia de Ciencias morales y políticas lo ha comprendido bien, cuando ha tomado el lujo por materia de uno de sus discursos, y yo aplaudo de todo corazon su buen acierto. El lujo, en efecto, es ya en nuestra sociedad algo más que un derecho, es una necesidad; y de compadecer es el que no se permita jamás un poco de lujo. Y precisamente cuando todo el mundo se esfuerza por popularizar más y más los artículos de lujo, ¡quiere V. restringir los gozes del pueblo á los objetos que á V. se le antoja calificar de objetos de necesidad! Y cuando por la comunidad del lujo se acercan y se confunden las clases, ¡quiere V. hacer más profunda la línea de demarcacion, y levanta V. las gradas del anfiteatro! Suda el obrero, y se priva y se atormenta por comprar un adorno á su novia, un collar á su niña, un reloj á su hijo, ¡y V. le quita esta dicha, á ménos de que quiera pagar la contribucion de V., es decir, la multa que V. trata de imponerle!

¿Pero ha reflexionado V., que imponer los artículos de lujo es impossibilitar las artes de lujo? ¿Le parece á V. que ganan demasiado los tejedores de velos, cuyo salario, por término medio, no llega á

dos francos; las modistas, que no cobran sino cincuenta céntimos; los joyeros, los plateros, los relojeros, con sus interminables huelgas; los criados á cuarenta escudos?

¿Está V. además seguro de que la contribucion sobre el lujo no seria pagada por el obrero de lujo, como la de las bebidas lo está por el consumidor de bebidas? ¿Sabe V. siquiera si un más alto precio de los artículos de lujo no seria un obstáculo á la baratura de los objetos necesarios, ni si creyendo favorecer la clase más numerosa, empeoraria V. la condicion general de los ciudadanos? ¡Bonita especulacion, por cierto! ¡Se dará 20 francos al trabajador sobre el vino y el azúcar, y se le tomará 40 sobre sus placeres! ¡Ganará 75 céntimos sobre el cuero de sus botas, y para llevar cuatro veces por año su familia al campo, pagará 6 francos de más por coche! ¡Gasta un pequeño menestral 600 francos en asistenta, lavandera, costurera y recaderos; y si por una bien entendida economía toma un criado, el fisco, en interés de las subsistencias, castigará esa idea de ahorro! ¡Qué absurda es, cuando se la mira de cerca, la filantropía de los economistas!

Voy, con todo, á satisfacer el antojo de V.; y puesto que le son á V. absolutamente indispensables leyes suntuarias, voy á darle á V. la receta. Y le aseguro á V. que en mi sistema la recaudacion ha de ser fácil: nada de interventores, de repartidores, de catadores, de ensayadores, de verificadores, de recaudadores; nada de inspeccion ni de gastos de oficina; ni la más ligera indiscrecion, ni el menor vejámen; ni un solo acto de violencia. Crétese por una ley que nadie en adelante podrá acumular dos sueldos, y que los más altos en todos los ramos de la administracion, no podrán pasar de 6.000 francos en París, ni de 4.000 en las provincias.



¡Qué! ¿baja V. los ojos? Confiese V., pues, que todas sus leyes suntuarias no son más que hipocresía.

Para aliviar al pueblo, aplican algunos la rutina comercial al sistema tributario. Si, por ejemplo, dicen se redujese á una mitad el precio de la sal, y se hiciera otro tanto con el franqueo de las cartas, no dejaría de aumentar el consumo, se doblarían los ingresos, ganaría el fisco, y con él los consumidores.

Supongo que el éxito viniese á confirmar este cálculo, y digo: Si se rebajase á tres cuartas partes el franqueo, y se diese la sal por nada, ¿ganaría aún el fisco? Seguramente que no. ¿Qué significa, pues, lo que se llama reforma de correos? Que para cada especie de producto, hay un precio natural, *más allá* del cual el beneficio es usurario y tiende á hacer disminuir el consumo, y *más acá* del cual hay, por lo contrario, pérdida para los productores. Parece esto de una manera singular á la determinación del valor que rechazan los economistas, y á propósito de la cual decíamos: Hay una fuerza secreta que fija los límites extremos entre los que oscila el valor; luego hay un término medio que expresa el valor justo.

Nadie quiere, á buen seguro, que se haga á pérdida el servicio de correos: la opinión general es, pues, que ese servicio se haga al precio de coste. Esto es de una sencillez tan rudimentaria, que se pasma uno de ver que se haya creído indispensable hacer una trabajosa información sobre los resultados que ha producido en Inglaterra la rebaja del franqueo, y acumular cifras y cifras y cálculos de probabilidades á lo infinito, todo para saber si la rebaja produciría en Francia un beneficio ó un déficit, y al fin y al cabo para no poder ponerse en nada de acuerdo. ¡Cómo! ¿Es posible que no haya habido en la Cámara un hombre de sentido común para decirles:

No hay necesidad de un dictámen de embajador ni de los ejemplos de Inglaterra: es preciso ir reduciendo gradualmente el porte de las cartas, hasta que las entradas estén al nivel de los gastos? ¿Qué se ha hecho, pues, de nuestro buen sentido galo?

Mas si la contribucion, se dirá, permitiese dar al precio de coste la sal, el tabaco, el porte de cartas, el azúcar, los vinos, la carne, etc., el consumo aumentaría, á no dudarlo, y sería enorme la mejora. Y ¿con qué cubriría el Estado sus gastos? La suma de las contribuciones indirectas es de cerca de 600 millones: ¿sobre qué se quiere que cobre el Estado el importe de esos tributos? Si el fisco nada gana en el ramo de correos, será preciso que aumente el impuesto sobre la sal: si se rebaja el de la sal, habrá que cargarlo todo en las bebidas: no tendrá fin esta letanía. Luego es imposible la venta á precio de coste de los productos, ya del Estado, ya de los particulares.

Luego, replicaré á mi vez, el alivio de las clases desgraciadas por el Estado es imposible, como es imposible la ley suntuaria, é imposible la contribucion progresiva; todas las divagaciones de V. sobre el impuesto son argucias de curial. No puede V. siquiera abrigar la esperanza de que el aumento de la poblacion, viniendo á dividir las cargas, aligere la de cada uno; porque con la poblacion crece la miseria, y con la miseria la faena y el personal del Estado.

Las diversas leyes fiscales votadas por la Cámara de diputados, en la legislatura de 1845 á 1846, son otros tantos ejemplos de la absoluta incapacidad del poder, cualquiera que éste sea, y cualquiera que sea su manera de obrar para hacer la felicidad del pueblo. Por el solo hecho de ser poder, es decir, de ser el representante del derecho divino y de la propiedad,



el órgano de la fuerza es esencialmente estéril, y sus actos todos llevan el sello de una fatal decepcion.

He citado hace poco la reforma de correos, que reduce á cerca de un tercio el porte de las cartas. Si no se trata más que de los motivos en que se ha podido fundarla, nada tengo que censurar en el gobierno que ha hecho aprobar reduccion tan útil: ménos me propondré aún atenuar su mérito con miserables críticas de detalle, pasto vil de la prensa diaria. Se ha reducido en un 30 por 100 una contribucion que era bastante onerosa; se ha hecho más equitativo y regular su reparto; y no viendo más que el hecho, aplaudo al ministro que le ha realizado. No está aquí la cuestion.

Por de pronto, la ventaja de que nos hace gozar el gobierno sobre la contribucion de correos, deja del todo á esta contribucion su carácter de proporcionalidad, es decir, de injusticia, cosa que apenas necesita de demostracion. La desigualdad de cargas, en lo que al impuesto de correos se refiere, subsiste como ántes, pues redundaba el beneficio de la reduccion, no en favor de los más pobres, sino en favor de los más ricos. Tal casa de comercio que pagaba á correos 3.000 francos por año, no pagará ahora más que 2.000, y obtendrá, por lo tanto, un beneficio de 1.000 francos, que añadirá á los 50.000 que le produce su comercio, y deberá á la munificencia del fisco. En cambio el labrador, el obrero, que escribirá dos veces por año á su hijo soldado, y recibirá otras tantas contestaciones, habrá economizado por junto 50 céntimos. ¿No es verdad que la reforma postal resulta hecha en sentido inverso del equitativo reparto del impuesto? ¿que si segun deseaba el Sr. Chevalier hubiese querido el gobierno cargar al rico y aligerar al pobre, habria debido dejar para lo último lo de reducir las contribuciones de correos? ¿No pa-

rece ahora verdaderamente que infiel el fisco al espíritu de su institucion, no ha esperado sino el pretexto de una rebaja que en nada puede tener ni estimar la indigencia, para tener ocasion de hacer un regalo á la fortuna?

Esto habrian podido decir los que han censurado el proyecto de ley, y esto es precisamente lo que no ha advertido nadie. Es verdad que entónces la crítica, en lugar de ir dirigida al ministro, habria atacado al poder en su esencia, y con el poder la propiedad: cosa que no entraba en los cálculos de la oposicion. La verdad, hoy, tiene contra sí todas las opiniones.

Y sin embargo, ¿podia suceder otra cosa? No; puesto que si se conservaba la antigua tarifa, se perjudicaba á todo el mundo sin aliviar á nadie; y si se la rebajaba, no se la podia dividir por categorías de ciudadanos sin violar el art. 1.º de la Constitucion, que dice: « Todos los franceses son iguales ante la ley, » es decir, ante la contribucion. Ahora bien, la contribucion de correos es necesariamente personal; luego es una capitacion; luego siendo lo que es equitativo bajo este punto de vista, inícuo bajo otros, es imposible el equilibrio de las cargas.

Hízose en la misma época otra reforma por el gobierno, la de la contribucion de la ganadería. Antes los derechos sobre el ganado, ya á su importacion del extranjero, ya á la entrada de las ciudades, se cobraban por cabeza; hoy se han de cobrar segun el peso. Esta útil reforma, reclamada hace mucho tiempo, es debida en parte á la influencia de los economistas, que en esta ocasion como en otras muchas que puedo recordar, han manifestado el más honroso celo y han dejado muy atrás las ociosas declamaciones del socialismo. Pero, aquí tambien es del todo ilusorio el bien que resulta de la ley para la mejora de las clases pobres. Se ha igualado, se ha regularizado el cobro



de los derechos sobre las bestias; no se ha hecho una reparticion tan equitativa entre los hombres. El rico, que consume 600 kilogramos de carne por año, podrá experimentar los beneficios de la nueva situacion creada á los carniceros: la inmensa mayoría del pueblo, que no come carne, no los advertirá siquiera. Repito ahora mi pregunta de hace poco: ¿Podrian el gobierno ni la Cámara hacer otra cosa de lo que han hecho? Tampoco; porque no cabia decir al carnicero: Venderás la carne al rico á 2 francos el kilogramo, y al pobre á 10 sueldos. Más fácil seria obtener del carnicero lo contrario.

Otro tanto digo de la sal. El Gobierno ha rebajado el precio de la sal empleada en la agricultura á cuatro quintas partes, bajo la condicion de darla de un modo inservible para otros usos. Cierta periodista, no teniendo cosa mejor que objetar, ha hecho á propósito de esto una lamentacion, en la que se queja de la suerte de los pobres labradores, peor tratados por la ley que sus ganados. Lo pregunto por tercera vez: ¿Podia hacerse otra cosa? Una de dos: ó la rebaja es absoluta, y entónces es preciso reemplazar el impuesto de la sal con otro, y desaffo al periodismo francés á que invente otro que resista á un exámen de dos minutos; ó la rebaja es parcial, ya porque recae en todas las materias reserva una parte de los derechos, ya porque suprime la totalidad de los derechos, pero no sobre todas las materias. En el primer caso, es insuficiente la rebaja para la agricultura y para la clase pobre; en el segundo, subsiste la capitacion con su desproporcion enorme. Hágase lo que se quiera, es el pobre, siempre el pobre, el que paga, puesto que á pesar de todas las teorías, no pueden imponerse las contribuciones sino en razon del capital poseido ó consumido; y si el fisco quisiese proceder de otra manera, detendria el progre-

so, imposibilitaria la riqueza, mataria el capital.

Los demócratas, que nos acusan de sacrificar el interés revolucionario (¿qué es el interés revolucionario?) al interés socialista, deberian decirnos cómo piensan, por un sistema cualquiera de contribuciones, aliviar al pobre y devolver al trabajo lo que el capital le usurpa, sin hacer del Estado el único propietario y sin decretar la comunidad de bienes y de ganancias. Por más que me devane los sesos, veo en todas las cuestiones colocado el poder en la situacion más falsa, y la prensa divagando en un mar sin límites de absurdos.

En 1842, el Sr. Arago era partidario de que los ferro-carriles se hiciesen por compañías, y pensaban como él la mayor parte de los franceses. En 1846, ha venido á decirnos que ha cambiado de opinion, y salvos los especuladores de los ferro-carriles, se puede decir que, como él, han cambiado tambien de opinion la mayor parte de los ciudadanos. ¿Qué creer ni hacer en ese vaiven de los sabios y de los franceses?

La construccion por el Estado parece que debe dejar más asegurados los intereses del país; pero es larga, dispendiosa, ininteligente. Lo han probado, hasta á los más incrédulos, veinticinco años de faltas, de cálculos fallidos, de imprevision y de millones arrojados por centenares para la grande obra de la canalizacion de Francia. Se ha visto hasta á ingenieros é individuos de la Administracion declarando en alta voz al Estado tan incapaz en materia de obras públicas como de industria.

La construccion por compañías es, no hay que negarlo, inatacable bajo el punto de vista del interés de los poseedores de acciones; pero con ella queda sacrificado el interés general, abierta la entrada al agiotaje, y organizada la explotacion del público por el monopolio.



Lo ideal sería un sistema que reuniese las ventajas de los dos sin presentar ninguno de sus inconvenientes. Pero, ¿por qué medio conciliar esos caracteres contradictorios é inspirar celo, economía, penetración á esos empleados inamovibles que nada tienen que ganar ni que perder? ¿por qué medio hacer que los intereses públicos sean tan caros para una compañía como los suyos, y que suyos sean verdaderamente esos intereses, sin que con todo deje de ser distinta la compañía del Estado, y tenga en consecuencia sus intereses propios? ¿Quién concibe en el mundo oficial la necesidad, y por consiguiente, la posibilidad de esta conciliación? Ni ¿quién, por lo tanto, posee el secreto de realizarla?

En un caso tal, el gobierno ha hecho, como siempre, aplicación del eclecticismo, ha tomado para sí una parte de la ejecución, y ha entregado la otra á compañías concesionarias; es decir, que en vez de conciliar los sistemas contrarios, no ha hecho más ni menos que ponerlos en conflicto. Y la prensa, que en nada ni para nada alcanza más que el poder, dividiéndose en tres fracciones, se ha declarado cuál por la transacción ministerial, cuál por la exclusión del Estado, cuál por la de las compañías. De suerte que hoy no saben más que ántes lo que quieren, ni el público ni el Sr. Arago, á pesar de su cambio de frente.

En este siglo XIX, ¿es más que un rebaño la nación francesa con sus tres poderes, su prensa, sus corporaciones científicas, su literatura y su enseñanza? Cien mil hombres tienen en nuestro país los ojos constantemente abiertos sobre todo lo que interesa al progreso nacional y al honor de la patria. Proponed á esos cien mil hombres la más sencilla cuestión de orden público, y podeis estar seguros de que irán á dar todos en la misma tontería.

¿Qué será mejor, que los funcionarios públicos asciendan según su mérito, ó por antigüedad?

No hay, á buen seguro, nadie que no se alegre de ver confundido en uno ese doble modo de evaluar las capacidades. ¡Qué sociedad aquella en que los derechos del talento estuviesen siempre de acuerdo con los de la edad! Pero una perfección tal, se dice, es utópica, porque es contradictoria en sus mismos términos. Y en lugar de ver que precisamente la contradicción la hace posible, se ponen á disputar sobre el valor respectivo de los dos sistemas opuestos, cada uno de los cuales lleva al absurdo y da igualmente lugar á intolerables abusos.

¿Quién juzgará del mérito? dice el uno: el gobierno. Y el gobierno no reconoce méritos sino en sus hechuras. Luego nada de ascensos por elección, nada de ese sistema inmoral que destruye la independencia y la dignidad del funcionario.

Pero, dice el otro, la antigüedad es, á no dudarlo, muy respetable. Lástima que tenga el inconveniente de inmovilizar lo que es esencialmente voluntario y libre, el trabajo y el pensamiento; el inconveniente de crear obstáculos al poder hasta entre sus mismos subalternos, y dar á la ventura, muchas veces á la impotencia, el premio del genio y de la audacia.

Por fin se transige. Se concede al gobierno la facultad de nombrar arbitrariamente, para cierto número de destinos, á hombres que se dicen de mérito, y se supone no tener necesidad de experiencia, y se deja que el resto, considerado ostensiblemente como incapaz, ascienda por turno. Y la prensa, esa vieja hacanea de todas las medianías presuntuosas, que no vive lo más del tiempo sino de composiciones gratuitas de jóvenes tan desprovistos de talento como de ciencia; la prensa, digo, vuelve á empezar sus ataques contra el poder acusándole, no sin razón



por lo demás, acá de favoritismo, allá de rutina.

¿Quién podría lisonjearse de hacer nunca nada á gusto de la prensa? Despues de haber declamado y gesticulado contra lo enorme del presupuesto, vedla ahora pidiendo aumento de sueldos para un ejército de funcionarios que, á decir verdad, no tienen realmente de qué vivir. Ya se hace eco de las quejas de la alta y la baja enseñanza; ya se lamenta de que el clero de las aldeas esté tan mal retribuido y se le haya obligado á conservar su pié de altar, manantial fecundo de escándalos y abusos. Dice luego que es toda la nacion administrativa la que está mal alojada, mal vestida, escasa de combustible y de subsistencias; que son un millon de hombres con sus familias, cerca de la octava parte de la poblacion, los que por su pobreza son la vergüenza de Francia; y exige que aumento de golpe y porrazo en 500 millones el presupuesto de gastos. Nótese que en ese inmenso personal no hay un hombre de más, y que si por lo contrario viniese á aumentar la poblacion, habria que aumentarlo proporcionalmente. ¿Nos encontramos en estado de sacar á la nacion 2.000 millones de impuestos? De un rendimiento medio de 920 francos por cada cuatro personas, 236 por individuo, ¿podemos tomarles más de la cuarta parte para pagar con los demás gastos del Estado los sueldos de los improductivos? Y si no podemos, si no podemos ni siquiera saldar nuestros actuales gastos ni reducirlos, ¿á qué reclamar? ¿de qué quejarnos?

Sépalo, pues, el pueblo de una vez: todas las esperanzas de reduccion y de equidad en los impuestos con que le mecen sucesivamente las arengas del poder y las diatribas de los hombres de partido, son otras tantas mistificaciones: ni los impuestos son susceptibles de reduccion, ni su reparto puede ser equitativo bajo el régimen del monopolio. Por lo contrario, cuanto

más baje la condicion del ciudadano, tanto más pesadas irán siendo las contribuciones: esto es fatal, irresistible, á pesar de los propósitos declarados del legislador y de los reiterados esfuerzos del fisco. Todo el que no pueda hacerse ó conservarse rico, todo el que haya entrado en la caverna del infortunio, debe resignarse á pagar á proporcion de su miseria. *Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.*

La contribucion, por lo tanto, la policia—en adelante no separaremos ya estas dos ideas—es una nueva fuente de pauperismo. La contribucion agrava los efectos subversivos de las antinomias anteriores, la division del trabajo, las máquinas, la concurrencia, el monopolio. Ataca al trabajador en su libertad y en su conciencia, en su cuerpo y en su alma, por medio del parasitismo, de los vejámenes, de los fraudes á que da origen, de la penalidad, que es su consecuencia.

Bajo el reinado de Luis XIV, el solo contrabando de la sal daba por año 3.700 aprehensiones domiciliarias; 2.000 hombres, 1.800 mujeres y 6.000 niños presos; 1.100 caballos cogidos, 50 carros confiscados, 300 condenas á galeras. Y esto, hace observar el historiador, no era más que el resultado de una sola contribucion, la de la sal. ¿Cuál sería, por lo tanto, el número total de los desgraciados que por causa de los impuestos sufririan prision, expropiacion, tormento?

En Inglaterra, de cada cuatro familias hay una improductiva, y ésta es la que vive en la abundancia. ¿Qué beneficio, se pensará, para la clase jornalera si se le arrancase esa lepra de parasitismo! En teoría se tiene sin duda razon; pero en la práctica, la supresion del parasitismo sería una verdadera calamidad. Si una cuarta parte de la poblacion de Inglaterra es improductiva, otra cuarta parte



trabaja por ella: ¿qué haría esa fracción si perdiese de repente ese mercado? Suposición, se dirá, absurda. Sí, absurda; pero muy real y de admisión forzosa, precisamente porque es absurda. En Francia constituyen un inmenso mercado para nuestra agricultura y nuestras fábricas, un ejército permanente de 500.000 hombres, 40.000 curas, 20.000 médicos, 80.000 curiales, 26.000 aduaneros, y no sé cuántos otros centenares de miles de improductivos de todos géneros. Ciérrase de golpe ese mercado, y la industria se paraliza, el comercio se declara en quiebra, y la agricultura muere ahogada por sus productos.

Pero ¿cómo concebir que una nación se encuentre trabada en su marcha por librársela de sus bocas inútiles? — Pregúntese más bien por qué una máquina, cuyo consumo ha sido calculado en 700 kilogramos de carbon por hora, pierde su fuerza cuando se la alimenta sólo con 150. — Pero ¿no se podría, se replicará, hacer productores esos improductivos, ya que no quepa librarse de ellos? — Si esto no es una niñería, decidme entónces ¿cómo os arreglaríais sin policía, sin monopolio, sin concurrencia, sin las contradicciones, por fin, de que se compone nuestro orden de cosas? Escuchad.

En 1844, con motivo de los desórdenes de Rive-de-Gier, el Sr. D. Anselmo Petetin publicó en la *Revista Independiente* dos artículos llenos de razón y de franqueza sobre la anarquía de las explotaciones mineras de la cuenca carbonífera del Loira. El señor Petetin indicaba la necesidad de reunir las minas y centralizar su explotación. Los hechos que puso en conocimiento del público no eran ignorados del poder: el poder ¿se ha ocupado por esto de la reunión de las minas ni de la organización de esa industria? De ningún modo. El poder ha seguido el prin-

cipio de la libre concurrencia: ha dejado hacer, ha dejado pasar.

Después los explotadores de aquellas minas se han asociado, no sin inspirar cierta inquietud á los consumidores, que han visto en esta asociación el secreto proyecto de elevar el precio del combustible. ¿Intervendrá el poder, que ha recibido sobre esto inmensas quejas, para restablecer la concurrencia é impedir el monopolio? No puede: el derecho de coalición es idéntico en la ley al de asociación: el monopolio es la base de nuestra sociedad, como la concurrencia es su conquista; y mientras no haya motivo, el poder dejará hacer y verá pasar. ¿Podría acaso seguir otra conducta? ¿Podría prohibir una sociedad de comercio legalmente constituida? ¿Podría obligar á esas sociedades á destruirse recíprocamente? ¿Podría impedirles la reducción de sus gastos? ¿Podría establecer un *máximo*? Con una de estas cosas que hiciese el poder, vendría abajo el orden establecido. El poder no podría, pues, tomar medida alguna: está instituido para defender y proteger á la vez el monopolio y la concurrencia por medio de las patentes, las licencias, las contribuciones territoriales y las demás servidumbres que sobre la propiedad tiene establecidas. Fuera de estos recursos, no tiene el poder especie alguna de derecho que alegar en nombre de la sociedad. El derecho social no está aún definido; y si lo estuviera, sería, por otra parte, la negación misma del monopolio y de la concurrencia. ¿Cómo, pues, habría de tomar el poder la defensa de lo que la ley no ha previsto ni define, de lo que es lo contrario de los derechos reconocidos por el legislador?

Así cuando el minero, que debemos considerar en los acontecimientos de Rive-de-Gier como el verdadero representante de la sociedad respecto de los ex-



plotadores de carbon de piedra, trató de impedir el alza de los monopolizadores defendiendo su salario, y de oponer coalicion á coalicion, el poder hizo fusilar al minero. Y vióse al punto á los vocingleros políticos acusando á la autoridad, segun ellos parcial, feroz, vendida al monopolio, etc. En lo que á mí toca, declaro que esta manera de juzgar los actos de la autoridad me parece poco filosófica, y la rechazo con todas mis fuerzas. Es posible que se hubiese podido matar ménos gente, posible tambien que se hubiese muerto más: el hecho aquí notable no es el número de los muertos y de los heridos, sino la represion de los jornaleros. Los que han criticado la autoridad habrian hecho como ella, salvo la impaciencia de sus bayonetas y la precision de sus tiros: habrian reprimido, digo, y no habrian podido hacer otra cosa. Y la razon, que se querria desconocer en vano, es que la concurrencia es cosa legal; la sociedad en comandita, cosa legal; la oferta y la demanda, cosa legal; y todas las consecuencias que resulten directamente de la concurrencia, de la comandita y del libre comercio, cosas legales; mientras que la huelga de los obreros es ilegal. Y no nos lo dice solamente el Código; nos lo dice el sistema económico y la necesidad del orden establecido. En tanto que el trabajo no es soberano, debe ser esclavo: la sociedad no subsiste sino á este precio. Puede tolerarse que cada obrero tenga individualmente la libre disposicion de su persona y de sus bienes, no que los obreros empleen por medio de coaliciones la fuerza contra el monopolio: esto no puede la sociedad permitirlo. Aplastar el monopolio es abolir la concurrencia, desorganizar el taller y sembrar la disolucion por todas partes. La autoridad fusilando á los mineros, se ha encontrado, como Bruto, entre su amor de padre y sus deberes de cónsul: era preciso perder á

sus hijos ó dejar perder la república. Horrible era la alternativa, convenido; pero tal es el espíritu y la letra del pacto social, tal es el tenor del contrato, tal la órden de la Providencia.

Así la policía, establecida para la defensa del proletariado, va toda dirigida contra el proletariado. Se echa al proletario de los bosques, de los rios, de las montañas; se le cierran hasta los atajos, y pronto no conocerá otro camino que el de la cárcel.

Los progresos de la agricultura han hecho sentir generalmente las ventajas de los prados artificiales y la necesidad de abolir los pastos de comun aprovechamiento. En todas partes se descuajan las tierras ántes comunes, se las da á parecería, se las acota: nuevos progresos, nuevas riquezas. Pero el pobre jornalero, que no tenia otro patrimonio que el comunal, y apacentaba los veranos una vaca y algunos carneros á la vera de los caminos, al través de los zarzales y en los campos segados, perderá ahora su único y último recurso. El propietario territorial, el comprador ó el colono de los bienes comunes, venderán en adelante solos con el trigo y las legumbres, la leche y el queso. En lugar de disminuir un antiguo monopolio, se creó otro nuevo. Hasta los peones camineros se reservan ya las márgenes de los caminos como un prado de su pertenencia, y expulsan de ellos al ganado no administrativo. ¿Qué se sigue de ahí? que el jornalero, ántes de renunciar á su vaca, apacienta su ganado en contravencion á la ley, se entrega al merodeo, hace mil destrozos, y se hace condenar á la multa y á la cárcel: ¿de qué le sirven la policía y los progresos agrícolas?—El año pasado el alcalde de Mulhouse, para impedir el merodeo de la uva, prohibió á todo individuo que no fuese propietario de viñas, la circulacion de dia y de noche por los caminos que costeasen ó cortasen



tierra de viñedo: precaucion caritativa, puesto que impide hasta que nazcan deseos y el sentimiento de no poder satisfacerlos. Mas si la via pública no es más que un accesorio de la propiedad, si los bienes comunales están convertidos en propiedades particulares, si el dominio público, por fin, asimilado á una propiedad, está guardado, explotado, arrendado, vendido como una propiedad, ¿qué le queda al proletario? ¿De qué sirve que la sociedad haya salido del estado de guerra, para entrar en el régimen administrativo?

Como la tierra, tiene la industria sus privilegios: privilegios consagrados como siempre por la ley, bajo condicion y con reserva; pero como siempre, tambien, en grave daño de los consumidores. La cuestion es interesante; digamos sobre ella algunas palabras.

Cito al Sr. Renouard.

« Los privilegios, dice el Sr. Renouard, fueron un correctivo á la reglamentacion..... »

Permítame el Sr. Renouard que traduzca su pensamiento, invirtiendo su frase: la reglamentacion fué un correctivo del privilegio. Porque quien dice reglamentacion, dice limitacion; y ¿cómo imaginar que se haya limitado el privilegio ántes que existiera? Concibo que el soberano haya sometido los privilegios á reglamentos; pero no comprendo así que expresamente, para castigar el efecto de los reglamentos, hubiese creado privilegios. Una concesion semejante no habria sido motivada por cosa alguna; habria sido un efecto sin causa. En la lógica como en la historia, todo está ya apropiado y monopolizado cuando vienen las leyes y los reglamentos: sobre esto, pasa lo mismo respecto de la legislacion civil que de la legislacion penal. Provocan la primera la posesion y la apropiacion: la segunda los crímenes

y los delitos. Preocupado el Sr. Renouard por la idea de servidumbre inherente á toda reglamentacion, ha considerado el privilegio como una indemnizacion de esta servidumbre; y esto es lo que le ha hecho decir que los *privilegios son un correctivo de la reglamentacion*. Pero lo que añade el Sr. Renouard, prueba que quiso decir lo contrario. « Ha prevalecido siempre, dice, el principio fundamental de nuestra legislacion, el de una concesion de un monopolio temporal como precio del contrato entre la sociedad y el trabajador. » ¿Qué es en el fondo esta concesion de monopolio? Una declaracion, un simple reconocimiento. La sociedad, queriendo favorecer una industria nueva y gozar de las ventajas que promete, transige con el inventor como ha transigido con el colono: sale garante del monopolio de su industria por un tiempo dado, pero no crea el monopolio. El monopolio existe por el hecho mismo de la invencion, y es el reconocimiento del monopolio el que constituye la sociedad.

Desvanecido este equívoco, paso á las contradicciones de la ley.

« Todas las naciones industriales han adoptado el establecimiento de un monopolio temporal como precio de un contrato entre la sociedad y el inventor... No puedo acostumbrarme á creer que los legisladores de todos los países hayan cometido este despojo. »

El Sr. Renouard, si llega algun dia á leer esta obra, me hará la justicia de reconocer, que al citarle no critico su pensamiento, puesto que ha conocido él mismo las contradicciones de la ley sobre los privilegios. Mi pretension se reduce á hacer entrar estas contradicciones bajo el sistema general que expongo.

¿Por qué, ante todo, un monopolio *temporal* en la



industria, cuando el monopolio territorial es *perpetuo*? Los egipcios habian sido más consecuentes: entre ellos, esos dos monopolios eran igualmente hereditarios, perpétuos, inviolables. Sé las consideraciones que se han hecho valer contra la perpetuidad de la propiedad literaria, y las admito todas; pero estas consideraciones son perfectamente aplicables á la propiedad de la tierra, y dejan además subsistentes en toda su fuerza los argumentos que se les oponen. ¿Cuál es, pues, el secreto de todas esas variaciones del legislador?— No tengo, por lo demás, necesidad de decir, que al hacer notar esta incoherencia, no quiero ni calumniar, ni satirizar á nadie: reconozco que el legislador ha obrado, no voluntaria, sino necesariamente.

Pero la contradicción más flagrante es la que resulta de las disposiciones de la ley. En el tít. IV, artículo 30, § 3.º, se lee: «Es nulo el privilegio si versa sobre principios, métodos, sistemas, descubrimientos, concepciones teóricas ó puramente científicas de que no se hayan indicado aplicaciones á la industria.»

¿Qué es un *principio*, un *método*, una *concepción teórica*, un *sistema*? Es el fruto del genio, la invención en toda su pureza, la idea, el todo. La aplicación es el hecho bruto, nada. Así la ley excluye del beneficio del privilegio lo que lo ha merecido, es á saber, la idea; y concede por lo contrario el privilegio al hecho material, á un ejemplar de la idea, como Platon diría. Sin motivo se le llama, por lo tanto, *privilegio de invención: privilegio de primera ocupación* debería ser llamado.

Un hombre que hubiese inventado en nuestros dias la aritmética, el álgebra, el sistema decimal, no habria obtenido privilegio; pero Barême, por sus *Cuentas Hechas*, habria adquirido derecho de propie-

dad. Pascal, por su teoría de la pesadez del aire, no habria sido privilegiado: un vidriero en su lugar habria obtenido el privilegio del barómetro. «Después de 2.000 años, es el Sr. Arago quien habla, se ha ocurrido á uno de nuestros compatriotas que podría emplearse para hacer bajar gases la rosca de Arquímedes, que sirve para elevar el agua: sin cambiar en ella nada, basta hacerla girar de derecha á izquierda, así como para subir el agua se le hace girar de izquierda á derecha. Hácense bajar por este medio al fondo de una profunda capa de agua, grandes volúmenes de gas cargados de sustancias extrañas: el gas, subiendo, se purifica. Sostengo que hay aquí invención; que la persona que ha visto el medio de hacer de la rosca de Arquímedes una máquina-fuelle, tenia derecho á un privilegio.» Lo que hay aquí de más extraordinario, es que el mismo Arquímedes se veria obligado á rescatar el derecho de servirse de su rosca, y el Sr. Arago lo encuentra justo.

Es inútil multiplicar los ejemplos. Lo que la ley ha querido hacer objeto de monopolio, como decia hace poco, no es la idea, sino el hecho; no la invención, sino la ocupación. ¿Como si la idea no fuese la categoría que abraza todos los hechos que la traducen; como si un método, un sistema, no fuese una generalización de experimentos, y por lo tanto, lo que constituye propiamente el fruto del genio, la invención! Aquí la legislación es más que anti-económica; raya en lo necio. Tengo, pues, derecho á preguntar al legislador ¿por qué á pesar de la libre concurrencia, que no es más que el derecho de aplicar una teoría, un principio, un método, un sistema que no es susceptible de apropiación, prohíbe en ciertos casos esta misma concurrencia, ese derecho de aplicar un principio? «No se puede ya, dice con mucha razon el se-



ñor Renouard, ahogar á esos concurrentes coaligándose en forma de gremios: se llena este vacío con los privilegios.» ¿ Por qué ha dado el legislador la mano á esa conjuración de monopolios, á esa interdicción de teorías que á todos nos pertenecen?

¿ Pero de qué sirve interpelar siempre al que nada puede contestarnos? El legislador no ha sabido en qué sentido obraba cuando hacía esa extraña aplicación del derecho de propiedad, que convendría llamar, para más exactitud, derecho de prioridad. Pero explíquese por lo ménos sobre las cláusulas del contrato celebrado por él en nuestro nombre con los monopolizadores.

Paso en silencio la parte relativa á las fechas y demás formalidades administrativas y fiscales, y llego á este artículo.

« El privilegio no garante la invención. »

Es indudable que la sociedad, ó el príncipe que la representa, no puede ni debe garantir la invención, puesto que concediendo un monopolio de catorce años, la sociedad se hace dueña del privilegio, y es por consecuencia el privilegiado el que debe dar la garantía. Mas ¿ cómo entónces puede el legislador venir á decir con vanagloria á sus comitentes: « He tratado en vuestro nombre con un inventor, y se obliga á haceros gozar de su descubrimiento bajo la condición de tener la exclusiva por catorce años? Pero yo no salgo garante de la invención. »—¿ Con qué habeis, pues, contado, legisladores? ¿ Cómo no habeis visto que sin una garantía de invención concediais un privilegio, no por un descubrimiento real, sino por un descubrimiento posible, y enajenábais así el campo de la industria ántes de haberse descubierto el arado?

Así, el privilegio de invención no es siquiera una toma de fecha, sino una enajenación anticipada. Es

esto como si la ley dijera: aseguro la tierra al primer ocupante, pero sin garantir su calidad, su lugar ni su existencia; sin que sepa si debo enajenarla, ni si es susceptible de apropiación. ¡ Donoso uso del poder legislativo!

Sé que la ley tenía excelentes razones para abstenerse de garantir la invención; pero sostengo que las había tan buenas como aquellas para decidirse á garantirla. Prueba:

« No puede uno ocultárselo, dice el Sr. Renouard, ni cabe impedirlo: los privilegios son y serán un instrumento de charlatanismo, al mismo tiempo que una recompensa legítima para el trabajo y el genio. Al buen sentido público corresponde hacer justicia de los saltimbanquis. »

Tanto valdría decir: al buen sentido público corresponde distinguir los verdaderos remedios de los falsos, el vino natural del vino falsificado; al buen sentido público distinguir en el ojal de un frac la decoración dada al mérito de la prostituida en manos de la medianía y de la intriga. ¿ A qué, pues, llamarse Estado, Poder, Autoridad, Policía, si la policía la constituye el buen sentido público?

« Como se dice: A quien Dios da tierra, no falta guerra; puede decirse, que á quien há privilegio, no falta pleito. »

¿ Y cómo juzgar de la falsificación, si no hay garantía? En vano se alegrará en el terreno del derecho la primera ocupación; en el del hecho, la semejanza. Donde la calidad constituye la realidad misma de la cosa, no exigir garantía, es no conceder derecho sobre nada; es privarse del medio de comparar los procedimientos y justificar la falsificación. ¡ En materia de procedimientos industriales depende el éxito de tan poca cosa! Pero esta poca cosa es el todo.

Concluyo de todo esto, que la ley sobre los privi-



legios de invencion, indispensable en sus motivos, es imposible, es decir, ilógica, arbitraria, funesta en su economía. Bajo el imperio de ciertas necesidades, ha creído el legislador de interés general conceder un privilegio para una cosa determinada, y se encuentra luego con que ha dado una firma en blanco al monopolio, con que ha abandonado las probabilidades que tenía el público de hacer el descubrimiento ú otra cosa análoga, con que ha sacrificado sin compensacion alguna los derechos de los concurrentes, y entregado sin defensa á la codicia de los charlatanes la buena fe de los consumidores. Luego á fin de que nada faltase á tan absurdo contrato, ha dicho á los que debia garantir: ¡Garantíos vosotros mismos!

Como el Sr. Renouard, no creo que los legisladores de todos los tiempos y de todos los países hayan cometido á sabiendas un despojo consagrando los diversos monopolios sobre que gira la economía política. Pero el Sr. Renouard podria tambien convenir conmigo en que los legisladores de todos los tiempos y de todos los países no han comprendido jamás nada de sus propios decretos. Un hombre sordo y ciego habia aprendido á tocar las campanas y á dar cuerda al reloj de su parroquia. Lo cómodo para él en sus funciones de campanero, era que no le daban vértigos ni el ruido de las campanas ni la altura del campanario. Los legisladores de todos los tiempos y de todos los países, para los cuales tengo con el señor Renouard un profundo respeto, se parecen á ese ciego sordo: son la estatua que da las horas en el reloj de todas las locuras humanas.

¡Qué gloria para mí si llegase á hacer reflexionar á esos autómatas! ¡si pudiese hacer comprender que su obra es una tela de Penélope, que están condenados á destejer por un cabo, mientras la continúan por el otro!

Así, mientras se aplaude la creacion de los privilegios, se pide sobre otras cosas la abolicion de otros privilegios, y siempre con el mismo orgullo y el mismísimo contento. El Sr. Say (D. Horacio) quiere libre el comercio de la carne. Entre otras razones, alega este argumento, que es del todo matemático:

«El tablajero que quiere retirarse, busca uno que le compre su establecimiento, y pone naturalmente en cuenta sus utensilios, sus mercancías, su reputacion y su clientela; pero bajo el actual régimen, añade á todo esto el valor de su título, es decir, el del derecho de tomar parte en un monopolio. Ahora bien, ese capital suplementario que paga el tablajero comprador por el título, produce intereses, cosa que no es nueva, y debe por lo tanto cargarlos en el precio de la carne. Luego la limitacion en el número de las tablas, sirve para aumentar el precio de la carne, más bien que para bajarlo.

«No vacilo en afirmar de paso, que lo que digo sobre la venta de la tabla de un carnicero, es aplicable á todo cargo cualquiera que tenga un título vendible.»

Las razones del Sr. Say para la abolicion del privilegio de los carniceros no tienen réplica: son además aplicables á los impresores, notarios, procuradores, alguaciles, escribanos, tasadores judiciales, corredores, agentes de cambio, farmacéuticos y otros, tan bien como á los tablajeros. Pero no destruyen las que han hecho adoptar esos monopolios, y se deducen generalmente de la necesidad de seguridad, de autenticidad y de regularidad que hay para las transacciones, así como de los intereses del comercio y de la salud pública. — El objeto, se me dice, no se ha llenado. — ¡Harto lo sé, Dios mio! dejad el ramo de la carnicería á la concurrencia, y comereis carroña; le haceis un monopolio, y carroña comereis. Este es



el único fruto que podeis esperar de vuestra legislación de monopolios y de privilegios.

¡Abuso! exclaman los economistas reglamentarios. Cread para el comercio una policía de vigilancia, haced obligatorias las marcas de fábrica, castigad la falsificación de los productos, etc.

En la vía en que ha entrado la civilización, por cualquier lado que uno tuerza, va á parar siempre ó al despotismo del monopolio y por consecuencia á la opresión de los consumidores, ó á la aniquilación del privilegio por la acción administrativa, cosa que es ir hácia atrás en economía y disolver las sociedades destruyendo la libertad. ¡Cosa maravillosa! en ese sistema de industria libre, renaciendo los abusos de sus propios remedios, como la piojera, si quisiese el legislador reprimir todos los delitos, vigilar todos los fraudes, asegurar contra todo ataque las personas, las propiedades y la cosa pública; de reforma en reforma llegaría á multiplicar hasta tal punto las funciones improductivas, que ocuparían la nación entera y no habría quien produjese. Todo el mundo pertenecería á la administración, la clase industrial sería un mito. Entonces tal vez reinaría el orden en el monopolio.

« El principio de la ley que hay que hacer sobre las marcas de fábrica, dice el Sr. Renouard, es que esas marcas no puedan ni deban ser transformadas en garante de calidad. » Esta es una consecuencia de la ley sobre privilegios, la cual, como hemos visto, no garante la invención. Adoptado el principio del señor Renouard, ¿de qué sirven las marcas? ¿Qué me importa leer sobre el corcho de una botella, en lugar de *vino de á doce* ó *vino de á quince*, SOCIEDAD ENÓFILA ó el nombre de la fábrica que se quiera? Yo no me cuido de saber el nombre del mercader, sino la calidad y el justo precio de la mercancía.

Se supone, es verdad, que el nombre del fabricante será como un signo abreviado de la buena ó mala fabricación del artículo, de su superior ó mediana calidad. ¿Por qué, pues, no abrazar francamente la opinión de los que piden con la marca de *producción una significativa*? Una reserva tal no se comprende. Las dos especies de marcas tienen el mismo objeto: la segunda no es más que una exposición ó paráfrasis de la primera, un compendio del prospecto del negociante: ¿por qué, pregunto, si su procedencia *significa* algo, no había de determinar la marca esta significación?

El Sr. Wolowski ha desarrollado muy bien esta tesis en su discurso de apertura de 1843 á 1844, cuya sustancia está toda en la siguiente analogía: « Del mismo modo, dice el Sr. Wolowski, que el gobierno ha podido determinar un criterio de *cantidad*, puede y debe fijar un criterio de *calidad*: uno de esos sistemas no puede ménos de ser el complemento del otro. La unidad monetaria, el sistema de pesas y medidas, no ha mermado en nada la libertad industrial: el régimen de las marcas no le mermaría tampoco. » Apóyase en seguida el Sr. Wolowski en la autoridad de los príncipes de la ciencia, A. Smith y J. B. Say: precaución siempre útil para oyentes mucho más sumisos á la autoridad que á la razón.

Declaro, por lo que á mí toca, que estoy del todo por la idea del Sr. Wolowski, y esto porque la encuentro profundamente revolucionaria. No siendo otra cosa la marca, según la expresión del Sr. Wolowski, que un criterio de calidades, equivale para mí á una tarificación general. Porque, bien sea una oficina particular del Estado la que marque el nombre de éste y garantice la calidad de las mercancías, como sucede con los objetos de oro y plata, bien se deje la marca al cuidado del fabricante mismo; dado



el momento en que la marca ha de dar la *composicion intrinseca de la mercancia* (son las propias palabras del Sr. Wolowski) y *garantir al consumidor contra toda sorpresa*, se convierte forzosamente en determinacion de precio, en precio fijo. No es la misma cosa que el precio, puesto que dos productos similares, pero de origen y calidad diferentes, pueden ser de valor igual.—Una pieza de Borgoña, por ejemplo, puede muy bien valer otra de Burdeos; pero siendo significativa la marca conduce al conocimiento exacto del precio, puesto que nos da su análisis. Calcular el precio de una mercancia, es descomponerla en sus partes constituyentes; y esto precisamente ha de hacer la marca de fábrica si se quiere que signifique algo.—Marchamos, por lo tanto, como he dicho, á una tarificacion general.

Pero una tarificacion general no es otra cosa que una determinacion de todos los valores; y hé aquí de nuevo la economía política en contradiccion con sus principios y con sus tendencias. Desgraciadamente, para realizar la reforma del Sr. Wolowski, es preciso empezar por resolver todas las contradicciones anteriores y colocarse en una esfera de asociacion más elevada; y gracias á esta falta de solucion, el sistema del Sr. Wolowski ha sido rechazado por la mayor parte de los economistas.

El régimen de las marcas es efectivamente inaplicable dentro del orden actual, porque siendo contrario á los intereses de los fabricantes, á cuyos hábitos además repugna, no podría subsistir sino por la enérgica y firme voluntad del poder público. Supongamos por un momento que sea la administracion la encargada de poner las marcas: deberán sus agentes intervenir á cada momento en el trabajo como intervienen en el comercio de las bebidas y en la fabricacion de la cerveza; y áun estos, cuya intervencion parece

ya tan importuna y vejatoria, miran sólo las cantidades imponibles, no las calidades objeto de cambio. Esos interventores y peritos fiscales deberán extender su investigacion á todos los detalles para reprimir y prevenir el fraude; y ¿qué fraude? El legislador ó no lo habrá ó lo habrá mal definido; y aquí empieza lo espantoso de la tarea.

No hay fraude en vender vino de la última calidad; pero si le hay en hacer pasar una calidad por otra: estará por lo tanto obligada la administracion á diferenciar las calidades de los vinos, y por consecuencia, á garantizarlos.—¿Es un fraude hacer mezclas? Chaptal, en su tratado del arte de fabricar el vino, las aconseja como eminentemente útiles; y la experiencia prueba por otra parte que ciertos vinos de propiedades repulsivas hasta cierto punto el uno para el otro, que se resisten á formar un solo cuerpo, producen si se los mezcla una bebida ingrata y nociva. Hé aquí ya la administracion obligada á decir qué vinos podrán y cuáles no ser útilmente mezclados. ¿Es un fraude aromatizar, alcoholizar, mojar los vinos? Chaptal lo recomienda tambien; y todo el mundo sabe que estos procedimientos dan ya ventajosos resultados, ya perniciosos y detestables efectos. ¿Qué sustancia se va, pues, á proscribir? ¿en qué casos? ¿en qué proporciones? ¿Se prohibirá el uso de la achicoria para el café, el del azúcar para la cerveza, el del agua, la sidra y el alcohol de 36 grados para el vino?

La Cámara de los diputados, en el informe ensayo de ley que le ha parecido bien hacer este año sobre la falsificacion de los vinos, se ha parado en la mitad de su obra, viéndose vencida por las inextricables dificultades de la cuestion. Ha podido sin obstáculo declarar fraudulenta la introduccion del agua en el vino y la del alcohol que exceda de un 18 por 100, y



luego poner este fraude en la categoría de los delitos. Estaba en el terreno de la ideología, donde no se encuentran jamás tropiezos de ningún género. Pero todo el mundo ha visto en este recrudescimiento de severidad más bien el interés del fisco que el de los consumidores. La Cámara, para vigilar y comprobar el fraude, no se ha atrevido á crear todo un ejército de catadores, ensayadores, etc., y recargar el presupuesto con algunos nuevos millones; y por otro lado, con prohibir aguar y alcoholizar el vino, único medio que tienen los mercaderes fabricantes para poner el vino al alcance de todo el mundo y obtener beneficios, no ha podido ensanchar el mercado disminuyendo los gastos de producción. La Cámara, en una palabra, con perseguir la falsificación de los vinos, no ha hecho sino llevar más allá los límites del fraude. Para que su obra llenase el objeto, sería preciso decir ántes cómo es posible el comercio de vinos sin falsificarlos, y cómo puede el pueblo comprar vino no falsificado; lo que no es ya de la competencia de la Cámara ni está al alcance de su capacidad.

Si se quiere que el consumidor esté garantido, ya sobre el valor, ya sobre la salubridad de las mercancías, es indispensable conocer y determinar todo lo que constituye una buena y sincera producción, estar siempre sobre el fabricante y guiarle en cada uno de sus pasos. El verdadero fabricante entonces no es él, sino vosotros, el Estado.

Habéis, pues, caído en la trampa. O trabajáis la libertad de comercio mezclándoos de mil maneras en la producción, ú os declaráis único productor y único comerciante.

En el primer caso, vejando á todo el mundo, acabáis por sublevar á todo el mundo; y tarde ó temprano, haciéndoos expulsar del terreno económico, quedan abolidas las marcas de fábrica. En el se-

gundo, sustituis en todas partes la acción del poder á la iniciativa del individuo, y obráis contra los principios de la economía política y la constitución de la sociedad. ¿Os decidís por un justo medio? caéis entonces en el favor, en el nepotismo, en la hipocresía, en el peor de los sistemas.

Supongamos ahora que se deje al fabricante el cuidado de marcar. Entonces, aun haciendo obligatorias las marcas perderán poco á poco su *significación* y no serán al fin sino *pruebas de origen*, de procedencia. Se necesita conocer muy poco el comercio para hacerse la ilusión de que un negociante ó un fabricante que usen de procedimientos no susceptibles de privilegio vayan á vender el secreto de su industria, de sus beneficios, de su existencia. Mentirá, por lo tanto, la marca; y no está en poder de la administración que suceda de otra manera. Los emperadores romanos, para descubrir á los cristianos que ocultaban su religión, obligaron á todo el mundo á sacrificar á los ídolos. Hicieron apóstatas y mártires, y los cristianos aumentaron en número. Así sucederá con las marcas significativas, útiles para algunas casas. Engendrarán fraudes y represiones sin número, y no hay que esperar otra cosa. Para que el fabricante indique lealmente la composición intrínseca, es decir, el valor industrial y comercial de su mercancía, es preciso quitarle los peligros de la concurrencia y satisfacer sus instintos de monopolio: ¿podeis? Es preciso además interesar al consumidor en la represión del fraude, lo que es imposible y contradictorio, ínterin el productor no haya perdido todo su interés en hacerlo. Imposible, digo; porque poned de una parte á un consumidor de gusto depravado, China, y de otra un vendedor apasionado, Inglaterra; entre los dos una droga venenosa que exalte y embriague; y á pesar de todas las policías del mundo, tendreis el



comercio del ópio. Contradictorio digo, además, porque en la sociedad el productor y el consumidor no constituyen más que una persona, lo cual quiere decir que ambos están interesados en producir lo que les es nocivo; y como para cada uno el consumo viene inmediatamente despues de la produccion y la venta, pactarán todos para poner á salvo el primer interés, procurando ponerse respectivamente en guardia contra el segundo.

El pensamiento que ha sugerido las marcas de fábrica, es del mismo origen que el que dictó en otro tiempo las leyes de máximum. Es esta aún una de las innumerables encrucijadas de la economía política.

Es sabido que las leyes de máximum, hechas todas y motivadas por sus autores con el objeto de remediar la carestía, han tenido por resultado invariable agravarla. Así, los economistas acusan esas aborrecidas leyes, no de injustas ni de hechas con mala intencion, sino de torpes, de impolíticas. Pero ¿qué contradictoria no es la teoría que les oponen?

Para remediar la carestía, es preciso llamar los productos, ó por mejor decir, hacerlos salir al mercado; y hasta aquí están en lo justo. Para que los productos parezcan, hay que atraer con beneficios á los que los poseen, suscitar su concurrencia y asegurarles una completa libertad en el mercado: este procedimiento, ¿no parece ya ser de la más absurda homeopatía? ¿Cómo concebir que cuanto más se me desuelle, más pronto estaré surtido? Dejad hacer, se dice, dejad pasar, dejad obrar la concurrencia y el monopolio, sobre todo en los tiempos de carestía, aún cuando ésta proceda de la concurrencia y del monopolio. ¡Qué lógica! y sobre todo, ¡qué moral!

Mas ¿por qué no se habia de hacer entónces un arancel para los colonos, como le hay para los ta-

honeros? ¿Por qué no inspeccionar la siembra, la siega, la vendimia, los forrajes, el ganado, como hay un timbre para los periódicos; las circulares y los efectos de comercio, como hay una policía para los fabricantes de cerveza y los taberneros?... En el sistema del monopolio seria esto, lo confieso, un aumento de tortura; pero con nuestra tendencia al comercio desleal y la disposicion del poder á aumentar incesantemente su personal y su presupuesto, se hace cada dia más indispensable una ley investigadora para las cosechas.

Por lo demás, seria difícil decir cuál de los dos engendra más males en los tiempos de carestía, si el libre comercio ó el máximum.

Pero cualquiera que sea el partido que se escoja, y no es posible salir de esta alternativa, la decepcion es segura y el desastre inmenso. Con el máximum, se ocultan los artículos para la subsistencia; creciendo el terror por efecto de la misma ley, suben de precio, y pronto la circulacion se pára y sobreviene la catástrofe, rápida é implacable como una razzia. Con la concurrencia, la marcha del azote es más lenta, pero no ménos funesta: ¡qué de gentes extenuadas ó muertas de hambre ántes que haya atraído el alza los comestibles! ¡Cuántas más, desolladas despues de venidos! Es esto la historia de ese rey á quien Dios, en castigo de su orgullo, presentó la alternativa de tres dias de peste, tres meses de hambre, ó tres años de guerra. David escogió lo más corto; los economistas prefieren lo más largo. El hombre es tan miserable, que quiere más morir tísico que apoplético: le parece que no muere tanto. Esta es la razon que ha hecho exagerar tanto los inconvenientes del máximum y los beneficios del comercio libre.

Por lo demás, si Francia desde hace veinticinco años no ha padecido una carestía general, no es debido á



la libertad de comercio; que sabe muy bien, cuando quiere, producir en el lleno el vaso; y en el seno de la abundancia hacer réinar el hambre; sino al hecho de haberse perfeccionado las vías de comunicacion, que acortando las distancias, restablecen pronto el equilibrio luego de perturbado por una penuria local. Ejemplo ostensible de tan triste verdad es que en la sociedad no es jamás el bienestar general efecto de una conspiracion de las voluntades particulares.

— Cuanto más se profundice ese sistema de transacciones ilusorias entre el monopolio y la sociedad, es decir, como hemos explicado en el párrafo 1.º de este capítulo, entre el capital y el trabajo, entre patricios y proletarios; más se ve que todo está en el previsto, anegado y ejecutado según esa máxima infernal, que no concieron Hobbes y Maquiavelo, esos teóricos del despotismo: todo por un pueblo y contra el pueblo. Mientras el trabajo produce, el capital, bajo la máscara de una falsa fecundidad, goza y abusa. Ofreciendo el legislador su mediacion, que queridos traer al privilegiado pulos sentimientos de fraternidad; y rodear al trabajador de garantías, y se encuentra ahora, por la contradicción fatal de los intereses, con que cada una de esas garantías es un instrumento de suplicio. Se necesitarían cien volúmenes para contar los crímenes que por este concepto ha cometido el Estado para con el pobre, y la infinita variedad de tormentos que le ha infligido. Una cojada sumaria sobre las principales categorías de la policía; bastará para hacernos conocer su economía y su espíritu. Este tanto enim non sup eesseq  
— Después de haber turbado los entendimientos con un caos de leyes civiles, comerciales y administrativas; después de haberlos durcido, multiplicado las contradicciones, la acción de lo justo; después de haber

ber hecho necesaria para la explicación de este sistema toda una casta de intérpretes, ha sido preciso aún organizar la represion de los delitos, no procurar su castigo. La justicia criminal, esa bría borden de la gran familia de los improductivos, cuyos sostenes ésta á Francia por año más de 30 millones de francos, ha venido á ser para la sociedad un principio de existencia tan necesario como el pan para la vida del hombre; pero con la diferencia de que el hombre vive del producto de sus manos, mientras que la sociedad devora sus miembros y se nutre de su propia carne.

Cuéntanse, según algunos economistas: obio

En Londres...	1 criminal por cada	89 habitantes.	10, 12 A
En Liverpool..	1 — por	45	100 onia
En Newcastle..	1 — por	27	100 eb

Pero esas cifras carecen de exactitud, y por espantosas que parezcan, no indican el verdadero grado de perversion social por las leyes de policía. No se trata sólo de determinar aquí el número de los culpables reconocidos, sino el de los delitos. El trabajo de los tribunales criminales, no es sino un mecanismo particular que sirve para poner de relieve la destruccion moral de la humanidad bajo el régimen del monopolio; pero esta exhibicion oficial está lejos de abrazar la calamidad en toda su extension. Hé aquí otras cifras que podrán conducirnos á una aproximacion más cierta.

Los tribunales correccionales de París han juzgado:

En 1835.....	106.467 procesos.
En 1836.....	128.489 —
En 1837.....	140.247 —

Supongamos que haya continuado la progresion hasta 1846, y que á ese total de causas correcciona-



les se añadan las que van al jurado, las de faltas, y los delitos no conocidos ó que quedan impunes, delitos cuya cantidad excede en mucho, al decir de los magistrados, de la de los que caen bajo la acción de la justicia, y llegaremos á que se cometen en un año en la sola ciudad de París más infracciones de ley que habitantes hay. Y como del número de los autores presuntos de esas infracciones hay que deducir necesariamente los niños de siete años abajo, que están fuera de los límites de la culpabilidad, se deberá deducir que cada ciudadano adulto delinque tres ó cuatro veces por año contra el orden establecido.

Así, el sistema propietario no se sostiene en París, sino con la consumación anual de uno ó dos millones de delitos. Ahora bien, aún cuando todos estos delitos fuesen cometidos por un solo hombre, el argumento siempre subsistiría: sería este hombre el chivo emisario cargado de los pecados de Israel: ¿qué importa el número de culpables desde el instante en que tiene la justicia su contingente?

La violencia, el perjurio, el robo, la estafa, el desprecio de las personas y de la sociedad son hasta tal punto de la esencia del monopolio, derivan de él de una manera tan natural, con una regularidad tan perfecta, y según leyes tan seguras, que se ha podido sujetar su perpetración al cálculo, y dada la cifra de una población, y el estado de su industria y de sus luces, se deduce rigurosamente la estadística de la moral. Los economistas no saben aún cuál es el principio del valor; pero conocen, algunos decimales más ó menos, la proporcionalidad del crimen. Tantas mil almas, tantos malhechores, tantas condenas: la cuenta no marra. Es una de las más bellas aplicaciones del cálculo de las probabilidades, y el ramo más adelantado de la ciencia económica. Si

el socialismo hubiera inventado esa teoría acusadora, todo el mundo le habría señalado como reo de calumnia.

¿Qué hay aquí, por lo demás, que deba sorprendernos? Así como la miseria es un resultado necesario de las contradicciones de la sociedad, resultado que es posible determinar matemáticamente por el tipo del interés, la cifra de los salarios y los precios de comercio; así los crímenes y delitos son otro efecto de este mismo antagonismo, susceptible de cálculo como la causa que lo produce. Los materialistas han deducido las más necias consecuencias de esa subordinación de la libertad á las leyes de los números; ¡cómo si el hombre no estuviese bajo la influencia de cuanto le rodea, y estando lo que le rodea regido por leyes fatales, no debiese experimentar en sus más libres manifestaciones las resultas de esas leyes!

El carácter de necesidad que acabamos de señalar en el establecimiento y en las causas que alimentan la justicia criminal, se presenta también, aunque bajo un aspecto más metafísico, en la moralidad de la justicia misma.

Según todos los moralistas, la pena debe ser tal, que procure la enmienda del culpable, y por consiguiente, se aleje de todo lo que podría degradarle. Léjos de mí el pensamiento de combatir esa buena y provechosa tendencia de los espíritus, ni de denigrar ensayos que habrían constituido la gloria de los más grandes hombres de la antigüedad. La filantropía, á pesar de las veces que se trata de ponerla en ridículo, pasará á los ojos de la posteridad como el rasgo más honroso de nuestra época: la abolición de la pena de muerte, sólo aplazada, la de la marca, los estudios hechos sobre el régimen celular, el establecimiento de talleres en las cárceles, otra multitud



de reformas que no puedo ni siquiera citar, atestiguan un progreso real en nuestras ideas y en nuestras costumbres. Lo que el autor del cristianismo, en un arranque de amor sublime, contaba de su místico reino, donde el pecador arrepentido debía tener más gloria que el justo inocente, esa utopia de la caridad cristiana, ha pasado á ser el deseo de nuestra sociedad incrédula; y cuando uno piensa en la unanimidad de sentimientos que sobre este punto reina, se pregunta con sorpresa quién puede impedir que esa aspiracion no se realice.

¡Ay! es que la razon es aún más fuerte que el amor, y la lógica más tenaz que el crimen: sobre esto, como sobre todo, reina una contradiccion insoluble en nuestra civilizacion. No vayamos, pues, á perdernos en mundos fantásticos; abracemos en su espantosa desnudez la realidad.

*El crimen, no la pena, afrenta,*

dice el proverbio. Por el solo hecho de haber sido castigado, con tal que lo haya merecido, el hombre está degradado á los ojos de todos: le infama la pena, no por la definicion que de ella hace el Código, sino por la falta que ha motivado el castigo. ¿Qué importa, por lo tanto, la materialidad del suplicio? ¿qué todos vuestros sistemas penitenciarios? Cuanto haceis puede satisfacer vuestra sensibilidad, pero en nada rehabilitar al desgraciado sobre el que vuestra justicia ha dejado caer su mano. El culpable, una vez manchado por el castigo, es incapaz de reconciliacion: su mancha es indeleble, su condenacion eterna. Si pudiese ser de otra manera, la pena dejaria de ser proporcionada al delito; no seria más que una ficcion, no seria nada. El que arrastrado por la miseria comete un pequeño hurto, como se deje alcanzar por la justicia, se convierte para siempre jamás en ene-

migo de Dios y de los hombres; más le valiera no haber venido al mundo. Lo ha dicho Jesucristo: *Bonum erat ei si natus non fuisset homo ille*. Y lo que ha pronunciado Cristo no dejan de realizarlo cristianos é infieles; la irremisibilidad de la afrenta es la única revelacion del Evangelio que ha entendido el mundo propietario. Así, separado de la naturaleza por el monopolio, arrancado de la humanidad por la miseria, madre del delito y de la pena, ¿qué refugio le queda al plebeyo que no halla su sustento en el trabajo y no es bastante fuerte para tomárselo?

Para hacer esa guerra ofensiva y defensiva contra el proletariado, era indispensable una fuerza pública: el poder ejecutivo ha nacido de las necesidades de la legislacion civil, de la administracion y de la justicia. Y en esto, aún las más bellas esperanzas se han convertido en amargas decepciones.

Como el legislador, como el burgomaestre y como el juez, el príncipe se ha hecho representante de la autoridad divina. Defensor del pobre, de la viuda y del huérfano, ha prometido hacer reinar la libertad y la igualdad al rededor del trono, ayudar al trabajo y escuchar la voz del pueblo. Y el pueblo se ha echado con amor en los brazos del poder; y cuando la experiencia le ha hecho sentir que el poder estaba contra él, en vez de quejarse de la institucion, se ha puesto á acusar al príncipe; sin querer comprender jamás que siendo el príncipe por naturaleza y por destino el jefe de los improductivos y el mayor de los monopolizadores, era imposible, por mucho que lo deseara, que tomase partido ni hiciese causa con el pueblo.

Toda crítica, ya de la forma, ya de los actos del gobierno, conduce á esta contradiccion esencial. Y cuando pretendidos teóricos de la soberania del pueblo sostienen que el remedio contra la tiranía del poder consiste en hacerle emanar del sufragio del



pueblo, no hacen sino lo que la ardilla, dar vueltas á su jaula. Porque desde el momento en que se conservan las condiciones constitutivas del poder, es decir, la autoridad, la propiedad, la jerarquía, el sufragio del pueblo no es ya más que el consentimiento del pueblo en su opresion, lo cual es puro charlatanismo.

En el sistema de la autoridad, cualquiera que sea por otra parte su origen, monárquico ó democrático, el poder es el órgano noble de la sociedad: por él vive ésta y se mueve; de él emana toda iniciativa; obra suya son todo orden, todo género de perfecciones. Segun las definiciones de la ciencia económica, definiciones conformes á la realidad de las cosas, el poder es por lo contrario la serie de los improductivos que debe la organizacion social tender á reducir indefinidamente. ¿Cómo habria, pues, de poder realizarse con el principio de autoridad, tan querido de los demócratas, el voto de la economía política, que es tambien el del pueblo? ¿Cómo el gobierno, que en esa hipótesis lo es todo, habria de venir á convertirse en un servidor obediente, en un órgano subalterno? ¿Cómo habria de recibir el poder sólo para debilitarle, ni trabajar por su propia eliminacion en aras del orden? ¿Cómo no ocuparse más bien en fortalecerlo, en aumentar su personal, en obtener incesantemente nuevos subsidios, y finalmente, en emanciparse de la dependencia del pueblo, término fatal de todo poder nacido del pueblo?

Se dice que el pueblo, nombrando sus legisladores y notificando por ellos su voluntad al poder, se hallará siempre en estado de detener sus invasiones, y así desempeñará á la vez el papel de príncipe y el de soberano. Esta es, en dos palabras, la utopia de los demócratas, la eterna mistificacion con que alucinan al proletariado.

Mas ¿hará el pueblo leyes contra el poder, contra el principio de autoridad y de jerarquía, que es el principio de la sociedad misma, contra la libertad y la propiedad? En la hipótesis de que hablamos, es esto más que imposible, es contradictorio. Luego se conservará la propiedad, el monopolio, la concurrencia, los privilegios industriales, la desigualdad de las fortunas, la preponderancia del capital, la centralizacion jerárquica, que todo lo aplasta, la opresion administrativa, la arbitrariedad legal; y como es imposible que un gobierno no obre en el sentido de su principio, el capital quedará como ántes, siendo el Dios de la sociedad; y el pueblo, siempre explotado, siempre envilecido, no habrá ganado en el ensayo de su soberanía sino la demostracion de su impotencia.

En vano los partidarios del poder, todos esos doctrinarios dinástico-republicanos que no se diferencian sino por la táctica, se lisonjean de reformarlo todo, una vez apoderados del gobierno. ¿Qué han de hacer?

¿Reformar la Constitucion?—Es imposible. Aun cuando la nacion en masa entrase en la Asamblea Constituyente, no saldria de ella sino despues de haber votado bajo otra forma su servidumbre ó decretado su propia disolucion.

¿Rehacer el código, obra del emperador, sustancia pura del derecho romano y de la costumbre?—Es imposible. ¿Qué vais á poner en lugar de vuestras rutinas propietarias, fuera de las cuales no veis ni oís nada? ¿en lugar de nuestras leyes de monopolio, cuyo círculo no puede traspasar vuestra imaginacion? Hace más de medio siglo que la monarquía y la democracia, esas dos sibilas que nos ha legado la antigüedad, han emprendido la tarea de poner de acuerdo sus oráculos por medio de una transaccion



constitucional: desde que la sabiduría del principio se ha puesto al compás de la voz del pueblo, ¿qué revelación hemos tenido? ¿Qué privilegio de orden se ha descubierto? ¿Qué hilo de Ariadna se ha encontrado para salir del laberinto del privilegio? Antes de haber firmado príncipe y pueblo este extraño pacto, ¿en qué dejaban de parecerse sus ideas? Y después de haberse esforzado cada uno de los dos en romperlo, ¿en qué difieren?

¿Disminuir los cargos públicos, repartir la contribución de una manera más equitativa?—Es imposible. Para las contribuciones, como para el ejército, tendrá que dar siempre el hombre del pueblo más de lo que le toca.

¿Reglamentar el monopolio, poner freno á la concurrencia? Es imposible. Matariais la producción.

¿Abrir nuevos mercados?—Es imposible (\*).

¿Organizar el crédito?—Es imposible (\*\*).

¿Atacar la herencia?—Es imposible (\*\*).

¿Crear talleres nacionales, asegurar á falta de trabajo un minimum á los obreros, señalarles una parte en los beneficios?—Es imposible. Está en la naturaleza del gobierno que no pueda ocuparse del trabajo sin encadenar á los trabajadores, como no se ocupa de los productos sino para cobrar su diezmo.

¿Reparar, por medio de un sistema de indemnización, los efectos desastrosos de las máquinas?—Es imposible.

¿Combatir con reglamentos la embrutecedora influencia de la división del trabajo?—Es imposible.

¿Hacer gozar al pueblo de los beneficios de la enseñanza?—Es imposible.

(\*) V. tom. II, cap. IX.

(\*\*) V. tom. II, cap. X.

(\*\*\*) V. tom. II, cap. XI.

¿Redactar un arancel para las mercancías y los salarios, y fijar por decreto de la autoridad suprema el valor de las cosas?—Es imposible, es imposible.

De cuantas reformas solicita la sociedad, en medio de su pobreza y su abandono, ni una sola es de la competencia del poder, ni una sola puede ser por él realizada: repugna á su esencia, y el hombre no puede unir lo que Dios ha separado.

A lo ménos, dirán los partidarios de la iniciativa del gobierno, reconocereis con nosotros, que para llevar á cabo la revolución prometida por el desarrollo de las antinomias, sería el poder un auxiliar muy poderoso. ¿Por qué, pues, oponeros á una reforma que, poniendo el poder en manos del pueblo, secundaria tan admirablemente nuestras miras? La reforma social es el objeto; la reforma política, el instrumento; ¿por qué, si quereis el fin, rechazais el medio?

Tal es hoy la manera de raciocinar de la prensa democrática, á la cual de todo corazón doy gracias por haber proclamado al fin con esa profesión de fe casi socialista, la nada de sus teorías. Resulta, pues, que la democracia reclama en nombre de la ciencia, por preliminar de la reforma social, una reforma política. Mas la ciencia protesta contra este subterfugio para ella injurioso, rechaza toda alianza con la política, y lejos de esperar de ella el menor auxilio, cree justamente que ha de empezar por la política la serie de sus exclusiones.

¡Cuán poca afinidad tiene el espíritu del hombre por lo verdadero! Cuando veo á la democracia, socialista de la víspera, pidiendo sin cesar, para combatir la influencia del capital, el capital; para remedio de la miseria, la riqueza; para organizar la libertad, el abandono de la libertad; para reformar la sociedad, la reforma del gobierno; cuando la veo, digo, encargarse de la sociedad con tal que se echen á un lado



ó estén resueltas las cuestiones sociales; me parece oír á una de esas gitanas que dicen la buena ventura, y ántes de contestar á las preguntas de sus consultores, empiezan por enterarse de su edad, de su estado, de su familia, y de todos los accidentes de su vida. ¡Ea, miserable hechicera, si tú conoces el porvenir, tú sabes quién soy y lo que quiero: ¿por qué me lo preguntas?

Contestaré, pues, á los demócratas: si conoceis el uso que debéis hacer del poder; si sabeis cómo el poder ha de ser organizado, poseéis la ciencia económica. Ahora bien: si poseéis la ciencia económica; si teneis la clave de sus contradicciones; si os halláis en estado de organizar el trabajo; si habeis estudiado las leyes del cambio, no teneis necesidad de los capitales de la nación ni de la fuerza pública. Sois desde luego más poderosos que el dinero; más fuertes que el poder. Porque puesto que están con vosotros los trabajadores, sois por esto sólo dueños de la producción; teneis encadenado el comercio, la industria y la agricultura; disponeis de todo el capital social; sois los árbitros de las contribuciones; bloqueais el poder y pisoteais el monopolio. ¿Qué otra iniciativa, qué autoridad más grande podeis reclamar? ¿Quién os impide la aplicacion de vuestras teorías?

No es, á buen seguro, la economía política, aunque generalmente seguida y acreditada; puesto que en la economía política, teniendo todo un lado verdadero y un lado falso, se reduce el problema para vosotros á combinar los elementos económicos de suerte que no sea ya contradictorio su conjunto.

No es tampoco la ley civil, puesto que consagrando esta ley la rutina económica sólo por sus ventajas y á pesar de sus inconvenientes, es susceptible, como la misma economía política, de plegarse á todas las

exigencias de una síntesis exacta, y no puede, por consiguiente, seros más favorable.

Finalmente, no es tampoco el poder, que, siendo la última expresion del antagonismo, y estando creado sólo para defender la ley, no podría servir de obstáculo sino abjurándose, negándose á sí mismo.

¿Quién, pues, repito, os detiene?

Si poseeis la ciencia social, sabeis que el problema de la asociacion consiste en organizar no sólo á los *improductivos*—gracias á Dios, poco queda que hacer por ese lado;—sino tambien á los *productores*, y por medio de esta organizacion, someter el capital y subalternizar el poder. Tal es la guerra que teneis que sostener: guerra del trabajo contra el capital; guerra de la libertad contra la autoridad; guerra del productor contra el improductivo; guerra de la igualdad contra el privilegio. Lo que pedís para llevar á feliz término la guerra, es precisamente lo que debéis combatir. Ahora bien, para combatir y reducir el poder; para ponerle en el lugar que en la sociedad le corresponde, no sirve de nada cambiar los depositarios del poder, ni introducir alguna variante en sus maniobras; es preciso encontrar una combinacion agrícola é industrial, por cuyo medio el poder, de dominador que es hoy de la sociedad, pase á ser su esclavo. ¿Teneis el secreto de esa combinacion?

¿Pero qué digo? Esto es precisamente lo que no consentís. Como no podeis concebir la sociedad sin jerarquía, os habeis hecho los apóstoles de la autoridad: adoradores del poder, no pensais más que en fortalecerle y en mutilar la libertad; vuestra máxima favorita es que hay que procurar el bien del pueblo á pesar del pueblo; y en lugar de proceder á la reforma social exterminando el poder y la política,



necesitais de una reconstitucion de la política y del poder. Luego, por una serie de contradicciones que prueban vuestra buena fe, pero cuyo carácter ilusorio conocen bien los verdaderos amigos del poder, los aristócratas y los monárquicos, vuestros rivales, nos prometéis por medio del poder economías, reparto equitativo de las contribuciones, proteccion al trabajo, enseñanza gratuita, sufragio universal, y todas las utopías antipáticas á la autoridad y la propiedad. Así el poder, en vuestras manos, ha estado en constante peligro: por esto no habeis podido jamás conservarle; por esto el 18 de Brumario han bastado cuatro hombres para quitároslo, y no está dispuesta á devolvérselo la clase media, que ama como vosotros el poder y quiere un poder fuerte.

Así el poder, instrumento de la fuerza colectiva, creado en la sociedad para servir de mediador entre el trabajo y el privilegio, se encuentra fatalmente encadenado al capital y dirigido contra el proletariado. No hay reforma política que pueda resolver esta contradiccion, puesto que por confesion de los mismos políticos, una reforma tal no conduciría sino á dar más energía y extension al poder; y á ménos de destruir la jerarquía y disolver la sociedad, no podría tocar el poder á las prerogativas del monopolio. Consiste, pues, el problema para las clases trabajadoras, no en conquistar, sino en vencer á la vez el poder y el monopolio, lo cual es lo mismo que hacer surgir de las entrañas del pueblo, de las profundidades del trabajo, una autoridad mayor, un hecho más poderoso, que envuelva el capital y el Estado, y los subyugue. Todo proyecto de reforma que no llene esta condicion, no es sino un azote más, una vara de centinela, *virgam vigilantem*, como decia un profeta, que amanaza al proletariado.

El coronamiento de este sistema es la religion. No

tengo por qué ocuparme aquí del valor filosófico de las opiniones religiosas, ni por qué contar su historia, ni por qué buscar su interpretacion. Me limito á considerar el origen económico de la religion misma, el lazo secreto que la une á la administracion, el lugar que ocupa en la serie de las manifestaciones sociales.

Desesperando el hombre de encontrar el equilibrio de sus potencias, se lanza, por decirlo así, fuera de sí mismo, y busca en lo infinito esa suprema armonía cuya realizacion es para él el más alto grado de la razon, de la fuerza y de la dicha. No pudiendo ponerse de acuerdo consigo, se arrodilla y reza. Reza, y su plegaria, himno cantado á Dios, es una blasfemia contra la sociedad.

De Dios, se dice el hombre, me viene la autoridad y el poder: obedezcamos, pues, á Dios y al príncipe. *Obedite Deo et principibus*.—De Dios me viene la ley y la justicia, *Per me reges regnant et potentes decernunt justitiam*: respetemos lo que ha dicho el legislador y el magistrado. Dios hace prosperar el trabajo, levanta y derriba las fortunas: ¡cúmplase su voluntad! *Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum*. Dios me castiga cuando me devora la miseria, y sufro persecucion por la justicia: recibamos con respeto los azotes de que se sirve su misericordia para purificarnos. *Humiliamini igitur sub potenti manu Dei*. Esta vida que Dios me ha dado, no es más que una prueba que me conduce á la salvacion: huyamos del placer, amemos y busquemos el dolor, hagamos de la penitencia nuestra delicia. La tristeza que nos viene por la injusticia es una gracia del cielo: ¡felices los que lloran! *¡Beati qui lugent!... Hæc est enim gratia, si quis sustinet tristitias, patiens injuste*.

Hace un siglo que un misionero, predicando ante



un auditorio compuesto de banqueros y de grandes señores, hizo de esta odiosa moral el juicio merecido. «¿Qué he hecho yo? exclamaba con lágrimas. He contristado á los pobres, los mejores amigos de Dios. He predicado los rigores de la penitencia ante desgraciados que carecían de pan. Aquí donde no veo más que poderosos y ricos; aquí donde no veo más que opresores de la humanidad doliente, debería hacer estallar la palabra de Dios en toda su fuerza de trueno.»

Reconozcamos, sin embargo, que la teoría de la resignacion ha servido á la sociedad impidiendo la rebelion de los pueblos. La religion, consagrando con el derecho divino la inviolabilidad del poder y del privilegio, ha dado á la humanidad fuerza para continuar su camino y apurar sus contradicciones. Sin esa venda echada á los ojos del pueblo, la sociedad se habria disuelto mil veces. Era preciso que alguien sufriese para que ella curara; y la religion, consoladora de los afligidos, ha decidido al pueblo á sufrir. Este sufrimiento nos ha conducido á donde estamos: la civilizacion, que debe al trabajador todas sus maravillas, debe aún á su sacrificio voluntario su porvenir y su existencia. *Oblatus est quia ipse voluit, et livore ejus sanati sumus.*

¡Oh pueblo de trabajadores! ¡pueblo desheredado, vejado, proscrito! ¡pueblo á quien se encarcela, se juzga, se mata! ¡pueblo objeto de mofa y de infamia! ¿Ignoras acaso que hay un término hasta para la paciencia, hasta para el sacrificio? ¿No cesarás de prestar oídos á esos oradores del misticismo que te dicen que reces y esperes predicándote la salvacion, ya por el poder, ya por la religion, oradores que te cautivan con lo vehemente y sonoro de su palabra? Tu destino es un enigma que no pueden resolver ni la fuerza física, ni el valor moral, ni las alucinacio-

nes del entusiasmo, ni la exaltacion de sentimiento alguno. Los que te dicen lo contrario te engañan, y todos sus discursos sirven tan sólo para retardar la hora de tu emancipacion, que está para dar. ¿Qué valen el entusiasmo ni el sentimiento, qué una vana poesia en lucha con la necesidad? Para vencer la necesidad no hay más que la necesidad misma, última razon de la naturaleza, esencia pura de la materia y del espíritu.

Así la contradiccion del valor, nacida de la necesidad del libre albedrío, habia de ser vencida por la proporcionalidad del valor, otra necesidad producida por la union de la libertad y de la inteligencia. Mas para que esa victoria del trabajo inteligente y libre produjese todas sus consecuencias, era necesario que la sociedad atravesase una larga peripecia de tormentos.

Habia, pues, necesidad de que el trabajo, á fin de aumentar su poder, se dividiese; y necesidad de que el trabajador, por el hecho mismo de esta division, se degradase y se empobreciese.

Habia necesidad de que esa division primordial se reconstituyera en instrumentos y combinaciones sabias, y necesidad de que subalternado el trabajador por esta reconstruccion, perdiese con el salario legítimo hasta el ejercicio de la industria que le alimentaba.

Habia necesidad de que la concurrencia viniese entónces á emancipar la libertad próxima á perecer, y necesidad de que esa emancipacion condujese á una vasta eliminacion de trabajadores.

Habia necesidad de que el productor, ennoblecido por su arte, como lo estaba en otro tiempo el guerrero por sus armas, enarbolase muy alto su bandera, á fin de que el valor del hombre no fuese ménos objeto de honor en el trabajo que en la guerra, y nece-



sidad de que del privilegio naciese al punto el proletariado.

Habia necesidad de que tomase entónces la sociedad bajo su proteccion al plebeyo vencido, mendigo y sin hogar, y necesidad de que esa proteccion se convirtiese en una nueva serie de suplicios.

Encontraremos aún en nuestro camino otras necesidades, que irán desapareciendo todas como las primeras, bajo necesidades mayores, hasta que venga por fin la ecuacion general, la necesidad suprema, el hecho triunfador, que ha de establecer para siempre jamás el reinado del trabajo.

Pero esta solucion no puede ser hija ni de un golpe de mano, ni de una vana transaccion. Es tan imposible asociar el trabajo y el capital, como producir sin capital y sin trabajo;—tan imposible crear la igualdad por medio del poder, como suprimir el poder y la igualdad, y constituir una sociedad sin pueblo ni policía.

Es indispensable, repito, que una FUERZA MAYOR invierta las fórmulas actuales de la sociedad; que el TRABAJO y no la bravura ni los sufragios de los trabajadores, por una combinacion sábia, legal, inmortal, ineluctable, someta el capital al pueblo y le entregue el poder.

### CAPÍTULO VIII.

DE LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE Y DE DIOS BAJO LA LEY DE LA CONTRADICCION, Ó SOLUCION DEL PROBLEMA DE LA PROVIDENCIA.

Los antiguos acusaban de la existencia del mal en el mundo la naturaleza humana.

La teología del cristianismo no ha hecho más que desarrollar á su modo el mismo tema; y como esa teología resume todo el período religioso que se extiende desde el origen de la sociedad hasta nosotros, se puede decir que el dogma de la prevaricacion original, teniendo en su favor el asentimiento del género humano, adquiere por esto mismo el más alto grado de probabilidad.

Así, segun todos los testimonios que tenemos de la antigua sabiduría, defendiendo cada pueblo como excelentes sus propias instituciones y glorificándolas, no hay que remontar la causa del mal á las religiones, ni á los gobiernos, ni á las costumbres tradicionales acogidas por el respeto de las generaciones, sino á una perversion primitiva, á una especie de malicia congénita de la voluntad del hombre. En cuanto á saber cómo ha podido pervertirse y corromperse un sér desde su *origen*, los antiguos salian de la dificultad por medio de apólogos: la manzana de Eva y la caja de Pandora han quedado siendo célebres entre sus soluciones simbólicas.

No sólo habia, pues, sentado la antigüedad en sus mitos la cuestion del origen del mal; la habia resuelto por otro mito, afirmando sin vacilar la criminalidad *ab ovo* de nuestra especie.

Los filósofos modernos han elevado contra el dogma cristiano otro no ménos oscuro, el de la depravacion por la sociedad. *El hombre ha nacido bueno*, exclama Rousseau, en su estilo magistral; *pero la sociedad*, es decir, las formas y las instituciones de la sociedad, *le depravan*. En esos términos está formulada la paradoja, ó por mejor decir, la protesta del filósofo de Ginebra.

Ahora bien, es evidente que esta idea no es más que la inversa de la antigua hipótesis. Los antiguos acusaban al hombre individual, Rousseau al hombre



sidad de que del privilegio naciese al punto el proletariado.

Habia necesidad de que tomase entónces la sociedad bajo su proteccion al plebeyo vencido, mendigo y sin hogar, y necesidad de que esa proteccion se convirtiese en una nueva serie de suplicios.

Encontraremos aún en nuestro camino otras necesidades, que irán desapareciendo todas como las primeras, bajo necesidades mayores, hasta que venga por fin la ecuacion general, la necesidad suprema, el hecho triunfador, que ha de establecer para siempre jamás el reinado del trabajo.

Pero esta solucion no puede ser hija ni de un golpe de mano, ni de una vana transaccion. Es tan imposible asociar el trabajo y el capital, como producir sin capital y sin trabajo;—tan imposible crear la igualdad por medio del poder, como suprimir el poder y la igualdad, y constituir una sociedad sin pueblo ni policía.

Es indispensable, repito, que una FUERZA MAYOR invierta las fórmulas actuales de la sociedad; que el TRABAJO y no la bravura ni los sufragios de los trabajadores, por una combinacion sábia, legal, inmortal, ineluctable, someta el capital al pueblo y le entregue el poder.

### CAPÍTULO VIII.

DE LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE Y DE DIOS BAJO LA LEY DE LA CONTRADICCION, Ó SOLUCION DEL PROBLEMA DE LA PROVIDENCIA.

Los antiguos acusaban de la existencia del mal en el mundo la naturaleza humana.

La teología del cristianismo no ha hecho más que desarrollar á su modo el mismo tema; y como esa teología resume todo el período religioso que se extiende desde el origen de la sociedad hasta nosotros, se puede decir que el dogma de la prevaricacion original, teniendo en su favor el asentimiento del género humano, adquiere por esto mismo el más alto grado de probabilidad.

Así, segun todos los testimonios que tenemos de la antigua sabiduría, defendiendo cada pueblo como excelentes sus propias instituciones y glorificándolas, no hay que remontar la causa del mal á las religiones, ni á los gobiernos, ni á las costumbres tradicionales acogidas por el respeto de las generaciones, sino á una perversion primitiva, á una especie de malicia congénita de la voluntad del hombre. En cuanto á saber cómo ha podido pervertirse y corromperse un sér desde su *origen*, los antiguos salian de la dificultad por medio de apólogos: la manzana de Eva y la caja de Pandora han quedado siendo célebres entre sus soluciones simbólicas.

No sólo habia, pues, sentado la antigüedad en sus mitos la cuestion del origen del mal; la habia resuelto por otro mito, afirmando sin vacilar la criminalidad *ab ovo* de nuestra especie.

Los filósofos modernos han elevado contra el dogma cristiano otro no ménos oscuro, el de la depravacion por la sociedad. *El hombre ha nacido bueno*, exclama Rousseau, en su estilo magistral; *pero la sociedad*, es decir, las formas y las instituciones de la sociedad, *le depravan*. En esos términos está formulada la paradoja, ó por mejor decir, la protesta del filósofo de Ginebra.

Ahora bien, es evidente que esta idea no es más que la inversa de la antigua hipótesis. Los antiguos acusaban al hombre individual, Rousseau al hombre



colectivo: en el fondo se ve siempre una misma proposición, una proposición absurda.

A pesar de la identidad fundamental del principio, la fórmula de Rousseau era, sin embargo, un progreso, precisamente porque era una oposición; así fué recibida con entusiasmo, y vino á ser la señal de una reacción llena de antilogías y de inconsecuencias. ¡Cosa singular! á ese anatema fulminado contra la sociedad por el autor del *Emilio* remonta el socialismo moderno.

De setenta á ochenta años acá el principio de la perversión social ha sido explotado y popularizado por diversos sectarios, que sin dejar de copiar á Rousseau, rechazan con todas sus fuerzas la filosofía antisocial de ese publicista, no advirtiendo que por el solo hecho de que aspiran á reformar la sociedad, son como él antisociales ó insociables. Curioso espectáculo es ver á esos pseudo-novadores condenando con Juan Jacobo monarquía, democracia, propiedad, comunismo, tuyo y mio, monopolio, salariado, policía, contribuciones, lujo, comercio, dinero, todo lo que en una palabra constituye la sociedad, y sin lo cual no podría ser la sociedad concebida; y luego acusando de misantropía y de paralogismo á ese mismo Juan Jacobo, porque despues de haber visto el ningún valor de todas las utopías, á la vez que señalaba el antagonismo de la civilización, había concluido por condenar la sociedad, no sin reconocer que fuera de la sociedad no había humanidad posible.

Aconsejo que vuelvan á leer el *Emilio* y el *Contrato social* á los que, sobre la palabra de los calumniadores y de los plagiarios, se imaginen que Rousseau no había aceptado su tesis sino por un vano deseo de singularizarse. Ese admirable dialéctico se había visto llevado á negar la sociedad bajo el punto

de vista de la justicia, por más que se viese obligado á admitirla como necesaria; del mismo modo que nosotros, que creemos en un progreso indefinido, no cesamos de negar como normal y definitiva la actual manera de ser de las sociedades. Sólo que mientras Rousseau, por una combinación política y un sistema de educación propio, se esforzaba en acercar al hombre á lo que él llamaba la *naturaleza* y era á sus ojos el ideal de la sociedad; nosotros, instruidos en una escuela más profunda, decimos que la tarea de la sociedad es resolver incesantemente sus antinomias, cosa de que Rousseau no podía ni tener idea. Así, dejando aparte el sistema ya abandonado del *Contrato social*, y sólo en lo que á la crítica se refiere, el socialismo, diga él lo que quiera, se halla en la misma posición que Rousseau, es decir, obligado á reformar incesantemente la sociedad, ó lo que es lo mismo, á negarla sin tregua.

Rousseau, en una palabra, no ha hecho más que declarar de una manera sumaria y definitiva lo que los socialistas dicen en detalle y á cada uno de los momentos del progreso, es á saber, que el orden social es imperfecto y le falta siempre algo. El error de Rousseau no está ni puede estar en esa negación de la sociedad; consiste, como vamos á demostrar, en que no supo seguir su argumentación hasta el fin, y negar á la vez á la sociedad, al hombre y á Dios.

Como quiera que sea, la teoría de la inocencia del hombre, correlativa á la de la depravación de la sociedad, ha concluido por prevalecer. La inmensa mayoría de los socialistas, San Simón, Owen, Fourier y sus discípulos, los comunistas, los demócratas, los progresistas de todas clases, han rechazado solemnemente el mito cristiano de la caída, para sustituirle con el sistema de una aberración de la sociedad. Y como la mayor parte de esos sectarios, á pesar de su



flagrante impiedad, eran aún demasiado religiosos, demasiado devotos para acabar la obra de Juan Jacobo y hacer remontar á Dios la responsabilidad del mal; han encontrado medio de deducir de la hipótesis de Dios el dogma de la bondad natural del hombre, y se han puesto á tronar de lo lindo contra la sociedad.

Las consecuencias teóricas y prácticas de esta reacción fueron, que siendo el mal, es decir, el efecto de la lucha interior y exterior, cosa de suyo anormal y transitoria, son igualmente transitorias las instituciones penitenciarias y represivas; que en el hombre no hay vicio alguno de origen, y sólo ha sucedido que sus inclinaciones han sido pervertidas por la atmósfera en que vive; que la civilización ha padecido error en sus propias tendencias; que la represión es inmoral, y nuestras pasiones santas; que santo es el goce, y hay que buscarle como la virtud misma, porque Dios, que nos le hace desear, es santo. Y viniendo luego las mujeres en ayuda de la facundia de los filósofos, ha llovido sobre el pueblo embobado un diluvio de protestas anti-restrictivas, *quasi de vulvâ erumpens*, para servirme de una expresión de la Sagrada Escritura.

Reconócense los escritos de esta escuela en su estilo evangélico, en su deísmo hipocóndrico, y sobre todo, en su dialéctica jeroglífica.

« Se acusa de casi todos nuestros males, dice el Sr. Luis Blanc, á la naturaleza humana: sería preciso acusar de ellos á nuestras viciosas instituciones sociales. Echad una ojeada á vuestro rededor: ¡qué de aptitudes fuera de su lugar, y POR CONSECUENCIA, depravadas! ¡Qué de actividades, hoy turbulentas, por no haber encontrado su fin natural y legítimo! Se obliga á nuestras pasiones á atravesar una atmósfera impura, y en ella se vician: ¿qué tiene eso de extraño? Un hombre sano, ¿no respira acaso la muerte

en una atmósfera infestada?... La civilización se ha desviado de su camino... y decir que no es posible otra cosa, es perder el derecho á hablar de equidad, de moral, de progreso; es perder el derecho á hablar de Dios: La Providencia desaparece para abrir paso al más grosero fatalismo. » Cuarenta veces, y siempre para no decir nada, aparece el nombre de Dios en la *Organización del trabajo* del Sr. Blanc, que cito con preferencia, porque á mis ojos representa mejor que ningún otro la opinión democrática avanzada, y me complazco en honrarle refutándole.

Así, al paso que el socialismo, ayudado por la democracia extrema, diviniza al hombre negando el dogma de la caída, y por consecuencia destrona á Dios, ya en adelante inútil para la perfección de su criatura; ese mismo socialismo, por bajeza de espíritu, vuelve á caer en la afirmación de la Providencia, y esto en el momento mismo en que niega la autoridad providencial de la historia.

Y como nada entre los hombres tiene tantas probabilidades de éxito como la contradicción, la idea de una religión de placeres, resucitada de Epicuro en una eclipse de la razón pública, ha sido tomada como la inspiración del genio nacional: por ahí se distinguen los nuevos deístas de los católicos, contra los cuales no han gritado aquellos durante dos años sino por rivalidad de fanatismo. Es hoy moda hablar á diestro y siniestro de Dios y declararse contra el Papa; invocar la Providencia y hacer escarnio de la Iglesia. *Gracias á Dios no somos ateos*, decía un día la *Reforma*, tanto más, podía haber añadido por aumento de inconsecuencia, cuanto que no somos cristianos. Todos cuantos tienen la pluma en la mano se han dado el santo y seña para engatusar al pueblo; y el primer artículo de la nueva fe, es que Dios, infinitamente bueno, ha creado al hombre bueno



como él; lo cual no impide que el hombre, á la vista misma de Dios, se haga malo en una sociedad de-testable.

Es, sin embargo, evidente, á pesar de esas apariencias, ó por mejor decir, veleidades de religion, que la lucha entablada entre el socialismo y la tradicion cristiana, entre el hombre y la sociedad, ha de acabar por una negacion de Dios. La razon social no es para nosotros distinta de la absoluta, que no es otra cosa que Dios mismo; y negar la sociedad en sus fases anteriores es negar la Providencia, negar la Divinidad.

Así pues, estamos colocados entre dos negaciones, entre dos afirmaciones contradictorias: la una que por la voz de la antigüedad entera, poniendo fuera de cuestion á la sociedad y á Dios, á quien representa, pone en el hombre sólo el principio del mal; la otra que, protestando en nombre del hombre libre, inteligente y progresivo, atribuye al cáncer social, y por consecuencia al genio que crea é inspira la sociedad, las perturbaciones todas del universo.

Ahora bien: como las anomalías del órden social y la opresion de las libertades individuales proceden principalmente del juego de las contradicciones económicas, debemos examinar con los datos que hemos ya manifestado:

1.º Si la fatalidad, cuyo círculo nos rodea, es para nuestra libertad tan imperiosa y necesaria que dejen de sernos imputables las infracciones de ley cometidas bajo el imperio de las antinomias. Y si se está por la negativa, ¿de dónde procede esa culpabilidad particular del hombre?

2.º Si el sér hipotético todo bueno, todo poderoso, todo sabio, á quien atribuye la fe la alta direccion de las agitaciones humanas, no ha dejado de existir para la sociedad en el momento del peligro. Y si se está

por la afirmativa, ¿de dónde procede esa insuficiencia de la Divinidad?

En cuatro palabras vamos á examinar si el hombre es Dios, si el mismo Dios es Dios, ó si para llegar á la plenitud de la inteligencia y de la libertad, debemos buscar una entidad superior.

§ I. — Culpabilidad del hombre. — Exposicion del mito de su caida.

Mientras el hombre vive bajo la ley del egoismo, se acusa á sí propio; desde el momento en que se eleva á la concepcion de una ley social, acusa á la sociedad. En uno y otro caso la humanidad acusa siempre á la humanidad; y lo que hasta aquí resulta más claro de esta doble acusacion, es la extraña facultad que no hemos aún indicado, y la Religion atribuye tanto á Dios como al hombre, EL ARREPENTIMIENTO.

¿De qué se arrepiente, pues, la humanidad? ¿de qué quiere castigarnos Dios, que se arrepiente tambien de habernos creado? *Penituit Deum quod hominem fecisset in terrá; et tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem...*

Si demuestra que los delitos de que la humanidad se acusa no son la consecuencia de sus dificultades económicas, por más que éstas resulten de la constitucion de sus ideas; que el hombre ejecuta el mal sólo por el deseo de ejecutarlo y sin violencia, del mismo modo que se honra con actos de heroismo que no exige la justicia; se seguirá de ahí que el hombre, en el tribunal de su conciencia, puede muy bien hacer valer algunas circunstancias atenuantes, pero jamás quedar enteramente libre de su delito; que hay lucha, tanto en su corazon como en su entendimiento; que tan pronto es digno de elogio, como digno de censura, lo cual es siempre una prueba



como él; lo cual no impide que el hombre, á la vista misma de Dios, se haga malo en una sociedad de-testable.

Es, sin embargo, evidente, á pesar de esas apariencias, ó por mejor decir, veleidades de religion, que la lucha entablada entre el socialismo y la tradicion cristiana, entre el hombre y la sociedad, ha de acabar por una negacion de Dios. La razon social no es para nosotros distinta de la absoluta, que no es otra cosa que Dios mismo; y negar la sociedad en sus fases anteriores es negar la Providencia, negar la Divinidad.

Así pues, estamos colocados entre dos negaciones, entre dos afirmaciones contradictorias: la una que por la voz de la antigüedad entera, poniendo fuera de cuestion á la sociedad y á Dios, á quien representa, pone en el hombre sólo el principio del mal; la otra que, protestando en nombre del hombre libre, inteligente y progresivo, atribuye al cáncer social, y por consecuencia al genio que crea é inspira la sociedad, las perturbaciones todas del universo.

Ahora bien: como las anomalías del órden social y la opresion de las libertades individuales proceden principalmente del juego de las contradicciones económicas, debemos examinar con los datos que hemos ya manifestado:

1.º Si la fatalidad, cuyo círculo nos rodea, es para nuestra libertad tan imperiosa y necesaria que dejen de sernos imputables las infracciones de ley cometidas bajo el imperio de las antinomias. Y si se está por la negativa, ¿de dónde procede esa culpabilidad particular del hombre?

2.º Si el sér hipotético todo bueno, todo poderoso, todo sabio, á quien atribuye la fe la alta direccion de las agitaciones humanas, no ha dejado de existir para la sociedad en el momento del peligro. Y si se está

por la afirmativa, ¿de dónde procede esa insuficiencia de la Divinidad?

En cuatro palabras vamos á examinar si el hombre es Dios, si el mismo Dios es Dios, ó si para llegar á la plenitud de la inteligencia y de la libertad, debemos buscar una entidad superior.

§ I. — Culpabilidad del hombre. — Exposicion del mito de su caida.

Mientras el hombre vive bajo la ley del egoismo, se acusa á sí propio; desde el momento en que se eleva á la concepcion de una ley social, acusa á la sociedad. En uno y otro caso la humanidad acusa siempre á la humanidad; y lo que hasta aquí resulta más claro de esta doble acusacion, es la extraña facultad que no hemos aún indicado, y la Religion atribuye tanto á Dios como al hombre, EL ARREPENTIMIENTO.

¿De qué se arrepiente, pues, la humanidad? ¿de qué quiere castigarnos Dios, que se arrepiente tambien de habernos creado? *Penituit Deum quod hominem fecisset in terrá; et tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem...*

Si demuestra que los delitos de que la humanidad se acusa no son la consecuencia de sus dificultades económicas, por más que éstas resulten de la constitucion de sus ideas; que el hombre ejecuta el mal sólo por el deseo de ejecutarlo y sin violencia, del mismo modo que se honra con actos de heroismo que no exige la justicia; se seguirá de ahí que el hombre, en el tribunal de su conciencia, puede muy bien hacer valer algunas circunstancias atenuantes, pero jamás quedar enteramente libre de su delito; que hay lucha, tanto en su corazon como en su entendimiento; que tan pronto es digno de elogio, como digno de censura, lo cual es siempre una prueba



de su condicion inarmónica; por fin, que la esencia de su alma es una perpétua lucha entre atracciones opuestas, su moral un sistema de tira y afloja; en una palabra, y esta palabra lo dice todo, un ECLECTICISMO.

Lo tendré pronto demostrado.

Existe una ley, anterior á nuestra libertad, promulgada desde el principio del mundo, completada por Jesucristo, predicada y atestiguada por los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes, grabada en las entrañas del hombre y superior á toda la metafísica: el AMOR. *Ama á tu prójimo como á tí mismo*, nos ha dicho Jesús á continuacion de Moisés. Ahí está todo. Ama á tu prójimo como á tí mismo, y la sociedad será perfecta; ama á tu prójimo como á tí mismo, y desaparecen todas las distinciones de príncipe y pastor, de rico y pobre, de sabio é ignorante, y se desvanece toda clase de contrariedad entre los intereses humanos. Ama á tu prójimo como á tí mismo, y sin ningun cuidado por lo porvenir, la dicha con el trabajo llenarán tus dias. Para cumplir esta ley y hacerse feliz, el hombre no necesita más que seguir las inclinaciones de su corazon y escuchar la voz de sus simpatías; ¡y se resiste sin embargo! Hace más: no contento con preferirse al prójimo, trabaja constantemente por destruir al prójimo: despues de haber hecho traicion al amor por el egoismo, lo derriba con la injusticia.

— El hombre, digo, infiel á la ley de la caridad, se ha hecho, sin necesidad alguna, de las contradicciones de la sociedad otros tantos medios de dañar á sus semejantes; gracias á su egoismo, la civilizacion ha venido á ser una guerra de sorpresas y de emboscadas: miente el hombre, roba, asesina, y excepto en los casos de fuerza mayor, sin provocacion, sin excusa. En una palabra, realiza el mal con todos los caracté-

res de una naturaleza deliberadamente maléfica, tanto más malvada, cuanto que sabe, cuando quiere, hacer gratuitamente el bien y sacrificarse: lo que ha hecho decir de ella con tanta razon como profundidad: *Homo homini lupus, vel Deus*.

A fin de no extenderme demasiado, y sobre todo, para no prejuizar en nada cuestiones que deberé volver á tratar, voy á encerrarme en el limite de los hechos económicos anteriormente analizados.

Ni la sociedad, ni la conciencia pueden nada contra el hecho de que la division del trabajo sea por su naturaleza, hasta que llegue el dia de una organizacion sintética, una causa irresistible de desigualdad física, moral é intelectual entre los hombres. Este es un hecho necesario de que tan inocente está el rico como el obrero parcelario, condenado por la índole de su ocupacion á toda clase de pobreza.

Mas ¿de qué procede que se haya cambiado esa desigualdad fatal en título de nobleza para los unos, de abyeccion para los otros? ¿De qué procede, si el hombre es bueno, que no haya sabido allanar con su bondad ese obstáculo puramente metafísico, y que la implacable necesidad llegue á romper el lazo fraternal entre los hombres, en lugar de estrecharlo? Aquí el hombre no puede excusarse con su impericia económica ni con su imprevision legislativa: le bastaba tener corazon. ¿Por qué han sido rechazados como impuros por los ricos los mártires de la division del trabajo, cuando habrian debido ser por ellos socorridos y honrados? ¿Cómo no se ha visto jamás, ni que los amos relevaran alguna vez á sus esclavos, ni que los príncipes, los magistrados ni los sacerdotes, cambiasen de condicion con los industriales, ni que los nobles reemplazasen á los siervos de la gleba? ¿De dónde les ha venido á los poderosos ese brutal orgullo?



Y téngase en cuenta que una conducta tal de su parte habria sido, no sólo caritativa y fraternal, sino tambien de la más rigorosa justicia. En virtud del principio de la fuerza colectiva, los trabajadores son los iguales y los socios de sus jefes; de suerte, que aún en el sistema del monopolio, restableciendo la comunidad de accion el equilibrio que ha turbado el individualismo parcelario, la caridad y la justicia se confunden. ¿Cómo explicar, pues, con la hipótesis de la bondad esencial del hombre, la monstruosa tentativa de cambiar la autoridad de los unos en nobleza, y la obediencia de los otros en bajeza? El trabajo ha trazado siempre entre el siervo y el hombre libre, del mismo modo que el color entre el negro y el blanco, una línea insuperable; y nosotros mismos, que tanto nos vanagloriamos de nuestra filantropía, pensamos en el fondo del alma como nuestros antecesores. La simpatía que experimentamos por el proletario es como la que nos inspiran los animales: delicadeza de órganos, horror á la miseria, orgullo por alejar de nosotros todo lo que sufre, tales son los rodeos egoistas por los que nuestra caridad se manifiesta.

Porque al fin, yo no quiero más que este hecho para confundirnos: ¿no es verdad que la beneficencia espontánea, tan pura en su nocion primitiva (*eleemosyna*, simpatía, ternura), la limosna por fin, es hoy para el desgraciado que la recibe, un signo de degradacion, una deshonra pública? ¡Y hay socialistas que corrigiendo el cristianismo se atreven á hablarnos de amor! El pensamiento cristiano, la conciencia de la humanidad, habia dado en lo justo, cuando fomentaba tantas instituciones para alivio del infortunio. Para comprender el precepto evangélico en toda su profundidad y hacer la caridad legal tan honrosa para los que la hubiesen recibido, como para los que la hubiesen ejercido, ¿qué se nece-

sitaba? ménos orgullo, ménos codicia, ménos egoismo. Si el hombre es bueno, se me podrá decir, ¿cómo el derecho á la limosna ha venido á ser el primer anillo de la larga cadena de las faltas, los delitos y los crímenes? ¿Habrá aún álguien que se atreva á acusar de las maldades del hombre el antagonismo de la economía social, cuando ese antagonismo le ofrecia tan buena coyuntura para manifestar la caridad de su corazon, no diré ya con el sacrificio, sino con el simple cumplimiento de la justicia?

Sé, y esta objecion es la única que podrá hacérseme, que la caridad lleva consigo deshonra y vergüenza, porque el individuo que la reclama, es sobradas veces ¡ay! sospechoso de mala conducta, y raras veces trae consigo la recomendacion de la laboriosidad y las buenas costumbres. Prueba la estadística con sus cifras, y esto viene á confirmarlo, que hay diez veces más pobres por poltronería ó incuria, que por mala fortuna.

No es mi ánimo rechazar esta observacion, demostrada por sobrado número de hechos, y de otra parte sancionada por el pueblo. El pueblo es el primero en acusar á los pobres de holgazanería; y nada más comun que encontrar en las clases inferiores hombres que se vanaglorian, como de un título de nobleza, de no haber ido jamás al hospital, ni de haber recibido, aún en los dias de más penuria, socorro alguno de la caridad pública. Así, del mismo modo que la opulencia confiesa sus rapiñas, confiesa su indignidad la miseria. El hombre es tirano ó esclavo por su voluntad, ántes de serlo por la fortuna: el corazon del proletario como el del rico, es una sentina de hirviente sensualidad, un foco de crápula y de impostura.

Ante esta revelacion inesperada, pregunto yo: ¿cómo si el hombre es bueno y caritativo, calumnia



el rico la caridad y la mancha el pobre?—Es que está pervertido el juicio en el rico, dicen los unos; es que están degradadas las facultades en el pobre, dicen los otros.—Mas ¿de qué procede que el juicio se pervierta por un lado, y por el otro se degraden las facultades? ¿Cómo una verdadera y cordial fraternidad no ha podido detener por una y otra parte los efectos del orgullo y del trabajo? Respóndaseme con razones, no con frases.

El trabajo, inventando procedimientos y máquinas que multiplican al infinito su poder, estimulando luego con la rivalidad el genio industrial, y asegurando sus conquistas por medio de los beneficios del capital y de los privilegios de la explotación, ha hecho más inevitable y más profunda la constitución jerárquica de la sociedad; y, lo repito, no se debe acusar de esto á nadie. Mas yo invoco de nuevo el testimonio de la santa ley del Evangelio: dependía de nosotros deducir de esa subordinación del hombre al hombre, ó por mejor decir, del trabajador al trabajador, consecuencias muy distintas.

Las tradiciones de la vida feudal y de la vida de los patriarcas habían dado el ejemplo á los industriales. La división del trabajo y los demás accidentes de la producción no eran más que llamamientos á la gran vida de familia, indicios del sistema preparatorio, según el cual debía manifestarse y desarrollarse la fraternidad. Con esta idea se instituyeron las maestrías, los gremios y los derechos de primogenitura, siendo de advertir que esas formas de asociación no repugnan ni aún á muchos economistas: ¿es tan de extrañar, que su ideal se conserve vivo entre los que, vencidos pero no convertidos, se presentan aún hoy como sus representantes? ¿Quién, pues, impedía que se mantuviesen en la jerarquía la caridad, la unión, el sacrificio de sí

mismo, si esa jerarquía no hubiese sido más que la condición del trabajo? Bastaba para esto que los inventores de máquinas, combatiendo como buenos caballeros con armas iguales, no hubiesen hecho un misterio de sus secretos; que los barones hubiesen entrado en campaña sólo para abaratar los productos y no para acapararlos; y los vasallos, en la seguridad de que la guerra no podía tener otro resultado que el aumento de su riqueza, se hubiesen mostrado más emprendedores, laboriosos y fieles. El jefe de taller no habría sido entonces más que un capitán que hacía maniobrar á sus soldados, tanto en su interés como en el propio, y los mantenía, no de su munificencia, sino con sus propios servicios.

En lugar de esas relaciones fraternales, hemos tenido el orgullo, la envidia y el perjurio; al maestro explotando al obrero degradado como el vampiro de la fábula, y al obrero conspirando contra el maestro, al ocioso devorando la sustancia del trabajador, y al siervo acurrucado en el heno, no teniendo energía sino para odiar á sus opresores.

«Llamados á procurar para la producción éstos los instrumentos de trabajo, aquellos el trabajo, están hoy en lucha los capitalistas y los trabajadores. ¿Por qué causa? Porque la arbitrariedad impera en todas sus relaciones, porque el capitalista especula con la necesidad que siente el trabajador de procurarse instrumentos, al paso que el trabajador por su lado procura sacar partido de la necesidad que siente el capitalista de hacer fructificar su capital.» (L. BLANC. *Organización del trabajo.*)

¿Y por qué esa *arbitrariedad* en las relaciones entre los capitalistas y los trabajadores? ¿Por qué esa hostilidad de intereses? ¿Por qué ese recíproco encarnizamiento? En vez de explicar eternamente el



hecho por el hecho mismo, id más al fondo, y encontrareis en todas partes, por primer móvil, un ardor por los goces que ni leyes, ni caridad, ni justicia pueden reprimir; vereis al egoísmo descontando sin cesar el porvenir y sacrificando á sus monstruosos caprichos el trabajo, el capital, la vida y la seguridad de todos.

Los teólogos han dado el nombre de *concupiscencia* ó de *apetito concupiscente* á la apasionada codicia de las cosas sensuales, efecto, segun ellos, del pecado original. Me interesa poco por el momento saber lo que es el pecado original: observo tan sólo que el apetito concupiscente de los teólogos no es otra cosa que esa *necesidad de lujo* que señala la Academia de Ciencias Morales como el móvil dominante de nuestra época. Ahora bien, la teoría de la proporcionalidad de los valores demuestra que el lujo tiene por medida natural la producción; que todo consumo prematuro trae consigo una privación ulterior equivalente, y que la exageración del lujo en la sociedad tiene por correlativo obligado una agravación de miseria. Interin el hombre sacrifica á placeres lujosos y prematuros sólo su bienestar personal, no puedo tal vez acusarle sino de imprudente; mas en cuanto les sacrifica el bienestar de su prójimo, que debia ser á sus ojos inviolable, no sólo por motivo de caridad, sino tambien por razon de justicia, digo que el hombre es malo, malo sin excusa.

*Cuando Dios, segun Bossuet, formó las entrañas del hombre, puso primeramente en ellas la bondad.* Así el amor es nuestra primera ley; y no vienen sino en segundo y en tercer orden las prescripciones de la razon pura y las instigaciones de la sensibilidad. Tal es la jerarquía de nuestras facultades: un principio de amor constituye el fondo de nuestra conciencia, y está servido por una inteligencia y órganos. Luego

una de dos: ó el hombre que viola la caridad para obedecer á su codicia es culpable; ó bien si es falsa esta psicología, y la necesidad del lujo ha de marchar en el hombre al par de la caridad y la razon, el hombre es un animal desordenado, esencialmente malo y el más execrable de los séres.

Así las contradicciones orgánicas de la sociedad no pueden cubrir la responsabilidad del hombre: consideradas en sí mismas, no son por otra parte esas contradicciones sino la teoría del régimen jerárquico, forma primera, y por consiguiente intachable de la sociedad. Por la antinomia de su desarrollo, el trabajo y el capital venian sin cesar traídos á la igualdad, al mismo tiempo que á la subordinación, á la solidaridad, tanto como á la dependencia: el uno era el agente, el otro el promovedor y el guardian de la riqueza comun. Vieron esto, aunque confusamente, los teóricos del sistema feudal. El cristianismo se habia encontrado en ocasion de cimentar el pacto; y es áun el sentimiento de esa organización mal conocida y falseada, pero en sí inocente y legítima, lo que produce entre nosotros las aspiraciones á lo pasado y sostiene las esperanzas de un partido. Como ese sistema estaba en las previsiones del destino, no cabe decir que fuese malo en sí, como no puedo decir que sea malo en sí el sistema embrionario, porque en la historia del desarrollo fisiológico precede á la edad adulta.

Insisto, por lo tanto, en mi acusación.

Bajo el régimen abolido por Lutero y la revolucion francesa, el hombre podia ser feliz hasta donde lo permitia el progreso de su industria: no lo ha querido ser, ántes por lo contrario, se ha resistido á serlo.

El trabajo ha sido tenido por deshonesto; el clérigo y el noble se han convertido en devoradores del po-



bre: para satisfacer sus pasiones brutales, han extinguido en su corazón la caridad y han arruinado, oprimido, asesinado á los trabajadores. Y á la hora de esta vemos aún al capital acorralando del mismo modo al proletariado. En vez de templar por medio de la asociación y la mutualidad la tendencia subversiva de los principios económicos, el capitalista la exagera sin necesidad y con mala intención, abusa de los sentidos y de la conciencia del jornalero, le hace agente de sus intrigas, contribuyente de sus orgías y cómplice de sus rapiñas, le hace igual á sí mismo, y puede ya entonces desafiar la justicia de los revolucionarios. ¡Cosa monstruosa! El hombre sumergido en la miseria, cuya alma parece por consecuencia estar más cerca del honor y la caridad, ese hombre participa de la corrupción de su amo, lo sacrifica todo, como él, al orgullo y á la lujuria, y si alguna vez alza el grito contra la desigualdad de que es víctima, lo hace ménos por celo de justicia que por rivalidad de concupiscencia. El mayor obstáculo que ha de vencer la igualdad no está en el orgullo aristocrático del rico, sino en el egoísmo indisciplinable del pobre. Y ¡contais con su bondad natural para reformar á la vez la espontaneidad y la premeditación de su malicia!

« Como la educación falsa y antisocial dada á la generación presente, dice Luis Blanc, no permite buscar sino en un aumento de recompensa un motivo de emulación y de estímulo, la deferencia de los salarios vendría graduada por la jerarquía de las funciones, en tanto que una educación completamente nueva cambiase sobre este particular las ideas y las costumbres.»

Dejemos en lo que valen la jerarquía de las funciones y la desigualdad de los salarios: no tomemos aquí en consideración sino el motivo dado por el au-

tor. ¿No es verdaderamente extraño ver al Sr. Blanc afirmando la bondad de nuestra naturaleza, y dirigiéndose al mismo tiempo á la más innoble de nuestras inclinaciones, la avaricia? Preciso es, á la verdad, que le parezca á V. el mal muy profundo para que crea V. necesario empezar la restauración de la caridad por una infracción de la caridad. Jesucristo atacaba de frente el orgullo y la concupiscencia: á no dudarlo, los libertinos que catequizaba serían unos santos varones al lado de las ovejas inficionadas del socialismo. Mas díganos V. por fin cómo se han falseado nuestras ideas, y cómo es antisocial nuestra educación, puesto que está ya demostrado que la sociedad ha seguido la senda trazada por el destino, y no se la puede hacer responsable de los crímenes del hombre.

La lógica del socialismo es en realidad maravillosa.

El hombre es *bueno*, dicen; pero es preciso hacer que no *esté interesado* en hacer el mal, para que se abstenga de cometerlo. El hombre es *bueno*; pero es preciso *interesarle* en el bien para que lo practique. Porque si el interés de sus pasiones le lleva al mal, hará el mal; y si ese mismo interés le deja indiferente para el bien, no hará el bien. Y la sociedad no tendrá derecho para echarle en cara que haya escuchado sus pasiones, porque á la sociedad tocaba dirigirle por medio de sus pasiones. ¡Qué rica y preciosa naturaleza la de Neron, que mató á su madre porque esa buena mujer le fastidiaba, é hizo quemar á Roma para mejor representarse el saqueo de Troya! ¡Qué alma tan artística la de Heliogábalo, que organizó la prostitución! ¡Qué carácter tan poderoso el de Tiberio! Pero ¡qué sociedad tan abominable la que pervertió esas almas divinas, y produjo, sin embargo, á Tácito y á Marco Aurelio!



¡Y esto es lo que se llama inocuidad del hombre y santidad de sus pasiones! Una vieja Safo, despues de abandonada por sus amantes, entra de nuevo en la regla conyugal: sin interés ya por el amor, vuelve al himeneo y es santa. ¡Lástima que esta palabra *santa* no tenga en nuestra lengua el doble sentido que tiene en la hebrea! Todo el mundo estaria entónces de acuerdo sobre la santidad de Safo.

Leo en una memoria de los ferro-carriles de Bélgica, que habiendo la administracion belga señalado á sus maquinistas una prima de 35 céntimos por hectólitro de coke que se economizara sobre un consumo medio de 95 kilógramos por legua recorrida, se habian obtenido resultados tales, que el consumo habia bajado de 95 kilógramos á 48. Este hecho resume toda la filosofia socialista: educar poco á poco al obrero en la justicia, estimularle al trabajo, elevarle hasta lo sublime de la abnegacion por medio del aumento del salario, de la participacion de los beneficios, de las distinciones y las recompensas. No trato en verdad de censurar este método, antiguo como el mundo: cualquiera que sea vuestro modo de domesticar y utilizar las serpientes y los tigres, lo aplaudo. Mas no vengan diciéndome que vuestras fieras son palomas, porque por toda contestacion os haré ver sus uñas y sus dientes. Antes de estar interesados los maquinistas belgas en la economía del combustible, gastaban la mitad más que ahora. Luego habia por su parte incuria, negligencia, prodigalidad, despilfarro, tal vez robo, por más que su contrato con la administracion les obligara á practicar todas las virtudes contrarias. *Es bueno, decís, interesar al obrero.*—Yo digo más: es justo. Pero yo sostengo que este *interés*, más poderoso en el hombre que una obligacion aceptada, más poderoso, en una palabra, que el *DEBER*, acusa al hombre. El socialismo marcha hácia

atrás en moral y se burla del cristianismo. No comprende la caridad, y á oírle, seria él quien la ha inventado.

Ved, con todo, dicen los socialistas, qué felices resultados ha producido ya el perfeccionamiento de nuestro órden social. Sin disputa alguna, la generacion presente vale más que las que la han precedido: ¿no tenemos razon en deducir de aquí que una sociedad perfecta dará ciudadanos perfectos?—Decid más bien, replican los conservadores partidarios del dogma de la caida del hombre, que habiendo depurado la religion los corazones, no es de maravillar que hayan participado de este beneficio las instituciones sociales. Dejad que la religion concluya su obra, y no os inquieteis por la sociedad.

Así hablan y se replican en una serie sin fin de divagaciones los hombres teóricos de uno y otro bando. No comprenden ni los unos ni los otros que la humanidad, para servirme de una expresion de la Biblia, es una y constante en sus generaciones, es decir, que en ella, en cada una de las épocas de su desarrollo, tanto en el individuo como en la masa, procede todo del mismo principio, que es no el *ser*, sino el *ir siendo*. No ven por un lado que el progreso en la moral es una incesante conquista del espíritu sobre la parte animal, así como el progreso en la riqueza es el fruto de la guerra que hace el trabajo contra la parsimonia de la naturaleza; y por consiguiente, que la idea de una bondad original viciada por la sociedad, es tan absurda como la idea de una riqueza natural perdida por el trabajo; y una transaccion con las pasiones ha de ser por lo tanto tomada en el mismo sentido que una transaccion con el reposo. Por otra parte, no quieren entender que si hay progreso en la humanidad, ya por obra de la religion, ya por cualquiera otra causa, la hipótesis de



una corrupcion constitucional es un contrasentido, una contradiccion.

Pero me anticipo á las conclusiones que deberé sentar más tarde: ocupémonos solamente en dejar consignado que el perfeccionamiento moral de la humanidad, á la manera del bienestar material, se realiza por una serie de oscilaciones entre el vicio y la virtud, el *mérito* y el *demérito*.

Si, hay progreso de la humanidad en la justicia; pero ese progreso de nuestra libertad, debido todo al progreso de nuestra inteligencia, no prueba á buen seguro nada en favor de la bondad de nuestra naturaleza; y léjos de autorizarnos para glorificar nuestras pasiones, destruye incontestablemente su preponderancia. Cambia nuestra malicia con el tiempo de modo y estilo: los señores de la Edad media salian á robar al viajero en la mitad del camino, y luégo le ofrecian hospitalidad en su castillo: el feudalismo mercantil, ménos brutal, explota al proletario y le construye hospitales: ¿quién se atreveria á decir cuál de los dos ha merecido la palma de la virtud?

De todas las contradicciones económicas, la del valor es la que, dominando las demás y reasumiéndolas, tiene hasta cierto punto en sus manos el cetro de la sociedad, y estaba casi por decir del mundo moral. Interin el valor, oscilando entre sus dos polos, valor útil y valor en cambio, no ha llegado á su constitucion, lo tuyo y lo mio permanecen fijados de una manera arbitraria; las condiciones de fortuna son efecto de la casualidad; la propiedad descansa en un título precario; todo es provisional en la economía social. ¿Qué consecuencia habrian de sacar de esa incertidumbre del valor séres sociales, inteligentes y libres? la necesidad de hacer reglamentos amistosos, protectores del trabajo, garantías del cambio y de la baratura. ¡Qué feliz ocasion para

todos de suplir con la lealtad, el desinterés y la ternura de corazon, la ignorancia en las leyes objetivas de lo justo y de lo injusto! En lugar de esto, el comercio ha venido á ser en todas partes, por un esfuerzo espontáneo y un consentimiento unánime, una operacion aleatoria, un contrato á la gruesa, una lotería, frecuentemente una especulacion de sorpresa y de dolo.

¿Qué hay que obligue al acaparador de las subsistencias, al guarda-almacen de la sociedad, á simular una carestía, á dar la voz de alarma y á procurar el alza? La imprevision pública pone á su merced á los consumidores: un cambio cualquiera de temperatura le da un pretexto; la perspectiva de una ganancia segura acaba de corromperle; y el miedo, hábilmente sembrado, precipita la poblacion á sus redes. Ciertamente el móvil que hace obrar al estafador, al ladron, al asesino, esas naturalezas falseadas, se dice por el orden social, es el mismo que anima al que acapara sin que lo exija la necesidad de los tiempos. ¿Cómo, pues, esa pasion por ganar, entregada á sí misma, redunde en perjuicio de la sociedad? ¿Cómo ha debido incesantemente imponer límites á la libertad una ley preventiva, represiva y coercitiva? Este es el hecho acusador ó imposible de negar: la ley ha salido en todas partes del abuso; el legislador se ha visto en todas partes obligado á reducir al hombre á la impotencia para el mal, cosa sinónima de poner un bozal á un leon ó infibular á un becerro. Y el socialismo, constante imitador de lo pasado, no pretende tampoco otra cosa: ¿qué es, en efecto, la organizacion que reclama sino una más sólida garantía de la justicia, una limitacion más completa de la libertad?

El rasgo característico del comerciante es hacerse de todo ya un objeto, ya un instrumento de tráfico.



Sin sociedad con sus semejantes, insolidario para con todos, está en favor y en contra de todos los hechos, de todas las opiniones, de todos los partidos. Un descubrimiento, una ciencia es á sus ojos una máquina de guerra contra la cual se guarda y fortifica; una máquina que quisiera destruir á ménos de poder emplearla para matar á sus concurrentes. Un artista, un sabio es á sus ojos un artillero que sabe manejar las piezas: cuando no puede adquirírsele, trabaja por corromperle. El comerciante está convencido de que la lógica es el arte de probar segun se quiera lo verdadero y lo falso: él es quien ha inventado la venalidad política, el tráfico de las conciencias, la prostitucion de los talentos, la corrupcion de la prensa. Sabe encontrar argumentos y abogados para todas las mentiras, para todas las iniquidades. Es el único que no se ha hecho jamás ilusiones sobre el valor de los partidos políticos: los cree todos igualmente explotables, es decir, igualmente absurdos.

Sin respeto alguno por las opiniones que tiene declaradas, opiniones que deja y vuelve á tomar sucesivamente; censurando ágriamente en los demás las faltas de lealtad de que se hace culpable, miente en sus reclamaciones, miente en sus noticias, miente en sus inventarios; exagera, atenúa, encarece; se mira como el centro del mundo, y cree que, excepto él, todo tiene una existencia, un valor y una verdad relativas. Sutil y astuto en sus tratos, hace mil estipulaciones y reservas, temiendo siempre haber dicho demasiado y no haber dicho bastante; abusando de las palabras con los hombres sencillos, generalizando para no comprometerse, especificando para no conceder nada, da mil vueltas al asunto, y lo piensa siete veces para su capisayo ántes de decir su última palabra. ¿Ha cerrado ya el trato? Se relee, se inter-

preta, se comenta, se tortura por encontrar en cada partícula de su contrato un sentido profundo, y en las frases más claras lo contrario de lo que dicen.

¡Qué arte infinita, qué hipocresía en sus relaciones con el obrero! ¡Desde el simple maestro hasta el empresario en grande, qué bien saben explotarle! ¡Cómo saben hacer disputar el trabajo á fin de obtenerle á bajo precio! Ya logran que el obrero les haga una comision por una simple esperanza; ya obtienen otro servicio personal por una vana promesa; ya obligan al desgraciado á que se contente con el más vil salario, presentándole y haciéndole reconocer el trabajo que le dan como un ensayo, como un verdadero sacrificio, puesto que al decir de ellos no necesitan nunca de nadie; ya tienen con él exigencias y le imponen recargos sin cuento que recompensan haciendo cuentas las más expoliadoras y falsas. Y es preciso que el obrero calle y se humille y apriete los puños debajo de su blusa, porque el maestro es al fin quien da y reparte el trabajo, y harto felices son los que pueden obtener el favor de sus picardías. ¡Y esa odiosa manera de estrujar al pobre, tan espontánea, tan natural, tan libre de todo superior impulso, porque no ha encontrado aún la sociedad medio de impedirle, de reprimirla ni de castigarla, se atribuye á la presion social! ¡Qué despropósito!

El comisionista es el tipo, la más elevada expresion del monopolio, el resumen del comercio, ó lo que es lo mismo, de la civilizacion. No hay funcion social que no dependa de la suya, no participe de ella ó no se le asemeje; porque como bajo el punto de vista de la distribucion de las riquezas, las relaciones entre los hombres se reducen todas á cambios, es decir, á trasportes de valores, se puede decir que la civilizacion está personificada en el comisionista.

Ahora bien, interrogad á los comisionistas sobre



la moralidad de su profesion; os hablarán de buena fe y os dirán que la comision es oficio de bandidos. Se queja todo el mundo de los fraudes y falsificaciones que deshonoran la industria: el comercio, hablo sobre todo de la comision, no es más que una gigantesca y permanente conspiracion de monopolistas que están sucesivamente en concurrencia ó coaligados; no es ya una profesion ejercida con la mira de un beneficio legítimo, sino una vasta organizacion de agiotaje, así sobre todos los objetos de consumo, como sobre la circulacion de las personas y los productos. La estafa en esa profesion está ya tolerada: ¡qué de cartas de porte recargadas, raspadas, falsificadas! ¡qué de sellos fabricados! ¡qué de averías arteramente disimuladas ó fraudulentamente transigidas! ¡qué de mentiras sobre la calidad de los artículos! ¡qué de palabras dadas, luego retractadas! ¡qué de documentos suprimidos! ¡qué de intrigas y coaliciones! y luego ¡que de traiciones!

El comisionista, es decir, el comerciante, es decir, el hombre, es jugador, calumniador, charlatan, venal, ladrón, falsario.....

Este es el efecto de nuestra sociedad llena de antagonismos, dicen los neo-místicos. Otro tanto dicen los comerciantes, siempre los primeros en denunciar la corrupcion del siglo. A oírles, lo que hacen no son más que puras represalias, y lo hacen aun á pesar suyo; siguen la ley de la necesidad, se hallan en el caso de legítima defensa.

¿Se necesita un grande esfuerzo de ingenio para ver que esas recriminaciones mútuas tocan á la naturaleza misma del hombre; que la pretendida perversion de la sociedad no es más que la del hombre mismo, y que la oposicion de los principios y de los intereses es sólo un accidente, por decirlo así exterior, que pone de relieve, pero sin influencia nece-

sitante, no sólo lo negro de nuestro egoismo, sino tambien las raras virtudes con que se honra nuestra especie?

Comprendo la concurrencia inarmónica y sus irresistibles efectos de eliminacion: hay en esto fatalidad. La concurrencia en su expresion más elevada es el encadenamiento por el cual se sirven recíprocamente los trabajadores de sosten y estímulo. Pero interin no se realice la organizacion que ha de elevar la concurrencia á su verdadera naturaleza, permanecerá siendo una guerra civil en que los productores, en vez de ayudarse recíprocamente en el trabajo, se aniquilarán y destruirán los unos á los otros con el trabajo. El riesgo era aquí inminente; el hombre para conjurarlo tenia esa suprema ley del amor, y nada más facil que, sin dejar de empujar en interés de la produccion la concurrencia hasta sus últimos límites, reparar luego por medio de una distribucion equitativa sus mortíferos efectos. Léjos de eso, esta concurrencia anárquica ha venido á ser como el alma y el espíritu de los trabajadores. La economía política habia entregado al hombre esta arma de muerte, y él ha disparado: se ha servido de ella como el leon de sus garras y de sus fauces para matar y devorar. ¿Cómo, pues, repito, ha podido cambiar un accidente puramente exterior esa naturaleza humana que se supone buena, dulce y social?

El tabernero llama en su ayuda las heladas, el magnesio, el piral, el agua y los venenos: agrava con combinaciones suyas los efectos destructores de la concurrencia. ¿De dónde nace tanta saña? Del ejemplo, decís, que le da su concurrente. Y á ese concurrente, ¿quién le mueve? Otro concurrente. Daremos de esta suerte la vuelta á la sociedad, y nos encontraremos con que la masa, y en la masa, cada individuo en particular, son los que por un tácito



acuerdo de sus pasiones, orgullo, pereza, avaricia, desconfianza y envidia, han organizado tan detestable guerra.

Después de haber agrupado á su rededor los instrumentos de trabajo, la materia fabril y los obreros, el empresario ó fabricante debe volver á encontrar en el producto, con los gastos que haya desembolsado, el interés de sus capitales y además un beneficio. A consecuencia de ese principio, ha concluido por ser definitivamente aceptado el préstamo con interés, y ha pasado siempre por legítima la ganancia considerada en sí misma. En este sistema, no habiendo advertido por de pronto el gobierno de las naciones la contradicción íntima del préstamo con interés, el hombre asalariado, en lugar de depender directamente de sí mismo, debía depender de un maestro, como el hombre de armas dependía del conde, y la tribu del patriarca. Esta constitucion era necesaria, y hasta el momento de establecerse la igualdad completa, podia ser suficiénte para el bienestar de todos. Pero cuando el maestro, á impulsos de su desordenado egoísmo, ha dicho á su servidor: No tendrás parte en mis beneficios, y le ha quitado de un golpe trabajo y salario, ¿dónde está la fatalidad? ¿dónde la excusa? ¿Se apelará al *apetito irascible* para justificar el *apetito concupiscible*? ¡Cuidado! ved que si para justificar al sér humano bajais un grado más en la escala de sus concupiscencias, en vez de salvar su moralidad acabais con ella. Yo por mi parte, prefiero el hombre culpable al hombre fiera.

La naturaleza ha hecho social al hombre: el espontáneo desarrollo de sus instintos tan pronto hace de él un angel de caridad, como le quita todo sentimiento fraternal y hasta la idea de sacrificio. ¿Se ha visto jamás que ningun capitalista, cansado de ganar, trabajase por el bien general ni hiciese de la

emancipacion del proletariado su última especulación? Hay muchas gentes favorecidas por la fortuna á quienes no falta más que la corona de beneficencia. Ahora bien, ¿qué tendero hecho rico se pone á vender al precio de coste? ¿qué tahonero al retirarse de los negocios deja su clientela y su establecimiento á sus oficiales? ¿qué farmacéutico, al ir á dejar su oficio, vende sus drogas por lo que valen? Cuando la caridad tiene sus mártires, ¿cómo no tiene tambien sus apasionados? Si se formase de repente un congreso de rentistas, de capitalistas y de empresarios retirados, pero aptos aún para el servicio, á fin de que ejercieran gratis cierto número de industrias, la sociedad quedaria en poco tiempo reformada de arriba abajo. ¡Pero trabajar por nada!... esto es para los Vicentes de Paul, para los Fenelones, para todos esos hombres de alma desinteresada y de corazon pobre. El hombre enriquecido por las ganancias, será concejal, individuo de la junta de beneficencia, oficial de las salas de asilo: desempeñará todas las funciones honoríficas, menos la que únicamente sería eficaz, pero que repugna á sus hábitos. ¡Trabajar sin esperanza de provecho! esto no es posible, porque esto sería destruirse. Lo desearia quizá, pero no tiene valor para tanto. *Video meliora proboque; deteriora sequor*. El propietario retirado, es verdaderamente ese buho de la fábula que recoge fabucos para sus mutilados ratones, en tanto que llega la hora de devorarlos. ¿Cabe aún acusar á la sociedad de esos efectos de una pasion aumentada por tan largo tiempo, y tan libre y plenamente?

¿Quién, pues, nos explicará ese misterio de un sér múltiple y discorde, capaz á la vez de las más altas virtudes y los más espantosos crímenes? El perro lame á su amo que le pega, porque la naturaleza del perro es la fidelidad, y esta naturaleza no la



pierde nunca. El cordero se refugia en los brazos del pastor que le desuella y le come, porque el carácter inseparable de la oveja es la paz y la dulzura. El caballo se lanza al través de la llamas y de la metralla, sin tocar en su rápida carrera á los heridos ni á los muertos que encuentra tendidos á su paso, porque el alma del caballo es inalterable en ser generosa. Estos animales son para nosotros mártires de su naturaleza constante y desinteresada. El criado que defiende á su amo con peligro de su vida le vende y le asesina por un poco de oro: la casta esposa mancha su lecho por tedio ó por ausencia del marido, y encontramos en Lucrecia á Mesalina; el propietario, sucesivamente padre y tirano, remonta y restaura á su arruinado colono, y rechaza de sus tierras á su familia harto numerosa, aumentada bajo la fe del contrato feudal; el hombre de armas, espejo y parangon de caballería, hace de los cadáveres de sus camaradas un escabel para subir. Epaminondas y Régulo trafican con la sangre de sus soldados: ¡qué de pruebas de esto no han pasado por mis ojos! y por un contraste horrible, la profesion del sacrificio es la más fecunda en bajezas. La humanidad tiene sus mártires y sus apóstatas: ¿á qué, repito, es preciso atribuir esta excision?

Al antagonismo de la sociedad, se me dice siempre: al estado de separacion, de aislamiento, de hostilidad con sus semejantes en que ha vivido hasta aquí el hombre; en una palabra, á esa enajenacion de su corazon que le ha hecho tomar los goces por el amor, la propiedad por la posesion, la pena por el trabajo, la embriaguez por la alegría; á esa falsa conciencia, por fin, cuyo remordimiento no ha dejado de perseguirle bajo el nombre de *pecado original*. Cuando el hombre, reconciliado consigo mismo, cese de mirar á su prójimo y la naturaleza como poten-

cias hostiles, amará y producirá por la sola espontaneidad de su energía; tendrá la pasion de dar, como tiene hoy la de adquirir; y buscará en el trabajo y la abnegacion su única felicidad, su supremo deleite. Siendo entónces el amor real y exclusivamente la ley del hombre, la justicia no será ya más que un vano nombre, recuerdo importuno de un período de violencia y de lágrimas.

No desconozco, ciertamente, ni la realidad de ese antagonismo, ó, si quereis llamarle así, de esa enajenacion religiosa, ni tampoco la necesidad de reconciliar al hombre consigo mismo: toda mi filosofia se reduce á una perpétua serie de reconciliaciones. Reconoceis vosotros por vuestra parte que la divergencia de nuestra naturaleza constituye los preliminares de la sociedad, por mejor decir, el material de la civilizacion, y este es justamente el hecho; pero nótese bien, el hecho indestructible cuyo sentido busco. Estaríamos muy cerca de entendernos, si en vez de considerar la disidencia y la armonía de las facultades humanas como dos períodos distintos, separados y consecutivos en la historia, consintiéseis en no ver en ellos conmigo sino las dos fases de nuestra naturaleza, siempre adversas, siempre en camino de reconciliacion y nunca del todo reconciliadas. En una palabra, así como el individualismo es el hecho primordial de la humanidad, la asociacion es su término complementario; pero ambos están en constante manifestacion, y la justicia es eternamente en la tierra la condicion del amor.

Así el dogma de la caída no es sólo la expresion de un estado particular y transitorio de la razon y la moralidad humana; es la confesion espontánea en estilo simbólico de ese hecho tan maravilloso como indestructible, la culpabilidad, la inclinacion al mal de nuestra especie. ¡Desgraciada de mí pecadora! ex-



clama en todas partes y en todas lenguas la conciencia del género humano. *Væ nobis quia peccavimus!* La religion, concretando y dramatizando esta idea, ha podido poner más allá del mundo y de la historia lo que es íntimo y está immanente en nuestra alma: no ha padecido en esto sino una ilusion intelectual; no se ha engañado sobre el carácter esencial y perenne del hecho. Ahora bien, este es el hecho de que se trata siempre de dar razon; y desde ese punto de vista vamos á interpretar el dogma del pecado original.

Todos los pueblos han tenido sus costumbres expiatorias, sus sacrificios de arrepentimiento, sus instituciones represivas y penales, nacidas del horror y del sentimiento que inspira el pecado. El catolicismo, que construyó una teoría donde quiera que la espontaneidad social habia expresado una idea ó depositado una esperanza, convirtió en sacramento la ceremonia á la vez simbólica y efectiva por la que el pecador manifestaba su arrepentimiento, pedia á Dios y á los hombres perdon de su falta, y se preparaba para una vida mejor. Así no vacilo en decir que la reforma, desechando la contricion, ergotizando sobre la palabra *metanoia*, atribuyendo á la sola fe la virtud justificativa, y quitando por fin á la penitencia el carácter de sacramento, dió un paso atrás y desconoció completamente la ley del progreso. Negar no era responder. Los abusos de la Iglesia reclamaban sobre este punto como sobre tantos otros una reforma; las teorías de la penitencia, de la condenacion, de la remision de los pecados y de la gracia contenian, si puedo decirlo así, en estado latente todo el sistema de la educacion de la humanidad; convenia indudablemente desarrollarlas, irlas racionalizando; pero desgraciadamente Lutero no supo más que destruir. La confesion auricular era una degradacion de la pe-

nitencia, una demostracion equívoca sustituida á un grande acto de humildad; Lutero agravó la hipocresía papista reduciendo la confesion primitiva ante Dios y ante los hombres (*exomologoumai tō theō..... kai humin adelphoi*) á un soliloquio. Perdióse por lo tanto el sentido cristiano de la penitencia, y sólo tres siglos más tarde fué restaurado por la filosofia.

Puesto que el cristianismo, es decir, la humanidad religiosa, no se ha podido engañar sobre la REALIDAD de un hecho esencial á la naturaleza humana, hecho que ha designado con las palabras de *prevaricacion original*, interroguemos ahora al cristianismo, á la humanidad, sobre el SENTIDO de este hecho. No nos dejemos sorprender ni por la metáfora ni por la alegoría: la verdad es independiente de las figuras. Y por otra parte ¿qué es para nosotros la verdad sino el incesante progreso de nuestro espíritu de la poesía á la prosa?

Examinemos por de pronto si esta idea, cuando menos singular, de una prevaricacion original, no tiene su correlativa en alguna parte de la teología cristiana. Porque la idea verdadera, la idea genérica, no puede resultar de una concepcion aislada: está forzosamente en una serie.

El cristianismo, despues de haber fijado como primer término el dogma de la caida, ha seguido su pensamiento, afirmando que cuantos morian en ese estado de impureza estaban irrevocablemente separados de Dios y condenados á suplicios eternos. Ha completado luego su teoría conciliando esas dos oposiciones con el dogma de la rehabilitacion ó de la gracia, por el cual toda criatura nacida en el ódio de Dios queda reconciliada con él por los méritos de Jesucristo, que la fe y la penitencia hacen eficaces. Así corrupcion esencial de nuestra naturaleza y perpetuidad del castigo, salvo el rescate por medio de la



participacion voluntaria en el sacrificio de Cristo: tal es en suma la evolucion de la idea teológica. La segunda afirmacion es una consecuencia de la primera, y la tercera es una negacion y una trasformacion de las otras dos; porque siendo, en efecto, necesariamente indestructible un vicio constitutivo, la expiacion no puede ménos de ser eterna como él, á ménos que un poder superior no venga por medio de una completa regeneracion á romper el sello de la fatalidad y hacer cesar el anatema.

El espíritu humano, tanto en sus fantasías religiosas como en sus teorías más positivas, no tiene más que un método; una misma metafísica ha producido los misterios cristianos y las contradicciones de la economía política; la fe, sin que lo sepa, depende de la razon; y nosotros, exploradores de las manifestaciones divinas y humanas, tenemos derecho á examinar en nombre de la razon las hipótesis de la teología.

¿Qué ha visto, pues, en la naturaleza humana la razon universal formulada en dogmas religiosos, cuando construyendo una teoría metafísica tan regular, ha afirmado sucesivamente la *ingenuidad* del delito, la eternidad de la pena y la necesidad de la gracia? Los velos de la teología empiezan á ser tan transparentes, que se va pareciendo del todo á una historia natural.

Si concebimos la operacion por la que se supone que el Ser Supremo ha producido todos los séres, no ya como una emanacion de la fuerza creadora y de la sustancia infinita, sino como una division ó diferenciacion de esa fuerza sustancial, se nos presentará cada sér, orgánico ó inorgánico, como el representante especial de una de las innumerables virtualidades del sér infinito, como una escision de lo absoluto; y la solucion de todas esas individualidades,

flúidos, minerales, plantas, insectos, peces, aves y cuadrúpedos, será la creacion, será el universo.

El hombre, compendio del universo, resume y sincretiza en su persona todas las virtualidades del sér, todas las escisiones de lo absoluto; es la cumbre en que esas virtualidades, que no existen más que por su divergencia, se reunen en haz, aunque sin penetrarse ni confundirse. El hombre es, pues, á la vez por esa agregacion espíritu y materia, espontaneidad y reflexion, mecanismo y vida, ángel y bruto. Es calumniador como la víbora, sanguinario como el tigre, gloton como el cerdo, obsceno como el mico; y desinteresado y leal como el perro, generoso como el caballo, trabajador como la abeja, monógamo como la paloma, social como el castor y la oveja. Es además hombre, es decir, racional y libre, susceptible de educacion y de perfeccion. El hombre tiene tantos nombres como Júpiter, y los lleva inscritos en su cara: su infalible instinto acierta á conocerlos en el variado espejo de la naturaleza. La razon halla hermosa la serpiente; sólo la conciencia la encuentra aborrecible y fea. Los antiguos habian comprendido lo mismo que los modernos esta constitucion del hombre por aglomeracion de todas las virtualidades terrestres: los trabajos de Gall y de Lavater fueron, si puedo expresarme así, sólo ensayos de disgregacion del sincretismo humano, y la clasificacion que hicieron de nuestras facultades sólo un cuadro en pequeño de la naturaleza. El hombre, por fin, como el profeta en la cueva de los leones, está verdaderamente entregado á las bestias; y si algo debe revelar á la posteridad la infame hipocresía de nuestra época, es que ciertos sabios, espíritualistas devotos, hayan creído servir la religion y la moral desnaturalizando nuestra especie y haciendo mentir á la anatomía.



No se trata, pues, más que de saber si está en manos del hombre, á pesar de las contradicciones que multiplica á su alrededor la emision progresiva de sus ideas, dar más ó ménos vuelo á las virtualidades puestas bajo su imperio, ó como dicen los moralistas, á sus pasiones; en otros términos, si como el Hércules antiguo, puede vencer la animalidad que le rodea y asedia, la legion infernal que parece siempre dispuesta á devorarle.

Ahora bien, el consentimiento universal de los pueblos atestigua, y llevamos demostrado en los capítulos 3.º y 4.º, que el hombre, hecha abstraccion de todas sus instigaciones animales, se resume en inteligencia y libertad, es decir, ante todo en una facultad de apreciacion y de eleccion, y además en una facultad de obrar indiferentemente aplicable al bien y al mal. Hemos demostrado además que estas dos facultades, que ejercen la una sobre la otra una influencia necesaria, son susceptibles de un desarrollo y de una perfectibilidad indefnida.

El destino social, la palabra del enigma humano, está en las de EDUCACION, PROGRESO.

La educacion de la libertad, el amansamiento de nuestros instintos, la emancipacion ó la *redencion* de nuestra alma, este es, como ha probado Lessing, el sentido del misterio cristiano. Esta educacion durará toda nuestra vida y toda la vida de la humanidad: podrán llegar á resolverse las contradicciones de la economía política, jamás la contradiccion íntima de nuestro sér. Esta es la razon por que los grandes maestros de la humanidad, Moisés, Budha, Jesucristo, Zoroastro, fueron todos apóstoles de la expiacion, símbolos vivos de la penitencia. El hombre es por su naturaleza pecador, es decir, no esencialmente *maléfico*, sino *malhecho*; y su destino es reconstituir perpétuamente su ideal en su alma. Profundo senti-

miento de esto tenia el más grande de los pintores, Rafael, cuando decia que el arte consiste en hacer las cosas, no como las ha hecho la naturaleza, sino como habria debido hacerlas.

A nosotros nos toca, pues, en adelante enseñar á los teólogos, porque nosotros solos continuamos la tradicion de la Iglesia, nosotros solos poseemos el sentido de las Escrituras, de los Concilios y de los Santos Padres. Nuestra interpretacion descansa en lo que hay de más cierto y más auténtico, en la mayor autoridad que cabe invocar entre los hombres, la construccion metafísica de las ideas y de los hechos. Si, el sér humano es vicioso porque es ilógico, porque su constitucion no es más que un eclecticismo que mantiene sin cesar en lucha las virtualidades del sér, independientemente de las contradicciones sociales. La vida del hombre no es más que una transaccion continua entre el trabajo y la fatiga, el amor y el goce, la justicia y el egoismo; y el sacrificio voluntario que de sus atracciones inferiores hace al órden es el bautismo, que prepara su reconciliacion con Dios y le hace digno de la union beatífica y de la felicidad eterna.

El objeto de la economía social, al procurar incessantemente el órden en el trabajo y favorecer la educacion de la especie, es, pues, hacer en lo posible por medio de la igualdad la caridad supérflua, esa caridad que no sabe mandar á sus esclavos; ó por mejor decir, hacer brotar, como una flor de su tallo, la caridad de la justicia. ¡Y bien! si la caridad pudiese crear la felicidad entre los hombres, lo hubiera ensayado hace mucho tiempo; y el socialismo, en vez de buscar la organizacion del trabajo, no habria tenido más que decir: ¡Cuidado, que faltais á la caridad!

Pero ¡ay! la caridad en el hombre es mezquina,



vergonzante, blanda, tibia: tiene para obrar necesidad de elixires y de aromas. Por esto ha abrazado el triple dogma de la prevaricacion, la condenacion y la redencion; es decir, el dogma de la perfectibilidad por medio de la justicia. La libertad acá en la tierra necesita siempre de ayuda, y la teoría católica de los favores celestiales viene á completar esa demostracion harto real de las miserias de nuestra naturaleza.

La gracia, dicen los teólogos, es en el órden de la salvacion todo socorro ó medio que pueda conducirnos á la vida eterna.—Esto es decir que el hombre no se perfecciona, ni se civiliza, ni se humaniza sino con el incesante socorro de la experiencia, con la industria, la ciencia y el arte, con el placer y el dolor; en una palabra, con todos los ejercicios del cuerpo y del espíritu.

Hay una gracia *habitual*, llamada tambien *justificante* y *santificante*, que se concibe como una cualidad que reside en el alma, contiene las virtudes infusas y los dónes del Espíritu Santo, y es inseparable de la caridad.—En otros términos, la gracia habitual es el símbolo de las atracciones hácia el bien, que llevan al hombre al órden y al amor, le permiten domar sus malas inclinaciones, y le dejan dueño de sí mismo. La gracia *actual* indica los medios exteriores que favorecen el vuelo de las pasiones de órden, y sirven para combatir las pasiones subversivas.

La gracia, segun San Agustin, es esencialmente gratuita, y precede en el hombre al pecado. Bossuet ha repetido esta idea con su estilo lleno de poesía y de ternura: *Cuando Dios hizo las entrañas del hombre, puso primeramente en ellas la bondad*.—La primera determinacion del libre albedrío está efectivamente en esa *bondad* natural, por la que el hombre se siente incesantemente impulsado hácia el órden,

el trabajo, el estudio, la modestia, la caridad y el sacrificio. San Pablo ha podido por lo tanto decir, sin atacar el libre albedrío, que respecto á todo lo que toca al cumplimiento del bien, *Dios opera en nosotros el querer y el hacer*. Porque todas las aspiraciones santas están en el hombre ántes de que piense y sienta; y no le pertenecen, es decir, no están bajo su dominio ni el disgusto que experimenta al violarlas, ni el deleite que le inunda al cumplirlas, ni los muchos estímulos que le vienen de la sociedad y de su propia educacion.

La gracia toma el nombre de gracia *eficaz*, cuando la voluntad va al bien con alegría y amor, sin vacilaciones y de una manera irrevocable.—Todo el mundo ha visto algunos de esos trasportes del alma que deciden de repente una vocacion, un acto de heroismo. No perece en ellos la libertad; pero por sus predeterminaciones puede decirse que era inevitable que así se decidiese el alma. No han tenido razon los pelagianos, los luteranos y otros, cuando han dicho que la gracia compromete el libre albedrío y mata la fuerza creadora de la voluntad; puesto que todas las determinaciones de la voluntad vienen necesariamente, ó de la sociedad que la sostiene, ó de la naturaleza que le abre la carrera y le señala su destino.

Pero no se han engañado ménos extrañamente los agustinianos, los tomistas, los congruistas, Jansenio, el P. Tomásino, Molina, etc., cuando sosteniendo á la vez el libre albedrío y la gracia, no han visto que hay entre estos dos términos la misma relacion que entre la sustancia y el modo, y han confesado una oposicion que no existe. Es de necesidad que la libertad, como la inteligencia, como toda sustancia y toda fuerza, esté determinada; es decir, tenga sus modos y sus atributos. Ahora bien, al paso



que en la materia, el modo y el atributo son inherentes á la sustancia, contemporáneos de la sustancia; en la libertad, el modo es resultado de tres agentes, por decirlo así, exteriores: la esencia humana, las leyes del pensamiento, la educacion ó el ejercicio. La *gracia*, por fin, como su opuesto la *tentacion*, indica el hecho mismo de la determinacion de la libertad.

En resúmen, todas las ideas modernas sobre la educacion de la humanidad, no son más que una interpretacion, una filosofía de la doctrina católica de la gracia; doctrina que no pareció oscura á sus autores sino á consecuencia de sus ideas sobre el libre albedrío, que creian amenazado desde el punto en que se hablaba de la gracia ó de la fuente de sus determinaciones. Nosotros, por lo contrario, afirmamos que la libertad, indiferente por sí misma á toda clase de modalidades, pero destinada á obrar y á formarse con arreglo á un orden preestablecido, recibe su primer impulso de Dios, que le inspira el amor, la inteligencia, la fortaleza, la resolucion y todos los dones del Espíritu Santo, y luego la entrega al trabajo de la experiencia. Síguese de ahí, que la gracia es y no puede ménos de ser *premoviente*; que sin ella el hombre es incapaz de toda especie de bien; y que, sin embargo, el libre albedrío cumple espontáneamente, con reflexion y eligiendo los medios, su propio destino. No hay en todo esto ni contradiccion ni misterio. El hombre, como tal, es bueno; pero del mismo modo que el tirano pintado por Platon, que fué tambien un doctor de la gracia, el hombre lleva en su seno mil mónstruos que ha de vencer por el culto de la justicia y de la ciencia, la música, la gimnástica y todas las gracias de ocasion y de estado. Con corregir una definicion de San Agustín, toda esa doctrina de la gracia, famosa por las dispu-

tas que suscitó y dieron nacimiento á la Reforma, se presenta resplandeciente de claridad y de armonía.

Y ahora el hombre ¿es Dios?

Siendo Dios, segun la hipótesis teológica, el sér soberano, absoluto, altamente sintético, el yo infinitamente sabio y libre, y por consecuencia, indefectible y santo; es óbvio que el hombre, sincretismo de la creacion, punto de union de todas las virtualidades físicas, orgánicas, intelectuales y morales manifestadas por la creacion misma, perfectible y falible como es, no llena las condiciones de la Divinidad, cuya concepcion está en la naturaleza de su espíritu.

Ni es Dios, ni puede viviendo llegar á ser Dios.

Con ménos razon son Dios la encina, el leon, el sol, el universo mismo, escisiones de lo absoluto. De un solo golpe quedan destruidas la antropolatría y la fisiolatría.

Trátase ahora de hacer la contraprueba de la teoría que acabamos de exponer.

Hemos apreciado la moralidad del hombre desde el punto de vista de las contradicciones sociales. Vamos á apreciar á su vez y desde el mismo punto de vista la moralidad de la Providencia. En otros términos, Dios, tal como lo presentan á sus adoradores la especulacion y la fé, ¿es posible?

§ II. Exposicion del mito de la Providencia. — Retrogradacion de Dios.

Los teólogos y los filósofos, entre las tres pruebas que acostumbran á dar de la existencia de Dios, ponen en primera línea el consentimiento universal.

He tomado en cuenta este argumento, cuando sin rechazarlo ni admitirlo me he preguntado: ¿Qué afirma el consentimiento universal cuando afirma la existencia de Dios? Y á propósito de esto debo recordar, que la diferencia de religiones no prueba que el



que en la materia, el modo y el atributo son inherentes á la sustancia, contemporáneos de la sustancia; en la libertad, el modo es resultado de tres agentes, por decirlo así, exteriores: la esencia humana, las leyes del pensamiento, la educacion ó el ejercicio. La *gracia*, por fin, como su opuesto la *tentacion*, indica el hecho mismo de la determinacion de la libertad.

En resúmen, todas las ideas modernas sobre la educacion de la humanidad, no son más que una interpretacion, una filosofía de la doctrina católica de la gracia; doctrina que no pareció oscura á sus autores sino á consecuencia de sus ideas sobre el libre albedrío, que creian amenazado desde el punto en que se hablaba de la gracia ó de la fuente de sus determinaciones. Nosotros, por lo contrario, afirmamos que la libertad, indiferente por sí misma á toda clase de modalidades, pero destinada á obrar y á formarse con arreglo á un orden preestablecido, recibe su primer impulso de Dios, que le inspira el amor, la inteligencia, la fortaleza, la resolucion y todos los dones del Espíritu Santo, y luego la entrega al trabajo de la experiencia. Síguese de ahí, que la gracia es y no puede ménos de ser *premoviente*; que sin ella el hombre es incapaz de toda especie de bien; y que, sin embargo, el libre albedrío cumple espontáneamente, con reflexion y eligiendo los medios, su propio destino. No hay en todo esto ni contradiccion ni misterio. El hombre, como tal, es bueno; pero del mismo modo que el tirano pintado por Platon, que fué tambien un doctor de la gracia, el hombre lleva en su seno mil mónstruos que ha de vencer por el culto de la justicia y de la ciencia, la música, la gimnástica y todas las gracias de ocasion y de estado. Con corregir una definicion de San Agustín, toda esa doctrina de la gracia, famosa por las dispu-

tas que suscitó y dieron nacimiento á la Reforma, se presenta resplandeciente de claridad y de armonía.

Y ahora el hombre ¿es Dios?

Siendo Dios, segun la hipótesis teológica, el sér soberano, absoluto, altamente sintético, el yo infinitamente sabio y libre, y por consecuencia, indefectible y santo; es óbvio que el hombre, sincretismo de la creacion, punto de union de todas las virtualidades físicas, orgánicas, intelectuales y morales manifestadas por la creacion misma, perfectible y falible como es, no llena las condiciones de la Divinidad, cuya concepcion está en la naturaleza de su espíritu.

Ni es Dios, ni puede viviendo llegar á ser Dios.

Con ménos razon son Dios la encina, el leon, el sol, el universo mismo, escisiones de lo absoluto. De un solo golpe quedan destruidas la antropolatría y la fisiolatría.

Trátase ahora de hacer la contraprueba de la teoría que acabamos de exponer.

Hemos apreciado la moralidad del hombre desde el punto de vista de las contradicciones sociales. Vamos á apreciar á su vez y desde el mismo punto de vista la moralidad de la Providencia. En otros términos, Dios, tal como lo presentan á sus adoradores la especulacion y la fé, ¿es posible?

§ II. Exposicion del mito de la Providencia. — Retrogradacion de Dios.

Los teólogos y los filósofos, entre las tres pruebas que acostumbran á dar de la existencia de Dios, ponen en primera línea el consentimiento universal.

He tomado en cuenta este argumento, cuando sin rechazarlo ni admitirlo me he preguntado: ¿Qué afirma el consentimiento universal cuando afirma la existencia de Dios? Y á propósito de esto debo recordar, que la diferencia de religiones no prueba que el



género humano haya errado al afirmar fuera de sí mismo un Yo supremo, como no prueba la diversidad de lenguas que no sea una realidad la razón. La hipótesis de Dios, lejos de debilitarse, se fortifica y se arraiga con la divergencia y la oposición de cultos.

Sácase otro género de argumento considerando el orden del mundo. He observado acerca de esto, que afirmando la naturaleza espontáneamente por la voz del hombre su propia división en espíritu y materia, faltaba saber si gobernaba y agitaba al universo un espíritu infinito, un alma del mundo, como nos dice la conciencia en su intuición oscura que anima un espíritu al hombre. Si pues, he añadido, fuese el orden un indicio infalible de la presencia del espíritu, no cabría dejar de reconocer la presencia de un Dios en el universo.

Desgraciadamente, ese *si* no está demostrado ni puede serlo. Porque por una parte el espíritu puro, concebido en oposición á la materia, es una entidad contradictoria, cuya realidad no es, por consiguiente, posible que nada acredite. Por otra parte, ciertos seres ordenados en sí mismos, como los cristales, las plantas y el sistema planetario, que en las sensaciones que nos hace experimentar no nos dan como los animales sentimiento por sentimiento, pareciéndonos, como nos parecen, del todo faltos de conciencia, no hay más razón para suponer un espíritu en el centro del mundo, que la habría para suponerlo en una barra de azufre; y puede muy bien suceder que si existe en alguna parte el espíritu, la conciencia, sea únicamente en el hombre.

Si el orden del mundo no puede con todo decirnos nada sobre la existencia de Dios, revela una cosa tal vez de no ménos precio que nos servirá de guía en nuestras investigaciones; y es que todos los seres, todas las esencias, todos los fenómenos están encade-

nados los unos á los otros por un conjunto de leyes que resultan de sus propiedades, conjunto á que en el capítulo III he dado el nombre de *fatalidad* ó de *necesidad*. Nada encontramos que nos repugne, por lo tanto, en suponer que existe una inteligencia infinita que abraza todo el sistema de esas leyes, todo el campo de la fatalidad; que á esa inteligencia infinita está íntimamente unida una voluntad suprema eternamente determinada por el conjunto de las leyes cósmicas, y es por consecuencia infinitamente poderosa y libre; que por fin esas tres cosas, fatalidad, inteligencia y voluntad, son contemporáneas en el universo, adecuadas la una á la otra é idénticas; pero aquí está precisamente la hipótesis, y ese antropomorfismo es el que falta demostrar.

Así, mientras que el testimonio del género humano nos revela un Dios, sin decir lo que ese Dios puede ser, el orden del mundo nos revela una fatalidad, es decir, un conjunto absoluto y perentorio de causas y efectos, en una palabra, un sistema de leyes que sería, si Dios existe, como lo visto y lo sabido de ese Dios.

La tercera y última prueba de la existencia de Dios propuesta por los devotos y llamada por ellos prueba metafísica, no es más que una construcción tautológica de las categorías, que no prueba absolutamente nada.

*Alguna cosa existe, luego existe alguna cosa.*

*Alguna cosa es múltiple, luego alguna cosa es una.*

*Alguna cosa sucede con posterioridad á alguna cosa, luego alguna cosa es anterior á alguna cosa.*

*Alguna cosa es más pequeña ó más grande que alguna cosa, luego alguna cosa es más grande que todas las cosas.*

*Alguna cosa es movida, luego alguna cosa es motriz, etc., etc., hasta lo infinito.*



Esto es lo que aún hoy en las facultades y en los seminarios, porque así lo quieren el señor ministro de Instrucción pública y los Reverendísimos Obispos, se llama hacer la prueba metafísica de la existencia de Dios. Esto es lo que la flor de la juventud francesa está condenada á repetir con sus profesores durante un año, so pena de renunciar á sus diplomas y de no poder estudiar el derecho, la medicina, la politecnia y las ciencias. Si algo debe en esto sorprendernos, es á buen seguro que con semejante filosofía no sea aún atea toda Europa. La subsistencia de la idea deísta al lado de la jerga de las escuelas, es el mayor de los milagros: constituye la más fuerte preocupación que puede alegarse en favor de la Divinidad.

Ignoro lo que la humanidad llama Dios.

No puedo decir si es preciso entender por esta palabra al hombre, al universo ó alguna otra realidad invisible; ó bien si esta palabra no expresa más que un ideal, un ente de razón.

Para dar, sin embargo, cuerpo á mi hipótesis y asidero á mis investigaciones, consideraré á Dios á la manera del vulgo, como un sér exclusivo, distinto de la creación, presente en todas partes, dotado de una vida imperecedera y de una ciencia y una actividad infinitas; pero sobre todas las cosas previsor y justo, que recompensa la virtud y castiga el vicio. Dejaré á un lado la hipótesis panteísta como hija de la hipocresía y de falta de corazón. Dios, ó es personal ó no existe: esta alternativa es el axioma de que deduciré toda mi teodicea.

Trátase, pues, ahora para mí, sin preocuparme de las cuestiones que podrá suscitar más tarde la idea de Dios, de saber en vista de los hechos, cuya evolución en la sociedad tengo ya demostrada, qué debo pensar de la conducta de Dios, tal como se me la pre-

senta y con relación á la humanidad. En una palabra, voy á sondear el Ser Supremo bajo el punto de vista de la existencia demostrada del mal y con ayuda de una nueva dialéctica.

El mal existe: sobre este punto parece estar ya de acuerdo todo el mundo.

Ahora bien, los estóicos, los epicúreos, los maniqueos, los ateos, han preguntado: ¿cómo es posible conciliar la existencia del mal con la idea de un Dios soberanamente bueno, sabio y poderoso? ¿Cómo luego, habiendo Dios dejado que el mal se introdujera en el mundo, bien por impotencia, bien por negligencia, bien por mala voluntad, ha podido hacer responsables de sus actos á criaturas que él mismo había creado imperfectas y exponía así á todos los peligros de sus apetitos? ¿Cómo, por fin, puesto que promete á los justos para después de la muerte una bienaventuranza inalterable, ó en otros términos, puesto que nos da la idea y el deseo de la felicidad, no nos la hace gozar en esta vida, sustrayéndonos á las tentaciones del mal en vez de exponernos á eternos suplicios?

Tal es en su antiguo tenor la protesta de los ateos.

Hoy no es mucho lo que se disputa: no inquietan ya á los deístas las imposibilidades lógicas de su sistema. Se quiere un Dios, sobre todo una Providencia: se hacen en esto concurrencia radicales y jesuitas. Los socialistas predicán en nombre de Dios la dicha y la virtud: en las escuelas, los que más alto hablan contra la Iglesia son los primeros místicos.

Los antiguos deístas se mostraban más cuidadosos y solícitos por su fe. Se esforzaban, si no en demostrarla, á lo ménos en razonarla, comprendiendo perfectamente, al revés de sus sucesores, que para el creyente no hay, fuera de la certidumbre, dignidad ni reposo.



Los Padres de la Iglesia contestaron, pues, á los incrédulos que el mal no es sino la *privacion de un bien mayor*, y que razonando siempre sobre lo *mejor*, no se tiene punto de apoyo en qué fijarse, lo cual conduce directamente á lo absurdo. Siendo en efecto toda criatura necesariamente limitada é imperfecta, Dios, por su poder infinito, puede ir aumentando sin cesar sus perfecciones: bajo este punto de vista hay siempre, en mayor ó menor grado, privacion de bien en las criaturas. Recíprocamente, por imperfecta y limitada que se la suponga, desde el momento en que la criatura existe, goza de cierto grado de bien, mejor para ella que la nada. Luego si es de regla que el hombre no sea reputado bueno sino en cuanto haga todo el bien que pueda, no sucede lo mismo con Dios, puesto que la obligacion de hacer bien á lo infinito es contradictoria con la facultad misma de crear, siendo perfeccion y criatura dos términos que necesariamente se excluyen. Dios, pues, era el único juez del grado de perfeccion que convenia dar á cada criatura: intentar bajo este punto de vista acusarle, es calumniar su justicia.

En cuanto al pecado, es decir, al mal moral, tenían los Padres para responder á las objeciones de los ateos las teorías del libre albedrío, la redencion, la justificacion y la gracia, sobre las cuales no tenemos ya que añadir una palabra.

No sé que los ateos hayan replicado de una manera categórica á esa teoría de la imperfeccion esencial de la criatura, teoría reproducida con brillo por el Sr. de Lamennais en su *Bosquejo*. Era en efecto imposible que contestasen, porque razonando sobre una falsa concepcion del mal y del libre albedrío, é ignorando profundamente las leyes de la humanidad, carecian igualmente de razones, tanto para triunfar de sus propias dudas, como para refutar á los creyentes.

Salgamos de la esfera de lo finito y de lo infinito, y coloquémonos en el terreno de la concepcion del orden. ¿Puede Dios hacer un círculo redondo y un cuadrado de ángulos rectos?—Seguramente.

¿Seria Dios culpable si despues de haber creado el mundo segun las leyes de la geometría, nos hubiese metido en el entendimiento ó nos hubiese dejado creer, sin culpa de nuestra parte, que un círculo puede ser cuadrado ó un cuadrado circular, cuando de esa falsa opinion no podia ménos de resultar para nosotros una incalculable serie de males?—Sin duda alguna.

¡Pues bien! esto es justamente lo que ha hecho en el gobierno de la humanidad Dios, el Dios de la Providencia: de esto le acuso. Sabia desde la eternidad, puesto que despues de seis mil años de dolorosa experiencia, nosotros mortales lo hemos descubierto, que el orden en las sociedades, es decir, la libertad, la riqueza, la ciencia, se realiza por medio de la conciliacion de ideas contrarias, que tomadas cada una en particular por absolutas, debian precipitarnos á un abismo de miseria: ¿por qué no nos lo ha advertido? ¿por qué no ha rectificado desde un principio nuestro juicio? ¿por qué nos ha abandonado á nuestra lógica imperfecta, sobre todo cuando nuestro egoísmo debia prevalerse de ella para sus injusticias y sus actos de perfidia? Sabia, ese Dios celoso, que entregándonos á los azares de la experiencia, no habíamos de encontrar sino muy tarde esa seguridad de la vida que constituye nuestra ventura: ¿por qué no ha debido acortar ese largo aprendizaje revelándonos nuestras propias leyes? ¿por qué en vez de fascinarnos con opiniones contradictorias, no ha alterado el orden de nuestra experiencia, haciéndonos pasar por via de análisis de las ideas sintéticas á las antinomias, en vez de dejarnos subir penosamente la



escarpada cuesta que va de la antinomia á la síntesis?

Si, como ántes se creía, el mal que sufre la humanidad procediese tan sólo de la imperfeccion inevitable en toda criatura, ó por mejor decir, si ese mal no tuviese otra causa que el antagonismo de las virtualidades ó inclinaciones que constituyen nuestro sér, y la razon debe enseñarnos á sojuzgar y dirigir, no tendríamos el menor derecho á quejarnos. Siendo nuestra condicion la que podia ser, Dios estaria justificado.

Pero ante esa ilusion voluntaria de nuestro entendimiento, ilusion que era tan fácil disipar y cuyos efectos debian ser tan terribles, ¿dónde está la excusa de la Providencia? ¿No es verdad que aquí ha faltado al hombre la gracia? Dios, á quien representa la fe como un padre tierno y un señor amoroso y comedido, nos entrega á la fatalidad de nuestras incompletas concepciones, abre un foso bajo nuestras plantas, nos hace andar ciegos, y luego, á cada caida que damos, nos castiga como malos. ¿Qué digo? no parece sino que á pesar suyo llegamos al fin, magullados del viaje, á reconocer nuestro camino, como si ofendiéramos su gloria llegando á ser, por las pruebas que nos impone, más inteligentes y más libres. ¿Para qué necesitamos, por lo tanto, recurrir incesantemente á la divinidad, ni qué nos quieren esos satélites de una Providencia que con mil religiones nos engaña y nos desvía de nuestra senda hace sesenta siglos?

¡Cómo! ¡Dios, por sus mandaderos y por la ley que ha puesto en nuestros corazones, nos ordena que amemos al prójimo como á nosotros mismos; que hagamos para otro lo que para nosotros quisiéramos que hiciese; que demos á cada uno lo que le es debido; que no defraudemos el salario del obrero; que

no prestemos con usuras: sabe por otra parte que nuestra caridad es tibia, que nuestra conciencia vacila sin tregua, que el menor pretexto nos parece una razon suficiente para eximirnos del cumplimiento de nuestras leyes; y con semejantes disposiciones, nos mete en las contradicciones del comercio y de la propiedad, donde es teóricamente fatal que perezcan la caridad y la justicia! ¡En vez de iluminar nuestra razon sobre el alcance de los principios que se le imponen con todo el imperio de la necesidad, principios cuyas consecuencias, adoptadas por el egoismo, son fatales para la fraternidad humana, pone esa razon engañada al servicio de nuestras pasiones; destruye en nosotros, por medio de la seducion del espíritu, el equilibrio de nuestra conciencia; justifica á nuestros propios ojos nuestras usurpaciones y nuestros actos de avaricia; hace inevitable, legítima, la separacion entre el hombre y el hombre; crea entre nosotros la division y el ódio, haciendo imposible la igualdad por el trabajo y el derecho; nos hace creer que esa igualdad, ley del mundo, es injusta entre los hombres, y luego nos proscribire en masa por no haber sabido practicar sus incomprendibles preceptos! Creo haber probado, es cierto, que no nos justifica el abandono de la Providencia; mas cualquiera que sea nuestro crimen, no somos ante ella culpables; y si hay un sér que ántes que nosotros y más que nosotros haya merecido el infierno, preciso es que le nombre, es Dios.

Cuando los deistas, para establecer su dogma de la Providencia, alegan como prueba el órden de la naturaleza, aunque este argumento no sea más que una peticion de principio, no cabe decir á lo ménos que sea contradictorio ni que el hecho alegado desmienta la hipótesis. Nada, por ejemplo, en el sistema del mundo revela la más pequeña anomalía, la más



ligera imprevision, de la cual quepa conjeturar algo contra la idea de un motor supremo, inteligente, personal. En una palabra, si el orden de la naturaleza no prueba la realidad de una Providencia, por lo ménos no la contradice.

Otra cosa sucede en el gobierno de la humanidad. Aquí el orden no empieza á existir al mismo tiempo que la materia: no ha sido, como en el sistema del mundo, creado de una vez y por toda una eternidad. Se desarrolla por grados segun una serie fatal de principios y de consecuencias que el mismo sér humano, el sér que se trataba de ordenar, debe ir deduciendo espontáneamente por su propia energía, y solicitado por la experiencia. Nada le ha sido revelado sobre este punto. El hombre está sometido desde su origen á una necesidad préviamente establecida, á un orden absoluto é irresistible; pero ese orden, para que se realice, es preciso que el hombre lo descubra; esa necesidad, para que exista, es preciso que el hombre la adivine. Ese trabajo de invencion podria ser abreviado: nadie en el cielo ni en la tierra vendrá á socorrer al hombre; nadie le instruirá. La humanidad, durante centenares de siglos, devorará sus generaciones; se extenuará en la sangre y en el fango, sin que el Dios que adora venga una sola vez á iluminar su razon ni á abreviar su prueba. ¿Dónde está aquí la accion divina? ¿Dónde está la Providencia?

«*Si Dios no existiese*, es Voltaire, el enemigo de las religiones, el que habla, *seria preciso inventarle*. —¿Por qué?— Por que, añade el mismo Voltaire, si tuviese que entendérmelas con un príncipe ateo que tuviese interés en hacerme machacar en un almirez, estoy seguro de que seria machacado.» ¡Extraña aberracion de un grande espíritu! Y si tuviese V. que entendérselas con un príncipe devoto á quien su con-

fesor mandara de parte de Dios quemarle á V. vivo, ¿no estaria V. seguro de ser quemado? ¿Olvida usted, pues, V. antecristo, la inquisicion, y las escenas de San Bartolomé, y la hogueras de Vanini y de Bruno, y los tormentos de Galileo, y el martirio de tantos libres pensadores?... No venga V. á distinguir aquí entre el uso y el abuso, porque le replicaré á usted, que de un principio místico y sobrenatural, de un principio que lo abraza todo, que lo explica todo, que lo justifica todo, como la idea de Dios, todas las consecuencias son legítimas, y el único juez de la oportunidad es el buen celo del creyente.

«He creido en otro tiempo, dice Rousseau, que se podia ser hombre honrado y prescindir de Dios; pero he salido de mi error.» El mismo razonamiento en el fondo que el de Voltaire, la misma justificacion de la intolerancia. El hombre hace el bien, y no se abstiene del mal sino por la consideracion de una Providencia que le vigila. ¡Anatema sobre los que la niegan! Y para colmo de sinrazon, el mismo hombre que reclama así para nuestra virtud la sancion de una divinidad remuneradora y vengadora, es el que entona como dogma de fe la bondad natural del hombre.

Y yo digo: el primer deber del hombre inteligente y libre, es echar incesantemente la idea de Dios de su espíritu y de su conciencia. Porque Dios, si existe, es esencialmente hostil á nuestra naturaleza, y nosotros no dependemos en modo alguno de su autoridad. Nosotros llegamos á la ciencia á pesar suyo; al bienestar á pesar suyo, á la sociedad á pesar suyo: cada uno de nuestros progresos es una victoria en la cual aplastamos la Divinidad.

Que no se diga ya: los vias de Dios son impenetrables. Las hemos penetrado esas vias y hemos leído en ellas en caracteres de sangre las pruebas de la



impotencia, si ya no de la mala voluntad de Dios. Mi razon, por largo tiempo humillada, se levanta poco á poco al nivel de lo infinito: con el tiempo descubrirá todo lo que le oculta aún su inexperiencia: con el tiempo seré de cada dia ménos artesano de desdichas, y con las luces que haya adquirido y la sucesiva perfeccion de mi libertad, me purificaré, idealizaré mi sér y llegaré á ser el jefe de la creacion, el igual de Dios. El menor instante de desórden que el Todopoderoso hubiese podido impedir y no ha impedido, es un cargo contra la Providencia, y prueba falta de sabiduría; el menor progreso hácia el bien que ha realizado el hombre ignorante, abandonado y vendido, le honra sin medida. ¿Con qué derecho me diria Dios: *Sé santo, porque yo soy santo?* Espíritu embustero, le contestaria yo, Dios imbécil, tu reinado ha concluido: busca entre las bestias otras víctimas. Sé que ni soy ni podré jamás llegar á ser santo; ¿ni cómo lo habrias de ser tú si te me pareces? Padre Eterno, Júpiter ó Jehová, hemos aprendido á conocerte: tú eres, tú has sido, tú serás siempre el rival de Adán, el tirano de Prometeo.

Así yo no caigo en el sofisma refutado por San Pablo, cuando prohíbe al jarro que diga al alfarero: ¿Por qué me fabricaste de esta suerte? Yo no me quejo al autor del mundo de que haya hecho de mí una criatura inarmónica, un incoherente conjunto: yo no podia existir sino con esta condicion. Yo me contento con gritarle: ¿Por qué me engañas? ¿Por qué con tu silencio has desencadenado en mí el egoismo? ¿Por qué me has sometido al tormento de la duda universal con la amarga ilusion de las ideas antagonistas que has puesto en mi entendimiento? Duda de la verdad, duda de la justicia, duda de mi conciencia y de mi libertad, duda de tí mismo, oh Dios; y como consecuencia de esa duda, necesidad de

la guerra conmigo mismo y con mi prójimo. Esto es, Padre Supremo, lo que has hecho por nuestra felicidad y por tu gloria; estos fueron desde un principio tu voluntad y tu gobierno, este es el pan, amasado con sangre y lágrimas, de que nos has alimentado. Las faltas cuyo perdon te pedimos, tú nos las has hecho cometer; los lazos de que te pedimos ansiosamente que nos libres, tú nos los has tendido; y el Satanás que nos asedia, ese Satanás eres tú.

Tú triunfabas, y nadie se atrevia á contradecirte, cuando despues de haber atormentado en su cuerpo y en su alma al justo Job, figura de nuestra humanidad, insultabas su piedad cándida y su ignorancia discreta y respetuosa. Éramos como nádas ante tu majestad invisible, á quien dábamos por dosel el cielo y por escabel la tierra. Y ahora héte aquí destronado y aniquilado. Tu nombre, que fué por tanto tiempo la última palabra del sabio, la sancion del juez, la fuerza del príncipe, la esperanza del pobre, el refugio del culpable arrepentido; pues bien, ese nombre ántes incomunicable y condenado ya hoy al desprecio y al anatema, será silbado entre los hombres. Porque Dios es necedad y bajeza, Dios es hipocresía y mentira, Dios es tiranía y miseria, Dios es el mal. En tanto que la humanidad se incline ante un altar, esclava de los reyes y de los sacerdotes, será la humanidad reprobada; en tanto que un hombre en nombre de Dios reciba el juramento de otro hombre, estará la humanidad fundada en el perjurio; y la paz y el amor serán desterrados de entre los mortales. ¡Atrás, oh Dios! porque curado desde hoy del temor que te tuve, y más cauto de lo que ayer fui, juro con la mano extendida al cielo que no eres sino el verdugo de mi razon, el espectro de mi conciencia.

Niego por lo tanto la supremacía de Dios sobre la humanidad; rechazo su gobierno providencial, cuya



falta de existencia está suficientemente acreditada por las alucinaciones metafísicas y económicas de la humanidad; en una palabra, por el martirio de nuestra especie; declino la jurisdicción del Ser Supremo sobre el hombre; le quito sus títulos de padre, de rey, de juez, de bueno, de clemente, de misericordioso, de caritativo, de remunerador, de vengador. Todos esos atributos de que se compone la idea de Providencia, no son más que una caricatura de la humanidad, inconciliable con la autonomía de la civilización, y además desmentida por la historia de sus aberraciones y de sus catástrofes. Mas porque Dios no puede ser ya concebido como Providencia, porque le quitamos ese atributo tan importante para el hombre, que no ha vacilado en hacerle sinónimo de Dios, ¿se sigue de ahí que Dios no exista y esté ya demostrada la falsedad del dogma teológico en cuanto á la realidad de su contenido?

¡Ah! no. Acabamos de destruir una preocupación relativa á la esencia divina y de consignar á la vez la independencia del hombre: no hemos hecho más. La realidad del Ser Divino ha quedado fuera de todo ataque, y nuestra hipótesis subsiste siempre. Al demostrar con motivo de la Providencia lo que era imposible que Dios fuese, hemos dado un primer paso en la determinación de la idea de Dios: se trata ahora de saber si ese primer dato está de acuerdo con lo que de la hipótesis queda, y por consiguiente, de determinar bajo el mismo punto de vista de la inteligencia lo que Dios es, si es.

Porque así como despues de haber dejado consignada la culpabilidad del hombre bajo la influencia de las contradicciones económicas, hemos debido dar razón de esa culpabilidad, so pena de dejar mutilado al hombre y no haber hecho de él más que una despreciable sátira; despues de haber reconocido la qui-

mera de una Providencia en Dios, hemos de indagar cómo se concilia esa falta de Providencia con la idea de una inteligencia y de una libertad supremas, so pena de faltar á la hipótesis propuesta, hipótesis que nada nos prueba aunque sea falsa.

Afirmo, pues, que Dios, si Dios hay, no se parece en nada á las efigies que de él nos han dado los sacerdotes y los filósofos; que no piensa ni obra segun la ley de análisis, de precisión y de progreso, que es el rasgo distintivo del hombre; que por lo contrario, parece más bien seguir una marcha inversa y retrógrada; que la inteligencia, la libertad y la personalidad en Dios están constituidas de otro modo que en nosotros; y que esa originalidad de naturaleza perfectamente motivada, hace de Dios un sér esencialmente anti-civilizador, anti-liberal, anti-humano.

Probaré mi proposición yendo de lo negativo á lo positivo, es decir, deduciendo la verdad de mi tesis del progreso de las objeciones.

1.º Dios, dicen los creyentes, no puede ser concebido sino como infinitamente bueno, infinitamente sabio, infinitamente poderoso, etc.: la letanía toda de los infinitos. Es así que la infinita perfección no puede conciliarse con la idea de una voluntad indiferente ó reaccionaria para el progreso; luego ó Dios no existe, ó la objeción sacada del desarrollo de las antinomias no prueba sino la ignorancia en que estamos de los misterios de lo infinito.

Respondo á esos argumentadores, que si para legitimar una opinión completamente arbitraria basta apelar á lo insondable de los misterios, tanto me importa el misterio de un Dios sin Providencia, como el de una Providencia sin eficacia. Mas en presencia de los hechos, no cabe invocar semejante probabilismo: fuerza es atenerse á la deducción positiva de la experiencia. Ahora bien, la experiencia y los he-



chos prueban que la humanidad en su desarrollo obedece á una necesidad inflexible, cuyas leyes se hacen apreciables, y cuyo sistema se realiza á medida que la razon colectiva lo descubre sin que nada en la sociedad atestigüe una instigacion exterior, ni un mandamiento providencial, ni pensamiento alguno sobrehumano. Lo que ha hecho creer en la Providencia es esa necesidad misma que constituye como el fondo y la esencia de la humanidad colectiva. Mas esta necesidad, por sistemática y progresiva que parezca, no constituye por esto ni en la humanidad ni en Dios una Providencia: basta para convencerse de esto recordar las oscilaciones sin fin y los dolorosos ensayos por los que el orden social se manifiesta.

2.º Atraviésanse otros argumentadores, y exclaman: ¿A qué esas investigaciones abstrusas? No hay Providencia, ni tampoco Inteligencia infinita: no hay fuera del hombre ni yo ni voluntad en el universo. Todo lo que sucede en mal como en bien, sucede necesariamente. Un irresistible conjunto de causas y de efectos abraza el hombre y la naturaleza dentro de la misma fatalidad; y lo que en nosotros mismos llamamos conciencia, voluntad, juicio, etc., no son más que accidentes particulares del todo eterno, inmutable y fatal.

Este argumento es el inverso del anterior. Consiste en sustituir á la idea de un autor todopoderoso y sabio la de una coordinacion necesaria y eterna, pero inconsciente y ciega. Esta oposicion nos deja ya presentir que la dialéctica de los materialistas no es más sólida que la de los creyentes.

Quien dice necesidad ó fatalidad, dice orden absoluto é inviolable: quien dice, por lo contrario, perturbacion y desorden, afirma todo lo que más repugna á la fatalidad. Ahora bien, hay desorden en el mundo, desorden producido por la accion de fuer-

zas espontáneas que no encadena poder alguno: ¿cómo puede ser esto si todo es fatal?

Pero ¿quién no ve que esa antigua disputa entre el deísmo y el materialismo procede de una falsa nocion de la libertad y la fatalidad, dos términos que se tienen por contradictorios, cuando no lo son realmente? Si el hombre es libre, han dicho los unos, Dios lo es con mayor razon, y la fatalidad no es más que una palabra;—si todo está encadenado en la naturaleza, han replicado los otros, no hay ni libertad ni providencia; y cada cual ha argumentado sin límite en la direccion que habia tomado, sin llegar á comprender jamás que esa pretendida oposicion de la libertad á la fatalidad no es más que la distincion natural, pero no antitética, entre los hechos de la actividad y los de la inteligencia.

La fatalidad es el orden absoluto, la ley, el código, *fatum*, de la constitucion del universo. Mas, léjos de que ese código excluya por sí mismo la idea de un legislador supremo, la supone de tal modo que la antigüedad toda no ha vacilado en admitirla; y toda la cuestion está hoy en saber, si como lo han creído los fundadores de religiones, el legislador ha precedido á la ley en el universo, esto es, si la inteligencia es anterior á la fatalidad, ó si, como pretenden los modernos, es la ley la que ha precedido al legislador; ó en otros términos, si el espíritu nace de la naturaleza. ANTES Ó DESPUES: en esta alternativa está resumida toda la filosofia. Disputese en buen hora sobre la posterioridad ó la anterioridad del espíritu; pero no se le niegue en nombre de la fatalidad, porque esta es una exclusion que nada justifica. Basta para refutarla recordar el hecho mismo en que se funda la existencia del mal.

Dadas la materia y la atraccion, tenemos el mundo: esto es fatal. Dadas dos ideas correlativas y contra-



dictorias, no puede ménos de venir una composicion: esto es tambien fatal. Lo que repugna á la fatalidad no es la libertad destinada por lo contrario á procurar dentro de cierta esfera el cumplimiento de la fatalidad; es, sí, el desórden, es todo lo que estorba la ejecucion de la ley. ¿Hay, sí ó no, desórden en el mundo? Los fatalistas no lo niegan, puesto que por el más extraño de los errores es la existencia del mal la que los ha hecho fatalistas. Y yo digo que la existencia del mal, léjos de atestiguar la fatalidad, la interrumpe, viola la ley del destino, y supone una causa cuyo movimiento erróneo, pero voluntario, está en completa discordancia con la ley misma. A esta causa le doy el nombre de libertad; y he probado ya en el cap. IV que la libertad, del mismo modo que la razon que le sirve de antorcha, es tanto más grande y más perfecta, cuanto mejor se armoniza con el órden de la naturaleza, que es la fatalidad.

Luego, oponer la fatalidad al testimonio de la conciencia que se siente libre, y *vice versa*, es probar que se toman las ideas al revés y no se entiende poco ni mucho la cuestion. El progreso de la humanidad puede ser considerado y definido como la educacion de la razon y de la libertad humana por la fatalidad: es absurdo mirar esos tres términos como exclusivos el uno del otro é inconciliables, cuando en realidad se sostienen, sirviendo la fatalidad de base, viniendo la razon despues, y coronando la libertad el edificio. A conocer y penetrar la fatalidad tiende la razon humana; á conformarse con ella aspira la libertad; y un estudio de la fatalidad, es en el fondo la crítica que en este libro hacemos del desarrollo espontáneo y de las creencias instintivas del género humano. Expliquémonos.

El hombre, dotado de actividad y de inteligencia, tiene la facultad de poder turbar el órden del mundo

de que forma parte. Pero todos sus extravíos han sido previstos, y se verifican dentro de ciertos límites que, despues de cierto número de vaivenes, le someten de nuevo al órden. Por esas oscilaciones de la libertad cabe determinar el papel de la humanidad en el mundo; y puesto que el destino del hombre está ligado con el de las demás criaturas, podemos elevarnos desde él á la ley suprema de las cosas, y hasta á los orígenes mismos del sér.

Así yo no preguntaré ya más: ¿cómo tiene el hombre el poder de violar el órden providencial, ni cómo le deja hacer la Providencia? Pongo la cuestion en otros términos: ¿cómo el hombre, parte integrante del universo, producto de la fatalidad, tiene el poder de interrumpirla? ¿Cómo una organizacion fatal, la organizacion de la humanidad, es adventicia, antilógica, tumultuosa y llena de catástrofes? La fatalidad no está circunscrita á un tiempo dado, á una hora, á un siglo, á mil años: ¿por qué si es fatal que lleguemos á la libertad y á la ciencia, no hemos de llegar á ellas más pronto? Porque desde el momento en que nos hace sufrir la tardanza, está la fatalidad en contradiccion consigo misma: con el mal no son posibles ni fatalidad ni Providencia.

¿Qué es, en una palabra, una fatalidad que desmienten á cada instante los hechos que pasan en su seno? Esto deben explicarnos los fatalistas, así como los deístas nos deben explicar qué puede venir á ser una inteligencia infinita, que no sabe ni prever ni prevenir la miseria de sus criaturas.

No está aquí todo. Libertad, inteligencia, fatalidad, son en el fondo tres expresiones adecuadas, que sirven para designar tres fases diferentes del sér. En el hombre, la razon no es más que una libertad determinada que tiene conciencia de su propio límite. Pero esta libertad es aún fatalidad en el círculo de sus



determinaciones; es una fatalidad viviente y personal. Cuando, pues, la conciencia del género humano proclama que la fatalidad del universo, es decir, la más alta fatalidad, la fatalidad suprema, es adecuada á una razon y á una libertad infinitas, no hace sino emitir una hipótesis de todo punto legítima, cuya verificación se impone á todos los partidos.

3.º Se presentan ahora los *humanistas*, los nuevos ateos, y dicen:

La humanidad en su conjunto, es la realidad perseguida por el genio social bajo el nombre místico de Dios. Ese fenómeno de la razon colectiva, especie de ilusion óptica en que la humanidad, contemplándose á sí misma, se toma por un sér exterior y trascendental que le está mirando y dirige sus destinos; esa ilusion de la conciencia, decimos, ha sido analizada y explicada, y es ya dar un paso atrás en la ciencia, reproducir la hipótesis teológica. Es preciso concretarse á la humanidad, al hombre. *Dios* en religion, el *Estado* en política, la *propiedad* en economía; tal es la triple forma bajo la que la humanidad, extraña para sí misma, no ha dejado de rasgar con sus propias manos, y debe hoy rechazar definitivamente.

Admito que toda afirmacion ó hipótesis de la Divinidad procede de un antropomorfismo, y que Dios no es por de pronto sino el ideal, ó por mejor decir, el espectro del hombre. Admito además, que la idea de Dios es el tipo y el fundamento del principio de autoridad y de arbitrariedad, que nuestra tarea es destruir ó á lo ménos subordinar donde quiera que se manifieste, en la ciencia, en el trabajo, en la política. Así yo, léjos de contradecir el humanismo, le continúo. Apoderándome de su crítica del sér divino, y aplicándola al hombre, observo:

Que el hombre, adorándose como Dios, ha creado

por sí mismo un ideal contrario á su propia esencia, y se ha declarado antagonista del sér reputado soberanamente perfecto; en una palabra, de lo infinito;

Que el hombre no es por consecuencia, á su propio juicio, sino una falsa divinidad, puesto que creando á Dios se niega á sí mismo, y el humanismo es una religion tan detestable como todos los deismos de antiguo origen;

Que ese fenómeno de la humanidad que se toma por Dios, no es para explicado dentro de los términos del humanismo, y reclama una interpretacion ulterior.

Dios, segun la idea teológica, no es tan sólo el árbitro supremo del universo, el rey infalible é irresponsable de las criaturas, el tipo inteligible del hombre; es el sér eterno, inmutable, presente en todas partes, infinitamente sabio, infinitamente libre. Y digo yo, ahora que esos atributos de Dios contienen algo más que un ideal, algo más que una elevacion á la potencia que se quiera de los atributos correspondientes de la humanidad: digo y sostengo que los contradicen. Dios es la contradiccion del hombre, del mismo modo que la caridad es la contradiccion de la justicia; la santidad, ideal de la perfeccion, es la contradiccion de la perfectibilidad; la monarquía, ideal del poder legislativo, la contradiccion de la ley, etc. De suerte que la hipótesis divina va á renacer de su resolucion en la realidad humana; y aunque siempre rechazado, vuelve á estar siempre sobre el tapete el problema de una existencia completa, armónica y absoluta.

Para demostrar esa radical antinomia, no hay más que poner los hechos enfrente de las definiciones.

El más cierto, más constante y más indudable de todos los hechos, es á buen seguro que el cono-



cimiento en el hombre es progresivo, metódico, reflexivo, en una palabra, experimental; de tal modo, que toda teoría que no tenga la sancion de la experiencia, es decir, constancia y encadenamiento en sus representaciones, carece por esta sola razon de carácter científico. Sobre este punto no cabe suscitar la menor duda. Las matemáticas mismas, calificadas de puras, pero sujetas al *encadenamiento* de las proposiciones, dependen por esto mismo de la experiencia, y reconocen sus leyes.

La ciencia del hombre, partiendo de la observacion adquirida, progresa, pues, y adelanta por un terreno sin límites. El término á que aspira, el ideal que tiende á realizar, pero sin jamás poder alcanzarlo, y por lo contrario, alejándolo incesantemente, es lo infinito, lo absoluto.

Ahora bien, ¿qué sería una ciencia infinita, una ciencia absoluta que determinase una libertad igualmente infinita, como lo supone la especulacion en Dios? Sería un conocimiento no sólo universal, sino intuitivo, espontáneo, exento de toda vacilacion como de toda objetividad, aunque abrazase á la vez lo real y lo posible; una ciencia segura, pero no demostrativa; completa, pero no seguida; una ciencia, por fin, que siendo eterna en su formacion, estaria despojada de todo carácter de progreso en la relacion de sus diversas partes.

La psicología ha recogido numerosos ejemplos de ese modo de conocer en las facultades instintivas y adivinatorias de los animales; en el talento espontáneo de ciertos hombres que han nacido calculadores y artistas, y lo son independientemente de toda educacion; por fin, en la mayor parte de las instituciones humanas y de los monumentos primitivos, productos de un genio sin conciencia de sí mismo é independiente de toda teoría. Y los movimientos tan compli-

cados y tan regulares de los cuerpos celestes, las maravillosas combinaciones de la materia, ¿no se diria aún que es todo efecto de un instinto particular inherente á los elementos?....

Si por lo tanto Dios existe, algo de Dios vemos en el universo y en nosotros mismos; pero ese algo está en flagrante oposicion con nuestras tendencias más auténticas, con nuestro destino más cierto; ese algo se va borrado constantemente de nuestra alma bajo la influencia de la educacion, y ponemos en hacerlo desaparecer todo nuestro cuidado. Dios y el hombre son dos naturalezas que huyen la una de la otra en cuanto se conocen: ¿cómo habian de reconciliarse jamás, á ménos de trasformarse la una ó la otra, ó entrambas? Si el progreso de la razon está en alejarnos siempre de la Divinidad, ¿cómo, por la razon, habian de ser idénticos Dios y el hombre? ¿Cómo en consecuencia la humanidad podria por medio de la educacion llegar á ser Dios?

Tomemos otro ejemplo.

El carácter esencial de la religion es el sentimiento. Así por la religion atribuye el hombre á Dios el sentimiento, como le atribuye la razon; y afirma además, siguiendo la marcha ordinaria de sus ideas, que el sentimiento en Dios, del mismo modo que la ciencia, es infinito.

Ahora bien: esto sólo basta para cambiar en Dios la calidad del sentimiento, y hacer de él un atributo totalmente distinto del del hombre. En el hombre el sentimiento brota, por decirlo así, de mil manantiales diversos: se contradice, se turba, se desgarrá á sí mismo, hechos todos sin los cuales no se sentiria. En Dios, por lo contrario, el sentimiento es infinito, es decir, uno, pleno, fijo, límpido, fuera del alcance de las borrascas, sin necesidad alguna de excitarse por medio del contraste para llegar á la felicidad. Expe-



rimentamos nosotros mismos ese modo divino de sentir cuando arrebatando un solo sentimiento todas nuestras facultades, como sucede en el éxtasis, impone momentáneamente silencio á los demás afectos. Pero ese estado de embeleso no existe nunca sino con auxilio del contraste y por una especie de provocación de cosas exteriores: no es jamás perfecto, ó si llega á su plenitud, es como el astro que alcanza su apogeo en un instante indivisible.

Así nosotros no vivimos, ni sentimos, ni pensamos, sino por una serie de oposiciones y de choques, por una guerra intestina: nuestro ideal no es, por lo tanto, un infinito, sino un equilibrio: lo infinito expresa una cosa distinta de nosotros.

Dios, se dice, no tiene atributos que le sean propios: sus atributos son los del hombre; luego el hombre y Dios son una sola y misma cosa.

Siendo, por lo contrario, los atributos del hombre infinitos en Dios, son por la misma razón propios y específicos: es del carácter de lo infinito convertirse en especialidad, en esencia, por el solo hecho de existir lo finito. Niéguese, pues, la realidad de Dios como se niega la realidad de una idea contradictoria; rechácese de la ciencia y de la moral esa fantasma inagarrable y sangrienta, que cuanto más se aleja más parece perseguirnos: esto por lo ménos es hasta cierto punto justificable, y en ningún caso nocivo. Pero no se haga de Dios la humanidad, porque sería calumniar al uno y á la otra.

¿Se dirá que la oposición entre el hombre y el sér divino es ilusoria y proviene de la oposición que existe entre el hombre individual y la esencia de la humanidad entera? Entónces es preciso sostener que la humanidad, puesto que la humanidad es lo que se diviniza, no es progresiva ni sufre contraste alguno en la razón ni el sentimiento; en una palabra, que

es infinita en todo, lo cual está desmentido, no sólo por la historia, sino también por la psicología.

No es así como hay que entender nuestro sistema, exclaman los humanistas. Para concebir el ideal de la humanidad, es preciso considerarla, no en su desarrollo histórico, sino en el conjunto de sus manifestaciones, como si todas las generaciones humanas, reunidas en un mismo instante, formasen un solo hombre, un hombre inmortal é infinito.

Esto es decir que se abandona la realidad por una vana figura; que el hombre verdadero no es el hombre real; que para encontrar el hombre verdadero, el ideal humano, es preciso salir del tiempo y entrar en la eternidad, ¿qué digo? dejar lo finito por lo infinito, el hombre por Dios. La humanidad, tal como la conocemos, tal como se desarrolla, tal, en una palabra, como puede existir, está del derecho; se nos enseña su imagen al revés como en un espejo, y se nos dice: hé aquí el hombre. Y yo respondo: este no es el hombre; es Dios. El humanismo es deísmo del más perfecto.

¿Cuál es, pues, esa providencia que suponen en Dios los deístas? Una facultad esencialmente humana, un atributo antropomórfico, por el cual se entiende que Dios mira á lo futuro según el progreso de los acontecimientos, del mismo modo que nosotros hombres miramos á lo pasado, siguiendo la perspectiva de la cronología y la historia.

Ahora bien, es óbvio que cuanto repugna á la humanidad lo infinito, es decir, la intuición espontánea y universal en la ciencia, tanto repugna la providencia á la hipótesis de un sér divino. Dios, para quien todas las ideas son iguales y simultáneas; Dios, cuya razón no separa la síntesis de la antinomia; Dios, á quien hace la eternidad presentes y simultáneas todas las cosas, no ha podido, creándonos, revelarnos



el misterio de nuestras contradicciones; y esto precisamente porque es Dios, porque no ve la contradicción, porque su inteligencia no cae bajo la categoría del tiempo ni la ley del progreso, porque su razón es intuitiva y su ciencia infinita. La providencia en Dios es una contradicción dentro de otra contradicción: por la providencia ha sido verdaderamente Dios hecho á semejanza del hombre. Suprimase esa providencia, y Dios deja de ser hombre, y el hombre á su vez debe abandonar todas sus pretensiones á la Divinidad.

Se preguntará tal vez de qué le sirve á Dios tener la ciencia infinita, si ignora lo que pasa en la humanidad.

Distingamos. Dios tiene la percepción del orden, el sentimiento del bien. Pero ese orden, ese bien, le ve como eterno y absoluto; no le ve en lo que tiene de sucesivo y de imperfecto, no ve sus interrupciones. Sólo nosotros somos capaces de ver, sentir y apreciar el mal, así como de medir la duración, el tiempo, porque sólo nosotros somos capaces de producir el mal, y es limitada nuestra vida. Dios no ve, Dios no siente más que el orden; Dios no alcanza á ver lo que sucede, porque lo que sucede está *por debajo* de él, debajo de su horizonte. Nosotros, por lo contrario, vemos á la vez el bien y el mal, lo temporal y lo eterno, el orden y el desorden, lo finito y lo infinito; nosotros vemos en nosotros y fuera de nosotros, y nuestra razón, porque es finita, ve más allá de nuestro horizonte.

Así por la creación del hombre y el desarrollo de la sociedad ha surgido una razón finita y providencial, la nuestra, en contradicción con la intuitiva é infinita, Dios; de suerte que Dios, sin perder nada de su infinidad en todos sentidos, parece como amenguado por el solo hecho de existir la huma-

nidad. Resultando la razón progresiva de la proyección de las ideas eternas sobre el plano móvil é inclinado del tiempo, el hombre puede entender la lengua de Dios, porque viene de Dios, y su razón es en un principio parecida á la de Dios; mas Dios no puede entendernos; ni bajar hasta nosotros, porque es infinito y no puede tomar los caracteres de lo finito sin dejar de ser Dios, sin destruirse. El dogma de la Providencia en Dios está demostrado falso de hecho y de derecho.

Es fácil ahora ver cómo sirven los mismos argumentos para destruir el sistema de la deificación del hombre.

Considerando el hombre fatalmente á Dios por absoluto é infinito en todos sus atributos, mientras él se desarrolla en sentido inverso de ese ideal, no hay acuerdo entre el progreso del hombre y lo que el hombre concibe como Dios. De una parte es óbvio que el hombre, por el sincretismo de su constitución y la perfectibilidad de su naturaleza, no es Dios ni podía llegar á serlo; de otra es palpable que Dios, el Ser Supremo, es el antípoda de la humanidad, la cumbre ontológica de que la humanidad se aparta indefinidamente. Dios y el hombre, habiéndose, por decirlo así, distribuido las facultades antagonistas del ser, parecen estar jugando una partida cuyo premio es el gobierno del universo: tiene el uno la espontaneidad, la inmediatez, la infalibilidad, la eternidad; el otro la prevision, la deducción, la movilidad, el tiempo. Se tienen Dios y el hombre en perpétuo jaque, y huyen el uno del otro incesantemente; y mientras éste marcha sin poder detenerse jamás en la reflexión ni en las teorías, parece aquél retroceder por su incapacidad providencial en la espontaneidad de su naturaleza. Hay, pues, contradicción entre la humanidad y su ideal, oposición entre



el hombre y Dios, oposicion que la teología cristiana habia alegorizado y personificado bajo el nombre de Diablo ó Satanás, es decir, contradictor, enemigo de Dios y del hombre.

Tal es la antinomia fundamental que no han tenido á mi modo de ver en cuenta los criticos modernos; y de ser menospreciada, como no puede ménos de conducir tarde ó temprano á la negacion del Hombre-Dios, y por consecuencia á la de toda esta exegesis filosófica, abre de nuevo la puerta á la religion y al fanatismo.

Dios, segun los humanistas, no es otra cosa que la humanidad misma, el yo colectivo del cual, como de un invisible dueño, se hace esclavo el yo individual. Mas ¿para qué esa vision singular si está fielmente calcado sobre el original el retrato? ¿Por qué el hombre, que desde que nació conoce directamente y sin telescopio su cuerpo, su alma, su jefe, su sacerdote, su patria, su estado, ha debido verse como en un espejo, sin conocerse, bajo la imágen fantástica de Dios? ¿Dónde está la necesidad de esa alucinación? ¿Qué viene á ser esa conciencia oscura y turbia que se depura y rectifica después de cierto tiempo, y en vez de tomarse por otra, se considera definitivamente como la misma de ántes? ¿Por qué de parte del hombre esa confesion trascendental de la sociedad, cuando la sociedad misma estaba allí presente, visible, palpable, queriendo, obrando; cuando, por fin, era conocida como sociedad, y como tal nombrada?

No, se dice, la sociedad no existia: los hombres estaban aglomerados, pero no asociados: lo prueban la constitucion arbitraria de la propiedad y del Estado y el intolerante dogmatismo de las religiones.

Retórica pura. La sociedad existe desde el dia en que los individuos, comunicándose por medio del tra-

bajo y la palabra, han aceptado obligaciones reciprocas y dado origen á leyes y á costumbres. La sociedad se perfecciona sin duda á medida que progresan la ciencia y la economía; pero en ninguna época de la civilizacion implica el progreso una metamórfosis como las que han soñado los zurcidores de utopias; por excelente que haya de ser la condicion futura de la humanidad, no dejará de ser nunca la continuacion natural, la consecuencia necesaria de sus anteriores posiciones.

Por lo demás, no excluyendo ningun sistema de asociacion por sí mismo, como lo he demostrado ya, la fraternidad y la justicia, no se ha podido jamás confundir con Dios el ideal político: así en todos los pueblos se ha distinguido la sociedad de la religion. Tomábase la primera por *fin*, y la segunda tan sólo por *medio*: el príncipe era el ministro de la voluntad colectiva, al paso que Dios reinaba en las conciencias, esperando más allá del sepulcro á los culpables que hubiesen escapado de la justicia de los hombres. La misma idea de progreso y de reforma no ha dejado de existir en ninguna parte: nada, por fin, de lo que constituye la vida social ha sido en nacion alguna religiosa enteramente ignorado ó desconocido. ¿Por qué, pues, repito, esa tautología de Sociedad-Divinidad, si es cierto, como se pretende, que la hipótesis teológica no contiene otra cosa que el ideal de la sociedad humana, el tipo preconcebido de la humanidad trasfigurada por la igualdad, la solidariedad, el amor y el trabajo?

Si hay, á la verdad, una preocupacion, un misticismo cuya decepcion me parece hoy temible, no es ya el catolicismo que se va, sino más bien esa filosofía humanitaria que sobre la fe de una teoría demasiado sábia para que no tenga su mezcla de arbitraria, hace del hombre un sér santo y sagrado; que



le proclama Dios, es decir, esencialmente bueno y ordenado en todas sus fuerzas y facultades, á pesar de las terribles pruebas de dudosa moralidad que sin tregua nos está dando; que atribuye sus vicios á la compresion en que ha vivido, y se promete alcanzar de él por medio de una libertad completa los actos del más puro desinterés y de la abnegacion más pura, porque en los mitos en que segun esa filosofía se ha pintado la humanidad á sí misma, están descritos y opuestos el uno al otro bajo los nombres de infierno y de paraíso, un tiempo de compresion y de pena y otro de felicidad y de independenciam. Con una doctrina tal bastará, cosa por otra parte inevitable, que el hombre reconozca que no es ni Dios, ni bueno, ni santo, ni sabio, para que al punto se eche de nuevo en brazos de la religion; de tal modo, que en última análisis, todo lo que habrá ganado el mundo en la negacion de Dios, será la resurreccion de Dios.

No es este, á mi modo de ver, el sentido de las fábulas religiosas. La humanidad, con reconocer á Dios como su autor, su señor, su *alter ego*, no ha hecho más que determinar por medio de una antítesis su propia esencia; esencia ecléctica y llena de contrastes, emanada de lo infinito y contradictoria de lo infinito, desarrollada en el tiempo y con aspiraciones á la eternidad, falible por todas estas razones, aunque guiada por el sentimiento de la belleza y del orden. La humanidad es hija de Dios, como toda oposicion es hija de una posicion anterior: por esto la humanidad ha encontrado en Dios un semejante y le ha dado sus propios atributos, si bien siempre revistiéndolos de un carácter específico, es decir, definiendo á Dios como su término contradictorio. La humanidad es un espectro para Dios, como Dios es un espectro para la humanidad: el uno es para el otro causa, razón y fin de existencia.

No bastaba, pues, haber demostrado con la crítica de las ideas religiosas que la concepcion del yo divino está reducida á la percepcion del yo humano; era además preciso hacer la contraprueba de esa deducción con la crítica de la humanidad misma, y ver si esa humanidad llenaba las condiciones que suponía su aparente divinidad. Tal es el trabajo que hemos solemnemente inaugurado, cuando partiendo á la vez de la realidad humana y de la hipótesis divina, hemos empezado á desenvolver la historia de la sociedad en sus establecimientos económicos y en sus pensamientos especulativos.

Hemos dejado sentado por una parte que el hombre, aunque provocado por el antagonismo de sus ideas y en cierto modo excusable, obra mal por antojo y por el ímpetu bestial de sus pasiones, cosa incompatible con el carácter de un sér libre, inteligente y santo. Hemos demostrado por otra parte que la naturaleza del hombre no está armónica y sintéticamente constituida, sino formada por la aglomeracion de las virtualidades especiales de las demás criaturas; circunstancia que, con revelarnos el principio de los desórdenes cometidos por la libertad humana, ha venido á demostrarnos la falta de divinidad de nuestra especie. Finalmente, despues de haber probado que en Dios no sólo no hay providencia, sino que también es imposible; despues de haber, en otros términos, separado en el sér infinito los atributos divinos de los antropomórficos, hemos concluido en contra de las afirmaciones de la antigua teodicea, que relativamente al destino del hombre, destino esencialmente progresivo, la inteligencia y la libertad en Dios sufren cierto contraste, una especie de limitacion y de menoscabo que resultan de su carácter de eterno, inmutable é infinito; de tal manera, que el hombre, en vez de adorar en Dios á su soberano y su



guía, no podía ni debía ver en él sino á su antagonista. Bastará esta última consideracion para hacernos rechazar tambien el humanismo como sistema que tiende inevitablemente, por la deificacion de la humanidad, á una restauracion religiosa. El verdadero remedio contra el fanatismo, segun nosotros, no está en identificar la humanidad con Dios, lo cual equivale á afirmar en economía social el comunismo, y en filosofía el misticismo y el *statu quo*, sino en probar á la humanidad que Dios, en el caso de que le haya, es su enemigo.

¿Qué solucion saldrá más tarde de esos datos? Dios ¿resultará por fin ser algo?

Ignoro si llegaré á saberlo nunca. Si por una parte es cierto que no tengo hoy más motivo para afirmar la realidad del hombre, sér ilógico y contradictorio, que la realidad de Dios, sér que no se concibe ni se manifiesta; sé á lo ménos, por la radical oposicion de esas dos naturalezas, que nada tengo que esperar ni temer del autor misterioso que supone involuntariamente mi conciencia; sé que mis más auténticas tendencias me retraen cada dia más de la contemplacion de esta idea; sé que el ateismo práctico debe ser en adelante la ley de mi corazon y mi entendimiento; qué debo buscar la regla de mi conducta en la fatalidad susceptible de observacion; que debo rechazar y combatir todo mandamiento místico y todo derecho divino que se me proponga; que es atentar contra mí mismo volver á Dios por la religion, la pereza, la sumision ó la ignorancia; que si un dia por fin he de reconciliarme con Dios, esa reconciliacion, imposible mientras viva, reconciliacion en la que tendria mucho que ganar y nada que perder, no se puede realizar sino destruyéndome á mí mismo.

Concluyamos, pues, y escribamos en la columna

que debe servirnos de punto de mira para nuestras ulteriores investigaciones.

El legislador *desconfía* del hombre, compendio de la naturaleza y sincretismo de todos los séres. — *No cuenta* con la Providencia, facultad inadmisibile en el espíritu infinito.

Pero atento á la sucesion de los fenómenos, dócil á las lecciones del destino, busca en la fatalidad la ley de la especie humana, la perpétua profecía de su porvenir.

Recuerda tambien á veces que si el sentimiento de la Divinidad mengua entre los hombres; si se retira progresivamente la inspiracion del cielo para hacer lugar á las deducciones de la experiencia; si hay escision cada vez más flagrante entre el hombre y Dios; si ese progreso, forma y condicion de nuestra vida, escapa á las percepciones de una inteligencia infinita, y por consiguiente, sin historia; si por decirlo todo de una vez, es una baja hipocresía y una amenaza á la libertad de parte de un gobierno, apelar de nuevo á la Providencia; el consentimiento universal de los pueblos, sin embargo, manifestado por el establecimiento de tantos y tan diversos cultos, y la contradiccion para siempre jamás insoluble que afecta las ideas, las manifestaciones y las tendencias de la humanidad, indican una relacion secreta de nuestra alma, y por ella de la naturaleza entera con lo infinito, relacion que, determinada, expresaria á la vez el sentido del universo y la razon de nuestra existencia.





# ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO.....	1
CAPÍTULO I. — DE LA CIENCIA ECONÓMICA.....	43
§ I. — Oposición entre el HECHO y el DERECHO en la economía de las sociedades.....	id.
§ II. — Insuficiencia de las teorías y de las críticas.....	53
CAPÍTULO II. — DEL VALOR.....	74
§ I. — Oposición entre el valor de UTILIDAD y el valor en CAMBIO.....	id.
§ II. — Constitución del valor. — Definición de la riqueza.....	94
§ III. — Aplicación de la ley de proporcionalidad de los valores.....	111
CAPÍTULO III. — EVOLUCIONES ECONÓMICAS. — PRIMERA ÉPOCA. — LA DIVISION DEL TRABAJO.....	133
§ I. — Efectos antagonicos del principio de division.....	135
§ II. — Insuficiencia de los paktativos. — Sres. Blanqui, Chevalier, Dunoyer, Rossi y Passy.....	149
CAPÍTULO IV. — SEGUNDA ÉPOCA. — LAS MÁQUINAS.....	173
§ I. — Del papel que desempeñan las máquinas en sus relaciones con la libertad.....	176
§ II. — Contradiccion de las máquinas. — Origen del capital y del salariado.....	191
§ III. — De los preservativos contra la desastrosa influencia de las máquinas.....	212
CAPÍTULO V. — TERCERA ÉPOCA. — LA CONCURRENCIA.....	224
§ I. — Necesidad de la concurrencia.....	225
§ II. — Efectos subversivos de la concurrencia y destruccion por ella de la libertad.....	247
§ III. — De los remedios contra la concurrencia.....	269
CAPÍTULO VI. — CUARTA ÉPOCA. — EL MONOPOLIO.....	284
§ I. — Necesidad del monopolio.....	285
§ II. — Desastres en el trabajo y perversion de las ideas producidas por el monopolio.....	306



	Páginas.
CAPÍTULO VII. — QUINTA ÉPOCA. — LA POLICÍA Ó LAS CONTRIBUCIONES.....	334
§ I. — <i>Idea sintética de la contribucion. — Punto de partida y desarrollo de esta idea.....</i>	336
§ II. — <i>Antinomia de in contribucion.....</i>	348
§ III. — <i>Consecuencias desastrosas é inevitables de la contribucion. (Subsistencias, leyes suntuarias, policia rural é industrial, privilegios de invencion, marca de fábrica, etc.).....</i>	364
 CAPÍTULO VIII. — DE LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE Y DE DIOS BAJO LA LEY DE CONTRADICCIÓN, Ó SOLUCIÓN DEL PROBLEMA DE LA PROVIDENCIA.....	 420
§ I. — <i>De la culpabilidad del hombre. — Exposición del mito de la caída.....</i>	427
§ II. — <i>Exposición del mito de la Providencia. — Retrogradación de Dios.....</i>	459



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



